Karl Bühler

Teoría del lenguaje

Alianza Universidad



Teoría del lenguaje

Alianza Universidad

Karl Bühler

Teoría del lenguaje

Versión española de
Julián Marías

Alianza
Editorial

Título original:
Sprachtheorie 2.A. — Karl Bühler, 1965

Primera edición en «Alianza Universidad»: 1979
Segunda edición en «Alianza Universidad»: 1985

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2231-1
Depósito legal: M. 7.605-1985
Compuesto por Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

NOTA PRELIMINAR DEL TRADUCTOR

Esta *Teoría del lenguaje* de Karl Bühler es tal vez el libro más rico, original y preciso que se ha escrito sobre el tema. Su acierto principal es el nivel al cual lo toma, y que le permite aprovechar por igual los resultados minuciosos y exactos de la lingüística, los de la psicología —de la que es maestro—, que acababa de dar pasos decisivos y fecundos, y los de la filosofía más reciente, en especial la fenomenología de Husserl. Con estos recursos y extremada perspicacia, Bühler se adentra en la *selva selvaggia* del lenguaje, y ensaya sobre él una inusitada multiplicidad de puntos de vista, que constituye la característica más fecunda de su investigación. Todo esto hace que Bühler, al acabar el libro que el lector tiene delante, haya llevado el tema del lenguaje, en su integridad, mucho más allá de donde lo había encontrado. Después de su *Teoría de la expresión,* cuya versión española inició la Biblioteca «Conocimiento del hombre», de la Revista de Occidente, y que expone un estrato de fenómenos más elementales, Bühler acomete el problema decisivo del lenguaje: su función representativa.

Esto hace que pocas lecturas tengan el atractivo intelectual que posee este libro. Sus evidentes dificultades se compensan por la riqueza de sus incitaciones y por la fruición que produce el irse apoderando de un buen trozo de realidad humana. El método de Bühler, que consiste en considerar su tema desde muy diversas perspectivas, hace que sus averiguaciones tengan inmediatas resonancias que tras-

cienden de lo lingüístico para afectar en su integridad al modo de ser de lo humano.

Respecto a la traducción, necesito decir una palabra. No es fácil exagerar sus dificultades, porque en ella se acumulan todas las que puede presentar un texto científico moderno: un vocabulario de desusada amplitud y que se refiere a los dominios más varios; referencias constantes a fenómenos y ejemplos lingüísticos que es menester no ya verter, sino adaptar al castellano; una terminología en gran parte original, que ha sido necesario recrear en español; una manifiesta preferencia por las expresiones menos habituales y, por último, una voluntad de estilo —no siempre recompensada por el acierto— que lleva a Bühler a un empleo demasiado frecuente de modismos, giros peculiares e ingeniosidades que ponen a prueba el ánimo del traductor. Baste decir que la *Teoría del lenguaje* se publicó hace dieciséis años y, a pesar de sus excelencias y su éxito, no había sido traducida hasta hoy —que yo sepa— a ninguna otra lengua.

J. M.

Madrid, mayo de 1950.

PROLOGO

Instrumento y lenguaje pertenecen, según es sabido de antiguo, a lo más humano del hombre: el homo faber *utiliza cosas elegidas y transformadas como instrumentos, y el* zoon politikón *introduce el lenguaje en el trato con sus semejantes. Es posible y se está realizando una interpretación más profunda de esta simple sabiduría, desde la antropología física y psicológica. En la serie de los cultivadores de la anatomía comparada fue Charles Bell, el genial fundador de nuestro conocimiento de la estructura del sistema nervioso central, el primero que remató y coronó su consideración comparativa de los órganos con una teoría fundada biológicamente de la expresión humana. De acuerdo con su estructura corporal entera, el hombre está destinado al instrumento y al lenguaje, organizado para el instrumento y el lenguaje. Bell escribió en los primeros decenios del siglo XIX, y la idea rectora de la antropología de Bell no está anticuada en modo alguno; en mi libro* Ausdruckstheorie *(«Teoría de la expresión») se recoge e interpreta nuevamente lo que vio Bell. Quien, más allá de esto, deja que influya en él la minuciosa discusión de las propiedades corporales peculiares del hombre incluidas en el libro de O. Abel*[1]*, vuelve a la antigua sabiduría y puede forjar como psicólogo, sin demasiada fantasía, en conexión con el cuadro trazado por Abel de la vida de los antecesores animales del hombre, un mito*

[1] O. Abel: *Die Stellung der Menschen im Rahmen der Wirbeltiere* (Gustav Fischer, Jena, 1931).

moderno del origen del hombre en el instrumento y en el lenguaje. Un mito que en algunos puntos decisivos tendría que captar la esencia del lenguaje humano de un modo más correcto que como se hace en el libro, por lo demás instructivo, de De Laguna: Speech. Its function and development. *Pero esto queda fuera de nuestro camino; quiero contar el mito moderno del origen del lenguaje, separadamente, en la* Zeitschrift für Psychologie. *Aquí, en este libro, la pregunta que hacemos al lenguaje no es: «¿de dónde vienes?», sino esta otra: «¿qué eres?».*

El lenguaje es afín al instrumento; también pertenece a los utensilios de la vida, es un órganon *como el utensilio real, la cosa intermedia material ajena al cuerpo; el lenguaje es, como el instrumento,* un intermediario forjado. *Unicamente, no son las cosas materiales las que reaccionan al intermediario lingüístico, sino los seres vivos con quienes tratamos. Una determinación circunspecta de las propiedades intermedias del utensilio lingüístico tiene que hacerse ante todo en el taller y con los recursos de los que lo conocen con más precisión. Los filósofos y lingüistas son los que tienen el conocimiento más íntimo de las lenguas humanas. En las páginas siguientes se examina la lengua en el taller de los lingüistas, en cuanto a las leyes de su estructura. Si los indicios no engañan, vamos hacia un nuevo brote de la investigación lingüística comparada, hacia una fase de* comparación universal *de las lenguas humanas, en la cual, sobre una plataforma superior, ha de realizarse lo que ya barruntaban Wilhelm von Humboldt y sus contemporáneos.*

La *primera palabra de una consideración total es la de la* igualdad esencial de estructura *de todas las lenguas humanas conocidas y estudiadas: el singular «la lengua» tiene perfecto sentido y es comprobable. Formulamos cuatro tesis rectoras sobre el lenguaje, que son válidas para todas las lenguas. A mi parecer, deberían ser no sólo suficientemente amplias, sino suficientemente precisas, y fijar un marco de igualdad dentro del cual pudieran inscribirse sistemáticamente todas las diferencias reales. Esta es la creencia y la esperanza que pongo en este libro.*

Me urge reconocer que todo lo decisivo que ha de decirse estaba preparado en la obra de los grandes lingüistas. Empezando por el campo mostrativo *del lenguaje, que conocieron los primeros griegos y redescubrieron modernos, como Wegener, Brugmann, Gardiner, hasta llegar a todas las finuras del* campo simbólico, *que siempre estuvo en el centro del análisis gramatical y ha sido expuesto de un modo diáfano por los historiadores modernos en todas las ramas del indogermánico. Valen para mi libro, en mayor grado que para otros, las palabras del* Tasso: *«Sólo lo tengo gracias a vosotros». Cierta-*

mente, la formulación de las tesis tuvo que generalizarse y simplificarse en la mayoría de los pasajes, no pocas veces tuvo también que hallarse de nuevo; esto es lo que el libro reclama para sí y de donde deriva su derecho a la existencia. El concepto de campo, *que presenta, es una creación de la psicología moderna; el lector que quiera comprenderlo desde dentro, persiga su génesis en la teoría de los colores, a propósito del fenómeno del contraste. Ahí distinguían discípulos de Hering el «campo interior» y el «entorno». Nosotros, siguiendo totalmente su camino, determinaremos sistemáticamente los entornos de los signos lingüísticos, y pondremos de relieve con pureza lógica, desde las más amplias esferas de las circunstancias que codeterminan el sentido de la lengua, dondequiera que se habla, el campo mostrativo y el campo simbólico del lenguaje. Que no hay sólo un campo en el lenguaje, sino dos campos, es una doctrina nueva. Pero está, a mi parecer, en la mejor armonía con una antigua evidencia de los filósofos. Comprueba en la esfera del lenguaje el principio de Kant, que los conceptos sin intuiciones son vacíos, y las intuiciones sin concepto son ciegas; muestra cómo el pensamiento verbal moviliza a la vez, en un entrelazamiento curioso, pero discernible, los dos factores mencionados, que pertenecen al conocimiento completo. Lo que Cassirer describe (al menos en el esquema expositivo) como las dos fases evolutivas del lenguaje humano, es una dualidad de momento, que está contenida sin posible eliminación en todo fenómeno lingüístico, y pertenece aún hoy, como siempre, al conjunto del lenguaje. Así ocurre, al menos, en la esfera principal del habla natural, cuando se considera como un caso límite, adecuadamente, y no como la norma, el caso límite de frases como las que forma la lógica pura y el caso límite de una lengua simbólica «purificada» artificialmente de toda intuición. Acerca de esto habrá que decir todavía muchas cosas. Por de pronto, la* teoría de los dos campos *afirma que el mostrar y presentar intuitivo en varios modos pertenece a la esencia del lenguaje natural exactamente igual que la abstracción y la aprehensión conceptual del mundo, y no está más lejos de aquélla. Esta es la quintaesencia de la teoría del lenguaje desarrollada aquí.*

No persigue las cuestiones filosóficas que se plantean en su comienzo y son presentadas por ella nuevamente, más que lo que el tema requiere. Sé que también se puede proceder de otro modo en las cuestiones decisivas de la teoría del conocimiento; los escolásticos intentaron con frecuencia decidir sus alternativas ontológicas en los fenómenos lingüísticos. No es de nuestra incumbencia hacer uso de la palabra para eso; pero sí pertenece a la idea de una sencilla descripción de los fenómenos lingüísticos el que pueda defenderse en su propio nombre siempre que surja un abuso, siempre que se quiera

forzar a los fenómenos a una declaración que no están en situación de ofrecer por sí mismos. El ejemplo más sencillo y más conocido históricamente para explicar lo que pienso es una de aquellas desviaciones materiales *que pueden y deben ser rechazadas sumaria y sistemáticamente por la teoría del lenguaje. Es la desviación material del nominalismo radical, que eliminamos en muchos lugares en nombre de los fenómenos mismos. No es un asunto importante. Más seria tendrá que resultar, a mi parecer, la discusión con la teoría del lenguaje bosquejada en los escritos de Husserl. En mi trabajo sobre la frase he criticado el punto de vista de Husserl en las* Investigaciones lógicas [2]. *Esto fue en 1919, por tanto, antes de la elaboración de la doctrina de Husserl en la* Transzendentale Logik. *Reconozco en el libro siguiente el progreso que aporta la construcción de un mundo de mónadas en los nuevos escritos de Husserl. Pero tengo que insistir en que el modelo de* órganon *que es el lenguaje requiere todavía algo más. La gramática, tal como se la construye desde hace dos mil años, presupone una especie de intersubjetividad del utensilio lingüístico, que ningún Diógenes en el tonel ni ningún monádico puede lograr. Y no existe para la gramática el más ligero motivo para abandonar el camino que le prescriben las cosas mismas; Platón, J. St. Mill y la logística moderna están en este punto de parte del análisis usual del lenguaje. Este mismo libro explicará por qué lo tengo por acertado e imprescindible.*

Un profeta a la derecha, un profeta a la izquierda, el Niño Jesús en medio. La teoría del lenguaje tiene que ser como el Niño, es decir la simple cima de la labor empírica de los lingüistas. Si la filosofía es el profeta de la derecha, de quien se defiende siempre que amenaza el peligro de un epistemologismo, *esto es, la adscripción forzada del lenguaje a una de las posiciones fundamentales posibles de la teoría del conocimiento, puede exigir al profeta de la izquierda el mismo respeto de su independencia. La psicología es el profeta de la izquierda. Qué tienen que ofrecerse recíprocamente la ciencia del lenguaje y la doctrina del alma, después de la reorganización doméstica de la psicología, se estudia en mi libro* Die Krise der Psychologie *(«La crisis de la psicología»). Baste decir brevemente aquí, en este nuevo prólogo, que el hecho del intercambio de signos en el hombre y en los animales se ha convertido en un tema central de la psicología comparada. Su tratamiento adecuado lleva mucho más allá de lo más humano del hombre, el lenguaje. Pues no hay vida común animal sin medios de dirección de la conducta social de la comunidad;*

[2] Trad. esp. de M. G. Morente y J. Gaos (*Revista de Occidente*, 1929).—*(Nota del Trad.)*

no hay comunidad sin intercambio de signos, *que en el reino de los seres vivos animales es tan antiguo como el* intercambio de materiales. *Y estos medios de dirección, que podemos observar exactamente, son el análogo prehumano del lenguaje. Se puede determinar con ejemplar claridad aquello en que pienso en la vida de comunidad de los insectos, sumamente desarrollada. Sólo es menester para ello cotejar adecuadamente las dos direcciones más fructíferas de la investigación, por ejemplo, el libro de Wheeler* Social life among the insects, *y el libro de K. von Frisch sobre* Die Sprache der Bienen. *En el centro del primero está el intercambio de materias y el fenómeno de la* trofalaxis, *de los auxilios nutritivos recíprocos; en el centro del segundo, el intercambio de signos. Un intercambio de materias muy organizado entre los miembros de una comunidad vital animal no sería posible en absoluto sin intercambio de signos. Hasta ahí tiene que remontarse una teoría del lenguaje bien fundada biológicamente y luego realizar todavía una última ampliación de su horizonte.*

Esta última ampliación del horizonte se efectúa mediante el nuevo *conocimiento de la psicología comparada: que absolutamente toda* acción *animal y humana que merezca ese nombre es dirigida por* señales. *No es una palabra vana, sino la fórmula más sencilla y clara del notable descubrimiento de Jennings, si decimos que ya los infusorios en el minúsculo campo de su sistema de acción determinable con exactitud, después de un breve proceso de aprendizaje, reaccionan a estímulos perturbadores como a señales y «actúan» inmediatamente con éxito sin nuevas pruebas. Este es el estadio más primitivo que conocemos de la señal. Y también son señales en el engranaje del tráfico social los sonidos del lenguaje humano. De esto se hablará detenidamente.*

Hasta aquí hay que extender, por tanto, la consideración para hallar las raíces biológicas del intercambio de signos animal. Las señales producidas en la vida común de los animales no nos aparecen ya, por consiguiente, como una extraña excrecencia insólita, sino como la más elevada y rica actualización y despliegue de potencias que todo sistema psicofísico de vivientes activos contiene de un modo comprobable. El concepto «sistema psicofísico» no puede definirse sin la nota de responder a señales.

El que ha reconocido esto no debe cegarse acerca de ello, sino permanecer alerta para las propiedades peculiares del lenguaje humano. Piense de paso, por ejemplo, en el intercambio de signos que se realiza entre nosotros los hombres y nuestro familiar compañero doméstico, el perro. ¿Es eso lenguaje? Lo que el canis domesticus *«entiende» en las orientaciones que le son ofrecidas por el compañero humano y lo que él por su parte produce para dirigir a su amo,*

pertenece incuestionablemente a lo más elevado y diferenciado que conocemos en el animal. Los entendidos no han dudado nunca de que los ladridos y el resto del comportamiento del perro en su trato contienen una expresión *llena de matices. A pesar de ello, el sistema psicofísico del perro no aprehende el lenguaje humano en su* plenitud, *y él no produce por sí mismo nada completamente* equivalente *al lenguaje.*

Pues ninguna de las cuatro tesis rectoras sobre el lenguaje del hombre, que se formulan en este libro, se realiza plenamente en el «lenguaje» del perro. ¿Por qué? Porque el comportamiento en el trato del perro, como de todos los demás animales que conocemos, carece de la función dominante de los signos lingüísticos humanos, a saber: de la función representativa. *Si esto es una falta absoluta o si sólo salta a los ojos como enorme diferencia de grado, quede en pie hasta ver el resultado de investigaciones exactas. Pues por extraño que pueda sonar esto, no hay acerca de ello en toda la psicología animal investigaciones exactas que satisfagan las exigencias modernas. También faltaba hasta ahora, ciertamente, una formulación de las leyes estructurales del lenguaje humano que hubiese sido tan aguda y precisa, que el experimento animal hubiera podido encontrar en ellas apoyo y norma. Se ha dado, pues, un nuevo impulso a toda la psicología comparada si se logra comprender la peculiaridad del lenguaje humano de modo que las comparaciones entre el intercambio de signos humano y el animal se sustraigan a un juicio desde el fondo del ánimo.*

Los menos de los cultivadores actuales de la psicología animal tienen un conocimiento suficiente del instrumento asombrosamente complejo que es el lenguaje humano. El mejor curso que se les podría recomendar no habría de cursarse en el laboratorio de psicología normal, sino con los conocedores íntimos de los defectos lingüísticos y las alteraciones centrales del lenguaje en el hombre. Yo mismo, como médico que era, partí de este campo; era todavía antes del giro decisivo que la teoría de la afasia *debe a la intervención de investigadores como Head, Gelb y Goldstein, Isserlin, Poetzl, etc. Hoy una de mis esperanzas es que se logre poner la quintaesencia del análisis lingüístico del lenguaje en contacto recíprocamente fecundo con los resultados de la consideración de aquel análisis de otro tipo, de aquella implacable descomposición real de la facultad humana de hablar, que estudian los patólogos. Fue por de pronto el imperativo de una pureza metódica del procedimiento, y no otra cosa, lo que me indujo a prescindir en este libro de una referencia a la moderna teoría de la afasia. Motivos análogos se oponían al intento*

de una utilización sistemática de las evidencias acerca de la estructura del lenguaje *que debemos al estudio de los niños. Yo mismo he colaborado en esto y sé que después de la primera recolección de los investigadores anteriores se anuncia la verdadera cosecha a los que lleven a cabo la inclusión exacta y reproducible de las manifestaciones infantiles en las fases decisivas de su historia evolutiva.*

Hoy hay muy viva actividad en la teoría del lenguaje; al acabar este libro aparecen importantes tratados de teorías del lenguaje de los últimos meses, sobre los cuales quiero hacer una reseña en otro lugar. Existe, por ejemplo, un valioso manual de J. Stenzel, Filosofía del lenguaje [3], *en el nuevo* Handbuch der Philosophie *(1934), que he de reseñar en* Anthropos, *y antes que todos los demás, el vasto bosquejo de L. Weisgerber,* Die Stellung der Sprache im Aufbau der Gesamtkultur (Wörter und Sachen, *la 2.ª parte en el vol. XVI, 1934), sobre el cual los* Kantstudien *me pidieron una recensión detallada. Tiene ya un año el instructivo libro de E. Winkler:* Sprachtheoretische Studien *(1933). Igualmente puedo citar también la nueva interpretación, crítica y complemento de las ideas de Marty en la obra de L. Landgrebe* Nennfunktion und Wortebedeutung *(1934), un trabajo competente, a mi entender. Merece observarse en ella que la tesis D de nuestra lista, que atribuye al lenguaje el carácter de un sistema de dos clases, se reconoce y aprecia como corresponde a la realidad. El dogma del léxico y la sintaxis, que he comunicado por primera vez a mis colegas el Día del Lenguaje en Hamburgo (XII Congr. de Psic., 1931), es reconocido hoy generalmente, a mi ver, y ha rehabilitado la antigua concepción, frente a la fórmula monista de los contemporáneos de Wundt y de Brugmann sobre la frase como única unidad fundamental del lenguaje; en este libro defenderemos aquélla detalladamente. Quisiera mencionar aún de paso dos volúmenes colectivos más recientes, en los cuales se manifiesta la vivacidad y multitud de los estudios de teoría del lenguaje en nuestros días. Uno se ha publicado en el cuarto año de las* Blätter für deutsche Philosophie, *en 1930, y el otro en el* Journal de Psychologie, *de París, en 1933. En ambas colecciones hablan, tal como yo lo presentía en la preparación del Día del Lenguaje de los psicólogos en Hamburgo, técnicos de distintas Facultades, y se reconoce claramente en lo que tienen que decir la germinación de una teoría del lenguaje unitaria. Uno de los fines últimos de este libro es mostrar que la patria científica de ella es la* semantología *y cómo puede realizarse una teoría general del signo con un espíritu moderno en torno*

---

[3] Trad. esp. de R. de la Serna (*Revista de Occidente*, 1935).—*(Nota del traductor.)*

al instrumento de signos, de asombrosa multiplicidad, que es el «lenguaje».

Si desde su conclusión vuelvo el pensamiento a los comienzos, me parece que el sistema fue fundado en 1907, después del descubrimiento de los «esquemas sintácticos» en el pensamiento hablado (ver § 16), y en 1908, después de poner de relieve la función representativa del lenguaje en mi recensión de conjunto sobre los procesos de comprensión (III Congr. de Psic.). Pero todavía se descuidaba (por oposición al sensualismo de los psicólogos de aquella época) el factor intuitivo del mostrar. En Munich estuve junto a Streitberg, y cuando una vez le hablé detenidamente de mis ideas sobre el problema de la frase para los lingüistas, captó lo decisivo con la asombrosa seguridad de la mirada experta en el asunto y me pidió un artículo para su Indogermanisches Jahrbuch; *así surgió en 1918 la* Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes *(«Examen crítico de las teorías modernas de la frase») y el bosquejo de todo el modelo de* órganon *del lenguaje. Todas mis publicaciones anteriores sobre el lenguaje fueron como éstas, escritos circunstanciales; por ejemplo, la contribución al Homenaje a Vossler (Neofilología idealista):* Wom Wesen der Syntax *(«Sobre la esencia de la sintaxis»), que contiene el primer esbozo del axioma D acerca del sistema de dos clases de «lenguaje», y la contribución al Homenaje a J. von Kries en las* Psychologische Forschungen, *en la cual se formuló, todavía a tientas, un primer barrunto del «principio de la relevancia abstractiva». De la* Crisis *y del Día del Lenguaje de Hamburgo ya se ha hablado; Dempe, en la primera parte de su libro —escrito con claridad—* Was ist Sprache?, *ha informado exhaustivamente sobre el estado de las cosas hasta entonces. Hoy respondería yo a la pregunta de su título así: lenguaje es lo que cumple las cuatro tesis rectoras. La defensa de Husserl por Dempe podría ser contestada suficientemente por mi crítica en su nueva formulación. Una discusión conclusa de las cuatro tesis sobre el lenguaje presenta en 1933* Die Axiomatik der Sprachwissenschaften *(«La axiomática de las ciencias del lenguaje») en el volumen XXXVII de los* Kantstudien. *Para el libro la he circunscrito, ordenado de nuevo y formulado de un modo más prospectivo, es decir, en previsión de los capítulos finales; además, la dicotomía «acción verbal y forma lingüística» se ha ampliado hasta convertirse en el esquema más rico de cuatro campos de la tesis C. Basta ya sobre la génesis de este libro; desde que fui capaz de pensar científicamente, mis intereses giran en torno al fenómeno del lenguaje.*

Un creador científico está obligado por lo regular a la mayor gratitud para los que ya no pueden recibirla en vida. Pero rara vez

podría ocurrir, como hoy en la teoría del lenguaje, que a la pregunta «¿quién es tu antecesor inmediato?» hay que saltar siglos; la nueva teoría del lenguaje que se está haciendo se ve obligada a remontarse en más de un punto a aquella fase de la filosofía en que el fenómeno lenguaje estaba en el centro de la imagen del mundo. El problema de teoría del lenguaje acerca de los universales ha de recogerse, en mi opinión, con medios modernos allí donde fue abandonado (como las numerosas catedrales inacabadas) sin resolver por la energía desfalleciente de la especulación escolástica. La historia del concepto de símbolo nos lleva aún mucho más atrás y descubre en la concepción aristotélica un funesto acoplamiento (synkhísis) *de dos ideas. Los sonidos del lenguaje son ciertamente signos de ordenación y señales a la vez y en el mismo aliento. Pero como signos de ordenación no reproducen el mundo de que se habla como lo imaginaba la concepción antigua del conocimiento. Aristóteles ha juntado en su fórmula simbólica (§ 12, 3), de un modo demasiado simple, la función de notificación y representación de los signos lingüísticos, y la Escolástica no fue capaz, que yo sepa, de separar adecuadamente y con bastante precisión la* connexio rerum *en que se funda el declarar, del* ordo rerum *de los signos lingüísticos denominativos. Vistas las cosas desde otro punto y orientadas hacia la pura teoría del lenguaje: se perdió en el concepto de los filósofos la distinción, completamente correcta, que efectuó la gramática en la hora de su nacimiento entre los griegos, entre* deixis *y aprehensión denominativa, conceptual. La nueva teoría del lenguaje tiene que cancelar ambos errores y volver a tomar las propiedades medias del utensilio lingüístico, sin perjuicios, en toda su multiplicidad. Tiene que rehabilitarse el campo mostrativo junto al campo simbólico, y la* expresión, *por su propia estructura, ha de desligarse de la función de representación de los signos lingüísticos. Lo primero, según espero, se lleva a cabo en este libro; para lo segundo será menester un nuevo libro sobre la «expresión en la voz y en el lenguaje».*

Es para mí una profunda necesidad dar gracias a mis colaboradores. Como el libro se basa en amplios estudios lingüísticos, no hubiera podido escribirlo sin colaboradores expertos. Mi ayudante, doctor Bruno Sonneck, ha cooperado con su ayuda a todas las fases de su elaboración, y ha conseguido aquí y allá la contribución de muchos de sus amigos, jóvenes dedicados a la lingüística comparada; el doctor Locker, por ejemplo, trabajó con él en la comprobación de una nueva clase de palabras, los prodemostrativos. Recuerdo también con gratitud las instructivas discusiones en unión con mi colega del verano de 1932, en el que el profesor Kurylowicz estudió durante un semestre en nuestro círculo. La doctora Käthe Wolf ha dirigido

los renovados y extensos estudios sobre Husserl, y a su vigilancia especial están confiadas también las investigaciones sobre la expresión, que nos ocupan en nuestro Instituto desde hace algunos años. De un estudio absolutamente independiente, que pertenece a aquéllas, pude tomar la reproducción oscilográfica de una sílaba pronunciada, que da la lámina incluida; el doctor Brenner ha iniciado con esta investigación un camino que siguen de manera semejante Gemelli y Pastori y al que deben notables resultados. (Análisis eléctrico del lenguaje, II, Ps. Forsch, 18, 1933). Junto al análisis de la formación fonética de palabras y frases, han resultado ya visibles, en parte, en el trabajo de Gemelli y Pastori también aquellos «individualismos fonéticos» (12, 5) que más nos interesan en el análisis de Brenner desde el punto de vista de la teoría de la expresión.

No faltan en mi círculo lógicos del lenguaje: mi colega Brunswik, el doctor E. Frenkel y el profesor Neumann han contribuido con su ayuda, con su activo interés habitual, a la formulación definitiva de los principios de este libro. También tuvimos por dos veces entre nosotros durante un semestre a mi colega Eino Kaila, que se dedicó con profundo interés a mi teoría del lenguaje y participó en la crítica de los principios, cuando pude exponerlos por vez primera a un pequeño círculo escogido. El profesor E. Tolman nos dio a conocer el año pasado sus experimentos de psicología animal, que lo llevaron en la cuestión de las señales a las mismas ideas fundamentales que se exponen en la Crisis *y aquí. También le estoy obligado a perdurable gratitud. Una joven cultivadora de la filología inglesa, la doctora L. Perutz, me ha ayudado con infatigable y competente celo en el examen de la voluminosa bibliografía lingüística para los temas de la sección IV, y, finalmente, ha compuesto con K. Wolf y B. Sonneck el índice. A todos juntos quedo ligado por una cordial gratitud.*

Introducción

LA TEORIA DEL LENGUAJE, AYER Y HOY

Obras de ayer

La humanidad, desde que se ocupa intelectualmente de lo humano, reflexiona sobre la esencia del lenguaje, y la teoría del lenguaje *científica* es tan antigua como las demás ramas de la ciencia occidental. Una exposición detallada de las fuentes de las ideas fundamentales de este libro tendría que empezar en Platón y los gramáticos griegos y tener lugar también para la obra de Wundt; tampoco podrían faltar W. von Humboldt, Cassirer, Gomperz, la escuela de Meinong y Marty. Lo que me hizo remontarme a la consideración *objetiva* del lenguaje entre los antiguos fue la evidencia de la necesidad de complemento de la *subjetividad* —querida y durante algún tiempo alabada— de los modernos; es cómodo y sencillo establecer precisamente este rasgo de nuestro plan, en contraste con el ayer, como lo requerido hoy, y obtener así una primera determinación de nuestra posición. Nuestro ayer es el siglo XIX.

Si se quisiera erigir un monumento a la asombrosa labor de la lingüística en el siglo XIX, no podrían faltar en la inscripción dos palabras: *comparación* e *historia*. Los libros más maduros acerca de los principios, en la época que va de Franz Bopp y W. von Humboldt a Hermann Paul, desarrollan en preguntas y respuestas los supuestos específicos de la lingüística que están implicados en estas direcciones de la investigación. Escojo los *Prinzipien der Sprachgeschichte* de Paul y pongo a su lado otras dos obras del umbral del hoy para in-

dicar el punto de partida de mi propio intento: a saber, las *Cuestiones fundamentales* de F. de Saussure y las *Investigaciones lógicas* de Husserl, de los años 1900 y 1901. Husserl no se ha detenido ahí, sino que ha escrito por último, en 1931, las *Méditations Cartésiennes*, en las que está preparado un modelo mental *ampliado* del objeto «lenguaje». Veo en este paso de Husserl una sumisión a la voz de las cosas; el esquema de esta segunda obra de Husserl no es todavía completamente nuestro modelo de *órganon* del lenguaje, pero permite iniciarlo y lleva hacia él; y este modelo de *órganon* puede encontrarse también en el *Cratilo* de Platón. Estaba atrofiado en el siglo XIX y es menester restablecerlo y reconocerlo de nuevo; yo mismo no lo he recibido en 1918 de Platón, sino que lo he tomado una vez más de las cosas y lo he opuesto al Husserl de las *Investigaciones lógicas*. La consideración objetiva del lenguaje lo exige y no permite tachar ni una tilde de este conocimiento: «Triple es la función del lenguaje humano: manifestación, repercusión y representación». Mostramos así en tres notables intentos de la teoría del lenguaje de ayer los callejones sin salida en que se mete inevitablemente un análisis sólo subjetivista del lenguaje. Mostrar luego cómo son evitables será la tarea del libro entero.

1. *Los «Prinzipien der Sprachgeschichte» de Paul. Dependencia de Descartes. Ciencias de la naturaleza e historia*

La filosofía de los *Principios* de H. Paul es el certero *common sense* de un hombre experimentado en una fecunda investigación empírica. No es nada aprendido ni repetido, sino vivido, lo que se escribe allí sobre la imposibilidad de prescindir de la investigación de los principios:

«Pero menos que nada puede menospreciarse el beneficio que resulta de una dilucidación de las cuestiones de principio. Se *engaña* uno a sí mismo si se cree poder hacer constar el *más sencillo hecho histórico sin un ingrediente de especulación*. Unicamente se especula entonces inconscientemente, y hay que dar gracias a un instinto feliz si se alcanza la verdad. Podemos afirmar que, hasta ahora, incluso los métodos usados de investigación histórica han sido hallados más por instinto que por una reflexión total que penetre hasta la más íntima esencia de las cosas. Y la consecuencia natural de esto es que se introduce una multitud de arbitrariedades, de lo cual resulta la interminable disputa de las opiniones y escuelas. Sólo hay una salida de esto: hay que acometer con toda seriedad la reducción de esos métodos a los primeros principios fundamentales y descartar todo lo que no se pueda derivar de ellos. Pero estos principios, en la medida en que no son de naturaleza puramente lógica, resultan precisamente del estudio de *la esencia de la evolución histórica*» (pág. 5; los subrayados son míos; cito según la 4.ª edición, de 1909).

La lingüística es incorporada reiteradamente por H. Paul al cosmos de las ciencias. Pertenece *en primer lugar* a un grupo que él mismo provee de un nombre propio, pertenece a las «ciencias de la cultura», y tiene que aceptar, según cree, el destino del grupo: que la separación cartesiana de las dos sustancias atraviesa su objeto. La física y la psicología entran en colisión en la lingüística como en todas las demás ciencias de la cultura; no hay escape, el corte está ahí, y el lingüista tiene que ver cómo se las arregla en su campo con aquella adaptación de los trozos que se intenta desde Descartes. Los modernos han inventado, como es sabido, una disciplina compuesta propia, la llamada psicofísica, para situar adecuadamente los problemas generales de la coordinación. La psicofísica se suele poner en la cuenta de la psicología; pero Paul ve la situación de un modo más libre:

> También las ciencias de la naturaleza y la matemática son (junto a la psicología pura) una base necesaria de las ciencias de la cultura. Si por lo general no tenemos conciencia de esto, se debe a que usualmente nos contentamos con la observación poco científica de la vida diaria, y nos conformamos también con lo que se entiende habitualmente por historia.
>
> Resulta, por consiguiente, una tarea capital para la teoría de los principios de la ciencia de la cultura exponer las condiciones generales bajo las cuales los factores psíquicos y físicos, según sus leyes peculiares, logran cooperar a un fin común (pág. 7). Tal «cooperación» pertenece, según Paul, al fenómeno del lenguaje. Su convicción psicofísica hubiese sido verosímilmente la doctrina de la acción recíproca, si la hubiese formulado propiamente. Si de hecho lo hizo en algún lugar, escapa a mi conocimiento, pero además importa poco.

Un *segundo* encasillamiento realiza el que cuenta la lingüística entre las «ciencias de la sociedad». Paul se da cuenta muy bien de la nueva categoría, pues en el pasaje que acabamos de citar continúa en un nuevo párrafo: «De un modo *algo distinto* se presenta la tarea de la doctrina de los principios desde el siguiente punto de vista». Me parece que en cuestiones de principios, donde se da tal cambio del punto de vista, no se puede uno consolar con saber que los vecinos tienen también que realizarlo. Es cierto lo que se lee en Paul: «La ciencia de la cultura es siempre ciencia de la sociedad. Sólo la sociedad hace posible la cultura; sólo la sociedad hace del hombre un ente histórico». Todo esto es tan verdad, que hay que invertir la conciencia lógica y pedir cuentas al que considera al individuo más primario que la sociedad: «Sólo la sociedad *hace* del hombre...». ¿De dónde sacáis en todo el mundo, dicho toscamente, la fórmula de poner en vuestro análisis al individuo *antes* que la comunidad? Naturalmente, sólo de Descartes o de la fuente universal del individualismo de la filosofía moderna.

Paul es, con todos sus contemporáneos, un individualista decidido, y se esfuerza también sinceramente en los *Principios,* en las tareas de tender un puente, que ningún otro punto de partida monádico se ahorra. Hay que «deducir» propiamente todo lo social, si se lo ha escamoteado en la atribución previa de los asuntos vitales, con pretensión de integridad, a la competencia de los individuos. Paul tenía como lingüista el modelo de los cultivadores alemanes, más antiguos, de la psicología de los pueblos, Lazarus y Steinthal, y discute con ellos en los *Principios*; encuentra que su cálculo era incompleto, y tiene que completarse en cierto modo. Pasamos por alto esta nota, que en sí no carece de interés, y sólo retenemos la exigencia, que apenas necesita motivación, de ver planteado el tema «individuo y comunidad» en una teoría moderna de los principios de la lingüística, nuevamente y de un modo más libre de prejuicios que lo que entonces era usual entre los colegas alemanes de Paul. F. de Saussure, su contemporáneo francés, comprendía (desde la tradición francesa en asuntos de sociología), en este punto del problematismo auténtico, considerablemente más que Paul.

Una vez dicho esto, conviene volver a la nota *histórica,* que es descubierta y establecida por Paul antes que todos los demás y como un *character indelibilis* en el objeto de las ciencias del lenguaje. El mismo lo dice y se comporta de acuerdo con ello:

> El esclarecimiento de las condiciones del acontecer histórico, junto con la lógica general, proporciona a la vez la base de la metodología que ha de seguirse al establecer cada hecho individual (pág. 3).

Por esto, los pocos capítulos de los *Principios* de Paul que no siguen desde luego y totalmente el esquema de secciones históricas longitudinales contrastan con los demás. Entre ellos, por ejemplo, se tratan en general, y aparte de la evolución, en el VI, «las relaciones sintácticas fundamentales», o en el XVIII, el tema «la economía en la expresión». El lector no experimenta en ellos, en modo alguno, la forma en que las relaciones sintácticas fundamentales o el momento de la economía se han desarrollado, modificado, desplegado en la historia de la familia lingüística indoeuropea que la ciencia puede abarcar con la mirada. No, sino que aquí Heráclito cede el puesto a los eleatas y capta de un modo plenamente adecuado algo distinto del río en el que no se puede uno sumergir dos veces; describe algo de lo que «permanece eternamente idéntico en todo el cambio de los fenómenos» (pág. 2); su objeto es en estos capítulos «el lenguaje de los hombres» en singular.

Hemos sacado las palabras últimamente citadas de su contexto; pero Paul no las dice para justificar sus capítulos VI y XVIII, apenas superados todavía hoy, sino para caracterizar lo que en su opinión sólo las «ciencias de leyes» del tipo de la física vislumbran como fin de su conocimiento, y probablemente sólo ellas *pueden* vislumbrar, pero en modo alguno la lingüística histórica. Yo me revuelvo contra esto, porque nadie puede obtener una ciencia sólo de lo fluyente y sin el trasfondo de un momento de constancia en la mudanza del acontecer. Ciertamente, el valor de eternidad de las relaciones sintácticas estructurales en las lenguas humanas no ha de entenderse *in sensu stricto;* ni en Paul ni después de nosotros. Los ejemplos de Paul sólo deben ilustrar cómo el sano *common sense* del investigador de que hablamos condena provisionalmente al silencio a Heráclito en su concepción y sigue la fórmula del partido adverso, lógicamente imprescindible. Para esto, bastan. La lista de los recursos sintácticos que Paul bosqueja en su teoría de la frase está recogida adecuadamente *en el modelo* del lenguaje humano; y esto es, desde el punto de vista metódico, algo completamente distinto de lo que, por lo demás, se hace y se recomienda en el libro. También la *lex parsimoniae* lleva al investigador más allá de lo histórico como tal, y lo obliga a consideraciones generales sobre la situación verbal. Pero el esquema lógico de la situación verbal se repite siempre que se encuentran dos hombres.

Aparte del azar de las citas que hemos escogido, de la concepción de Paul se desprende esta contraposición: allí, ciencias de leyes; aquí, historia. Paul va a parar (probablemente ya en la primera edición de su libro, y esto querría decir antes que Windelband) a la acentuación del carácter *idiográfico* de las ciencias del lenguaje:

> Pero, piénsese sobre ello lo que se quiera, el estudio histórico requiere como instrumento necesario la ocupación con elementos tan dispares, si no una investigación independiente, sí al menos la asimilación de los resultados obtenidos por otros. Pero también sería un gran error pensar que con la simple yuxtaposición de trozos de diversas ciencias está ya dada aquella especie de ciencia a que aquí nos referimos. No; le quedan aún cuestiones de las que no se preocupan las ciencias de leyes que utiliza como instrumentos. Estas comparan los diversos procesos, sin preocuparse de su relación temporal mutua, simplemente desde el punto de vista de descubrir las coincidencias y divergencias y hallar con ayuda de ellas lo que permanece eternamente idéntico en todo el cambio de los fenómenos. El concepto de evolución les es totalmente ajeno, incluso parece incompatible con sus principios. y por esto están *en rotunda oposición a las ciencias históricas* (pág. 2).

Esta es la contraposición de Windelband y Rickert; nosotros mismos tomaremos la concepción de Rickert en el origen de sus meditaciones lógicas y pensaremos la lingüística libre de la coraza dema-

siado estrecha de una ciencia sólo idiográfica. ¿Dónde quedaría el derecho de la lingüística a buscar «leyes» de la variación de los sonidos, si su mirada estuviera fijada y reducida a lo que sólo se da una vez en la historia como tal? ¿Dónde quedaría el derecho del lingüista a identificar una palabra que decimos hoy con una palabra que decía Lutero y que ha surgido de una raíz que se puede ya comprobar en el indoeuropeo primitivo? Paul, como investigador empírico, no piensa ni remotamente en someterse a tal limitación.

Ciertamente, las «leyes fonéticas» no son nunca leyes naturales sencillas, como la de la caída libre de los cuerpos. El que hoy trabaja acerca de esto tiene que indicar primero si estudia los hechos como fonético o como fonólogo; la sustancia de las alteraciones de los sonidos afecta a los fenómenos fonológicos. Y si es cierto que los fonemas son diacríticos, es decir, formas de signos, las alteraciones de sonidos no pueden, por naturaleza, seguir leyes naturales sencillas. Pero son fenómenos colectivos y como tales están sometidos a los puntos de vista y métodos de la investigación colectiva. Lo que se ha hallado son, *prima vista,* regularidades estadísticas, como se encuentran en todos los fenómenos colectivos; sin embargo, hay hasta una «estadística moral» con resultados muy estimables. Interrumpimos aquí el curso de las ideas; es bastante, si se ha provocado la inquietud y se ha suscitado un dinamismo de superación en los principios de Paul. La inclusión total de la lingüística en el grupo de las ciencias idiográficas, si es que las hay, es insatisfactoria y tiene que someterse a revisión.

Pero casi es más importante todavía una segunda idea que se puede adquirir en Paul, a saber: que la lingüística resulta como *sin patria* cuando se la «reduce» a física y psicología a la vez. Es un intento erróneo. El pecado decisivo que tiene la culpa de ello y ha de repararse, apareció cuando la teoría de los principios (pero no la obra empírica) de los lingüistas se dejó desgarrar y envolver más de lo que era necesario en las discusiones acerca de la división cartesiana de las dos sustancias, y, por tanto, en la psicofísica moderna. Lo que quiero decir se manifiesta de un modo más extremado y proteico en una segunda obra acerca de los principios, que hasta hoy no había encontrado toda la atención que merece.

2. *Las «Cuestiones fundamentales» de De Saussure, pensador acerca del tema en el siglo XIX*

Los *Principios* de Paul son un libro notable, rico en resultados bien ordenados de la lingüística del siglo XIX. Las *Cuestiones fundamentales de lingüística general,* de Ferdinand de Saussure, son

cualquier cosa antes que un libro de resultados [1]. Pero por eso reflejan de un modo constante e incitante el escepticismo metódico de un investigador que conoce el oficio y los resultados tan bien como los demás, pero no puede dejar de realizar una vez más, a su modo, el intento de depuración de las *Meditaciones* cartesianas en los hallazgos de los lingüistas. De Saussure se atiene con predilección a los conocimientos más evidentes y al parecer triviales. ¿Dónde se encontraría, por ejemplo, en su libro una elevación a las perspectivas de un W. von Humboldt, que quiere comprender desde el lenguaje la imagen del mundo de los diversos pueblos? Y, sin embargo, persiguió De Saussure los aspectos de *ergon y enérgeia* de Humboldt, por la experiencia de su propia labor, y nos ha discutido previamente, de un modo casi maduro para la decisión, el tema de una *linguistique de la langue,* en contraste con una *linguistique de la parole.* Mostró lo que tendría que hallarse para sacar realmente de pila una *linguistique de la parole.*

Pero esto sólo es un punto, sólo es uno de los esbozos del estudio de este hombre lleno de ideas. Sus lecciones, que fueron recopiladas en un libro póstumo, tienen que haber sido como orientaciones a través de los bosquejos inacabados de un creador de gran estilo, aún en lucha. Estoy convencido de que sólo estamos al comienzo de la repercusión histórica de la obra de De Saussure, de sus esbozos del tema de la teoría del lenguaje. A mí al menos me ocurre que descubro una hoja nueva cada vez que examino las cosas una vez más. Casi es lástima que haya que criticar; esto ocurre aquí sólo porque De Saussure, como hijo de su tiempo, en mitad del camino que parte del pensamiento unilateral acerca del tema en el siglo XIX, presenta espontáneamente al que piensa en ello la posición más favorable para mirar hacia atrás y hacia adelante.

F. de Saussure se preocupa poco del puesto y jerarquía que corresponde a su ciencia en la grave disputa, sino que de preferencia cuenta en blusa de trabajo y con ejemplos concretos los afanes cotidianos de un metódico de las ciencias del lenguaje. «¿Cuál es su objeto, si quisiéramos determinarlo de un modo total y concreto? Esta cuestión es especialmente difícil; más adelante veremos por qué; aquí queremos limitarnos a hacer comprensible esa dificultad» (página 9). Y ahora aparece una larga lista; en ella se anota, por ejemplo: «El fenómeno lingüístico muestra siempre dos aspectos que se corresponden, y de los cuales uno sólo tiene validez gracias al otro». Naturalmente; y no es menester decir a ningún experto que el sonido y la función pertenecen al todo de un fenómeno lingüístico

---

[1] F. de Saussure: *Cours de linguistique générale.* Cito según la traducción alemana, en general lograda. Berlín, 1931.

concreto. Sin embargo, vemos cómo para el caviloso metódico llega a constituir una «dificultad».

Subordina a la tesis de la bilateralidad mucho más que lo que a primera vista habría de suponerse, conoce no menos que cuatro manifestaciones del irreductible rostro jánico de los fenómenos lingüísticos: Toma la sílaba y verás que hay que definirla a la vez como unidad acústica y motriz. Te elevas analíticamente hasta el grado superior del fonema y tienes que reconocer que «no existe por sí mismo» (es decir, tal como tienes que aprehenderlo), sino que «forma por su parte con la representación una unidad compuesta, que es fisiológica y espiritual (mental = psíquico)». Consideras el decir como un todo y encuentras en él un aspecto individual y uno social. Y, por último, la lengua es en cada momento «una institución actual», como tal un «sistema fijo», y sin embargo también un producto del pasado, «una evolución». ¿Qué se sigue de esto? Una vez y otra, así dice De Saussure, se encuentra el lingüista ante el mismo dilema: o sucumbe a la unilateralidad o apela, en su afán de comprender unitariamente el resultado de la consideración desde dos puntos de vista, al *syndetikón*. Pues en el segundo caso «nos aparece el objeto de las ciencias del lenguaje como un cúmulo confuso de cosas heterogéneas, que no están unidas entre sí por ningún vínculo. Si se procede así, se entra en el campo de muchas ciencias» (pág. 10).

Este es el motivo principal en la queja metódica de De Saussure: tengo en la mano *membra disjecta* de esferas de saber completamente diversas, y debo componer con ellos algo homogéneo que lleva el nombre de una ciencia única, precisamente de la mía. Si nosotros mismos podemos decir acerca de esto una palabra, sólo hay, vistas las cosas formalmente, dos respuestas a esta queja metódica: o es verdad ese conjunto de fragmentos dispares de saber y la queja es a pesar de ello injustificada, porque un admirable poder de unificación del lin[illegible]nstruir de hecho con piezas de saber heterogéneas una ciencia unitaria, o bien es falso el supuesto de que el lingüista contempla siempre, por lo pronto y primariamente, lo que ha de investigar con ojos ajenos; ya con los ojos del físico y el fisiólogo, ya a su vez con los del psicólogo de vivencias y luego del sociólogo, del historiador, etc.[2].

No tendría mucho valor oír la queja metódica apuntada de boca de un cualquiera, que no sabe ninguna salida. De Saussure no es un cualquiera; no sólo adivina el error de los teóricos del lenguaje de su época, de los técnicos que consiguieron malentender el procedimiento

[2] Una tercera posibilidad lógica, que la lingüística no sea una ciencia —o un grupo de ciencias— propia y unitaria, ni siquiera la pensamos en serio.

sutil y los resultados de los expertos afortunados, sino que también conoce e indica en sus mejores horas la solución. Sabe que las ciencias del lenguaje constituyen el núcleo de una *sematología* (semiología) general y tienen en ella su patria, y por eso pueden prescindir del refugio en otras ciencias. Unicamente, no pudo dar todavía a esa idea salvadora la fuerza necesaria para explicar rotundamente por ella que ya en los datos de que parte la lingüística no hay física, fisiología, psicología, sino *hechos lingüísticos* y no otra cosa. Es menester, por ejemplo, una vivencia del «¡ajá!», en el umbral entre fonética y fonología, para liberarse de una vez para todas del círculo mágico de la división del mundo que hacen los técnicos. Y a esta vivencia del «¡ajá!» y otras análogas no llegó De Saussure, aunque ayudó a prepararlas tal vez como ningún otro.

La teoría del lenguaje que se expone en las páginas siguientes, se mantiene en pie o cae con el logro o el fracaso de la demostración de que la concepción de los investigadores de los principios a fines del siglo XIX puede sustituirse por algo mejor. Para esto es necesario trasladar la base de discusión. Volvemos, fieles a la receta del Sócrates platónico, a los talleres de los «prácticos»; allí donde puede encontrarse el más íntimo conocimiento del objeto «lenguaje». Se trata de comprender de nuevo los supuestos del oficio eficaz, triviales para un lingüista empírico auténtico, y fijarlos conceptualmente con toda la precisión que sea posible. Esta es la misión de una axiomática de las ciencias del lenguaje. Lo demás resultará de esto casi espontáneamente.

3. *El programa de Husserl en las «Investigaciones lógicas»*

Husserl apareció hace treinta años en el foro de los expertos con una reclamación:

> La gramática moderna cree que tiene que construirse exclusivamente sobre la psicología y las demás ciencias empíricas. Frente a esto llegamos aquí a la evidencia de que la antigua idea de una *gramática general* y hasta *apriorística* recibe un fundamento indudable y a la vez una esfera de validez delimitada con precisión, mediante nuestra demostración de leyes apriorísticas que determinan las formas posibles de significación [3].

El reproche de una desviación psicologista afecta ciertamente, como sería fácil probar documentalmente, a los teóricos, pero apenas a los investigadores empíricos del siglo XIX. De hecho, sólo hubo un

[3] E. Husserl: *Logische Untersuchungen*, II (1901), pág. 287.

grupo relativamente pequeño de gramáticos que, en la fase que va de Steinthal a Wundt, acudió al reclamo de una psicología del lenguaje reanimada y prometedora, hasta el punto de que resultó de ello un desconocimiento del planteamiento específicamente gramatical del problema. Yo no excluiría siquiera incondicionalmente de los empíricos a Steinthal, y menos aún a Paul, porque en ambos se puede borrar y anular con relativa facilidad el modo de hablar psicologista, y se encuentra debajo de él un núcleo de pensamiento gramatical de instinto seguro y sin deformaciones.

Pero sea de ello lo que quiera, Husserl tiene razón contra el modo de pensar de los *teóricos* Steinthal, Paul y Wundt. ¿Qué puede ofrecer él mismo? Se encuentra al final de la sección citada (en la segunda de las tres notas añadidas) una frase que suena completamente a resignación. Está dirigida a un lingüista empírico ficticio que, después de la lectura de ese nuevo programa de una «gramática pura», sacude la cabeza desengañado y está dispuesto a «desacreditarla» «por su presunta estrechez, su trivialidad y su inutilidad *práctica*». Husserl hace pensar a ese escéptico ficticio

que hasta ahora falta todavía una teoría de las formas suficiente, aunque fuese a grandes rasgos; para hablar con más precisión, que una distinción científicamente rigurosa y fenomenológicamente clara de los elementos primitivos de significación y una visión científica de la multitud de formas derivadas en su conexión y transformación, *hasta ahora no las ha logrado nadie; por tanto, no se trata en todo caso de una tarea demasiado fácil* (pág. 321; el subrayado de las últimas palabras es mío).

El ilustre autor se incluye, pues, a sí mismo e incluye su bosquejo de los problemas de una gramática pura en el fracaso, afirmado por él, de una solución de la «verdadera tarea definitiva», digámoslo así Al menos, así suena literalmente. Esta resignación sería hoy, treinta años después de la aparición de las *Investigaciones lógicas,* en mi opinión, tan fundada como entonces, si el fin último de los esfuerzos para conseguir una explicación y fundamentación epistemológica general de aquello de que se trata propiamente en la gramática fuese exactamente lo que Husserl barruntaba entonces, y si hubiese que alcanzarlo con sus medios. El primer paso de su exposición, de su bosquejo de la idea de una «gramática pura» es perfectamente irreprochable, y dice, expresado en términos triviales: dondequiera que hay composiciones en el auténtico sentido de la palabra, tienen que poder mostrarse también *reglas* de composición y en su esfera *leyes de estructura*. Establece esto en tesis notables:

Todo enlace en general está sometido a leyes, especialmente todo enlace material, restringido a un dominio objetivamente unitario, en el cual los resulta-

dos del enlace tienen que estar en el mismo dominio que los miembros del enlace. Nunca podemos unir todas y cada una de las particularidades mediante todas y cada una de las formas, sino que el dominio de las particularidades reduce el número de formas posibles y determina las regularidades de su aplicación. Pero la universalidad de este hecho no desliga de la obligación de comprobarlo en cada dominio dado e investigar las leyes determinadas en que se despliega (pág. 307).

Esto es tan indiscutible como interesante la advertencia de que «todo lingüista, esté en claro o no sobre la situación del asunto», opera con las leyes estructurales válidas para el dominio de los símbolos lingüísticos (pág. 319). La única cuestión es qué mínimo dado se necesita para desarrollar esas leyes estructurales. Y en este punto tengo que contradecir a Husserl, o mejor dicho al Husserl de las *Investigaciones lógicas*. Nos ocuparemos por dos veces en el texto, detenidamente, de las ideas de Husserl; la primera vez, de su teoría de la abstracción en la sección sobre los signos conceptuales (lingüísticos), y luego, otra vez, de la idea, ya esbozada aquí a grandes rasgos, de una teoría pura de la composición lingüística. Ambas, tal como se encuentran en las *Investigaciones lógicas,* y si se quedara uno reducido a ellas, estarían condenadas a la esterilidad desde el punto de vista de la teoría del lenguaje; pero ambas resultan fecundas si se aplica adecuadamente al antiguo programa el giro que hizo el propio Husserl y expuso con la máxima claridad en las *Méditations Cartésiennes,* de 1931. Sería un modo de obrar extraño que alguien hiciera hoy tomar la palabra en la teoría del lenguaje al antiguo Husserl y no también al nuevo. El antiguo modelo husserliano del lenguaje contiene sólo tantos fundamentos de relación, que basta justamente para explicar lógicamente el decir de un ente monádico, el monólogo de un Diógenes en el tonel, ocupado en las más elevadas abstracciones; por el contrario, el nuevo modelo del lenguaje humano que hay que trazar consecuentemente según las concepciones de las *Meditaciones cartesianas,* es exactamente tan rico como lo necesita la teoría del lenguaje y lo ha usado siempre prácticamente desde Platón; es el *modelo de órganon* propio del lenguaje. Con él ha de empezar nuestra exposición personal de los principios de la teoría del lenguaje.

Capítulo 1

LOS PRINCIPIOS DE LA LINGÜISTICA

1. Idea y plan de la axiomática. Observación e ideas de la investigación

Al comienzo de la teoría del lenguaje se encuentran dos tareas sin resolver, ni siquiera vistas nunca con plena claridad: queremos bosquejar y dejar planteada la primera, y resolver la segunda. La primera es: determinar todo el contenido y el carácter de las *observaciones* específicamente lingüísticas; y la segunda: mostrar sistemáticamente las *ideas* regulativas supremas de la *investigación*, que dirigen y animan las inducciones peculiares de la ciencia del lenguaje.

1. *Observaciones exactas; triple forma de comprensión*

Que la lingüística en general depende de la observación, no necesita discutirse; su prestigio como ciencia bien fundamentada depende en buena parte de la seguridad y exactitud de sus métodos de comprobación. Cuando faltan documentos escritos o cuando su testimonio puede completarse con observaciones *in vivo*, no vacila tampoco la investigación en nutrirse directamente del verdadero manantial; no vacila en nuestros días, por ejemplo, en hacer observaciones dialectales en el lugar mismo y percibir los sonidos *in vivo* o fijar en discos el fenómeno verbal concreto, raro y difícilmente observable, para tenerlo presente en una observación reiterada. Cierta-

mente, sólo puede fijarse en discos lo *audible* en el acontecimiento verbal concreto, y este primer elemento *solo* pesa de un modo abrumador en la discusión metódica. Pues el acontecimiento verbal plenario, y esto quiere decir «con sentido» o «con significación», le pertenece mucho más que lo audible. Pero ¿cómo se percibe y se hace accesible a la observación exacta lo que le pertenece? Por muchas vueltas que se le dé al asunto, el observador lingüístico tiene que *entender* de un modo completamente distinto que el físico lo percibido con los oídos y los ojos (desde fuera o desde dentro, como suele decirse). Y esa compresión tiene que someterse al mismo cuidado de un procedimiento metódico que la observación de los *flatus vocis,* de las ondas sonoras, de la forma fonética.

Sería angostura mental y no correspondería a toda la multitud de medios y vías el creer igualmente realizada y realizable la exigencia de comprensión para cada una de las muchas cuestiones de la ciencia del lenguaje; no hay que hablar de que todo se base en «proyección sentimental» y monólogo. La psicología animal e infantil de nuestros días ha perfeccionado una segunda forma de proceder y ha conseguido con ella éxitos inauditos en su campo; los descifradores de los jeroglíficos no sólo han hallado un tercer camino, sino que, obedeciendo a la necesidad, lo han utilizado de un modo admirable como el único eficaz. Comprender, según la naturaleza de la cosa, se dice por lo menos en tres sentidos en la lingüística.

Los primeros investigadores de jeroglíficos tenían delante figuras no comprendidas y admitían que eran *símbolos* que, nacidos de una lengua humana, habían de leerse, aunque fuese remotamente, como los signos de nuestra escritura; admitían que las imágenes totales eran textos. Y se han descifrado los textos, de hecho, paso a paso, y desde ahí se ha estudiado la lengua del pueblo faraónico. Esta lengua tiene palabras y frases como la nuestra, y aquellas figuras, al principio incomprendidas, se manifestaron como símbolos de objetos y relaciones. No hay que discutir cómo se llegó en detalle a esos valores simbólicos; pero, en todo caso, la exigencia de una primera comprensión se ha cumplido aquí partiendo del valor simbólico. Agreguemos para contraste una segunda situación inicial pensable, distinta, de la investigación. No son documentos en piedra y papiro, son ciertos fenómenos y procesos de la vida social de entes ajenos a nosotros, de los cuales hay que suponer que funcionan como nuestras *señales* de trato humanas. Los seres extraños podrían ser hormigas, abejas, termes, podrían ser aves u otros animales sociales, pueden ser también hombres y las «señales» una lengua humana. Si oigo órdenes, descubro en la conducta del que las recibe el primer barrunto de comprensión de su «significación», es decir, con más

precisión, de su valor de señal. Algo completamente distinto, por tanto, del caso del descifrado de textos. Y la situación inicial es por tercera vez distinta cuando llego a interpretar lo percibido como expresión. Expresiones son por lo general en el hombre la mímica y los gestos, también se encierra expresión en la voz y el habla; se obtiene de ahí otra clave de comprensión más.

Acerca de cómo manejaron estas claves de comprensión los afortunados *iniciadores* de la lingüística, puede leerse algo aquí y allá en sus exposiciones; aún no se han descrito nunca de un modo sistemático y suficiente cómo se utilizan esas claves en el curso del análisis avanzado de una lengua. La justificación lógica de los datos iniciales en la estructura de las ciencias del lenguaje, el comienzo, la conexión de sus principios con observaciones del fenómeno lingüístico concreto, es una tarea enormemente complicada. En todo caso, sería un completo error mostrar como modelo a la lingüística el ideal metódico de la física, totalmente distinto. ¿Quién sabe si se hubiera desarrollado y constituido una ciencia del lenguaje considerable sin el *análisis previo* que se encontró realizado en la reproducción y fijación óptica de formas fonéticas por medio de la escritura? No lo creo mucho, sino que creo positivamente que se deben a la lingüística antigua y moderna que partió de textos verbales analizados previamente por la escritura más ideas fundamentales e imprescindibles que lo que quieren admitir muchos de nuestros contemporáneos. La pretensión de volver a liberarse de la letra es tan comprensible como plenamente justificada para completar y depurar los resultados. Pero no debiera olvidarse que primero se tuvo que aprender a hablar y se aprendió de hecho en la *letra*.

Cuando nosotros mismos, hace poco, recogimos en discos primeras palabras infantiles de situaciones vitales concretas y quisimos comprender estos comienzos de habla humana según las reglas del análisis lingüístico, tuvimos mis colaboradores y yo una vislumbre de cómo hubiera podido ser la comprensión analítica si no hubiera todavía escritura. Pues lo que planteaba las mayores exigencias al análisis no era tanto la comprensión, la interpretación, como la acuñación fonemática, todavía insegura y vacilante, de esas formas. Si se ha podido decir, de un modo algo paradójico, que el barco depende más del timón que el timón del barco, yo afirmaría con mayor moderación que en la práctica científica la fonética depende tanto de la fonología como la fonología de la fonética. En otro lugar habrá que hablar detalladamente de las primeras palabras del niño.

Pero, sea de ello lo que quiera, es y sigue siendo un urgente *desideratum* de la teoría de la ciencia lingüística despejar los primeros pasos lógicos inductivos del lingüista. Pues es válida a la vez para la física y la lingüística la frase con que comienza la *Crítica de la razón pura*: «No hay duda alguna de que todo nuestro conocimiento

comienza con la experiencia. Pues ¿por dónde iba a despertarse la facultad de conocer, para su ejercicio, como no fuera *por medio de objetos que hieren nuestros sentidos?*...» Queremos llamar a lo que hiere los sentidos del lingüista, lo que es capaz de herirlos, *el fenómeno verbal concreto*. Es, como todo rayo y trueno, y el paso del Rubicón por César, algo que sucede una vez, un acontecimiento *hic et nunc*, que tiene su puesto determinado en el espacio geográfico y en el calendario gregoriano. El lingüista hace sus observaciones fundamentales a propósito de fenómenos verbales concretos, y fija sus resultados en principios de la ciencia. Hasta aquí todas las ciencias empíricas están en la misma situación. Pero el carácter objetivo de lo observado es fundamentalmente distinto en la física y en las ciencias del lenguaje (esto lo explica el axioma de la naturaleza del lenguaje como signo); y con el carácter del objeto, la forma de la observación y el contenido lógico de los principios científicos.

El problema metódico de la lingüística suscitado en el tema de la «comprensión» tiene la repercusión práctica de que no puede prescindirse del saber específico del *filólogo* en ninguna observación lingüística de primera mano. Donde no hay textos que establecer ni cuestiones de autenticidad a qué responder, en el acontecimiento verbal percibido *in vivo*, siempre queda todavía por hacer lo que en el lecho del enfermo se espera del médico y se llama allí diagnóstico, lo que se espera en el texto del tacto filológico y se denomina interpretación (hermenéutica). Y el que la exactitud y seguridad de la interpretación (de la función hermenéutica) esté determinada más allí por el saber y la visión históricos, y aquí más por la comprensión de situaciones vitales presentes, esto, considerado psicológicamente, no es una gran diferencia. Pero todo esto sólo se advierte de pasada; la peculiaridad total de las múltiples observaciones lingüísticas sólo puede comprenderse en último término desde la índole propia del objeto de la investigación lingüística.

En el curso de los capítulos posteriores aparecerán siempre aquí y allá, por ejemplo en la sección acerca de los fonemas, cosas nuevas, para las cuales el observador lingüístico tiene que tener una mirada personal, es decir, que tienen que hacerse una vez y otra nuevas comprobaciones iniciales *in vivo*, en fenómenos lingüísticos originarios o en otros fijados textualmente. Hasta hoy todavía no ha logrado nadie ordenar lo realizado prácticamente en todas partes, ni siquiera en cierta medida, de modo que fuese posible una visión de conjunto de todo el procedimiento inductivo de los lingüistas; sólo la inquietud en la conciencia lógica de hombres como De Saussure revela que *de facto* todavía no ha nacido un J. St. Mill de la lingüística.

2. *El objeto de que parte la lingüística*

Para usar un nombre cómodo, se puede denominar el conjunto de lo que puede herir los sentidos de los lingüistas el *objeto inicial* de la lingüística. Evidentemente, sólo un mínimo escasísimo de todo lo que *podría* ser observado se observa realmente en el interés de la investigación del lenguaje y entra en los registros de la lingüística. Pues todas las ciencias de experiencia son iguales entre sí en que cada una de ellas toma como tema un objeto del cual parte, que es inagotablemente rico en datos concretos determinables, y del mar de esta riqueza saca como con una cuchara sólo muestras apropiadas, para llevarlas a ellas solas a la sutileza de la determinación y el análisis científicos. Lo mismo que el botánico sistemático no persigue cada ejemplar de planta, y el físico no observa cada manzana que cae del árbol para comprobar la ley de la gravitación (aunque, según la leyenda, la caída de una manzana provocó en otro tiempo el descubrimiento de la ley de la gravitación), así también el lingüista se reserva, de acuerdo con las exigencias de su ciencia, el tomar una selección caprichosa de lo que quiere observar.

Se supone siempre y en todas partes que con poco se puede abarcar muchísimo, que en las muestras se puede comprender a la vez científicamente la totalidad. Y desde este punto de vista puede plantearse el problema definitivo y la cuestión que, partiendo del fin último, determina el programa de la teoría del lenguaje, paralelamente a lo que la teoría de la ciencia tiene que averiguar en todas las demás ciencias empíricas, exactamente igual que lo ha hecho H. Rickert en *Die Grenzen der naturwissenchaftlichen Begriffsbildung* para las ciencias de la naturaleza y la historia: siempre que por la acción del concepto una multiplicidad de datos, antes inabarcable y no dominada, se hace dominable y abarcable, surge para la teoría de la ciencia una de sus misiones específicas, a saber —dicho en pocas palabras—, investigar el cómo y el porqué del éxito de esa acción. En el cómo puede estar comprendido también de antemano el hasta dónde, la cuestión de los «límites» interiores de ese resultado, que Rickert ha subrayado especialmente y en función de la cual ha elegido el título de su libro. No planteamos, pues, respecto a los *resultados* de Rickert la cuestión escolar, demasiado estrecha, de a cuál de sus dos grupos de ciencias pertenece la lingüística, si a las nomotéticas o a las idiográficas, según él las entiende; esto significaría ponerse previamente anteojeras. Sino que pedimos que se vuelva una vez más sin prejuicios al punto inicial de la investigación de Rickert, que se plantee y conteste de nuevo para la lin-

güística la cuestión de que parte, absolutamente clara y legitimada por la lógica.

Hay que estudiar, pues, en último término, el *mundo conceptual del lingüista,* para ver cómo y por qué es capaz de hacer un cosmos para la intelección científica con una esfera de hechos bien delimitada, pero inagotable en determinaciones concretas, la esfera de los fenómenos verbales concretos, como lo consigue el físico con *sus* medios para los *suyos,* como lo logra cada ciencia empírica conclusa o cada grupo de ciencias empíricas para su objeto inicial, con un aparato conceptual adecuado al objeto, algo distinto en cada caso.

Esto corresponde a la cuestión inicial de Rickert. El que responde a ella, trabaja en una parte de la *teoría de la ciencia*; la teoría del lenguaje es un fragmento de teoría de la ciencia lo mismo que la clasificación de Windelband-Rickert con su fundamentación y muchos trabajos análogos. Si nosotros no ponemos el problema de la clasificación en el comienzo, sino que de momento lo aplazamos, la causa de esto es el conocimiento de que las «diferencias de visión» constitutivas, por decirlo así, de lo dado son más de las dos únicas recogidas por Windelband y Rickert. Esto lo adivinó ya acertadamente, en el fondo, H. Paul; después fue demostrado por Stumpf en su perspicaz disertación de la Academia de Berlín, *Zur Einteilung der Wissenschaften* (1907), una vez más, a propósito de la situación fáctica de ciencias particulares bien constituidas, y reaparece en la aguda aunque amplia crítica de Becher en *Geisteswissenschaften und Naturwissenschaften* (1921).

No es éste el lugar de tomar posición en detalle, por ejemplo, frente a Stumpf y Becher; pero voy a indicar de pasada mi opinión sobre sus aportaciones a la teoría de la ciencia. Lo que les falta es la comprensión íntima de todo un grupo de ciencias, que *tienen* que permanecer sin unidad mientras se escoja como base la imagen del mundo de Descartes o de Spinoza o de Leibniz o de Lotze. Por esto, Stumpf no ha visto en su campo de investigación preferido y en su libro más maduro, *Die Sprachlaute* (1926), el camino hacia la fonología y con ello hacia los temas específicos de la lingüística. En mi estudio *Phonetik und Phonologie* se lo he mostrado a propósito de un ejemplo concreto. En cambio, reconozco como concepción clara su «teoría de las formas», importante para el mismo grupo de ciencias, y también toda la sección «ciencias neutrales» (fenomenología, eidología, teoría general de las relaciones). Mucho de esto es imprescindible e insuperable. Becher, sin embargo —sean cualesquiera las excelencias que, por lo demás, hay en su libro—, no era un historiador del tipo que considera Rickert, un biógrafo, por ejemplo. No sería demasiado difícil salvar incólume la idea de Rickert del momento idiográfico de las ciencias, si bien acaso purificada de la polémica de Becher, y aún más viva e importante que lo que ya prevé él mismo. En cuanto al puesto de la lingüística en el cosmos de las ciencias, yo consideraría la base que Becher le prepara, tanto a ella como a la psicología, en los dos capítulos de las páginas 283-296 de su obra, introducida desde fuera y no elaborada desde dentro. A pesar del amplio campo de acción

que se abre y se señala a ambas, apenas podría un lingüista de hoy sacar de ello un sentimiento justo de seguridad; y la queja metódica de De Saussure sólo recibe la poco consoladora respuesta de que tiene que contentarse con que el lingüista contemple al comienzo lo dado con los ojos de los demás.

Es significativo que el libro de Rickert, en los pocos pasajes en que entra con ejemplos en la ciencia del lenguaje (en el más amplio sentido de la palabra), piensa en cuestiones específicamente filológicas y no específicamente lingüísticas. Por eso me parece igualmente natural que los adversarios de la bipartición del *globus scientiarum* por Rickert, cuando presentan argumentos tomados de la esfera del lenguaje, echen mano de lo específicamente lingüístico. Pues no hace falta mucho para comprender que en muchos puntos filológicos puede mostrarse el predominio del momento idiográfico con la misma facilidad que en realidades lingüísticas del tipo de las llamadas «leyes» de la alteración fonética o del cambio de significación resulta innegablemente clara la insuficiencia de la fórmula científica idiográfica. Sería precipitado incluir sin más, como se ha hecho con frecuencia, todo lo no idiográfico, en el sentido de Rickert, en el dominio científico-nomotético. Pues hasta hoy nadie ha demostrado, ni intentado demostrar en serio, un *tertium non datur*. En esto estoy de acuerdo con Stumpf y Becher. Un ejemplo verdaderamente clásico de una ciencia que no procede ni de un modo idiográfico ni científico-nomotético, y a pesar de ello ha demostrado su legitimidad y eficacia, es, dentro del marco de la lingüística, todo lo que pertenece al campo de la imprescindible gramática descriptiva. No pienso en la desacreditadísima «gramática escolar» (en favor de la cual, dicho sea de paso, me gustaría decir alguna vez una palabra amable), sino en todas las sencillas evidencias que se han obtenido, desde los geniales griegos, acerca de la estructura de cualquier lengua dada. Todavía no se ha logrado nunca una interpretación científica del lenguaje *sin* tales análisis estructurales. Nuestra sección III muestra en el axioma C su carácter científico.

Conviene empezar el examen de los conceptos fundamentales de la ciencia del lenguaje, con De Saussure, por lo que los lingüistas dicen cotidianamente, cada uno sobre su lengua o grupo lingüístico. Se habla del nombre y el verbo en el indoeuropeo y de la clase de los pronombres: ¿qué es esto? Es menester repetir una vez más en el espíritu los descubrimientos de los griegos, a los cuales se les han presentado en su lengua los fenómenos del modo que todavía hoy se llaman en su mayoría. Algunas cosas pueden parecernos anquilosadas, otras demasiado estrechas, en su terminología; esto habrá de eliminarse; queda bastante de admirable en nociones que entonces se captaron de un modo fresco y se han conservado hasta hoy en el

tesoro verbal de los lingüistas. Pero es menester estar en situación de dar cuentas adecuadas, que no se confíen a la destreza de los antepasados, de todos los conceptos fundamentales en todas las ciencias. Cuentas que respondan al activo de nuestra época; el examen, sea dicho una vez más, no puede pasar por alto ni aun lo más trivial aparentemente en las afirmaciones de la ciencia del lenguaje.

Que yo sepa, nunca se ha comprendido en esta fórmula el tema total de la teoría del lenguaje como una parte de la teoría de la ciencia, ni se ha realizado bajo la especie de un *examen conceptual* planteado sistemáticamente y de una comparación del aparato específicamente lingüístico con otros aparatos conceptuales. El modelo moderno más próximo y estimulante para ello procede, como hemos dicho, de Rickert; el más remoto, de los griegos, que descubrieron el hecho teórico del concepto. Pero entre ambas cosas y junto a ellas hay una labor científica vastísima, ante todo la asombrosa obra de la lingüística misma, la antigua y la moderna, sin la cual el teórico de la ciencia no tendría ningún punto de apoyo para plantear la cuestión del cómo y el porqué de la fecundidad precisamente de *ese* sistema conceptual.

3. *Axiomas de la lingüística*

Ver lo mismo desde el otro lado quiere decir partir de los *principios*. Se podría sentir la tentación de introducirlos mediante la conocida continuación de la cita de la *Crítica de la razón pura*: «Mas si bien todo nuestro conocimiento comienza *con* la experiencia, no por eso origínase todo él *en* la experiencia», etc. Pero esto nos enredaría en cuestiones perfectamente evitables aquí. Los principios de una ciencia de experiencia no derivan en modo alguno de su dignidad *lógica* de la demostración de su apriorismo. Lo que quiero decir se ve con la mayor claridad en las ciencias de la naturaleza. Se suele considerar como el orto de la física moderna la concepción de la idea de la posibilidad de analizar de un modo continuo cuantitativo (matemático) los procesos naturales. Las tesis de Galileo, el *ubi materia ibi geometria* de Kepler, proponían en rasgos generales un programa al que se ha permanecido fiel y al que se deben los éxitos de la física. Como intentos clásicos de articular el *ubi materia ibi geometria,* todavía muy impreciso, en un sistema de axiomas, pueden considerarse tanto el *philosophia naturalis* de Newton como la *Crítica de la razón pura* o la teoría de la inducción de J. St. Mill. También hay axiomas para los empiristas decididos. De la física puede decirse que desde que se concibió la idea del análisis matemático de los procesos naturales,

ha tenido plena conciencia del camino adecuado de la investigación y se ha adaptado a un perfeccionamiento —que progresa con la investigación particular misma— de su axiomática formulada explícitamente.

En la forma moderna de su exposición, de su despliegue (se podría decir simplemente lógico), *no se suscita al principio* la cuestión de qué es en ella *a priori* y qué *a posteriori*. Y aspiramos exactamente a lo mismo en el ensayo aquí presentado para el campo de la linguística. Proponemos un modo de ocupación con los axiomas que se puede calificar si se quiere como explicación puramente fenomenológica o como una fijación de principios gnoseológica y ontológicamente *neutral*. Son principios que han de obtenerse por *reducción,* del haber de la misma lingüística fructífera. D. Hilbert llama a este procedimiento pensamiento axiomático, y lo postula, exactamente en nuestro sentido, para todas las ciencias. En todas las ciencias es posible y necesaria aquella «profundización de los fundamentos», progresiva a medida que avanza la investigación, que él y sus amigos cultivan tan eficazmente en el dominio de la matemática [1]. Mirándolo bien, esto está ya contenido en la fórmula del Sócrates platónico, en la llamada «inducción» socrática: busca a los expertos, a los «artífices» eficaces de un asunto, en discusión con ellos encontrarás los principios de que se nutre su conocimiento práctico de la cosa.

¿Qué ocurre con los principios de la lingüística? Formularemos a continuación cierto número de tesis que pretenden ser consideradas ya ellas mismas como axiomas de la lingüística o al menos servir de

---

[1] D. Hilbert: *Axiomatisches Denken,* Mathematische Annalen, 78 (1918): «Si consideramos en detalle una teoría determinada, reconocemos siempre que la construcción de la armazón de conceptos se funda en unos pocos enunciados notables de la disciplina, y éstos solos bastan luego para edificar con ellos toda la armazón según los principios lógicos» (406). Una de las discusiones más interesantes históricamente sobre los problemas a que lleva el «pensamiento axiomático» en el sentido de Hilbert son las observaciones polémicas contra W. Whewell en la teoría de la inducción de J. St. Mill. La *Philosophy of Discovery* de Whewell (el prólogo es de 1856, la edición que tengo delante, de 1860) está inspirada en Kant, la discusión se lleva a cabo, pues, en el fondo entre Mill y Kant. Podemos decir: lo que ninguno de los dos discute, lo que Mill reconoce una vez y otra como el núcleo verdadero de la concepción de Whewell, eso exactamente es el campo de investigación de la axiomática de una ciencia empírica. Repárese, sobre todo en Mill, en observaciones como la siguiente: «La dificultad para este último (el juez que tiene que fallar un juicio de hechos) no consiste en que ha de *hace*r una inducción, sino en que ha de *elegirla*». En la axiomática de las ciencias particulares se trata de la primera elección, por decirlo así, de ideas iniciales fecundas. De qué fuente de conocimiento se nutren es una cuestión que rebasa el marco de la axiomática de las ciencias particulares.

punto de apoyo y de partida a tentativas teóricas progresivas de lograr un sistema cerrado de tales axiomas. Esta empresa es nueva por su forma; el contenido ideológico de las tesis, en cambio, no es nuevo en modo alguno, ni puede serlo por la naturaleza de las cosas. Pues las posiciones que se toman frente al objeto lenguaje, cuando se admiten las tesis, son y han sido aceptadas por los lingüistas, en parte desde que ha habido ciencia del lenguaje. Cuestiones que *sólo desde esas posiciones* se pueden plantear, se han plantado y respondido; otras que no se plantean porque desde ese punto de vista no tendrían sentido, han quedado en suspenso, etc. Se puede afirmar con buenas razones que también la lingüística, especialmente en su historia más reciente, de algo más de cien años, ha tenido perfecta conciencia del camino recto de la investigación. Lo cual es interpretado por el teórico de la ciencia en el sentido de que han dirigido en conjunto la investigación concepciones de presunta fecundidad, de jerarquía análoga a la del análisis matemático de los procesos naturales, si bien con frecuencia formuladas sólo de modo imperfecto. Y ésta es ciertamente, opínese de ellos por lo demás como se quiera, la función de los axiomas en la investigación de las ciencias empíricas particulares. Los axiomas son las tesis constitutivas, que definen un dominio, son algunas ideas inductivas radicales, que se usan en cada campo de investigación.

4. *Los cuatro principios*

Una ojeada a lo que sigue muestra al lector que hay cuatro tesis que formulamos, explicamos, recomendamos. Si un crítico observara que han sido (para repetir una expresión de Kant) *recogidas*, que probablemente habría aún más proposiciones axiomáticas o afines a los axiomas, de ese tipo, acerca del lenguaje humano, encontraría en este punto nuestra aquiescencia plena; las tesis, en efecto, sólo están recogidas de la concepción de la lingüística lograda, y dejan espacio libre para otras. Que Kant no se contentaría con ello y se proponía un fin superior, en que se trataba de la axiomática de las ciencias matemáticas de la naturaleza, se sabe por su propia confesión y por la génesis de la crítica de la razón. Unicamente, hoy se sabe también la otra parte, a saber: que la hermosa arquitectura de la tabla duodecimal kantiana de categorías y principios ha sido un fantasma histórico efímero; no puedo evitar el temor de que un intento paralelo en la doctrina de los principios de la lingüística tuviera que recibir el mismo pronóstico, ser un fantasma efímero. Hoy ya no se procede completamente igual que Kant, y acaso lo que se puede recoger

acerca de ello en intentos modernos comparables se funda en una última sabiduría. Hombres como Russell y Hilbert se representan la investigación de los principios en el campo de las ciencias empíricas de tal modo, que los resultados y teorías *presentes* se aprehenden y se someten a un proceso de reducción lógica; éste es el primer paso del «pensamiento axiomático». Es esencial al giro en que pienso, no sólo dar de hecho ese paso y dejar desaparecer en el cesto de los papeles el concepto de su ejecución, sino dar cuenta de ello. El «recoger», que se daba desde siempre, se entrega hoy en mayor medida que antes a la publicidad y se hace accesible a una comprobación. Pero al que realiza la empresa de «recoger», los que cooperan en ese esfuerzo le desearán sobre todo mirada franca y buena mano; si las tiene, acaso resulte *post festum* una ordenación interna de los axiomas.

Dos de los cuatro principios tienen tan estrecha conexión, que se puede uno preguntar si su contenido no tiene su puesto en un solo enunciado: son el primero y el segundo. Yo mismo he tardado en ver con claridad por qué se necesitan dos. El modelo de *órganon* propio del lenguaje aporta aquel complemento de la antigua gramática que han sentido como necesario investigadores como Wegener, Brugmann, Gardiner y, antes que ellos, en cierta medida, también otros como H. Paul; el modelo de *órganon* aporta la multitud de relaciones fundamentales que sólo pueden descubrirse en el fenómeno verbal concreto. Nosotros establecemos al principio la tesis de las tres funciones de sentido de la forma lingüística. El ensayo más interesante en que se lleva a cabo de un modo consecuente algo análogo es el libro de Gardiner *The theory of speech and language* (1932)[2]. El análisis de Gardiner conduce a una teoría de la situación en el lenguaje.

¿Debe elevarse, pues, definitivamente a consigna que la antigua gramática requiere de hecho una reforma en el sentido de una resuelta *teoría de la situación* en el lenguaje? Mi respuesta es: hay un límite inmanente que tienen que respetar todos los aficionados a reformas. Pues tan innegable como la situación verbal concreta es el otro hecho de que hay decires ampliamente *ajenos a una situación* que hay en el mundo, por ejemplo, libros enteros que están llenos

---

[2] Yo mismo me siento corresponsable, no de su concepción (que pertenece íntegramente al estimado autor), pero sí de la edición del instructivo libro; fue menester convencer a Gardiner de publicar en forma conclusa lo que había madurado lentamente, y no he dejado de hacerlo cuando se me presentaba una ocasión. En el libro mismo se han añadido después otras muchas cosas que yo no conocía de palabra. Volveremos en otros lugares al libro de Gardiner y tendremos que aprender mucho de él.

de decires ajenos a una situación. Y el que examina a fondo de un modo igualmente imparcial ese hecho del decir ajeno a toda situación encuentra, en caso de que salga del aula de un teórico de la situación decidido, en primer lugar, motivo para un asombro filosófico sobre la posibilidad de lo fáctico. Y luego, si no persiste tercamente en el dogma de que aquel análisis causal que ha aprendido allí *tiene* que bastar, sino que llega a considerar, guiado por las cosas, frases ajenas a toda situación, como «Roma está sobre siete colinas» o «dos por dos son cuatro», volverá indefectiblemente al carril de la antigua y respetable gramática descriptiva. La justificación lógica de ésta resulta en nuestra doctrina del *campo simbólico* del lenguaje, y también esta doctrina tiene que fundamentarse axiomáticamente. Recibe su fundamentación cuando se reconocen B y D juntos.

El axioma C, finalmente, explica una diferenciación de las funciones investigadoras, realizada hace muchísimo tiempo en el seno de las ciencias del lenguaje. Filólogos y lingüistas, psicólogos y cultivadores de la ciencia de la literatura encontrarán, comprendido conceptualmente en nuestro esquema de cuatro campos, aquello que es *específico* en su interés por el lenguaje. Naturalmente, a la postre cada uno echa mano del todo; también el historiador de la literatura tiene que ser gramático. Que el psicólogo del lenguaje no tiene que serlo menos, que la teoría de las formas del gramático *precede lógicamente* a todo lo demás, y por qué puede ser así es la aclaración que proporciona el axioma C. El principio D puede hablar por sí mismo. Considerado una vez más el conjunto de la axiomática, las cuatro tesis rectoras acerca del lenguaje humano están adaptadas a importantes aclaraciones de este tipo; su «deducción» hace evidente que son imprescindibles si ha de comprenderse el orden dado en el cultivo en gran escala de la lingüística. O, expresado en términos inversos: justifican lógicamente y desde las cosas el andamiaje que los investigadores han levantado para manejar el objeto de su estudio.

2. El modelo de «órganon» propio del lenguaje (A)
Formas de aparición del fenómeno lingüístico concreto

El fenómeno verbal tiene múltiples causas (o motivos) y lugares en la vida del hombre. No abandona completamente al solitario en el desierto o al que sueña dormido, pero enmudece de vez en cuando, tanto en momentos indiferentes como decisivos. Y, por cierto, no sólo en el que reflexiona en soledad y en el que crea sin palabras, sino muchas veces en medio del curso de un acontecer entre tú y yo o en la asociación del nosotros, en que por lo demás

se presenta normalmente. Equidistantes de la verdad de una ley están todas las reglas sumarias de los sabios que se ocupan de esa aparición, cambiante como el tiempo, del habla humana. «Si habla el alma, ya no habla, ¡ay!, el alma»; igualmente se oye decir: la respuesta más profunda de la conciencia interrogada es el silencio. En cambio, otros sostienen que hablar y ser hombre vienen a ser lo mismo, o que el modo de expresión del lenguaje (más exactamente, de la lengua materna) es el medio en que se nos dan y pueden manifestarse únicamente el mundo exterior y el mundo interior; por lo menos, pensar y hablar han de ser lo mismo, a saber: *logos,* y el pensamiento mudo, sólo un hablar que no se puede oír.

No buscamos al principio ningún conflicto con los sabios, sino un modelo del fenómeno verbal concreto y acabado, junto con las circunstancias vitales en las que se presenta por lo regular. Creo que fue una buena presa de Platón la indicación que hace en el *Cratilo* de que el lenguaje es un *organum* para comunicar uno a otro algo sobre las cosas. Que se dan tales comunicaciones no es cuestión, y la ventaja de partir de ellas consiste en que todos los demás casos o la mayoría de ellos pueden obtenerse de ese caso principal por *reducción,* pues la comunicación verbal es la manifestación más rica en relaciones fundamentales del fenómeno verbal concreto. La enumeración *uno —a otro— sobre las cosas* designa nada menos que tres fundamentos de relaciones. Trácese un esquema en una hoja de papel, tres puntos agrupados como para formar un triángulo, un cuarto en el centro, y empiécese a reflexionar sobre lo que ese esquema puede simbolizar. El cuarto punto en el centro simboliza el fenómeno perceptible por los sentidos, habitualmente acústico, que evidentemente tiene que estar en *alguna* relación, sea directa o mediata, con los tres fundamentos de los ángulos. Trazamos líneas de puntos desde el centro hasta los ángulos de nuestro esquema y meditamos en lo que simbolizan esas líneas de puntos.

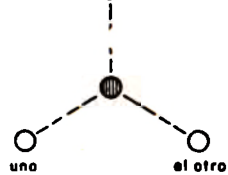


Fig. 1.

1. *Consideraciones causales insuficientes de los especialistas*

Lo primero que se le ocurre hoy al que interpreta sin prejuicios esa figura de puntos y líneas es una *consideración causal* directa. «Uno» produce el fenómeno sonoro y éste actúa sobre el «otro» como estímulo; es, pues, *effectus* y *efficiens*. Para dar también sentido a la tercera línea de puntos se puede proceder de distinto modo. Lo más sencillo es interpretarla como una conexión causal compleja, producida por fundamentos intermedios, de acontecimientos en torno al hablar. Supongamos que la producción del fenómeno acústico sea provocada en el que habla por un estímulo sensible temporalmente anterior, que procede de una cosa del campo perceptivo, y que la audición del fenómeno acústico verbal estimule al oyente a volver los ojos hacia la misma cosa. Así, por ejemplo: Dos hombres en una habitación —uno advierte un repiqueteo, mira a la ventana, y dice: *está lloviendo*—; también el otro mira hacia allí, ya sea llevado a ello directamente por la audición de las palabras o por la mirada hacia el que habla [3]. Esto ocurre, y con ello se cierra el círculo del modo más perfecto. Si se quiere, se puede dejar ahora continuar el acontecer en el círculo así cerrado como en un tornillo sin fin. Si la cosa o el fenómeno tienen suficiente riqueza para provocar nuevas excitaciones que recibe alternativamente uno u otro de los interlocutores, si el suceso interesa intensamente a los dos (como suele decirse de un modo expresivo), se explayarán un rato en forma de diálogo mientras examinan y discuten la cosa o el asunto.

Si ahora volvemos de nuevo la atención del ejemplo ilustrativo al modelo, habría que precisar la cadena causal de la comunicación primaria mediante sonidos, aún fundada en la percepción, en el esquema de la figura 2. ¿Qué dice la teoría del lenguaje acerca de

---

[3] Este ejemplo de la lluvia se discute en el interesante libro de Alan Gardiner, *The theory of speech and language*, 1932. Aseguro con gusto al ilustre autor que lo he discutido en el encerado, a propósito del esquema de los tres fundamentos, en 1931, en Londres, sin saber que él lo había apuntado ya diez años antes. Tal vez el clima de Londres sea responsable de la uniformidad de la elección de ejemplo. El esquema mismo de los tres fundamentos no es de ninguno de nosotros dos, sino que fue concebido por primera vez por Platón, en la medida en que un lógico podría inferirlo de la conjetura platónica. Cuando lo hice en 1918, en el ensayo *Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes* (Indog. Jahrbuch, 6), no pensaba tampoco en Platón, sino, como Gardiner, en la cosa, y veía ante mí el modelo. Los títulos de mis dos conferencias en el University College de Londres fueron: 1. *Structure of language;* 2. *Psychology of speech.* En relación con ellas tuve con Gardiner aquellas penetrantes discusiones, citadas por él, que nos revelaron a los dos que él desde el egipcio y yo desde el alemán juzgábamos de un modo coincidente «el» lenguaje de los hombres.

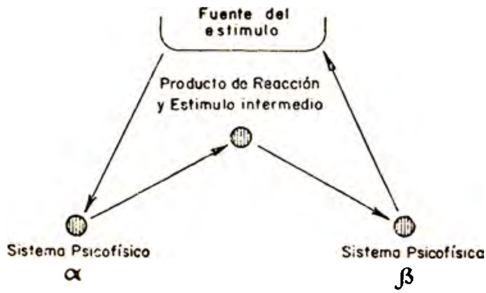


Fig. 2.

esto? Una consideración causal, una consideración causal *cualquiera*, es tan inevitable en el marco total del análisis lingüístico de los procesos verbales concretos como, por ejemplo, en la reconstrucción de un delito. El juez, en el proceso criminal, no sólo tiene que determinar el hecho como ese delito, sino también al acusado como autor para condenarlo. La atribución del hecho sin la idea de causalidad en alguna forma sería (vista la cosa de un modo puramente lógico) una empresa sin sentido. Pero el pensar hasta el fin la idea de causalidad tropieza en la esfera del derecho con dificultades bien conocidas. Yo afirmo que también tropieza con dificultades de la misma índole la representación demasiado primitiva de la antigua psicofísica acerca del «ciclo del hablar» (De Saussure); son, a su vez, las mismas que se manifiestan de un modo general en el campo central de la psicología. Hoy empezamos a adivinar dónde está el error: los sistemas α y β de la cadena funcionan como estaciones de amplia autonomía. La recepción del estímulo se parece, aun en el caso más sencillo, a un auténtico «aviso», y la propia emisión es siempre una «acción».

El programa de investigación que el robusto behaviorismo empezó a poner en práctica con empuje juvenil, primero con animales y con el lactante humano, contenía aún la antigua fórmula e intentaba resolver en reflejos el proceso total; pero hoy se está produciendo un cambio en toda la línea. Voy a formular aquí una única tesis acerca de esto, que basta para justificar abundantemente, también desde este punto de vista, nuestra exigencia de buscar la *verdadera faz* de las cosas. Lo mismo si se consultan las obras iniciales del behaviorismo americano —las mejores en mi opinión— de Jennings y Thorndike, o el modernísimo resumen de Ichlonski sobre los resultados de los rusos en torno a Pavlov y Bechterev, o la teoría del lenguaje, realizada desde el punto de vista behaviorista. de la filósofa G. A. de Laguna, salta inmediatamente a la vista del que no ha perdido la visión del *auténtico* problema que los investigadores, desde el

principio y hasta hoy, estaban obligados por la cosa misma a *la* desviación decisiva del programa.

Ni podían ni pueden avanzar sin un concepto fundamental *sematológico* en su cálculo, sin el concepto de la señal. Fue introducido con pureza teórica por Jennings en la forma de los «estímulos representativos» (nuestro *aliquid stat pro aliquo,* sobre el cual se da cuenta en B); reaparece en Ichlonsky, expresado en una consideración del como si, y está contenido desde el principio y originariamente en la concepción de De Laguna. Y este auténtico concepto de signo tiene un puesto lógico en el programa de los behavioristas, no en cualquier punto de la periferia de lo investigado, sino completamente en el centro, de suerte que pertenece de hecho o debe pertenecer, por ejemplo, al inventario de todo teórico que quiera hacer comprensibles los hechos del aprendizaje animal. Pues donde no aparece resulta visible un hueco o un salto en el lugar en que tendría que estar. Todo el atasco de la teoría behaviorista, su fragmentación en más de los siete colores del iris en el *proceso de aprendizaje,* acerca del cual están llenos los libros y revistas de los psicólogos americanos, acaso hubiera podido predecirse desde una sematología perspicaz. Pero en todo caso, desde aquí es posible la profecía más cómoda *post festum* y aún algo más, a saber: una ordenación lógica clara de las diferencias de opinión acerca del proceso de aprendizaje. Lo que digo tiene que quedar de momento sin justificantes detallados; la teoría del lenguaje tiene que contener un capítulo especial sobre la función de señal del lenguaje, y aquél es el lugar de entrar en particularidades. Allí habrá que mostrar también que en el seno de la biología misma ha surgido, como una especie de antítesis hegeliana del behaviorismo mecanicista, el intento de Uexküll, que está previamente orientado sematológicamente en sus conceptos fundamentales «signo de advertencia» y «signo de actuación». El profundo cambio de que hablo se realiza con pureza paradigmática en la notable obra de E. C. Tolmann *Purposive behavior* (1932).

Lo impreso en letra pequeña, tal como queda expuesto, carece de actualidad para los lingüistas europeos, y hubiera podido omitirse; pero es menester mencionar en su lugar sistemático el ensayo más consecuente del pensamiento moderno sobre el tema y anotar las dificultades en que provisionalmente se atascó. Su precursor en la psicología y la lingüística de fines del siglo XIX no es más que un niño inconsecuente y balbuciente en comparación con el programa del behaviorismo fisicista, que ha renovado en forma moderna el nominalismo del *flatus vocis,* del comienzo de la Edad Media. El argumento más sencillo y verdaderamente contundente de un lingüista contra él lo ofrece, por ejemplo, la situación de la fonología. Los sistemas psicológicos de los interlocutores producen y elaboran de hecho los *flatus vocis* de un modo completamente distinto de lo que supone la antigua fórmula, demasiado simple. Los sistemas psicofísicos son *selectores* en cuanto receptores, y actúan según el principio de la relevancia abstractiva, acerca del cual dará explicaciones el axioma B, y los sistemas psicofísicos son *estaciones de formación* en cuanto emisores. Ambas cosas pertenecen a la organización del intercambio de señales.

2. *Nuevo modelo; las tres funciones de sentido de los fenómenos lingüísticos*

Respetamos estos hechos y dibujamos por segunda vez el modelo de *órganon* que es el lenguaje en la figura 3.

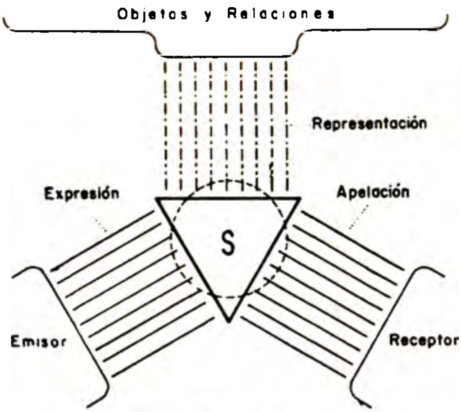


FIG. 3.

El círculo del centro simboliza el fenómeno acústico concreto. Tres momentos variables en él están llamados a elevarlo por tres veces distintas a la categoría de signo. Los lados del triángulo inserto simbolizan esos tres momentos. El triángulo comprende en un aspecto menos que el círculo (principio de la relevancia abstractiva). En otro sentido, a su vez, abarca más que el círculo, para indicar que lo dado de un modo sensible experimenta siempre un complemento aperceptivo. Los grupos de líneas simbolizan las funciones semánticas del signo lingüístico (complejo). Es *símbolo* en virtud de su ordenación a objetos y relaciones; *síntoma* (indicio), en virtud de su dependencia del emisor, cuya interioridad expresa, y *señal* en virtud de su apelación al oyente, cuya conducta externa o interna dirige como otros signos de tráfico.

Este modelo de *órganon,* con sus tres referencias de sentido variables con amplia independencia, está completo por primera vez, tal como hay que realizarlo, en mi trabajo sobre la frase (1918), que empieza con estas palabras: «Triple es la función del lenguaje humano: manifestación, repercusión y representación». Hoy prefiero los

términos: *expresión, apelación* y *representación,* porque «expresión» adquiere cada vez más en el círculo de los teóricos del lenguaje la significación precisa exigida aquí, y porque la palabra latina *appellare* (inglés, *appeal*; alemán, *ansprechen*) es acertada para lo segundo; hay, como hoy sabe todo el mundo, un *sex-appeal,* junto al cual el *speech appeal* me parece un hecho igualmente tangible.

Pero en todo caso, el que ha llegado al conocimiento de la naturaleza de signo del lenguaje tiene que procurar la homogeneidad de sus conceptos; los tres conceptos fundamentales tienen que ser conceptos *semánticos.* Es instructivo darse cuenta en la fonética de por qué y cómo ha de evitarse un *cocktail* de conceptos. Después del progreso que ha traído la fonología, habrá que considerar siempre en el futuro, respecto al simple término «fonema», por el contexto o mediante un calificativo, si lo mentado ha de ser un signo fonético, una señal fonética, es decir, una unidad determinada del sistema de fonemas de una determinada lengua, o algo perteneciente al contenido de la fonética. Pues ahora sabemos que un fonema en singular puede «realizarse» de un modo fonéticamente distinto en *dos lugares de la misma* lengua en que aparece, y una materia fonética en singular, que aparece *en dos lenguas distintas,* puede «apreciarse» de un modo fonológicamente distinto. Aquello, por tanto (dicho una vez más), en el dominio de la misma lengua; esto, en el dominio de lenguas distintas. Una mezcla de conceptos que pertenecen en parte a la consideración causal (física), y en parte a la consideración como signos, tendría que confundir de un modo tan profundo la interpretación simbólica de nuestro esquema de tres fundamentos, que nadie podría entenderse ya bien y surgirían meros pseudoproblemas. La consigna «¡marchar separados!» pertenece al supuesto obvio de la homogeneidad de conceptos que se quiere manejar sinópticamente en un modelo de relación. La consigna complementaria «¡y golpear juntos!» es un asunto que tiene que realizarse de otro modo en el seno de la ciencia. Y, ciertamente, según reglas lógicas perfectamente claras y explicables, acerca de las cuales se pueden lograr las primeras informaciones, de un modo igualmente ejemplar, a propósito de la relación entre la fonética y la fonología.

¿Qué significan, pues, los grupos de líneas del modelo de *órganon*? Platón sólo ha intentado interpretar *uno* de ellos, la relación fonema-cosa, y en el *Cratilo,* si bien se prepara en el diálogo cierto impulso hacia una nueva duda, se ha decidido, sin embargo, de un modo *preponderante,* por el νόμῳ o θέσει de su cuestión disyuntiva. Hay, pues, en aquel lugar del esquema, dicho en términos matemáticos modernos, una *ordenación* de los signos fonéticos a objetos y relaciones. El preámbulo histórico de esta ordenación es desconocido

para el que habla hoy. La lingüística puede en muchos casos, ciertamente, perseguir y señalar la ordenación prodigiosamente lejos en el pasado; pero al fin se rompe el hilo en todas partes. Tanto los hablantes como los lingüistas reconocen esto: si «hoy» consideramos comparativamente el fonema y la cosa, no resulta ninguna «semejanza» entre ambos, ni siquiera sabemos en la mayoría de los casos si ha existido alguna vez y si por esa analogía se ha realizado originariamente la *ordenación*. Esto es todo, y en rigor ya más de lo que de momento necesitamos. Pues las ordenaciones «existen», si se atiende a la última agudeza conceptual, sea cualquiera su motivación, sólo *en virtud* de una convención (unificación en el sentido puramente lógico de la palabra) y *para* los contratantes [4]. En una palabra, en la solución del *Cratilo* puede quedar en pie esto: los fonemas de una lengua están ordenados a las cosas y el léxico de una lengua interpretada científicamente resuelve la primera cuestión que se desprende de la respuesta del *Cratilo*: exponer los *nombres* (como allí se dice) de la lengua, sistemáticamente, con sus relaciones de ordenación a las «cosas». El hecho de que en un sistema de dos clases de los medios de representación del tipo del lenguaje pertenezcan también a las ordenaciones léxicas convenciones sintácticas, no hace sino ampliar el campo de las relaciones de ordenación que encontramos en él. Para responder a ello, en el lugar del esquema en que ponía «las cosas», escribimos ahora la doble denominación: *objetos y relaciones*.

3. *Expresión y apelación como variables independientes junto a la representación. Los tres libros sobre el lenguaje*

Lo que sigue ahora es adecuado y está destinado a delimitar la *dominancia,* no discutida por nosotros, de la función representativa del lenguaje. *No* es verdad que todo aquello *para lo cual* el fonema es un fenómeno medio, un mediador entre el hablante y el oyente,

---

[4] El nombre cuco puede ser más o menos «parecido» al conocido grito que oímos en el bosque; pero esa semejanza misma no es más que el *motivo* de la ordenación fonema-cosa, sólo la cual hace nombre al nombre; nombre no del grito, sino del pájaro (al que, por cierto, los menos de los contratantes podrían haber percibido vivo en el bosque y simultáneamente con el grito). Falta mucho, lógicamente falta todo, para la ecuación semejanza = ordenación. Sólo es cierto que cada miembro de una comunidad lingüística podría, y de hecho puede, participar en la creación de nuevos nombres de un modo distinto y más sencillo, donde siempre se ha *convenido*; que la semejanza en general, cualquier semejanza, debe de ser el *motivo de ordenación*. Pero la ordenación y el motivo de ordenación tienen que distinguirse lógicamente en todo caso.

quede comprendido en el concepto «las cosas» o en la pareja de conceptos, más adecuada, «objetos y relaciones». Sino que es verdad esto otro: que en la estructura de la situación verbal, tanto el emisor como autor del hecho del hablar, el emisor como *sujeto* de la acción verbal, como el receptor en cuanto interpelado, el receptor en cuanto *dirección* de la acción verbal, ocupan posiciones propias. No son simplemente una parte de aquello *acerca de lo cual* se produce la comunicación, sino que son las partes de ese intercambio, y por eso es posible en último término que el producto intermedio del fonema descubra una peculiar relación de signo respecto a uno y otro.

Interpretamos, pues, la relación *específica* del fonema perceptible con el hablante en el mismo sentido que nos es familiar en otros fenómenos de expresión. ¿Qué ocurre con la tercera relación? Sólo es la tercera en nuestra enumeración; pues *in natura rerum,* es decir, en el intercambio de signos de los hombres y de los animales, el analizador encuentra la apelación primero y del modo más exacto, a saber, en la *conducta* del receptor. Si en lugar de hombres se consideran abejas, hormigas, termes, y se estudian sus medios de comunicación, la atención del investigador se dirigirá primero y predominantemente a las reacciones del receptor. Hablo de *señales* como cultivador de la psicología animal y comprendo su valencia comunicativa en la conducta de los que las reciben y elaboran psicofísicamente. Tampoco descuidaremos este aspecto de la cuestión como teóricos del lenguaje humano. El análisis de los signos mostrativos, por ejemplo, nos descubrirá que hombres como Wegener y Brugmann estaban en el camino recto cuando describieron la función de los demostrativos y utilizaron de hecho para ello, si no la palabra, sí el concepto general «señales». Pues ocurre que los demostrativos en el caso límite (los demostrativos puros), según aparecen como partículas indeclinables no sólo en el indoeuropeo primitivo, sino hasta el día de hoy en nuestra lengua, y del modo más claro en su empleo *simpráctico,* funcionan exactamente igual que cualesquiera otras señales de trato entre los hombres o los animales. El teórico del lenguaje debe partir de los ejemplos más puros para definir el concepto de señales fonéticas lingüísticas. Con el concepto así definido investigará luego todo el lenguaje y encontrará que así se ve desde un nuevo punto de vista no algún detalle, sino también la totalidad.

Lo mismo vale, para decirlo pronto, para cada uno de los tres modos de consideración. Habría que sacar de la vida fenómenos verbales en los que resulta visible por vez primera que casi todo puede trazarse y prepararse sobre la sola función representativa de los signos lingüísticos; esto es seguramente válido del modo más manifiesto para el lenguaje científico y llega a un máximo en el sis-

tema representativo de la logística moderna. ¿Qué le importan al lógico puro las valencias expresivas de los signos que traza con tiza sobre el encerado? No debe preocuparse de ello en absoluto; y sin embargo acaso un grafólogo experimentado se complacería en este y aquel rasgo o en el trazado de las líneas enteras, y no esforzaría en vano su arte de interpretación. Pues un resto de expresión se oculta aun en los rasgos de tiza que un lógico o un matemático traza en el encerado. No es menester, por tanto, llegar al lírico para descubrir la función expresiva como tal; solamente, el rendimiento será, por supuesto, más rico en el lírico. Y si es un lírico completamente arbitrario, con frecuencia escribe en su puerta que el lógico debe quedarse fuera. Esto es, a su vez, una de esas exageraciones que no hay que tomar en serio. Para lo *tercero,* para una función exacta de apelación, está preparado todo, por ejemplo, en el lenguaje de mando; para la apelación y la expresión en equilibrio, en las palabras de caricia o insulto. Tan verdad es esto, que esas palabras *designan* con frecuencia algo precioso o feo; así, como es notorio, las palabras de caricia más íntimas echan mano, al menos muchas veces, del otro cacharro; y el llamar a alguien «¡caballero!» puede ser una injuria. Un estudiante de Bonn, según cuenta la fama, hizo callar y llorar una vez en una porfía a la verdulera más insultante, sólo con los nombres de los alfabetos griego y hebreo («¡So alfa», «So beta!»...). Una historia psicológicamente creíble, porque en el insulto, como en la música, casi todo depende del «tono».

Sin embargo, para subrayarlo una vez más, éstos no son más que fenómenos de dominancia, en los que alternativamente ocupa el primer plano una de las tres referencias fundamentales de los fonemas. La comprobación científica decisiva de nuestra fórmula de constitución del modelo de *órganon* del lenguaje, se consigue cuando se pone de manifiesto que cada una de las tres relaciones, cada una de las tres funciones de sentido de los signos lingüísticas inaugura y tematiza un campo propio de fenómenos y hechos lingüísticos. Y así es. Pues «la expresión lingüística» y «la apelación lingüística» son objetos parciales de la lingüística en su conjunto, que, comparados con la representación lingüística en su conjunto, muestran estructuras propias. La lírica, dicho en pocas palabras, y la retórica tienen cada una en sí algo propio, que las distingue entre sí y —para no salirnos de la esfera— de la épica y el drama; y sus leyes estructurales son más notoriamente distintas, naturalmente, de la ley de estructura de la exposición científica. Este es, resumido en los términos más sencillos, el contenido de la tesis de las tres funciones del lenguaje. Quedará comprobada en su totalidad cuando se escriban los tres libros sobre el lenguaje que el modelo de *órganon* requiere.

3. La naturaleza del lenguaje como signo (B) El modelo de estructura del lenguaje

Los fenómenos lingüísticos son íntegramente del carácter del signo. Ya la forma sonora de una palabra está construida como signo y para ser signo; la palabra *mesa,* como sonido, contiene cuatro características elementales, por las cuales la distinguimos de formas de análogo sonido. Estas características, los *fonemas* de la palabra, funcionan como *notae,* notas; son los *signos distintivos* de la forma sonora. Más aún: la forma sonora completa «mesa» funciona en el decir con sentido como *signo de objeto*: representa una cosa o una clase (especie) de cosas. Por último, la palabra «mesa» tiene en el contexto un valor de posición, y muchas veces se enriquece fonéticamente con una *s* al final; llamamos a esto en general los valores de campo que puede recibir una palabra en el contorno sinsemántico. En principio vale lo mismo para las palabras *aquí, ahora, yo*: fonéticamente están acuñadas exactamente igual que *mesa,* pero se comportan respecto a lo objetivo de un modo un poco distinto, remiten a algo y por consiguiente también sus valores de campo en el contexto son un poco distintos de los de los signos conceptuales lingüísticos; pero también son signos.

Una vez anotado esto, no puede olvidarse acerca de ello el resultado de A: ocurre con todas las palabras que —algunas en una acuñación fonemática propia (como los imperativos *veni, ven*), si no en cierta modulación musical o también simplemente en la situación verbal dada— pasan al empleo de órdenes o exclamaciones y signos expresivos. En algún grado y medida tienen ya esto siempre en sí mismas. Se puede afirmar, por tanto, que los fenómenos lingüísticos, según la enseñanza del modelo de *órganon,* han de considerarse como formas de signo en *varios aspectos,* y según las nuevas reflexiones, en *varios grados.*

¡Es curiosa tal multiplicidad en el fenómeno uno e idéntico del decir humano! Será menester comprender y penetrar conceptualmente con mucho cuidado los dos puntos de vista de diferenciación. La pluralidad de grado se estudia en el cuarto axioma y se expone en el capítulo IV, acerca de la estructura del producto lingüístico; quiero preparar aquí estas ideas posteriores mediante una sencilla reflexión sobre la multiplicidad. Consideramos la materia fonética y establecemos una escala clara de diversificación en el paso de la más pura consideración material del análisis fonético de los sonidos a las sílabas y a las formas fonéticas polisilábicas. De la multiplicidad tetradimensional, *continua,* de sonidos y ruidos que el aparato vocal humano es

capaz de producir, nuestro alemán moderno acuña de un modo discontinuo unos cuarenta signos fonéticos (fonemas), que se utilizan en todas partes como diacríticos; la forma bisilábica «mesa» contiene cuatro de ellos. El número de *sílabas con sentido* en alemán es seguramente mayor de 2.000, y en mi diccionario ortográfico, el Duden pequeño, están registradas en tipo grande unas 34.000 —digamos 30.000— *formas verbales* ópticas; los grados son, pues, 40 || 2.000 || 30.000.

Las cifras no pretenden ser exactas más que respecto al *orden de magnitud*. Si hay más exactamente 40 ó 45 fonemas, aquí es indiferente; el número de sílabas alemanas dotadas autosemántica o sinsemánticamente de un *pulso significativo*, lo hemos calculado exactamente en las 30 primeras páginas de las *Afinidades electivas* de Goethe, y la cifra hallada, 1.200, la hemos computado según la trayectoria de una curva obtenida en un procedimiento estadístico especial: son seguramente más de 2.000, tal vez alrededor de 4.000 en las *Afinidades electivas*. En el Duden no están todas las formas de palabras diferentes por el sonido, junto a mesa no está mesas, ni junto a amar, ama y amo; la cifra 30.000 no es, pues, con seguridad, demasiado elevada, sino demasiado baja para una visión de conjunto en que por lo pronto *sólo* se trata de las formas de voces diferentes por su sonido en la lengua alemana.

Que dominemos certeramente, sin demasiados deslices, para producirlas y comprenderlas, una multitud de formas diferentes, que se cuentan por decenas de millares, no es sin más psicológicamente comprensible por el resto de nuestro saber. Pero el esquema de los grados de multiplicidad hace comprensible el hecho empírico desde el sonido. Dicho con más circunspección: todavía hay que recorrer un largo camino para desechar como falsa la interpretación más inmediata y obvia de la escala de multiplicidad y sustituirla por otra mejor. No son simplemente varios *grados de estructura* (grados de producción) de lo sonoro los que habríamos descubierto así; este paralelo con una construcción en ladrillo sería falso. Sino que son *esferas de acuñación* enlazadas, mucho más refinadas psicofísicamente, acerca de las cuales habrá que dar más precisiones en la sección sobre la sílaba.

La visión *sematológica* de los mismos hechos descubre (sin riguroso paralelismo) tres funciones de signo; descubre, como correspondiente a la forma sonora de la palabra, la significación *objetiva* (ordenación), y en la forma sonora misma el señalamiento *fonemático*; también descubre, aparte de esto, en los contextos los *signos de campo*. Las notas fonéticas (fonemas) de la forma sonora son los signos previos de reconocimiento para nuestra comprensión y distinción de las diversas palabras; actúan como elementos diacríticos impuestos, subrayados en la forma sonora, funcionan como aquellas características

de una persona que se suelen reunir en su filiación (policíaca). La sílaba como tal, en cambio, no tiene ninguna función especial de signo entre los fonemas y el signo del objeto en su forma acústica. La sílaba, la monosilabicidad, bisilabicidad, etc., de una palabra caracteriza la forma acústica, ciertamente; es posible también que la articulación silábica coincida con los pulsos significativos de una palabra compleja. Pero puede no ser así, pues *ve* es monosilábico y revela al gramático dos momentos, mientras que *lana* es bisílabo y se resiste para nuestro sentimiento del lenguaje a una descomposición significativa. Lo que la investigación científica de la palabra *lana* encuentra actuando históricamente es irrelevante desde el punto de vista puramente fenomenológico.

Para dominar con pureza conceptual estos hechos surge en primer lugar la cuestión de si se pueden reunir bajo uno y el mismo concepto general «signo» cosas tan distintas como la función de los fonemas y el valor simbólico de las palabras. Y si esto resultara lícito y terminológicamente adecuado, ¿qué sucedería con la *diversidad* en el modelo de *órganon*? El mismo fenómeno concreto es signo objetivo, tiene un valor expresivo y apela al receptor ya de un modo o de otro, tiene valores de apelación. ¿Es adecuado reunir los símbolos, síntomas, señales en un *genus proximum* «signo»? Que esta multiplicidad es verdad, no admite duda alguna; pero se plantea la cuestión de si la palabra «signo» como concepto genérico resulta una cáscara verbal vacía (como tantas presuntas voces del lenguaje usual no esclarecido por la ciencia) si se la mantiene para todo lo que hemos indicado; algunos afirman que el concepto genérico unitario que los sustituye a todos en el análisis lógico más exacto es *símbolo*. Esta decisión corresponde a la mentalidad científica de la logística moderna. Yo me inclino ante su agudeza en cuestiones de lógica; pero he de observar que en el recinto de la logística «exacta» (ojalá sea así, dicho sea de paso) ha surgido una actitud gnoseológica fundamental frente a los hechos lingüísticos, que considero uno de los más enormes errores que se han cometido nunca respecto al lenguaje natural. En el síntoma expresivo en general, en el signo expresivo lingüístico en particular, se manifiesta, según mi concepción propia, una *conexión;* en la señal efectiva de la vida de las comunidades animales y humanas resulta científicamente evidente, a mi parecer, un *factor de dirección real.* Los fenómenos lingüísticos mismos están insertos en la «realidad»; en este punto decisivo no se los puede considerar más derivados, más alejados de lo real que los fenómenos del físico. Si esto contradice a la concepción puramente fisicista del mundo, tanto peor para ella y no para los hechos.

Hay dos lugares en este libro en que la discusión termina en un sí y no. Uno en el capítulo sobre los signos mostrativos, en que vemos claramente que el lenguaje artificial de la logística no puede prescindir de signos mostrativos ni «constituirse lógicamente» sin ellos, lo mismo que cualquier otro lenguaje. El segundo lugar, en el párrafo sobre los signos conceptuales lingüísticos, demuestra que el final consecuente del fisicismo moderno en un nominalismo radical de los *flatus vocis* no es otra cosa que un suicidio científico. Allí se fija si ha de ejercerse la crítica en nuestra sematología; allí se dice *hic Rhodus, hic salta.* Resumamos, pues, de momento sólo lo que hay que decir acerca de las *diversas* funciones de signo, y dejemos en pie la cuestión de si serán menester en definitiva uno o más conceptos genéricos.

1. *La raíz etimológica de las palabras que significan «signo»*

En una teoría del lenguaje es normal pedir también informaciones, al menos incidentalmente, a las raíces etimológicas de las palabras usuales que quieren decir signo. ¿Qué significan, pues, palabras como *Zeichen,* σῆμα, δεῖξις, *signum, seign?* En el dominio de las lenguas indoeuropeas y entre éstas, en especial, en griego, latín y alemán, las raíces de los dos grupos principales de palabras con significación de signo aluden al campo de lo visible. Los dos momentos aprehendidos originariamente son aquí «claridad, visibilidad», o bien «hacer claro y visible», y por otra parte «poner delante de los ojos»; la «iluminación» dirige la atención hacia sí, lo «puesto ante los ojos» entra en el campo de la percepción. Dicho en pocas palabras: lo que señala por lo regular la familia de las palabras-signos indoeuropeas en sus diversas raíces es el mostrar (descubrir) las cosas al espectador o, a la inversa, el conducir al espectador (a la mirada espectadora) hacia las cosas [5]..

Si éste es aproximadamente el núcleo significativo premágico y trivial de las palabras más extendidas en el indoeuropeo para decir signo, tengo que decir que se adapta del modo más perfecto a la función de nuestras partículas demostrativas; incluso la doble posibilidad de realización de una percepción decisiva y esclarecedora

[5] Este es uno de los resultados de un estudio (aún inédito) del Dr. Bruno Sonneck, *Sprachliche Untersuchungen zur Zeichentheorie,* que se apoya en J. Gonda: *ΔEIKNYMI, Semantische Studie over den indegermaanschen Wortel deik-,* 1929, así como en los artículos correspondientes en los diccionarios etimológicos de Walde-Pokorny, Walde, Kluge y Paul; pero se aparta en puntos no inesenciales de las conclusiones generales de Gonda. Me parecía importante poner en relación el concepto de signo con las cuestiones etimológicas, Sonneck podría haber llevado a cabo esta tarea, en la medida en que hoy es posible, dentro de esa esfera limitada.

—quiero decir la mostración de las cosas o la conducción del contemplador hacia ellas— es bien interpretada por el *common sense* de esas raíces etimológicas (en el caso de que no la comprenda más desde dentro que desde fuera). La mano y el dedo de los creadores del lenguaje están todavía en este estadio demasiado enérgicamente empleados en coger y agarrar para que (como puede reconocerse en la raíz etimológica) se ocuparan en la práctica de la mostración. Si la palabra griega *deixis* y su traducción latina por *demostratio* significan también la demostración lógica, y así lo ponen al mismo nivel que la *demostratio ad oculos* señalada por la raíz, también comprendemos esto muy bien por el sentimiento propio del lenguaje: el que es conducido debe llegar, sea de un modo o de otro, precisamente a la «visión» sensible o lógica. Sin embargo, en la palabra latina *demostratio,* en cuanto lleva consigo algo de la característica y señal de los *monstra* (es decir, de los fenómenos extraordinarios), relampaguea la forma humana primitiva de ocuparse asombrada y reflexivamente de los fenómenos con valor de signo e interpretarlo todo como signo; relampaguea la llamada actitud espiritual mágica. Dan información acerca de ella las investigaciones de H. Werner y de otros; hablaremos de ello en su lugar sistemático. Por lo demás, merece subrayarse una vez más que el augur romano y el lógico romano han empleado para su proceder, objetivamente distinto, la misma palabra *demostratio.*

2. *Análisis objetivo del concepto de signo; psicología comparada; una fórmula general*

Después de estas palabras sobre la historia de la significación de nuestras palabras con valor de signo (desgraciadamente aún inacabada, desde el punto de vista lingüístico) se pueden buscar las explicaciones *objetivas* en dos direcciones, según el interés dominante a propósito de los fenómenos semánticos tomados de un modo behaviorista en la vida social de los animales, o acerca de los que se dan en las instituciones de la vida de las comunidades humanas. Aisladamente, cada una de estas direcciones unilaterales del interés encierra el peligro de una sematología mutilada. En 1927, en *Die Krise der Psychologie,* he apuntado una sencilla descripción de los hechos semánticos en su aspecto behaviorista, y desde entonces he experimentado la alegría de que, con total independencia de ello, haya llegado en lo esencial a la misma base uno de los más ingeniosos experimentadores de América, a saber: E. C. Tolman en su libro *Purposive behavior in*

animals and men, 1932 [6]. En su opinión y en la mía, desde los infusorios hasta el hombre no hay ningún aprendizaje en que, junto a todo lo demás, no esté contenido y se pueda comprobar objetivamente la reacción a *señales*; más aún, lo que caracteriza y define sin más el sistema psicofísico de los animales es que actúa, en un grado inferior o superior, como receptor y utilizador de señales. Demos un paso más y consideremos las señales no sólo utilizadas por congéneres en el trato social, sino con frecuencia preparadas y *producidas* refinadamente para un receptor extraño. Sólo aquí, por ejemplo, en el intercambio de signos entre los insectos, se da la estructura completa, a saber; emisor y receptor, y resulta que el origen biológico de la *producción* de signos ha de hallarse siempre, en la vida común superior de los animales, sólo allí donde una situación social reclama la *ampliación del horizonte* de las percepciones comunes. La comunicación se mantiene con el fondo de los datos de percepción o recuerdo, importantes para la situación, que posee en exceso *uno* de los individuos participantes en la cooperación.

Piénsese lo que hay que describir aquí con palabras humanas de un modo suficientemente variable; imagíneselo de modo primitivo para los casos más sencillos, en especial de la vida animal, y de un modo bastante sublime para los casos más complicados de la vida refinada de las comunidades humanas; entonces la fórmula abarca íntegramente todo lo que la psicología comparada ha investigado sobre los medios de comunicación por signos entre los animales. Comprende también, sobre todo, aquellos casos, los más interesantes para el problema del origen, en que podemos observar *in statu nascendi* signos de nueva aparición. Seres humanos que todavía hoy viven y conducen automóviles en nuestras calles animadas han inventado e introducido, hace algunos años, sus conocidos *signos de dirección,* precisamente para las situaciones que nuestra fórmula describe y sólo para ellas. La conducción de los coches en el tráfico de las calles se realiza sin signos en la medida en que la imprescindible atención que cada uno tiene que prestar a los demás puede determinarse *directamente* por la percepción de lo que sucede. Pero si uno trata de parar repentinamente o desviarse de su dirección, entonces, y sólo entonces, tiene que hacer siempre un signo. ¿Por qué? Porque la conducta de los compañeros de tráfico tiene que ser determinada *previamente* por lo que ocurrirá. Lo que todavía está en el seno del futuro, imperceptible para los compañeros, pero conocido previamente por el actor, tiene que agregarse a lo perceptible en común.

---

[6] The Century Psychology Series. The Century Co., New York.

O un ejemplo del reino animal. Cuando entre animales gregarios un individuo único, en virtud de su posición local o de una vigilancia superior, percibe el olor o la impresión visual que amenaza con un peligro, y reacciona, aparte de la propia huida, con un «grito de susto», el comportamiento de sus compañeros de rebaño, que podemos observar acto seguido, es el mismo, como si todos ellos hubieran recibido la misma impresión originaria de peligro. Es «como si» su propio horizonte de percepción se hubiese ampliado; el estímulo adicional del grito de susto, que irrumpe en su campo perceptivo, cumple la función de una señal vitalmente importante [7].

También el hombre que actúa y obra prácticamente con sus semejantes permanece con frecuencia mudo mientras cada uno entiende completamente la acción de los demás y se comporta adecuadamente. Pero luego viene una constelación a la cual se ajusta nuestra descripción formularia, y se abre la boca de uno de los individuos. Muchas veces sólo hace falta una palabra, un signo lingüístico cualquiera, como «a la derecha», «todo seguido» o «patio, filas seis a nueve», y se consigue la orientación adicional que necesita la conducta del receptor. Son decires humanos que describiremos después como introducidos *emprácticamente*. Dicho metafóricamente, ocurre con su aparición como con los indicadores puestos ordenadamente en caminos humanos; mientras sólo hay un camino que se puede reconocer unívocamente, no hacen falta signos indicadores. Pero en las encrucijadas, donde la situación resulta equívoca, son muy oportunos. Empezaremos en el capítulo segundo con el análisis de los demostrativos; la constelación social de que surgen es productiva en todas partes, ya en el reino animal; pero los animales no producen todavía palabras semejantes a las humanas. No producen siquiera nada análogo a los gestos de brazos y dedos con los que acompañamos a nuestros demostrativos.

3. *«Aliquid stat pro aliquo»; dos determinaciones*

Todavía no se ha indicado ninguna nota del concepto de signo. Busquemos para ello en la vida de comunidad de los hombres cultos formas y sucesos con valor de signos. Los escolásticos, que filosofaban desde el lenguaje, ponen de relieve un *genus proximum* del concepto

---

[7] Cf. sobre esto, K. Bühler: *Die geistige Entwicklung des Kindes*, 1.ª ed., 1918, pág. 116 y ss.; 5.ª ed., 1929, pág. 224 y ss., y las discusiones sobre lo que distingue las señales de las hormigas y abejas de los signos simbólicos, en la *Krise*, pág. 51 y ss. Sobre los gestos de los dedos se dirá después algo más.

de signo en su famosa fórmula *aliquid stat pro aliquo* [8], que Gomperz renueva con ropaje moderno en su semasiología y ha empezado a exprimir conceptualmente. Ocurre de hecho que desde el punto de vista de la pura teoría de las relaciones se pueden lograr evidencias que no carecen de importancia en el modelo general de la sustitución. Siempre que se da una sustitución, hay, como en toda relación, dos fundamentos, un algo y otro algo que la consideración tiene que distinguir. Si un concreto funciona *hic et nunc* como representante, siempre puede plantearse la cuestión de *en virtud* de qué propiedades recibió la representación, y penetra en la sustitución, la realiza. Por tanto, siempre tiene que ser posible una determinación doble de ese concreto, una de las cuales prescinde de la función de representante que tiene el que representa, para definirlo como lo que es o sería *por sí* [9]. La segunda interpretación, en cambio, busca y encuentra en él aquellas propiedades a las que está ligada la sustitución. En el caso del ser signo nunca son más que momentos abstractos, en virtud de los cuales y con los cuales el concreto actúa «como» signo. He denominado este hecho fundamental de la teoría del lenguaje el *principio de la relevancia abstractiva,* y lo he explicado a propósito de la distinción entre fonética y fonología [10].

Antes de ilustrar y hacer comprensible lo que he dicho, conviene tocar aún dos determinaciones que no necesitan explicación más detallada desde nuestro punto de vista. El *stare pro,* sea de ello por lo demás lo que se quiera, pertenece, en todos los ejemplos de la vida conocidos, a las relaciones *irreversibles*. El legado es un representante de su Estado, pero no al revés; el abogado sustituye ante el tribunal a su cliente, pero no viceversa. Esto es válido también para los signos, y se puede añadir que aquí, por ciertas razones, el miembro sustituyente del complejo (*id quod stat pro aliquo*) pertenece siempre a la esfera de lo perceptible, mientras que no puede afirmarse esto del otro miembro. Acerca de esto último, el que considera los signos en general y de antemano como mediadores intersubjetivos (formas medias en comunidades) no tiene que decir una palabra más, porque resulta de su definición. Se podría tomar la cosa de un modo aún más general; sin embargo, aquí no hay que insistir en ello, porque

---

[8] Guillermo de Ockham escribe de preferencia «supponere» para esto. *Supponere pro aliquo* lo usa Ockham —como era usual, según ha demostrado Thurot, al menos ya desde el año 1200— en sentido intransitivo, con igual significación que «stare pro aliquo». M. Baumgartner en el *Grundriss der Geschichte der Philosophie* de Überweg, II, 10, pág. 602.

[9] No escribimos «en sí», sino «por sí»; esto es, prescindiendo de la sustitución.

[10] K. Bühler: *Phonetik und Phonologie*. Travaux du Cercle Linguistique de Prague, 4, 1931, págs. 22-53.

la afirmación, en todo caso, no necesita demostración para el lenguaje. La distinción en el fenómeno lingüístico entre un elemento perceptible por los sentidos (los fonemas) y el otro en cuyo lugar están, es aquí completamente familiar para todos los entendidos [11].

Lo que nadie podría explicar hoy con más plasticidad y mayor agudeza conceptual que lo ha hecho Gomperz (a propósito de un grupo de ejemplos deliberadamente abigarrado) es el hecho de la doble forma de comprensión y determinación —que puede realizarse en todas partes— del primer miembro en el complejo de relaciones que es la representación. Si contemplo, por ejemplo, al *actor* (así reflexiona Gomperz), al actor que tengo delante en el escenario, ahora es Wallenstein, y, sin embargo, no Wallenstein mismo en persona, sino que es el señor Basserman, que lo representa. Ahora bien: esto es un juego y un *espectaculum*, se podría observar esto de muchas maneras y afirmar muchas cosas acerca de ello. Pero nos concentramos con Gomperz en el hecho de la curiosa discordancia que se manifiesta en las palabras «lo es y sin embargo no lo es». Tiene sentido usar para ello esta fórmula: los «accidentes» perceptibles del actor Bassermann se atribuyen como inherentes a una «sustancia» ajena, al Wallenstein del poeta. El espectador toma la máscara y los gestos, las palabras y las acciones del individuo Bassermann como a través de lo cual puede vivir el Wallenstein del poeta. O, visto desde el otro lado: Bassermann pone a disposición del Wallenstein del poeta lo que hemos dicho, de modo que la figura del poeta pueda manifestarse. La pareja de conceptos escolásticos «sustancia y accidentes» está desprovista en esta fórmula de Gomperz de su significación ontológica y se ha utilizado para una primera descripción cómoda [12]. Se puede aplicar este modelo intelectual, con la precaución necesaria, también a los símbolos lingüísticos de objetos y relaciones. Pero no queremos detenernos en esto.

4. *El principio de la relevancia abstractiva explicado a propósito de la situación de la fonología*

Quiero hablar, más bien, del progreso positivo, logrado desde Gomperz, que la teoría del lenguaje obtiene de la «fonología» y del

[11] El hablar llamado «interior», inaudible externamente, no quebranta la regla. Pues también aquí están dados intuitivamente, por tanto de modo perceptible, para el mismo solitario para el cual ese hablar existe, «sonidos» o un sustitutivo de sonidos en alguna forma (acústica, motriz, óptica); si no, no se da un auténtico fenómeno verbal.

[12] H. Gomperz: *Semasiologie*, pág. 278. Cf. también el ensayo «Über einige philosophische Voraussetzungen der naturalistischen Kunst» en suplemento a la *Allgemeine Zeitung*, núms. 160 y 161, del 14 y 15 de julio de 1905.

principio de la relevancia abstractiva. Es un principio válido para todo lo que tiene carácter de signo y más aún, pero con el cual, precisamente porque se extiende también a otras cosas, no se puede descubrir la *differentia specifica* del concepto de signo. Puede servir de punto de partida una convención fingida, que se encuentra en *Phonetik und Phonologie* y está adaptada a una situación de la fonología que allí se discute: Supongamos que dos personas quieren entenderse por medio de señales con banderas, y convienen que no interesa la forma ni el tamaño, sino sólo el color de las señales. Y se estipula (adaptado igualmente al caso de un sistema vocal determinado) que tres grados de saturación de los colores deben tener relevancia significativa. Por tanto, en detalle: *Primero,* los matices completamente sin saturar de la serie negro-blanco tienen unitariamente la significación A. Si en un caso concreto se utiliza el negro, el gris o el blanco, es irrelevante. *Segundo,* las banderas de un grado medio de saturación tienen unitariamente la significación B. Que en un caso concreto se emplee un azul celeste, un rosa o un color tabaco, no produce ninguna distinción, es significativamente irrelevante. *Tercero,* las banderas de la esfera de máxima saturación de los colores tienen unitariamente la significación C. Que en un caso concreto se utilice un rojo, azul, verde, amarillo saturado, no constituye diferencia, es significativamente irrelevante. Supongo que se conceda sin discusión la posibilidad del funcionamiento sin reparos de una convención semejante. Naturalmente, cada uno de los partícipes tiene que conocer la convención, grabársela en la memoria y ser capaz en cada caso concreto de coordinar rectamente el matiz que se ha utilizado precisamente con uno de los tres grados de saturación; entonces puede participar sin errores en el menester de dar y recibir señales.

Conviene mencionar aún a propósito del procedimiento de señales fingido una modificación insignificante, pero de importancia teórica, que facilita la comparación exacta con las circunstancias que se dan para los sonidos individuales en la asociación que es el curso fonético del decir. Podemos imaginar *determinada regularmente por el medio* la elección del matiz dentro del margen de libertad de un grado de saturación, en cada caso concreto de un señalar. Supongamos que la convención se hace entre una novia disimulada y su novio encubierto, o si no, entre dos personas a quienes interesa que el intercambio de señales se realice del modo más discreto y adecuado al medio que sea posible. La mujer hace señales, por ejemplo, simplemente mediante el color de su vestido. Ahora bien: si existen tres vestidos de color no saturado, negro, gris y blanco, puede probar ante el espejo, en un caso dado, cuál le va hoy mejor a la cara o puede dejar que el tiempo y otras circunstancias concretas del ambiente decidan

si se pone el gris, el blanco o el negro. Exactamente igual ocurre en principio, en todas partes, en el curso fonético del decir, con las influencias del ambiente. Existen y se producen dentro de un margen de variación irrelevante. Entre las lenguas del Cáucaso occidental, por ejemplo, hay una (el adyghio) que a primera vista muestra una multiplicidad de sonidos vocales análoga a la del alemán; existen, entre otros matices, también u-ü-i. Pero resulta que allí nunca pueden distinguirse dos palabras, como entre nosotros *Tusche* y *Tische*, por la diferencia vocal u-i; los matices u-ü-i no tienen valencia «diacrítica» en aquella lengua. Tampoco o-ö-e, ni a-ä, todos los cuales existen, en efecto, condicionados regularmente por el medio, pero no pueden ser diacríticamente relevantes. Para aprehender conceptualmente de un modo exacto este hecho nuclear de la fonología, he imaginado la ficción de las señales con banderas. En ella resulta transparente lo expuesto, a saber: la validez del principio de la relevancia abstractiva para la esfera de los llamados sonidos particulares del lenguaje.

Si con ello estamos en el buen camino, hay, por tanto, dos modos de considerar los fonemas humanos, porque se pueden hacer objeto de la determinación científica: *primero,* sus propiedades materiales puramente por sí, y *segundo*, aquello que en sus propiedades es decisivo para su destino de actuar como signo. Acerca de la relación entre estos dos modos de considerar las cosas, el conocimiento fundamental que necesitamos ha de obtenerse del modelo comparativo imaginado, del intercambio de señales con banderas. Este modelo está elegido adrede tan sencillo, que pueda verse en él con intelección el principio de la relevancia abstractiva. Negro, gris, blanco son distintos colores; nadie discutirá esto. Pero pueden (como en el convenio imaginado) significar *lo mismo*, ser de *idéntica* significación, porque para su destino de servir de signos se estableció como decisivo única y solamente aquel momento abstracto del grado ínfimo de saturación que les es común.

Esto es algo que se puede explicar como hecho a cualquier niño. Y una vez establecido este hecho, sólo los filósofos y psicólogos se admiran aún de ello y siguen preguntando con sentido. El filósofo dirá reflexivamente: Con los signos que son soporte de una significación están las cosas dispuestas de modo que la cosa sensible, este algo perceptible *hic et nunc* no tiene que entrar con toda la plenitud de sus propiedades concretas en la función semántica. Por el contrario, puede ocurrir que sólo este o aquel momento abstracto resulte relevante para su misión de funcionar como signo. Este es, dicho en términos sencillos, el principio de la relevancia abstractiva. Hasta aquí cito de *Phonetik und Phonologie*.

Una observación histórica. Por lo que se refiere a los signos lingüísticos, antes de mi contacto con la fonología había llegado, con la labor propia acerca de los problemas de la teoría del lenguaje, al punto de que las consecuencias de muchos hechos apuntaban a la formulación del principio clave de la naturaleza de signo que tiene el lenguaje. Sólo el bloque entero de la fonética parecía no adaptarse al conocimiento de que el objeto de las ciencias lingüísticas pertenece íntegramente a la sematología, del mismo modo que el objeto de la física, a la matemática. El *ubi materia ibi geometria* de Kepler regula y determina íntegramente el proceder y los resultados de la física; por el contrario, la fonética de los lingüistas parecía presentar otro carácter que el resto de la gramática. El asombro filosófico (epistemológico) a propósito de ello resultó fecundo y logró su solución cuando cayó en mis manos el tratado programático de N. Trubetzkoy *Zur allgemeinen Theorie der phonologischen Vokalsysteme*[13]. Allí había una aportación bien fundada a la fonética, a la vez que el horizonte de una nueva disciplina lingüística bien definida en torno suyo, que no tenía el carácter de la fonética, y con ello lo que yo buscaba. De este modo se puede y se debe desdoblar el tratamiento científico de los fonemas exactamente como lo requiere la intelección lógica. Pueden considerarse, en primer lugar, como lo que son «por sí», y en segundo lugar *sub specie* de su destino de funcionar como signos; la fonética hace una cosa y la fonología la otra. El concepto *elementos fonéticos,* bajo el cual se suelen subsumir las vocales y consonantes, sólo es definido de un modo utilizable por la concepción de la fonología, de modo que se ve que en cada lengua sólo hay una multiplicidad contable, un sistema diáfano de *signos fonéticos* discretos (vocálicos, consonánticos, etc.). Su función semántica es, según la proposición terminológica que he hecho a los fonólogos, la de servir como *diacríticos* de los fenómenos complejos que se llaman palabras. Los fonemas son las *señales* (caracteres) naturales por que se reconocen y distinguen en el curso fonético del decir las unidades semánticamente decisivas de ese curso fonético.

5. *El problema de la abstracción*

El fenómeno de la *abstracción* significa una posición clave de la sematología, a la cual tenemos que volver siempre una y otra vez; repárese en ese regreso, por ejemplo, para el análisis de la metáfora y para la teoría de los sustantivos. La fórmula de la relevancia abstractiva, tal como se encuentra en el texto, está adaptada al descubrimiento de la fonología moderna. Llegaron lingüistas europeos y tuvieron que registrar los sonidos de las lenguas caucásicas; les fue menester *oírlas desde dentro,* es decir, aprender a captar lo que es diacríticamente relevante en la esfera de las formas fonéticas extrañas. Exactamente igual, el lexicólogo tiene que *pensar desde dentro* un léxico extraño, y el sintáctico, campos simbólicos extraños. El que pueda hacerlo hay que atribuirlo a su formación como lingüista, y en última instancia, a su capacidad más general, como hombre que habla, de hacer convenciones como las de nuestros sujetos que intercambian

[13] Travaux du Cercle Linguistique de Prague, I (1929), págs. 39-67.

señales. La función de abstracción implicada en ello puede definirse como lo ha realizado Husserl, renovando conocimientos escolásticos; también puede definirse, por decirlo así, desde fuera, a propósito del resultado del oír y pensar desde dentro del lingüista. Nuestro investigador, al escuchar y (en la medida en que lo consigue) hablar él mismo, aprenderá poco a poco a respetar mejor y más correctamente las leyes de relevancia de las lenguas caucásicas, por ejemplo. Y lo que puede fijar acerca de ello con corrección lingüística es el fruto de sus estudios.

En el apartado acerca de los nombres explicaré que para tomar hoy de un modo fecundo el problema de la abstracción allí donde se agotó el impulso escolástico hay que utilizar las concepciones de la lógica de J. St. Mill y de la de Husserl, y ciertamente las dos, para que se corrijan y completen recíprocamente. El camino «objetivo» de Mill es como tal también el de la logística. Aquí, en la axiomática, falta por indicar qué explicación promete o puede ofrecer ya el principio de la relevancia abstractiva al modelo de *órganon,* propio del lenguaje. Se ha escrito con ligereza que el mismo fenómeno lingüístico tiene sentido o puede emplearse en muchos aspectos como medianero entre el emisor y el receptor. ¿Puede entonces ese concreto realizar algo que se niega al individuo humano en la frase «Nadie puede servir a dos señores»? El principio de la relevancia abstractiva no sólo indica que es posible, sino también hasta qué punto, una función comunicativa múltiple del fenómeno acústico sin condiciones especiales. A saber: siempre y en la medida en que, por ejemplo, la expresión se manifieste en momentos del fonema que son *irrelevantes* para la representación, y a la inversa.

La palabra «llueve», dicha desde cualquier situación concreta, se refiere al fenómeno meteorológico que todos conocemos; se refiere a él en virtud de su cuño fonemático, la modulación musical es irrelevante. Por esto el que habla puede dar rienda suelta a su alma en lo musical, puede dejar resonar el disgusto o la alegría, si es menester; el júbilo o la desesperación, sin afectar en lo más mínimo al puro sentido representativo de la palabra. Y cuando la esposa cuidadosa dice «llueve» al profesor que sale de la casa, puede poner en ello aquella melodía de apelación como una sacudida, que dirige con éxito la conducta del distraído, de modo que coge el paraguas, olvidado en otro caso. *C'est le ton qui fait la musique;* esto tiene una amplia validez (pero no absoluta) en las lenguas indoeuropeas, en el sentido de que el *tono* está disponible para la expresión y la apelación y es irrelevante para la representación. Si, además, la *posición de las palabras* en la frase es tan libre como en latín, Cicerón la utilizará como artificio retórico, etc.

Es casi superfluo recordar que hablamos de *momentos* variables y no de otra cosa; las descomposiciones en aspectos de una cosa son siempre algo distinto del proceso de encadenamiento, y para la totalidad de una manifestación verbal son válidas de modo regulativo las palabras de Engel:

Que en el alma la representación del objeto y la de la emoción que el objeto provoca son tan inseparables, tan íntimamente fundidas, tan una misma cosa, y que el hombre quiere saber esas representaciones, incluso en su denominación, fundidas de un modo igualmente íntimo, igualmente unidas. Un signo único, que satisface en un instante y con la misma perfección los dos fines, tiene que ser, por tanto, preferible para él sin comparación a varios signos separados que desgarran y aíslan aquello que en su misma alma no sabe distinguir, no sabe encontrar separadamente [14].

6. *Dos formas de desviación material*

Agreguemos todavía, en forma más libre, algunas glosas acerca del axioma de la naturaleza de signo que tiene el lenguaje. Los principios deben, como es sabido, no sólo determinar el camino recto, sino también precaver de extravíos y callejones sin salida. ¿De qué precave ese axioma a la lingüística? Del error de la *desviación material*, por una parte, y de *teorías mágicas*, por otra. Supongamos que un europeo ilustrado llega a una tribu de indios y no encuentra nada que investigar acerca de un ídolo que allí se venera, sino que está hecho de madera en su integridad. Un amigo versado en las ciencias del espíritu puede iniciar una discusión con él a propósito de que traza con tiza signos en un encerado y propone la cuestión de qué «es» aquello. Si las respuestas obstinadas dicen que aquello es tiza y nada más que tiza, aunque la figura tenga en conjunto, por ejemplo, este aspecto



llamo a esto, en exacta coincidencia con Gomperz, una desviación de materia consecuente. En oposición a esto, se suelen denominar manifestaciones de un pensamiento mágico lo que los indios y pensadores análogos acostumbran a decir acerca de sus ídolos y lo que hacen con ellos, al menos en la medida en que los comprendemos. En rigor, esto no está a una distancia tan astronómica en todos aspectos del pensamiento del hombre ilustrado radical como se supondría a primera vista; pues también todo pensamiento «mágico», sea cualquiera su

[14] Cf. mi *Teoría de la expresión*, pág. 54.

modo de operar en detalle, atenta como él al axioma de la naturaleza de signo de lo que tiene ese carácter, y responde con consideraciones causales físicas (en el más amplio sentido de la palabra) en puntos en que tiene la palabra la sematología o una teoría de las formas afín a la sematología. Esta es, creo yo, la delimitación más exacta de la actitud de espíritu mágica, en la medida en que la comprendemos. Una cuestión interesante y de suma importancia dentro del campo de hechos al que se da del modo más expresivo el título «La forma interna del lenguaje» es ésta: qué momentos de tal estado de espíritu mágico se manifiestan en el haber de esta o aquella lengua dada (también de la que hablamos). Esto es, naturalmente, algo completamente distinto de adoptar esa actitud espiritual misma en el pensamiento teórico acerca del lenguaje. Por lo demás, me parece que se ha sobrestimado enérgicamente el peso de tales rasgos en esta y aquella lengua humana, en relación con lo no mágico, que tampoco falta ni podría faltar en ninguna parte donde el lenguaje es el medio de comunicación también en la vida diaria, fuera de los círculos mágicos. En otro lugar habrán de exponerse los argumentos que creo haber encontrado acerca de ello.

A todo lo que en el mundo tiene carácter de signo corresponden por la naturaleza de la cosa entes que lo tienen por tal y tratan con ello como signo. Es menester, pues, dicho en términos físicos, utilizar en el procedimiento objetivo los sistemas psicofísicos apropiados como *detectores* para descubrir lo que actúa como signo. Cuando los objetos concretos que cumplen funciones de signos son producidos o dirigidos por entes activos; cuando esos concretos están con aquellos entes en la relación de la obra con el creador o (vista la cosa sólo de otro modo) en la relación de la acción con el actor, entonces se puede llamar también a éstos los dadores de signos. En el reino animal hay dadores y receptores de señales en todas aquellas situaciones que hemos delimitado mediante la fórmula del apartado 2. Que el lenguaje humano, ya desde este punto de vista, pertenece a los «instrumentos», o —dicho en términos platónicos— que es un *órganon,* no quiere decir otra cosa que considerarlo en relación con los que tratan con él y son sus autores. La lingüística encuentra así en el axioma de la naturaleza de signo propia del lenguaje el modelo mental del *homo faber,* un fabricante y usuario de instrumentos. Tendremos presente ese modelo y le apuntaremos paso a paso nuevas determinaciones, sacadas de cada nuevo axioma. Pero entretanto se puede caracterizar aquello que se emplea con valor de signo en el tráfico intersubjetivo como un *instrumento de orientación de la vida en comunidad.*

4. Acción verbal y producto lingüístico; acto verbal y forma lingüística (C). Insuficiencia de las dicotomías. El esquema de cuatro campos

No hay dos, sino cuatro momentos (aspectos), cuatro frentes, por decirlo así, en el objeto total de la lingüística, que tienen que señalarse y explicarse en el axioma C. Cuatro, porque así lo exige la cosa, y dos cualesquiera del grupo no son definibles con suficiente precisión. W. von Humboldt decía *enérgeia* y *ergon;* De Saussure echó mano de la oposición, viva en francés, entre *la parole* y *la langue* (en inglés, *speech* y *language*) para usarla como lingüista temáticamente en una *linguistique de la parole* paralela a la tradicional *linguistique de la langue.* Desde Humboldt apenas hubo ningún experto de talla que no adivinara que con la distinción entre *enérgeia* y *ergon* se toca algo muy interesante, y desde De Saussure ninguno que no hubiese meditado ya sobre *la parole* y *la langue.* Pero ni la antigua pareja ni la nueva ha resultado verdaderamente fecunda en la esfera de los conceptos lingüísticos fundamentales. Aquí y allí se intenta todavía hoy, ya psicológica o epistemológicamente, reivindicar una prioridad para uno de los dos miembros de la pareja *enérgeia* y *ergon;* la teoría del lenguaje tiene que reconocer tales empresas como trascendentes (a ella), y como ciencia empírica, en su propia casa, aceptar el *quadrifolium* como tal, según lo encuentra; los resultados de la lingüística misma son testigos de que está vivo en el tacto de los investigadores y sólo aguarda la formulación conceptual.

Como se trata en la misma medida de las *relaciones* que existen entre los cuatro conceptos que de la definición de cada uno, conviene aclarar primero de un modo puramente formal, en un esquema, que en un grupo cuaternario como A, P, A°, F [15] no hay ni más ni menos que seis relaciones fundamentales; es indiferente que se las represente espacialmente en un tetraedro o en un cuadrilátero. Propongo el cuadrilátero, con el cual podemos dar el primer paso definitivo decisivo, desde la formalización extrema hacia la realidad tangible. Así:

A — P
| X |
A° — F

[15] Traduzco por «acción *verbal*», «producto *lingüístico*», «acto *verbal*» y «forma *lingüística*», respectivamente, las palabras *Sprechhandlung, Sprachwerk, Sprechakt* y *Sprachgebilde,* respetando la diferencia en el primer término de los compuestos. Simbolizo «acción» por A, y «Acto», por A°. *(N. del T.)*

El orden es por de pronto arbitrario; pero le damos la forma de un esquema de cuatro campos, con el fin de explicar dos dicotomías que se cruzan:

	I	II
1	A	P
2	A°	F

¿Cuál es el punto de vista desde el cual las acciones y los actos verbales pertenecen a I, y los productos lingüísticos con las formas lingüísticas a II? ¿Cuál es el segundo punto de vista, según el cual las acciones verbales y los productos lingüísticos pertenecen a 1, y los actos verbales y las formas lingüísticas a 2? El resultado final dice que los fenómenos lingüísticos se pueden clasificar:

I. Como fenómenos *referidos al sujeto.*
II. Como fenómenos *desligados del sujeto,* y por ello fijados intersubjetivamente.

Las dos clases son posibles y necesarias; demostraremos esto ejemplarmente en una confrontación de la teoría de los actos de Husserl con la lógica de J. S. Mill, en la sección sobre los signos conceptuales lingüísticos, los sustantivos.

Y por lo que se refiere a la otra dicotomía, el lingüista puede clasificar lo que es capaz de «afectar sus sentidos»:

1. En un *grado inferior de formalización,* como acciones y productos.

2. En un *grado superior de formalización,* como actos y formas.

Pensemos en las formas lingüísticas. Lo que hay en la gramática latina, por ejemplo, sobre el *accusativus cum infinitivo* (la palabra en singular), se refiere también, incluso cuando se lo explica con el ejemplo *Carthaginem esse delendam,* a un algo formalizado lógicamente, a un algo de grado superior. Que la «palabra» (= *parole*) citada como ejemplo fue realizada por vez primera en una sesión determinada del Senado por Catón el Mayor, y luego nuevamente en otras ocasiones del Senado determinadas, lo saben *todos* los gramáticos, pero *ninguna* gramática; no le interesa ni puede interesarle como gramática.

Del mismo modo, tampoco la aritmética superior ni la elemental puede tener noticia de que el par de zapatos y el par de calcetines que hay aquí o el par de ojos y el par de orejas que hay en la cabeza de aquel hombre ayudó y ayuda siempre al adepto de la enseñanza del cálculo a obtener, «por decirlo así», intuitivamente el resultado *cuatro*. Pues la aritmética no es una teoría de ojos, orejas, árboles, bolas, sino la ciencia de los números; sus objetos se han definido, por tanto, respecto a las propiedades de *grupos* de cosas y no de las cosas mismas, como clases de clases. Decidir si esta definición es *suficiente* lo dejamos a los matemáticos; yo mismo no lo creo mucho. Pero me parece indiscutible que subraya un momento importante del concepto de número que tiene importancia en la matemática aplicada. Establecemos un paralelo entre números y formas lingüísticas y encontramos que la definición «clases de clases» puede ser trasladada a ellas analógicamente. En lugar del ejemplo específicamente gramatical del *accusativus cum infinitivo* hubiéramos podido discutir igualmente un ejemplo del léxico, y repararemos esto.

Hemos empleado el modo de hablar nominalista para la sencillez de la comparación; el paso decisivo de la definición no se altera si se considera cada forma lingüística como auténtica *species* en el sentido de la lógica de Husserl (y escolástica); objetos conceptuales (clases) hay en todas partes, pero que resulten importantes en la física los números y en la lingüística las formas lingüísticas como clases de clases, es un hecho extraordinariamente interesante, que remite a la naturaleza de signos de los fenómenos lingüísticos. En todo caso queda en pie que las proposiciones sobre el acontecimiento verbal concreto pertenecen tan poco a la fonología pura, la morfología y la sintaxis, como las proposiciones sobre árboles y manzanas a una aritmética pura. Del mismo modo, las proposiciones protocolarias de la psicología del pensamiento tampoco pertenecen a la *teoría de los actos* escolástica y husserliana, sobre cuya imprescindibilidad en el sistema de una teoría del lenguaje completa hay mucho que decir en su lugar sistemático. Pero queremos, después de esta ojeada general, empezar la discusión misma de A, P, A°, F.

1. *Acción verbal y producto lingüístico, decires emprácticos, la «parole»*

Primero, la *acción verbal* y el *producto lingüístico*. Escapa a mi saber si César dijo, efectivamente, en cierto instante *alea jacta est*; si Lutero concluyó en Worms con el *aquí estoy, no puedo hacer otra cosa*; pero me parece que esas palabras se atribuyen ejemplarmente

a los dos hombres con el interés de su carácter de *parole*. Biográficamente, de un modo análogo al experimento del huevo de Colón al descubridor de América. Por lo que se refiere al lema cesariano, Plutarco cuenta una detención y una vacilación interna junto al río Rubicón, y añade textualmente: «Y después de haber empleado aquella exclamación usual en empresas inciertas y audaces: La suerte está echada, se decidió al paso, recorrió el resto del camino con la mayor velocidad y penetró antes del amanecer en Arimino, ciudad que ocupó al punto». César no fue, por tanto, muy inventor, sino que empleó una «exclamación usual», que desde entonces, ciertamente, apenas puede ser pensada por todos los antiguos estudiantes de latín, aparte del río Rubicón y la audacia de César. ¿Qué tipo de teoría del lenguaje tendría que ser la *linguistique de la parole*, si se establece que el lema cesariano y el luterano figuran en ella en su lugar sistemático?

Ambos dichos podrían estar registrados en el Büchmann y provistos de las explicaciones biográficas (históricas) interesantes, y el Büchmann está en el catálogo de materias de las bibliotecas entre los libros lingüísticos. Pero para penetrar desde una fortificación exterior en el cuartel general, se puede tomar también las cosas de un modo más profundo y escoger en general el tema de qué puesto tienen las palabras en la vida humana, cómo significan muchas veces decisiones, cómo empujan a su destino al que habla y a otros, cómo honran a los diplomáticos, estigmatizan a las cabezas huecas y resultan «famosas». La palabra famosa tiene carácter de lema, ya sea un vocablo o una frase, un modismo (idiotismo) o un proverbio. Desde este punto, sólo se necesita aún un ligero desplazamiento del acento, del destino humano a las palabras mismas, y estamos en el fin. Toda palabra, famosa o no, puede considerarse *sub specie* de una *acción* humana. Pues todo hablar concreto está en asociación vital con el resto de la conducta con sentido de un hombre; *está* entre acciones y *él mismo* es una acción. En una situación dada vemos que un hombre, una vez ase con las manos y maneja lo tangible, las cosas corpóreas, actúa con ellas. Otra vez vemos que abre la boca y habla. En ambos casos el acontecimiento que podemos observar aparece dirigido hacia un fin que debe alcanzarse. Y esto es precisamente lo que el psicólogo llama una acción. El lenguaje coloquial alemán ha preparado y sugerido el término científico «*Handlung*» (acción). Ya en la vida cotidiana generalizamos: llamamos *Handlungen* no sólo a las manipulaciones, en que las manos entran en juego y actúan efectivamente, sino también a otras; llamamos *Handlungen* a todas las actividades dirigidas a un fin del hombre *entero*. La psicología comparada

emplea ese término, incluso para los animales; pero, de momento, esto no nos interesa especialmente.

Me parece que se ha hallado algo así como un hilo de Ariadna, que saca de toda clase de confusiones comprendidas a medias, cuando se define decididamente el hablar como acción (y esta es la *praxis* entera en el sentido de Aristóteles). Anticipando cosas posteriores, conviene advertir que la inserción del hablar en otra conducta con sentido merece un nombre propio; llegaremos a conocer los decires *emprácticos,* que parecen incompletos, como un grupo importante de las llamadas elipsis, y desde ahí aclararemos ordenadamente toda la cuestión de las elipsis. Pero una vez que se ha reparado en el hecho de esa inserción, es conveniente buscar sistemáticamente los *entornos relevantes* posibles, ya de un modo o de otro, de los signos lingüísticos; esto se hace en el § 10. Pero éste es el lugar en que hay que considerar el hablar mismo como acción. Al pensamiento antiguo, que identificaba total o casi totalmente lenguaje y *logos,* se le escapó precisamente la fecundidad de este punto de vista, prescindiendo, tal vez, de un pequeño residuo en la famosa «concordancia» (συγκατάθεσις) de los estoicos. Pero dejemos de lado lo histórico.

Para una distinción conceptual precisa entre la acción verbal y el producto lingüístico, Aristóteles proporcionaba las categorías, y el niño que juega, los datos de la observación más transparentes. Aristóteles nos propone, en el primer paso de una importante serie de conceptos, la división de la conducta humana en *theoria* y *praxis,* para distinguir luego en el segundo paso de la *praxis,* en sentido estricto, la *póiesis.* El niño de dos a cuatro años y más nos muestra en ejercicio al jugar, primero, *praxis,* y después, *póiesis;* el niño llega lentamente, paso a paso y gradualmente con diversos materiales, a la fabricación, a la «madurez para la obra», según Ch. Bühler. Los primeros *juegos de ilusión* del niño tienen por tema el hacer de los adultos; los *juegos de producción* posteriores del niño tienen por tema la fabricación de lo que los hombres producen. Hay una distinción grande y tangible entre juegos de acción y juegos de producción, pues en aquéllos se alude fugaz y simbólicamente en el material a lo que con él y en él *debiera* ocurrir. Pero luego progresa el niño y aprende (lo que no es evidente de suyo) a ver el producto de su hacer como obra. Primer indicio de que esto sucederá es aquel conmovedor contemplar, admirar y hacer admirar *post festum* aquello que se originó en el manejo, con lo cual toma el niño (en su nivel, naturalmente) la actitud de día festivo de la *Campana* de Schiller: «Es despreciable el hombre malo que nunca pensó en lo que realiza». Todavía no hay ningún hombre o persona creadora que no haga esto en absoluto. La mirada retrospectiva a lo terminado, a lo eventualmente concluido,

es un impulso en el niño que juega, sigue a la fase decisiva en que el resultado del hacer, anticipado en una concepción, empieza a dirigir ya *prospectivamente* la ocupación con el material, y en que después, finalmente, el hacer no cesa ya hasta que la obra está acabada.

Exactamente igual en principio, el creador en un producto lingüístico no habla como habla el que actúa prácticamente; hay para todos nosotros situaciones en las que el problema del momento, la tarea de la circunstancia vital, se resuelve hablando: *acciones verbales*. Y hay otras ocasiones en que trabajamos creadoramente en la formulación lingüística adecuada de *una materia* dada y engendramos un *producto lingüístico*. Esta es, pues, la nota que hay que subrayar en el concepto «acción verbal», y no hay que perder de vista que el hablar está «acabado» (cumplido) en la medida en que ha cumplido la misión de resolver el problema práctico de la situación. En la acción verbal, por tanto, no puede omitirse el crecimiento (en la viña de la vida práctica), le pertenece. En el producto lingüístico, en cambio, las cosas son de otro modo.

El *producto lingüístico* como tal requiere poder considerarse y ser considerado desligado de su puesto en la vida individual y en las vivencias de su productor. El producto como obra del hombre requiere siempre estar separado de su crecimiento e independizado. Entiéndasenos bien: un producto sale siempre que un hombre abre la boca; un producto surge también en el más puro juego de acción del niño. Pero considérense esos productos más en detalle; son, por lo regular, harapos, que llenan el cuarto de juego, mientras se juega todavía *praxis*; sólo cuando se juega *póiesis*, son los productos «construcciones», etc. De igual modo, con frecuencia son sólo harapos de decir los que salen en el decir puramente empráctico, elipsis, anacolutos, etc. Cumplen su finalidad perfectamente; sería un estúpido el que quisiera extirparlos. Florecen en todo decir *dramático* que merezca ese nombre. Pero las cosas resultan distintas (otra vez como en el juego infantil) cuando estos productos *se configuran de modo que puedan desligarse* de su crecimiento práctico individual. Precisamente en este punto comenzará nuestra teoría de la frase y mostrará cómo la salvación del sentido de la frase se efectúa desde la situación verbal.

2. *La obra de arte lingüística. La teoría de la acción verbal*

Es menester haber escindido primero las cosas según los puntos de vista ordenadores supremos de *praxis* y *póiesis*, para no negar después la implicación fáctica de los hilos conductores en el caso del habla culta muy ejercitada, sino verla rectamente, ante todo, como

un problema y tema peculiar. Hay un arte de comprender y formular de modo pronto y certero en el momento prácticamente fecundo. Pero permanezcamos en una actitud científica abstracta y unilateral, para observar adónde conduce en el vasto campo de la teoría del lenguaje la consideración del producto, y adónde el análisis de la acción verbal.

Los productos lingüísticos notables, como otras creaciones del hombre, como la *Novena Sinfonía* y el puente de Brooklyn y la central eléctrica del lago de Walchen, son significativos por rasgos *únicos* de cualidad peculiar. Se pueden estudiar en el producto rasgos del creador y de su creación; se pueden estudiar en él otras muchas cosas. Cuando un niño, con enorme tensión interna, logra por primera vez la formulación lingüística de esto o aquello, por ejemplo el relato de un proceso impresionante del pasado, como en *dados lalalá* (soldados han cantado), el investigador del hacerse hombre de ese niño ve en ese «producto lingüístico» un resultado importante. Hay un poeta que formuló así cierto tema:

Iba por el bosque
sólo para mí,
y no buscar nada
ése era mi fin.

Ya sea la materia un acontecimiento externo, una vivencia o alguna otra cosa, la consideración lingüística del producto tiende siempre en todos los casos a la *formulación,* y en muchos casos, minuciosamente, a la *única* formulación y configuración como tal. Pero también deberían tenerse categorías apropiadas para la aprehensión de lo individual; pues toda ciencia está fundada en «principios». Una teoría del lenguaje perspicaz tiene que tener lugar en su sistema también para esa rama de la investigación lingüística. Los nuevos movimientos en el hogar de la ciencia del producto lingüístico son, hasta donde yo alcanzo, más inclinados que los investigadores del siglo XIX a una reanudación de lo que los antiguos habían empezado y llevado ya muy lejos. Con buenas razones, a mi parecer, O. Walzel, en su libro *Gehalt und Gestalt* (pág. 190), deja la palabra a Wilamowitz, que ya en 1905 elogia el «valor indiscutiblemente alto y permanente de la estilística del helenismo y de sus trabajos preparatorios griegos mucho más antiguos». «En el libro sobre la expresión lingüística ha construido Teofrasto, sobre el fundamento del libro aristotélico, maravillosamente agudo, que ahora leemos como tercero de la *Retórica,* un sistema bien trabado, principalmente mediante el reconocimiento de diversos estilos de prosa». Las cosas no están en nuestro camino; pero quisiera señalar ya como advertencia previa que

el análisis del lenguaje representante nos llevará, sin buscarlo en absoluto, a lugares en que puede verse cómo los antiguos *genera dicendi*, o bien *orationis*, pueden resucitar de nuevo en el horizonte ampliado. No es la lírica ni la retórica en el sentido estricto de la palabra; es la distinción entre el lenguaje *dramático* y el *épico* aquello sobre lo cual cae una primera iluminación; el momento dramático está preparado en todo decir que presenta intuitivamente, y algo de él resulta aprehensible conceptualmente en la *deixis* en *phantasma*, que, en formas algo distintas, es introducida y utilizada por el dramático y el épico. Basta aquí con esto acerca del producto lingüístico.

Por otra vía lleva la tarea de construir una teoría de la *acción verbal*; hagamos cuentas sumariamente de lo que la psicología actual ha preparado, pero todavía no concluido, para ello. La psicología más reciente está a punto de ver una vez más con ojos nuevos la acción animal y humana, y en todos los casos realizará esa tarea con un vasto aparato, cuidadosamente preparado, de cuestiones, puntos de vista, posibilidades de investigación. Pues todas las tendencias de la psicología moderna, por lo demás tan divergentes, convergen en el hecho de la acción y aportan hoy de un modo ya tangible cada una lo suyo para su esclarecimiento. En mi formulación de la axiomática en los *Kantstudien* se aducen algunas citas acerca de esta tesis; no quiero reproducirlas aquí, sino sólo subrayar en ellas una cosa: que «acción» —formúlese como se quiera científicamente lo mentado— es un concepto *histórico*, y ni siquiera en la psicología puede resultar ninguna otra cosa. Hay en cada acción un campo; lo he llamado ya hace años *campo de acción*, y en los *Kantstudien* he definido una vez más las dos fuentes determinantes de toda acción como *necesidad* y *ocasión*. Que son dos, lo han sabido Aristóteles y Goethe; el mismo esquema de dos factores que considero necesario está de un modo plásticamente palpable en los estudios fisiognómicos de Goethe [16]. Pero es menester, junto a la articulación del campo de acción en sus dos momentos determinantes *presentes* (de la situación interna y externa), un conocimiento *histórico* suficiente del agente mismo para predecir con cierta precisión lo que sucederá, o comprender después científicamente lo que ha sucedido. La duplicidad en el campo de acción y el hecho de la base de reacción o de acción, sólo aprehensible históricamente, son las dos evidencias más importantes que considero imprescindibles, frente a las tendencias que profesan un monismo de principios. Pienso ante todo en la psicología de la forma (*Gestaltspsychologie*) berlinesa.

---

[16] K. Bühler: *Teoría de la expresión*, pág. 365.

Si la acción es una acción verbal (*parole*), el perito sabe inmediatamente lo que en este caso hay que poner en la cuenta de lo adquirido individualmente: todo el *aprendizaje* del saber hablar, naturalmente hasta el grado de facilidad (o dificultad) a que se ha llegado en el momento de la acción. El mejor modo de indicar en un primer bosquejo todo lo que pertenece a esto es *per exclusionem*. Ante todo, hay que exceptuar lo último, que además de esto pertenece también a la exposición (histórica). Toda acción humana (si se mira con precisión, también, en otro estadio evolutivo, la animal) tiene lo que puede llamarse, en un sentido específico de la palabra, su *historia de actos*. Se entiende ya una historia de actos larga y rica, ya breve y pobre. Raskolnikov necesita semanas desde la primera ocurrencia de la idea hasta la acción, una larga y agitada historia de actos. Los archivos policíacos, novelas y dramas están llenos de actos. Lo que importa comprender es que la teoría no puede descuidar segundos o fracciones de segundo cuando abarcan la historia de actos más breve que puede pensarse. Ya se mida en fracciones de segundo en la elocución rápida, o con más longitud en otros casos, la historia de actos es un hecho que los psicólogos del pensamiento intentaron fijar en sus registros con toda la precisión posible y comprender científicamente. En la lingüística, antes de la psicología del pensamiento, sólo se tenían nociones completamente esquemáticas, por ejemplo, de la historia de actos de una frase, y se formulaba ese saber esquemático de la experiencia cotidiana sin comprobar cómo puede leerse todavía en Wundt y H. Paul. La discusión entre ambos acerca de si ese acontecimiento es una desmembración (análisis) o una construcción (síntesis) surgió de un conocimiento muy deficiente de la multiplicidad de actos en casos concretos.

3. *La forma lingüística; crítica; los esquemas estructurales lingüísticos; los grados superiores de formalización. Lo comparable fuera del lenguaje: productos de marca, monedas, palabras. Intersubjetividad*

En tercer lugar, algo del más antiguo patrimonio de la lingüística, de la teoría de las formas. El carácter lógico de la forma lingüística no ha sido descrito por ningún lingüista moderno directamente de la fecunda labor propia de investigación y de un modo certero como por F. de Saussure. Pero se ha quedado en la «descripción» y no ha surgido de ella ninguna comprensión conceptual consecuente. Enumeradas ordenadamente, las siguientes indicaciones sobre la *linguistique de la parole* son las que hace De Saussure. *Primero*, antecede

metódicamente el conocimiento de la *posibilidad de separar* pulcramente el «objeto» de la *linguistique de la langue.* «La ciencia de la lengua (*la langue*) no sólo puede prescindir de los demás elementos del decir humano, sino que sólo es posible en general si estos otros elementos no se confunden con ella.» Así habla la sabiduría del fecundo investigador empírico, y sólo espera una interpretación lógica aguda para librarse de la apariencia de paradoja que puede llevar consigo; es el conocimiento de la liberación de las formas lingüísticas (según su valor funcional), de las circunstancias de la situación verbal concreta. Lo *segundo* es la aplicación del principio clave de la naturaleza de signo que posee el lenguaje: «La lengua (*la langue*) es un sistema de signos, en el cual únicamente es esencial la conexión *del sentido y el signo fonético*». Sustitúyase la inutilizable interpretación de esa «conexión» como una asociación por algo mejor, y se suprime la complicación en pseudoproblemas insolubles, se habrá acabado con un verdadero hormiguero de insuficiencias. Queda en pie el conocimiento de que las *relaciones semánticas* constituyen, efectivamente, el objeto «lengua». Tampoco falta, *en tercer lugar,* una aplicación consecuente de ese principio regulativo a todas las formas lingüísticas. De Saussure se ha anticipado a su tiempo y se ha acercado tanto a una concepción de la fonología, que en rigor sólo faltaba en su concepción una sola cosa, a saber: la indicación de la relación de la fonología con la fonética. Por qué tiene que subsistir además la fonética y por qué había ya entrado en su tiempo en el camino de una ciencia natural exacta, esto permaneció oculto para De Saussure. Pero más aún: *en cuarto lugar,* ha subrayado agudamente, en algún punto quizá hasta exagerado, el carácter intersubjetivo de las formas lingüísticas y, en conexión con ello, su *independencia del hablante individual* de una comunidad lingüística. La *langue* «es independiente del individuo, que por sí solo no puede ni crearla ni transformarla; sólo existe en virtud de una especie de convención entre los miembros de la comunidad lingüística». Esto sólo es válido ya en aquellos grados de libertad en que se da una auténtica «atribución de significación» al signo lingüístico; no es válido cuando son sugeridas innovaciones por hablantes lingüísticamente creadores y son aceptadas por la comunidad. Acerca de esto hablaremos después más, en la sección sobre el acto verbal. De momento están todavía en discusión las formas lingüísticas.

La sinopsis y una mención de las cuatro indicaciones de De Saussure ha de bastar para responder satisfactoriamente a la cuestión del carácter lógico de las formas lingüísticas. Queda descartado el análisis de carnicero, aun no superado por De Saussure, según el cual *la langue* es un «objeto de tipo concreto», y que pueda «locali-

zarse en aquella parte del ciclo en que una forma fonética se asocia a una representación (= representación de cosa)» (pág. 17). En aguda oposición a esta desviación de materia, la más funesta de todas, tendremos que defender *primero* la tesis de la *idealidad* del objeto «lengua», tal como es entendido y manejado por la lingüística usual y *segundo,* habrá que descubrir y desenmascarar como el error de principio que han cometido todos aquellos que, fascinados por la teoría clásica de la asociación, confunden las concatenaciones de complexión y desarrollo, indudablemente comprobables, de nuestra vida representativa, con la *vivencia de significación*.

Si, para fijar esto pronto, la vivencia de significación (A significa B) con cualquier grado de intimidad (grado de firmeza) fuese idéntica a la adherencia de dos representaciones α y β, en todas las cadenas asociativas que nos permiten reproducir en serie lo aprendido al dedillo y hasta entre sueños, como el padrenuestro y el alfabeto y la serie de los números, tendría que verificarse la prueba lógica de la reversibilidad, descuidada una vez y otra en las igualdades por definición. En la cadena asociativa del alfabeto, por ejemplo, ¿«significa» cada miembro precedente al siguiente, «en virtud» de una íntima asociación que indudablemente existe? ¿Significa la representación α la siguiente β, o significa el objeto de α el objeto de β, etc.? Si no ocurre así la identidad establecida es un sinsentido y no otra cosa. No es extraño que hasta un pensador de la talla de un J. St. Mill, que no fue capaz de librarse de las mallas de la tesis fundamental, efectivamente tan sencilla, de la teoría clásica de la asociación, después de largas discusiones sobre la concatenación asociativa existente, por ejemplo, en el juicio S es P entre σ y π (las representaciones de S y P), llegara a confesar que es menester ciertamente que esa concatenación encierre lo específico en la vivencia del juicio, pero que el conjunto se le presenta como el «misterio más profundo de la naturaleza humana» [17].

Tras la crítica, lo positivo. Allí donde los lingüistas establecen un simple esquema estructural de la *lengua latina* o de «las» lenguas bantúes, preparan un repertorio fonético con números, un vocabulario, y escriben una gramática, se trata *en última instancia* de sistemas de formas lingüísticas. El núcleo de todo lo importante, incluso imprescindible, que puede definirse acerca de esto, por ejemplo en la fonética, es la teoría de las formas. De Saussure afirma que ese núcleo es *desligable* de la multitud de elementos irrelevantes en los fenómenos verbales concretos *hic et nunc,* y ningún lingüista se le opon-

[17] Mi primera palabra como psicólogo novel fue en 1907 una protesta no acogida entonces amistosamente por los especialistas, contra ese error teórico secular. Hoy pasa en los círculos psicológicos por desenmascarado y superado; pero hay algún motivo para defender ahora, al contrario, la antigua idea de asociación, en su esfera de validez *restringida,* frente a las tendencias de otro monismo de principios, antitético en más de un aspecto. Sobre esto, E. Frenkel: *Atomismus und Mechanismus in der Assoziationspsychologie. Zeitschr. f. Psych.*, 123 (1931).

drá en esto. Se puede oír decir, por ejemplo, a helenistas o latinistas que en rigor está completamente en el límite de su esfera de intereses la cuestión de cómo sonaron realmente los fonemas en la boca de los griegos homéricos o de Cicerón. Pues el verdadero contenido de la ciencia de la lengua griega o latina no queda mutilado esencialmente por la circunstancia de que tenga que derivarse únicamente de documentos escritos. Los egiptólogos sólo se opondrán a esto con moderación, ciertamente, para su campo, si es que lo consideran necesario. Lo así definido —así continúa De Saussure su especulación— tiene un carácter *supraindividual* y es la quintaesencia de lo que indica *cómo se habla* o se habló *en una comunidad lingüística dada*. Estas afirmaciones tampoco son discutidas por ningún experto. En resumen: las formas lingüísticas son, en términos platónicos, objetos del tipo de las ideas; son, en términos logísticos, clases de clases, como los números, o bien objetos de un grado superior de formalización del pensamiento científico.

Unicamente, el que elige la forma de exposición platónica tiene que transformar un poco o abandonar la hipótesis de la eternidad e invariabilidad de esas «ideas»; el que escoge el modo de hablar logístico no puede exprimir la comparación con los números para evitar conflictos con hechos tangibles. Pero de un modo unánime, todo análisis *objetivo* del lenguaje desde Platón, también el logístico de nuestra época, subraya la aptitud de las formas lingüísticas para el comercio intersubjetivo. Pongamos la atención en ello para aclarar con los casos comparables que así se ha logrado.

El correlato del intercambio de signos es el *trueque de mercancías*. Aclaremos mediante una comparación esquemática cómo acontece la formalización de los tres objetivos de tráfico: *artículos de marca, monedas, palabras*. Las fábricas proporcionan cigarrillos, chocolate, jabón con determinadas marcas y aseguran, por ejemplo, «Khedive es Khedive», que una pieza es igual que otra. El consumidor dice: «Dentro de cierta zona de tolerancia, sí; si se juzga de un modo más sutil, no». Pues un cigarrillo se fuma en definitiva, una tabla de chocolate se come y una pastilla de jabón se usa, por lo cual se trata sutilmente de sus propiedades materiales y pueden tener importancia las diferencias individuales entre pieza y pieza. El dólar rueda, y en este caso los que realizan el intercambio, por no tener que comerlo ni fumarlo, se abandonan *ampliamente* a la convención «dólar es dólar». Las palabras funcionan en el comercio verbal, en un aspecto, de un modo aún más indiferente materialmente (más desmaterializado, más abstracto) que el dólar, y en otro aspecto están dotadas a su vez de cualidades variables de un caso a otro, relevantes para el intercambio, y para las cuales son muy sen-

sibles los interlocutores; pienso en las valencias expresivas y apelativas de las palabras. Pero consideremos primero sólo su valor simbólico. La moneda tiene un cuño, que le es prestado por el troquel; en el acto de comprar descuidadamente no se comprueba largo rato, sino que se confía en el reconocimiento de la primera ojeada. Pero cuando surgen dudas sobre la autenticidad, es más prudente, sin embargo, examinar la pieza o rechazarla. En el comercio verbal descuidado no se arriesga, por lo general, ninguna pérdida ulterior, y si yo sé sólo con suficiente seguridad lo que *debe* ser en la intención del que habla una moneda verbal fonéticamente mal acuñada, puedo aceptarla; si es menester, la acuño yo por mi parte correctamente, sea para precaver equívocos o para instrucción del que habla, como hacen profesionalmente todos los profesores de lenguas frente a sus discípulos.

El *cuño fonemático en la forma sonora de una palabra* es aquello a que se enlaza una convención para el intercambio, de un modo comparable a la marca de los artículos o al cuño de la moneda; esta convención (pensada de un modo puramente lógico) fija el valor simbólico de la palabra, que dentro de una comunidad lingüística se equipara en todos los casos de realización, conforme al principio «dólar es dólar». Son verdaderas y nos ocuparán muchas cosas que pueden y tienen que añadirse a ese primer paralelismo para comprender plenamente la peculiaridad de los signos del intercambio lingüístico; ante todo (para liberarse nuevamente de la comparación), la palabra concreta es un objeto signo, y el dólar está y permanece, por mucho que en su forma de papel pueda aproximarse a los objetos signos, ligado a los bienes. Pues aun cuando no se lo puede comer, se recibe algo a cambio de él en el acto de compra, lo cual no puede afirmase en general de las «monedas lingüísticas».

La sematología no está llamada a penetrar de paso en la concepción de los teóricos del dinero. Pero si alguien quisiera contar el dinero rotundamente entre los productos del *homo faber* con carácter de signos, podrá presentar objeciones. Tengo delante, en la mesa, un billete de un dólar; está provisto de signos de reconocimiento *individuales*; lleva, además de todas las otras cosas, un número que sólo pertenece a esta pieza que hay aquí. ¿Para qué toda esta filiación (policíaca)? Así, este trozo de papel puede sostener, en caso necesario, su examen de autenticidad. El billete y la moneda tiene que ser *materialmente* la pieza que ha sido sometida al proceso oficial de impresión o acuñación y ha surgido de él. En los puros objetos signos sólo se habla de esto, y allí donde funcionan como *indicios*, por ejemplo utilizados fisiológicamente, o cuando el pegaso «símbolo» es uncido y ligado a la cosa simbolizada o que necesita un signo de autenticidad (signo de propiedad, de origen). En otro caso no hay para los símbolos un troquel oficial y privilegiado, del cual tenga que proceder cada pieza. Todo esto me parece, desde el punto de vista de la sematología apoyar las razones de los que subrayan teóricamente de un modo enérgico la

imprescindible vinculación aun de las piezas de papel provistas secundaria y terciariamente de un valor monetario (por tanto, del llamado dinero convencional en el sentido estricto de la palabra), su vinculación al reino de los bienes, y la elevan a nota definitoria del concepto de dinero. Pero esto sea dicho sólo entre paréntesis.

Pero todo lo que se agregue después no suprime el conocimiento de que la lingüística comprende en su lexicología unidades que están lógicamente en el mismo grado de formalización que, por ejemplo, la unidad «el dólar» o la unidad «especie de artículo Khedive». Cuando el lingüista dice: «la palabra padre» y usa para ello el singular, mienta, con referencia a lo que es capaz de afectar a sus sentidos, una clase de fenómenos. El resultado de la lingüística histórica no ha de excluirse, sino incluirse. Pues sea lo que quiera lo que pueda ocurrir, por ejemplo, en la familia lingüística indoeuropea con la palabra que entre nosotros se escribe *padre,* nunca podría haber cambiado a saltos e irregularmente ni su cuño fonemático ni su valor simbólico. En virtud de tal *identidad genérica* se forma en la historia de la lengua la unidad padre y tiene su puesto en el léxico de la lengua española para el pasado y el presente y todos los dialectos; por esto «padre» es *una* palabra para los lingüistas. Tales unidades del léxico son, respecto a lo que puede afectar a los sentidos del lingüista, clases naturales. Pero llega el gramático y aprehende en la palabra «padre» y en otras muchas unidades del léxico al mismo tiempo, por ejemplo, la clase de palabras *sustantivas,* y se encuentra así en su esfera, a saber: en la teoría de las formas lingüísticas. Habrá que considerar con precisión en qué es igual y distinto, desde el punto de vista lógico puro, el paso de formalización del matemático que va de los pares de cosas sensibles al número «dos», del paso de formalización del gramático, aquí descrito. Pero primero tiene que ser conocido y reconocido como tal paso. En el axioma D se realiza la distinción de las formas lingüísticas en palabras y frases, y en el capítulo cuatro se estudia su estructura.

Acerca del nombre «forma lingüística» como término, sólo falta agregar que nuestra definición hace quizá violencia a la palabra del lenguaje usual. Pues, en sentido laxo, «forma» puede referirse también al individuo (con nombre propio) *como tal.* Lo normal no es esto en modo alguno, sino que «forma» subraya también ya en el uso habitual del lenguaje algún momento estructural de la cosa sensible. Y sólo pretendemos que lo lingüísticamente estructural en los objetos signos como tal haya de ser mentado; aquello que constituye el objeto de la *linguistique de la langue.* El verbo, el artículo y el acusativo pertenecen a las formas lingüísticas de un modo no distinto esencialmente de aquel en que «el triángulo rectángulo» pertenece a las «formas» de la geometría elemental.

4. *Teoría de los actos verbales. Steinthal y Husserl. Aprobación de la teoría husserliana del acto. El momento social en el lenguaje*

Poquísimo elaborada y todavía muy discutida es la teoría de los *actos verbales* en el sentido específico y que hay que definir con precisión de esa palabra, tal como lo reclama nuestro esquema de cuatro campos. Pero recurramos a Husserl y saquemos de sus *Investigaciones lógicas* lo que aquí nos interesa únicamente: sus sutiles discusiones sobre los *actos que prestan sentido*. En nuestra ya anunciada sección sobre los signos conceptuales lingüísticos habrá que mostrar con más precisión que no se puede comprender teóricamente de un modo pleno el tráfico verbal con las monedas léxicas que son nuestros sustantivos sin tener en cuenta las importantes distinciones de Husserl. Si en un texto la palabra «caballo» se refiere a un individuo o a la especie de los zoólogos, sin duda no es indiferente, y no puede reconocerse morfológicamente ni en el latín sin artículo ni en las lenguas indoeuropeas con artículo. Hay que sacar, por decirlo así detectivescamente, del contexto y de las circunstancias de la situación verbal si el que habla tiene en el pensamiento y *mienta* una u otra cosa. ¿Qué resulta de esto? Para nosotros, los receptores del discurso, resulta que podemos contemplar en cierto modo la concepción interna del emisor; y para él, el que habla, resulta que, al menos en parte, presta a la moneda verbal usada un sentido más preciso y determinado que el que advierte en la palabra aislada «caballo» el mejor conocedor de la lengua. En ningún léxico se registran los caractereres de acto de Husserl, a menos que la palabra se use en la lengua unilateralmente como nombre propio, como Sócrates.

Tal como queda expuesto, esto no sorprende, ciertamente, a ningún experto, sino que es una trivialidad. Sin embargo, esta trivialidad merece ser meditada de un modo muy preciso y cuidadoso, y por cierto en varias direcciones. ¿Dónde halla sus indicios el procedimiento detectivesco de que se habla? Si tenemos delante un texto alemán que ha de traducirse al latín, el discípulo ha comprendido su contenido y su formulación alemana, y yo puedo tanto «asentirle» al *ut* con subjuntivo después de un *verbum dicendi,* como corregírselo por no ser latino; la atribución de significación que el discípulo aplicó al medio lingüístico usado contradice la norma del latín clásico, un *acto verbal* del discípulo caía fuera del marco fijo de las *convenciones formales* latinas. Voy a añadir un pequeño aquelarre de faltas corregidas de una obra que ha cumplido su misión en la lingüística del siglo XIX, aunque sólo ha sido una audaz carga de caballería contra la angosta y anquilosada lógica del lenguaje del grupo en

torno a Becker; aludo a la *Grammatik, Logik und Psychologie* de Steinthal (1855). Allí se dice:

Uno se acerca a una mesa redonda, y dice: esta mesa redonda es cuadrada; el gramático calla, completamente satisfecho; pero el lógico exclama: ¡absurdo! Aquél dice: esta mesa es redonda, o *hic tabulam sunt rotundum;* el lógico, en sí, no entiende ni alemán ni latín, y calla; el gramático censura. Pero si se da al lógico, además de su norma lógica general, la ley gramatical especial de la congruencia, también él censuraría. Un lógico semejante, que añade a las leyes lógicas una gramatical, es precisamente el gramático. Pues éste, además de ser gramático, es lógico, es decir, piensa y juzga según leyes lógicas; pero el lógico no es también gramático. Si se corrigiera ahora así la frase anterior: *hoc tabulum est rotundum,* el lógico, aun con conocimiento de la regla de la concordancia, estaría satisfecho. Pero el gramático tiene otro conocimiento más de la lengua y corrige: *tabula.* Esto basta al lógico para corregir el resto; es decir, ahora está obligado el gramático a hacer una aplicación lógica de la regla de la concordancia. Así, pues, la regla de la concordancia y el género determinado de la palabra *tabula* son condiciones que pertenecen *exclusivamente* a la gramática, y *ellas* con sus semejantes *constituyen* el objeto de la gramática, *la lengua.* Pero en el proceso formal, en la aplicación de las leyes lingüísticas a las materias lingüísticas, entra necesariamente la lógica (págs. 220 y ss.).

¿A dónde hemos llegado? A un problema especial que, tratado adecuadamente, retrotraerá a la distinción entre actos verbales y formas lingüísticas; no tememos el rodeo. ¿Cómo hay que entender, pues, la división del trabajo propuesta por Steinthal entre el *Censor grammaticus* y el *logicus*? ¿Hay realmente distintos tinteros, con los cuales se trazan las líneas rojas en los textos adulterados? Agreguemos, para no juzgar irreflexivamente, la concepción de Husserl en las *Investigaciones lógicas.* También aquí se dice que la censura gramatical es insensible para el *contrasentido* de complejos lingüísticos del tipo del círculo cuadrado y el hierro de madera. En cambio, es extraordinariamente sensible para el *sinsentido* de acumulaciones de palabras incompatibles; porque éstas no producen ningún sentido en absoluto, por tanto tampoco un contrasentido, la corrección gramatical antecede a la lógica y se caracteriza la gramática en conjunto como base de la lógica.

Podemos decir, en conclusión: Dentro de la lógica pura, la pura morfología de las significaciones se delimita como una esfera que, considerada en sí, es una, primera y fundamental; es la teoría de las categorías puras de significación y de las leyes de complexión o modificación, fundadas *a priori* en ellas. Ofrece el armazón ideal que todo idioma efectivo rellena y reviste de material empírico en distinto modo, obedeciendo ya a motivos generales humanos, ya a motivos empíricos accidentales y cambiantes. Mucho o poco podrá determinarse de ese modo empíricamente en el contenido efectivo de los idiomas históricos y en sus formas gramaticales; pero todo idioma estará siempre ligado a ese armazón ideal; y así la investigación teórica del mismo ha de ser uno de los fundamentos para el último esclarecimiento científico de todos los

idiomas en general. Teniendo, pues, en cuenta que de esta esfera inferior de la lógica quedan excluidos los problemas acerca de la verdad, la objetividad, la posibilidad objetiva y con referencia a la función ya caracterizada de esta esfera para servir a la intelección de la esencia ideal de todo idioma, podríamos denominar esta esfera fundamental de la lógica pura llamándola 'gramática pura' (págs. 319 y ss.).

Es muy problemático si esta estratificación con la gramática como planta baja y la lógica como piso superior no puede establecerse igualmente al revés. Leyes de complexión del tipo de las que vislumbra Husserl como esfera central de la «gramática pura» tendrían que encontrarse en el compuesto nominal y en la metáfora, que estudiaremos. Pero lo que encontramos allí realmente tienen un carácter completamente distinto, nos muestra que la lengua en sus compuestos apela *siempre* al conocimiento del asunto de los receptores; compuestos como *cortafrío, cortaplumas, bocacalle* sólo pueden realizarse en último término desde el conocimiento del asunto, como el idioma requiere de los que usan esos compuestos, y lo metafórico en la lengua nos revelará cuán profunda e inmediatamente las selecciones orientadas por el asunto codeterminan *toda* estructura significativa; lo mismo se puede considerar lo primero la dirección por el asunto que, con Husserl, lo último. Circunstancias como las discutidas más adelante al analizar los factores del contexto exigen directamente la mencionada inversión. Por lo demás, el propio Husserl abre la puerta en un lugar determinado y nos da pretexto para el no que expresamos. Pues cuenta también entre los fenómenos que han de investigarse las «modificaciones de significación» y ve «que las significaciones, conservando un núcleo esencial, pueden transformarse en nuevas significaciones» (pág. 311), y «que ciertas alteraciones de significación pertenecen incluso al contenido gramaticalmente normal de toda lengua» (pág. 309). Esto sólo se explica luego, ciertamente, en el caso de la *suppositio materialis* de los escolásticos: «el centauro es una ficción de los poetas», «*y* es una conjunción», y se da la siguiente explicación *ad acta* de la cosa:

Por medio de la conexión del discurso puede la significación modificada ser fácilmente comprensible; y si los motivos de la modificación son de generalidad decisiva, si arraigan, por ejemplo, en el carácter universal de las expresiones como tales o incluso en la esencia pura de la esfera de las significaciones, habrán de volver una y otra vez las clases referidas de anormalidades y lo *lógicamente anormal* quedará *gramaticalmente sancionado* (págs. 309 y ss.).

Y aquí reiteramos y precisamos nuestro no. Lo que parece extraño al lógico, pertenece a las disposiciones fundamentales del lenguaje natural. Es cierto que las veleidades mencionadas radican

«en el carácter general de las expresiones como tales»; pero precisamente en otro sentido que el que quiere admitir Diógenes en el tonel. Pues todos los compromisos que necesitamos pueden enunciarse de una sola vez: la representación lingüística deja abiertos en todas partes márgenes de indeterminación significativa, que no pueden cerrarse de otro modo que mediante la referencia a las «posibilidades objetivas» y se cierran también de hecho en todo discurso humano. Si no fuera así, las cosas serían más fáciles para los lexicógrafos, ciertamente. Pero el lenguaje natural quedaría empobrecido en lo más asombroso y prácticamente más valioso que posee. Empobrecido en la maravillosa capacidad de adaptación a la inagotable riqueza de lo que ha de aprehenderse lingüísticamente en cada caso concreto; y esto hace posible, visto desde el otro lado, los grados de libertad de la distribución significativa, y con ello hace que la teoría del acto de Husserl sea de primera necesidad e imprescindible también para un análisis del lenguaje «objetivo» en su primer impulso.

En mi opinión, hay algo mucho más evidente, que podemos deducir del principio, enunciado por Steinthal y aceptado por Husserl, de la insensibilidad del lenguaje ante el contrasentido y su sensibilidad ante el sinsentido. Steinthal comienza con la introducción: «uno se acerca a una mesa redonda y dice». Hay, pues, una circunscripción de la *situación* verbal desde la cual aplicamos nuestra superioridad como censores de las cabriolas *lingüísticas*, desde el principio. Más aún: la frase latina correcta, en este como en todos los demás casos, está abundantemente, incluso *superabundantemente* provista de apoyos del contexto. Y pertenece a las disposiciones más admirables de todo lenguaje natural el que asegure sus fórmulas de diversos y múltiples modos contra los equívocos. Justamente porque opera con símbolos ampliamente equívocos y aguarda de la cosa una precisión o modificación de esas significaciones, tiene que prever por otro lado múltiples recursos de corrección; para el discurso ajeno a una situación están encerrados en un copioso conjunto de momentos que estudiamos sistemáticamente en la teoría del campo simbólico del lenguaje. Y así como en ciertas circunstancias los «apoyos materiales» se descuidan en los discursos rápidos y sólo pensados a medias, en otros casos determinan de modo *dominante* el sentido del discurso; no se puede trazar aquí una separación universalmente válida entre la gramática y la lógica, porque las lenguas del orbe reclaman en medida variable lo uno *y* lo otro de sus hablantes. En cada lengua se obtendría una separación algo distinta si se quisiera elevar a criterio aquello para lo cual es sensible y aquello para lo cual es (aparentemente) insensible.

Por la demás, la fenomenología de Husserl me parece llamada efectivamente a desenmarañar y resolver íntegramente cierta dificultad de aquel análisis «objetivo» del lenguaje, que en la sección sobre la forma lingüística hemos tomado de hombres como De Saussure y de casi toda la gramática desde la Antigüedad. Unicamente Husserl no lo lleva a cabo porque construye *todo* el mundo de las significaciones con referencia al sujeto. Correctamente, tal como lo requiere nuestro esquema de cuatro campos, no se trata del sujeto o yo vivido en cada caso particular, psicológico y sólo accesible déicticamente, de aquel *yo* que nos ocupa en el capítulo II, sino de un sujeto del segundo grado de formalización (el yo lógico o trascendental), es decir, un contrapolo del «objeto intendido», dos conceptos fundamentales que Husserl necesita para ello. Pues todo lo individualmente contingente es «puesto entre paréntesis» cuando se trata de explicar los caracteres de actos fundamentales o *genera significandi* (como se lo podría denominar). Hay que comprender intelectivamente, opina Husserl, no que yo me he referido intencionalmente en este momento en el pensar verbal a algo individual como tal y otra vez a la especie como tal (lo cual es poco interesante), sino que estos y otros *caracteres de acto* pertenecen al mundo de las significaciones. Ahora bien: si el sistema de estos caracteres de acto estuviese completamente establecido, la teoría del lenguaje podría apoyarse en él e introducir, como se ha indicado, en la esfera de los *genera significandi* universales no sólo la cuestión de los nombres propios y comunes comprobados empíricamente en las lenguas conocidas y de uso cambiante, sino otras muchas cosas más. Todo lo que tiene conexiones con el fenómeno de la abstracción ha sido deputado e investigado decisivamente por la fenomenología de Husserl. Y también todo lo que tiene conexión con la *libertad* de la atribución de significación.

Instálese uno, pues, en la actitud fundamental auténticamente fenomenológica de las *Investigaciones lógicas* y practíquese la puesta entre paréntesis. Entonces se manifestarán paso a paso al ente monádico, que ha retraído todos los tentáculos, en el campo de la *cogitatio* cartesiana, las leyes estructurales del significar. ¿Dónde propiamente? Naturalmente, en los modelos que ese Diógenes en el tonel obtiene en la lengua aprendida y hablada por él desde la infancia. La ha llevado consigo, y tiene también aún sus sentidos (ojos y oídos) y sus recuerdos; en conjunto, un material de vivencias suficiente para ejercer sobre él la puesta entre paréntesis y la intuición del modelo. Las recientes *Méditations Cartésiennes* han destruido, especialmente en la quinta meditación, el error de que por la reducción a la *cogitatio* se eliminara de la intuición del modelo el *cogitatum* y

el tú (un *alter ego* como receptor de los signos lingüísticos). No, son dados, por decirlo así, en admirables cursos de pensamiento, se constituyen, de un modo lógicamente irreprochable, dentro del espacio monádico sin ventanas de las significaciones referidas al sujeto. El autor de este libro no duda ni de la posibilidad ni de la fecundidad del método fenomenológico, y está convencido de que, con otras muchas cosas, la sematología «pura» puede ser favorecida por medio de él; la sematología pura, que tiene que ser constituida constructivamente, de modo análogo a la matemática pura. Se necesita para ello una explicación completa y sistemática de los caracteres de acto o (definida la cosa desde el signo) de los *modi* (*genera*) *significandi,* de los modos posibles del *significar.*

Pero para volver de ahí a un sistema como «la lengua alemana» o «*lingua latina*», es menester, en primer lugar, después de la puesta entre paréntesis, el *volver a quitar los paréntesis,* igualmente necesario, y el abandono del espacio monádico con su mundo sólo intencional (representado). Se necesita positivamente para ello, en segundo término, un sistema de coordenadas, que permite el análisis objetivo del lenguaje, y en él el esquema del modelo de *órganon* que es el lenguaje; es menester, en una palabra, *junto* a la teoría del acto, y para completarla, una teoría de la forma, que sólo puede constituirse tal como lo ha hecho la gramática de todos los tiempos.

Interroguemos una vez más a los griegos que han pensado con insuperable seguridad, antes que la ciencia occidental, con insobornable visión de lo esencial y sin dejarse extraviar todavía por un voluminoso conocimiento de hechos, ciertos modelos mentales. Platón explica en el *Cratilo* que hay que ir al tejedor para averiguar los principios del tejer, y al carpintero que ha fabricado el telar, para averiguar los «principios» del instrumento «telar». Al que quiere hallar los principios de la lingüística, ¿habría de bastarle con un curso en casa del tejedor y se ahorraría pasar al carpintero? Esto es lo que no creo. La analogía correcta del curso en casa del carpintero es el estudio de las convenciones lingüísticas, reguladas intersubjetivamente. Es cierto que, como todo lo demás que hemos heredado de nuestros padres, también «el lenguaje» tiene que ser recibido y ha de experimentar su resurgimiento en el espacio monádico del hablante. Pero *recepción* y *creación propia* (toma y posición) se dicen de dos maneras; si pertenece a la posición la libertad de los actos que dan significación, según Husserl, es menester como límite de esa libertad y correlativamente a ella la *sujeción* del tomar, en la recepción. Una cosa es usar las formas lingüísticas en el comercio intersubjetivo o para la constitución de un producto lingüístico único, usarlas como todos los demás miembros de la comunidad lingüística, y otra

cosa es prestarles en cada caso la precisión significativa prevista en la estructura misma de la lengua, y además de esto, aquí y allá, una significación única modificada. Y por entenderse esto de dos maneras, no es posible, como intentan las *Investigaciones lógicas,* dominar la totalidad de la teoría de las significaciones partiendo del acto. Tampoco cuando se asegura una vez y otra entre paréntesis y de vez en cuando que los rasgos empíricos de las diversas lenguas son «históricamente contingentes», tales como son hallados. Yo digo que no; no tanto al concepto de la contingencia histórica, aunque también habría que «explicar» aún éste, sino que niego la tesis de que todo lo que no pertenece a la teoría del acto carezca de una base principal.

Esto es tan falso, que, por el contrario, hay que considerar la teoría de la forma obtenida al modo antiguo del auténtico modelo de *órganon* del lenguaje y por tanto de la consideración objetiva del lenguaje, y con ella el *momento social del lenguaje,* como lógicamente anterior o al menos lógicamente coetánea a una teoría del acto referida al sujeto. Toda otra cosa sería un individualismo y subjetivismo insuficiente frente al lenguaje. Sería o una construcción monádica o un universalismo subjetivo, concepciones que acaso puedan justificarse en las elevadísimas regiones de las ideas filosóficas (acaso tampoco), pero que han de rechazarse en los llanos de los fenómenos tangibles de que se ocupa la teoría del lenguaje. Las cosas cobran actualidad en una teoría de los signos conceptuales lingüísticos; allí se hablará más de ello.

5. Palabra y frase. El sistema G-S del tipo lenguaje (D) Las notas del concepto lenguaje

La lógica de nuestros días ha creado un sistema de signos artificiales para hombres videntes y lo llama «lenguaje»; los expertos en el campo de la mímica y la pantomima, los teóricos de la expresión, no han sabido nunca, no saben, con más precisión, desde Engel y Bell, decir nada más interesante y en su opinión acertado acerca de los gestos, sino que son «lenguaje», y justamente el lenguaje más universal de los hombres y animales superiores. Permítasenos enumerar todo lo demás que también se ha asociado y atribuido al lenguaje, ya en la comparación superficial o con acento de seriedad filosófica; en alguna parte del léxico se necesita precisamente un «denominador» común para muchas cosas que son comparables en este o aquel punto con auténtico lenguaje, el lenguaje sin adjetivos ni guiones. ¿Qué se conserva, esta es la cuetión, después de todas las

comparaciones y analogías, como rostro peculiar y único del lenguaje sin adjetivos ni guiones? Ya hemos hablado de su multiplicidad como *órganon,* de su pluralidad de grados como instrumento de signos y de cómo nos aparece *sub specie praxis* y *póiesis.* Falta por fijar un cuarto punto, que para los antiguos era el primero, y a nosotros mismos ha de ocuparnos extremadamente a lo largo de todo este libro: las formas lingüísticas son *palabras* y *frases.* No ha de elevarse a categoría uno o el otro término, sino que ambos son conexos y sólo pueden definirse correlativamente.

La pretensión de la lógica moderna, haber creado un «lenguaje» artificial, sólo soporta la prueba de este último criterio; la prueba de los demás criterios no la soporta. A la inversa, la pretensión de la mímica y los gestos, ser un «lenguaje» natural antes y fuera del lenguaje fonético humano, no soporta precisamente la última prueba. Dicho de un modo más cauteloso y justo: esa pretensión sólo está justificada cuando se ha desarrollado y transformado la elocuencia natural del cuerpo humano en un sistema simbólico, según el modelo del lenguaje adulto, como en el lenguaje mímico de los sordomudos, de los monjes cistercienses, etc. Esto es aplicable, desde luego, al lenguaje artificial de los lógicos, pues sus signos son símbolos y se establecen en un campo simbólico. En principio, lo mismo que las palabras del lenguaje adulto son símbolos y cumplen sus funciones sintácticas en el campo simbólico del lenguaje. Podría ser conveniente aclarar, mediante el contraste del lenguaje con otro sistema de signos eficaces de intercambio, la distinción entre sistema *sin* y *con* campo simbólico.

1. *Análisis de un sistema —de una sola clase— de señales de tráfico*

Antes de la introducción de la telegrafía sin hilos se usaban en el tráfico naval en el mar algunos sistemas de signos con banderas, en virtud de convención internacional. Citemos aquí como ejemplo uno de ellos, que sólo contenía tres formas elementales (disco circular, gallardete triangular y bandera cuadrada). Significaba:

○△	Se exponen a un peligro.
△○	Falta de víveres, padeciendo hambre.
○□	Fuego o vía de agua. Necesitan auxilio inmediato.
□○	A pique. Necesitan auxilio inmediato.
△○□	Deténganse o pónganse al pairo. Hay que hacer comunicaciones importantes.
□○△	¿Tienen telegramas o noticias para mí?
○□△	Sí.
○△△	No.

Etcétera. Esto daba ya un número suficiente de signos para los casos más frecuentes. Cada complejo ha de leerse de izquierda a derecha, en disposición vertical de arriba a abajo [18].

Comenzamos con la referencia a dos puntos. *Primero*: existen las tres formas elementales, que se repiten en todas las conexiones. Ninguna de ellas, ni el disco aislado, el gallardate aislado, la bandera aislada, ni ningún subgrupo de ellas, tiene por sí misma un sentido de señal; más bien se agota toda su función en construir, en un lugar determinado del complejo, el complejo perceptible, y distinguirlo diacríticamente de los demás. Estas formas elementales son, por tanto, distintivos elementales, lo mismo que los fonemas del lenguaje. *Segundo*: sólo la complexión como tal, cada *frase de banderas,* tiene un sentido de señal. La reproducción de ese sentido en el lenguaje fonético corriente exige con frecuencia varias frases, y por cierto heterogéneas (enunciados, órdenes, apelaciones, preguntas). Queremos decir: se trata en cada caso de simbolizar en una única frase de banderas la situación propia del que hace los signos juntamente con una apelación al receptor, o un requerimiento, una pregunta, junto con su justificación. Ya desde este punto de vista se podría intentar denominar esto una *simbolización global*. Pero no se trata de que en la traducción al lenguaje fonético se necesite una multitud de palabras y frases, pues esto no sería una característica inmanente del sistema, sino una agregada desde fuera. Más bien ha de verse la nota decisiva del sistema en que *nada de ninguna articulación* del sentido de la señal aparece en los signos perceptibles a los sentidos. Así queremos que se entienda el término simbolización global. Tan erróneo sería equiparar las «frases» de banderas a las frases lingüísticas como a los nombres; no son ni una cosa ni otra. Lo que puede decirse es únicamente que todo complejo de banderas está llamado a funcionar en una situación típica de intercambio como un medio de comunicación indiviso. El sistema entero sólo contiene unidades de sentido de esta especie o clase *única*; el sistema no es más que una colección de ellas, es un instrumento de signos *de una clase*. El lenguaje, en cambio, visto desde el lado de las formas lingüísticas, es un sistema *de dos clases* [19].

---

[18] Sobre sistemas más complicados da información, por ejemplo, el «Codice Commerciale de' Segnali», Editione Austro-Ungarica, Firenze, 1869, que tengo delante. También se puede, naturalmente, deletrear con banderas, lo que aquí no nos interesa.

[19] La pura función auxiliar de los fonemas está ciertamente en otro plano y no se toma en cuenta en esta nomenclatura. Señales globales allí y simbolismo diviso aquí, ésta es la diferencia entre los sistemas. Permanece idéntica ya se construyan los signos perceptibles con o sin la ayuda de distintivos elementales diacríticos. Hay allí «signos de banderas» que pueden mostrarse aislada-

Entretanto, digamos una palabra sobre una fase de la evolución del niño, que puede compararse con ese sistema global de señales de una clase de los navegantes. Mientras el niño no emplea otra cosa que sus cómodas «frases de una sola palabra», bien conocidas de todo observador, procede con ellas *aproximadamente* de un modo tan global como un capitán o cabo de señales con sus banderas, a saber: en la medida en que se prescinde y se puede prescindir de la modulación musical de esos signos de intercambio. Naturalmente, el niño no tiene a mano ninguna clave de la que pudiera tomar cómo tiene que expresarse en el momento de un modo internacionalmente comprensible. Pero eso tampoco le interesa al niño. Pues los receptores de sus mensajes no son capitanes de barcos extraños, sino los miembros de una comunidad lingüística mucho más reducida, en la cual, por el trato cotidiano, se conocen las pocas situaciones típicas en las que suele hacer señales con fonemas y la clave particular, más o menos peculiar, del niño. Pero, además, muchas veces también ahí se ha ido el barco a pique y se necesita ayuda inmediata, o el adulto que navega de paso debe detenerse y ponerse al pairo, porque han de hacérsele comunicaciones importantes, etc. Y todo esto se expresa en cada caso por medio de una única «frase de una palabra», de unas cuantas docenas ya corrientes para el niño, no precisamente codificadas, pero codificables, y así se notifica al receptor. El término «frases de una palabra» no es más que una expresión de compromiso de los psicólogos de la infancia, una expresión que debe indicar que los fenómenos se pueden contar tanto entre las palabras como entre las frases, que son propiamente «todavía» las dos cosas en una. Esto habrá de corregirse en el sentido de que «todavía no» son una cosa y todavía no la otra; pues se realiza una alteración del sistema, se lleva a cabo el paso de un sistema de una clase al sistema G-S de nuestro lenguaje acabado, cuando el niño pasa a las auténticas frases con palabras. Sólo vale la pena advertir aún que *todo* niño de nuestro círculo cultural, incluso el mejor cuidado lingüísticamente, usa aproximadamente durante tres trimestres un sistema semejante de una clase de signos fonéticos ordenados, y según los ensayos que el americano Major ha descrito, no puede ser apartado de ello prematuramente por la intervención del adulto e inducido al empleo de más de una de sus formas fonéticas en un solo aliento.

La conclusión es breve: un sistema de una clase de símbolos globales del tipo de las señales marítimas está definido de un modo

mente, como hay signos fonéticos (fonemas) que pueden mostrarse aisladamente en el lenguaje; pero esto ya no nos interesa aquí.

científicamente exhaustivo cuando, *primero,* se ha establecido la estructura de las señales, y *segundo,* se ha descrito para cada señal la situación de aplicación típica y en ella el fin de comunicación que ha de cumplir. Esto lo hace, en el caso de los signos con banderas convenidos artificialmente, el código, un libro con dos capítulos.

2. *El «sistema de dos clases» de lenguaje: el dogma del léxico y la sintaxis*

Por el contrario, un sistema del tipo del lenguaje se funda no en una, sino en dos clases (por lo menos) de estipulaciones (convenciones) y contiene, por consiguiente, dos clases de formas lingüísticas. Un sistema del tipo del lenguaje construye cada representación completa (y desligable de la situación) en dos pasos que han de separarse abstractivamente; digámoslo brevemente, aunque de un modo impreciso y equívoco: en la elección de palabras y la construcción de frases. Allí hay una primera clase de formas lingüísticas y convenciones correspondientes, que proceden como si fuera lícito desgarrar el mundo en pedazos o desmembrarlo en clases de cosas, procesos, etcétera, o resolverlo en *momentos abstractos* y atribuir a cada uno un signo, mientras que la segunda atiende a proporcionar los medios de carácter de signos para una *construcción a fondo* del mismo mundo (del que ha de representarlo), según *relaciones.* Son, desde el punto de vista de la teoría de la representación, dos pasos y modos de proceder que hay que separar en absoluto. Acerca de esto hay que lograr perfecta claridad, y nadie debe dejarse engañar por el hecho psicológico de una cooperación suave y sin roces en el uso de esas dos clases de formas lingüísticas. Nadie debe dejarse engañar por el hecho lingüístico de un intercambio casi ilimitado de los elementos de ambos sistemas. Dicho toscamente, en toda lengua se puede ver pasar y hacer pasar elementos originariamente sintácticos al vocabulario, y elementos léxicos a la clase sintáctica de formas lingüísticas. Esto denota una admirable soberanía en el aprovechamiento de los momentos correlativamente referidos unos a otros, mutuamente concentrados, nada más. Cada uno, tomado por sí mismo, es absolutamente distinto del otro.

La conclusión de nuestra comparación es ésta: La definición científica de un sistema del tipo del lenguaje requiere algo distinto de un libro de la forma de la clave. Sólo la fonología en el sentido más estricto de la palabra puede ponerse parcialmente en paralelo con el capítulo primero de la clave. Por el contrario, el léxico y la gramá-

tica, que reflejan las dos clases de convenciones y formas en el campo del lenguaje, son esencialmente distintos, *primero,* entre sí, y *segundo,* de la clave.

En su lugar sistemático mostraremos los principios acerca de la notable *convergencia* de los dos momentos distinguidos aquí abstractivamente; ofreceremos preguntas y respuestas sobre el valor simbólico y los valores de campo de los signos lingüísticos. El hecho —que hay que tener en cuenta insistentemente— de que sólo el complejo de sentido de la frase confiere a la palabra la suma plenitud y precisión significativa que puede lograr, ha movido a los psicólogos y lingüistas del siglo XIX a formular esta tesis: En el principio era la frase y sólo la frase, no la palabra. O sólo la frase, no la palabra, es la verdadera y tangible unidad de significación o unidad de sentido del lenguaje, etc.[20]. En esto puede mostrarse a una interpretación más precisa algo acertada, pero también alguna afirmación totalmente insostenible. Desde el punto de vista de la teoría de la representación, sólo hay que decir una cosa: que siempre que esta tesis, enunciada en parte de modo muy enfático, quiere interpretar el lenguaje como un sistema de una sola clase de unidades de sentido constitutivas, tiene que aparecer un equívoco o error. Ni la frase puede haber sido antes que la palabra, ni la palabra antes que la frase, porque ambas son *momentos correlativos* en uno y el mismo estado (acaso avanzado) del lenguaje humano.

Se puede imaginar toda suerte de sistemas de una clase, que puedan realizar los fines comunicativos humanos; pero no tales que en ellos hubiese habido frases en el sentido más riguroso del vocablo sin palabras, o a la inversa. El puro esquema de la frase sin llenarse con palabras es un momento exactamente tan incapaz de existencia como cualquier relación sin fundamentos. Por lo demás, también se puede invertir la demostración y mostrar cómo en el sistema no sólo la significación de las palabras, vaga considerada aisladamente, con frecuencia difícilmente comprensible, es determinada y precisada por la «otra», sino también cómo, a la inversa, aquella otra se determina y precisa desde aquí, dentro de ciertos límites. La «vaga» indicación sintáctica del compuesto indoeuropeo, por ejemplo, o la multívoca indicación sintáctica del genitivo o acusativo latino, cómo han de realizarse, se determina ampliamente y en muchos casos ya por las

[20] Ya De Saussure llama a esta concepción una «teoría bastante difundida» y defiende la concepción anterior, en su opinión lingüísticamente imprescindible. Es instructivo releer cómo el asunto se desplaza en la teoría de Wundt y se convierte en un problema psicológico, de genética actual: *Die Sprache*, I, páginas 602 y ss.

«palabras» que entran en el esquema (desde los objetos denominados, desde la «materia»), sin que sea menester esperar a otras ayudas contextuales más amplias [21]. Acerca de esto habrá que decir más adelante otras muchas cosas importantes.

Y *last not least*: el que intenta eliminar el momento de dualidad que hay en el habla de la estructura del lenguaje, viola, por falta de sentido teórico, una ley estructural, tal vez *la* más característica de él. Busque dondequiera con mirada comparativa, no hay, por ejemplo, ni en la música, ni en la imagen óptica, ni en ninguno de los múltiples sistemas simbólicos inventados en la ciencia moderna y más allá de ella para estos y aquellos fines de representación, una analogía exacta con las dos formas complementarias del lenguaje, con la palabra y la frase, para decirlo pronto. Unicamente —y esto es tan comprensible como instructivo— aquellos sistemas simbólicos de representación que, dentro de ciertos límites, están llamados a realizar la misma función representativa plenaria que el lenguaje, por ejemplo la ecuación matemática y el sistema simbólico de la logística moderna, copian también el léxico y la sintaxis. Los logísticos teóricamente reflexivos (por ejemplo Carnap) han reconocido esta conexión; me interesa subrayar que yo mismo, independientemente de ellos y también, ciertamente, antes que ellos, he formulado y fundamentado en mis lecciones de teoría del lenguaje el «dogma del léxico y la sintaxis» [22].

---

[21] El lector no versado en lingüística, para comprobar rápidamente lo dicho en un único grupo de ejemplos, considere de qué modo tan distinto tiene que efectuarse la complexión de sentido de los siguientes compuestos alemanes: *Back-Ofen* (horno de panadero), *Back-Stein* (ladrillo), *Back-Huhn* (pollo asado), *Back-Pulver* (polvos para hacer tortas). La lengua compone en todos los casos de un modo completamente homogéneo; el que realiza la complexión de sentido tiene que echar mano de su conocimiento del asunto para no equivocarse.

[22] En la concepción de los grandes lingüistas del pasado aparece el conocimiento del momento de dualidad aquí mencionado, muchas veces encubierto de modo curioso, o tiene que ser inferido de raciocinios deductivos. En la concepción de Schleicher, por ejemplo, la comparación de la expresión de significación con la relación en el lenguaje desempeña un gran papel. En su primera fase especula Schleicher así, en espíritu hegeliano, sobre la distinción y la supuesta serie de tres estadios: lenguas monosilábico-aislantes, aglutinantes, flexivas. Todo esto, como es sabido, está superado hace muchísimo tiempo. Pero ha quedado y tiene que comprenderse con exactitud por la teoría del lenguaje el principio, válido para todas las lenguas, de las dos clases indispensables de formas lingüísticas. Acerca de lo dicho aquí sobre la palabra y la frase, véase también Cassirer: *Die Sprache,* I, págs. 281 y s. El momento de dualidad se introduce allí de modo completamente distinto; pero en el resultado final coincidimos totalmente. En la nota a la página 281, cita Cassirer algunos textos sobre lo dicho, tomados del repertorio de la lingüística comparada.

3. *La productividad de los sistemas de campos*

¿Qué falta aún por justificar? Compárese una vez más el sistema de una clase de símbolos comunicativos, del tipo de las señales marítimas, con el lenguaje, y pregúntese con toda ingenuidad *por qué* el lenguaje, si pasó en el curso de su evolución, como muchos creen, por la fase del grito déictico global, no ha permanecido en ella. Con ayuda de un tesoro de fonemas que actúan diacríticamente se podía poner en circulación un número prácticamente suficiente de «señales» (atengámonos a la palabra); el procedimiento es cómodo y lo más lacónico posible. Ciertamente ofrece incluso otras ventajas de que carecen los sistemas de campos. Pero nunca *una*, que se logra al punto con un sistema de campos, a saber: con un repertorio limitado de convenciones y, por consiguiente, de formas lingüísticas, representar de modo suficientemente diferenciado y exacto *una multiplicidad ilimitada*. Imagínese al que utiliza un sistema de una clase en situaciones «*nuevas*». Si quisiera inventar nuevos símbolos, porque los antiguos no bastan, éstos no serían por lo pronto intersubjetivamente comprensibles. ¿Qué debe hacer para obtener del repertorio de convenciones existentes nuevas expresiones definidas? Las lenguas humanas que hoy conocemos tienen todas la pretensión de ser tales sistemas simbólicos «*productivos*», incluso resueltamente *universales*. Y lo son en un grado asombroso. Partes de la Biblia están traducidas en no sé cuántos miles de lenguas. No se pregunte si mal o bien, sino por qué no era esto *ab ovo* en el 90 por 100 de los casos una empresa desesperada. Evidentemente, porque con paciencia y destreza se puede realizar en todas partes, con algún grado de aproximación, la mencionada pretensión de todas las lenguas. Se comprende en etapas y por *muchos motivos*. Sólo afirmamos esto: que, en principio, sólo puede tener esa pretensión con esperanzas un sistema de campos.

Un código de símbolos globales, escritos o no, tiene que ser limitado como el léxico escrito o no de una lengua hablada, y por los mismos motivos, simplemente por motivo de la limitada capacidad de la memoria humana. Especialmente allí donde se trata de acuñar *coordinaciones individuales* de una multitud de hombres, de manera que puedan emplearse en el tráfico intersubjetivo con suficiente precisión diacrítica y con bastante fluidez, se tropieza con límites de capacidad no muy dilatados. Creo que, para condiciones indicadas más en detalle, se la podría determinar numéricamente en experimentos de masas. Pienso para ello, ante todo y sobre todo, en coordinaciones individuales *rigurosamente aisladas* en realidad, como tendría que darse, por ejemplo, al acuñar las señales marítimas, mientras no existiera ningún sistema auxiliar inmanente o artificialmente añadido

Y de esto es de lo que se trata: toda ayuda sistemática amplía los límites de capacidad. Pero el lenguaje ha resuelto el problema de estas ampliaciones con algo que encontramos en él, y en el punto decisivo, dicho sea en una palabra, lo ha *eludido,* es decir, ha acabado con él. Pues todos nosotros podemos representar verbalmente, de un modo intersubjetivamente comprensible, cosas siempre nuevas, prácticamente hasta lo indefinido, no porque seamos nosotros y los demás acróbatas de la mnemotecnia, sino porque no se requiere esto en absoluto en un sistema de campos del tipo del lenguaje. También podemos simbolizar números ilimitadamente sólo con diez signos elementales y una «sintaxis» muy sencilla, establecida convencionalmente. La convención del sistema decádico de numeración dice: las cifras reciben de derecha a izquierda el valor de unidades, decenas, centenas... Lo mismo que vemos aquí permitir la utilización y aprovechamiento de la sucesión, y algo aún mucho más sutil, se encierra, respecto a la disposición y la función, en la sintaxis de la lengua.

4. *Lógica y lingüística*

Al pensar hasta el final el raciocinio así bosquejado, se separan tal vez temporalmente los intereses del lógico y del lingüista. Pero al final vuelven seguramente a reunirse en la cuestión de si puede demostrarse que un instrumento representativo del tipo del lenguaje, al que pertenece también, por ejemplo, el instrumento simbólico de la logística, es el *único* que puede realizar en principio la pretensión de ser considerado como medio *universal* de representación. Se puede efectuar esa demostración, creo yo, si por una parte se supone que todo lo que ha de representarse se puede articular suficientemente según el esquema lógico de la relación con dos fundamentos, y por otra parte se ve y se experimenta por los mejores analíticos del lenguaje que, en el fondo, casi todo sucede *binaria* y dicotómicamente en «oposiciones», ya en el sistema de los fonemas, y luego simple y gradualmente de un modo *binómico* en la estructura de sus formas complejas. Así como se empieza con sujeto-predicado, se sigue consecuentemente, según la opinión de esos analíticos [23]. La conclusión es bastante sencilla: es probable, cuando algo favorece a un instrumento de representación del tipo del lenguaje, en la competencia por

[23] La idea de la estructura casi continuamente binómica del lenguaje no es enteramente nueva, pero ha conducido, por ejemplo en el círculo de los investigadores en torno a Trubetzkoy, a nuevos y notables resultados del análisis

el dominio del mundo, en el grado de la universalidad de la función. Aquí hago punto final. Desde nuestro punto de vista, bastaría con la prueba de que sólo puede esperarse una *productividad* y capacidad de adaptación prácticamente suficientes, en las condiciones límites del material dado y de capacidad memorística que hemos fijado, de un sistema de campos del tipo del lenguaje [24].

[24] En forma algo distinta ha presentado Käthe Wolf en el Congreso de Psicología de Hamburgo una deducción lógica del dogma del léxico y la sintaxis. Cf. 12. *Kongr. Ber.*, págs. 449-453. En nuestras consideraciones se evita aquí el entrar en los «campos de representación» del lenguaje, que allí se utilizan.

Capítulo 2

EL CAMPO MOSTRATIVO DEL LENGUAJE Y LOS DEMOSTRATIVOS

El indicador y la acción verbal.—El campo mostrativo.—Modos de indicar. Wegener y Brugmann, como precursores.—El lenguaje intuitivo.—Análisis psicológicos

El gesto del brazo y el dedo del hombre, al que debe su nombre nuestro dedo índice, reaparece imitado en el «brazo» extendido del indicador del camino, y es, junto con el símbolo de la flecha, un signo de vía o dirección muy difundido. Algunos pensadores modernos, como Freyer y Klages, han concedido a este gesto merecida atención y lo han caracterizado como específicamente humano. Hay más de *una* sola manera de hacer señas con gestos, pero atengámonos al indicador: en las bifurcaciones de caminos o en cualquier territorio sin caminos se levanta un «brazo», una «flecha» visible desde lejos; un brazo o flecha que lleva usualmente un nombre de lugar. Presta buenos servicios al viajero si todo va bien, para lo cual es menester previamente que esté dentro de su *campo mostrativo*. Basta con tener en cuenta esta observación trivial y preguntarse si entre los signos fonéticos del lenguaje hay algunos que funcionen como indicadores. La respuesta es: sí, de un modo análogo funcionan los demostrativos como *aquí* y *allí*.

Unicamente, el acontecimiento verbal concreto se distingue de la inmóvil permanencia del brazo de madera puesto en el terreno en un solo punto importante: que es un acontecimiento. Más aún: es una acción humana compleja. Y en ella, el emisor no sólo tiene, como el

indicador, una posición determinada en el terreno, sino que desempeña además un *papel,* el papel de emisor, contrapuesto al papel del receptor. Pues hacen falta dos, no sólo para casarse, sino para todo suceso social, y el acontecimiento verbal concreto tiene que describirse ante todo según el modelo completo del tráfico verbal. Cuando un hablante «quiere remitir» al emisor de la palabra actual, dice *yo,* y cuando quiere remitir al receptor, dice *tú.* También «yo» y «tú» son demostrativos, y primariamente ninguna otra cosa. Si se traduce el nombre usual que llevan, personales, al griego *prósopon,* igual a «rostro, máscara o papel», desaparece algo de la primera extrañeza acerca de nuestra tesis; no es primariamente otra cosa que el papel de emisor en el intercambio actual de señales lo que caracteriza en cada caso al hombre señalado con la palabra *yo,* y no es primariamente otra cosa que el papel de receptor lo que caracteriza al *tú.* Esto lo comprendieron con plena claridad los primeros gramáticos griegos, e incluyeron los personales entre los signos lingüísticos déicticos.

Los documentos más antiguos de la historia de las lenguas indoeuropeas exigen de nosotros, exactamente igual que las cosas mismas, que respecto al nombre genérico «signos lingüísticos déicticos» pensemos ante todo en palabras que, por encima de su resistencia a la inclusión entre los nombres flexivos (por ejemplo, declinables), son, más que denominados, motejados por los lingüistas de «partículas demostrativas»; lo que no se puede declinar, se lo considera partícula. El análisis sematológico no es ciego en modo alguno para la función de los que en definitiva se declinan: estar *pro nominibus* en el campo simbólico del lenguaje y ascender así al rango de los pronombres. La propuesta del lingüista, hacer una *distinctio rationis* y considerar en primer término el momento déictico que permanece en ellos aun con palabras declinadas, encuentra su justificación definitiva en el hecho de que todo lo que es lingüísticamente déictico coincide en que no recibe en cada caso su impleción y precisión significativa en el campo simbólico, sino en el *campo mostrativo* del lenguaje; y *sólo* en él *puede recibirla.* Lo que es «aquí» y «allí» cambia con la posición del hablante, exactamente del mismo modo que el «yo» y «tú» de un interlocutor a otro con el cambio de los papeles de emisor y receptor. El concepto de campo indicativo está destinado a hacer de este hecho, tan familiar para nosotros como curioso, el punto de partida de la consideración.

La grave afirmación que hemos de interpretar y fundamentar es ésta: que en el lenguaje sólo hay un único campo indicativo, y cómo la impleción significativa de los demostrativos, ligados a recursos indicativos sensibles, queda asignada a ellos y a sus equivalentes. Los

modos de indicar son diversos; yo puedo demostrar *ad oculos* y usar *anafóricamente* los mismos demostrativos en el decir ajeno a la situación. Hay todavía otro tercer modo, que caracterizaremos como *deixis en phantasma.* Pero fenomenológicamente es válido el principio de que el dedo índice, el instrumento natural de la *demonstratio ad oculos,* es sustituido por otros recursos indicativos; y se lo sustituye incluso al hablar de cosas presentes. Pero nunca puede faltar en absoluto la ayuda que él y sus equivalentes prestan, y prescindirse de ella; ni siquiera en la anáfora, el modo más notable y específicamente lingüístico de la indicación. Esta evidencia es el eje de nuestra teoría del campo indicativo del lenguaje.

Lo nuevo que puedo ofrecer en estas cosas debe considerarse como una conclusión de lo que han iniciado Wegener y Brugmann. Ya antes que ellos, y partiendo de los más diversos fenómenos, han tropezado los lingüistas modernos con el hecho de que el análisis adecuado del acontecimiento verbal concreto requiere conjuntamente una amplia comprensión de los momentos de la situación dada. Pero sólo Wegener y Brugmann han descrito adecuadamente la función de los demostrativos desde el punto de vista supremo de que son *señales.* El nombre genérico no es familiar a estos investigadores, pero sí el punto de vista determinante. Pero ocurre con su nueva descripción como con todo lo que ha de ordenarse conceptualmente, que sólo el límite del procedimiento permite conocer con precisión lo que es capaz de ofrecer. Exactamente igual que los demostrativos requieren que se les defina como señales, reclaman los nombres otra definición, inadecuada para las señales, a saber: la tradicional. Los nombres funcionan como *símbolos* y reciben su impleción y precisión significativa específica en el entorno sinsemántico; propongo el nombre de campo simbólico para este otro orden, que en modo alguno ha de confundirse con los momentos de situación. Es, pues, en términos puramente formales, una *teoría de dos campos* la que se expone en este libro.

Lo que describimos como campo indicativo es el núcleo, la técnica preferida del lenguaje *intuitivo*; voy a comenzar con una explicación psicológica de ese hallazgo de la historia del lenguaje en el campo del indoeuropeo, tal como lo ha bosquejado Brugmann en su ensayo programático sobre los demostrativos [1]. De los personales no se trata allí; la segunda tarea es insertarlos paralelamente a aquéllos y mostrar el imprescindible auxilio indicativo de que participan en la situación verbal concreta. Luego sigue la distinción fenomenológica

[1] K. Brugmann: *Die Demostrativpronomina der indogermanischen Sprachen.* Abh. der Sächs. Ges. d. Wiss., 22 (1904).

entre demostrativos y nombres, una separación que es fundamental y tiene que subrayarse adecuadamente; fue para mí alentador el encontrar posteriormente que había sido hecha por los primeros gramáticos griegos exactamente del mismo modo y en el mismo lugar que me parecía necesaria. Después se produjo cierto oscurecimiento y vaguedad por el predominio del interés por la clase mixta de los pronombres; nadie discutirá su existencia; pero tienen que someterse a la prueba de que son mestizos semánticos. El asunto resulta especialmente instructivo, más allá del campo del indoeuropeo, si hay en otras familias lingüísticas clases de palabras comparables a nuestros pronombres que no han de interpretarse, de un modo fenomenológicamente correcto, como pronombres, sino como *prodemostrativos,* porque, dicho en pocas palabras, no realizan un nombrar indicativo, sino un indicar nominativo. De esto trata la sección final del capítulo.

La psicología está llamada a enlazar el comienzo con el final; apenas daba crédito a mis ojos cuando las conclusiones que tenían que sacarse de los datos de la lingüística aparecieron a una mirada más precisa como idénticas con una conclusión de la teoría de las representaciones que me era familiar hacía muchísimo tiempo. Estas cosas están impresas, tal como las necesitamos, poco más o menos, en la cuarta edición, cuidada por mí, del manual de Ebbinghaus. Sólo falta el modo de la indicación anafórica, que apenas puede descubrirse fuera del lenguaje. Por lo demás, ni los autores en que me apoyaba entonces ni yo mismo sospechábamos que los fenómenos descritos a propósito de la verbalización de las necesidades de comunicación son importantes, más aún, fundamentales. Los fenómenos aludidos deben recibir el nombre de *deixis* en *phantasma.* Habían sido descubiertos anteriormente, como conocí después en otra ocasión, por Engel y Piderit y habían sido utilizados en un punto central de la teoría de la expresión (por Engel en la pantomímica y por Piderit en la mímica) para la interpretación de los hechos [2]. Ciertamente, todo explicado y comprendido a medias solamente, de tal modo, que se puede comprender por qué ni los psicólogos ni los lingüistas han recibido ni siquiera la más leve noticia de su primer descubrimiento.

6. Los fundamentos psicológicos de los modos indicativos de la posición en las lenguas indoeuropeas. Los modos de indicación de Brugmann y el problema general

Para dar a conocer ya desde el umbral lo que el trabajo clásico de Brugmann significa para la teoría del lenguaje voy a empezar con una cita:

[2] K. Bühler: *Teoría de la expresión,* págs. 59-60 y 94 y ss.

> Y precisamente en esta clase de palabras, en que desde la época indoeuropea primitiva hasta la actualidad se ha realizado un cambio tan rápido en los medios de expresión, y como en casi ninguna otra, y por eso entran en juego tan numerosas cuestiones etimológicas y de historia de las formas, el «lingüista comparado» no tiene que esperar más los trabajos semasiológicos que han de realizar aún los especialistas, para mostrar sólo cuando existan el contexto histórico entero. Más bien tiene que *adelantarse* a esos investigadores, mostrándoles de qué fundamento histórico hay que partir y de qué problemas de historia de la evolución se trata. Ya ahora se podría mostrar en muchos puntos, en el curso de este estudio, cómo los especialistas, en intentos de explicar históricamente fenómenos que conciernen a los demostrativos, se han equivocado radicalmente, por haber atendido demasiado poco *los complejos superiores a que pertenecen esos fenómenos* (págs. 17 y ss.; los subrayados son míos).

Yo pienso que el «adelantarse» y aquello del «complejo superior» son palabras afortunadas y apelan al teórico del lenguaje, que debe aprovecharlas. Si fuera menester, vendría en auxilio un segundo historiador del lenguaje, a saber: H. Paul, con la otra expresión afortunada de que es una ilusión «creer que se puede constatar el hecho histórico más simple sin una añadidura de especulación». Brugmann mismo busca un modelo teorético; se le ocurre que la teoría moderna del verbo conoce modos de acción, y quiere encontrar, análogamente a ello, los *modos de indicación* (modos de demostración) de las lenguas indoeuropeas. Son cuatro, que estudia cuidadosamente, y los cuatro son modos indicativos de la posición en el sentido de nuestro esquema. No se puede uno dejar inducir a error por los nombres yo-deixis y tú-deixis para el segundo y el tercero; Wackernagel ha corregido ya este error terminológico de Brugmann y ha propuesto llamar al segundo y al tercero *hic-deixis* e *istic-deixis*. Pues no es el yo y el tú, sino el lugar del yo y el lugar del tú aquello a que remiten los demostrativos de la segunda y la tercera clase de Brugmann. El primer modo indicativo y el cuarto se llaman en Brugmann *der-Deixis* y *jener-Deixis* (este-deixis y aquel-deixis); nombres que están elegidos en el alemán con ejemplar agudeza.

Existen, pues, los cuatro modos de indicación. ¿Quién los ha establecido, qué los ha producido de cuatro maneras distintas en el indoeuropeo? La necesidad del hablante, naturalmente; pero lo que nosotros preguntamos como teóricos del lenguaje mira más lejos, tiende a una intelección de la idea sistemática, a un modelo desde el cual resulten comprensibles no sólo los indoeuropeos, sino los modos de indicación de todas las lenguas, el indicar *del* lenguaje humano en singular. La solución de este problema es mucho más sencilla que lo que se pensaría de antemano. Y es ciertamente sencilla, porque los hombres que hablan no pueden indicar de infinitas maneras, sino que recaen siempre en lo mismo; no pueden hacer otra cosa que utilizar

las posibilidades que les ofrece el campo indicativo, se entiende, más o menos de ellas, pero nada que no fuera capaz de predecir el que conoce el campo indicativo, u ordenar en él cuando exista.

Es curioso lo cerca que ha llegado Brugmann de la concepción del campo indicativo, sin realizarla. Ha dado al punto originario de sus propias reflexiones generales, a las que se ve obligado para dominar el hecho histórico complejo de los demostrativos indoeuropeos, un nombre (o más exactamente algunos), que sólo sería menester tomar bastante en serio e interpretar con suficiente agudeza para encontrar apuntada la teoría del campo indicativo del lenguaje con la mayor parte de lo que le pertenece. En el «trato cotidiano», se dice en la primera fase, ocurre que lo que dice el que habla es comprendido en amplia medida por aquél a quien se habla «en virtud de la *situación* en que la manifestación acontece, es decir, por el lugar en que se da el discurso, los objetos circundantes, la profesión y quehacer del que habla, que son conocidos por el interpelado, etc.». Nosotros sólo añadimos por nuestra parte una sola cosa: que, en *primer* lugar, son los gestos y datos sensibles psicológicamente equivalente los que hacen posible esa comprensión del habla, partiendo de las circunstancias de la situación. Todo otro saber y comprender puede y tiene que ser relegado de momento al trasfondo, para poner teóricamente en orden la cuestión de los gestos. El que sigue esta consigna: «unas cosas después de otras y los gestos delante», tiene la clave en la mano y tiene que encontrar el campo indicativo.

Brugmann mismo continúa: Lo dicho pertenece con frecuencia a una «*imagen intuitiva*», «de la cual y por medio de la cual el decir oído recibe su complemento más o menos necesario respecto a su finalidad». Con esto ya está dicha la palabra decisiva. Traducimos nosotros: Sucede, pues, con los signos lingüísticos que en el «trato cotidiano», insertos en el campo de la situación verbal, reciben ciertos *valores de campo*. Desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, sólo se trata de investigar qué alcance tiene este hecho, ciertamente indiscutido y ya subrayado también por otros (por ejemplo, Wegener). Brugmann lo muestra en el «trato cotidiano». ¿Es justo para el «trato no cotidiano» y para el lenguaje «elevado» lo que es verdad para su hermano profano? ¿Hasta dónde se extiende en la estructura del lenguaje la «imagen intuitiva» y su utilización para los fines de representación del lenguaje? Esta es una cuestión razonable y legítima del teórico del lenguaje [3].

[3] Ph. Wegener: *Untersuchungen über die Grundfragen des Sprachslebens*, especialmente págs. 19 y ss. Recientemente ha iluminado la estructura del lenguaje desde este punto de vista A. H. Gardiner: *The theory of speech and language*, 1932.

Brugmann mira después en torno suyo dónde más florecen los demostrativos, y menciona el drama. «El uso dramático de los demostrativos, y menciona así, brevemente, es en todo caso el *más originario* (subrayado por mí), y ciertos pronombres y combinaciones pronominales, que han aparecido en ese empleo lingüístico, han permanecido también reducidos a él». Brugmann vuelve a hablar después otra vez del «uso dramático», y allí puede reconocerse con más claridad qué le interesa especialmente en ello. Cito (subrayando arbitrariamente lo más importante para nosotros):

No altera en nada la naturaleza de los pronombres déicticos del yo el que se usen también en parte en el *relato de sucesos pretéritos*. A saber: cuando los demostrativos de significación espacial o temporal, tales como valen para la presencia y actualidad *desde el punto de vista del que habla*, aparecen en la narración, esto es un modo *dramático* de usarlos, de un modo análogo a cuando se emplea en la narración el presente en lugar de un tiempo pretérito. Así: *estuvo sentado tristemente toda la tarde: había recibido hoy* (en lugar de: *aquel día*) *dos malas noticias; fue a Roma; aquí* (en lugar de: *ahí* o *allí*) *permaneció dos días; llegó aquí rápidamente* (en lugar de *allí*); cfr. Lutero: *cuando había llegado allá* (págs. 41 y s.).

También éstos son hechos perfectamente conocidos. Habrá que intentar encontrar el punto desde el cual pueda abarcarse sistemáticamente todo lo dicho y otras muchas cosas más, que tienen relación con ello. ¿Dónde reside en la raíz del lenguaje representativo la disposición al drama, al habla «dramática», y muy cerca la disposición a la «épica», y cómo se desarrolla el proceso dramático? Queremos tomar nota de esta cuestión sin marchar rectamente a su respuesta. El estudio de Brugmann permite y reclama algunas reflexiones lingüísticas más generales, que, bien ordenadas y pensadas hasta el fin, remontan espontáneamente a la cuestión formulada. En los parágrafos siguientes habrá que responder a ella primero desde el punto de vista de la psicología. Al habla dramática se contrapondrá el habla épica como segunda modificación. Pero ante todo se trata de reunir en suficiente medida, guiados por Brugmann, el saber de los historiadores del lenguaje acerca de los demostrativos, pues la teoría del lenguaje existe en último término para recibirlo y reproducirlo. Lo recibe con respeto ante los hechos; doy el mayor valor a elaborar inductivamente los puntos de vista decisivos de la teoría del lenguaje, partiendo de los hallazgos de la investigación histórica del lenguaje. Esto es algo minucioso y requiere algunos pliegos más en este libro que los que hubiera exigido un método deductivo; pero tiene la gran ventaja de que se asegura el contacto de la teoría del lenguaje con los problemas cotidianos de los lingüistas.

1. *El mito del origen déictico del lenguaje*

Una observación previa. Se tropieza hoy aquí y allá con un mito moderno sobre el origen del lenguaje, que, expresamente o no, se apoya en el modo de pensar de Brugmann y otros, y toma trama el tema de los demostrativos de manera que aparecen como las *palabras primitivas* del lenguaje humano sin más. Habría precedido la muda *deixis* el señalar con el brazo y el índice extendidos y los gestos indicativos análogos con la cabeza y los ojos. Este señalar objetos y procesos en el campo de la percepción, mudo o efectuado con gritos y voces (también los animales gritan y chillan, pero todavía no señalan), sería primero subrayado y luego provisto cada vez más y amplificado con *signos fonéticos codemostrativos*. Y, por último, los gestos serían superados y en parte sustituidos por signos fonéticos solos. Lo específicamente humano empieza, se dice, ya con el auténtico gesto indicativo, y de él procede regularmente lo demás [4]. Algunos consideran el indicador de las encrucijadas como imagen y símbolo (derivado) del gesto primitivo humano con el dedo. Reuniendo todas las variantes, se puede llamar al conjunto el mito del origen déictico del lenguaje representativo.

Los mitos no tienen que ser falsos; este moderno no más que el idilio pastoril al estilo del siglo XVIII, que escribió en otro tiempo Herder sobre el origen del lenguaje, en el cual el animal útil aparece ante los ojos del hombre y éste le atribuye como nombre un sonido, según la nota del balido o de lo lanudo. Herder piensa, ante todo, lo mismo que todos los antiguos teóricos del lenguaje hasta Platón y la grata narración del Génesis, en la función nominativa de las palabras y fija la tesis que se expresa en ellas como el acto creador *kat'exokhén* de la formación del lenguaje. Pero hay que acentuar que *deixis* y denominación son dos actos que hay que separar, demostrativo y nombres dos clases de palabras que hay que distinguir con precisión, de las cuales no se está autorizado a admitir, por ejemplo, para el indoeuropeo, que una haya surgido de la otra [5]. La hipótesis de la prioridad temporal de un señalar sin nombres es en sí misma una suposición sin contradicción, que se puede hacer. Pero no agota lo que todo el que medita sobre el origen del lenguaje tiene que acep-

---

[4] Los hechos acerca de esto están discutidos detenidamente en mi *Teoría de la expresión;* consúltense allí especialmente las explicaciones de Wundt (páginas 158 y s.) y Klages (págs. 206 y s.), y búsquese una orientación más general en el índice de temas en la voz *Deixis.*

[5] Cf. sobre esto, por ejemplo, Brugmann-Delbrück: *Grundriss der vgl. Gram. der indogerm. Sprachen,* t. II, II parte, 2.ª ed. (1911), págs. 307 y ss.

tar como dado y (al menos hasta hoy) inderivable. Esto puede verse inequívocamente en los ejemplos aclaratorios que ofrece Brugmann para sus cuatro clases indoeuropeas de demostración.

Brugmann no da ningún valor a sacar estos ejemplos de documentos antiquísimos, sino que los toma con predilección del alemán moderno, que él mismo habla. Cuando uno de nosotros, señalando fácticamente con el dedo algo que hay en su campo perceptivo, pronuncia la serie de fonemas *este sombrero,* esto es un caso de la primera forma de demostración en el sentido de Brugmann, para la cual se han empleado en la familia lingüística indoeuropea, entre otras, las raíces **to-* y **so-*. Ahora bien: el que nos ha contado antes el llamado mito moderno, compruébelo analíticamente en este ejemplo. Encuentra tres momentos, de ninguno de los cuales se podría prescindir, a saber: el gesto del *dedo,* la palabra *este* y la palabra *sombrero*. Ciertamente, se puede imaginar también una complexión binaria de signos con *gesto* + **to-* (demostrativo) o *gesto* + (palabra) *sombrero* o **to-* + *sombrero*. Pero hay que reflexionar con cuidado si el único de esos complejos binarios que no contiene el nombre *sombrero,* el gesto del dedo + *to,* por tanto, la adición de un signo fonético demostrativo al gesto del dedo, solamente, hubiera podido aportar el progreso decisivo.

Señalar es señalar y nada más, ya se haga de un modo mudo con el dedo o, doblemente, con el dedo y un sonido que acompañe al gesto. No; el progreso está ligado única y solamente a la condición de que el sonido aporte algo, alguna función nueva. Y por muchas vueltas que se le den a las cosas, ese plus no puede venir de ninguna otra fuente que de la función nominativa del sonido. También un gesto mudo puede caracterizar lo «significado», imitándolo; el sonido lo simboliza. En ambos casos, la mera referencia a algo que puede encontrarse acá o allá en el ámbito perceptivo tiene que distinguirse totalmente del dato heterogéneo de que sea algo de esta o aquella condición. Estas dos indicaciones y formas de determinación no pueden derivarse *una de otra* en toda la eternidad; pero sí están llamadas a completarse mutuamente. Y el que opina que una ha existido *antes* que la otra, puede muy bien tener sus motivos para ello, sobre los cuales se puede discutir; pero con eso sólo no ha encontrado todavía un punto de partida suficiente para el origen del lenguaje o para la hominización en el lenguaje. Dicho en otros términos, de un modo puramente fenomenológico hay que distinguir demostrativos y nombres, y su distinción no puede ser suprimida por ninguna especulación acerca de su origen.

2. *La to-deixis e ille-deixis*

Estamos en medio de la discusión de aquel modo de indicación que Brugmann concibe con razón como el más inmediato y más imprescindible; es su *Der-Deixis* (este-deixis); Wackernagel propone, teniendo en cuenta la sílaba radical más frecuente, el nombre *to-deixis.* El paradigma en el propio texto de Brugmann es: *éste lo ha sido*; nosotros añadiríamos: *este sombrero.* El segundo parece lingüísticamente incompleto; no es, según la interpretación tradicional, una frase entera, sino «sólo» una elipsis. Brugmann sabe, como cualquier otro que se haya ocupado alguna vez del lenguaje usual y del lenguaje cultivadísimo del drama, que «las llamadas elipsis... no sólo se presentan ocasionalmente, sino que son universalmente usadas y constituyen la regla sin más» (pág. 4). Más adelante consideraremos este hecho con mayor precisión.

Pero, en todo caso, el hecho general de que lo superfluo y prescindible es omitido en el habla concisa dirige la atención a ese caso límite, por cuya consideración hay que empezar para comprender con exactitud teorética toda la importancia de los elementos auxiliares de situación. El hecho del que hay que partir es éste: hay también un intercambio psíquico entre personas íntegramente *mudo,* y en él puede surgir alguna vez, sólo de cuando en cuando, un signo fonético, como una isla en medio del mar. Tal intercambio pobre en sonidos no puede caracterizarse sumariamente y para todas las circunstancias como habla mezquina, primitiva, imperfecta. Pues esto sería tan falso exactamente como si, por ejemplo, se quisiera considerar sumariamente el intercambio de mercancías sin dinero en metálico o con poco como la expresión de un orden económico primitivo e imperfecto. Hay también una cultura superior del habla «elíptica», en la cual se utilizan los valores de campo de la situación para la plenitud y precisión del sentido de las islas fonéticas.

Supuesto que el ejemplo *este sombrero* pertenece a las manifestaciones precisas de esta clase, se puede aclarar en él analíticamente de un modo especialmente sencillo, más allá de su concreción, lo siguiente: El *gesto* indicador, que se observa en la situación perceptiva viva, es imprescindible; a lo sumo puede sustituirse por equivalentes. Pero ¿para qué sirve entonces el *este,* en general la palabra demostrativa de la *to-deixis*? En apariencia no aporta nada nuevo, sino que sólo repite lo que ya ofrece también el gesto. Pero precisamente esto podría ser un error. Se podría decir que el signo fonético demostrativo copula el gesto del dedo con el nombre *sombrero,* y sólo él hace del todo una estructura ordenada. Puede desempeñar semejante papel de mediador porque, por una parte, desde el punto de vista de la

materia, pertenece con el nombre a los signos fonéticos, y por otra parte, desde el punto de vista de la función, pertenece con el gesto a los signos indicadores.

Pero esta consideración analítica tendría que seguir siendo problemática si el *to* indoeuropeo, inferido sólo constructivamente, hubiese permanecido informe y no hubiese asumido funciones gramaticales (o lógicas). Pero de hecho ha sumido tales funciones, pues el *este* muestra el género gramatical del nombre siguiente; en latín llega al fenómeno de la congruencia. Cosas semejantes pueden observarse en el sentido usual de la palabra como funciones puramente «gramaticales». Pero mucho más grave y decisivo es el hecho de que los demostrativos con forma han asumido con toda generalidad funciones determinadas e indudablemente *lógicas*. Ponemos una de ellas en primer plano e indicaremos otras en la teoría del artículo. En alemán, expresiones como *el muguete* y *el árbol,* en contextos sin referencias, pueden ser nombres específicos; es decir, referirse a la *species* o clase como tal, mientras que expresiones como *este muguete* o *aquel árbol* se refieren a individuos. La palabra demostrativa *individualiza,* pues, en estos casos, lo nombrado por el nombre, y ésta es una de sus funciones lógicas. Habrá que investigar cuidadosamente hasta qué límite es válida esta regla. Pero, en todo caso, en cosas semejantes pueden buscarse e indicarse con mayor precisión las funciones peculiares de los demostrativos, que pertenecen a la primera de las clases distinguidas por Brugmann. En el «artículo» volveremos sobre ello. Desde este punto de vista, las circunstancias son estrictamente paralelas a la primera para la cuarta forma indicativa de Brugmann. La llama la *aquel-deixis*; Wackernagel introduce paradigmáticamente en su nombre el «ille» latino. En los que pertenecen a la segunda y a la tercera clase se podrán mostrar sistemáticamente otras funciones más fácilmente que en los de la primera y la cuarta clase. Y todo esto pertenece a una teoría ordenadamente construida del campo indicativo del lenguaje.

Llegados aquí, hay que corregir, en un último paso, la primera hipótesis que se ha formulado: los demostrativos no hubieran podido asumir nunca las funciones lógicas de que hablamos si no hubiesen llevado en sí mismos de antemano el instrumento para ello. También ellos son *símbolos* (no sólo señales); un *aquí* o *allí* simboliza, nombra un dominio, nombra el lugar geométrico, por decirlo así; es decir, una zona en torno al que habla en cada caso, en la cual puede encontrarse lo señalado; del mismo modo que la palabra *hoy* nombra de hecho el compendio de todos los días en que puede ser dicha, y la palabra *yo* todos los posibles emisores de mensajes humanos, y la palabra *tú* la clase de todos los receptores como tales. Pero a pesar

de esto subsiste una distinción entre estos nombres y los restantes nombres del lenguaje; consiste en que guardan en cada caso su precisión significativa del campo indicativo del lenguaje y de lo que el campo indicativo puede ofrecer a los sentidos.

3. *La segunda y la tercera formas de indicación*

De un modo análogo a la primera y la cuarta, la segunda y la tercera formas indicativas de Brugmann tiene una conexión más estrecha. Sus términos son inadecuados: no se debe decir *yo-deixis* y *tú-deixis* cuando se piensa en la indicación del *lugar* del emisor y del *lugar* del receptor. Wackernagel propone más correctamente «*hic*» e «*istic*» como ejemplos denominativos, y así ayuda a eliminar equívocos evitables. En alemán no hay ningún análogo a «*iste*», ningún demostrativo que apunte en cierto modo, tan precisamente como «*istic*», la posición del receptor en el campo indicativo. «*Hier*» e «*hic*» se corresponden, mientras que «*istic*», en los casos teóricamente definitorios, no ha de traducirse simplemente por «*da*», sino, en la medida en que Brugmann tiene razón, por «*da bei dir*» [6].

Empecemos con las relaciones psicológicamente unívocas y claras del *hic* y *aquí*. Brugmann escribe:

> «El que habla dirige adrede la mirada del interpelado hacia sí mismo, el que habla, y su esfera, o hacia el hecho de que él mismo tiene ante los ojos el objeto en cuestión: mira hacia *mí* o hacia lo que es objeto de *mi percepción*.» A esto están destinadas palabras como el *hier, her*; gr. ὅδε, *lat. hic*. Añadido a un pronombre de primera persona o puesto sin más en su lugar, este género de demostrativos subraya el yo como tal, por ejemplo: *tu si hic sis, aliter sentias* (10); para esto último se dice drásticamente en alemán (español) algo así como: si tú estuvieras en mi pellejo.

Podría ser nuevamente instructivo considerar casos de empleo «elípticos» de escaso contexto o sin ningún contexto, tomados del habla cotidiana. Cuando, por ejemplo, con el fin de comprobar la

---

[6] La diferenciación entre una palabra «allí» que señala especialmente la posición del receptor y otras que no la señalan, sino algo que también para el receptor es un *allí*, está viva en italiano y (según he oído decir) también en otras lenguas románicas *. En latín, la palabra *iste*, referida de un modo preciso al interlocutor presente, parece haber sido un término bien definido, sobre todo en el lenguaje judicial; no con pleno rigor, pero al menos de un modo predominante; parece también οὗτος referirse al receptor: τίς δ'οὗτος = ¿quién eres tú?

* En español, *este* y *ahí* cumplen las funciones respectivas del *iste* y el *istic* latinos, a diferencia de *aquel* y *allí*. (*N. del T.*)

presencia en una asamblea se lee la lista de miembros, contesta cada uno, al leerse su nombre, *aquí*. Muchas veces se contesta también desde sitios invisibles, desde la oscuridad o a través de puertas cerradas, a la pregunta: *¿dónde estás?, aquí*; y a la pregunta: *¿quién está ahí?, yo*. La apariencia de una respuesta insuficiente desaparece o se robustece en los últimos casos, según que sea posible o no para el receptor realizar por el *sonido* la determinación local o personal deseada. Y vale la pena analizar psicológicamente de modo suficiente este hecho, porque se logran con ello ciertas indicaciones para un planteamiento general y fecundo del problema.

Cuando sonidos y ruidos funcionan como signos de tráfico, la experiencia nos enseña que casi siempre se utiliza para la técnica del tráfico, *primero*, su carácter sonoro, y *en segundo lugar,* la cualidad del origen espacial de esos sonidos y ruidos; yo afirmo que en el tráfico verbal es exactamente lo mismo. Un bocinazo en la calle, por ejemplo, puede reconecerse, en virtud de las ordenanzas de policía vigentes, como bocina habitual de auto, y distinguirse de las señales de los ciclistas y de los coches privilegiados de los bomberos, por el sonido de los aparatos acústicos. Pero, además de ello, el receptor individual (digamos el peatón) lo oye como procedente de delante o de atrás, de la derecha o de la izquierda, y se comporta de acuerdo con ello. Los productos del aparato vocal humano tienen igualmente para cada oyente una *cualidad de origen espacial,* y se distinguen por lo regular fácilmente como productos de la voz humana de todos los demás ruidos. Más aún: tienen un *carácter individual,* que conocemos en virtud de intereses vitales y una práctica de toda la vida, y ordenamos rectamente, de un modo *individual,* a una docena o un centenar de los hablantes más conocidos de nuestro contorno. Reconocemos a nuestros conocidos más próximos y a otras varias gentes, de un modo fácil y seguro, por su voz.

El que nos habla desde un lugar invisible cuenta con que su *aquí* resulta unívoco por su cualidad de origen, y su *yo,* por el carácter personal de su voz, y hace esto porque está habituado a ello por las situaciones verbales normales. Quien en medio de un grupo de personas grita *aquí,* tan pronto como es leído su nombre propio, puede esperar que el receptor del sonido puede encontrar con los ojos al emisor por la cualidad de origen de ese *aquí*. El oyente mira hacia el lugar de donde percibe como procedente el sonido, y allí reconoce ópticamente al hablante. Los ciegos no pueden hacer esto; tienen que confiar sólo en su oído para llegar a resultados semejantes; y esto es lo que espera también del oyente normal el que grita desde lo invisible. No siempre en vano, como es sabido, y esto es así porque todos nosotros, por el tráfico cotidiano, poseemos una

gran disposición para las funciones que se exigen de nosotros una vez y otra.

4. *Los recursos indicativos naturales*

Por tanto, afirmo que en la raíz de la *hic-deixis* hay que encontrar la cualidad de origen de los sonidos y que desempeña un papel semejante al de los gestos de los dedos en la raíz de la éste-deixis. Lo mismo que en la expresión total *éste ha sido* el gesto del dedo es imprescindible, en la expresión total *aquí está seco* es imprescindible el momento del origen del sonido, que determina intuitivamente el lugar. Hay una pequeña diferencia en que gesto del dedo + *éste* son dos partes de la expresión total, aislables de hecho, mientras que la cualidad del origen y la forma verbal del *aquí* sólo existen como momentos discernibles por la abstracción en uno y el mismo fenómeno físico. Sin embargo, no se puede dar a esta distinción una importancia demasiado grande, porque el que quiere hacerse advertir y encontrar por medio de un *aquí* de un modo especialmente enérgico, duradero, inequívoco, utiliza también otros recursos indicativos perceptibles ópticamente. Se puede uno poner en pie o levantar la mano en una asamblea; se puede también señalar con el dedo hacia el propio lugar en que se está, hacia abajo o hacia sí mismo (por decirlo así, hacia atrás), mediante una especie de gesto indicativo reflexivo. Este gesto está en oposición natural al gesto-éste y a todos los demás que se sujetan al modelo del simple indicador, porque indican tanto «el camino» como «fuera» [7]. La apelación del *desde,* de la orientación-desde, se distingue, desde luego, de toda apelación del *hacia*, de la orientación-hacia.

Queremos atender ante todo a esta oposición. Brugmann la vio y la definió bien en lo esencial, porque el hallazgo de la comparación lingüística indoeuropea pone de relieve precisamente, de un modo inconfundible, esa oposición. Pues así como la raíz **to-* domina en el campo de la primera forma indicativa de Brugmann, la raíz **ko-* domina en el campo de la segunda. La raíz *ko-* «pretende ser considerada como denominación indoeuropea primitiva de esa forma indicativa» (página 51). Agreguemos enseguida que guía tanto el rebaño de las palabras para el «aquí» como el rebaño de las palabras para el «yo» en las lenguas indoeuropeas; la raíz *ko-* «aparece en todas las ramas

---

[7] En alemán hay identidad de forma verbal entre el sustantivo *Weg* (camino) y el adverbio *weg*, que significa, sobre todo en su función de prefijo, apartamiento o alejamiento.—(*N. del T.*)

lingüísticas fuera del ario». Volveremos sobre ello y luego pondremos en paralelo con esto una observación de la psicología infantil, que a mi parecer no carece de importancia. La importancia de esta dominancia es subrayada por el hecho de que en el campo de la tercera y la cuarta forma indicativa de Brugmann existen relaciones considerablemente distintas. Allí se dividen mucho más los demostrativos en diversas ramas. Si bien se puede atribuir todavía cierta preponderancia para la aquél-deixis a las raíces *l-* y *n-* juntas (*ille, jener*), la istic-deixis no puede tomarse ya fonéticamente como una unidad. Más aún, para decirlo sin ambages: en el alemán moderno que yo hablo, tampoco puedo reconocer por su función ninguna istic-deixis. Y por lo que se refiere a las palabras para el «tú», en la mayoría de las ramas lingüísticas indoeuropeas proceden, como saben Brugmann y con él todos los demás especialistas, de la raíz *to-* o de la raíz *so-*, exactamente igual que el grupo de los demostrativos déicticos del «éste».

5. *La cualidad de origen y el carácter sonoro de la voz hablada como recursos indicativos*

De todo esto no hemos sacado para nuestra discusión más que la aparición, en conjunto muy clara, de la oposición *to* frente a *ko*. ¿Hay que decir sobre ello, desde el punto de vista psicológico, algo que tenga pies y cabeza? Respuesta: sí, es cierta la idea rectora a que nos hemos confiado. Repito una vez más: no hay ningún signo indicativo fonético que pueda prescindir del gesto o de un hilo conductor sensible equivalente al gesto, o por último, de una convención orientadora que lo sustituya. Es ésta una formulación que quizá parezca complicada cuando se la oye por primera vez; pero tiene la ventaja de que comprende *íntegramente* todo lo que puede llamarse indicación lingüística. Sólo por razones de claridad se deben dejar de lado primero la anáfora y la deixis en fantasma y hablar únicamente de la indicación fonética en el campo perceptivo. Aquí son las cosas tan sencillas, que con unas cuantas frases se explican suficientemente. Llamaremos en nuestra ayuda, una vez más, al indicador.

El hombre que señala mudo con el dedo toma transitoriamente la actitud de un indicador. Si le hacéis enriquecer fonéticamente el gesto del dedo con un demostrativo *to*, este sonido, como todo lo acústico que viene de sus labios, está provisto de una cualidad de origen. El oyente no necesita más que seguir el hilo conductor de la cualidad de origen y encuentra el puesto del hablante en el terreno. Un signo fonético con forma propia para esto es el producto más superfluo del mun-

do mientras el oyente no olvide seguir el hilo conductor de la cualidad de origen del sonido. Siempre que en el intercambio verbal vivo se lanza al aire una palabra «aquí», esto ocurre porque lo propiamente evidente ya no es evidente y tiene que ser subrayado. Una señal de bocina sobresalta al transeúnte distraído y no necesita (de un modo propio y formal) decir *aquí,* porque su hilo conductor informe, la cualidad de origen del sonido, actúa de un modo inmediato. ¿Cuándo y por qué decimos propiamente (en la relación directa de boca a oído) «aquí»? Porque el lenguaje humano ha rebasado el estadio de los gritos animales, y el receptor, muchas veces, debe ser invitado de nuevo propiamente a atender a la cualidad de origen, que pudo y tuvo que dejar desatendida en el habla desligada del campo indicativo. Todavía no hablamos de lo que debe hacer, práctica o mentalmente, *después* del hallazgo acústico o bien (como suele ocurrir en nosotros, animales videntes) óptico del lugar.

Para que lo dicho adquiera cierto relieve, digamos, paralelamente a ello, una primera palabra sobre el origen psicológico de los signos fonéticos para el «yo», y con ello prepararemos lo que sólo se desarrollará en los parágrafos siguientes sobre una base más amplia y teniendo en cuenta ciertos resultados de la lingüística indoeuropea comparada. Así como la palabra «aquí» respecto de la cualidad de origen, de un modo análogo se comporta la palabra «yo» respecto del carácter individual de la voz de los sonidos lingüísticos. Para todos nosotros es familiar por la experiencia vital que las peculiaridades individuales (o típicas) de la voz y el habla oídas permiten coordinaciones e interpretaciones de otra clase que las de cualidad de origen, y provocan a ellas. Si a un *¿quién está ahí?* resuena desde lo invisible un *yo,* el receptor tiene que ejecutar una *diacrisis personal,* análogamente a si se le ofreciera un nombre propio. Ahora bien: un nombre es un sustantivo y no un demostrativo; pero *yo* es originariamente un demostrativo y no un nombre; volveremos sobre ello. Si no estuviésemos todos sumamente ejercitados durante toda la vida en realizar diacrisis personales con ocasión de sonidos verbales, aquel *yo* desde lo invisible sería una reacción sin sentido. Yo mismo he visto claramente cuánto se debe en estas cosas al ejercicio, en una serie de trabajos sobre expresión (la interpretación fisiognómica y patognómica) de las voces habladas. Quiero llamar la atención de pasada sobre otro hecho, que ciertamente ha sorprendido conmigo a muchos padres de hoy en sus hijos.

Nosotros, los adultos normales de hoy, advertimos, por precaución de policía, la típica bocina de automóvil en la calle, y apenas más. Nuestros muchachos, en cambio, que tienen un trato íntimo completa-

mente distinto con el automovilismo, distinguen más. Reconocen por el sonido, por ejemplo, la bocina Bosch y bocinas de otras marcas. Cuando se va más allá con el ejercicio y el interés diferencial, puede ocurrir (y así pasa ya muchas veces) que se reconozca también el coche del señor N. N. por su bocina individual. Por lo que se refiere a la voz y el habla, hace ya mucho tiempo que se ha llegado en todos nosotros a que no sólo reconocemos hombres, mujeres y niños por sus voces típicas, sino otras muchas más cosas por la voz, y que distinguimos a los próximos a nosotros por su «bocina individual» unívoca.

La voz desde lo invisible, que reacciona al *¿quién está ahí?* con un *yo,* espera esto y no otra cosa del receptor. Y casos de este tipo están muy próximos en mi opinión al origen psicológico de la palabra-yo formada. Ocurre aproximadamente lo mismo con el «aquí» y el «yo»; Brugmann indica muy acertadamente la «orientación en primera línea de la mirada hacia el lugar donde está el que habla» como la función nuclear de la palabra-aquí. La palabra-yo primitiva (si se puede decir así abreviadamente, sin intentar más que una reducción puramente psicológica) llama al receptor en un primer paso hacia lo semejante, y en un segundo paso hacia lo otro. Es indiscutiblemente cierto lo que Brugmann —que, por lo demás, en el trabajo citado sólo se ocupa de los demostrativos de posición— dice también de pasada de la palabra-yo. Invita, en los casos más sencillos exactamente igual que el «aquí» a buscar con los ojos al que habla. Pero esto es sólo la primera fase de aquello a que incita al oyente. Mi interlocutor debe mirar hacia mí, si puede; si no, escuchar al menos hacia mí. Pero no, como en el «aquí», para hallar mi posición local o algo que tenga que ver con ella, sino que debe alcanzar al hablante *con mirada fisiognómica,* para decirlo en una palabra. Se trata de percibir algo en el que en el trato vivo dice «yo»; tal vez son gestos expresivos visibles o momentos expresivos en la voz, que quieren ser atendidos, acaso basta con realizar la diacrisis para la que se emplea en otros casos el nombre propio. Pueden ser también otras muchas cosas y más diferenciadas. Lo formularemos así: El puro «aquí» funciona como *señal de posición* y el puro «yo» como *señal individual* del emisor de un mensaje verbal. La forma de las palabras es en todos los emisores de una comunidad lingüística para todas las posiciones que puedan tomar, o bien para todas las situaciones vivenciales desde las que hablen, una y la misma, a saber: en un caso, «aquí», y en el otro caso «yo». Pero el cumplimiento de aquello a que invitan tiene que encontrarse, en el puro «aquí», en el carácter de origen, y en el puro «yo», en el carácter individual de la voz.

6. *Recursos orientadores de la tú-deixis y la istic-deixis*

En el intercambio verbal desempeñan, pues, un papel (lógicamente *antes* de toda formación de demostrativos) los gestos de los dedos y los dos atributos mencionados de la voz. Sin ellos no hubieran podido originarse demostrativos como *éste, aquí* y *yo* (que contamos entre ellos por buenas razones); tampoco tendrían, una vez que existen y son utilizados, una última impleción de sentido sin los recursos de situación mencionados. Una investigación que aspira a integridad sistemática tiene que plantear, en el punto a que hemos llegado, dos cuestiones. Una de ellas apunta a la istic-deixis, y la otra, a una sinopsis definitiva de todas las demás indicaciones naturales, que por demás pueden estar contenidas también en la situación verbal concreta y se utilizan por los interlocutores, de un modo más o menos inmediato, para los fines del intercambio de señales. Aplazamos esta cuestión última y más amplia y nos enfrentamos con la primera.

Por lo que se refiere a los fundamentos psicológicos de la istic-deixis, se trata de encontrar una respuesta universal a la pregunta de si hay indicaciones naturales hacia el lugar y la persona de aquél a quien se habla. La palabra «indicación» ha de entenderse aquí tanto en sentido literal como metafórico. ¿Hay en la situación verbal natural momentos circunstanciales directamente semejantes a gestos o indirectos, que funcionen *como dirección* y afecten e inciten a aquél a quien se habla, como tal, antes de que sea afectado e incitado por palabras articuladas? Esta es la cuestión paralela correspondiente, que tenemos que plantear y responder aquí. Pues con los gestos de los dedos y las dos propiedades de la voz ocurría que tienen algún efecto antes de toda palabra articulada, que cada uno de ellos es un hilo conductor que basta seguir para encontrar algo presente en la situación verbal concreta. ¿Hay indicaciones análogas que baste seguir para encontrar el lugar de la persona a quien se habla o llegar a algo que tenga que ver con su esfera personal? Pues también el *tú* personal pertenece a los demostrativos.

La respuesta general a esta pregunta dice que en la situación lingüística concreta hay una multitud de signos indirectos de la clase en cuestión, pero apenas un solo indicio directo que fuera tan característico y universalmente utilizable como los gestos de los dedos y aquellas propiedades de la voz. El que examina minuciosamente todo lo que caracteriza, de un modo que cambia en cada caso, el lugar y la persona de aquél a quien se habla, reúne finalmente un agregado de circunstancias que alegraría el corazón de un detective; pero no hay entre ellas ningún momento constante, que estaría presente en todas partes. Intentaré ordenar lo que puede conseguirse:

a) Para mí es sumamente afín al gesto indicativo «este», del dedo, todo lo que el que habla puede hacer para hacer *visible* y comprensible en la actitud de su propio cuerpo adónde apunta su decir. El cuerpo entero y la cabeza y los ojos pueden participar en ello, y un actor comprende dónde debe realizar, por esos medios sobre todo, gestos móviles dinámicos, *giros* que tienen un carácter final. En la vida cotidiana se encuentra lo mismo en forma más tosca o más refinada; también la fijación *sostenida* de la mirada sobre un algo dentro del campo visual es en el intercambio mudo entre personas un medio de señalar usual y general, que se utiliza no sólo en la este-deixis, sino también como dirección (quiero decir en la istic-deixis). Naturalmente, el designado de este modo tiene que tener conocimiento ópticamente del comportamiento del que señala, para sentirse afectado o aludido. El contacto óptico y la notificación óptica pertenecen a los supuestos de todo intercambio de gestos. ¿Por qué no incluir también el gesto del dedo? En ciertas circunstancias, también se lo utiliza istic-déicticamente; sólo es menester cambiar el texto verbal, no el gesto del dedo, para pasar de *éste ha sido* a *tú has sido*. Hay que hacer constar especialmente que entre nosotros no hay ningún gesto del dedo específicamente destinado a la istic-deixis, y es menester agregar que hay que considerar insatisfactoria una observación marginal de Brugmann acerca de por qué es así.

Esta observación dice: «La este-deixis lleva del hablante a su imagen visual sin tener en cuenta la proximidad o lejanía del objeto mostrado. Si el hablante está vuelto hacia aquél a quien se dirigen sus palabras, afecta también a éste, naturalmente, siguiendo en línea recta. Así se explica el empleo de los demostrativos de tipo 'este', simplemente» (pág. 74). Así debe explicarse el hallazgo histórico de que no se encuentra ningún pronombre que, desde la época protoindoeuropea, hubiese servido «exclusiva o al menos predominantemente para la istic-deixis, es decir, para señalar a la persona de aquél a quien se habla y su esfera»; pero sí en muchas lenguas indoeuropeas pronombres de la este-deixis que han conservado una estrecha «relación absolutamente firme e inalienable» en definitiva con la persona a quien se habla. Así, en ario, armenio, griego, latín y sureslavo (por ejemplo, búlgaro).

Este es, ciertamente, un hecho histórico interesante. Pero el análisis fenomenológico a que se recurre para su «explicación» es insostenible. Pues una simple reflexión geométrica enseña ya que un gesto este-déictico del dedo sólo en un caso especial único, cuando la cosa mentada y aquél a quien se habla están en una y la misma línea con el hablante, «afecta también, naturalmente a aquél». Pero en los demás casos (y ésta es la norma estadística) no lo afecta en absoluto.

Por lo que se refiere al gesto, se puede observar a menudo una competencia entre la orientación del emisor al receptor o al objeto que se muestra. Pues el emisor es requerido doblemente, si ha de mostrar ambas cosas, y resuelve el problema sucesivamente o dividiéndose, por decirlo así. Sucesivamente, atacando primero con el dedo o los ojos al receptor y llevando luego su mirada al objeto. Dividiéndose, por ejemplo, de modo que sus ojos se vuelvan al interlocutor y su brazo con el índice extendido al objeto, una actitud total que es familiar a todos los pintores.

b) Otro tanto ocurre con lo óptico. Pero se pueden también encontrar recursos para dotar a la *voz* de un carácter final. El hecho me parece indiscutible, aunque psicológicamente esté aún, en gran parte, sin explicar. Entre mis colaboradores hay un ciego, el doctor Friedrich Mansfeld. Hemos comprobado con experimentos sencillos que en círculo amistoso, donde la palabra va irregularmente en zigzag de uno a otro, se siente aludido con gran regularidad siempre que alguien se vuelve especialmente a él. Se entiende sin la ayuda de una

apelación nominal o al menos lingüísticamente acuñada sólo para él, sino puramente por la voz. Hasta el punto de que atiende con más finura que nosotros los videntes a un elemento diacrítico levemente utilizable. Cuando la cabeza (los ojos) y con ella la boca de un contertulio que habla se dirigen hacia el ciego, las ondas sonoras de este hablante le llegan de un modo óptimamente favorable en cuanto a su sonoridad. Ya ha aprendido a reparar en ello y reaccionar a ello. En qué medida esto es válido también para otros ciegos escapa a mi conocimiento, y todavía menos sé si los videntes sin ejercicio especial reaccionamos por lo regular a este o aquel momento acústico en la vida ordinaria.

Si se consideran con precisión las cosas y se repara en lo que el emisor hace para «alcanzar» con la voz a un receptor determinado y hacerlo escuchar atentamente, resulta como en artillería con la puntería y el cálculo de la distancia. Y el hecho de que todo lo que el emisor puede hacer para ello es aprehendido rectamente por el receptor, me ha llevado a una hipótesis central. Tenemos que contar con que en el campo de la fonorrecepción existe una sorprendente ley de constancia, fenómeno que, por analogía con los conocidos factores de constancia ópticos, se llamará «la constancia aproximada de sonoridad de los sonidos y ruidos al variar la distancia». Así como vemos la magnitud de los objetos visuales independientemente de su disminución por la perspectiva, oímos probablemente los objetos acústicos (*¡v.v.!*), aparte de la reducción de sonoridad que impone su perspectiva; y verosímilmente esta ley es de importancia fundamental para la recepción de carácter sonoro de los fonemas humanos en el tráfico verbal [8].

Por lo que se refiere a la dosificación, todos nosotros hablamos más bajo a un vecino de mesa que a un interlocutor que está al otro lado de ella, más alto aún si queremos llegar a todos los que están sentados a una larga mesa, y con la máxima sonoridad si nuestros fonemas al aire libre tienen que rebasar los límites de su alcance normal, para ser percibidos todavía por la persona a quien se habla. El que no es capaz de tocar este registro de intensidad de acuerdo con la situación y habla demasiado alto o demasiado bajo, molesta en ciertas circunstancias, y especialmente en lugares donde hay muchas personas reunidas, ya a aquélla a quien habla o a las que no tienen que ver con ello. Es molesto el que habla demasiado alto en la mesa redonda de la casa de huéspedes o en un departamento lejano del mismo vagón; es también molesto el que habla demasiado bajo en relación con la distancia. Todo esto resulta comprensible psicológicamente mediante los interesantes resultados del mencionado

---

[8] Después de escribir esto hemos logrado, con ayuda del Archivo Fonográfico de Viena, construir un aparato con el que resultó posible (en un espacio casi sin resonancias) comprobar experimentalmente la hipótesis. Ha resultado exacta en alto grado; el señor Mohrmann informará sobre ella en su disertación. De acuerdo con ella, oímos la intensidad de los fonemas aproximadamente como vemos el tamaño de los objetos visuales, a saber: casi correctamente en su *intensidad de emisión* (no según la intensidad de recepción en nuestro oído); un hecho que podría ser importante para la fonología y muchos hechos del tráfico verbal diario que tomamos, con extremada ingenuidad, como obvios. Hay que estudiar ahora (y esta vez, ciertamente, en un espacio con resonancias y claramente accesible al oído) con igual cuidado el fenómeno de la audición de la dirección del emisor (distinguida de la cualidad de origen). Entonces estaremos mejor preparados que hoy para describir los hilos conductores acústicos de la istic-deixis. Estos recursos de orientación no son, ciertamente, muy exactos; pero prácticamente, en circunstancias espaciales bien accesibles al oído, son indicios útiles y universalmente empleados.

estudio de Mohrmann; también arroja alguna luz sobre la curiosa experiencia. que todos hemos hecho alguna vez, de que se siente uno precisamente interpelado y no puede decir propiamente por qué. Pero basta con esto.

Repito, para concluir, el principio que nos sirvió de introducción: hay diversos recursos naturales para llegar por los gestos o la voz a quien se habla y hacerlo atender. Entre videntes dominan, cuando las circunstancias lo permiten, giros ópticos del emisor hacia el receptor. En otro caso quedan también abiertas posibilidades acústicas, sobre cuya función y capacidad de utilización todavía no estamos del todo en claro. Cuando todos los demás cabos se rompen, hay medios de apelación informes, utilizados universalmente, como *¡pst!*, *¡he!*, *¡hola!*, y nombres con forma, entre los cuales *last not least* los nombres propios. No faltan, pues, recursos sensibles utilizables para la formación de una especie demostrativa verbal que se llama istic-deixis. A pesar de ello me parece que no es un azar histórico, sino psicológicamente comprensible por la situación de las cosas, que (al menos en el campo de las lenguas indoeuropeas) no ha aparecido generalmente, y en los casos conocidos; sólo como un fenómeno acaso relativamente tardío y en modo alguno claramente delimitado. Pues los recursos naturales o son bastante complicados, como los acústicos, o son demasiado próximos a los medios de la este-deixis, como los ópticos. Y además —y esto es ciertamente lo más importante—, la palabra-tú ha absorbido esos mismos medios y no ha dejado a la especie demostrativa del istic posibilidades propias de desarrollo.

7. *La aquel-deixis*

Para terminar concienzudamente nuestra revisión psicológica de las clases de demostrativos de posición indoeuropeos, hay que decir todavía unas palabras sobre la *aquel-deixis* en el esquema de Brugmann. Resulta claro que por medio de las palabras de esta clase se muestran, la mayoría de las veces, inseparablemente, dos tipos de cosas, a saber: algo más lejano y algo al otro lado de un límite que está entre el que muestra y lo mostrado.

La referencia a lo que se encuentra al otro lado ha sido probablemente la significación fundamental de los pronombres de la aquel-deixis, y el elemento significativo de la mayor distancia ha surgido por la agrupación de los pronombres de la yo-deixis y la este-deixis (pág. 12).

Voy a referirme a esto último. Un fenómeno por lo demás no infrecuente en el campo de los gestos que funcionan poniéndose en

parejas [9]. Esto podría ser verdad para los gestos del dedo de la aquí-deixis y la este-deixis; pero no sabría indicar nada que pudiera coordinarse como gesto en cierto modo constante y específico con la aquel-deixis. Oposiciones casuales pueden establecerse siempre, naturalmente. Cuando un enfermo quiere señalar al médico en el propio cuerpo un sitio que le duele, tocará diciendo *ahí* lo que puede alcanzar, y en ciertas circunstancias continuará diciendo *allí* para indicar un lugar del cuerpo que le es inaccesible en aquel momento. Ciertamente no se trata de distancias objetivamente grandes en expresiones empleadas así como «aquel sitio de allí» o «allí». Por tanto, «da» (ahí) y «dort» (allí) pueden oponerse en alemán, ocasional y relativamente en el sentido indicado. A la inversa puede contarse en la esfera del aquí la tierra entera, si se indica con «allí» cualquier más allá. Si el gesto para ello señala muchas veces hacia lo alto, esto está condicionado localmente; pues el más allá de la vida terrena está situado para nosotros en algún lugar de la altura. Si el límite entre el aquende y el allende lo forma un río o una valla, el gesto para indicar el más allá no apunta, como es natural, hacia lo alto. Evidentemente, todo ocurre de un modo muy relativo y ocasional en estas oposiciones, y por ello también en los gestos correspondientes.

Nuestro *da* se usa en la conversación actual, si puedo fiarme de mi propio sentimiento lingüístico, preferentemente para lo accesible, desde luego, sea con la mano o dando algunos pasos, o superando distancias locales que se cuentan como nada; uno está *ahí* (*da*) puede querer decir que está en Viena (de vuelta de las vacaciones) [10], puede significar también «al alcance de la voz, de la mano», «a mano». Cuando doy algo a un interlocutor, le digo *da* (o *da*) *nimm dies!* El *dort* en la conversación actual se diferencia del *da* como referencia a algo que ya no se encuentra en la esfera momentánea del hablante al alcance de su mano o de sus pasos o de su mirada o del tranvía. Me parece como si el campo de acción espacial del hablante, de que precisamente se trata, fuera el lugar geométrico dentro del cual se suele señalar con *da* y del que se distingue correlativamente el *dort*.

Todavía puedo indicar con menos precisión cómo se maneja la palabra «aquel» (*jener*) en mi lenguaje habitual. El uso anafórico y anamnéstico de «aquel» está quizá delimitado todavía con la mayor claridad, pues corresponde aproximadamente al latín *ille* y alude a algo que no está inmediatamente presente, pero, como un complejo psicoanalítico, está agazapado en el umbral de mi conciencia. Un *aquel* en el campo perceptivo resulta también hoy todavía claro en muchos casos; en otros, al menos en cierta medida, se puede advertir visto desde mí más allá de un límite o de una estación intermedia o de un espacio intermedio vivido como tal.

---

[9] Sobre esto, K. Bühler: *Teoría de la expresión,* pág. 126 y s.

[10] «El cuchillo no está ahí (*da*)», quiere decir en todo el dominio lingüístico del alemán que no se lo encuentra o no es accesible de momento en cualquier forma, y los naturales se llaman en algunas comarcas de Austria (para distinguirse de los veraneantes) *dasige*, en lugar de *hiesige*.

8. *Cuestión general*

Con sutiles análisis significativos de este tipo, que a menudo no llevan a ningún resultado firme, se cae en la duda de si la aquel-deixis es una clase demostrativa propia y especial en el sentimiento lingüístico vivo de la época actual. Y si la duda ha de ser fértil, hay que tratar de aclarar la cuestión de cuáles han sido los criterios científicos en la fijación y delimitación de las clases demostrativas de Brugmann. Concedido que el sistema de las cuatro clases demostrativas de posición indoeuropeas fue una jugada imponente; hay en él no sólo el más concienzudo conocimiento material comparativo y de historia de la lengua, sino también una fina y delicada psicología, una psicología que define sin más al filólogo como tal. Pues lingüística, cultura universal y conocimiento del hombre podrían ser muy bien los ingredientes con que el gran Fundidor suele formar los filólogos geniales. Las cuatro clases demostrativas de Brugmann han sido vistas y establecidas por un filólogo genial. Vistas, pero no definidas conceptualmente. El autor a quien seguimos quiere que se emplee el término «clases demostrativas», aproximadamente como se habla de «clases de acción» en la teoría del verbo: «se distinguen acción puntual, cursiva, etc. Correlativamente, los diversos modos de aplicación de nuestra clase pronominal se pueden llamar sus clases de demostración o clases demostrativas» (pág. 9). Con esto, como se ve fácilmente, no se indican criterios con los que se pudiera comprobar, por ejemplo, adónde pertenece hoy nuestro *dort* alemán, si a la este-deixis o a la aquel-deixis. Y una vez que se ha suscitado la duda de si las cuatro constituyen un *non plus ultra,* un sistema absolutamente firme, al que no se puede quitar ni añadir ninguna piedra, ahí reside la dificultad. Veremos si la psicología puede decir algo acerca de ello.

7. El origen del campo mostrativo y su señalamiento. El sistema aquí-ahora-yo de la orientación subjetiva

Dos líneas en el papel que se cortan perpendicularmente significan para nosotros un sistema de coordenadas; O el origen de coordenadas:



FIG. 4.

Yo afirmo que hay que poner en el lugar O tres demostrativos, si este esquema ha de representar el campo mostrativo del lenguaje humano, a saber: los demostrativos *aquí, ahora* y *yo.* El teórico del lenguaje no debe empezar a hablar esotéricamente desde abismos filosóficos, ni preferir un silencio reverente cuando tropieza en el léxico con estas formas fonéticamente inofensivas y le piden una definición de su función. Sino que debe solamente reconocer que es, sí, muy curioso, pero sin embargo exactamente explicable, cómo funcionan en el caso verbal concreto. Si tengo que dar como árbitro la señal de arranque de una carrera, preparo a los participantes: *¡Atención!,* y enseguida digo: *¡Vamos!* o *¡ahora!* La señal del tiempo astronómico en la radio es, después de una preparación verbal adecuada, una breve campanada. La palabra articulada *ahora,* en lugar de la orden *¡vamos!* o de la campanada, funciona como cualquier otra *señal del momento;* es la señal lingüística del momento. Así, estas palabras no nos hablan, por lo demás, sino al contrario: nos distraen de todo lo material fonético de que están formadas y de lo accidental de su aparición; su aparición no se inserta ni como señal de tiempo ni de lugar en el tráfico verbal. Detengámonos en la pareja de conceptos, forma y materia, que se ha ofrecido como de un modo espontáneo. En la forma fonética de las palabras *ahora, aquí, yo,* en su cuño fonemático, no hay nada sorprendente; sólo es peculiar que cada una de ellas reclama: mírame a mí, fenómeno acústico, y tómame como señal del momento, una; como señal del lugar, la otra; como señal del emisor (característica de emisor), la tercera.

Y el interlocutor ingenuo lo ha aprendido y las toma también así. Sin problemas; pues ¿qué habría de particular en ello? Sólo el lógico se sorprende, porque tal manera de empleo perturba real, o al menos aparentemente, sus círculos; el lógico es de tal modo que se le atraviesa esta o aquella cosa del mundo. Pero mediante el rodeo de la idea de las coordenadas esperamos destruir sus reparos, pues con el «establecimiento» de un sistema de coordenadas es siempre un caso particular, como sabe el lógico. En nuestro caso es sencillo agregar el sistema de coordenadas a la «orientación subjetiva», en la que todos los interlocutores están y siguen estando implicados. Cada uno se comporta bien orientado en su conducta y entiende la del prójimo. Si yo estoy frente a frente como comandante ante un grupo de gimnastas puestos en fila, elijo convencionalmente las voces de mando «adelante, atrás, derecha, izquierda» de un modo adecuado no a mi propio sistema de orientación, sino al ajeno, y la traducción es psicológicamente tan sencilla que todo jefe de grupo aprende a dominarla. Que la cosa marcha, y ciertamente sin ninguna acrobacia mental, es un hecho, y ninguna lógica podrá modificar

nada en ello; y si comprende su verdadera misión, tampoco lo intenta. Veamos primero lo que han dicho los buenos lógicos sobre los demostrativos y agreguemos después los hallazgos lingüísticos.

1. *La lógica y la logística acerca de la significación de los demostrativos*

Propiamente, hasta qué punto se unen sin violencia lo que sobre los demostrativos enseñan la lógica de los antiguos gramáticos y la logística moderna. Aquélla afirmaba que las palabras déicticas *no* indican como los nombres de determinación real (ποιότης), y ésta discute que sean signos conceptuales definibles objetivamente de un modo tan sencillo como las demás palabras. Con plena razón, y ambas cosas tienen una conexión íntima. Un «signo conceptual» útil para la comunicación intersubjetiva tiene que tener la propiedad de que en la boca de todos y cada uno se emplee como símbolo para *el mismo* objeto, y esto sólo ocurre (si prescindimos de momento de los nombres propios) si la palabra se refiere a una determinación real del objeto; es decir, si se atribuye al objeto y se lo emplea por él, en cuanto tiene las propiedades que no cambian en principio con el caso en que se usa. Esto no es válido ni puede serlo para ningún demostrativo. Pues todos pueden decir *yo,* y todo el que lo dice indica un objeto distinto del que indica cualquier otro; se necesitan tantos nombres propios como personas que hablan para transferir, del modo que lo realizan los sustantivos, la multivocidad intersubjetiva de la palabra única *yo* a la univocidad de los símbolos lingüísticos que reclaman los lógicos. Y exactamente igual ocurre también en principio con todos los demás demostrativos.

Cuando parece ser de otra manera, como con la palabra *aquí,* con la que todos los vieneses se refieren a Viena y todos los berlineses a Berlín, esto sólo estriba en una laxitud o indeterminación de la significación lata de este demostrativo de posición, fácilmente comprensible y que no satisface a los lógicos. En rigor, con *aquí* se indica la posición momentánea del que habla, y esta posición puede cambiar con cada hablante y con cada acto verbal. Del mismo modo hay que relegar totalmente al azar si un *tú* empleado dos veces remite dos veces al portador del mismo nombre propio o no; en el estatuto de uso de la palabra *tú* no se contiene en todo caso ninguna garantía de una coincidencia semejante. Y sólo de esto se trata en la constancia de coordinación, requerida por el lógico, de los símbolos lingüísticos y los objetos. Donde existe hay nombres, donde no existe no hay nombres. Es, en efecto, una distinción clara y una

decisión inapelable de la lógica en la cuestión de si *yo* y *tú* y todos los demás demostrativos pueden o no contarse entre los símbolos lingüísticos en el sentido del lógico. La logística tiene razón cuando del primer impulso tacha los demostrativos de la lista de los signos conceptuales utilizables en el tráfico intersubjetivo (y por tanto de la lista de los «símbolos» lingüísticos). ¡No me despreciéis a los maestros! No hay que ser ni con mucho un Beckmesser [11].

En todo arte y en toda ciencia hay salidas a lo Beckmesser; quiero tocar aquí una que se ha originado en el seno de la lógica más reciente y se debiera eliminar de nuevo rápidamente. Los últimos desarrollos han madurado en la lógica imponentes progresos; se ha llevado a cabo (pienso sobre todo en Russell) una depuración y generalización y con ello una tarea que merece compararse con la creación de la lógica por Aristóteles. Estas cosas son también de gran interés para la teoría del lenguaje, como veremos. Pero lo que sigue necesita corrección. Algunos logísticos de mérito (no Russell mismo) tienden, de acuerdo con la decisión que hemos discutido y aprobado, a notificar al *yo* y al *tú* por lo menos (y, si son lo bastante consecuentes, también a todos los demás demostrativos) algo así como un propósito de exterminación, en la medida en que la ciencia con su cultura suma alcanza a la representación lingüística. Hasta la psicología tiene que aprender a prescindir de esas palabras «vacías de sentido» para llegar a ser una ciencia auténtica; esto enseñan hoy algunos psicólogos y no psicólogos con *pathos* y fuerza persuasiva. Incluso la lengua coloquial, empezando por el cuarto de los niños, donde se aprende, debería, en último término, ser purificada de esas presuntas supervivencias de una fase superada de la historia de la humanidad, pues son guaridas de la metafísica. Pues ¿para qué se quieren todavía el *yo* y el *tú,* si el mismo niño que aprende a hablar usa al principio su nombre propio en lugar del *yo,* mucho más difícil?

Se entiende que ningún pensador de autoridad científica y algún conocimiento del hombre, si abriga en su pecho tales ideas sobre el lenguaje y las exterioriza además en ocasiones, se abandona a una ilusión sobre el carácter por lo pronto puramente académico de sus deseos para el futuro. Pero existen, sin embargo, y se fundan en un desconocimiento en el fondo tan sencillo, pero radical, de la multiplicidad de necesidades prácticas que la lengua coloquial tiene que satisfacer, y de hecho satisface, que hay que disculpar a un psicólogo y teórico del lenguaje si en su lugar sistemático, es decir, precisamente en la consideración de los demostrativos, intercala una observación que puede parecer un alegato en favor de ellos. En último término,

[11] Escribano pedante en *Los maestros cantores de Nuremberg.*—(*N. del T.*)

también esta observación podrá contribuir algo al progreso de la teoría del lenguaje.

¿Dónde está dicho que una inteligencia intersubjetiva sobre las cosas, tal como la necesitan los hombres, sólo es posible por la *única* vía de nombres, signos conceptuales, símbolos lingüísticos? Tal axioma es el *proton pseudos* de los lógicos a que me refiero. Aquí no se dice una palabra sobre el lenguaje científico y su estructura; en esto coincido ampliamente con ellos y sólo quiero advertir que, no obstante, se representan las cosas con el «yo» en psicología de un modo demasiado sencillo. Pero aquí no hay que hablar más de ello; sólo se trata de la palabreja *yo* y sus afines en el lenguaje cotidiano. La época moderna, a diferencia de los mejores teóricos del lenguaje de la antigüedad, ha metido de hecho en el signo lingüístico *yo* demasiadas especulaciones filosóficas. Una vez liberado de ellas, no queda ahí ninguna mística. La teoría tiene que partir del simple hecho de que una *demonstratio ad oculos* y *ad aures* es el comportamiento más sencillo y adecuado que pueden emprender seres vivos que, en contacto social, necesitan una consideración amplia y refinada de las circunstancias de su situación, y para ello demostrativos. Si A., el compañero de B., en una cacería de dos no ve oportunamente la pieza, ¿qué podría ser más sencillo y adecuado que un gesto to-déictico de B. y la palabra correspondiente, que llegue acústicamente a A.? Si A. ha perdido de vista a B., ¿qué podría serle más util que un *aquí* de boca de B. con clara cualidad de origen?, etc.

Dicho en pocas palabras: los demostrativos articulados, fonológicamente distintos entre sí como los demás vocablos, orientan al interlocutor adecuadamente. El interlocutor es llamado por ellos, y su mirada inquisitiva, con mayor generalidad su actividad perceptiva inquisitiva, su disposición receptiva sensible es remitida por los demostrativos a recursos del tipo de los gestos y sus equivalentes, que mejoran y completan su orientación en el campo de las circunstancias de la situación en que se encuentran. Esta es la función de los demostrativos en la comunicación verbal, si se insiste en reducir esa función a una única fórmula verbal general. Esta fórmula es válida para todas las clases demostrativas de Brugmann y para todos los modos de indicación; para la anafórica y la deixis en fantasma, exactamente igual que para la especie originaria, la *demonstratio ad oculos*.

Hay por lo menos *una* clase demostrativa de la que apenas puede imaginarse que hubiera de faltar en absoluto en ninguna lengua humana. Es la este-deixis en el sentido de Brugmann. En el sistema simbólico logístico, que es también un lenguaje, falta ciertamente la *demonstratio ad oculos* con ayuda de signos to-déicticos, pero no su uso anafórico. Pues palabras como *por consiguiente, luego,* y demás

signos que remiten a lo anterior, que aparecen en todo proceso de demostración, son signos indicativos. Se puede introducir para ellos cualesquiera símbolos ópticos; esto no afecta para nada al hecho de su imprescindibilidad. Y cuando en cualquier figura geométrica ilustrativa, digamos en los ángulos de un polígono, como es usual, se escriben letras, esto es una auténtica deixis *ad oculos*. Pues el valor simbólico de esas letras, que luego se emplean en el texto, sólo puede establecerse mirando a la figura, por tanto, perceptivamente. Cada letra dice: «¡Mira aquí!, quiero decir esto.»

El lenguaje corriente es demostrativo de un modo más frecuente, múltiple y descuidado que la ciencia, es cierto. Pero con ello satisface sin demasiados equívocos y por el camino más corto las necesidades prácticas de comunicación más elementales de los hombres. La objeción de una irremediable subjetividad, que se oye hacer una vez y otra contra palabras como *yo* y *tú*, y consecuentemente se puede extender de ellos a todos los demostrativos, se funda en una pretensión mal entendida que, partiendo de los nombres, se plantea también a los demostrativos. Son subjetivos en el mismo sentido en que todo indicador hace una indicación «subjetiva», es decir, válida y realizable correctamente sólo desde su lugar de emplazamiento. Los indicadores que rodean una ciudad muestran todos una dirección objetivamente (geográficamente) distinta, utilizando uno y el mismo signo, a saber: un brazo extendido. Y si pudieran decir *aquí*, esta palabra única indicaría a su vez tantas posiciones distintas como el *aquí* de labios humanos. Con el *yo* ocurre lo mismo.

El que formula contra palabras como *aquí* y *yo* y *ahora* como signos de comunicación la objeción crítica de una irremediable subjetividad tiene que reclamar también de las oficinas de turismo la supresión de todos los indicadores de antiguo estilo; o tiene que comprender que se ha dejado sugerir por un axioma insostenible, por ser demasiado estrecho, una opinión precipitada sobre el sentido de aquellas palabras. El axioma de la teoría del lenguaje, según el cual todos los signos lingüísticos tienen que ser *símbolos* de la misma clase, es demasiado estrecho, pues algunos de ellos, como los demostrativos, resultan ser *señales*. Y de una señal no se puede pedir lo mismo que de un símbolo (puro), porque entre ambos existe una diferencia sematológica. Los demostrativos son una clase peculiar de señales, a saber: señales de recepción (distintas de las señales de acción, a las que pertenece el imperativo). Un *éste* o un *yo* desencadena un determinado giro de la mirada, etc., y en su consecuencia una recepción. El imperativo *ven*, en cambio, está llamado a provocar una determinada acción en el oyente. En el próximo parágrafo siguen algunas consideraciones psicológicamente más sutiles sobre el

orden, el sistema de coordinación en que los demostrativos funcionan sin reproche como señales.

2. *Afinidad de «aquí» y «yo»*

Desde el origen del Aquí intuitivo se muestran lingüísticamente todas la demás posiciones; desde el origen Ahora, todos los demás puntos temporales. Por lo pronto no se habla nada más que de *mostrar*; evidentemente, las posiciones, como todo lo demás en el mundo, pueden indicarse también mediante signos conceptuales. Un decir como «la iglesia tras la casa del párroco» determina la posición de una cosa partiendo de otra, y emplea para ello una palabra conceptual típica, la preposición *tras*; las preposiciones en indoeuropeo no son ellas mismas demostrativos, pero se unen frecuentemente con demostrativos. Así se originan compuestos del tipo *daneben, darach, hiebei* (junto a esto, según esto, con esto) y grupos libres del tipo «desde ahora, a mí». En estas construcciones se realiza frecuentemente una deixis en fantasma o funcionan demostrativamente en el modo de la anáfora; es conveniente aplazar su estudio hasta el lugar en que, después de una investigación psicológica de los modos de mostrar, se pueda responder con suficiente generalidad a la cuestión de en qué formas se realiza el mostrar y nombrar a la vez, sea por medio de una palabra simple o de una compuesta.

Volvamos a pensar, después de esta importante eliminación, en los demostrativos fundamentales *aquí, ahora, yo,* en su función, por decirlo así, absoluta como señal lingüística del local, temporal, individual. Los conocedores del indoeuropeo nos enseñan que los sufijos personales en el verbo y los personales aislados como *yo* y *tú* se han desprendido, por lo general, de los demostrativos de posición (locales). Pero hay bastantes hechos semánticos y morfológicos en que se presentan una comunidad de derivación y múltiples cruces. Todavía con más claridad aparece en primer plano tal oscilación en la historia de la «tercera» persona, extraordinariamente característica para el indoeuropeo; cito de la obra clásica la Gramática comparada de Brugmann-Delbrück:

> Entre estos dos grupos existen claras conexiones y transiciones. Ante todo, los pronombres de la tercera persona no se pueden separar pura y simplemente de los demostrativos y *coinciden conceptualmente no pocas veces con ellos* (el subrayado es mío). Son, como podría decirse, pronombres demostrativos en función sustantiva, que remiten a aquello de que se habla, a lo dicho o a lo que se va a decir inmediatamente, demostrativos en uso anafórico, por tanto; por ejemplo, fr. *il* de lat. *ille*, o got. *is* = a. al. mod. *er,* idéntico con lat. *is*. Pero también los pronombres yo y tú parecen haber sido originariamente,

al menos en parte, demostrativos, puesto, que, por ejemplo, el gr. εμοῦ, etc., podría corresponder etimológicamente con ai. *áma-h,* el aquí, este aquí, o ai. *te,* gr.: τοι, lat. *tibi,* etc., etimológicamente con ai. *tá-m,* gr. τόν (referencia a aquello a que se habla como a algo que no pertenece a la esfera del yo, pero se encuentra directamente ante el que habla) (volumen II, 2.ª parte en 2.ª ed, páginas 306 y siguientes).

Esto es, considerado psicológicamente, cualquier cosa menos asombroso; voy a aducir un caso particular histórico, que me parece psicológicamente interesante; es el llamado artículo personal en armenio:

Brugmann expone acerca de ello, con referencia a W. von Humboldt y Meillet, lo siguiente: «El armenio no usa... ningún pronombre demostrativo sin que se combine con él a la vez, más o menos claramente, la representación de la primera, la segunda o la tercera persona. Los tres elementos correspondientes son *s*, *d* y *n*. Adheridos a un nombre, pronombre personal o verbo, funcionan como el llamado artículo personal. *ter-s,* «el señor aquí, este señor», puede ser también «yo el señor». *ter-d,* «el señor ahí», puede ser también «tú el señor». «Donde no hay ninguna relación con la primera o la segunda persona aparece un *-n,* que es la forma de artículo más usual». «Como formas independientes pertenecen a ellas *ai-s* para la primera persona, *ai-d* para la segunda, *ai-n* para la tercera» (pág. 43).

A esta exposición sobre el armenio hay que añadir, como he oído de boca de un conocedor, que en todas partes donde ocurre esto se dispone de diacríticos articulados de otra índole entre «yo el señor» y «el señor aquí», etc. [12]; sería también en cierto modo asombroso que una lengua indoeuropea moderna hubiera de contentarse sin tales diacríticos. Con todo hay conjeturas sobre esto y aquello en el inventario de los demostrativos del indoeuropeo primitivo, que parecen admitir la falta de tales diacríticos.

Una de las hipótesis más instructivas de este tipo, que he encontrado en Brugmann, es la que se refiere al origen del latín *hic,* que indiscutiblemente contiene dos elementos, que pudieran haber sido en itálico primitivo **he-ke* o **ho-ke* o **ha-ke.* Si el segundo elemento es un signo general de referencia, la discusión ulterior gira en torno a la pregunta: «¿Dónde hay que situar etimológicamente **ho-*?» Y se puede ver ahora cómo en una de las dos hipótesis que Brugmann toma en serio, partiendo de un demostrativo **gho* evidentemente todavía indiferenciado, se construyen dos derivaciones, de las cuales una lleva el griego ἐγω, ἐγων y al latín *ego,* la otra al *ho-* en *hic.* El latín *hic* junto a *ego* al final de la evolución no puede interpretarse en lo esencial de otro modo que nuestro *hier* junto a *ich;* es decir, que cumple de una manera central la referencia de posición junto a la referencia personal del *ego,* separada de aquélla. Tal vez su sentido originario aparece del modo más inmediato en frases como «tu si hic sis aliter sentias». Y este *hic* lo traduce Brugmann por «ich hier» (yo aquí).

Lo psicológicamente relevante en esta interesante hipótesis (von Windisch, J. Schmidt, Brugmann) habría que entenderlo brevemente, en el sentido de nuestro análisis fenomenológico, de tal manera que un presunto ambivalente **gho* evolucionó en las dos palabras diferenciadas *hic* y *ego.* De un lado, por

[12] En búlgaro, que muchas veces se cita también, no se presenta el fenómeno en absoluto.

combinación con una partícula general de referencia *-ce,* que por lo demás todavía está viva también en latín, y de otro lado, mediante una «innovación analógica» (Schmidt). Hago esta observación sólo para mostrar en un ejemplo que se puede trabajar lingüísticamente, y cómo, con el modelo que hemos hallado mediante simple análisis fenomenológico de las circunstancias. Lo que quiero decir en general no depende de si la hipótesis empleada como ejemplo es exacta o no. En todo caso, la comparación lingüística encuentra una afinidad de raíz entre las palabras indoeuropeas que sirven para la «aquí-deixis» de Brugmann y los pronombres de la primera persona.

Y ahora el psicólogo toma la palabra para decir que esto es fenomenológicamente tan comprensible, que casi se podría profetizar retrospectivamente. Pues hay que advertir en el uso de toda señal de comunicación acústica que resultan relevantes en ellas dos momentos, a saber: *primero,* su cualidad de origen (espacial), y *segundo,* su carácter acústico total. Y los signos fonéticos del lenguaje pertenecen psicológicamente a las señales de comunicación acústicas. Para un receptor de señales vidente nada es más natural que volverse hacia la fuente del sonido. Esta es, en los signos comunicativos lingüísticos, el hablante, y está en el lugar del hablante. El *aquí* y el *yo* reclaman de un modo común esa reacción o al menos la sugieren. Hasta ahí llega lo idéntico en su función como demostrativos. Pero luego se divide la intención (el interés) que recomiendan para aprehender en un caso la posición y las circunstancias del ambiente del emisor, y en el otro caso el emisor mismo con mirada fisiognómica o patognómica. Un *aquí* contiene la invitación a seguir en la divisoria de caminos la primera dirección del interés, y un *yo* encierra la invitación a seguir en esa divisoria la segunda. Este es el análisis con menos supuestos y más general que se puede ofrecer. Es (dicho sea de paso) un análisis realizado del modo más objetivo posible, que todavía no penetra en la vivencia del que habla.

Nada es más natural, por consiguinte, que el hecho de que haya fases de la evolución lingüística en que no haya aparecido todavía la diferenciación en esa divisoria de caminos. Acaso los especialistas saben informar de troncos lingüísticos enteros para los que ocurre esto. Pero en todo caso corresponde a ello en el campo del indoeuropeo el armenio comprobado *ter-s* y el indoeuropeo primitivo, supuesto hipotéticamente, **gho.* Yo sé de un niño alemán que en el estadio en que se esforzaba por la recepción y el empleo correcto de la palabra yo, y en una situación en que había confundido una vez más *aquí* y *yo* y era corregido riendo por su interlocutor adulto, protestó indignado contra la manía del adulto. Si puede aplicarse con sentido la regla evolutiva de un progreso de un repertorio de formas menos diferenciadas a otras más ricas, el hallazgo histórico de una raíz principal indoeuropea **ko-*ki* (**kio-*), de la cual, en opi-

ción de los competentes, ha salido la mayoría de los demostrativos de la aquí-deixis (y también, ciertamente, de la yo-deixis), ha de interpretarse paralelamente a la observación a propósito de aquel nino. La raíz *ko- «aparece en todas las ramas lingüísticas fuera del ario», afirma Brugmann [13].

3. *La imprescindibilidad de los recursos indicativos*

Si la mutua asistencia científica, tantas veces pedida, entre la psicología y la lingüística ha de dar frutos sazonados, los técnicos de ambas partes tienen que atreverse a hablar cada uno al otro en borrador. Nadie puede escapar a la ley de la limitada capacidad de comprensión del hombre. Un psicólogo ha expuesto aquí cómo propone interpretar psicológicamente ciertos hechos lingüísticos. Si ha tomado de la lingüística esto o aquello de un modo equivocado o incompleto, le vendrá oportunamente una corrección técnica desde ella, y hará avanzar un paso la discusión. La respuesta influye, en cambio, de la manera mejor al mismo tiempo en el bosquejo del psicólogo, como ha ocurrido ejemplarmente con la de Brugmann. Su análisis fenomenológico de la situación verbal humana en general y de los factores que en ella interpretan y determinan en un sentido preciso el signo lingüístico aislado o complexiones enteras de signos lingüísticos, es notable. Sólo le falta la última consecuencia que la teoría del lenguaje tiene que sacar de él. Cito sus palabras:

> Los demostrativos de posición no sólo son, como cualquier elemento del habla, en general, una intimación a la persona a quien se habla para que dirija su atención a la representación correspondiente, sino que son *a la vez* (subrayado por mí) señas audibles, contienen siempre (como lo expresa Wegener: *Grund-*

[13] Como lego en estas cosas, no he estudiado suficientemente el reciente trabajo de Theodor Baader: *Die identifizierende Funktion der Ich-Deixis im Indoeuropäischen.* Indog. Bibl., 3. Abt., 10. Bd. (1929). Baader estudia los *nombres* que contienen una raíz k-, y encuentra nueve clases de tales palabras. Algunas de estas clases provocan en realidad la impresión de que están compuestas inteniormente por momentos que son más próximos a la esfera del yo y de la propiedad que otras cosas en el mundo de los nombres. Pero el teórico del lenguaje echa de menos en este trabajo alguna palabra acerca de cómo se representa su autor en el campo del indoeuropeo la conexión general entre demostrativos y nombres. No es evidente que una raíz k- allí y una raíz k- aquí tengan que emplearse en esferas afines. Y eso podría ser muy bien, sin embargo, el supuesto capital de la investigación, desusadamente documentada, de Baader. Hay troncos lingüísticos que realizan en gran parte el mostrar patente con cooperación de nombres; Baader parece admitir, en cambio, que en indoeuropeo la raíz k-, cuya utilización déictica está fuera de toda duda, se empleó también para la constitución de clases unitarias de nombres (¿y sólo para éstas?).

fragen des Sprachlebens, pág. 100) un *¡mira aquí!* o un *aquí hay algo que ver* (pág. 5).

Es curiosa sobre todo y digna de reflexión en esta definición la expresión «a la vez», subrayada por mí, y hay que agregar que Brugmann da exactamente la misma definición, y además con el sorprendente «a la vez» también para los personales, los demostrativos de papeles. Nosotros afirmamos que unos y otros no son en su forma originaria otra cosa que demostrativos; esto basta para empezar. No son de paso y por casualidad además nombres. No se puede ser también algo así de paso y como por la mano izquierda. Unas frases antes dice el texto de Brugmann: «Tienen de común con los demás pronombres que no designan por su propia cualidad un objeto». Es la vieja indicación de que les falta por lo pronto la determinación de la *poiotes.* Tómese esto en serio y todo queda en orden. Brugmann dice luego:

La cuestión de si los demostrativos, desde el principio, cuando se referían a lo actualmente perceptible, han estado ligados siempre y necesariamente a gestos indicativos, no se puede decidir con los recursos de la investigación histórica (págs. 7 y siguientes).

Tampoco se puede decidir con los medios de la investigación psicológica si por «gesto» se entiende sólo el gesto del dedo. Pero si se entiende por ello, como la cosa requiere, algo más que el solo gesto digital, entonces puede decidirse psicológicamente incluso más aún que la cuestión disputada, tal como pudo suscitarse al principio. A saber: se puede mostrar cómo ocurre todavía hoy y nunca ha podido ser o podrá ser de otro modo. En lugar del gesto digital pueden emplearse otros recursos orientadores ópticos o acústicos, y en lugar de todos juntos pueden introducirse indirectamente indicios de situación o recursos interpretativos convencionales. Pero algo de lo así enumerado no puede faltar *nunca.*

Y esto simplemente porque todo demostrativo sin tales hilos conductores sería lanzado al espacio sin precisar su sentido; no habría para nosotros más que una esfera, un «lugar geométrico» que no nos basta para encontrar en él el algo en cuestión. Se piensa en seguida en aquel modo de empleo de los demostrativos desde el cual hay que esperar la primera contradicción de nuestra tesis, a saber, en el uso anafórico. Pues ¿dónde se puede encontrar tal hilo conductor sensible cuando remito con *este* y *aquel* a lo nombrado poco antes en el mismo discurso? Respuesta: De acuerdo en que no existe en este caso un hilo conductor sensible. Pero lo sustituye la convención vigente de que el oyente, mirando hacia atrás, debe traer de nuevo a su

pensamiento lo últimamente nombrado como lo más próximo al oír *este* y lo primero nombrado como lo más lejano al oír *aquel.* Esta convención podría igualmente invertirse. Entonces habría que recorrer una vez más lo ya sido en el discurso en su sucesión natural y se mentaría con *este* lo nombrado primero, y con *aquel* lo últimamente. Se podría tener por probable casi antes de toda investigación que también esta convención inversa es usual aquí o allá en comunidades lingüísticas.

En todo caso resulta claro lo que tiene que servir para la deixis en lugar de las orientaciones sensibles. Donde faltan auxilios fonemáticos, como la congruencia, etc., es un *esquema de ordenación* sacado de la esfera del campo indicativo. Habrá que explicar más adelante en detalle este concepto. Si digo a un amigo en la calle «Siga derecho, la segunda bocacalle a la derecha es la que busca», procedo en principio exactamente como cuando utilizo un esquema de ordenación de ese tipo en lugar de una orientación sensible de la deixis lingüística. Pues utilizo la red de calles que está ante nosotros dos como esquema de ordenación y en él la orientación espacial del que pregunta, casual o fijada adrede por mí; en este sistema de coordinación le hablo. Las palabras «todo derecho» y «a la derecha» en mi discurso no serían unívocas si el amigo no estuviera ya dirigido con su nariz hacia donde debe ir.

4. *El «yo» y el «tú»*

Luego el *yo* y el *tú.* Un principio sano y fecundo de lexicología consiste en buscar la significación original en la intuición sensible. Todos los hombres pueden hablarme y decir *yo.* Veré a cada uno de ellos o, cuando esto es imposible, al menos tenderé el oído hacia el que habla. Que esto ocurra con una mirada fisiognómica o patognómica, esto y no otra cosa es la significación inicial de *yo,* es su función primaria. Las palabras *yo* y *tú* remiten, dicho en pocas palabras, a los actores en el drama verbal actual, a los actores de la acción verbal. Los griegos tenían en la palabra *prósopon* un nombre adecuado para ello, y los latinos mentaban también con *persona* no otra cosa que el papel en el acto verbal. A esta antigua significación del nombre *persona* tiene que recurrir la teoría del lenguaje con plena claridad y consecuencia. No hay que objetar nada en este punto a Brugmann-Delbrück, sino sólo exigir consecuencia. Los personales, por ejemplo, *yo* y *tú,* no *denominan* en su función principal, y desde un principio, al emisor y al receptor del mensaje lingüístico como

los *nombres* son denominaciones, sino que sólo remiten a estos actores en el sentido que ya aparece de modo notable en Apolonio.

Ciertamente, cuando un conocido me dice *yo,* resuena más, y cuando alguien que está ante la puerta responde *yo* a mi pregunta «¿quién es?», cuenta con que yo, por el sonido de su voz, lo reconozca *individualmente* de entre el grupo de mis conocidos. La forma *yo,* fonológicamente acuñada y delimitada con suficiente precisión de todas las demás palabras de la lengua, suena de un modo fonológicamente uniforme en millones de bocas. Sólo la materia vocal, la faz sonora, la individualiza, y el sentido de la respuesta *yo* de mi visitante ante la puerta es que el fonema acuñado, el momento formal lingüístico en su *yo* me remite a mí, el que pregunto, al carácter de la voz. Concedido que esto es una relación muy curiosa; la forma de un algo existe para remitir a la peculiaridad de la materia en que la forma está realizada. Pero esta relación no está tan totalmente aislada en el mundo como podría pensarse. Mas hay que renunciar aquí, por razones de brevedad, a la consideración de ejemplos paralelos ilustrativos.

Una vez más: la función de esa forma lingüística como medio de comunicación, en el caso simple y transparente que hemos fingido, se agota principalmente en dirigir la «mirada» fisiognómica del receptor al carácter de la voz. Ya sea con los ojos y el oído a la vez o sólo con el oído, el receptor debe aprehender perceptiblemente al emisor. Nada, pues, del quién o qué del aprehendido se coordina significativamente con la forma de la palabra como tal. Por esto, *yo* no es por lo pronto un nombre. Pero hay que escuchar de diverso modo la materia sonora mediante la cual la palabra *yo,* idéntica por su forma, se realiza ahora así y luego en otra boca de distinta manera. Nuestro emisor ante la puerta cuenta con que es reconocido individualmente por esa materia. Qué nuevas funciones se atribuyan a este demostrativo *yo* en el contexto de la frase y qué hagan con él psicólogos y filósofos cuando lo eligen como vocablo conceptual científico, no es de este lugar.

Piénsese, por comparación, en la función del nombre propio, que es efectivamente un nombre; mi visitante ante la puerta dice, cuando no es reconocido por la voz, su nombre propio. (Todo el preludio con el *yo* sólo lo ha representado, sea dicho en su justificación, para instrucción del lingüista.) El nombre propio es una forma lingüística que, dentro del círculo de los que la conocen y emplean, está llamada por su *forma* a funcionar como un signo individual. J. St. Mill ilustra la función de los nombres propios con la famosa historia de bandidos de las *Mil y una noches,* en que uno de la banda pinta un trazo de bermellón en la casa para reconocerla

entre la multitud de las casas de la ciudad cuando vuelva con sus compañeros. Exactamente igual que este trazo de bermellón, la función del nombre propio se agota según J. St. Mill como diacrítico, como mero signo individual, mientras que el nombre común contiene una *connotation*. Esto último nada nos interesa todavía. Pero en todo caso se reconoce el carácter del nombre propio como sustantivo en que este signo lingüístico puede salir de la boca de cualquier hablante, la materia fonética es en él irrelevante para su función nominativa. La función del nombre propio como signo individual no depende del carácter de la voz, sino del cuño fonemático. Desde el punto de vista de la situación equivalente, a él sólo lo es el *yo* de mi visitante ante la puerta cuando en la expresión *yo* se añade el valor diacrítico del carácter de la voz.

Esto es suficiente si se ha aclarado conceptualmente el cumplimiento significativo del *yo* en un ejemplo único. Con el *tú* ocurre cosa parecida. Unicamente hay que considerar también en él teóricamente, de antemano, los casos en que se usa como mera palabra de apelación: *tú (escucha), quiero decirte una cosa.* Esto es un preludio en el trato próximo, que comienza con una palabra apelativa y luego distribuye los papeles de la anunciada acción verbal. Se puede establecer de un modo bastante sencillo con el tono de tal *tú* apelativo un registro de expresión y llamada, como puede establecerse en principio con el tono y otras modificaciones de cada palabra. Esto pertenece a otro capítulo de la teoría del lenguaje y no debe ocuparnos aquí. La pura función indicativa, en cierto modo, del *tú* se manifiesta en los giros de la conversación en que el emisor se siente tentado a hacer unívoca la palabra con un gesto del dedo u otros recursos mostrativos gráficos. Un *du da, du dort* (literalmente «tú ahí», «tú allí»), etc., se distingue en tales casos del *der da, der dort* (literalmente «éste ahí», «éste allí», es decir, «ése», «aquél») sólo por el *prósopon* en el sentido de los gramáticos griegos. Que haya en general un tercer *prósopon* y que se le preste el diacrítico del género gramatical, tanto en los demostrativos personales puros, es decir, exentos de valores indicativos de posición —*él, ella, ello*—, como también en los signos de posición —*éste, ésta, esto*—, es cuestión de las lenguas indoeuropeas, que no pertenece ya al tema estricto de los demostrativos, tal como lo hemos delimitado aquí. El *yo* y *tú* podrían tratarse igual y podría faltar totalmente el tercer *prósopon*. Los demostrativos de posición de la este-deixis de Brugmann serían entonces, tanto en la *demonstratio ad oculos* como en el uso anafórico demostrativos puramente «impersonales», como lo han sido acaso de hecho en otro tiempo en las lenguas indoeuropeas, cuando tenían todavía el carácter de «partículas» indeclinables.

5. *La clasificación usual de los pronombres. Crítica*

Sobre el origen de las palabras déicticas, que hoy se encuentran en diversas clases de vocablos, se tiene la misma opinión, hasta donde yo sé, dentro del círculo de los historiadores. En Brugmann-Delbrück se formula así la doctrina usual:

> Tal vez todos los demostrativos han sido en otro tiempo partículas déicticas; por tanto, palabras indeclinables. Aparecían, cuando el objeto era nombrado a su vez, delante o detrás de su denominación. Tales partículas se encuentran todavía muchas veces en conexión atributiva con sustantivos en los períodos históricos de las lenguas indoeuropeas, por ejemplo, nuevo alto alemán *der mensch da, da der mensch, du da.* En favor de este origen de los pronombres declinados pueden aducirse muchas cosas (pág. 311).

Ciertamente, y las razones alegadas por Brugmann mismo me parecen de mucho peso (ver especialmente páginas 307 y siguientes). Pero la pregunta del sistemático es si tales partículas déicticas indeclinables están también en lugar de nombres y por ello pueden llamarse con razón pronombres, o no. El que responde negativamente a esa pregunta tiene que ser lo bastante consecuente y reconocer que la clase entera no está reunida por la nota del uso pronominal, sino por la nota de la función déictica. La cosa resulta más clara si se tienen en cuenta además las conjunciones.

Para confirmar con las palabras de un perito el contenido déictico —ciertamente nunca desconocido— de las *conjunciones,* insertaré una cita de la Gramática latina de Stolz-Schmalz:

> Las conjunciones pueden dividirse en originariamente indicativas (déicticas. tanto coordinantes como subordinantes) y puramente copulativas (al servicio de la ilación [*y*], intensificación [*también*] u oposición [*sin embargo*], la mayoría de las veces coordinantes); no existe una contraposición aguda entre ambos grupos porque muchas conjunciones puramente copulativas (confróntese *nam, tamen,* etc.) han resultado, *con fundamento demostrativo, de la evaporación de su sentido déictico*; 5.ª ed. de J. B. Hofmann, pág. 653; el subrayado del final y los ejemplos entre [...] son míos; el contenido déictico de las conjunciones lo reconoce también Kalepky: *Neuaufbau der Grammatik* (1928), páginas 55 y siguientes; las llama «palabras indicativas».

También esto está en completa armonía con el simple análisis fenomenológico. Ni siquiera es menester discutir con el autor acerca de si puede mostrar efectivamente en latín conjunciones que no fueron originariamente partículas déicticas, con tal de que esto pueda entenderse con la «evaporación» de manera que el análisis escrupuloso rastree y compruebe todavía hoy algo de lo evaporado.

Por último, cuando se consideran en Brugmann-Delbrück una tras otra todas las clases especiales incluidas en el género superior «pronombres», se dice una y otra vez en algún sitio que en otro tiempo fueron demostrativos o lo son todavía hoy simultáneamente. Así se dice, por ejemplo, sobre los relativos:

Como relativo funciona desde época protoindoeuropea la raíz **io-*, **io-s*, **ia*, **io-d*; *io-s* fue luego primariamente un *demostrativo anafórico* (subrayado por mí) que remitía a un concepto sustantivo nominal o pronominal de la oración precedente (pág. 347).

Bien; y el análisis fenomenológico establecería, partiendo de un concepto de lo anafórico suficientemente amplio y exacto, que los relativos no han perdido nunca su función déictica, sino que la cumplen hasta hoy, sin perjuicio de la diferenciación lógica que ha surgido entre ellos y las restantes partículas que sirven para la ilación de las frases.

Finalmente, busca un teórico los puntos de vista decisivos para la ordenación de la clase total «pronombres» y encuentra principios que no puede admitir sin discusión:

Los pronombres se dividen por lo pronto en dos grupos principales: 1. Los pronombres demostrativos e interrogativos con el relativo y el indefinido, *que representan cualesquiera conceptos.* El elemento principal de este grupo lo constituyen los pronombres demostrativos, que pertenecen a los elementos más antiguos de toda lengua. 2. Los pronombres personales y posesivos, *que tienen como fundamento independiente el concepto de la persona.* Designan las personas de la conversación, el yo y tú, nosotros y vosotros y las llamadas terceras personas a que se refiere el decir. La denominación tradicional posesivos es demasiado estrecha, pues aparte de la posesión se expresan también otras relaciones mediante esas formas adjetivas; por ejemplo, *odium tuum* no sólo 'odio que tienes', sino también 'odio contra ti' (vol. II. segunda parte en 2.ª edición (1911), págs. 302 y siguientes).

No hay que atribuir un valor exagerado a las clasificaciones; pero las definiciones que he puesto de relieve encierran u ocultan una falta de claridad de mucha importancia, ante la cual no puede pasar de largo un lógico sin prestar atención. El estrecho parentesco de ambos grupos no pudo ocultarse a los modernos historiadores del lenguaje; pero este hallazgo no fue puesto en claro por las definiciones en cuestión, sino que más bien lo convirtieron en un enigma. ¿Cómo ocurre que palabras que se suponen llamadas a «representar *cualesquiera* conceptos» y otras que tienen una función tan específica como los personales sean originariamente afines y hayan alternado su función muchas veces en la historia de la lengua? Sin rodeos: la primera de las dos definiciones de Brugmann es insostenible; los

demostrativos no son originariamente y por su función capital signos conceptuales, ni directos ni representantes, sino que son, como su nombre dice ciertamente, «demostrativos» (palabras indicativas), y esto es algo completamente distinto de los auténticos signos conceptuales, a saber: los «nombres» (palabras nominales). También los personales son demostrativos y de ahí el parentesco radical de ambos grupos. Hay que elevar el momento déictico a nota del concepto genérico, y entonces desaparecerá de la terminología de los gramáticos una serie de anomalías clasificatorias y resultará visible el sistema natural total de los demostrativos.

6. *«Demonstrare necesse est»*

Cuando se pasa de la lectura de la monografía de Brugmann sobre los demostrativos a Brugmann-Delbrück no se comprende, por lo pronto, por qué no se ha elevado resueltamente, como nosotros pedimos, a nota característica de la clase entera el momento déictico, encontrado y reconocido en todas partes. Una reflexión sobre los fundamentos de la terminología tradicional, que fue creada por los gramáticos antiguos, reconocería quizá en eso contra lo que se dirige nuestra crítica una supervivencia interesante de aquella especie de mezcla de gramática y lógica contra la cual Steinthal y sus contemporáneos en el siglo XIX protestaron por primera vez. El lógico tiene tendencia profesional a no ver en las palabras más que signos conceptuales. Si encuentra toda una clase de palabras que no son signos conceptuales directos, que no son nombres, subraya en ellas algo que todavía permite al menos ponerlas de algún modo en línea con los nombres. Ciertamente, ya no son para él mismo nombres auténticos, pero sí sustitutos de nombres, pronombres. Así podría haberse originado (esbozado esquemáticamente) el concepto genético pronombres en el espíritu de la gramática antigua, que era tratada programáticamente como una parte de la lógica.

Concedido que en ello se encierra no sólo un granito, sino un grueso núcleo de verdad. Y si bien hay que conceder igualmente que la mano de los lógicos ha intervenido muchas veces desafortunadamente en las cuestiones de teoría del lenguaje, a pesar de ello estaría dispuesto a probar que todas las expulsiones de la lógica del templo de la lingüística realizadas hasta hoy han terminado de tal manera, que se podría parodiar el conocido adagio latino: *logicam expellas furca*...Por esto es importante descubrir y hacer inocuos ya en el terreno de la misma lógica deslices procedentes de la aplicación mal entendida de concepciones lógicas al instrumento predestinado y

natural del pensamiento humano, el lenguaje. Así hemos intentado probar de un modo puramente «lógico» la utilidad de signos mostrativos en la comunicación intersubjetiva y hemos demostrado de antemano a ciertos purificadores del lenguaje, demasiado celosos, que ellos mismos no pueden prescindir de hecho en su lenguaje artificial de los signos mostrativos.

La cuestión de los «pronombres» es mucho más compleja, interesante e instructiva que lo que pueden presumir los que, como Steinthal, tienen mentalidad de robustos expulsores del templo. Pues se puede probar documentalmente que los geniales primeros gramáticos griegos tuvieron una visión insuperablemente clara de la distinción *sematológica* entre mostrar y nombrar. Los estoicos y Apolonio Díscolo, según el testimonio de Steinthal [14], realizaron certeramente la distinción entre nombres y demostrativos, Apolonio con un ropaje ontológico algo distinto que los estoicos. Pero, evidentemente, no se trata de toda la metafísica que entra en juego en ello. Lo decisivo es el conocimiento de que sólo los nombres caracterizan su objeto como algo constituido de tal o cual manera, que sólo ellos aprehenden su objeto como un algo distinto de otras cosas, en su qué determinado (ποιότης), mientras que los pronombres se contentan, según Apolonio, con una deixis hacia el algo a que quieren refugiarse.

> Su esencia es... indicación hacia objetos presentes, o ἀναφορά, referencia a lo ausente, pero ya conocido. Mediante la δεῖξις hacia τὰ ὑπὸ ὄψιν ὄντα se origina una πρώτη γνῶσις, mediante ἀναφορά una δεύτερα γνῶσις. Y los pronombres personales son equiparados allí completamente a los demás. Los pronombres de primera y segunda persona son δεικτικαί; los de tercera persona, en parte déicticos y anafóricos a la vez, en parte anafóricos sólo (pág. 316).

Este es, como hemos dicho, un aspecto de la cuestión. Pero falta la consecuencia que el lógico tiene que sacar de ello y que nosotros extraeremos explícitamente. A los griegos les faltó la visión de la conexión histórica de las cosas; no sabían, como Brugmann-Delbrück, que todos los demostrativos indoeuropeos fueron probablemente en otro tiempo «partículas déicticas». Ya el inaceptable nombre «partículas», es decir, recortes del habla, que restan después de haber tratado sistemáticamente los elementos más nobles e importantes, no resulta ya hoy adecuado en la terminología. Pero, no obstante, existieron esas partículas y desempeñaron también evidentemente su función ya en un tiempo en que todavía no habían asumido el papel posterior de pronombres. Yo sostengo que esta antiquísima función que no

---

[14] *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*, 2.ª edición, II parte (1891), págs. 313 y 316.

se ha perdido, tiene que elevarse al rango de carácter diferencial de la clase.

Puede ser elevada a ello de un modo lógicamente irreprochable por una *doctrina de dos campos* y sólo por ella. Los demostrativos no necesitan el campo simbólico del lenguaje para realizar su función plena y precisa; pero necesitan el campo mostrativo y la determinación de un caso a otro desde el campo mostrativo o, como decían también Wegener-Brugmann: los momentos intuitivos de una situación verbal dada. Con los nombres las cosas pasan en este punto de un modo completamente distinto; pueden, ciertamente, recibir su sentido plenario emprácticamente (o como se decía antes: elípticamente) dentro de un campo mostrativo. Pero esto no es imprescindible, sino que en la frase representativa completa del tipo S → P aparece la representación lingüística desligada en alto grado de recursos auxiliares concretos de situación. Y los gramáticos griegos sólo tenían a la vista este caso ejemplar. Aquí se hace a cada una de las partes de la oración, no sólo con sentido, sino necesariamente, esta pregunta: ¿qué hacéis en la frase, cuál es vuestra función en ella? La respuesta resulta difícil para las «partículas» o incluso es imposible. Los demostrativos responden en su mayoría (pero no absolutamente todos): representamos a los nombres. Y, de hecho, las partículas protoindoeuropeas fueron llevadas *a ello* y equipadas *para ello* en el curso de la historia de la lengua cada vez más y de un modo más diferenciado. Pero les ha resultado bastante difícil, como prueba la historia de la lengua, acomodarse y adaptarse en cierto grado y mal que bien al sistema de casos de los nombres representados por ellos.

En la medida que lo han hecho tienen que tratarse en una sintaxis construida ordinariamente; y así se suele hacer desde hace dos mil años. Unicamente, en una teoría sintáctica semejante no puede uno contentarse, como es usual, con indicaciones *semánticas* como la de Brugmann-Delbrück, de que «representan cualesquiera conceptos». Nosotros mismos plantearemos en los últimos parágrafos de este libro la cuestión del papel de la anáfora en el período; éste es, a mi parecer, el análisis sintáctico adecuado de los demostrativos.

Pero por lo pronto sólo se trataba de su definición sematológica correcta, y para ello cada clase de palabras tiene derecho a ser aprehendida por el teórico en su peculiaridad; si, como los demostrativos, asume de un modo comprobado en el curso de la historia de la lengua funciones más recientes y entra en conexiones con otras clases de palabras, esto tiene que registrarse, pero no puede llevar a que se pierda de vista el momento esencial nunca omitido en su función. El procedimiento habitual conduce a interferencias con-

ceptuales y confusiones. Si se da a la clase, como es costumbre, el nombre de pila «pronombres», se presentan las «partículas» sin bautizar e imbautizables, que según prueba la historia de la lengua pertenecen también a la familia, y reclaman por ello; se presentan igualmente las conjunciones, que no son pronombres. Y lo que unas y otras tienen que decir reza con suficiente precisión y rigor: *demonstrare necesse est, stare pro nominibus non est necesse.*

8. La deixis en fantasma y el uso anafórico de los demostrativos. El segundo y tercer modo de mostrar

Con *este* y *aquel* (o *aquí* y *allí*, etc.) se remite a lo recién tratado en el discurso, con *el que* (*aquél que*) se anticipa lo que se va a tratar en seguida. Esto se llama desde antiguo anáfora. El que quiera medirla en toda su extensión no puede olvidarse de buscar también el momento del mostrar aun en las palabras en que está entremezclado con funciones gramaticales más especiales. Así, no sólo los pronombres relativos en el sentido estricto de la palabra, sino también las conjunciones indoeuropeas encierran un momento de mostración, y por cierto una mostración de algo que no ha de buscarse y encontrarse en lugares del espacio perceptivo, sino en lugares del conjunto del discurso. Como ejemplo, remito al alemán *da* en las diversas funciones que desempeña solo y en combinación con otras partículas. En el campo perceptivo es un demostrativo de posición; resulta anafórico en *darum* = *deshalb* y en *danach* (usado tanto en sentido temporal real como anafóricamente); y por último reaparece aislado como conjunción en oraciones de motivación (= porque), con lo cual no ha perdido en modo alguno el momento anafórico (hacia atrás o hacia adelante).

Con esta amplitud hay que tomar, creo yo, en el primer impulso el concepto de lo anafórico para no desgajar cosas históricamente conexas y tener en cuenta, efectivamente, el hecho total de la mostración. Dicho de un modo bastante sencillo: hay también una mostración de lugares en la estructura del discurso, y las lenguas indoeuropeas utilizan para esta mostración en buena parte las mismas palabras que para la *demonstratio ad oculos*. Sencilla (como decíamos), si no otra cosa, es así al menos la descripción de la situación: un orden allí en el espacio y sitios en él; un orden aquí en la fluencia del discurso y lugares en él, o partes del discurso, a las que se señala para referirse a lo mentado; y la referencia se realiza en conjunto con ayuda del mismo aparato de demostrativos.

Considerado psicológicamente, todo uso anafórico de los demostrativos presupone una cosa, que emisor y receptor *tienen presente la fluencia del discurso como un todo,* cuyas partes se pueden retener y anticipar [15]. Emisor y receptor tienen, pues, que tener presente ese todo de suerte que sea posible un recorrido, comparable al recorrido de la mirada por un objeto presente ópticamente. Todo esto no sorprende al psicólogo, pues sabe que no sólo la fluencia del discurso, sino también otras series acústicas con forma reclaman y permiten tal recorrido, reproducción y preconstrucción. La producción y audición adecuada de toda pieza de música, por ejemplo, requiere no precisamente lo mismo, pero sí algo parecido. Si suponemos, pues, conocidas tales operaciones en el ámbito de la llamada memoria inmediata o, mejor dicho, en lo inmediatamente retenido, está dada la base psicológica de la mostración anafórica; no necesitamos descubrir nada especial acerca de ello.

A menos que un agudo analítico averigüe ya aquí que la comparación, utilizada para explicar esto, del procedimiento lingüístico anafórico con lo que se puede observar en la percepción detallada de un todo musical o de un objeto ópticamente extenso, cojea de un pie. En realidad existen algunas diferencias notables. Ante todo, ni en un cuadro ni en la composición de una pieza de música hay *auténticos signos* que estén destinados exclusiva o principalmente a funcionar como indicadores de la mirada, comparables a los demos-

---

[15] El «anticipar» lo todavía no dicho es psicológicamente del todo comprensible desde que sabemos que por lo regular precede en nuestro pensamiento un esquema de frase más o menos «vacío» a lo que todavía está por cumplir. A lugares de este esquema apunta la referencia previa. Brugmann llama alguna vez a la referencia previa utilización «preparatoria» de los demostrativos, a diferencia de la anáfora retrospectiva. El nuevo término «preparatorio» no es muy agudo; cuando hay que distinguir, decimos nosotros referencia retrógrada y referencia previa (o retrospección y prospección). Si no habría que buscar una segunda palabra en el griego, y ésta sería *catáfora.* Los lingüistas griegos, decían, como nosotros, «arriba» y «abajo» en el texto (ἄνω y κάτω); tenían una buena razón para ello, teniendo en cuenta sus rollos de texto. Anotaremos este origen para el manejo teórico exacto de la anáfora y la catáfora; en la época de Brugmann se había perdido la comprensión del verdadero carácter de ambas; hay que restablecerla. Si la imagen verbal y los nombres obtenidos del texto óptico son traducibles sin violencia a la forma acústica de aparición del discurso, es una cuestión secundaria que siempre puede plantearse. En caso de que al remontar al pasado se vaya «hacia arriba», la prospección hacia el futuro tendría que dirigirse «hacia abajo». A no ser que los griegos se hubiesen representado el momento presente como un punto ínfimo, desde el cual por ambos lados se va «hacia arriba». Entonces la palabra única anáfora para ambas cosas se justificaría también desde la imagen sensible. ¿Cómo vemos propiamente los pueblos del globo terráqueo en el pasado y cómo en el futuro?

trativos anafóricos. Reconocemos esto y lo anotamos para una aclaración satisfactoria en el parágrafo final. Y este sencillo conocimiento nos servirá allí de clave para la comprensión de una de las más curiosas propiedades de las estructuras lingüísticas. Pero de momento es suficiente la comparación, en la medida en que *no cojea*; basta con la comprobación de que la representación lingüística emplea precisamente dentro de ciertos límites medios propios para provocar y *dirigir* la anticipación y la retención, operaciones que en los demás casos se realizan sin tales medios. Con qué grado de riqueza o pobreza se realice la mostración anafórica por medios dotados de forma es una cuestión especial de las lenguas individuales. La anticipación y la retención psicológicamente necesarias no pueden ligarse íntegramente a órdenes bien reguladas y reducirse a ellas solas. Sería por muchas razones irrealizable y además sumamente superfluo llevar sin libertad al receptor de un mensaje lingüístico complicado con los andadores de los demostrativos anafóricos. Basta con que esto ocurra en cierta medida. Esto es suficiente de momento sobre el fundamento psicológico de la referencia previa y retrospectiva. Pero con la anáfora sola no se ha dicho todo aún.

Si el psicólogo tropieza con cualesquiera funciones en el campo de la llamada retención *inmediata,* busca luego funciones análogas en el campo de retención no ya inmediata, sino *mediata,* es decir, en el campo de los *recuerdos* maduros y de la *fantasía* constructiva. Su expectativa de encontrarse también allí con los demostrativos no es defraudada, sino cumplida en una medida insospechada. También se cumple el presentimiento, suscitado por las observaciones bosquejadas por Brugmann, de que podría manifestarse allí de un modo especialmente puro y fácilmente comprensible desde el punto de vista científico un momento dramático fundado en la raíz de la representación lingüística. Queremos llamar a este tercer modo de mostración la *deixis en fantasma* [16]. Hay que distinguir, pues, de la *demonstratio ad oculos* la anáfora y la deixis en fantasma.

Es conveniente empezar el análisis psicológico con una confrontación del primer modo y el tercero, y dejar de lado la anáfora. Se diferencia, como veremos, en puntos decisivos de los otros dos modos de mostración, y sería incomprensible si no hubiera junto al campo demostrativo otro segundo, a saber: un campo simbólico del lenguaje, esto es, una sintaxis. Se puede expresar también esto diciendo

[16] Es un término que está menos expuesto a equívocos que el término «demostración anamnéstica», que se me ocurrió primero. Pues anamnéstica es también en el fondo la anáfora, y el momento propiamente *productivo* en el fantasma construido no es anamnéstico, sino que rebasa la función de la mera reproducción.

que la anáfora parece llamada en grado eminente precisamente a enlazar la mostración con la representación en sentido estricto. Es más conveniente tratarlas sistemáticamente sólo después de la teoría del campo simbólico del lenguaje, es decir, en el capítulo cuarto. Allí resultará claro que el contexto de un decir, que se va haciendo, se eleva él mismo a campo demostrativo, cuando mostramos anafóricamente; un fenómeno sumamente curioso y extraordinariamente característico de la representación lingüística. Los dos campos —campo demostrativo (real) y campo simbólico— del lenguaje son reunidos así (si vale la expresión) por un tercero, a saber, por el campo demostrativo contextual. Pero me parece más correcto lógicamente no caracterizar este tercero como un *nuevo* campo, sino como una subespecie del campo demostrativo único; pues sólo el momento de reflexión mediante la cual se adquiere es nuevo y peculiar. El decir, al irse haciendo, se vuelve, por decirlo así, sobre sí mismo hacia atrás o hacia adelante en el fenómeno de la anáfora; pero por lo demás son (prescindiendo de ciertas palabras reflexivas específicas) los mismos demostrativos los que se emplean allí y aquí.

1. *La «demonstratio ad oculos» y la deixis en fantasma, un problema psicológico*

Para responder con claridad a las cuestiones psicológicas sobre la deixis en fantasma, hay que tomar las cosas desde algo más lejos. Si uno quiere mostrar algo a otro, tienen que poseer ambos, el guía y el guiado, una medida suficiente de orientación armónica. De orientación dentro de un orden en el que tiene su lugar lo que se ha de mostrar. Para explicarlo toscamente, un guía de ciudad tiene que estar orientado en la ciudad, y un guía de museo en el museo, en que quieren mostrar esto y lo otro. ¿Y el guiado, o en otro caso el oyente? Se debe probar que también él, en el caso de las demostraciones lingüísticas, especialmente del segundo y tercer modo, tiene que aportar una buena porción de actividad propia y un cierto grado de orientación en el orden de lo que se ha de mostrar. Mientras sólo se trata de señalar mediante palabras como *aquí* y *allí, yo* y *tú*, algo que se puede encontrar con los ojos y los oídos exteriores, porque está presente en el campo perceptivo común, no hay que preocuparse especialmente del análisis más detallado de la orientación armónica del interlocutor en ese campo. Pensamos penetrar suficientemente con nuestro sano entendimiento humano las condiciones dadas, creemos comprender cómo y por qué el receptor encuentra lo que señala el emisor. Los recursos naturales (prelingüísticos) de que disponen para

ello fueron indicados y analizados en la medida en que los conocemos. Sobre esto no hay que añadir aquí nada.

Pero las circunstancias cambian de golpe, por lo visto, cuando un narrador lleva al oyente al reino de lo ausente recordable o al reino de la fantasía constructiva y lo obsequia con los mismos demostrativos, para que vea y oiga lo que hay allí que ver y oír (y tocar, se entiende, y quizá también oler y gustar). No con los ojos, oídos, etc., exteriores, sino con lo que se suele llamar para distinguirlo de ellos, en el lenguaje usual y también por comodidad en la psicología, ojos y oídos «interiores» o «espirituales». Las circunstancias *tienen* que ser allí distintas, según parece, porque aquellos recursos prelingüísticos que son imprescindibles para la *demonstratio ad oculos* no existen en la mostración en fantasma. El que es guiado en fantasma no puede seguir con la mirada la flecha de un brazo con el índice extendido por el hablante, para encontrar *allí* el algo; no puede utilizar la cualidad espacial de origen del sonido vocal para hallar el lugar de un hablante que dice *aquí;* tampoco oye en el lenguaje escrito el carácter de la voz de un hablante ausente, que dice *yo.* Y sin embargo le son ofrecidos esos y otros demostrativos, en rica multiplicidad, incluso en el relato intuitivo acerca de objetos ausentes y por narradores ausentes. Ábrase cualquier descripción de viajes o una novela, para encontrar confirmado lo que hemos dicho, en líneas generales, en la primera página. Lo más fino psicológicamente que hay en ello exige ciertamente más reflexiones para comprenderlo científicamente.

El problema psicológico central es, pues, *cómo* es posible tal guiar y ser guiado en lo ausente. Pero, como suele ocurrir muchas veces en la ciencia, el investigador que quiere conocer esa realidad más remota se ve retrotraído radicalmente por las cosas mismas a algo que creía conocer ya perfectamente, a saber: a la mostración de lo presente. Aquí tiene que considerar las cosas una vez más con otros ojos, para estar equipado para la investigación ulterior. Hasta ahora hablábamos con total ingenuidad de un espacio perceptivo común como un orden en que todo está junto: objetos por mostrar, emisor y receptor de las indicaciones mostrativas, y en el cual los dos interlocutores en contacto se comportan de un modo armónico y lleno de sentido. El juego recíproco, la armonía de esa conducta no es tan obvia como el psicológicamente ingenuo puede creer. Pero no queremos tratar aquí los últimos problemas gnoseológicos que los hechos plantean, sino contentarnos con una descripción, lo más sencilla posible, de la orientación de A y B, de los dos interlocutores en su espacio perceptivo.

Esto es necesario porque se comprueba que esta orientación entra en juego e interviene *in toto* en el «espacio de la fantasía», en el reino del «en cualquier parte» de la fantasía pura y en el reino del «allí y

allí» del recuerdo. El supuesto de que nace el asombro acerca de la posibilidad de la deixis en fantasma es en buena parte falso. No es exacto que los recursos mostrativos naturales en que se basa la *demonstratio ad oculos* falten *íntegramente* a la deixis en fantasma. Sino que lo que ocurre es que el hablante y el oyente de una relación intuitiva de cosas ausentes poseen los dones y recursos que permiten al *actor* en la escena hacer presente lo ausente, y al *espectador* de la comedia interpretar lo presente en la escena como una mímesis de lo ausente [17]. El lenguaje «gráfico» está orientado totalmente hacia esa representación ficticia, y sólo en la medida en que la utiliza el lenguaje se debería denominar a éste gráfico. Unicamente, no tiene que ser exactamente lo mismo *en todos aspectos* lo que el actor hace, sino que hay además una segunda posibilidad, que es cultivada por el épico. *Quod erit demonstrandum.*

2. *La orientación subjetiva en el estado de vigilia y sus componentes*

El que está siempre en estado de vigilia y «en sí», se encuentra orientado en su situación perceptiva dada, y esto quiere decir por lo pronto que todos los datos sensoriales que afluyen a él están incardinados en un orden, un sistema de coordenadas, cuyo origen (punto de partida de la coordinación) es aquello a que remiten los demostrativos *aquí, ahora, yo.* Estas tres palabras tienen que situarse a la vez en el punto fijo de la ordenación que queremos describir. El hecho de la orientación en vigilia se estudia en psicología vivencial en diversos capítulos, que hay que extractar con vistas a una sinopsis para procurarse las informaciones imprescindibles para toda teoría del lenguaje seria, del tesoro de lo científicamente comprobado. No hace falta para ello demasiado saber libresco, y lo más grueso puede obtenerlo todo el que esté instruido fenomenológicamente, con esa naturalidad que de cuando en cuando está en su lugar en medio de una ciencia, aun a simple vista y en los fenómenos cotidianos mismos. Puede ponerse en claro, por ejemplo, la diferencia entre el estar en sí de la vigilia y la forma de arrobamiento, bien conocida de todos nosotros, en el sueño. Hay también otras formas de «arrobamiento» (de éxtasis) en las que no necesitamos detenernos aquí.

Sólo una de ellas queremos tocar de pasada, porque se pueden ofrecer a propósito de ella aclaraciones instructivas desde el punto de vista metódico; se trata de las perturbaciones del estar en sí de los enfermos y heridos. Cuando uno se encuentra, como el médico junto

---

[17] Ejemplos acerca de esto, tomados de observaciones teatrales, en mi libro *Teoría de la expresión*, especialmente págs. 59 y ss.

al lecho del enfermo, en la situación de averiguar si otro está *en sí,* sólo se requiere cierta medida de habilidad natural o práctica en tales cosas para formularle las primeras preguntas de *test* usuales. Cómo puede hacerse esto en concreto, se determina en líneas generales si se puede entrar en contacto verbal *de alguna manera* con el sujeto de la prueba, y más en detalle si responde y reacciona a la mostración prelingüística y lingüística del modo usual para todos nosotros. Esto manifestará si el sujeto de la prueba inscribe o no en el sistema *aquí-ahora-yo,* como el que está en sí, los datos perceptivos hacia los que lo orientamos o que le proporcionamos artificialmente. Tiene que desprenderse de sus reacciones, lingüísticas u otras, si aprehende lo blanco en torno suyo como cama y paredes de la habitación y se encuentra a sí mismo en un lugar determinado de ese todo espacial, o no. Tiene que desprenderse si puede no sólo decir *yo,* sino también pensarlo, y cuáles y cuántos de sus datos de la memoria enlaza ordenadamente con ese sí instantáneo. Sólo una cosa más: es esencial a una prueba semejante el poder reducir las pretensiones de acuerdo con la situación. Con recursos puramente behaviorísticos se consigue ya poner en claro con el lactante humano o con animales si poseen o no la orientación correspondiente a *su* estadio evolutivo en la situación perceptiva. Poseen evidentemente una orientación práctica los lactantes humanos y los animales en su grado y para su sistema de acciones.

3. *La orientación espacial y el decir mostrativo*

Ahora, algo más sutil acerca de las *componentes espaciales* en esta orientación total del hombre despierto que está en sí. Somos «animales videntes», es decir, el espacio visual no es ciertamente todo, pero está sin embargo en el primer plano de la orientación espacial en nosotros los hombres videntes. También en el procedimiento mostrativo de la comunicación lingüística, como hemos «visto» a propósito de Brugmann. ¿Cómo proceden los psicólogos cuando ha de describirse el espacio visual (vivido)? Los fenomenólogos del espacio visual más antiguos, como Hering y Hillebrand, Helmholtz, Bourdon, Witasek y otros, sólo conocían un punto de partida y una dirección de avance del análisis científico. Supongamos que todo está en reposo, las cosas en torno igual que nosotros mismos (todo el cuerpo, la cabeza y los ojos), y que no se ve con los ojos, sino por lo pronto sólo con un ojo inmóvil; que no se «mira», sino que sólo se reciben los datos espaciales que se ofrecen e imponen a ese ojo desde un campo visual dispuesto de esta o aquella manera. Este parecía a los más

antiguos ser el único punto de partida adecuado de la investigación. Los dos ojos y los movimientos de toda índole sólo se introducían luego secundariamente y paso a paso, como condiciones que complicaban la visión espacial. Pues bien, debemos lo bastante a aquellos primeros exploradores para estar seguros de que ese punto de partida no era falso.

Pero sabemos igualmente bien que el análisis puede comenzar, tan irreprochablemente desde el punto de vista metódico, por el otro extremo, incluso tiene que comenzar, acaso, para controlar y completar los hallazgos. Supongamos, pues, que uno que debe informarnos pasea libre y despreocupadamente, por ejemplo, desde la estación de una ciudad extraña hasta los rincones y el ajetreo vivo de las calles. Después de algún tiempo puede darnos indicaciones de las cuales podemos partir igualmente en el capítulo «orientación espacial». Puede ocurrir que nuestro paseante vacile, porque tiene que volver y ha perdido la orientación hacia la estación; o bien puede indicar la dirección y distancia de la estación con suficiente exactitud para la práctica. Ambas cosas son, si se entienden y meditan bien, de interés científico. Si permaneció orientado, tenemos delante una función que conocemos potenciada por relatos acerca de guías humanos en la estepa, y de un modo más impresionante, pero quizá más fácilmente comprensible aún desde el punto de vista teórico, a propósito de otros seres vivos bien orientados; los caballos saben volver, y las aves, y también las hormigas, abejas y avispas.

Reúno aquí esta abigarrada lista de sabedores para indicar así que el teórico del lenguaje que quiera informarse seriamente no debería sumergirse y perderse en los detalles fisiológicos, que difieren de cien maneras si se recorre toda la serie animal y la facultad humana de orientación espacial. Pues, realícese como se quiera, en todos los casos queda en pie un hecho central: que funciona un aparato registrador y el viviente así equipado tiene a su disposición una especie de *tabla de orientación* para su conducta práctica. Si bien cada uno de ellos se mueve a su manera, según su *sistema de acción,* comprobamos mediante observaciones sencillas el hecho de que todos los llamados seres vivos están orientados en sus acciones certeramente, con mayor o menor amplitud, hacia determinados datos locales objetivos o direcciones espaciales, importantes para la vida del animal o del hombre.

Y cuando uno de los vivientes orientados de este modo, a saber, el hombre, abre la boca y empieza a hablar déicticamente, dice, por ejemplo, *¡allí tiene que estar la estación!,* y adopta transitoriamente la actitud de un indicador. El léxico de palabras que reciben sus valores en un campo de la misma orientación no está agotado ni con mucho con el *allí.* Cuando ese mismo hombre usa palabras como *adelante-*

atrás, derecha-izquierda, arriba-abajo, resulta patente un nuevo hecho, a saber, el hecho de que, en *relación* con su orientación óptica, también *siente su cuerpo* y lo coloca en disposición mostrativa. Su *imagen táctil corporal* (consciente, vivida) está en relación con el espacio visual. La orientación espacial no puede ser en ningún caso, en el animal ni en el hombre, asunto del sentido de la vista sólo, pensado aisladamente. Si así fuera no comprenderíamos una multitud de hechos bien conocidos. En el caso del hombre sabemos que aquel aparato registrador ya mencionado recibe y utiliza datos de los sentidos de la vista, el tacto y el oído *juntamente,* y que se ponen también en cuenta aportaciones propias procedentes de ciertos movimientos peculiares de nuestra cabeza y nuestro cuerpo, aportaciones de la llamada cinestesia. Entre otras cosas, el gran regulador del aparato «estático» de los canales semicirculares, que no puede olvidarse en la enumeración. Y por lo que se refiere en particular a la combinación de orientaciones visuales e imagen táctil corporal, con que hemos tropezado, hay que explicar algunos hechos bien conocidos, que son de extremada importancia para una comprensión analítica del procedimiento lingüístico de mostración. Los reproduciré en el apartado siguiente con todo el relieve posible.

4. *La variación del origen en la imagen táctil corporal*

Se sabe, ante todo, que el origen, el punto de partida de coordenadas de las direcciones visuales, *varía* en la imagen táctil corporal. El aquí intuitivo, incluso cuando se lo piensa de modo predominante ópticamente, no está siempre, para decirlo en pocas palabras, en el mismo sitio, en la imagen táctil corporal. Se produce ya un desplazamiento fundamental cuando se pasa del campo visual del ojo único al campo visual unitario de los dos ojos. Es éste un hecho que ya era conocido para los fenomenólogos del espacio más antiguos; Hering propuso, para fijarlo, la construcción teorética de un ojo ciclópeo en el nacimiento de la nariz. De hecho vemos las visuales binoculares unitarias «desde allí», las vemos como si cada uno de nosotros fuese un Polifemo con un sólo ojo cíclope. A propósito de lo cual un admirador doctrinario de los griegos puede demostrar con cuánto sentido humano crearon sus figuras fantásticas, mientras un médico moderno llega a reflexiones igualmente importantes en otra dirección. El hecho es de mucho mayor alcance de lo que a primera vista puede presumirse [18].

---

[18] Este hecho, tal como Hering y otros lo han confirmado experimentalmente, no es tan universalmente válido como suponían los más antiguos. Pues

Ante todo —así se siente uno tentado a describir sumariamente las cosas—, con este primer paso se *relaja* ya la estricta *vinculación orgánica* de la «imagen intuitiva» o «imagen perceptiva» en el sentido de Brugmann, respecto de aquella ordenación final, como se la ha de tomar en la teoría del lenguaje. Y esta liberación progresa y se la puede seguir paso a paso. Sólo el que ha seguido alguna vez ordenadamente con el pensamiento estos pasos de liberación es capaz de comprender por sí mismo la multiplicidad, aparentemente arbitraria y abigarrada, de los demostrativos y del procedimiento de mostrar, de que nos han dado tanta información los investigadores de lenguas exóticas, extrañas a nosotros. Los hablantes de aquellas lenguas no son tan distintos de nosotros como parece. Lo relativamente poco de que yo mismo pude tener noticias literariamente, por ejemplo las curiosas clases de demostrativos en muchas lenguas indias, pueden reducirse en su integridad psicológicamente y, lo que es lo más importante, *sistemáticamente* a lo que todos nosotros podemos observar y perseguir acá y allá en nosotros mismos. Los psicólogos lo han hallado y descrito, sin tener sospecha de que hay lenguas que han elevado esto, y lenguas que han elevado algo distinto a procedimiento general de mostración. Me limitaré en mi exposición a trazar esquemáticamente los mencionados pasos de liberación de la conciencia espacial de su vinculación orgánica extrema y más estricta, y sólo presento lo que ha sido descubierto y registrado por psicólogos fidedignos en las más diversas investigaciones.

Se han encontrado fenómenos, también casi totalmente en el campo de la llamada percepción pura, que se fijan del modo más sencillo cuando se continúa y concluye la construcción teórica del desplazamiento del *aquí* óptico en la imagen táctil corporal. Hay casos en que ya no determinamos y «percibimos» el delante-detrás, etc., directamente desde el ojo, sino en relación con el globo de la cabeza. La cabeza tiene también en nuestra propia imagen táctil corporal su *delante-detrás, derecha-izquierda,* y este sistema ha resultado ahora también norma para lo óptico. G. E. Müller lo llama simplemente el sistema de las *coordenadas de la cabeza.* Otra cosa es cuando se deja en libertad, por decirlo así, la cabeza, y se hacen relevantes las *coordenadas*

---

se ha demostrado recientemente que muchas personas *prefieren* habitualmente las visuales de un ojo. Hay ojidiestros y ojisiniestros, como hay diestros y zurdos. Un ojidiestro ve habitualmente las visuales binoculares desde su ojo derecho. Esto restringe un poco la importancia de la construcción de Hering, pero no la descarta en principio. El predominio de la visión con el ojo derecho o izquierdo se ha esforzado especialmente para aclararlo W. R. Miles; sus resultados pueden leerse cómodamente, en un contexto más amplio, en *The Journal of General Psych.*, 3 (1930), págs. 412 y ss.

del pecho, y finalmente si cabeza y busto quedan en libertad y la porción de pierna y pelvis de la imagen táctil corporal asume el papel de un sistema de coordenadas. Entonces es delante hacia donde la pelvis y la rodilla y el paso «tienden», mientras que permanece irrelevante hacia dónde puedan volverse ojos, cabeza y busto. Este es el sistema más importante de las *coordenadas del punto de vista.*

No necesitamos preocuparnos más del detalle de las observaciones psicológicas correspondientes; es claro que alternativamente resulta decisivo esto o aquello en la imagen táctil corporal y se ordenan los datos ópticos. No necesitamos en rigor más. A no ser que se agregue aquí en seguida la referencia a un salto de la orientación espacial intuitiva que va aún más allá, el salto de la orientación *egocéntrica* a la *topomnéstica,* como se la ha llamado. Como una especie de transición hacia ello puede considerarse el importante caso en que, por ejemplo en un vehículo (coche, barco, locomotora, auto), se verifica inmediatamente la orientación, y no sólo mentalmente, sino de un modo forzosamente intuitivo, según la dirección habitual del movimiento de la cosa. Exactamente igual, naturalmente, que en el animal y en el otro hombre. Cuando un profesor de gimnasia, de frente y cara a cara con la serie de gimnastas puestos en fila, da órdenes, la voz de mando *derecha* o *izquierda* se da y se entiende convencionalmente en la orientación de los gimnastas. Este es un caso ejemplar que hay que tener en cuenta para explicarse la extrañamente fácil *traducibilidad* de todos los valores de campo del sistema de orientación y del sistema indicativo verbal de una tabla de orientación a otra.

Esta fácil traducibilidad contiene ya las condiciones previas para el paso a la llamada orientación espacial «topomnéstica». Y ésta está viva dondequiera que usualmente se hace intervenir en todo, por ejemplo, los puntos cardinales (Norte-Sur, Este-Oeste) o cosas análogas. Perseguir exactamente la orientación topomnéstica, a través de ésta, partiendo de la egocéntrica, más allá de los casos más fácilmente comprensibles, estaría expuesto, en el estado de nuestros conocimientos actuales, a especulaciones que queremos evitar. Cerramos, pues, con esto la exposición del análisis psicológico de la orientación espacial normal del hombre despierto en su situación perceptiva dada.

5. *La orientación temporal*

Sobre la componente *temporal* que se da también en ello y se sigue del *ahora* intuitivo, sólo se conocen por observaciones exactas pocos detalles interesantes. Si alguna vez los lingüistas extraen lo psicológico

del material que les está confiado, aparecerá mucho más que los psicólogos han hallado hasta hoy. Que el «ahora» intuitivo es utilizado normalmente por el lenguaje como punto de partida de las determinaciones temporales, puede verse de un modo bastante sencillo, por ejemplo, en el sistema de las conjugaciones indoeuropeas. La palabra aislada *ahora* indica, como el *aquí,* su mismo valor de posición, cuando se la pronuncia. No necesita, como tampoco el *aquí,* ser pensada como punto inextenso (matemático), como límite en el sentido estricto de la palabra, sino que puede admitir en cada caso, según el «ya no ahora» copensado, una extensión pequeña o también arbitrariamente grande. Así como un cristiano creyente dice *aquí* e incluye el más acá entero (la superficie terrestre o más todavía), uno que piensa en eras geológicas puede incluir en un «ahora» todo el período posterior a la última época glacial. Y lo mismo que el aquí, también el ahora en fantasma puede ser *trasladado* a cualquier situación, que no pertenece ya a esto, sino al objeto del capítulo siguiente. Las lenguas indoeuropeas nos demuestran con su pluscuamperfecto y el *futurum exactum* una posibilidad en el dominio de los tiempos, cuyo análogo en el dominio del espacio estudiaremos (véase más adelante el tercer caso principal). Si en alguna lengua extraña ocurren las cosas de un modo muy distinto con la sección normal del tiempo por el ahora, me es desconocido. De un modo puramente constructivo, un psicólogo podría preguntar a los conocedores si existe en alguna parte un paralelo de la orientación espacial topomnéstica. Tendría que ser una orientación temporal que tendría sus puntos cero, desde los que se determina hacia adelante y hacia atrás, en uno o varios puntos fijos objetivos en el curso del año (solsticio, etcétera) o del día (salida, puesta del sol, etc.). Sé muy bien que en los *cómputos de tiempo,* por ejemplo en el calendario romano, ocurre algo semejante; la pregunta tenía otro sentido: si de un modo mucho más primario y antes del establecimiento de un calendario se manifiesta ya algo comparable en los modos lingüísticos de mostrar y en los demostrativos.

Sobre el yo como origen natural de coordenadas de la «concepción del mundo» en el sentido literal del nombre y cómo adquiere forma lingüística, se ha dicho ya algo, que en lo que sigue se profundizará y ampliará.

6. *Los tres casos principales de una deixis en fantasma*

Después de esta ineludible labor previa, planteamos ahora renovada la cuestión de los fundamentos psicológicos de la deixis en fantasma.

Tomadas las cosas con exactitud, habría que indicar todavía de antemano que no pertenecen a esto todas las llamadas representaciones del recuerdo y la fantasía, que apoyan, acompañan y en parte realizan nuestro hablar propio y nuestra comprensión del lenguaje. Más bien hay «imágenes» e «imagencitas» (como podría decirse), que por toda su disposición tienen que separarse de las *actualizaciones de situación* cerradas (así queremos llamar al segundo grupo). En el segundo caso aparecen situaciones de recuerdo y fantasía de carácter semejante a la percepción y sustituyen el carácter dado primario de las situaciones perceptivas. Aquellas otras, las imágenes e imagencitas que surgen esparcidas acá y allá en el curso del pensamiento y vuelven a desaparecer como ilustraciones momentáneas a esta o aquella palabra o idea, no proporcionan *recursos mostrativos*. Pertenecen, desde el punto de vista lingüístico, al campo de las determinaciones realizables intuitivamente de objetos *nombrados,* y sólo pueden ser aprehendidas psicológicamente y comprendidas dentro del marco de una teoría del campo simbólico del lenguaje, según su modo de aparecer y su función. Tampoco se habla aquí de metáforas y alegorías verbales; todo esto es capítulo aparte.

Aquí deben ocuparnos los fantasmas de situación en los que se «muestra». Para llegar pronto al fin, sólo quiero responder a una cuestión, qué ocurre cuando un hombre despierto y que está en sí (por tanto no un soñador) hablando y describiendo él mismo o como oyente (lector) «se hunde» en recuerdos o emprende viajes fantásticos y realiza construcciones fantásticas [19]. ¿Qué ocurre con el mostrar lingüístico que él mismo lleva a cabo o que sigue en fantasma? De acuerdo con nuestra estipulación, no debe estar en el verdadero sentido de la palabra arrebatado a su situación perceptiva presente. Y un hombre normal no suele estarlo; no se vive, por ejemplo, la vuelta a los asuntos cotidianos y a lo que requiere el momento, en absoluto, como un auténtico despertar de un sueño, cuando alguna vez en el día se ha recibido una descripción gráfica de viaje o una escena novelesca. Este y algunos otros criterios permiten distinguir con bastante precisión el efectivo arrobamiento de una «trasposición» por vivaz que sea, en que se conserva completamente el estar en sí.

He dicho *trasposición* y con ello he tocado ya de antemano el segundo caso principal que puede surgir. Dicho alegóricamente, se trata de que Mahoma vaya a la montaña o la montaña vaya a Mahoma. Y la montaña, dicho sea de paso, en muchísimos casos de la vida se porta mucho más dócilmente que en la fábula. Con frecuencia, lo representado, especialmente cuando se trata de cosas móviles como

[19] Así está ya planteada y contestada la cuestión en la 4.ª ed., refundida por mí, de los *Grundzüge der Psychologie,* de Ebbinghaus, vol. I, 1919, págs. 585 y siguientes. Allí se citan también los trabajos originales en que se funda la respuesta. Unicamente, todo esto, como he dicho, está bosquejado aún sin una aplicación a los hechos de la mostración lingüística, por lo cual falta también la perspectiva de la anáfora.

personas, viene hacia nosotros, esto es, entra en el orden perceptivo indicado, y puede allí ser si no «visto» sin más, al menos localizado. Hay las gradaciones más numerosas, como se sabe hoy por los hallazgos de la eidética, entre el percibir habitual con los ojos corporales y la aparición habitual del objeto representado ante los llamados ojos del espíritu. Pero estas gradaciones nos interesan aquí programáticamente menos que el simple hecho de que también el objeto representado que aparece de forma usual (no eidética) ante los ojos del espíritu puede recibir un lugar delante, al lado o detrás de mí, y directamente entre las cosas de la habitación en que me encuentro, las cosas que en parte percibo, en parte represento. El que quiera experimentarlo, intente por ejemplo, si puede colocar representativamente aquí o allá un mueble familiar en el espacio perceptivo vacío, donde nunca ha estado; si mirando hacia allí puede decidir hasta dónde llegaría en altura y anchura y qué aspecto tendría en el ambiente total.

Según los resultados de un trabajo de L. Martín pueden hacer esto muchas personas; y si en el experimento no lograban, por ejemplo, poner intuitivamente ante sí encima de la mesa percibida un florero representado, los más sabían, sin embargo, dar cuenta de una localización clara en otros casos, en que la montaña había ido a ellos en cualquiera de las formas posibles de aparición. Algunos que en semejantes casos no encuentran en sí nada óptico, saben, sin embargo, por ejemplo, que la voz del amigo, de que se puede tratar en el recuerdo, oída interiormente, parecía venir ahora ante ellos de la derecha o de la izquierda. Se actualiza uno una palabra, coloquial, se la oye interiormente en el tono de voz del conocido y se sorprende en ello que sonaba como si él, el que dice esa palabra, hubiese estado de pie junto a nosotros al lado de la mesa y nos la hubiera dirigido desde allí. Basta acerca de esto. Este *primer caso principal* se presenta en muchas variantes y hay que considerarlo típico.

Exactamente lo contrario aparece en el *segundo caso principal,* en que Mahoma va a la montaña. Tras un característico preludio de vivencias o inmediata y súbitamente se encuentra uno trasladado en la representación al lugar geográfico de lo representado, se tiene lo representado ante los ojos del espíritu desde un punto de recepción determinado, que se puede indicar y en el que se encuentra uno mismo en la representación. Cuando se vuelve uno en la representación, se ve lo que antes estaba a la espalda; cuando se desplaza uno, se vuelven a ver representativamente las cosas como otra vez en el desplazamiento real. Pero es mucho más cómodo y rápido hacerse trasladar de un brinco, como en el cuento, a nuevos sitios hacia los que el pen-

samiento siempre se apresura. Una técnica de narración que es adecuada a la capacidad infantil y el cine moderno tratan muchas veces de ayudar a la representación como tal; en las *Mil y una noches* se eleva uno por el aire con un ave prodigiosa; el cine conduce rápidamente a través de unas cuantas imágenes superpuestas de un sitio a otro. El análisis de J. Segal, en cuyo trabajo me apoyo aquí, entre otras cosas, encontró analogías a todo esto en la vivencia de sus observadores adultos y ejercitados.

Sólo una cosa más, que suena muy extraña la primera vez que se oye, pero es completamente segura y se puede construir teóricamente. Hay un caso intermedio entre permanecer aquí e ir allí; la montaña y Mahoma se quedan cada uno en su lugar, pero Mahoma ve la montaña desde su puesto de percepción. Este *tercer caso principal* es la mayoría de las veces una vivencia inicial hábil e inconsciente. Su carácter distintivo es que el que la vive es capaz de indicar con el dedo la dirección en que lo ausente es visto por los ojos del espíritu. Aproximadamente, como nuestro transeúnte indica la dirección hacia la estación. Pregunto, por ejemplo, a 500 oyentes en la clase: «¿dónde está la catedral de San Esteban?», y aproximadamente se levantan 300 dedos índices y señalan (con diversas desviaciones interesantes) en el espacio del aula. No es muy frecuente, como hemos dicho, este tercer caso principal en descripciones fantásticas algo complicadas y cerradas en sí mismas. El país de los cuentos está, dicho psicológicamente, en alguna parte que no está con el aquí en una relación que pueda indicarse. Pero también puede ser de otro modo y quedar fijado el tercer caso principal.

Todo junto nos hace comprensibles muchos rasgos descritos minuciosamente por Segal a propósito del desplazamiento en la representación. Se comprende también, para decirlo una vez más, mucho de la técnica de la narración y del sencillo placer de representar que prepara el cuento, únicamente cuando se estudia con más precisión lo que aquí sólo se ha bosquejado alusivamente. Y desde los cuentos de Grimm con su sencilla técnica de orientación, fácilmente penetrable psicológicamente, tiene que haber diversos caminos y transiciones hacia técnicas de narración más refinadas, que nosotros los psicólogos no conocemos, por cierto, científicamente en detalle. Pero por muy diversamente que puedan proceder estos narradores refinados, me atrevo a afirmar, mientras no se demuestre lo contrario, que puede reducirse esquemáticamente a los tres casos principales mencionados todo lo que creen en cuestión de orientación de la fantasía y deixis en fantasma.

7. *Reducción psicológica.*

Ahora es la ocasión de pensar que en la ciencia aun las imágenes más acertadas, que provisionalmente son inevitables y prestan buenos servicios, tienen que sustituirse finalmente por conceptos. La fábula de Mahoma y la montaña proporcionó a la descripción una imagen cómoda, y también hablar de «trasposiciones» en la representación es metafórico. ¿Pueden resolverse estas imágenes y sustituirse por conceptos? Creo que sí. Pensemos otra vez en el hecho de que el origen de las visuales, el aquí intuitivo, se «desplaza» en conexión con la imagen táctil corporal. El que va a pie, a caballo o en coche suele estar orientado en un paisaje de manera que la dirección del movimiento vivida es decisiva y determina su «delante». Ya esta orientación implica, si se mira con más atención, la decisiva liberación de la posición corporal *momentánea* y requiere en ciertas circunstancias la trasposición a una actitud ficticia, cuando el que se mueve debe indicar el «derecha e izquierda» en que el paisaje es dividido por la dirección de su movimiento. Se adquiere clara conciencia de semejantes actitudes cuando en el relato se habla, por ejemplo, de las márgenes derecha e izquierda del Rin o del Sena; todos saben que tales indicaciones del narrador ocasionan a veces dificultades al lector. El lector tiene que preocuparse a menudo y situarse y trasladarse interiormente por su cuenta para realizarlas acertadamente, y hay más de una técnica para llevar esto a cabo. Pero, en todo caso, todo el que lo consigue gracias a una trasposición siente que en fin de cuentas su *imagen táctil corporal momentánea* participa en ello. Colonia : Deutz — izquierda del Rin : derecha del Rin — cuando mediante una reflexión me doy cuenta claramente de esa relación, advierto la disposición de mis brazos a funcionar *hic et nunc* como indicadores. Los hechos de la trasposición en la representación, si no me engaño, tienen que recibir su explicación científica de observaciones de este tipo. Así ocurre que si Mahoma se encuentra «traspuesto» a la montaña, su imagen táctil corporal presente se enlaza con una escena óptica fantaseada. Por esto puede, como hablante, emplear los demostrativos de posición *aquí, ahí, allí* y las indicaciones de dirección *delante, detrás, a la derecha, a la izquierda,* exactamente igual en fantasma que en la situación perceptiva primaria. Y lo mismo vale para el oyente.

El oyente los entiende si él mismo está «traspuesto» de un modo análogo, es decir, si su propia imagen táctil corporal presente está ligada a una escena fantástica óptica correspondiente. Texto: «Pasas en Viena por el Graben junto a la Pestsäule hasta el Stock im Eisen y de pronto tienes delante un poco a la izquierda la catedral de San

Esteban». El que ha estado allí, se desplaza a la vez y ve las cosas que recuerda. El que no ha estado allí, pasea por una ciudad sustitutiva que conoce, por Estrasburgo o Friburgo de Brisgovia. El mínimo exigible de armonía entre el guía y el guiado varía según los detalles que deben mostrarse. El más pobre esquema de una calleja con una perspectiva en la esquina basta siempre para realizar el nudo sentido de los demostrativos, y (lo que es lo principal) las coordenadas de todo el campo mostrativo son constantes porque forman la férrea consistencia de la orientación de todo hombre despierto en su situación perceptiva presente.

Ahora resulta claro lo que queríamos decir al afirmar que es un error admitir que a la mostración en fantasma le faltaban los recursos mostrativos naturales. No le faltan porque existen como trasposiciones, y en esa medida, y toda persona «traspuesta» «lleva consigo», dicho de un modo figurado, la imagen táctil corporal presente. La lleva consigo en el segundo caso principal (trasposición); conserva de antemano la imagen táctil corporal presente junto con su orientación perceptiva óptica en el primer caso principal e incluye lo fantaseado. El tercer caso principal aparece como un todo aditivo o, dicho de otro modo, como una superposición de dos localizaciones, de las cuales una ha de incorporarse conceptualmente al primer caso principal, y la otra al segundo. Hasta qué punto se puede superponer o combinar de cualquier otro modo, es una cuestión abierta desde el punto de vista puramente psicológico. Esperamos aclaraciones acerca de esto de los conocedores de las lenguas y de las perturbaciones centrales del lenguaje.

8. *Las trasposiciones. Procedimientos dramático y épico*

Apenas es necesario demostrar que lo dicho abre un horizonte de cuestiones ulteriores para la psicología del lenguaje. Para perseguir sistemáticamente con el pensamiento expreso la situación bosquejada, que los psicólogos han establecido, habría que poner a prueba *todos* los fenómenos lingüísticos, para ver si implican o suponen, y en qué medida, uno de los tres casos principales de presentación de lo ausente. Pero, en último término, sea cualquiera el caso principal que se dé, siempre ocurre que lo ausente se enlaza con la orientación de los interlocutores en su situación perceptiva, imprescindible para el intercambio verbal ordenado, o se incluye en ella. Hay en curso un fino juego de *trasposiciones,* apenas atendido todavía por los adultos, en que siempre demostramos lingüísticamente en fantasma. Persíganse, por ejemplo, para volver a hacerse visible en alguna parte lo

inadvertido, los demostrativos de posición de Brugmann en un texto apropiado, una narración gráfica. Supongamos que el héroe es enviado a Roma y el autor tiene que elegir si al narrar debe emplear un *allí* o un *aquí*. «*Allí* daba vueltas todo el santo día por el foro, *allí*...» Igualmente podría decirse *aquí*; ¿cuál es la diferencia? El *aquí* implica una traslación de Mahoma a la montaña, mientras que un *allí* en semejante contexto finge el tercer caso principal.

Otra cuestión es si cada lector sigue o no exactamente las indicaciones lingüísticas. Para un oyente o lector que haya pasado al menos por su época de cuentos y «allí» se haya entrenado previamente, resulta tan fácil una cosa como la otra. Realiza la visión lejana desde su lugar perceptivo o desde un lugar fantástico tan fácilmente y sin reparar en ello, como realiza, por ejemplo, las indicaciones del pretérito y futuro de las lenguas indoeuropeas desde su ahora intuitivo o desde otro punto fijo de la línea temporal fantaseada. El pluscuamperfecto o el futuro perfecto (*futurum exactum*) «*necaverat* o *necaverit eum*» determinan el proceso tal como podrían conocerlo como realizado el hablante y sus oyentes desde el ahora, a través de una trasposición intermedia. Que el punto de trasposición indicado posteriormente en el texto esté en el pasado o en el futuro, no constituye la más mínima diferencia desde el punto de vista de los requisitos de la fantasía. Hasta dónde pueden llegar las lenguas en general con tales requisitos de trasposición combinados y acumulados no se puede prever psicológicamente por ahora [20].

Ciertamente, el teórico reconoce la importancia central de las trasposiciones y técnicas de trasposición en uno y otro sentido. El hombre sólo puede presentar a otro en fantasma lo ausente con recursos lingüísticos, porque hay trasposiciones. Si en un relato (en el caso límite más sencillo que se puede imaginar) no se trata de otra cosa que de la reviviscencia de una escena vivida en común por el actual hablante y el actual oyente, que está todavía fresca en la memoria de ambos, entonces no se necesitan muchas palabras. Ante todo se pueden ahorrar nombres, que indican la consistencia de las cosas y acontecimientos. Sólo es menester un bosquejo expositivo para transformar el espacio perceptivo presente en el escenario en que el hablante puede mostrar lo ausente con gestos sensibles. El oyente de lo consabido volverá a ver ahora «allí» con los ojos del espíritu lo que entonces vio con los del cuerpo.

---

[20] Cf. Blase: *Geschichte des Plusquamperfektums im Latein*. Giessen, 1894. Se considera hoy la formación de los «grados temporales» de nuestro ejemplo latino como un fenómeno relativamente reciente en la historia del verbo indoeuropeo; algunas sutiles observaciones sobre ello hace Przig en «Aufgaben der indogermanischen Syntax». Homenaje a Streitberg (1924), pág. 147.

Apenas es distinto si el oyente no estaba esta vez allí, ciertamente, pero se le narra una acción corriente por su tipo; por ejemplo, una pelea homérica. «Yo aquí —él allí—, ahí está el arroyo», así comienza el narrador con ademanes indicativos, y el escenario está dispuesto, el espacio presente se ha convertido en escenario. Nosotros, hombres de papeles, cogemos en tales ocasiones el lápiz y bosquejamos la situación con unas rayas. Quiero referir, por ejemplo, intuitivamente y con recursos mostrativos el curso de la batalla decisiva entre César y Pompeyo, tal como la cuenta Plutarco, y trazo un esquema lineal: «Esto es la línea de batalla de César —aquí la legión décima, aquí la caballería—, aquí él mismo. Esto es la línea de batalla de Pompeyo, etcétera». Hay que partir de cosas de este tipo para estudiar psicológicamente la más elemental deixis en fantasma verbal. Si no hay ninguna superficie donde trazar signos, un hablante vivaz puede también «transformar» provisionalmente su propio cuerpo con los dos brazos extendidos en esquema de la línea de batalla.

Pero tengo que terminar, porque de momento no se podría añadir nada concluso y cuidadosamente observado. Personalmente tengo viva en el recuerdo una noche en San Francisco, en que un estudiante chino nos guió como cicerone por un teatro chino. Lo que acontecía en el escenario era reproducido de un modo absolutamente paradigmático en la más simple deixis en fantasma. Por ejemplo: dos ejércitos (conducido uno por el principio del mal con máscara negra, el otro por el luminoso principio del bien) miman una batalla. En el escenario hay de hecho dos largas mesas a poca distancia; el espacio entre ellas significa un río; una tabla por encima, el puente; un factótum que no toma parte en la representación aparta la tabla; el puente es destruido; un grupo de actores con plumeros de colas de caballo en la mano: la caballería; los plumeros arrojados al suelo: los jinetes están desmontados, etc. Visto psicológicamente, esto no es otra cosa que un juego ficticio sistematizado, apoyado en mil convenciones, que sin tal convención y con soberana arbitrariedad, pero en resumidas cuentas con recursos parecidos se representa a diario en todos los cuartos de niños del mundo. El niño y la representación teatral china serían quizá los ejemplos de observación bien escogidos; extremos en muchos aspectos de una línea evolutiva y muy próximos desde otro punto de vista. En todo caso, ambas cosas nos informan claramente, a propósito de las cosas sensibles concretas que pasan de un lado a otro, acerca de lo que tiene lugar dondequiera que alguien conduce a otro en fantasma, en el caso del procedimiento dramático *con* y en el caso del procedimiento épico *sin* tales toscos recursos. En todas partes se utiliza el campo de orientación de la situación perceptiva presente y se elabora

con trasposiciones *como en la épica* o invocaciones de lo ausente dentro del espacio de presencia *como en el drama.*

El que quiera alguna vez determinar y describir el ámbito total de las *trasposiciones* supuestas por el decir narrativo intuitivo, no olvide los fenómenos, a menudo muy curiosos, del decir «directo» e «indirecto» y sus mezclas; piense también en las «proposiciones accesorias» si quiere describir hasta dónde penetra en el dominio del campo simbólico del lenguaje el campo mostrativo, y con él el procedimiento «dramático» y el procedimiento «épico». Dejemos aquí el tema en este punto para volver a él más adelante.

9. La mostración egocéntrica y topomnéstica de las lenguas. El campo mostrativo

Sucesivamente han intervenido en nuestra exposición los resultados de la lingüística comparada indoeuropea y los resultados de los psicólogos indoeuropeos, para explicar las clases de mostración y los modos de mostración verbal. La teoría del lenguaje tiene un interés vital por la cuestión de si con ello sólo se ha descrito lo indoeuropeo, tal vez en este o aquel punto demasiado indoeuropeo. Pues la empresa de la teoría del lenguaje, tal como yo la veo, depende en absoluto de la realizabilidad o irrealizabilidad de la idea que rige nuestra investigación: conseguir algo sustancial acerca de la estructura del lenguaje humano en singular y comprender las diferencias conocidas en la estructura de las lenguas de diversas familias lingüísticas como posibles variantes. Esta hipótesis de investigación no tiene todavía nada que ver, por lo pronto e inmediatamente, con cuestiones de origen; pues la misma estructura fundamental podría haberse alcanzado lo mismo con varios orígenes que con uno solo.

El que no considere logradas las pruebas de la aparición de formas de igual estructura en líneas evolutivas aisladas, tal como se han intentado múltiples veces en el campo de los hechos etnológicos, puede mirar en torno suyo entre los zoólogos y botánicos comparatistas. Y si tampoco allí cree encontrar nada decisivo, entonces hay que poner su asunto, una igualdad comprobada de la estructura fundamental de todas las lenguas humanas, en paralelo con el descubrimiento, apenas puesto hoy en duda, de una amplia coincidencia de la estructura corporal de los hombres, en contraste con los animales más próximos. Habla y ser humano es un tema de fascinador atractivo, al que aportará la contribución decisiva la suerte de la idea heurística de la igualdad de estructura de las lenguas. Pero, en definitiva, un ser humano unitario sería también concebible tanto polifilética como monofiléticamente; la diferencia estribaría, si se mantiene la idea general de evolución, sólo en si la nueva hoja «hombre» ha aparecido en la historia de los seres vivos animales varias veces o sólo una. Para lo cual habría que definir ante todo qué pertenece al ser hombre.

La cuestión del campo mostrativo del lenguaje es más fácil de resolver que la del campo simbólico; también veo de un modo más tangible que allí la fecundidad empírica refluyente de la teoría del lenguaje. Pero ante todo hay que conseguir plena claridad acerca de dónde queda abierto el ámbito de lo posible y no puede ser cerrado de momento por ninguna teoría del lenguaje como tal. Sólo entonces deben tratarse las dos clases halladas por los psicólogos, en el campo de la vida representativa, del procedimiento de mostrar, teniendo en cuenta hechos lingüísticos determinados.

1. *El «nosotros» inclusivo y exclusivo*

Cuando Wegener y Brugmann, los adelantados de una teoría adecuada de las señales mostrativas lingüísticas, enumeran las circunstancias que en una situación verbal concreta pueden ser codeterminantes para el valor de intercambio de los signos fonéticos, mencionan con razón muchas clases; por ejemplo, también la profesión (y el quehacer) mutuamente conocidos de los interlocutores. El que lee esto piensa ante todo en el hecho de que los cazadores tienen su lenguaje de cazadores y los estudiantes su lenguaje estudiantil, con léxico y hábitos lingüísticos parcialmente privativos. Pero en conjunto no tiene que ver con este contexto. Mostremos, sin embargo, en un único ejemplo cómo hasta los demostrativos pueden ser influidos también por las circunstancias sociales. Según W. Schmidt hay en Australia comunidades estrictamente exógamas, en las cuales las mujeres se traen siempre de tribus extrañas y luego siguen hablando en el nuevo contorno su propia lengua, aun en intercambio con los hombres que hablan de otro modo. Se entienden mutuamente, pero no se acepta lo extraño. Así se llega, por ejemplo, al fenómeno curioso de que el *nosotros* en boca de los hombres es distinto, según incluya a la mujer de la tribu extraña a quien se habla o bien la excluya; hay un «nosotros» inclusivo y otro exclusivo. He entrelazado con ello a la vez la luminosa interpretación de Schmidt; pero también se puede pensar el fenómeno curioso de un pronombre inclusivo o exclusivo de la primera persona de plural independientemente de tales circunstancias completamente específicas y generalizar la cuestión de cómo se traslucen las ordenaciones sociales en los modos de mostración del lenguaje.

La multiplicidad de lo posible desde este punto de vista no puede abarcarla con precisión la teoría del lenguaje; se propone, en lugar de ello, investigaciones concretas que pasen revista a lo real y hagan visible de ello más de lo que hoy se conoce. Consideremos, sin embargo,

con rigor lo que se encuentra en la doble forma del «nosotros» inclusivo y exclusivo. Por su función también en nuestra habla se distinguen los casos en que un emisor incluye en «nosotros» al receptor, de los casos en que lo excluye y acaso lo cuenta francamente en otro partido, el de vosotros. Sólo que nuestra lengua no diferencia ambos casos fonológicamente («fonemáticamente» se preferiría decir). «Nuestra lengua» es *la langue allemande;* pues el *acto* verbal (*la parole*) de un emisor alemán de «nosotros» se esfuerza a menudo y con éxito para no dejar ninguna duda acerca de la inclusión o exclusión. Y si no lo hace el sonido, se encomienda la diacrisis también al gesto; se indica de algún modo el círculo de los inclusos en el nosotros con la mano que señala o se marca la línea divisoria entre el partido de nosotros y los demás. O, si todos los cabos se rompen y hay que impedir un equívoco inminente, se enumera precisamente de un modo explicativo: «Nosotros, es decir, tú y yo», o «nosotros, es decir, mi mujer y yo en casa».

Es indudable que la aparición y la satisfacción de tales necesidades de distinción tienen que tener su lugar dentro del marco de una teoría del mostrar fonético desarrollada perspicazmente. Pero, para decirlo una vez más, enumerar de un modo exhaustivo los demás fenómenos afines que pueden corresponder a ello, es imposible. De pasada, digamos sólo una palabra más en general sobre el «nosotros». Cómo el «yo», también el «nosotros» supone, naturalmente, para su impleción una ayuda demostrativa; pero parece ya de antemano estar alejado un paso más que el «yo» del valor límite de un puro signo demostrativo. Pues invita de algún modo a la formación de una clase de hombres: el «nosotros» inclusivo, por ejemplo, reclama otra formación de grupos que el exclusivo. Y formación de clases es a su vez el privilegio de las palabras denominadoras, de los signos conceptuales lingüísticos. Es muy posible que el momento del singular que, frente a ello, está implícito en el «yo» en nuestro estadio lingüístico, sólo resultará más subrayado por oposición. Por oposición a un signo de emisor dual o plural añadido. Y este momento subrayado de singularidad ya no es entonces lógicamente tampoco asunto del puro mostrar, sino el primer paso de un nombrar; si cien hablantes dicen «yo», este momento singular no es distinto de un caso a otro, sino que pertenece a aquel mínimo ya delimitado por nosotros, en que la condición lógica fundamental de un signo conceptual aparece también cumplida para la palabra yo.

Esto sólo podría resultar extraño para el que no realiza las abstracciones adecuadas. Ciertamente, todo signo demostrativo puede asumir una función nominal, pues de otro modo no habría pronombres.

La pregunta intermedia de si todo esto no tiende a suprimir de nuevo o perforar la distinción entre mostrar y nombrar ha de negarse categóricamente. En otro caso, lo dicho hasta aquí era esfuerzo perdido, y *Beckmesser logisticus* puede entonar de nuevo la canción sarcástica enmudecida sobre clases enteras de «palabras sin sentido» en el lenguaje adulto. Pero la lingüística estará y seguirá estando bien encarrilada si se exige cuenta estrecha acerca de lo que, desde el punto de vista sematológico, apareció cuando las partículas déicticas se convirtieron en palabras declinadas en las lenguas indoeuropeas. Entonces un nombrar agregado en ellas al mostrar adquirió una forma fonética. No todo lo que se da sematológicamente tiene que manifestarse fonemáticamente; lo muestra nuestro ejemplo del «nosotros» inclusivo y exclusivo y se podría confirmar también de otros mil modos distintos. Cuando Emil Winkler tiene esto presente y lo subraya en sus *Sprachtheoretische Studien*, estoy a su lado. Pero puede ocurrir, más aún, tiene que ocurrir en bastante proporción que la lengua (*la langue*) abandone en cierta medida el estadio de una plasticidad amiboide de situación verbal en situación verbal, para permitir en un nivel superior al hablante productividad en un nuevo aspecto, con un instrumento parcialmente fijado, rígido. La «pura» señal demostrativa es, fue o sería, si existe, existió o existiera, una flecha indicadora sin nombre escrito, y nada más; no se anula la función de flecha en el indicador cuando se pinta un nombre de lugar, y del mismo modo tampoco se anuló cuando de las partículas de la *to-deixis* salieron palabras como el alemán *der* (éste). A este «éste» se le ha encomendado al menos tanta función nominal, que en el campo simbólico puede ocupar el puesto de los restantes nombres; de ahí el nombre correcto pronombres.

2. *Fusión de partículas demostrativas con preposiciones*

Otro caso capital de cómo partículas demostrativas puras o señales demostrativas pueden asumir una función nominal, puede verse en los demostrativos de posición latinos, donde esta posibilidad se desenvolvió sistemáticamente. ¿Cómo hay que describir sematológicamente lo que encontramos en grupos triples conocidos como *hic, hinc, huc; istic, istinc, istuc; illic, illinc, illuc*? Esto puede indicarse con precisión, pienso yo, según la fórmula que nos presentan las traducciones del latín a las lenguas que no ofrecen aquella riqueza. Nosotros formamos en alemán (aparte de los descoloridos y finalmente multívocos «her» y «hin», análogos a «hier» [aquí]) grupos de dos palabras, como *von*

hier (de aquí) y *von dort* (de allí). Preposiciones, como *de, en, sobre* son auténticos nombres (sin mostración) y lo encomendado a la vez a aquellas formas latinas fuera del señalamiento de posición tampoco es otra cosa que una denominación. Se designan conceptualmente las tres relaciones más sencillas y a la vez más universales que un algo, por ejemplo, un acontecimiento, puede tener con un lugar indicado señalándolo. El acontecimiento puede transcurrir en el lugar que se determina señalándolo, desde él, sobre él. También esto es asunto de determinación conceptual y tiene que ser descartado de la doctrina del campo demostrativo. Si alguien quisiera empezar a enumerar las cosas semejantes que se pueden encomendar todavía a un demostrativo mediante esta o aquella modulación fonemática, esto sería una empresa sin esperanza. Remítase al que tenga tantas agallas a ciertas lenguas exóticas, para dar alas a su fantasía, pero al mismo tiempo para preparar en él la evidencia de que tales construcciones previas, a falta de otros datos que se necesitarían para ello, son irrealizables, es decir, interminables.

Una observación marginal sobre el *her* y *hin* alemán. Que pertenecen a *hier*, es cosa conocida; ahora no pienso en lo morfológico, sino que pregunto como sematólogo cómo se comporta hoy el sistema alemán respecto al sistema cerrado del latín *hic, huc, hinc*. De un modo muy curioso y discrepante se comportan semánticamente *her* y *hin*. «Er kommt her» toca el punto final del viaje en el «hier»; pero en giros como «von Berlin her nach Breslau hin» nuestro sentido de la lengua empieza a resultar vacilante. ¿Dónde tiene que estar aquí (el lugar real o ficticio donde está el que habla) en el último caso? Si entre Berlín y Breslau, la cosa es todavía relativamente sencilla. Pero no tiene que buscarse forzosamente allí, sino que *puede* estar ampliamente indeterminado. Absolutamente desligado del *hier* siento yo personalmente un *hin* en aplicaciones como «der Wind streicht über den See hin». De otro lado es mucho más fuerte para mi sentido lingüístico el acoplamiento del *her* al punto de partida del movimiento y correlativamente el del *hin* al punto final; en este punto podría encontrarse así un cambio de orientación del sentido lingüístico frente a la lengua más antigua. Los compuestos «dahin, dorthin, hierhin» indican ya como tales que el sistema ya no es ciertamente tan firme como el latino *hic, huc, hinc*. El *hierhin* junto a *hie* (*r*) *her* encierra una clara invitación a una trasposición; mi punto de vista ficticio como hablante no coincide en *hierhin* con el fáctico Es sabido que a los extranjeros les presentan estas curiosas relaciones tan grandes dificultades como a nosotros inicialmente la *istic-deixis* viva junto a una éste-deixis (piénsese, por ejemplo, en el italiano).

Un ejemplo más (todavía no el último) de una interesante superposición de un nombrar sobre el mostrar lo ofrecen en todas las lenguas las conjunciones; de esto diré algo en el parágrafo sobre la anáfora.

3. *La mostración egocéntrica y topomnéstica, la clase de los prodemostrativos*

Y ahora algo que debe prepararnos para la distinción entre formas de mostración egocéntricas y topomnésticas. Alguien podría, por capricho o por preferencia fanática del nombrar, imponerse la tarea de tachar todos los demostrativos del diccionario, y, sin embargo, satisfacer, en el trato con sus correligionarios, las necesidades verbales que lo tachado llena en nuestro lenguaje adulto. La propuesta más sencilla: ya no decimos «aquí», sino «pie», y ya no decimos «ahí o allí» con cooperación de los gestos indicativos, sino que introducimos nombres para partes del cuerpo como «frente», «espalda», «corazón» e «hígado» y nos regimos por la convención de que «espalda» significa del emisor hacia atrás; «frente», tanto como «del emisor hacia adelante». Naturalmente, también podría hacerse al receptor origen de coordenadas o repartirse ese papel de cualquier modo comprensible a ambos interlocutores. ¿Qué ocurre entonces? Propongo como lema a la nueva comunidad: los demostrativos en nuestro intercambio lingüístico han muerto, viva la mostración. Pues sólo se habrían tachado determinadas palabras, pero no la mostración misma, de la lista de los medios de comunicación.

Ahora bien: la ficción entera sería una vana pompa de jabón en este libro serio, si no hubiese ciertos lenguajes humanos adultos que de lejos satisfacen de hecho fonéticamente las necesidades mostrativas según la fórmula fingida; si todas las necesidades simultáneamente, es otra cuestión, pero ciertamente algunas. El «yo» y el «tú» se superarían, naturalmente, con la misma sencillez mediante la convención de que, por ejemplo, «boca» debe ser el signo del emisor, y «oído», el signo del receptor; o bien se emplea en lugar de «yo» y «tú» los nombrs propios, como de hecho muchos de nuestros niños cuando aprenden a hablar.

Sería ventajoso tener un buen nombre para la manera, descrita de momento sólo ficticiamente, de satisfacer las necesidades mostrativas del intercambio verbal. Tiene sumo interés desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, porque en ella se encuentran exactamente la inversión de la génesis de los pronombres partiendo de partículas demostrativas puras. Pues pensemos claramente (también de un modo puramente ficticio) lo siguiente: emisor y receptor A y B (digamos, por amor a lo novelesco, dos cazadores) tienen que advertirse por señas las cosas de su campo perceptivo. Los indoeuropeos primitivos parecen haber mostrado primero unívocamente y luego nombrado también con sus demostrativos. Primero el *to* con gesto del dedo; y luego

del *to* sale el ejemplo *éste* de Brugmann. En *éste se acerca,* el demostrativo representa efectivamente el nombre, acaso superfluo en el caso concreto, «oso» o «búfalo». Todo esto nos parece tan natural como si no pudiera ser de otro modo ni haber sido en ninguna parte. ¿Por qué decir «nariz» o «espalda» si se puede uno servir del brazo que señala? Tampoco sabría yo, lo confieso con franqueza, contestar de repente.

Pero considero otra cosa fácilmente comprensible y psicológicamente tan sencilla como señalar con el dedo, a saber: un procedimiento *topomnéstico.* Si A y B conocen su cazadero y están orientados en él según hitos familiares, pueden servir como indicadores de dirección los nombres de los hitos. Así, si no recuerdo mal, se dan en caballería voces de mando como «dirección linde del bosque» o «chopo». Y donde faltan los hitos como en la estepa, se recomienda la orientación por el cielo como entre los navegantes; tampoco las direcciones del viento muy conocidas son inadecuadas para funcionar como *hilos conductores* para uno que las ha observado como algo de vital importancia en una llanura inmensa. En último término sólo se trata de que el receptor pueda seguir *cualquier* hilo conductor y encuentre con los ojos el objeto hacia el que debe ser guiado. Pero en todo caso los psicólogos, incluso psicólogos que en su vida fueron cazadores, han tropezado con el hecho de que también en la vida de nuestras representaciones hay algo que merece el nombre adecuado de procedimiento topomnéstico. Y en todos los medios de comunicación que están basados en orientación topomnéstica y apelan a ella, está en primer lugar y precede el nombrar. ¿Por qué, pues, si entre nosotros signos demostrativos están *pro nominibus,* en otras condiciones no han de aparecer nombres en lugar de signos demostrativos? Esta es una posibilidad psicológicamente imaginable en todo caso y habría que fijarla terminológicamente mediante un neologismo como *prodemostrativos* [21].

Los indoeuropeístas pueden dejar de lado todo esto; afecta a otros, por ejemplo, a los conocedores de las lenguas indias y en particular, según parece, a los conocedores del japonés. Propuse al doctor Sonnelck y al doctor Locker buscar alguna vez seriamente y recurriendo a las fuentes la existencia de los prodemostrativos, tomados por mí puramente como posibles. Lo hicieron e informan así acerca de su cosecha:

---

[21] Correcta en griego sería la forma ἀντιδειχτίκαί; yo preferiría prodéictico, por la comodidad verbal, pero temería el reproche de los grecistas, porque el prefijo «pro» tendría que tener ahí su significación latina y no la griega.

Queremos mostrar con ejemplos la posibilidad del principio topomnéstico en el lenguaje. Tal vez el especialista en lenguas más remotas podría aportar ejemplos más claros y completos; la inspiración de una investigación comparativa más amplia de estos fenómenos sería, naturalmente, un satisfactorio resultado de nuestros esfuerzos teoréticos; acaso detalles de nuestros ejemplos y de su apreciación necesitan correcciones; pero aquí sólo se trata para nosotros de ejemplos ilustrativos, no de una prueba de la extensión exacta de esos fenómenos.

a) Para el japonés nos basamos en el *Lehrbuch der japanischen Umgangssprache,* de Rudolf Lange, Berlín, 1906. Esta lengua posee (Lange, pág. 43) un sistema de demostrativos (en sentido estricto), que corresponde íntegramente al latino *hic-, iste, ille; kóno* (sust.) y *kore* (adj.) se refieren a personas o bien a objetos que están ante la persona que habla; *sóno* y *sóre,* a los que se encuentran ante la persona a quien se habla; *áno* y *ăre,* a los que están alejados de ambas. Mientras aquí, como por lo demás también en ciertos dobletes de verbos (Lange, pág. 161), se suponen los «papeles» de los interlocutores, las «personas» como momento diferenciador, no hay, sorprendentemente, ningunos o casi ningunos *pronombres personales primarios,* no hay demostrativos de un «papel» creados *originariamente* para este fin (Lange, pág. 33). Para ello se introducen como prodemostrativos en nuestro sentido sustantivos cuya coordinación con las personas se establece ante todo según el principio de la posición social, para lo cual hay que tener también en cuenta las exigencias de la cortesía del hablante frente al interpelado [22]. En este sentido encontramos para la primera persona significaciones literales como *persona sin valor, insignificante, servidor;* para la segunda persona, *señor, príncipe, honorable* «estado», en las cuales hay que advertir ciertamente que el valor de trato actual no corresponde ya muchas veces al etimológico. Pero esto no quiere decir nada contra la validez del principio mencionado. Las personas son así nombradas, no «mostradas» mediante demostrativos; la coordinación se hace según puntos de vista sociales, que se desprenden de la situación de los interlocutores.

Junto a éste hay un sistema local e implícitamente personal, articulado de otro modo, que utiliza derivaciones del demostrativo personalmente diferenciado, como se ha dicho, derivaciones ciertamente no por medio de sufijos, sino por adición del sustantivo *ho* = lado; así *kóno ho* = este (*hic!*) lado = *yo*; *sóno ho* = ese (*iste!*) lado = *tú*. Si también se encuentra un *té-mae* literalmente delante de la mano, de este lado, que puede ser tanto un *yo* modesto-subordinado como un *tú* despectivo, este extraño fenómeno puede comprenderse como contaminación del principio local con el social. A la significación determinada primero sólo localmente se asocia la del interlocutor, que está socialmente más bajo, y según la situación puede ser también esto aquel a quien se habla.

Fuera de estos sistemas está *wátak' shi,* literalmente interés privado, privado, y *wáre* (según Hofmann, literalmente centro) en lugar de yo; ambas palabras muestran claramente el mismo carácter prodemostrativo, como pudimos comprobarlo antes para la primera clase de pronombres personales sustitutivos, si bien el fundamento de la coordinación es aquí otro.

b) Para otra esfera, la de la *demostración local,* remitámonos a los llamados prefijos de partes del cuerpo, de ciertas lenguas indias. En el takelma, que fue estudiado por Sapir en el *Handbook* de Boas (vol. II, pág. 1296), las relaciones son como sigue: Los prefijos de partes del cuerpo (pág. 73) se encuentran sólo dentro del complejo verbal como determinación general de la parte

[22] Los difundidísimos «pronombres de cortesía» *junto* a un sistema primario de personales no nos interesan aquí, como es comprensible.

del cuerpo interesada, junto a ellos están también los sustantivos usuales de la significación correspondiente; no hay que tomarlos, pues, absolutamente como nombres. Pero esto no altera en nada el carácter prodemostrativo de su uso traslaticio, en el cual se corresponden así: cabeza-encima, boca-enfrente, oído-a lo largo, cuello-detrás, espalda, cintura-entre, pecho-enfrente, organismo uterino-dentro, pierna-debajo, ojo, rostro-hacia. La relación local es nombrada, no «mostrada»; el momento egocéntrico sólo se impone en la medida en que las relaciones de situación en el cuerpo propio proporcionan la base para las transferencias.

Capítulo 3

EL CAMPO SIMBOLICO DEL LENGUAJE Y LOS NOMBRES

El programa

El *campo mostrativo* del lenguaje en la comunicación verbal directa es el sistema aquí-ahora-yo de la orientación subjetiva; emisor y receptor viven despiertos siempre en esta orientación y entienden desde ella los gestos e indicaciones de la *demonstratio ad oculos*. Y la deixis en fantasma, que hemos descrito, utiliza, cuando se movilizan trasposiciones de un modo denominativo, el mismo campo mostrativo y los mismos demostrativos que la *demonstratio ad oculos*. El *campo simbólico* del lenguaje en el producto lingüístico compuesto proporciona una segunda clase de recursos de construcción y comprensión, que se pueden reunir bajo el nombre *contexto;* situación y contexto son, pues, *grosso modo,* las dos fuentes de que se alimenta en cada caso la interpretación precisa de manifestaciones lingüísticas. Ahora hay que comprender y articular sistemáticamente el campo simbólico del lenguaje en conjunto. A la teoría del lenguaje se le ofrecen dos caminos para este fin: el camino de un análisis *inmanente* y el camino de una comparación *trascendente* del lenguaje con otro instrumentos de representación, la comparación con sistemas representativos no lingüísticos.

Propongo una exploración combinada y apenas necesito discutir sus ventajas en detalle. Con el procedimiento inmanente se mantienen los pies en terreno firme, pero a menudo no se sabe ya qué hacer ante «hechos». Es cierto que algunas partes de la ciencia del lenguaje se

parecen a un parque bien ordenado; pero es igualmente verdad que todavía no se ha resuelto sencillamente la cuestión de la totalidad de las lenguas humanas [1]. Para que esto se logre y a la vez hacer fecunda para la teoría del lenguaje nuestra idea del modelo de *órganon* que es el lenguaje y dentro de su marco el carácter dominante de su función representativa, hay que atreverse por lo pronto a comparaciones trascendentes. Hace una generación que Wundt metió el lenguaje fonético humano en medio de todo lo que entre los animales y los hombres pertenece a la «expresión»; yo he reproducido de nuevo y valorado detenidamente las ideas fundamentales de esta teoría de la expresión desde la perspectiva actual y como miembro de un interesante movimiento unitario que, iniciado en el siglo XVIII, sigue fluyendo todavía hoy en las novedades vivas [2]. El que ha llegado a la evidencia de que expresión y representación presentan estructuras distintas, se ve consignado ineludiblemente a la tarea de realizar una segunda consideración comparativa para meter el lenguaje entre todo lo demás que con él está llamado a la representación.

El hombre moderno conoce y utiliza diversos medios de representación; no es demasiado difícil comparar cada uno de ellos en su estructura y función con el lenguaje fonético y por esta vía alcanzar claridad paso a paso sobre la peculiaridad de los sistemas del tipo del lenguaje. Como en todos los procedimientos comparativos de esta índole, son igualmente instructivas las semejanzas y las diferencias halladas. Si es lícito citar un modelo histórico estimulante de gran estilo para la comparación aquí realizada, pienso en primer término, por más de una razón en la comparación de Lessing de la poesía con la pintura. Pues, aun concediendo que allí no se discutían problemas lingüísticos, sino artísticos, y que en la comparación se marchaba todavía de un modo muy sumario, sin embargo resultó clara una cosa, que desde entonces ya no se ha perdido de vista. A saber: que la

[1] Personalmente he estudiado con sincero esfuerzo, cuando se publicaron hacia 1910, los estudios de conjunto, abarcables y extraordinariamente instructivos, de Fr. N. Finck, sobre todo su magistral obra didáctica *Die Haupttypen des Sprachbaues*, y después otras muchas cosas más; libros como *Language*, de Sapir, y algunos franceses, primero Meillet, y por último, la obra colectiva inspirada por él, *Les langues du monde* (1924); también el libro, orientado metódicamente de un modo nuevo, del etnólogo, lleno de ideas, W. Schmidt, *Die Sprachfamilien und Sprachkreise der Erde* (1926), que debe intervenir aquí detalladamente en un lugar preciso. Quizá puede adivinarse aquí y allá en sus comienzos un sistema de las estructuras lingüísticas; pero no llegan a realizarlo, en opinión de todos los entendidos, los resultados adquiridos inductivamente por una vía comprobada.

[2] *Teoría de la expresión*, págs. 150-175.

indicación horaciana, mal entendida o mal aplicada, «*ut pictura poesis*», tiene que fracasar en la diversidad de estructura de los instrumentos representativos lingüístico y pictórico, o al menos tropieza en todo caso con límites infranqueables.

La lengua no pinta en la medida en que sería posible con los recursos vocales humanos, sino que simboliza; los nombres son símbolos de objetos. Pero así como los colores del pintor necesitan una superficie pictórica, los símbolos lingüísticos necesitan ámbito en el que se ordenan. Le damos el nombre de *campo simbólico* del lenguaje. Este segundo concepto de campo, que propongo y explico en lo que sigue, cumple su misión más importante mediante una comprensión más general y aguda de la relación que existe entre los momentos *sintáctico* y *léxico* del lenguaje. Se suelen contraponer muchas veces estos dos momentos correlativos como forma y materia, y a pesar de todos los intentos de renovación que se han hecho acá y allá alguna vez, pero han resultado impotentes, apenas se ha rebasado en ello el modo de pensar aristotélico. Pero la psicología ha repensado de nuevo, en el curso de sus investigaciones sobre el pensamiento y de su discusión sobre la forma (*Gestalt*), el problema forma-materia; hay que hacer fecundo este progreso en la teoría del lenguaje.

El plan de lo que sigue ha de entenderse así: De un modo *inmanente* se descubren y puntualizan los factores del contexto. La comparación *trascendente* que sigue ayuda en un primer empuje a distinguir con más precisión los dos componentes «campo y símbolo». Resulta trascendente para nuestra comprensión que lo hallado de un modo inmanente pertenezca a todo sistema productivo de medios de representación; empezando por el escenario del actor y la superficie pintada del pintor hasta los sistemas de coordenadas de la geometría «analítica», en todas partes hay campos y algo inserto. Y al centro de todo esto pertenece el lenguaje representativo. Pero a esta primera evidencia procedente de la consideración comparativa tiene que seguir una segunda para que la totalidad resulte aplicable prácticamente para la lingüística empírica. Y esta segunda evidencia, en su forma más acusada, dice así: el instrumento representativo lingüístico pertenece a los indirectamente representativos, es un instrumento *medio,* en el cual ciertos *intermediarios* desempeñan un papel como factores de ordenación. No ocurre en el lenguaje que la materia fonética, en virtud de sus propiedades de ordenación intuitivas, se eleve directamente a espejo del mundo y aparezca como representante, sino algo esencialmente distinto. Entre la materia fonética y el mundo está un conjunto de factores medios, están (para repetir la palabra) los intermediarios lingüísticos; está, por ejemplo, en nuestra lengua el instrumento de los casos indoeuropeos. Consideramos en lo que sigue

lo «inserto», los signos conceptuales lingüísticos, y concluimos provisionalmente el análisis con un ejemplo único, perfectamente conocido de la ciencia, de un instrumento de campo lingüístico. Es el sistema de casos, ya mencionado, de las lenguas indoeuropeas.

Por supuesto que se da un cerrojazo a nuestra curiosidad, que aspira al conjunto y sólo se contentaría con la visión de todos los instrumentos de campo semejantes. En el lugar hasta el que hemos llegado se manifiesta la diversidad, condicionada por las ideas del mundo, de las lenguas humanas; aquella diversidad que W. von Humboldt fue el primero en ver íntimamente delante de sí y que se ha caracterizado con el concepto, desde entonces invocado con frecuencia y vuelto a interpretar con más frecuencia de un modo miope, de *forma interna del lenguaje*. En mi opinión junto a las diferencias de *étymon* (correlativamente correspondientes), sobre las que habrá que decir algo desde el punto de vista de la psicología en el § 14, el núcleo de la forma interna de la lengua consiste en que diversas familias lingüísticas *prefieren* diversos campos intermedios y simbólicos, porque ven con distintos ojos lo que se ha de representar, el mundo en que viven todos los hablantes. Quizá el conjunto de estas diferencias se puede comparar del modo más próximo con las distinciones, que nos son bien conocidas, en la mirada del pintor. Menos no es seguramente, pero también podría *no ser más*. Y en mi opinión, tampoco es más que una preferencia. Pues a nosotros los indoeuropeos no nos es imposible en modo alguno repensar campos simbólicos ajenos, sino al contrario: se encontrarán también, lo mismo que para todos los instrumentos de campo ajenos, resonancias en nuestra lengua. Esto ya no lo puedo demostrar; pero lo creo por las evidencias en el campo mostrativo y algunas soluciones que he logrado también en el campo simbólico. Se habla de ellas en el § 15.

Estas experiencias vividas son las que fundamentan mi esperanza de que fuerzas más juveniles lograrán, sobre la base de lo ya alcanzado, elaborar un efectivo sistema de los instrumentos de campo procedentes de las lenguas del globo terráqueo; con un modelo por lo pronto, como todo lo que puede llamarse realmente descubrimientos en el campo de la teoría del lenguaje. Pero luego —lo que es igualmente importante— hay que comprobar inductivamente entre muchos modelos de sistema *uno*, en la contemplación corroborada de lo existente. Pues no basta la sola visión del modelo, ni en la física teórica, donde, por ejemplo, fue menester descubrir no *cualquiera* posible, sino el modelo atómico empíricamente fecundo, ni en la teoría del lenguaje, que en cuestiones de comprobación no puede quedarse atrás respecto a las más rigurosas exigencias demostrativas usuales en otros temas. Yo mismo he suprimido, para no presentar nada

imperfecto, un esbozo propio, en el cual se intentaba algo de este tipo. Me pareció que algunos rasgos de los campos simbólicos podrían quizá comprenderse desde este punto de vista; que, por ejemplo, se pueden contrastar las lenguas esquimales como muy *impresionistas* con las lenguas bantúes como muy *categoriales* y el chino, con su conocida predilección por las *cosas individuales,* con las lenguas indoeuropeas, que manejan sin excepción lo *universal* como algo mostrable. Pero tuve que reconocer que me era personalmente inasequible el conocimiento efectivo de los datos empíricos que serían necesarios para semejante empresa comparativa. Y por esto sólo se menciona aquí este ensayo para indicar sin compromiso la dirección en que considero posible la prosecución de un análisis teórico de los campos simbólicos de las lenguas humanas.

Como en un interludio, se examina en el § 13 si el lenguaje, tal como lo conocemos, posee, aparte del campo simbólico, un auténtico *campo pictórico.* El resultado es negativo y muestra que las indiscutibles onomatopeyas tienen un modo de existencia secundario y atrofiado desde el punto de vista del análisis estructural. El momento intuitivo del lenguaje en el sentido de la profunda frase de Kant, que los conceptos permanecen *vacíos* sin intuición, no ha de buscarse en las potencias pictóricas, sino en el dominio del campo mostrativo del lenguaje. Yo mismo he separado ya hace mucho tiempo ambas cosas en mis lecciones de teoría del lenguaje; pero todavía hablaba siempre de un campo de representación primario, que era caracterizado como campo pictórico. Pero hoy veo que los puntitos pictóricos que de hecho existen permanecen aislados y no pertenecen a un *orden coherente* que mereciera en realidad el nombre de campo pictórico. No hay, pues, tres campos en la lengua, a saber: campo pictórico, campo mostrativo y campo simbólico, sino sólo dos, es decir, campo mostrativo y campo simbólico. Acaso las características fonéticas pictóricas que se encuentran en muchas palabras son fenómenos primitivos que precedieron a la formación de los fonemas. Esto es una presunción que se discute más adelante y pertenece como complemento a nuestra apreciación de la onomatopeya; una presunción, no otra cosa, e introducida allí más bien como base ficticia y para la descripción subrayada de las circunstancias reales. Del mismo modo se puede considerar también el análisis del procedimiento onomatopéyico, realizado con alguna amplitud, como un preludio de la teoría del campo del lenguaje; como tal tenía que ser detallado.

En esta sección procedemos *analíticamente.* El que en cualquier parte descompone formas con propósito científico, considere que ejecuta las separaciones según la estructura. Cortar como lo hace el carnicero, tiene *también* sentido, pero sólo práctico para la cocina.

El anatomista separa según otros puntos de orientación, y los grandes lingüistas se esforzaron desde siempre en ser buenos anatomistas de las formas lingüísticas complejas y descomponerlas de un modo *morfológicamente correcto*; no se debe ni se necesita procurar más que esto como analítico de la «lengua», tomando la palabra en el sentido de «*la langue*». Que sean cadáveres los que analiza el anatomista no impide aplicar sus resultados al viviente; que sean productos rígidos o «cáscaras» del acto verbal vivo lo que el gramático descompone, no le impide utilizar sus resultados como intérprete científico de lo vivo que existe una sola vez o de lo que ha sido viviente, esto es, como filólogo en el más amplio sentido de la palabra. Sobre esto no debería haber discrepancias.

Lo que puede hacerse dentro del marco de una determinación estructural de *la langue* para evitar la unilateralidad del procedimiento analítico, es una inversión del camino. La cuarta sección del presente libro está pensada nuevamente de un modo constructivo. El que quiere construir busca los *elementos* y sus *medios de conexión*; piedras y argamasa en la construcción de casas, el sistema fonético, el tesoro léxico y el conjunto de medios sintácticos de conexión como lingüista. Así se ha creído siempre y era adecuado. Al teórico del lenguaje le interesa en ello del modo más vivo la cuestión de *por qué* ha sido adecuado. Naturalmente, el resultado del análisis no puede estar en contradicción con la visión sintética de la misma cosa, si todo está en orden. La distribución de las preguntas y respuestas en dos capítulos sería superflua al final de la investigación. Porque estamos en medio de ella y todavía falta mucho para que se prevea un fin, es recomendable recorrer dos veces el saber fragmentario.

10. El entorno simpráctico, el sinfísico y el sinsemántico de los signos lingüísticos. El concepto de entorno

La expresión y el concepto *entorno,* como aquí se usan, proceden de la teoría de los colores. Han sido discípulos de Ewald Hering los que han descrito y definido exactamente de un modo sencillo el importante fenómeno del contraste cromático, mediante la indicación de que cada punto de color en una superficie es influido en la impresión por el «entorno» del punto. La influencia entre «interior» y «entorno» es, apenas necesita subrayarse, recíproca. Este conocimiento fue ampliado y trasladado a muchas otras cosas en todas las consideraciones de totalidades que hoy se designan sumariamente con el título psicología de la forma. Pertenece a los hechos nunca olvidados o negados

completamente, pero hoy interpretados con mucho más cuidado que antes, el que los datos sensoriales no suelen presentarse aislados, sino embutidos o empotrados en «totalidades» cambiantes del acontecer psíquico, y desde ellas experimentan modificaciones variables. Para esto se ofreció espontáneamente el nombre «entorno» y se ha consolidado.

Que el grupo particular de las cosas sensibles o procesos sensorialmente perceptible que llamamos signos lingüísticos no constituye una excepción, se comprende de un modo casi obvio. Sólo falta meditar qué debe considerarse en su aparición como «entorno» relevante, actuante de un modo comprobado. Pues en cada nueva esfera de aplicación tiene que ser nuevamente determinado, por regla general, por las influencias del contorno. Y de los signos es válido lo que se ha dicho de la sangre, que es un jugo muy especial. No es menester demostrar a ningún entendido que el entorno más importante e interesante de un signo lingüístico es su *contexto*; el individuo aparece en unión con otros semejantes, y la unión se presenta como entorno eficaz. Pero además de este caso principal hay otros dos casos; se dan casos en que aparecen los signos lingüísticos sin contexto, pero en modo alguno sin entorno. Los anticipos en la exposición para tenerlo todo junto al tratar del entorno sinsemántico del signo lingüístico y poder separar según criterios conceptualmente precisos los que hay que separar, por ejemplo, si hay que aclarar definitivamente la cuestión de las llamadas *elipsis lingüísticas*. Las elipsis son una antigua *crux* de los teóricos del lenguaje; el trato con ellas me dio el primer impulso para las investigaciones de que doy cuenta en lo que sigue. Pero los resultados, como suele ocurrir, han rebasado luego el primer planteamiento del problema.

1. *Los modos de hablar emprácticos*

El que pasea la mirada sin prejuicios por el ámbito de todas las utilizaciones de signos lingüísticos que provoca la vida cotidiana reunirá pronto una larga lista de casos escasos de contexto y completamente sin contexto, y luego descubrirá que se ordenan sin violencia y como espontáneamente en dos clases. Hay, *en primer lugar,* las denominaciones e indicaciones *emprácticas* con ayuda de signos lingüísticos aislados. Es un hecho que un cliente lacónico en el café dice al camarero: «uno sólo», o el viajero en el tranvía al cobrador, «directo» o «transbordo», con lo cual ambos han dejado escapar de entre los dientes un decir prácticamente suficiente. En Viena antes

se ahorraba al viajero hasta el «transbordo», porque sólo había una clase de billetes. El que veía aquí verificarse el conocido acto de comunicación que es la compra del billete, sin protesta, entre dos contratantes silenciosos, sabe también desde qué caso límite tiene que comprenderse la mayoría de las llamadas «frases elípticas»: islas verbales emergen en el mar del trato silencioso, pero unívoco, en los puntos en que debe lograrse una diferenciación, una *diacrisis,* una decisión entre varias posibilidades y se puede lograr cómodamente mediante una palabra intercalada. Aparecen y son oportunas, como son oportunos los nombres y flechas de los indicadores en las *encrucijadas* de los caminos por los que se marcha.

En el grupo de ejemplos reunidos de la vida diaria que tengo delante se encuentran *frases* interrumpidas y fragmentarias, incompletas en muchos grados y matices, y por último también palabras usadas absolutamente sin contexto o provistas sólo de un contexto muy escaso. Que tales palabras sean partículas demostrativas o tengan funciones nominales resulta totalmente indiferente a un examen imparcial de los casos. El viajero del tranvía puede, si gusta, en vez de decir «transbordo», indicar lo que quiere señalando con un gesto del dedo uno de los dos tacos de billetes que el cobrador tiene en la mano. Otras veces la palabra «directo», que hay que interpretar quizá (quizá tampoco) como «adverbio», está en el mismo plano que el sustantivo «transbordo». Parece que el acusativo «uno solo» equivale a un nominativo; muchas veces basta también una inclinación de cabeza o un «sí» cuando el otro se dispone a hacer interrogativamente lo adecuado, o se dice «hoy lo otro», si lo hay precisamente así. Los nombres siguen también siendo en tal uso lo que son, nombran algo. El hecho de que muchas veces vayan juntos con cualesquiera otros signos lingüísticos o no lingüísticos que son capaces de ofrecer la diacrisis requerida, induce fácilmente al teórico a una interpretación sumariamente igual de todos los casos. Pero debería proceder con cautela.

Donde no hay ningún contexto, el teórico del lenguaje tiene que precaverse especialmente de subconstrucciones generales apresuradas. Acaso el hablante reproduce también aquí un miembro de frase y dispensa a sí mismo y al oyente del otro; acaso el lingüista reconoce en este o aquel momento formal una determinación local sintáctica del signo lingüístico. ¿Qué importancia tiene esto? Apenas mucho más que el hecho de que el signo lingüístico, tal como se manifestó aquí, también *podría* estar en un lugar determinado del contexto y regularmente suele estar. En una palabra, no sería más que un profundo desconocimiento de las condiciones psicológicas si se qui-

siera considerar esto como una interpretación suficiente y necesaria para todos los casos. Así procedí yo primero, hasta que tuve que ver lo arbitrarias y forzadas que resultaban con frecuencia mis integraciones. A menudo parece uno un escolar tonto o (quizá mejor dicho) un maestro de escuela pedante cuando se empieza a teorizar con integraciones de frases donde la práctica ingenua es completamente inequívoca.

Cuando el cliente lacónico dice en el café «solo», reproduce del inventario de sus recuerdos lingüísticos el fragmento más próximo y se comporta aproximadamente como un hombre práctico que quiere clavar un clavo y coge el primer objeto que le viene a mano. No es menester que sea un auténtico martillo, sino que puede ser una bota de montaña, un cortafrío o un ladrillo. En la situación de trato imaginada en el café hay que señalar una elección entre las pocas bebidas igualmente probables, y para ello basta el nombre «solo» o también la preposición aislada «sin». Del fragmento de frase «uno solo» se podía disponer cómodamente en el momento; con esto está dicho, a mi parecer, psicológicamente todo lo que hay que decir. Por qué estaba más próximo, no es ningún misterio. Si se lo pronuncia, lleva consigo para ambos interlocutores, como un aura en torno suyo, un esquema de frase; esto es cierto. Pero este esquema de frase no necesita ser más realizado que mediante la única palabra pronunciada de hecho.

Un partidario irreductible de la idea general de elipsis apuntará que, sin embargo, en todos los casos se *puede* construir una frase en torno a la denominación empráctica. La respuesta es que esto es ciertamente indiscutible, pero no prueba nada. Pues un intérprete lingüísticamente hábil puede suministrar también a toda fase de un acto de comunicación completamente mudo un texto más o menos acertado; el brazo derecho levantado con el dinero del viajero en el tranvía «dice» al cobrador: «¡Haga el favor de darme un billete!» Ciertamente, el gesto «dice» esto de un modo aproximadamente tan unívoco como la pata delantera levantada de un perro pedigüeño gimiente dice al señor que come: «Por favor, dame también a mí un trozo». Cuando el viajero es mudo o un inglés que no habla una palabra de alemán, ¿qué dice entonces el gesto? ¿Habla todas las lenguas a la vez o ninguna lengua? No, el gesto es gesto y el lenguaje, lenguaje; irían mal las cosas para los ademanes y gestos mímicos en el trato humano si todo tuviera que estar cimentado verbalmente y ser traducible (interpretable) verbalmente de un modo adecuado. Un elíptico tendría que demostrar que las denominaciones aisladas usadas emprácticamente sin un esquema de frase copensado

de alguna manera (copensado por el emisor y el receptor) serían incapaces de funcionar como signos de comunicación unívocos.

Y no conseguirá esa demostración ni en la esfera de los procesos en el sistema psicofísico de hablantes sanos, ni en la esfera de los procesos en el sistema psicológico de pacientes con perturbaciones centrales del lenguaje. Incluso de estos últimos se podría obtener, si fuera necesario y conveniente, la más contundente contraprueba. Dicho con más precisión: se podría demostrar que en casos en que la capacidad de formar frases gramaticalmente bien construidas está ampliamente perturbada, el empleo empráctico de los nombres *no* tiene que estar disminuido *en la misma medida.* Hay afasias y apraxias, como es sabido, y las perturbaciones no marchan en modo alguno paralelamente, no *covarían* regularmente de un modo tan sencillo como supone la idea general de las elipsis. Más cómoda e igualmente contundente es la contraprueba que se puede obtener en el cuarto de los niños. El niño usa durante mucho tiempo, antes de conseguir una sola frase de varias palabras, con pleno sentido y de manera comprensible para nosotros, gestos y la cómoda denominación empráctica. Por tanto, ésta tiene que ser ontogenéticamente más antigua.

El hombre adulto es ciertamente un ente que habla, pero no en el grado que los elípticos parecen admitir tácticamente, un *homo loquax.* ¿Para qué hablar, cuando sin ello van las cosas tan bien o mejor en la vida práctica? Cuando se incrusta un signo verbal diacrítico en la acción, no necesita en muchos casos un halo de otros signos lingüísticos en torno suyo. Pues en lugar de los signos representativos tiene alrededor de sí lo representado mismo de otro modo, y puede apoyarse en ello. Que un cliente de café tiene el propósito de consumir algo, que un hombre que se pone en cola en el despacho de localidades de un teatro y se presenta en la taquilla abierta cuando le llega la vez, quiere comprar y qué clase de mercancía, es cosa entendida desde el principio por su interlocutor (detrás de la taquilla); el comprador usa, en el punto multívoco (en la encrucijada, para decirlo metafóricamente) de su conducta muda llena de sentido, un signo lingüístico *sólo como diacrítico.* Lo intercala, y se elimina la multivocidad; esto es un uso empráctico de signos lingüísticos. El entorno relevante en que está es en este caso una *praxis*; por esto decimos también (por amor de la consonancia) que aparece inserto simprácticamente. Baste con ello de momento para la explicación sencilla de los nombres propuestos «empráctico o simpráctico». Reanudaremos más adelante la discusión del tema, y entonces sinópticamente para todos los casos principales.

2. *Nombres adscritos a las cosas*

Las circunstancias son esencialmente distintas en una *segunda* clase de casos de utilización de nombres aislados, es decir, sin contexto. Pueden aparecer *adscritos* a la cosa nombrada por ellos. Se escriben nombres de marcas sobre mercancías, se escriben nombres de lugar en indicadores y se «firman» objetos con los nombres propios de los poseedores o productores. También los títulos de libros y los epígrafes de capítulos, los textos e inscripciones que nombran lacónicamente imágenes y monumentos están adscritos y fijados a lo nombrado.

Bien entendida, la fórmula de esta condición vale también para los nombres de lugares en indicadores y los nombres de propiedad o producción en objetos producidos por la mano del hombre. Pues el indicador material en el camino tiene un sitio fijo en la campiña y lleva el nombre toponímico que no lo denomina a él, sino al lugar a que señala. Lleva ese nombre toponímico como algo que *adscribe a distancia*. Y sólo con un matiz de diferencia lleva la propiedad o producto artificial el nombre propio del propietario o productor. Las marcas de productor y propiedad no señalan la cualidad (ποιότης) de los objetos marcados, pero sí nombra a alguien que está con ellos en la relación, bien conocida de nosotros, de propietario o productor. Y si la expresión figurada, pero breve, «adscribir a distancia», que hemos elegido para la función del indicador como soporte de un nombre de lugar, es entendida y aceptada por un lector deseoso de comprender, se puede proponer al mismo lector una interpretación análoga (ciertamente no del todo idéntica) de la denominación del propietario o productor mediante nombres adscritos a los objetos [3]. En todo caso es común a la clase entera de empleos de nombres que consideramos aquí la adscripción objetiva; proponemos el nombre *sinfísico* para esta inclusión [4].

Hay algunos casos límites que se pueden incluir sin violencia. Así, por ejemplo, el anuncio moderno refinado hace en ocasiones un curioso ataque a lectores inermes, al hacer aparecer nombres aislados de productos en periódicos,

---

[3] Los griegos y latinos ponen el nombre del propietario en genitivo, y escriben *Romam* en los indicadores, así como nosotros muchas veces «a Viena»; tales particularidades no nos interesan todavía. Probablemente se entiende también en general el mero nombre de lugar en los indicadores. Si no, podríamos proponer otros ejemplos.

[4] La voz extraña sínfisis (adherencia) es usual en medicina; el lector atento debe pensar también, al leer «entorno sinfísico», en «adherencia». Pero si un lector ligero piensa sólo en «conexión física», apenas importa, porque no afecta al contenido, y la palabra *physis* procede de la misma raíz.

carteleras en la calle, paredes de las casas o incluso en la superficie azul del cielo. Los nombres y nada más. Con esto se supone o que los sistemas psicofísicos así atacados completan por sí mismos y se representan además la mercancía, o bien que, como tras un problema sin resolver, quedan en un temple interrogativo favorable al anuncio, y en la próxima ocasión en que el nombre reaparezca adscrito, lo «atienden» por forzosidad psíquica, y con él la mercancía. Un ardid psicológicamente interesante —nada más.

¿Vale la pena, pues, introducir un término propio para esta clase de empleo? Ciertamente; pues los nombres adscritos funcionan muchas veces como *marcas.* Pero marcas y *señales* interesan al teórico del lenguaje perspicaz por más de un motivo; señales y marcas en las cosas, las naturales y las producidas artificialmente, son sematológicamente muy interesantes y revelan al sematólogo muchas cosas que son también instructivas para la teoría del lenguaje. Medítese sólo, por ejemplo, en que los fonemas son señales en el sonido total de los *flatus vocis* que denominamos palabras; los fonemas son señales fonoras en el sonido verbal. También los objetos (lo nombrado de los nombres) tienen que encerrar propiedades reconocibles y distintivas siempre que aparecen ante los sentidos de un hablante y han de ser nombrados «cada uno según su especie». Se detiene uno con frecuencia en momentos que el hablante ingenuo del alemán designaría como «señales o marcas» (*Male oder Marken*) precisas. El lógico que abstrae procede sumariamente y dice «notas» (*Merkmale*) para todas las condiciones que tiene que cumplir un objeto para que se le pueda atribuir un nombre como signo conceptual. Es terminológicamente adecuado que el simple *Male* y el simple *Marke* sólo se emplean para *distintivos* fácilmente aislables de un modo sensible; los lunares (*Muttermale*) son distintivos de este tipo. Pero no es fácil de realizar con pleno rigor la agrupación.

Si se usan ahora los nombres como *marcas de mercancías,* entran en la abigarrada compañía de otras marcas mercantiles no lingüísticas (imágenes signos elementales simbólicos, muchas veces de tipo heráldico o tomados de los blasones) y sufren en esta atmósfera peculiares transformaciones, sobre las que hay que hablar detenidamente en otro lugar. Las definiciones legales sobre nombres que se han de registrar y proteger como marcas mercantiles, pueden fundamentarse fácil y sistemáticamente desde el punto de vista sematológico; algunas de ellas que ya existen se pueden justificar teóricamente *post festum,* y se puede aconsejar a los entendidos en este campo, en cuestiones a las que todavía no se ha dado respuesta totalmente unitaria y adecuada. Desde el punto de vista de la teoría del lenguaje es decisivo el hecho de que los nombres adscritos como marcas mercantiles no tienen ni necesitan ningún contexto en torno suyo. Están adscritos en

un pie de igualdad con las características reales de una mercancía, pero tienen la ventaja de que además pueden leerse simplemente e introducirse de nuevo en contextos como nombres normales; una curiosa situación ambigua, del más alto interés sematológico, cuyas repercusiones son instructivas.

Sobre los nombres en los indicadores, de un modo más general, sobre los nombres adscritos que reclaman del lector el seguir una prescripción déictica para encontrar lo nombrado, hay que advertir todavía lo siguiente: Imagínese, para animar un poco el monótono esquema, las inscripciones en placas de metal que explican el «panorama» en puestos de observación. Hay allí flechas en todas direcciones, largas y cortas, y nombres geográficos en ellas; en un panorama fotográfico en el *Baedecker* están los nombres en el cielo y se unen por medio de líneas verticales con cimas y caseríos. También esto es una coordinación (déictica). Estos medios demostrativos elaborados reproducen únicamente en su plenitud lo que ofrece ya también la éste-deixis usual de Brugmann, cuando en la trama del gesto y el demostrativo incluye un nombre: *este sombrero.* El nombre está igualmente, tanto en el caso de una elocución viva como en el caso de una combinación de la imagen óptica, legible de la palabra con el signo demostrativo en forma de fecha, en la trama de una *demonstratio ad oculos.*

3. *Una analogía en el campo de los signos heráldicos*

Una palabra para concluir. Bien miradas las cosas, cada cosa sensible (entre las cuales pueden contarse también igualmente, para simplificar, los «procesos») producida en un caso concreto y utilizada como signo lingüístico tiene su lugar bien definido en el espacio físico y por tanto un contorno real. Incluso los símbolos impresos del lenguaje de papel, que acumulamos en bibliotecas, están, como cosas sensorialmente perceptibles, en cualquier parte y de cualquier modo sobre la blanca superficie de papel, y allí están aprisionados. En el curso de nuestro análisis se trata de si esta adscripción como tal resulta *relevante* para la función de las cosas que son signos o es irrelevante. El papel de los libros no es más que un soporte (ciertamente imprescindible), que se comporta de un modo indiferente y, como es proverbial, es tan dócil y paciente para soportarlo todo como la tinta de imprenta es dócil para hacer visible todas las formas. Pero de un modo completamente distinto de como se comporta el papel de los libros con las figuras negras que soporta, lo hace, por ejemplo, la mercancía con el nombre mercantil impreso, o cada por-

tador con el signo lingüístico, cuando ostenta lo soportado como su nombre, etc. En este caso la adscripción se convierte en el criterio físico, manifiesto a los sentidos, de la coordinación. Expliquemos todavía este procedimiento de adscripción con una comparación históricamente interesante; a saber, con el blasón.

De un modo más ilustre que la marca mercantil moderna, proliferó el *signo heráldico* en la Edad Media, gozosa con los símbolos, poseída de simbolismo. Marcas y signos mercantiles son verosímilmente antiquísimos y en parte de origen afín. Pues el *homo socialis* que crea y protege la propiedad ha respetado e inventado las señales de la propiedad, ha producido marcas; y ese mismo hombre, que coopera en agrupaciones sociales, ha creado, cuando fue necesario, signos de copertenencia, signos de asociación. Se puede comprobar que las figuras heráldicas medievales surgieron por primera vez en los pendones de las huestes, y sólo desde el siglo XIII experimentaron, como símbolos hereditarios de posesiones y luego principalmente de familias, una transformación que, considerada sematológicamente, es esclarecedora para ciertas cuestiones. Piénsese, por ejemplo, cómo el blasón caballeresco, en la cima de su históricamente breve existencia (tres o cuatro siglos) apareció en las suntuosas fiestas de los torneos caballerescos. Colocado y realizado sobre todo en el escudo del portador del blasón, lo daba a conocer como este o aquel luchador. Pero el blasón no se contentaba con la función de un simple diacrítico, sino que empezaba a contar alabanzas de las familias, y un poco también de las virtudes y fortunas individuales del titular. Y para ello necesitó en seguida lo que necesita todo medio de representación más complejo, a saber: un *campo de representación*. La superficie del escudo era el lugar natural de la multiplicidad; se elevó a campo de representación y se dispuso como campo de signos. Había un arriba y abajo, derecha e izquierda en el escudo, y las más diversas subdivisiones de su superficie proporcionaban una riqueza mayor o menor de lugares sintácticamente relevantes para los símbolos elementales. El conjunto se llamaba también correctamente «el campo» o «los campos».

No dependió ciertamente de los medios externos, ni de falta de riqueza de símbolos particulares y valores de campo, el que no haya surgido de ello ningún procedimiento unitario de representación. Ni las reglas heráldicas de los reyes de armas profesionales de tiempos antiguos, que estaban encargados de interpretar y de velar por la pureza de estos signos, ni los profesores de heráldica en las Universidades, fueron capaces de mantener a aquel ser todavía vivo en las vías de un desarrollo sistemático claro. El cargo de rey de armas mayor de Prusia (desde 1706) sólo se ha preocupado esencialmente del registro correcto, y el intento de renovación y reforma de Napoleón, pensado de un modo sematológicamente notable, que quiso reflejar consecuente y perspicaz-

mente en el blasón la jerarquía de su nobleza de funcionarios, no se sostuvo. Esto ha de haber tenido otras causas que las sematológicas [5].

El blasón entero es, pues, un campo simbólico con signos particulares, que están en él y reciben valores de campo; pues no es en modo alguno indiferente cómo está repartido el conjunto del campo y en qué lugar está el signo particular. El conjunto es un blasón familiar incluido en el registro heráldico. En el uso práctico aparece en un entorno sinfísico; es llevado por el señor, por ejemplo, en el torneo, o está en la puerta del castillo, el solar de la familia, y finalmente se aplica como signo de propiedad a cualesquiera bienes muebles. Y esta adscripción es relevante en todos los casos en que se usa; lo que sólo ocurre secundariamente a los signos lingüísticos, es para el blasón el caso normal de empleo.

Un punto más de comparación, y por cierto del blasón con *inscripciones* verbales en sepulcros, etc. Tales inscripciones verbales encierran con frecuencia demostrativos, que subrayan y explican la adscripción. ¿Quién funciona como emisor y quién como receptor en este campo mostrativo? Muchas veces dice la piedra o alguien que está allí mismo: «Aquí descansa en el Señor don N. N.» Pero también puede hablar el muerto al visitante del monumento: «Viajero, si vas a Esparta... *nos* has visto yacer aquí...» De un modo más claro que en el primer caso, habla, no la piedra, sino un cicerone que está delante de ella, en: «*esta* torre de piedra... *hoc* monumentum erixit Carolus Theodorus»; con todo, de distinto modo que cuando la campana dice: «vivos voco, mortuos plango, fulgura frango». No sé si además se fingen situaciones verbales aún más complicadas; acaso habría algo de esto si se ocurre descubrirlo en los ingeniosos humilladeros alpinos.

El blasón no tiene signos mostrativos propios; tendría que tomarlos del lenguaje, como ocurre no pocas veces en inscripciones de monedas antiguas. El tema merece una mirada atenta, por cuanto prepara una cuestión general. ¿Cómo fueron las fijaciones históricamente más antiguas de la palabra hablada en cortezas, madera o piedra? La ayuda del índice vivo, la ayuda del carácter de la voz y de la cualidad de origen de los sonidos faltan; tal deficiencia, ¿no tuvo que conducir a considerables dificultades iniciales? Respuesta: en todo caso, no donde la *demonstratio ad oculos* estaba ya superada en la lengua hablada; superada en el sentido que nos enseña el caso principal *épico* del habla humana desarrollada de un modo

[5] Véase, Julius Klanfer: *Sematologie der Wappenzeichen*. Tesis de Viena, 1934. Allí se encuentra el material fáctico en que se basan nuestros argumentos.

superior. Pero la reproducción óptica del habla humana *dramática* desarrollada superiormente sí tuvo que tropezar con dificultades iniciales. Imagino que un auténtico actor y con él todo el que hable dramáticamente hubiese tenido que estar en el pretérito, en cierto modo sin ayuda, ante la superficie de piedra, cuando se le hubiese ocurrido fijar ópticamente su creación. El ciego Homero, en cambio, hubiese podido utilizar el cincel sin dificultades de transición; también puede hacerlo el legislador, porque se ha liberado en otro sentido de la mostración por gestos.

Una nota conceptual: *Coordinada idealmente* con lo nombrado está toda palabra, tal como se encuentra en el léxico; es decir, coordinada en el ámbito de convención de la comunidad lingüística para la que se estableció el léxico, en la que «se» usa la palabra. Coordinada en sentido análogo a como el blasón familiar está coordinado con una familia. *Ligadas psicofísicamente* aparecen en el ámbito de las disposiciones verbales de un individuo (dicho en pocas palabras) la figura fonética y la figura real de una palabra. *Apuntado intencionalmente* y también más o menos alcanzado intencionalmente es el objeto nombrado de un hombre en las vivencias verbales concretas; a saber, siempre que un miembro de aquella comunidad lingüística usa él mismo el nombre con sentido y correctamente como emisor, o lo entiende correctamente como receptor de una comunicación lingüística en que aparece.

Si no se distinguen con pureza estas tres afirmaciones bien fundadas, siendo así que en estas cosas importa siempre el rigor conceptual, tiene que surgir una confusión irremediable; y existe de hecho, por ejemplo incluso en las obras, por lo demás tan meritorias, de De Saussure. Ciertamente las tres cosas tienen alguna conexión; pero precisamente no de manera que se pudieran unir sin más las proposiciones que formulamos sobre ello mediante signos de igualdad o por medio de un *es decir*. Pero peca especialmente de un modo que clama al cielo, todo el que en un contexto decisivo une explícita o implícitamente mediante un *es decir* el enunciado sobre una vivencia (y la intención incluida en ella) con el enunciado sobre los supuestos psicofísicos para que se dé ese caso de vivencia (y la suposición implicada en ello, de una asociación «figura fonética-figura real»). En el caso de una adscripción de la figura óptica del nombre con la cosa sensible nombrada, de una conexión que según las circunstancias tiene que interpretarse en el sentido de un entorno sinfísico eficaz, esta adscripción visible se convierte en indicio de una coordinación (ideal). No hemos afirmado otra cosa.

4. *Sinsemántica de los valores de imagen en la pintura*

Retengamos brevemente las aclaraciones al concepto de *entorno sinsemántico*, que en la sección siguiente se estudiará especialmente y en detalle. No sólo en lo lingüístico, sino dondequiera que cosas del tipo de los signos (incluidos una vez más los procesos) forman una *unitas multiplex sensible*, están dados los supuestos más sencillos para la manifestación de un entorno sinsemántico. Expliquemos esto

en una esfera aparentemente muy distante del lenguaje: El reino de los colores fue el primero en que se introdujo el concepto de entorno. Retengamos el ejemplo de los colores para ilustrar y hacer comprensible también fuera del lenguaje la distinción entre un entorno sinfísico y sinsemántico.

El *contraste cromático* es, como sabemos hoy, cuestión relativamente periférica, es casi íntegramente simple función de la vecindad de los lugares estimulados de la retina. Es, como podemos decir también desde nuestro punto de vista, al menos principalmente un fenómeno que puede comprobarse en el entorno sinfísico de los puntos cromáticos. Las cosas son esencialmente distintas, en cambio, por lo que se refiere al «contexto» de los *valores de imagen en el conjunto de un cuadro*. Si un pintor mezcla tres veces en la paleta el mismo gris y pone tres veces físicamente la misma mancha gris en una imagen que se está haciendo, esta mancha puede recibir tres veces (o todavía más) un *valor de imagen* distinto en el contexto del cuadro; puede impresionar, por ejemplo, como sombra o reflejo luminoso o como color de un objeto (como una mancha, por ejemplo, en un mantel blanco). De un modo completamente regular y evidente para el contemplador en disposición normal. La ley estructural de los valores de imagen de un cuadro es algo absolutamente distinto del contraste cromático; estos valores de imagen están dentro de un entorno sinsemántico y reciben en él determinados valores de campo. Para que tales estructuras se manifiesten, las manchas de color (más generalmente, los datos sensibles) tienen que recibir un valor de signo. Lo reciben las manchas cromáticas en notable proporción y sistemáticamente cuando pone la materia coloreada, no el pintor de brocha gorda, sino el verdadero pintor con el instrumento del pincel, y «representa» algo por medio de colores. El contexto de valores de imagen en un cuadro es el análogo del contexto de los signos lingüísticos; allí y aquí hay un entorno sinsemántico [6].

Tal vez es conveniente subrayar todavía una cosa: que los signos del lenguaje fonético no funcionan nunca de un modo exclusivo en el acto vivo de comunicación cotidiana. El hablante produce descui-

[6] Esta afirmación se funda en hechos que se discuten detenidamente en el capítulo *Optica del cuadro* de mis «Erscheinungsweisen der Farben». Si hubiera que perseguir alguna vez las cosas experimentalmente más allá, sería, ciertamente, muy instructiva una referencia a la sintaxis lingüística de un extremo a otro. Podría haber junto a la analogía general también radicales diferencias, pues ambas cosas son ciertamente representación, pero el lenguaje *no es cuadro*. Cf. ante todo, las instructivas investigaciones de L. Kardos: «Ding und Schatten». Ergbd. 23 de la *Z. f. Ps.* 1934.

dadamente a la vez gestos, mímica y sonidos juntos; ahí se presenta como entorno sinsemántico del signo lingüístico individual el conjunto íntegro de los signos de comunicación producidos al mismo tiempo. Pero el teórico, para resolver todo esto con pureza científica, tiene que considerar primero casos relativamente sencillos y proceder paso a paso. Cuando el lingüista construye la «sintaxis» de una lengua dada, sólo entonces tiene en cuenta por primera vez el conjunto de los *signos fonéticos* acuñados fonemáticamente. Esto es una abstracción legítima, que ha resultado fecunda. Sólo en ciertos puntos se impone la necesidad de una ampliación del horizonte y resulta ineludible. Vimos esto al tratar de los demostrativos, que por su naturaleza están en el campo mostrativo del lenguaje y allí necesitan de recursos orientadores sensibles o de convenciones propias, para ser unívocos. Volvimos a encontrarlo en la cuestión, ya abordada, de la elipsis de los filólogos, sobre la cual parece aquí oportuna una observación más.

5. *La cuestión de la elipsis*

Naturalmente hay *elipsis.* Hay construcciones inacabadas (piénsese en las catedrales de la Edad Media) y, por lo demás, todo género de obras humanas que se quedan en realización, entre ellas también los decires inacabados. Estoy lejos de querer discutir el hecho de las elipsis verbales en el más amplio sentido de la palabra o el hecho más especial de las frases elípticas. Hay bastantes causas, ocasiones y motivos para que a un hablante se le vaya interiormente el hilo, o le falte el aliento, o le parezca superflua y reiterada toda palabra más, o le corten la palabra externamente en mitad de la frase. Todo esto carece de interés para la teoría del lenguaje hasta que se muestren productos que, para decirlo en pocas palabras, vistos sin violencia, por un lado parezcan inacabados, y por el otro, no obstante, acabados y conclusos. Si en esta clase, cada vez mayor, se logra caracterizar y diferenciar lo simpráctica y sinfísicamente acabado como tal, quedará probablemente un resto, hasta cierto punto homogéneo, de casos en los cuales es exigido, en efecto, internamente un auténtico acabamiento sintáctico; pero exteriormente no se realiza, porque parece superfluo en el contexto. Los motivos de que se pueda prescindir de ese acabamiento están muchas veces, evidentemente, en la facilidad del modo de hablar, o pueden averiguarse filológicamente, es decir, por el pasaje concreto. Expresiones como «*ire ad Jovis*» no ofrecen ninguna dificultad a la interpretación.

El que se atiene a la breve definición de G. Herrmann, «ellipsis est omissio vocabuli, quod et si non dictum tamen cogitatur», meditará en cada caso particular si es inevitable la suposición de un ser copensado. Esto lo declama también correctamente B. Maurenbrecher en su ensayo *Die lateinische Ellipse, Satzbegriff und Satzformen*[7]. Maurenbrecher formula, a propósito del material exegético de los latinistas, algunas reglas, con las cuales se puede dominar la plaga de los afanosos por ver elipsis. Hoy ningún filólogo llegará en la admisión de deficiencias hasta el extremo de los antiguos gramáticos de la escuela estoica; con todo, quizá haya todavía que restringir algo en el sentido de Maurenbrecher. Me parece que con nuestro método se puede conseguir esto de un modo esencialmente más sencillo y satisfactorio que con ayuda de las tres reglas que formula Maurenbrecher. Según ellas, no hay elipsis:

«1. Cuando elementos de la representación total (de la frase) no se expresan lingüísticamente en absoluto, sino que están inexpresos en la conciencia del hablante y el oyente (lector) y son realmente bien entendidos.

2. Cuando los mismos se expresan mediante movimientos expresivos distintos de los lingüísticos (gestos, ademanes, signos ópticos, etc., mediante otros sonidos, etc.).

3. Cuando el complemento se hace con otras frases (la mayoría de las veces precedentes), y esto: *a*) del mismo hablante, *b*) por lo que dice el otro (esto último por ejemplo, en cada respuesta)» (pág. 236).

El segundo punto de esta lista afecta a lo que opinaban desde Wegener todos los que se han ocupado de los recursos mostrativos, por ejemplo, también H. Paul y Brugmann. Sobre esto apenas hay ya nada importante que decir después de un análisis suficientemente sutil del campo mostrativo y de la función de los demostrativos. El tercer punto llama especialmente la atención sobre el importante hecho de la anáfora (tanto sobre la remisión hacia adelante o hacia atrás en el contexto orientada lingüísticamente, como si se orienta de un modo no lingüístico). Aquí se insertará nuestra consideración de la conexión de la frase principal con la accesoria. Sólo el primer punto podría ofrecer ocasión a consideraciones críticas. Los psicólogos en torno a Wundt y H. Paul eran, en nuestra manera actual de ver las cosas, demasiado descuidados en sus subconstrucciones de psicología de las vivencias. Pues ¿de dónde conoce Maurenbrecher tan exactamente las «representaciones» de los interlocutores, que puede decidir: Esto y lo otro ha sido correpresentado, pero no se ha manifestado verbalmente? Con un saber tan discutible no se puede ya operar hoy; ni siquiera allí donde, siguiendo una necesidad filológica bien fundada, se quiere poner un dique a la inundación de elipsis. De lo poco que se puede comprobar realmente acerca de las representaciones objetivas en la vivencia de emisores y receptores de signos lingüísticos recibe una fuerte impresión todo el que se toma la molestia de examinar los registros minuciosos de la psicología del pensamiento. Pero la inundación de elipsis se domina *antes de su crecida* si se puede mostrar que el supuesto es falso: todas las palabras usadas con sentido tienen que estar en un entorno sinsemántico, tienen que estar soportadas por un contexto. Sólo esto es la efectiva *cura radical* contra la plaga dos veces milenaria de las elipsis.

---

[7] Homenaje a Streitberg. 1924, págs. 234 y ss. La definición de Herrmann se cita allí.

11. Contexto y momentos de campo en particular. La sintaxis desde fuera, de Miklosich a Wackernagel

No es un azar que el campo mostrativo lingüístico nos salte a la vista del modo más claro en la *acción verbal,* y el campo simbólico en el *producto lingüístico* desligado. Pues originariamente con el dedo índice extendido sólo se puede señalar lo que es perceptible sensiblemente, y el índice extendido sólo es un medio de comunicación útil cuando el receptor puede verlo y verificar con éxito la indicación de la seña. La deixis en fantasma se realiza si la montaña ha venido a Mahoma o Mahoma ha ido a la montaña, es decir, si el receptor puede abrir sus ojos «interiores» y seguir a su vez las indicaciones mostrativas. Mostrar es la conducta de acción verbal *kat'exokhén,* y sigue siéndolo, aun cuando se ponga al servicio de la poesis; tome el lector «poesis» en sentido lato, lo mismo que Aristóteles y la psicología infantil moderna.

El desprendimiento del producto lingüístico de los recursos mostrativos originarios es un tema de nuestra teoría de la frase. Admítase aquí como tratado y búsquese una respuesta a la pregunta: ¿qué pasa entonces? Decires desligados, en el sentido en que usamos esta palabra son (según la prueba que se aportará más tarde), en uno y otro grado, *todas las frases independientes.* Dejemos ahora de lado los fenómenos de transición para buscar los factores de contexto en frases independientes. Pensamos, por ejemplo, en los decires más desligados que puedan encontrarse sobre piedras o fijados con negro sobre blanco en obras escritas. Los conocedores de las lenguas «muertas» no han visto ni oído nunca su objeto en otra forma. En escasa medida, el entorno sinfísico, y en mucho mayor el sinsemántico de esos signos lingüísticos, es lo que continuamente a aquellos investigadores motivó para nuevas preguntas y respuestas sobre su «muerto» objeto. Pues los factores del entorno sinsemántico se conservan en amplia medida en lo recibido. Ahora se trata de comprenderlos íntegra y sistemáticamente, al hacer lo cual puede pasar otra vez inadvertida la fugaz referencia a las posibilidades reducidas de investigación en las lenguas muertas.

Franz Xaver Miklosich fue el que en su *Gramática comparada de las lenguas eslavas* propuso la fórmula de que la sintaxis es la teoría de las clases y formas de las palabras. Tendremos que decir, desde un punto de vista crítico, algo como complemento y mucho más concordante; utilicemos esa clara afirmación como tesis inicial, no para quedarnos en ella, sino para avanzar e ir más lejos. Los especialistas han visto con claridad, especialmente después del libro

de John Ries *Was ist Syntax?*, que con *un* solo empuje y de un golpe no se puede construir la sintaxis. Son primarios por lo menos los dos pasos principales que Ries ha caracterizado correctamente como el camino desde fuera (con Miklosich) y el camino desde dentro (pero mejor que Becker), y secundariamente son posibles y deseables otros más.

¿Por qué esto último? La sintaxis, como parte de la gramática, estará siempre bajo el concepto rector y más amplio de la *teoría de las formas*; pero actualícese una vez más en el esquema de los cuatro campos la riqueza de relaciones de una teoría de las formas lingüísticas con lo que puede y tiene que haber en otros libros sobre el lenguaje. ¿Por qué, por ejemplo, no escribir una sintaxis del francés antiguo y moderno, que se atenga con el mayor rigor posible a los documentos y elabore paso a paso una sintaxis sacada de los textos aducidos? Una sintaxis semejante tiene que quedar entrelazada con interpretaciones, tiene que contar con situaciones internas y externas, tiene que poseer, como subraya Ettmayer, el carácter de una teoría cimentada «psicológicamente» (es decir, desde el punto de vista de la psicología de las vivencias). Puede llegar otro y buscar el creador, poner en el primer plano de su interés la formación creadora, cuando persigue problemas sintácticos. Tendrá mucho que ofrecerle para responder a las cuestiones estilísticas la teoría del acto de Husserl, también donde se ocupa de gramática. Esto son iluminaciones adecuadas ya desde un lado o desde otro; esto se llama ilustrar la sintaxis desde el punto de vista del que actúa verbalmente en la lengua coloquial o desde el punto de vista del creador de productos lingüísticos selectos; y ambas cosas pertenecen a una comprensión total de la estructura del lenguaje.

El análisis en el sentido de Miklosich es imprescindible; fue elegido después de él, como punto de partida de la sintaxis, con gran estilo, por Delbrück, y nuevamente por Wackernagel. Lo que Ries reclama como complemento, una teoría de la frase y de los grupos de palabras, queda relegado por buenas razones a un segundo lugar; pero no debiera olvidarse y quedar irrealizado. Nosotros buscamos como teóricos del lenguaje a vista de pájaro una ordenación de los factores del entorno sinsemántico de los signos lingüísticos, y sabemos que tenemos que entrar primero por la vía de Miklosich y seguir adecuadamente el camino «de fuera a dentro». El resultado muestra que hay que ampliar el inventario de Miklosich. H. Paul, J. Ries y otros han hecho rectamente reconocer la clase de las modulaciones musicales y el factor de posición; nosotros tomamos nuevo impulso y subrayamos desde el comienzo el factor de los *recursos materiales*. El que lo ve rectamente y no se arredra por reconocer toda su importancia en la sociedad de los demás factores del contexto llega a una opinión considerablemente alterada acerca de la esencia del lenguaje. En parte ocurre que, por afán de brevedad, se nombran y se tratan de un solo aliento los recursos materiales y las clases de palabras.

1. *Recursos materiales y clases de palabras*

Materia y clases de palabras.—Los filólogos tienen que restablecer con frecuencia textos mutilados y alterados, y a veces resuelven el problema de tal modo que los que vienen después confiesan que la conjetura se parece al huevo de Colón. Ch. Bühler ha provocado soluciones comprobables de este tipo en la experimentación psicológica, con textos mutilados artificial y sistemáticamente; a experimentadores con alguna práctica literaria (estudiantes) se les presentan frases concisas, textos más largos hasta de diez, quince signos verbales; pero estos textos están completamente deformados y convertidos en montones de palabras en sucesión sin sentido. Se debe intentar lograr una restitución. Cito aquí cuatro ejemplos de la colección, que contiene 62 números:

1. Biblioteca - volúmenes - cerebro - estantes - ideas - 100.000 generaciones - gigantesco - análogamente - desaparecido - colocar.
2. Piedra preciosa - engaste - precio - valor - elevar - no.
3. Casas - feria - ciudad - viejo - pequeño - acurrucarse.
4. Océano - barcos - noche - oscuridad - vida - hombres - silencio - voz - señal - llamada - mirada - mutuamente - lejano - hablar - pasar - encontrar - entonces - de nuevo.

En muchos casos se consiguió una reconstrucción fiel en lo esencial y se pusieron de manifiesto técnicas de ordenación del pensar verbal, que evidentemente proceden de una práctica de toda la vida en el operar con signos lingüísticos. De un modo análogo a como en otros casos fragmentos y otros *membra disjecta* incitan a intentar una reconstrucción, y no pocas veces permiten realizarla unívocamente, se produce en nuestros experimentadores un afán de construcción lingüística. Y no es raro que el texto sea bien restaurado en sus líneas principales con inesperada rapidez. Los textos de que se ha partido dicen sin alteraciones:

1. Como en los estantes de una gigantesca biblioteca de 100.000 volúmenes están colocadas las ideas de generaciones desaparecidas, análogamente en nuestro cerebro (Strindberg).
2. El engaste de la piedra preciosa eleva ciertamente su precio, pero no su valor.
3. Como en una feria se acurrucan las viejas casas de la pequeña ciudad (Rilke).
4. Ships that pass in the night, and speak each other in passing.
   Only a signal shown, and a distant voice in the darkness;
   So, on the ocean of life we pass and speak one another,
   Only a look and a voice, then darkness again and a silence
   [(Longfellow).

Aquí no nos interesa la descripción de los caminos, rodeos, extravíos que han aproximado más o menos a los experimentadores individuales a una reconstrucción con sentido. El que se interese en ello debe consultar los dos trabajos mismos [8]. Pero afirmamos, de un modo mucho más elemental, que aquí lo morfológico y los recursos de ordenación estaban en gran parte eliminados; faltan casi completamente los signos de casos de los nombres, las desinencias de los verbos y la mayoría de las partículas. En cambio se podía reconocer (en alemán) la clase de palabras a que pertenece cada símbolo lingüístico, y ayudaba también aquel otro factor que designé brevemente con el nombre «materia». Si se encuentra en cualquier parte la palabra «rábano», el lector se traslada inmediatamente a la mesa de comer o a la huerta; a una «esfera», pues, completamente distinta (el término está definido desde el punto de vista de la psicología del pensamiento en el trabajo citado) que cuando se encuentra, por ejemplo, la palabra «océano». Cada texto característico fragmentado y desfigurado en montón de palabras tiene todavía el olor de su esfera, y no es menester ser especialmente sensible para ello para sacar de él recursos de fantasía y con ello un hilo de Ariadna. Una cosa da otra; cuando se ha conseguido un punto suelto de cristalización, en torno al cual se agrupa todo lo demás («ley de centralización»), o cuando está indicado de un modo puramente material y aparece al que busca un esquema de relaciones más rico (pareja de contrarios, serie gradual, esquema cuádruple como para una analogía a : b = c : d), la reconstrucción está ya entonces, por lo regular, en plena marcha.

¿Qué resulta de esto desde el punto de vista de la teoría del lenguaje? Del fenómeno de los auxiliares materiales de la ordenación no puede derivarse ni más ni menos que la pertenencia a la práctica vital de los usuarios habituales de signos lingüísticos del volver a aquello que representan como *símbolos* toda la atención y una actividad interna propia, creadora o recreadora, como hablantes u oyentes. Se está allí con las cosas de que se habla, y se deja que la actividad interna constructiva o reconstructora se guíe en buena parte *por el objeto mismo,* que ya se conoce o en la medida en que está ya situado y dispuesto por el texto. El lenguaje adulto no evita este procedimiento, sino que lo requiere francamente y está organizado para él; la manera usual de hablar cuenta con ello, deja abiertos *espacios libres* en todas partes. Nuestro lenguaje cotidiano representativo y con frecuencia, en grado más intenso, el del poeta, pero tam-

[8] Ch. Bühler: «Über Gedankenentstehung». *Z. f. Ps.* 80 (1918), y «Über die Prozesse der Satzbildung», *ibid.*, 81 (1919).

bién el lenguaje de las obras científicas, no se propone la mayoría de las veces en la frase particular la máxima univocidad lógica e integridad asequible. La aprehensión plena del objeto y la integridad de su representación lingüística son un ideal en un grado mucho menor que lo que la mayoría sospecha. Más aún: el lenguaje natural sólo lo consigue de un modo lamentablemente imperfecto, cuando se lo necesita, por ejemplo, en demostraciones lógicamente rigurosas. El teórico del lenguaje anota el fenómeno de la *orientación material* del pensamiento verbal y se reserva el entrar en discursión sobre ello, por ejemplo, con Husserl y su idea de una gramática pura.

Pero tenía que mencionarse aquí, porque orienta al teórico de la representación lingüística, de un modo más claro que otras muchas cosas, hacia la *esencial apertura* de las aprehensiones lingüísticas de objetos y situaciones. La orientación material del pensamiento verbal es un fenómeno que, junto con algunos otros hechos, permite demostrar la importante tesis de que la indicación que ejecuta el dedo al señalar no sólo caracteriza la función de los demostrativos, sino que, mucho más allá de esto, se puede encontrar también en la esfera funcional de las palabras conceptuales y pertenece a las propiedades estructurales del lenguaje humano. La emisión bien dosificada de signos lingüísticos, incluso cuando representan secamente en un contexto cerrado, se parece más o menos a las ayudas que prestan un jinete a su caballo y, en general, conductores hábiles al ser viviente conducido. Si el pensamiento propio del oyente se pone en marcha, un habla humana perfecta, en cuanto a la técnica lingüística, afloja las riendas y sólo con parquedad inicia impulsos completamente nuevos. Que en ello hay grados y matices, es una sabiduría trivial; afirmamos que el pensamiento propio constructivo del oyente es *ineliminable,* y dentro de amplios límites, *inocuo*; incluso para la mayoría de los fines lingüísticos, sumamente *favorable.* Pero en todo caso tiene que ser estimado en la teoría del lenguaje como importantísimo factor con el que hay que contar. Hasta ahora, el que mejor lo ha visto es Wegener; sin embargo, sus pruebas siempre sólo aforísticas necesitan completarse sistemáticamente.

La otra cosa son las *clases de palabras.* Yo no sé qué antigüedad tienen en el lenguaje humano y cuáles fueron las primeras; ni sé cuáles son imprescindibles y se encuentran en todas partes. Pero si se encuentran como en alemán, y se reconocen, sea sin signos especiales de clase o con signos de clase (como nuestros infinitivos), ofrecen indicaciones fundamentales para la estructura del texto. No sólo es así al descifrar enigmas y frente a acumulaciones desfiguradas de palabras, sino evidentemente también entre los demás factores del

contexto, dispuestos sin artificio ni perturbación. En cada lengua existen afinidades electivas; el adverbio busca su verbo y de un modo análogo los demás. Esto puede también expresarse diciendo que las palabras de una clase determinada señalan en torno suyo uno o más *lugares vacíos* que tienen que llenarse con palabras de otras clases determinadas. Pensamos en el importante hecho, ya conocido por los escolásticos, de la *connotatio*. Es, junto con los recursos materiales, el segundo medio contextual general e importante. Se podría imaginar, creo yo, una lengua humana que en lo esencial se baste con recursos materiales y un número suficiente de clases de palabras bien caracterizadas y adecuadamente escogidas. Se puede imaginar también, ciertamente, que otros factores contextuales (por ejemplo, la sucesión) hagan en amplia medida superfluas las características externas de las clases de palabras; pienso en las condiciones del chino y en pérdidas que ha experimentado sin perjuicio el inglés en su evolución histórica.

Entre los instrumentos de representación no lingüísticos a que recurriremos para comparar, llama la atención la notación de los músicos por su sistema de clases, especialmente sencillo. Hay en ella dos clases fundamentales de símbolos, notas y signos de pausas, que combinan en el contexto. El lenguaje artificial de los logísticos es mucho más rico en clases de símbolos; las lenguas naturales conocidas lo son también. Pero nadie ha logrado hasta hoy ordenar de un modo completamente claro las clases de palabras de las lenguas naturales, en una visión que abarque todas las lenguas humanas.

2. *La lista de los factores contextuales en H. Paul*

Hay una lista de los factores contextuales de H. Paul, en la que no se hace ninguna mención de las clases de palabras, mientras que la definición, de clásica sencillez, del concepto de sintaxis en Miklosich las aduce expresamente: «Sintaxis es la teoría de la significación de las clases y de las formas de las palabras». Paul no conoce nominalmente el primer principio de los recursos materiales, que delimita la empresa entera de la sintaxis, pero lo incluye como principio negativo en la segunda parte de nuestra cita inmediata. Pero, como seguiremos viendo, importa extraordinariamente formularlo positiva y exactamente; decimos: «tiene un catarro», «tiene una casa», «tiene mala suerte», y variamos así tres veces el carácter de la relación representada; el amigo de quien hablamos no *tiene* ciertamente el catarro como *tiene* su casa, ni tampoco a su vez como *tiene* su mu-

jer o mala suerte. Pero la especificación queda confiada en todo caso a los recursos materiales. «Backstein-Backofen-Backholz» varían por tres veces la relación real de los miembros enlazados; la especificación queda en cada caso confiada al conocimiento del asunto (= recursos materiales). No basta que se conceda que tal imaginación, orientada objetivamente, trasciende los medios de la representación lingüística. Ciertamente; pero tiene que haber lugar de antemano, junto a todo lo demás, para esta irrupción de tales presuntos factores «ajenos al lenguaje». El contenido de nuestra tesis acerca de los recursos materiales de todo contexto no es más que esto: que el lenguaje en modo alguno es sorprendido y eliminado, sino que está dispuesto y ordenado para conservar en todas partes cierta distancia y dejar margen para tales especificaciones.

Miklosich tiene en cuenta en el segundo miembro de su lista demasiado poco; probablemente en parte, porque consideraba sobre todo las lenguas eslavas y no, por ejemplo, el francés moderno o el inglés. Pues no son las formas de las palabras las que, por ejemplo, prestan una «significación» distinta a las dos frases inglesas *gentleman prefer blonds* y *blonds prefer gentlemen.* En esto la lista de Paul es incomparablemente más perspicaz; incluso, si se ha aclarado antes la cuestión de los recursos materiales y las clases de palabras, es *comprobablemente* completa, *exhaustiva.* Pues los medios sintácticos de los sistemas del tipo lenguaje no se pueden aumentar a capricho, sino que se pueden contar por las clases; presentan un sistema cerrado, cuyas dimensiones se pueden indicar. Hay siete grupos en Paul; los reduciremos a tres clases naturales, sin añadir nada esencialmente nuevo ni omitir nada ya mencionado por Paul. El § 86 de los *Prinzipien* de Paul dice con suma sencillez y sin pretensiones:

Para la expresión lingüística de la combinación de representaciones hay los siguientes medios: 1, la yuxtaposición de las palabras correspondientes a las representaciones en sí; 2, la sucesión de esas palabras; 3, la matización entre las mismas en cuanto a la energía de la articulación, la acentuación más fuerte o más débil (confróntese *Carlos* no viene-Carlos *no* viene); 4, la modulación del tono (cfr. Carlos viene, como frase afirmativa, y ¿Carlos viene?, como interrogación); 5, el *tempo,* que suele estar en estrecha conexión con la energía y el tono; 6, palabras de enlace como proposiciones, conjunciones, verbos auxiliares; 7, la flexión de las palabras, y a su vez, *a*) determinándose con más precisión mediante las formas flexivas en sí la índole del enlace (*patri librum dat*); *b*) indicándose por medio de la coincidencia formal (congruencia) la correspondencia (*anima candida*). Es evidente que los dos medios últimamente citados sólo han podido formarse muy paulatinamente, a través de larga evolución histórica, mientras que los cinco primeros están a la disposición del hablante desde un principio. Pero tampoco 2-5 se determinan siempre de un modo absolutamente inmediato por el curso natural de las representaciones y sensaciones, sino que son capaces de un desarrollo tradicional.

Según el número y precisión de los medios empleados, está caracterizada de una manera más o menos exacta la forma en que las representaciones están ligadas entre sí. Ocurre respecto a la forma de enlace lo mismo que respecto a la representación aislada. La expresión lingüística de ello no tiene que ser absolutamente adecuada a la situación psíquica tal como existe en el alma del hablante, y debe producirse en el alma del oyente. Puede ser mucho *más indeterminada* (págs. 123 y siguientes).

El primer medio de Paul, el factor de contacto sin más, lo consideramos como explicado y diferenciado más finamente por lo que se ha dicho en conexión con los ensayos de Ch. Bühler. Sobre la función sintáctica de la *sucesión* en las distintas lenguas hay que decir algo por vía de ejemplo, que queremos alojar ahí precisamente, acerca del ejemplo del compuesto, en relación con la audaz teoría de W. Schmidt. Quedan además las *modulaciones musicales* y las *fonemáticas*. Pues que los dos grupos de Paul se corresponden estrechamente, sólo necesita una referencia a la historia del lenguaje; mientras que «energía, tono, *tempo,* pausas» producen configuraciones que, no de un modo exactamente igual, pero sí comparable, se encuentran también en la música, y por eso deben llamarse modulaciones musicales. Su pertenencia a la lista de los factores contextuales está probada sólo con que en algunas lenguas, como en alemán, el acento o la melodía de la frase decide si hay que tomar un complejo como afirmación, pregunta, orden, etc. En la evolución del lenguaje infantil las modulaciones musicales son extraordinariamente tempranas; acaso son tan tempranas y universalmente difundidas en los «círculos y familias lingüísticas de la Tierra»; pero no lo sé.

W. Schmidt estudia la anteposición o posposición en un caso muy característico, a saber: en la composición *atributiva,* y formula, considerando todas las lenguas humanas conocidas, la regla de que existe una afinidad constante entre anteposición del miembro determinante, como en «Hausschlüssel» (llave de casa), y formaciones con sufijo, de un lado, y posposición con formaciones con prefijo, de otro lado. Es ésta una correlación muy interesante (también internamente plausible), que sería todavía muy digna de atención, aun cuando no lo abarcara todo y no fuera válida sin excepción en todas las lenguas.

Pero dejemos en paz las correlaciones de los diversos medios de composición y demostraremos la tesis de que no hay ni puede haber otras que las enumeradas. En la expresión «modulaciones fonemáticas» no se piensa sólo en las palabras con forma independientes (preposiciones, posposiciones, etc.) y en las sílabas con forma, como las que suelen presentar los sufijos y prefijos, sino naturalmente también en fonemas añadidos u omitidos solos, que no aumentan ni disminuyen el contenido silábico; se piensa también en fenómenos

como la metafonía y apofonía (*Umlaut und Ablaut*) alemanas o en las vocalizaciones realizadas de un modo mucho más sistemático en las lenguas semíticas. Aquí no se añade ni omite nada y, sin embargo, se modula fonemáticamente; también hay que alojar en alguna parte los llamados infijos. Pero con esto casi se ha acabado. Y ya se ha citado el supuesto decisivo formulado por uno que ya no espera nada sorprendentemente nuevo en lenguas por descubrir.

Si, por ejemplo, sólo el fonético tomara la palabra, no se podría experimentar ni prever de antemano cuántas y cuáles modulaciones de una fluencia fonética dada pueden ser utilizadas por la persona que habla para el fin de manifestar funciones sintácticas. Pero el planteamiento del problema resulta distinto si después del fonético toma la palabra el fonólogo. Pues con la sola tesis de que cada lengua sólo utiliza un sistema bien caracterizado de señales fonéticas para la diacrisis de determinados trozos de la fluencia fonética, excluye al punto una gran parte de las modulaciones pensables y prácticamente realizables, incluso existentes. Esto no quiere decir que cuando aparecen sean completamente irrelevantes en la comunicación verbal, sino que sólo quiere decir que son irrelevantes para la función representativa del lenguaje. Las vibraciones de la voz, por ejemplo, y las modulaciones del timbre son patognómicamente muy importantes; pero gramaticalmente relevantes no son, que yo sepa, en ninguna lengua humana.

Ciertamente, el fingido fonólogo tiene que ser bastante cauteloso y tener los ojos abiertos, permanecer atento a las señas que recibe a derecha e izquierda. Me represento al gramático colocado a su derecha y al psicólogo a su izquierda, porque esto es lo adecuado. No es la fonología, sino la gramática, o digamos la teoría de las palabras, la que caracteriza determinadas porciones del flujo fonético de un decir como palabras y elementos de palabras. Y esto está de acuerdo con los supuestos de nuestra lista. Es después la psicología moderna la que muestra enérgicamente que al carácter fonético de esas formas pertenecen también, además de las señales fonéticas = fonemas, determinadas *cualidades de forma*. De un modo análogo a como hay las grandes formas de la llamada melodía de la frase, del ritmo de la frase y de las formas temporales de la frase, hay también las mismas formas en pequeña escala ya en la palabra. Hay acentos de palabra y melodías de palabra; naturalmente no pueden olvidarse, y tampoco están en la lista establecida. Pertenecen a las modulaciones musicales, que pueden ser directamente relevantes desde el punto de vista sintáctico (por ejemplo, como la llamada melodía de la frase), o por el rodeo a través de una modulación que producen en el sonido de la palabra individual; *übersétzen* y *úbersetzen* son en

alemán palabras distintas; ciertamente, ambas verbos. Pero tales modulaciones podrían, exactamente igual que la metafonía y la apofonía, alterar también la clase de palabras y funcionar directamente como medios de enlace; piénsese, por ejemplo, en la ley de acentuación de los compuestos alemanes. Dicho una vez más de otro modo, cada palabra tiene un *rostro sonoro* que no está determinado íntegramente por la expresión, sino que en parte indica también el valor simbólico y la valencia sintáctica de la palabra.

Si se reconocen las condiciones generales enumeradas de la configuración del flujo fonético del habla humana, se ve que nuestra lista es completa y conclusa. Dicho con más rigor, no se encuentran más esferas de variación que no estuvieran enumeradas como relevantes o excluidas como irrelevantes. Pero más importante que la demostración de su carácter completo sería, a mi parecer, el intento de obtener del material de hechos de la lingüística general comparada, *primero,* una tipología del uso en combinaciones diversas de los signos de campo constitutivos que hemos enumerado en las familias lingüísticas de la Tierra, y *segundo,* indicar además sistemáticamente en todos los casos las funciones de esos medios. Pues la función del mismo medio en distintas lenguas puede ser muy diferente.

3. *Apología de la sintaxis desde fuera*

En la segunda mitad del siglo XIX se consideraba un requisito del procedimiento inductivo de investigación conceder la preferencia al momento manifiesto sensiblemente, también en la sintaxis. Por ejemplo: ¡define primero las manifestaciones de los casos del nombre, antes de hablar de sus funciones semánticas! Pero, vistas las cosas con más precisión, quizá esto era aún más cierta inseguridad, por no decir desorientación, ante la segunda parte de la cuestión, lo cual proporcionó entonces y aseguró hasta nuestros días la bien conocida preferencia a la vía «de fuera a dentro»; John Ries ha descrito las cosas claramente en su importante libro *Was ist Syntax?* La vía desde fuera que hemos escogido aquí puede defenderse contra las objeciones de Ries. ¿Por qué un investigador de los grupos de Miklosich no había de ampliar adecuadamente la lista de los momentos sintácticos manifiestos, más allá de las clases y formas de las palabras?

El campo simbólico, si en el acto de comunicación lingüística ha de efectuar entre el emisor y el receptor un mensaje lingüístico al que está destinado, tiene que manifestarse de un modo sensible. Por esto, para construir una sintaxis puede y tiene que utilizarse la

vía de Miklosich (la vía desde fuera en el sentido de Ries). He examinado las objeciones y dificultades de Ries punto por punto y he intentado comprobarlas con el ensayo más claro e instructivo desde el punto de vista de la teoría del lenguaje para hacer una sintaxis moderna, a saber: con el libro de Wackernagel, en la medida en que esto es posible para uno que no ha estado en la brecha [9]. Dentro del esquema de John Ries, la estructura del libro de Wackernagel se aproximará a Miklosich-Scherer-Erdmann; en todo caso, Wackernagel no ofrece ninguna teoría de la frase (conclusa), sino algo afín al programa, realizado de un modo más o menos consecuente, de aquellos que en el siglo XIX preferían el camino «de fuera a dentro». Son las clases y formas de las palabras las que se discuten, en una selección algo negligente en conjunto, pero, sin embargo, según la divisa de Miklosich. Digamos de paso que el que hace esto es un maestro de la palabra. Algo de lo que los primeros gramáticos griegos, todavía no cargados de bibliotecas de saber, descubrieron con sorprendente penetración en el lenguaje y consignaron como conocimiento fresco en la terminología naciente, es revivido por el oyente de Wackernagel junto a los resultados más recientes de la lingüística comparada. Se siente como teórico la tentación de entrar, según la conocida fórmula socrática, precisamente en este taller de un especialista, en la discusión de la cuestión: «¿Qué es la sintaxis?».

Las lecciones de Wackernagel son una buena pieza de auténtica sintaxis. Que procedan eclécticamente no tiene importancia; otro (como Delbrück) pudo proceder sistemáticamente por la misma vía. Y, sin embargo, tiene razón Ries al afirmar que es necesario un segundo camino, el camino que va de dentro a fuera. Fragmentariamente, lo han recorrido también en todas partes los cultivadores de la lingüística comparada; todos saben y pueden indicar cómo, por ejemplo, lo denominado, por su función, genitivo se forma en las diversas ramas lingüísticas y en las lenguas particulares de la gran familia lingüística indoeuropea, o cómo ha evolucionado el «verbo». Un supuesto obvio de ello e indiscutido en muchos sentidos es por lo menos que en el ámbito de la comparación hay verbos como una clase de palabras, y entre las «formas» del nombre, alguna o algunas que hay que estimar como genitivos por *la* función o por todo un grupo de funciones. ¿Puedo preguntar con la misma ingenuidad a todas las

[9] J. Wackernagel: *Vorlesungen über Syntax mit besonderer Berücksichtigung von Griechisch, Lateinisch und Deutsch.* 2 vols., Basilea, 1920 y 1924. Mi colega A. Wilhelm, a quien pedí información sobre demostrativos en las inscripciones griegas más antiguas, me ha dado el libro de Wackernagel, y me lo ha recomendado como el mejor, en su opinión. Le debo por ello permanente gratitud.

lenguas humanas cómo forman el acusativo, el llamado caso objetivo? En este punto el planteamiento del problema resulta tirante para la teoría del lenguaje. Tenemos que remontarnos un poco más allá para poder llegar en el ejemplo citado hasta el punto crítico. Intentaré explicar, a propósito del sistema de los casos de las lenguas indoeuropeas, qué se requeriría; pero en modo alguno está realizado, para seguir en la construcción de la sintaxis general, el «camino desde dentro» no sólo fragmentariamente, sino en su integridad.

12. Campos simbólicos en los instrumentos de representación no-lingüísticos. Un procedimiento de comparación trascendente

Hay comparaciones de conjunto que se hacen para aclarar *recíprocamente* los términos de la comparación. Aquí no nos proponemos este tipo de cosas; tampoco la investigación sistemática conjunta de los instrumentos de representación extralingüísticos. Cuando nos ocupamos de algunos de ellos, se trata de una elección caprichosa, porque los instrumentos de representación extralingüísticos han de usarse aquí, para decirlo en una palabra, única y exclusivamente como analizadores con cuya ayuda se pueden hacer visibles momentos estructurales del lenguaje representativo. Procedemos en gran escala aproximadamente como la metáfora en pequeño: el que dice de un hombre que es un «león de salón», sólo roza con una mirada comparativa al colega zoológico de ese hombre porque así consigue de un modo sencillo subrayar determinados rasgos en la conducta del aludido y caracterizarlo así. Análogamente, queremos tocar con una mirada comparativa algunos modos de representación no lingüísticos para caracterizar los lingüísticos. Hay muchas maneras de representación; estamos tan lejos de tratarlas sistemáticamente como el que usa la metáfora del león de salón de escribir una psicología animal. Sólo queremos confrontar con el lenguaje algunas no lingüísticas. Rasgos y estructuras de los que se conoce o puede esperar conocer algo análogo en el lenguaje son en cada caso tan claros en el término de comparación no lingüístico, que se los tiene delante como en una bandeja.

Es bastante curioso que la fuente de conocimiento así señalada, una *comparación trascendente,* no ha sido nunca, que yo sepa, explotada y utilizada seriamente. Pues los rodeos valen la pena y el utensilio heterogéneo que se introduce transitoriamente en la teoría del lenguaje se elimina de nuevo espontáneamente una vez ha que prestado su servicio. Precisamente su heterogeneidad previene del peligro de que ante meras analogías, más próximas o más lejanas, que pue-

dan aparecer, se pierda en definitiva la visión de lo único e irrepetible en el procedimiento del lenguaje. El que atiende tan cuidadosamente a los contrastes como a las analogías, no se engaña en modo alguno respecto a ese conocimiento *final.* Habla de un modo decisivo *en favor* del procedimiento el hecho de que lleva a algunas visiones de la estructura en un modelo, a la definición de importantes conceptos y a planteamientos exactos de problemas.

1. *Signos léxicos y campos de representación explicados en dos instrumentos representativos no lingüísticos*

Pensamos juntamente en el *papel pautado de los músicos* y en el *mapa geográfico.* Allí corre la cinta de las cinco paralelas y aguarda los signos de notas y pausas que han de inscribirse sobre ella. Aquí la hoja del atlas que he abierto está ya cubierta con una multitud de anotaciones. Pero también veo ahí un andamiaje determinado, los grados de longitud y latitud como líneas rectas o curvas; sólo cuando éstas existieron y estuvieron trazadas en la forma conocida, estuvo la hoja, la superficie que debía llegar a ser un mapa, coordinada de un modo mensurado y unívoco con un trozo de la superficie terrestre. Al principio de la pauta figura (porque está previsto en las convenciones) la clave con los distintivos de las clases de notas, que no nos interesan más en detalle; igualmente contiene el mapa geográfico muchas cosas a las que no prestamos atención. Lo inscrito en la hoja pautada y lo inscrito en el mapa son cosas muy distintas, pero el *tertium comparationis* puede explicarse en lo esencial a cualquier niño de la escuela.

El músico tiene un pequeño inventario de símbolos, las notas redondas, blancas, negras, etc., hasta las fusas o semifusas, y paralelamente la serie de los signos de pausas. Este es un *léxico;* todo lo demás que se encuentra en la hoja pautada, por ejemplo, los signos dinámicos y de *tempo,* los signos para *staccato* y *legato,* etc., es de todo irrelevante para el fin de nuestra comparación. Por otra parte, al pie del mapa geográfico hay, bajo el título «Explicación de los signos», una lista de símbolos, mayor o menor, que se emplean, por ejemplo, para ciudades de más de 100.000 habitantes, ciudades de 10.-100.000, de menos de 10.000, aldeas y localidades caracterizadas de cualquier forma. Un punto con una cruz encima simboliza una iglesia o capilla en la comarca. Se explica allí también que tales o cuales diferencias de trazado son diacríticas para veredas, caminos vecinales, carreteras de tercero, segundo, primer orden y ferrocarri-

les. También lo que hay al pie de la carta como «explicación de los signos» es un léxico.

Insertos lugares determinados del campo, tales símbolos reciben en la hoja pautada y en el mapa sus *valores de campo*. En el papel pautado ocurre que la sucesión de las notas es reproducida mediante la serie sucesiva de izquierda a derecha, a lo cual corresponde que los símbolos para notas simultáneas estén verticalmente unos debajo de otros. La otra dimensión del campo presta a cada signo de nota inscrito un valor de altura de acuerdo con la escala musical discreta. Los valores de campo del mapa son naturalmente muy distintos, pero también son valores de campo. Se pueden inferir del mapa tanto las posiciones geográficas absolutas de las formas geográficas registradas como sus distancias mutuas, se pueden averiguar con compás y goniómetro las direcciones y diferencias de dirección que existen entre ellas. Esto basta de momento como explicación del *tertium comparationis* del campo de notas y el campo cartográfico.

2. *El campo pictórico del pintor, el campo de representación del actor; sobre valores de campo*

Para preparar una comparación planteada de modo acertado y fecundo de la situación fácilmente comprensible en el campo de las notas y del mapa con el campo simbólico lingüístico, mucho más difícil de captar, conviene lograr ciertas evidencias generales que tienen importancia sematológica. Una hoja de papel en blanco delante de mí no es todavía un campo. Tampoco la sucesión bruta en la fluencia fonética del habla humana es ya un campo, sino que hay que introducir o añadir también en la serie fonética algo que corresponde a la red de líneas geográficas de coordinación y a la banda de las cinco paralelas en las hojas pautadas, para obtener de la serie temporal uno o varios campos. Exactamente lo mismo se comporta en principio incluso con el «campo» del pintor, la *superficie pictórica* en la que éste pone sus manchas de color.

Este es un tercer ejemplo, que provisionalmente se aporta a la comparación. También el *pintor* de un cuadro tiene que *conferir* primero a su superficie pictórica algo exactamente correspondiente al sistema lineal del cartógrafo y del que escribe música, para que se convierta en un campo de representación, en el que puede insertar sus datos. Basta con reparar en que el pintor muchas veces, como un verdadero cartógrafo, traza ante todo sobre el papel unas pocas marcas de orientación, unas cuantas líneas de contorno y esqueleto, con las cuales y en ellas está contenida la *escala* y se en-

cuentra la tesis de coordinación. Si no es así, tiene que empezar con cualquier detalle o con el esbozo del colorido, con la situación y equilibrio de valores cromáticos en manchas. Sólo si estos datos encierran un valor de imagen (= valor de representación) y en la medida en que lo encierran ha surgido sobre la superficie física el campo de representación del artista que opera con colores. Si no se decidiera a este paso, que evidentemente dejamos por completo a su albedrío, aunque muestre sus facultades, por ejemplo, como genial embadurnador de una superficie o en competencia con otros músicos de la mancha de color y de la luz, en todo caso su producto no pertenece ya entonces a la compañía de lo que podemos confrontar con la *representación* lingüística. Por lo demás, no puede uno dejarse inducir por el paralelo que estableció Lessing a consecuencias apresuradas. Es verdad que la multiplicidad de los datos del cuadro se despliega en el espacio, y la de los datos lingüísticos de un contexto en la sucesión temporal. Pero el lenguaje, tal como lo conocemos, no es una *película sonora* en el sentido (desusado) de la palabra que definimos en el parágrafo siguiente.

El teórico del lenguaje tiene que reunir en este punto mínimo la máxima energía, tiene que ser capaz de mostrar cómo el que se propone representar con signos lingüísticos usa en general un campo o campos en plural, y qué función tienen. Que *hay* que tenerlos para representar, es una evidencia sematológica fundamental. En principio, no ocurre cosa distinta que con las notas, el mapa o el cuadro; de un modo o de otro tiene que constituirse un campo siempre que ha de originarse una representación bien construida y articulada como *producto lingüístico.*

Para no descuidar nada, quiero mencionar de paso dos casos más en que los hombres se proponen representar. Los reunimos con el fin de hacer visible *una* cosa idéntica en lo más dispar en apariencia. A saber, la situación de *actor* que representa y la representación *gráfica,* de que tanto gustan con razón hoy las ciencias más diversas. Que para hacer exactamente legible una curva de representación hay que trazar un sistema de coordenadas en la superficie física donde están los signos y «graduarlo», no necesita más explicación. Pero aquí sólo se *diferencian* por lo regular las señales inscritas *simbólicamente* cuando se quieren poner, por ejemplo, varias curvas juntas en la misma hoja; si no, esto es en la mayoría de los casos superfluo. Se señalan los puntos de una curva sólo de un modo cualquiera y todos uniformemente, para marcarlos y unirlos entre sí; la representación gráfica es un caso límite de nuestra lista.

¿Y cómo es en el caso del actor? El actor sale al *escenario,* esto es, dicho de un modo más general, aparece en un espacio físico dis-

puesto de cualquier manera y —sea con o sin grandes recursos externos para producir ilusión— el actor utiliza ese espacio físico como campo representativo; tiene que convertirlo de modo creíble y convincente en campo, tiene que recrear el espacio físico para que funcione como «escenario». Lo consigue mediante la cooperación de todo género de recursos ilusorios y de la convención que existe entre él y el espectador. Que el que aparece allá arriba va a representar como actor es el supuesto evidente con que el espectador va al teatro. Este caso y la situación del actor son más importantes para el análisis lingüístico que lo que puede suponerse a primera vista. Podríamos partir precisamente de aquí para efectuar la demostración de la existencia de un campo mostrativo del lenguaje y explicar la función de toda una clase de palabras, los demostrativos. Pero ahora se trata del campo simbólico del lenguaje.

Del campo simbólico surgen los *valores de campo* de los signos lingüísticos. El análogo formal de ellos puede verse con ejemplar sencillez en la hoja pautada y en el mapa geográfico. Las circunstancias son aquí tales que todos los signos de notas y los símbolos del mapa enumerados bajo la rúbrica «Explicación de los signos» aportan un valor representativo *ajeno al campo,* que se completa mediante determinaciones *propias del campo.* Las notas de los músicos, para empezar con ellas, las notas aisladas, tal como están en el léxico, no encierran ninguna clase de característica de la *altura del tono.* En el léxico sólo hay *un signo* para todas las notas redondas que se encuentran en la pieza musical, sólo *uno* para todas las blancas, etc., siendo indiferente lo altos o bajos que puedan ser los tonos simbolizados con ellos. En la hoja pautada es precisamente una pura cuestión de campo indicar la altura de los tonos, mientras que, a la inversa, el campo no participa en las indicaciones de la duración (relativa) de las notas. Pues esta duración relativa es simbolizada única y exclusivamente por la figura de las notas [10].

Un ejemplo del mapa, para referirse también a él: El distintivo para «iglesia o capilla en la comarca» es aisladamente, tal como está en el léxico, fácilmente comprensible para cristianos y entra en el mapa como *ajeno al campo.* Pues los dos palos en cruz no tienen nada que ver con Norte-Sur y Este-Oeste, y las distancias geográficas del mapa. Ese signo está ciertamente en la hoja cartográfica y ocupa allí un espacio, pero permanece exento de valores de campo hasta la señal local al pie del signo en forma de cruz, en el punto que,

[10] Como es sabido, esto era todavía parcialmente distinto en la notación de la música medieval. Pero lo que haya sido siempre y cómo pueda haberse realizado la evolución histórica es irrelevante para la comprensión de la notación moderna como *sistema.*

naturalmente, se determina por los valores de campo. Con otras palabras: sólo la indicación de la posición, pero no la indicación «iglesia» es asunto de los valores de campo. El signo en forma de cruz es entre las líneas costeras, los cursos de los ríos y todas las demás formas *imitativas* análogas que puedan encontrarse, un extraño. De un modo análogo en principio, en el campo de las determinaciones gramaticales (sintácticas), aquello que de «significación» aporta del léxico la palabra (material) es un «extraño». Pero (tengo que pedir paciencia al lector) todavía no hemos llegado tan lejos.

3. *El concepto de símbolo, una propuesta de definición. Para la historia del concepto de símbolo*

Cuando la separación entre los valores de campo y los momentos significativos de un signo ajenos al campo es tan fácil de realizar como en los ejemplos comparativos escogidos, el que quiere *definir* el concepto simbólico pone manos a la obra y logra una ecuación conceptual clara para el adjetivo *simbólico*. Simbólica es en el signo musical la significación de la forma aislada de la nota, simbólico es el signo cruz en el campo del mapa. Ambas cosas en contraste con los valores de campo en *los mismos* signos y en relación con *este* campo, donde lo hay. Qué sea simbólico, sólo puede definirse en cada caso en relación con el campo. Adviértase, por ejemplo, que la forma de cruz en una pintura no tiene en absoluto que ser simbólica en nuestro sentido, sino que puede ser una imagen, la imagen de una cruz en el paisaje; entonces la misma forma de cruz está en el contexto de las demás formas de un modo completamente distinto de como está en el mapa. También cuando la balanza en la mano y la venda ante los ojos de una *Justicia* pintada se llaman como es usual atributos «simbólicos», esto no es otra cosa que una repetición del mismo motivo definitorio en un grado más alto. Ciertamente, las llamadas cosas sensibles están pintadas y no caen fuera del campo representativo del pintor, no están en ella ajenas al campo como la mencionada forma de cruz en la carta geográfica. Pero tal vez desentonen como extrañas en el corro de los demás «atributos» que un pintor suele prestar a sus objetos. Y el que quiere describir esto teóricamente lo llama *simbólico*. La fuerza, decisión, belleza de la diosa del derecho están reproducidas de otro modo que el atributo de la justicia. Con esto, a mi parecer, se ha encontrado en el marco de la sematología un punto de partida para una definición ordenada del concepto de símbolo. No más; los problemas lógicos del concepto de símbolo no están todavía agotados con esto, ni mucho menos.

Queremos discutir inmediatamente uno de ellos, que interesa sumamente al teórico del lenguaje.

El concepto de símbolo de las ciencias tiene un largo pretérito y sin embargo no una historia temática ordenada. La evolución semántica de esta palabra, incluso dentro del griego, no puede ya establecerse con seguridad. Probablemente se formó para diversas significaciones de συμβάλλειν o bien συμβάλλεσθαι un σύμβολον (también συμβολή) con significaciones correspondientes algo distintas. Así las ordena también el *Thesaurus Linguae Graecae*. Las significaciones un poco diferentes se influyeron recíprocamente de un modo nivelador y se llegó finalmente a la significación «signo sin más». El *étymon* de la palabra estaba tan volatilizado, que posteriormente diversos pensadores pudieron agregar diversas cosas y cavilar en torno de ello.

En esto estaba yo cuando me cayó en las manos el minucioso trabajo de Walter Müri sobre la historia de las significaciones de esa palabra en la antigüedad [11]. También Müri distingue las dos ramas tempranas en el árbol evolutivo de la palabra en *a*) σύμβολον pieza de unión, contraseña (para reconocer al huésped), legitimación; *b*) συμβολαί pacto de ayuda entre Estados griegos. El segundo *étymon* es: lugar de reunión, punto de coincidencia, *conventio*. —Sematológicamente merece atención en ello que la línea a) lleva al concepto *indicación* (señal de reconocimiento, síntoma, indicio), mientras que la línea b) subraya el carácter de unificación. Un pacto estatal como tal está muy lejos de pertenecer a las simples cosas que son signos; pero si se subraya el momento de la convención, la transición resulta comprensible y aquí no son las indicaciones, sino los *signos de ordenación* los que por su origen están en fila con el pacto estatal.

Cuando Aristóteles incluye el lenguaje humano entre lo simbólico (*De interpr.*, cap. I), reúne de un modo peculiar las dos direcciones de la evolución semántica. Pues su explicación dice que el lenguaje es signos de los procesos psíquicos y los procesos psíquicos imágenes de las cosas, el lenguaje es también así *indirectamente* signos de las cosas. Esta nota de una representación «indirecta» podría ser acertada; sólo es cuestionable si la relación P || C no está caracterizada de un modo demasiado primitivo mediante el signo de las paralelas; yo ilustro esquemáticamente la concepción aristotélica así S $\rightleftarrows$ R || C (sonido, representación, cosa). En la historia de la teoría del lenguaje y de la lógica Aristóteles unió aquellos dos modos de consideración que distinguimos como análisis subjetivista y objetivista. Es la idea antigua (ciertamente demasiado simple) del conocimiento como imagen la que hace posible una unificación semejante. Si con la construcción de las *species sensibiles et intelligibles* se hunde la correspondencia R || C, se disloca el concepto *sinquítico* aristotélico de símbolo. La lógica inglesa se mantuvo desde Hobbes en la vía de una consideración sintomática y fue una teoría del lenguaje subjetiva, hasta que J. St. Mill (con igual unilateralidad) prefirió de nuevo el análisis platónico, es decir, objetivista. El intento de una nueva unificación tiene que seguir, a mi parecer, el camino que pasa por la teoría del actor, iniciada por los escolásticos y desarrollada por Husserl.

De la historia moderna del concepto de símbolo anotemos lo siguiente: Los *románticos* amaban y acariciaban el concepto de símbolo en una plenitud significativa que estaba muy próxima a la «imagen y alegoría», grávida de signi-

[11] W. Müri: *Symbolon. Wort- und sachgeschichtliche Studie*. Anejo al Jahresbericht über das Städtische Gymnasium in Bern, 1931. (Véase también la recensión en el vol. 49 de *Indogerm. Forsch.*)

ficación, mientras que los *lógicos* (profesionalmente, podría decirse) propugnaban el enflaquecimiento y formalización del contenido del concepto. De suerte que al final no quedó más que la coordinación arbitraria estipulada de cualquier cosa como signo con cualquier cosa como designada.

Sólo hay que agregar propiamente a estos dos motivos definitorios fácilmente comprensibles una palabra acerca del amplio círculo de aplicación del concepto, para tener reunido lo que nos concierne de la historia del concepto de símbolo. ¿No hay también, aparte de los llamados simbólicamente «signos». que tienen un valor de representación, *acciones* simbólicas por todas partes, y no son también «símbolos» *cosas* de las que existe un solo ejemplar como las insignias de los reyes (la corona de San Esteban y el globo imperial), sea de los derechos y la dignidad misma del Señor o de su concesión o de su posesión? Naturalmente es así, y la lista de los casos de aplicación no está con ello agotada aún en modo alguno. Casi resulta divertida la observación que se puede hacer acerca de ello, de que la diferencia de gustos entre los no románticos y los románticos también se manifiesta en estos dominios. Pues una acción ajena al engranaje de los fines, desligada de un resultado físico grosero, vale para uno como simbólica, precisamente porque ya no es eficaz, sino gesto «sólo simbólico», mientras que otro llama simbólica a la misma acción porque después de desligarse del enlace inferior (por ejemplo, animal) de los fines ha asumido una función superior humana y ahora existe alegóricamente, o porque la validez jurídica de un acto u otras cosas importantes dependen precisamente de su «carácter simbólico».

Sería puro derroche de energía querer escribir una apología de uno u otro motivo definitorio. Siempre habrá románticos y no románticos; en la ciencia sólo tienen que intentar comprenderse mutuamente. La concesión de dos conceptos de símbolo, a mi parecer, no ha de suprimirse y abandonarse de momento. Si se lograra, reaparecería de nuevo la misma diferencia de mentalidad en cualquier otra parte y en otras cosas. El autor de este libro se adscribe como teórico del lenguaje al partido de los no románticos, y por ello no designará, por ejemplo, el procedimiento onomatopéyico en el lenguaje como «simbolismo fonético», sino como «imitación fonética».

Es insatisfactoria la indicación de los lógicos según la cual la simbolización se funda en una coordinación *arbitraria*. Pues la nota «arbitrario» pertenece, como la nota «casual», a las determinaciones negativas. Si en lugar de ello se impone el conocimiento de que todos los símbolos necesitan un campo y todo campo símbolos, se ha ganado ya mucho, en mi opinión. Los dos momentos mencionados se reconocen entonces en principio como factores correlativos, y tendrán que definirse también correlativamente. Ya se mostró que el momento simbólico de los signos musicales es ajeno a un campo. Pero hay que añadir inmediatamente la indicación positiva de que esos signos ajenos a un campo tienen que estar *abiertos* para valores de campo que hayan de prestárseles; tienen que *ser capaces de campo*. Evidentemente, no podría trasplantar las unidades léxicas de la notación musical a la carta geográfica ni los símbolos geográficos a mi papel pautado para dotarlos allí de valores de campo. El símbolo de la nota no es capaz de campo en el campo del mapa, porque no simboliza

una forma geográfica, que puede recibir un valor local. Esta trivial evidencia resulta importante al intentar definir el concepto de palabra, pues una nota del concepto de palabra es la «capacidad de campo» (sintáctica) de los signos fonéticos que designamos como palabras.

Subrayaremos una vez más, para concluir, que sólo nos referiremos a los instrumentos de representación no lingüísticos como analizadores de los lingüísticos, y no pensamos ni remotamente en tratar de ellos mismos analíticamente de modo suficiente. Sería, por ejemplo, una tarea completamente distinta indicar de qué diversa manera de como lo hizo la notación musical que se ha producido históricamente *podrían* también representarse piezas musicales, si se hubiera tenido el propósito de proponer algo nuevo. Qué se podría hacer con *sonidos,* pero no se hace, lo estudia nuestro análisis del lenguaje onomatopéyico. Pero, a mi parecer, en nuestra sencilla descripción debería verse y hallarse un impulso a estimular el análisis de los instrumentos representativos del hombre algunos pasos más allá de lo que hasta ahora hay. *Que* esto es posible, creo verlo con evidencia; *cómo* habría de hacerse, todavía no lo sé. Los hechos de la representación lingüística plantean, como queremos mostrar más en detalle, problemas que aún no han sido vistos en absoluto por los matemáticos.

4. *La correspondencia entre imagen y símbolo, fidelidad a la apariencia y fidelidad a la relación*

Una aclaración de la relación lógica entre *imagen* y *símbolo* parece necesaria y pertenece a lo más urgente que la lógica tiene que realizar y proporcionar para el análisis del lenguaje. La mayoría de los teóricos del lenguaje utilizan, como nosotros, sin reparos el compuesto símbolos lingüísticos en oposición al concepto de representación con imágenes. Seguimos todavía ante la cuestión de Lessing en el *Laocoonte,* si el lenguaje representa gráficamente, y proponemos para ello, antes de discutir el detalle en parágrafos posteriores, las siguientes reflexiones *generales.*

Ejemplos iniciales de «imágenes» son en todo caso la fotografía y el cuadro; ejemplos iniciales de representaciones que operan con símbolos son, por ejemplo, el papel pautado de los músicos y la representación del curso de una fiebre por una curva de temperatura. Podríamos demostrar fácilmente que hay toda clase de transiciones y formas intermedias, y concebimos una ordenación lineal de las clases de representación, que va del grado sumo pensable de plasticidad hasta el más puro simbolismo (en el sentido no romántico

de la palabra). La representación lingüística estará entonces muy apartada del caso límite de la pura plasticidad, próxima o en todo caso más cercana al otro caso límite. Para abreviar las cosas: resulta que ni uno ni otro caso límite sería realizable y utilizable prácticamente, sino que *todos* los medios de representación conocidos emplean, con predominio variable el momento de imitación emparejado con el momento de la coordinación «arbitraria» (vacía).

Quizá la mayoría de los lectores de este libro no esperan en absoluto lo que en este aspecto hay que decir de la fotografía. Pero aplacemos esto de momento, porque le pertenecen algunos conocimientos de detalle para ver claramente de qué se trata al comprobar nuestra tesis en la fotografía. A saber: no de que la fotografía usual reproduce sólo el mundo multicolor en diferenciación unidimensional, que pinta con gris sobre gris e incluso reduce toda la extensión de los valores de gris de las cosas a una zona más breve de valores de gris en el papel virable, es decir, en la copia, que no puede ser ni tan negra como el terciopelo fotografiado, ni tan blanca como la nieve fotografiada recién caída. Todo esto no es todavía lo que opino e indicaré después. Pero dejemos de lado por el momento la fotografía y consideremos la estatua que representa corporalmente, en la que se puede reconocer de qué se trata de un modo igualmente concluyente y mucho más sencillo.

Por lo que se refiere a la estatua, una *absoluta fidelidad* de la reproducción no podría alcanzarse, ya por motivos técnicos materiales. Ni siquiera con cera y cabellos auténticos puede reproducirse con total fidelidad la apariencia del cuerpo humano vivo. Sí; basta con extremar las exigencias para ver que el valor límite de la fidelidad absoluta no *puede* ser un ideal de la representación, y por qué, ni para el artista «libremente» creador, ni para un retratista que se propone la máxima fidelidad asequible. Así ocurre que todo el sentido, es decir, el fin del procedimiento, poner y tomar *aliquid pro aliquo* (algo como sustituto representante de otro algo), se pone decididamente en peligro si se acerca uno demasiado al valor límite. *Tampoco* se pone en escena, por buenas razones, la persona física de Hindenburg o a aquel ciudadano alemán que se le parezca más antropológica y psicológicamente, para representar teatralmente al héroe. Dicho sea esto aquí, aunque se puede hacer psicológicamente evidente, sólo de paso y sin más fundamentación.

Hay también, retengamos esto como doctrina, grados de *fidelidad a la apariencia,* y entre ellos valores límites inaccesibles o representativamente *desfavorables,* determinados por el material o de otro modo, a los que no se aspira. Pero hay que adquirir un conocimiento mucho más importante aún para nuestro fin, a saber: el de que en el ámbito de la «fidelidad» no hay sólo la fidelidad material de que acabamos de hablar, sino también algo distinto, que queremos llamar *fidelidad a la relación.* El lenguaje, como veremos, acentúa por toda

su estructura una manera determinada de reproducción, no materialmente fiel (o fiel a la apariencia), sino (a través de construcciones intermedias) fiel a la relación.

¿Qué es fidelidad a la relación? Voy a plantear una cuestión previa: la curva de temperatura bien tomada, la notación musical, ¿contienen momentos imitativos o no? Quizá muchos vacilen en responder con un «sí», porque la fidelidad material aquí y allí, si así puede decirse, no es muy distinta de cero[12]. Pero esto no puede ser la última palabra del análisis. Pues es igualmente cierto que, tanto en la escritura musical como en la curva de temperatura, existe cierto grado de «fidelidad a la relación» en la reproducción. Los signos de las notas están más altos o más bajos en la escala discreta del pentagrama, de acuerdo con la mayor o menor altura de la nota simbolizada en la escala musical discreta. Los puntos principales marcados de mi curva de temperatura, cada uno de los cuales se anota después de cada lectura del termómetro, están más arriba o más abajo en el papel, de acuerdo con la mayor o menor altura de la columna de mercurio del termómetro, y avanzan hacia la derecha a medida que avanzan las fechas de lectura en el calendario. Para la notación musical y los puntos de la curva es válida en común la convención; cuanto más «alto» está el signo, más «alto» es lo simbolizado, y cuanto más a la derecha, más tarde en el orden temporal de los miembros de la serie simbolizada. Y esto es lo que llamamos la fidelidad a la relación de una representación, y que los físicos y técnicos cuentan hoy muy naturalmente entre las «imitaciones».

Una justificación de este modo de hablar es bastante sencilla: imitación no quiere decir aquí otra cosa que «la reproducción mediante valores de campo». Pero junto a esto se usa un concepto de imagen más estricto, que requiere igualdad *intuitiva* de la imagen con lo imitado o (como también puede decirse) reproducción fiel a la apariencia por la imagen; en grados y matices, naturalmente, que no tienen que excluirse.

Después de aclarar esto, agreguemos las palabras prometidas sobre la fotografía. Se le atribuye proverbialmente un determinado máximo de fidelidad, la fidelidad fotográfica, y estamos muy lejos de querer arrebatar su medida al proverbio. Pero también en la fotografía queda y se utiliza un cierto margen de infidelidad y capricho. Déjese de lado, desde luego, todo pensamiento en la

---

[12] El material de la música son notas, no signos en el papel, que *quoad materiam* son completamente distintos de las notas. Igualmente, al decir «fiebre» se piensa en la temperatura del cuerpo, y no en trazos de lápiz en un trozo de papel. En el cuadro en color e incluso en la fotografía sin colores es distinto, en la medida en que el color del objeto es reproducido por el color de la pintura, o, al menos, el «valor de blancura» por valor de blancura.

reproducción de las formas y no se piense sino en los valores de gris (valores de albedo) de las cosas, de un lado, y en los valores de gris del papel, del otro. Si se ha fotografiado lo mismo en las mismas circunstancias con dos placas de distinta «clase», o incluso si se han hecho de la misma placa copias en distinto papel, aparece que las *escalas* de las dos imágenes no coinciden. Se obtiene, por ejemplo, una prueba, una primera imagen que en la cercanía del *polo negro* tiene más matices discernibles de valores de gris y una segunda imagen que muestra más matices en la proximidad del *polo blanco*. Mediante placas especialmente duras se pueden hacer visibles en la imagen detalles de gris que los ojos no pueden distinguir en el objeto, y a la inversa. Tenemos así diversas escalas y en ellas se manifiesta lo arbitrario, la interna infidelidad de la fotografía, que sólo se puede compensar a trechos.

Ahora bien: puede llegar un lingüista que siga pensando rápidamente y diga: «¡Ajá! Esto es análogo a lo que desde W. von Humboldt se llama la diversidad de las lenguas, según su forma lingüística interna». No lo interrumpiremos, sino que concederemos plácidamente que de hecho la escala propia de la clase es toda la semejanza simpatizante con el lenguaje que se puede pedir a una placa sensible a la luz. Pero, a pesar de todo, las dos imágenes que producen siguen siendo imitaciones de lo fotografiado fieles a la relación, en el sentido que hemos fijado: Siempre que en la imagen un segundo lugar es más blanco que el primero, también los valores de albedo de los lugares del objeto son distintos en el mismo sentido (si bien no en el mismo punto de la escala)[13].

5. *La peculiaridad de la representación lingüística. Los intermediarios en el instrumento de representación lingüístico explicados analógicamente. La forma lingüística interna*

Pero basta de investigar lo que en todas partes se repite. La comparación trascendente no puede degenerar en ver siempre lo mismo; nuestra consideración está ahora madura para una peripecia prevista. ¿Qué ocurre con la *fidelidad* de las representaciones lingüísticas? Es relativamente fácil comprobar que se encuentran huellas de una reproducción de lo perceptible fiel a la apariencia, pero que una fidelidad a la apariencia considerable queda excluida por la ley estructural del lenguaje. Este es el tema del próximo parágrafo. Pueden formularse más especialmente restricciones adicionales en cuestiones de una presunta fidelidad a la relación, confrontando directamente los momentos de campo manifiestos con los objetos y situaciones aprehendidos lingüísticamente. Es relevante, por ejemplo, en muchas lenguas el momento manifiesto de la sucesión o, con más generalidad, la colocación de las palabras en la frase. Pero en ninguna parte se habla de que con ayuda de esta colocación de las palabras en la frase

---

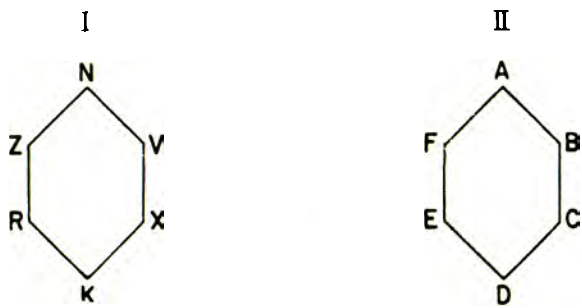
[13] Cf. sobre esto K. Bühler: *Die Erscheinungsweisen der Farben* (1922), páginas 95 y ss., donde el interesado encuentra también citada bibliografía más amplia.

se reproduciría, se imitaría con fidelidad a la relación un orden *intuitivo* de las cosas y acontecimientos aprehendidos lingüísticamente. Se encuentra aquí y allá la sucesión de palabras o frases buscada «estilísticamente» e introducida eficazmente para *describir el suceso* como en el conocido «*veni, vidi, vici*» y en los demás ejemplos, que después se dicen en un contexto algo distinto. Pero precisamente el conocimiento, allí subrayado, de que se requiere un marco propio previamente dado para utilizar en tales casos la sucesión de los signos lingüísticos para reproducir una serie de acontecimientos, demostraría, si fuera necesario, nuestra afirmación. No; el lenguaje humano no pinta ni como el pintor ni como pinta la película, ni siquiera «pinta» como el papel pautado de los músicos.

Y a pesar de ello tiene que ser también posible, en algún sentido, *fidelidad* en sus reproducciones. Pues sin fidelidad no hay en absoluto «representación» que merezca este nombre. Se me ocurre que algunos importantes teóricos del lenguaje actuales (entre ellos Cassirer), en su justificada actitud contra las concepciones antiguas y medievales de la «función de copia» del lenguaje, acaso hayan ido demasiado lejos y se hayan expuesto a pasarse de la raya. Si tomo frases cualesquiera como: «profeta a la derecha, profeta a la izquierda, el Niño de la Bola en medio»; «la catedral de Colonia tiene dos torres no construidas hasta la época moderna»; mediante estas frases se formulan lingüísticamente situaciones aprehensibles de un modo extralingüístico y se *presentan* al que entiende la lengua con univocidad prácticamente suficiente. La teoría del lenguaje no puede, en medio de la lengua coloquial cotidiana, escudarse detrás de convicciones gnoseológicas últimas y dar una respuesta filosófica a la pregunta sencilla por la fidelidad representativa de tales frases. Pues sería un abuso, sería una *metábasis es allo genos,* sería un *epistemologismo* típico. Goethe y los dos profetas, la catedral de Colonia con sus torres pertenecen a las cosas que un pintor podría representar a *su manera,* lo mismo que otro que las reproduce lingüísticamente. Y sólo en el marco de tales posibilidades múltiples de presentación se plantea la cuestión de la manera y fidelidad de las representaciones lingüísticas. Se ha dicho que no hay imitaciones de campo directas entre los momentos de campo manifiestos sensiblemente y lo que se ha de representar; pero no qué sucede con las *coordinaciones mediatas,* indirectas.

Antes de dirigir esta pregunta separadamente a los valores simbólicos lingüísticos y signos de campo, quiero presentar y discutir, desde el punto de vista de la psicología, un caso capital de coordinación mediata, bajo el lema «el n-gono y el alfabeto».

Supongamos que los ángulos de un polígono estén, como es usual en geometría, provistos de letras. ¿Cómo se *podría* proceder y cómo se procede de hecho? Se escribe, en principio, de un modo completamente arbitrario, una letra como designación en cada ángulo para (como dice Platón) poder comunicarse algo lingüísticamente de un modo cómodo acerca de la «cosa» y sus propiedades; por ejemplo, acerca de las relaciones geométricas en la figura. Elijo un hexágono; en la figura se yuxtaponen dos soluciones que podemos comparar; ¿cuál es la diferencia?



La solución I representa una coordinación lo más arbitraria posible sin «reproducción», y es inadecuada; la solución II representa una coordinación arbitraria en grado restringido, con un comienzo de «reproducción», y por ello es más eficaz. En el segundo caso se tiene en cuenta en la distribución de los nombres la *serie asociativa* de las letras en el alfabeto, bien conocida de todos los interesados, se reproduce la sucesión de los ángulos en la sucesión asociativa de las letras. Y esta reproducción implica extraordinarias ventajas para tratar de ello. Se puede, por ejemplo, una vez que se ha mostrado y todos se han dado cuenta de la cosa (lo que es mucho más fácil en II que en I), apartar el objeto del campo de percepción y seguir diciendo, sin embargo, sobre él muchas cosas controlables *únicamente* por la serie asociativa. Así, para citar sólo una cosa mínima, todas las vecindades de los puntos desde A hasta F reaparecen en las relaciones de vecindad de la serie asociativa; yo digo en la explicación «la línea CD», y el oyente sabe que esto es uno de los lados del hexágono; digo «la línea CE», y el oyente sabe que se ha saltado un vértice; digo «AD o BE», y el oyente construye en la imagen de la fantasía una diagonal principal.

El alfabeto es una cadena asociativa (una ordenación ciega) y nada más; pero todo el mundo la ha aprendido y dispone de ella. Por esto las reproducciones de cualesquiera series de objetos en la

cadena alfabética son coordinaciones útiles; las usamos constantemente para fines prácticos de ordenación. Sería cosa fácil demostrar que dentro del sistema de signos de que se compone una lengua hablada se dan muchísimas cadenas y tramas asociativas que, vistas psicológicamente, están en el mismo plano que la cadena alfabética y nos prestan servicios en el grande y vasto asunto de la ordenación de nuestro saber acerca de las cosas y de la comunicación de este saber a otros; no en todas partes, pero sí con frecuencia y continuamente, aprendemos y reproducimos series de signos lingüísticos (palabras) y así retenemos y dominamos del modo más vario realidades objetivas. La cadena alfabética funciona en nuestro ejemplo práctico de tratamiento como un *intermediario;* y su función como intermediario es la de un *ordenador,* de un instrumento de ordenación y coordinación. Tendremos que contar, pues, con encontrar en el lenguaje «intermediarios» y «ordenadores» semejantes; se llaman intermediarios porque están *intercalados,* y se llaman ordenadores porque su función es comparable a la función de instrumentos materiales de ordenación, como el clasificador de cartas, los catálogos, etc. Unicamente, no se pueden equiparar en todos los aspectos con demasiada precipitación los intermediarios y ordenadores lingüísticos a los materiales.

Es importante para nuestro raciocinio tener en cuenta también un segundo ejemplo y contrastarlo con el primero. Elijo como modelo la ordenación espacial, tan sencilla como eficaz, de los signos numéricos escritos, las cifras en nuestro *sistema de representación decimal.* Cuando simbolizo un número determinado mediante el complejo de cifras 3824 (así como está aquí en el papel), le pertenece la convención de que los signos deben tener de derecha a izquierda el valor de unidades, decenas, centenas, etc. Esto tienen que grabárselo, naturalmente, todos los chicos de la escuela, y para ello hacen falta también asociaciones. Pero cuando esto ha sucedido, resultan posibles y utilizables en el manejo de las cifras *evidencias estructurales* que no pueden sacarse de ninguna ciega cadena asociativa como tal. La sucesión de las cifras de derecha a izquierda es la sucesión local de un orden (intuitivo) sencillo, y el cambio de valor de las cifras es a cada paso relativamente el mismo (el decuplo). Aquí está, pues, calcado un orden *construible* sobre el otro orden *construible* (y, por cierto, sin intermediarios). Y de ahí resultan para todo «calculador» que penetra las relaciones en cualquier medida prácticamente suficiente y domina técnicamente el procedimiento, ventajas incomparablemente superiores a las de cualquier coordinación, sea de los miembros de dos cadenas asociativas ciegas o bien de los miembros de una serie ordenada con los miembros de una cadena asociativa ciega.

Hasta aquí no teníamos en cuenta más que las cifras, es decir, los símbolos ópticos de los números; consideremos también de pasada los signos numerales acústicos. Los nombres de los números como tales de uno a quince [14] son, lo mismo que el alfabeto, una cadena asociativa ciega; pero en adelante, prescindiendo de algunas islas, los nombres de números mayores son lingüísticamente compuestos y *construibles* con la cadena ciega de unidades y pocas modificaciones adicionales, que se forman sistemáticamente. En conjunto, de un modo paralelo a la representación óptica, completamente transparente y en extremo sencilla, de los números en el sistema decimal. Lo que aquí encontramos es un modelo sencillo de las relaciones mucho más complicadas en otros campos de denominación y en la *sintaxis* de las lenguas humanas. Pues está incluida en ello la convención de que divido todas las cantidades que se han de numerar en grupos de millares, centenas, decenas; para las últimas tengo en alemán el sufijo formador *zig* en *vierzig, fünfzig,* etc. Esto es, en el dominio de los nombres de números, lo análogo a los intermediarios sintácticos, pertenece en el sentido de Humboldt a la forma lingüística interna. Por diversas razones no ocurre en todas partes que se contente uno con una convención única o muy pocas convenciones sintácticas realizadas sin excepciones, sino que hay muchas. Pero por complejas que puedan ser las cosas, en última instancia el núcleo de la sintaxis lingüística (en cuanto sirve a la función representativa del lenguaje) tiene que dejarse descomponer, en parte según el modelo de la nominación adecuada del polígono de *n* lados, en parte análogamente al esquema de la sintaxis (óptica) de las cifras y en parte según el esquema de los nombres de los números (acústicos) construibles.

Que muchas cosas son construibles en una lengua y otras a su vez no construibles, pertenece a los hechos más triviales; las gramáticas escolares subrayan lo que se puede construir sencillamente y lo ponen en primer plano. A lo cual hay que agregar lo que no puede construirse o es menos fácil de construir como un pesado lastre de «excepciones». Una consideración histórica de las cosas es con frecuencia capaz de reconocer las formas aisladas como restos de sistemas antes construibles; algunas de ellas han quedado e impresionan entre las más recientes como islas de un mundo de formas más rico, hundido. O bien es al revés, que antes existía una uniformidad mayor, que acá y allá ha experimentado menguas locales. Pero

[14] En alemán. de 1 a 12. En español, en rigor sólo de 1 a 10; pero para el hablante usual, que no tiene presente la etimología, los nombres de 11 a 15 funcionan como simples. (*N. del T.*)

sobre esta situación total, bien conocida a grandes rasgos y en detalle, se cierne la necesidad de ordenadores que tiene el instrumento de representación lingüístico, sean mediadores ciegos como la cadena alfabética, o bien construidos de un modo inteligente como en el caso de los nombres numéricos complejos o de las formas de conjugación de un verbo «regular» en griego o alemán. El carácter medio de estos instrumentos de ordenación nos ocupará detenidamente en un ejemplo único bien estudiado, el sistema de los casos en las lenguas indoeuropeas. El instrumento de campo intercalado que son las formas de declinación se convierte en un ordenador útil únicamente porque lo que se ha de representar, los contenidos que se reproducen en el producto lingüístico de las frases indoeuropeas, se piensan y ven bajo el esquema de una acción (humana o animal). Este es el *esquema de situación dominante* de las lenguas indoeuropeas. Donde actúa, el instrumento de campo de los llamados casos de determinación interna reproduce la situación, la copia.

13. El lenguaje onomatopéyico. No hay campo pictórico en el lenguaje

Hay tendencias pictóricas no sólo entre los poetas, sino por todas partes en los productos lingüísticos. Muchas veces son juegos y arabescos inofensivos; y cuando vienen de lo hondo podrían ser, en último término, una emanación del afán humano de recuperar lo indirecto y tortuoso que el lenguaje tiene de común con los demás instrumentos culturales. La avidez de intuición y el ansia de un contacto y trato directo con las cosas sensibles es una actitud, psicológicamente del todo comprensible, del hablante. El hombre, que ha aprendido a leer e interpretar el mundo silabeando, se ve, por el instrumento intermedio que es el lenguaje y sus leyes propias, apartado de la plenitud inmediata de lo que los ojos pueden ver, los oídos escuchar, la mano «aprehender», y busca el camino de vuelta, trata de lograr una aprehensión plena del mundo concreto, salvando el silabear en cuanto es posible. Esta es la simple explicación de los motivos del fenómeno que es la onomatopeya lingüística.

La teoría del lenguaje tiene que conocer y explicar dónde y cómo puede lograrse tal regreso, sin que el lenguaje mismo se aniquile. No hay duda: el que deja de lado el lenguaje, puede hacer onomatopeyas a su antojo; la cuestión es única y exclusivamente si se puede hacer eso, y cómo, dentro del lenguaje. Hay ciertas junturas y márgenes en la estructura del lenguaje, donde eso puede ocurrir; pero una cosa

no puede suceder: que esos puntos dispersos, esporádicos, donde existen grados de libertad, se conviertan por función en un *campo de representación coherente.*

Con esto está resumido en una sola palabra lo que debe demostrarse en esta sección. Tiene conexión sistemática como un intermedio entre el capítulo del campo mostrativo y el efectivo campo de representación, el campo simbólico del lenguaje. Pues su tema es la comprobación de cómo *podría ser, pero no es* en la representación lingüística. El lenguaje no sería lo que es, si hubiera en ella un campo pictórico coherente, eficaz. Pero el lenguaje es bastante tolerante para consentir en determinados límites, donde sus recursos peculiares están agotados, el heterogéneo principio pictórico. En otro caso, la ley estructural del lenguaje, tal como éste es, acaba con todo intento de pintar en abundancia. Queremos mostrar esos impedimentos, pero como preludio anticipamos una ojeada al libro más reciente de Heinz Werner, donde se encuentra renovado con atavío moderno el antiguo intento de enlazar directamente como teóricos, intuitivamente, el lenguaje con las cosas. De un modo original, a saber: poniendo la expresión delante de la representación; aproximadamente, en el mismo sentido en que lo intentó Aristóteles. Así al menos se *puede* entender la empresa de Werner. Si la crítica que nos proponemos es contundente, queda por lo demás intacto lo que Werner tiene que ofrecer para el tema «El lenguaje al servicio de una voluntad de expresión» (muy cultivado en el laboratorio).

1. *Los que sobrestiman la onomatopeya. Argumentos en contra*

Heinz Werner, en su interesante libro *Grundfragen der Sprachphysyognomik* (1932), ha reunido los grandes antepasados de su propia doctrina y con ello los que han sobrestimado el principio pictórico en el lenguaje; son algunos filósofos chinos y Platón; Platón, ciertamente, sólo (como queremos agregar) cuando se subraya enérgicamente algo no rechazado del todo en el *Cratilo.* También figuran entre ellos poetas barrocos e intérpretes del lenguaje alemanes de los siglos XVI y XVII, que están estudiados en un artículo de Paul Hankamer [15], y Jakob Böhme; después, Herder, Hamann y otros románticos, hasta llegar a W. von Humboldt, de quien Werner tiene que escribir, ciertamente: «Es *lamentable* (subrayado por mí) que Humboldt, como tantos de sus predecesores y continuadores, abandone el

[15] P. Hankamer: *Die Sprache, ihr Begriff und ihre Deutung im 16. und 17. Jahrhundert,* Bonn, 1927.

principio del lenguaje expresivo espirítualmente creador en un punto decisivo para nuestro problema» (pág. 23, nota). Sucesores de Humboldt que pertenecen a esa deplorada clase de pensadores son casi todos los lingüistas de los siglos XIX y XX, con las pocas excepciones que Werner cita en detalle cuidadosamente y de modo beneficioso para nuestra propia consideración. Pero con mucha mayor excelencia e importancia reina como primer padre en este árbol genealógico «la lógica arcaica», cuyo «lenguaje» ha expuesto Ernst Hoffmann[16]. Y este primer padre fabuloso es, en mi opinión, un ente sobre cuya existencia e influjo un teórico del lenguaje debería conseguir ideas serias.

Qué pasaría con una demostración indirecta de la antítesis, que podría haber existido ciertamente de alguna manera, porque todavía hoy vaga espectralmente, no sólo en el ámbito de las lenguas de aquellas razas de escasa cultura que se suelen llamar las más primitivas, sino también entre nosotros; pero que no puede ser en absoluto *el* progenitor decisivo del pensamiento lingüístico humano. ¿Por qué no? *Primero,* porque él solo y en su pureza hubiera hecho a los hombres *incapaces* para la vida; *segundo,* porque los pigmeos actuales desmienten la expectativa de que entre los primitivos tendrían que estar auténticamente entregados en grado máximo y con la mayor pureza a la «lógica arcaica»; *tercero,* porque el lenguaje humano, tal como es hoy, después de madura reflexión de las probabilidades en la encrucijada donde estaba escrito a la izquierda: «lógica arcaica y *representación* que opera pictóricamente con sonidos», pero a la derecha: «lenguaje simbolizador», como en otro tiempo Heracles ha seguido el camino de la derecha. Según nuestra interpretación del mito, el trato humano con los sonidos estaba en libertad de elegir el camino de la izquierda; pero no hubiera sido posible, después de un trecho considerable hacia la izquierda, volver a encontrar el camino y anular *tan radicalmente* las huellas de la primera decisión, como tendría que haber sucedido de acuerdo con el testimonio del lenguaje reciente. Las ocasiones para decisiones primarias son únicas, como sabe todo mito que se respete.

Es propio del tema sentir la tentación de revestir de una leyenda la tesis que se quiere representar. Lo meritorio de la cuestión es completamente prosaico; se trata de decidir mediante consideraciones adecuadas si la impresión intuitiva de los especialistas, desde Humboldt hasta hoy, se sostiene bien en su núcleo central. Con esto, si se ha acercado uno convenientemente al tema, se tiene que haber

---

[16] Ernst Hoffmann: *Die Sprache der archaischen Logik,* Heidelberg, Abh. z. Philos. und ihrer Geschichte, 3, 1925.

dejado también margen para lo que el partido contrario ha visto efectivamente. Pues ya no suele ocurrir hoy en la ciencia que un dogma victorioso pueda extirpar la doctrina de los antidogmáticos como puro error. La necesidad pictórica brota en las amplias junturas que la heterogénea estructura, ajena a lo pictórico, del lenguaje deja abiertas libre y despreocupadamente; incluso tiene, para insistir en la imagen, un palmo de tierra para sí propia y *last not least* funciona de un modo peculiar en el dominio de la *expresión* lingüística, lo cual ha de reconocerse especialmente más adelante. Creo que los hallazgos de Werner sólo necesitan un desplazamiento de la representación a la teoría de la expresión lingüística. Entonces puede conservarse hasta el nombre de fisiognómica. Volveremos sobre ello y haremos una crítica minuciosa a propósito de Werner. Pero primero llevaremos como protección nuestra interpretación personal.

2. *Las potencias pictóricas de la materia fonética*

Los gramáticos griegos llamaban al fenómeno, en torno a cuya importancia en la estructura del lenguaje se ha discutido ya mucho, no como nosotros «pintura fonética» (*Lautmalerei*) sin más, sino más específicamente «pintura verbal» (onomatopeya), en lo cual quizá se encierra una sabia restricción. Seamos menos moderados y tomemos la cuestión con toda la amplitud posible. ¿Se podría imitar pictóricamente el mundo con sonidos de la voz, si fuera menester? Supongamos que los medios vocales humanos estén dados aproximadamente tal como los conocemos y tuviésemos que examinar si pueden realizarse con ellos, y cómo, las pretensiones de un instrumento de representación en cierto modo universal. Entre otras muchas cosas surge también la posibilidad de que con los sonidos producidos deba pintarse en lo esencial. Lessing llegó al resultado de que en lo esencial no se pinta, Herder y otros afirman que alguna vez se ha pintado y los verdaderos conocedores del arte del lenguaje lo seguirán haciendo. Ahora bien; nos proponemos ante todo una evaluación de las *potencias pictóricas* que encierran los medios vocales. Esto parece una empresa bastante vaga, pero no lo es; en todo caso no necesita perderse en vaguedades, si se propone uno, en cada posibilidad recién descubierta, tener en cuenta la estructura del lenguaje tal como es, para decidir si lo existente permite una utilización de lo posible en general o no. Así se llega, en mi opinión, a una especie de cuenta, en que al menos las partidas principales se pueden determinar con la exactitud deseable. El que quiera valerse una vez más del

mito, porque le gustan tales cosas, puede considerar también esta cuenta como una lista de las *ocasiones perdidas*.

¿Qué ocurre, pues, con las potencias pictóricas de los medios vocales humanos? Reunamos ejemplarmente el hecho acústico de la *vocalización* y el hecho motor de la *articulación* al examinar nuestro problema. Hay una sorprendente riqueza de timbres en los tonos de la voz, pues todas las diferencias vocales son, consideradas acústicamente, diferencias de timbre. Una nota de violín suena a violín; una nota de trompeta, a trompeta, en virtud del carácter propio de las notas de cada instrumento, compuesto de tono fundamental y tonos concomitantes. La cosa es completamente distinta en la voz humana, en que este carácter estructural cambia de una vocal a otra. Si quisiera imitar con instrumentos musicales algo comparable desde el punto de vista del timbre con el cambio *i-e-o* como en *Ingeborg* o *u-a* en *Fruchtsaft*, no se conseguiría esto con uno de los instrumentos musicales usuales como la flauta o el violín. Sino que tendría que hacer sonar para *Ingeborg* tres instrumentos sucesivamente; para *Fruchtsaft*, dos. Para producir artificialmente algo comparable de lejos con la *vox humana*, se necesita algo así como la riqueza de un teclado de órgano con «registros», o habría que inventar instrumentos completamente distintos de los usuales de un solo tono como la flauta y la trompeta [17], instrumentos que, como el saxofón (si no me equivoco), ofreciesen una variedad más abundante de timbres.

Piénsese lo que significa esto si se pone en cuenta toda la multiplicidad continua de los timbres, tal como es reproducida, evidentemente sólo en su núcleo, por el conocido triángulo vocálico; el «mundo cotidiano» no puede contener ciertamente en cuestión de timbres mucho más allá de la esfera de lo copiable con más o menos exactitud. A esto se añade el reino de los ruidos (todavía no dominados acústicamente) acompañantes, iniciales y finales de las consonantes. También los instrumentos musicales impregnan y envuelven las notas que producen con ruidos característicos: la flauta silba, el violín roza, el arpa es pulsada, el piano golpea, el tambor redobla. Pero el aparato vocal humano silba, sisea, redobla, etc., en muchos matices, que se pueden dosificar con extraordinaria finura.

---

[17] Subsumimos aquí, para simplificar, lo peculiar de las vocales bajo la rúbrica timbre, como se justifica según la concepción de Helmholtz, vivificada de nuevo recientemente por Stumpf. Scripture discute los fundamentos de esta concepción; si tuviese razón, apoyado por Thirring y sus discípulos, tendrían que sustituirse en nuestra comparación los tres instrumentos distintos por tres resonadores (tubos con boquillas) que pudiesen soplarse aisladamente, lo que para nuestros fines es, naturalmente, del todo indiferente.

Y todo esto en rápida variación y en relación ordenada con la vocalización. En esto estriba precisamente la función especial de aquel mecanismo de adaptación, extraordinariamente lábil y ágil, que se suele llamar «articulación». Si todo ágil silabeo semejante tendría que mostrar también el fenómeno de la articulación silábica, puede quedar de momento en pie. El que, junto al hablar, piensa también en el canto, admitirá enérgicamente y con validez para todo, no sin razón, las tendencias al silabeo que hay en la misma materia prima fonética. Así era ya bien conocido al más fino conocedor (en mi sentir) de la sílaba entre los fonéticos, a Sievers, que la sílaba hablada se puede alargar temporalmente a voluntad, desde un mínimo de duración que no ha de ser mucho menos de una décima de segundo, hasta lo que permita el aliento. Es decir, naturalmente, sólo se puede alargar efectivamente a voluntad lo extensible, la duración del sonido. Y se puede ciertamente (éste es el núcleo de la teoría de la sílaba de Sievers) introducir alteraciones unívocas en todas las dimensiones del fenómeno sonoro, pero no *puntos de inflexión* en el curso de esas alteraciones. Todo cambio de dirección *advertido* en el curso de la curva de intensidad o altura o timbre se convierte, en la aprehensión del oyente, en motivo de un corte silábico; en principio, exactamente igual que la división más enérgica de la fluencia sonora mediante sonidos oclusivos o que la intervención de determinados ruidos que no dividen. Dicho en términos fonéticos: exactamente como los puntos de inflexión consonánticos marcan divisiones silábicas. Una idea central de la teoría silábica de Sievers queda dicha con una sola palabra: *la teoría acústica del punto de inflexión* de la sílaba; volveremos sobre ello en su lugar sistemático.

Algo más importa para la recta evaluación de las potencias pictóricas de los medios vocales humanos. Quiero denominarlo brevemente la *variabilidad muy independiente* de la fluencia sonora en todas sus dimensiones. Se puede variar una intensidad vocálica independientemente de la altura y el timbre; es decir, se pueden elegir todos estos momentos con plena arbitrariedad y realizar su alteración en el curso sonoro con independencia mutua. Por ejemplo, ¿por qué no elevar la voz y al mismo tiempo hacerla más fuerte o más débil y además vocálicamente más clara o más oscura? Esto último querría decir que se variaba, por ejemplo, de *u* hacia *i*, de *o* hacia *e*, o a la inversa; lo mismo se pasaría de *u* hacia *a* o de *i* hacia *a*, o al revés. Naturalmente todos nosotros podemos hacer esto dentro de ciertos límites, que valen para todo en el mundo; y esto abre a la copia horizontes de posibilidades. A la «copia» que aquí está en cuestión, exactamente igual que a la *expresión*, que se ha convertido en el beneficiario auténtico y completamente legítimo de muchas posibilidades de va-

riación, que fonemáticamente son irrelevantes. Que se puede envolver esa fluencia vocálica en ruidos concomitantes, y de qué manera, y cómo se pueden injerir con amplia libertad otros ruidos, al menos sucesivos, en la fluencia sonora, puede anotarse sin más explicación, sencillamente, como un hecho bien conocido de la fonética.

¿Qué no hubiera sido posible con todo esto en pintura? El mundo en que vivimos tiene tanto una faz acústica como otra óptica. Ruidos y sonidos nos envuelven; son característicos de innumerables sucesos y cosas que nos interesan, y funcionan diacríticamente. No necesitamos mirar por la ventana, sino que percibimos por el oído lo que pasa cotidianamente en la calle y en las habitaciones contiguas. Si se verificara entre los especialistas una votación acerca de quién está más ricamente provisto de recursos pictóricos: el pintor cromático o el pintor vocal, daría sin vacilar mi voto al segundo. Y declararía además de todo lo ya dicho que la articulación silábica como tal tendría que hacer posible un procedimiento pictórico completamente peculiar, que debería llamarse (si el nombre no estuviera ya ocupado) «película sonora». No porque se agregue nada óptico, sino porque se desenrollan en él pequeñas imágenes sonoras sucesivas. No sílabas lingüísticas, naturalmente, sino auténticas pequeñas imágenes fonéticas, vistas en miniatura del mundo sonoro; para mí no ofrece duda que alguien ejercitado en ello podría recorrer y reproducir pictóricamente sucesos complejos, tan sistemáticamente como hoy un experto «rodar» una película óptica. Por esto no debe uno tampoco asombrarse de lo que nos presentan a veces aquí y allá acróbatas en tales cosas, en un escenario de variedades. Y algo más: si hay que hacer en general música pictórica (lo más sensato, ciertamente, sin grandes pretensiones de musicalidad como tal), por favor, no os pongáis primero al piano. Pues aquel acróbata vocal en el escenario y muchos virtuosos del canto americano-ultramoderno saben hacer todo eso mucho mejor sin instrumentos de cuerdas ni de viento, sino simplemente con su caja torácica como fuelle, su laringe y tubo de boquilla. Aquí se ve qué potencias pictóricas encierran de hecho nuestros medios vocales.

3. *Límites de lo imitativo en la ley estructural del lenguaje*

Preguntemos con toda ingenuidad: si las cosas son así, ¿por qué no se le ha ocurrido todavía nunca a un lingüista la idea de construir una teoría del lenguaje partiendo de esto? Hubiera tenido que ser un libro en el cual precedieran a todo lo demás las reglas del procedimiento onomatopéyico como lo primero y más importante

que hay que aprender para entender y hablar una lengua. Basta con enunciar esta pregunta para recibir inmediatamente de todo experto la certera respuesta de que en el lenguaje tiene validez en primera línea una ley estructural completamente distinta de la onomatopéyica. Supongamos que cualquier hablante se propone algo relativamente tan sencillo como describir con la voz el ruido de caballos en marcha o los ruidos de una locomotora que arranca. Es muy dueño de renunciar para ello en absoluto al uso del lenguaje; y entonces tendrá a veces un éxito asombroso. Pero si empieza a hablar regularmente, no puede resultar en principio otra cosa que lo que poetas de todos los pueblos, desde Homero hasta Schiller y Richard Wagner, nos han ofrecido en esta o aquella ocasión:

> Und hohl und hohler hört man's heulen...
> Es wallet und siedet und brauset und zischt... [18].

Es decir, se producen palabras, series verbales, frases bien formadas, que están sometidas ante todo a la ley de formación y composición de la lengua. Y sólo por añadidura presentan algo así como el matiz secundario de una imitación fonética. Puede ser una composición pictórica única o una película sonora (en el sentido desusado de la palabra considerado por nosotros), es decir, una serie de pequeñas imágenes sonoras. Los poetas han rodado aquí y allá alguna vez en unos cuantos versos tales películas sonoras breves, y han conseguido permanecer en el campo de lo lingüístico porque han utilizado sólo ciertas asociaciones y grados de libertad que no afectan a la auténtica ley de composición de la lengua. No quiero poner en duda su destreza; ¡pero seamos sinceros! ¿Qué pobre imitación sería el fragor de la tormenta o del oleaje en los versos de Schiller en comparación con lo que produce un virtuoso de la imitación? Hablo en un supuesto irreal y agrego: si Schiller no hubiese tenido otra ambición que competir de igual a igual con tales maestros de la imitación.

De hecho era y fue siempre un artista del lenguaje y sólo introdujo un matiz o resonancia de audición material en su descripción lingüístico-intuitiva. Analizado y entendido con más precisión lo que con ello se indica, se desprenden algunas condiciones límites importantes, dentro de las cuales queda encerrado todo lo onomatopéyico: siempre que se usa el lenguaje como medio de representación, sólo se

---

[18] Se podrían sustituir los ejemplos alemanes de Bühler por otros españoles equivalentes:

> El ruido con que rueda la ronca tempestad (Zorrilla).
> Los claros clarines de pronto levantan sus sones (Rubén Darío).

(*Nota del T.*)

puede imitar «a pesar de ello» y en la medida en que *primero* lo permite la sintaxis de la lengua. En la puerta del lenguaje onomatopéyico hay un *cerrojo sintáctico,* que es más fácil o difícil de eludir. Cuando en una lengua, por ejemplo, la sucesión de las palabras en la frase es muy relevante sintácticamente como en francés moderno o en inglés, esto pone de antemano límites más estrechos a la construcción de pinturas fonéticas unitarias que en griego, latín o incluso en alemán.

Una vez satisfechos los requisitos de la formación de frases, quedan la elección y la formación de las palabras como zonas de libertad menores, en que pueden repercutir las tendencias pictóricas. Estaban en lo cierto los antiguos gramáticos cuando en lugar del compuesto alemán más amplio *Lautmalen* (pintura fonética) introdujeron el más estricto de *Namen-malen* (pintura onomástica) como denominación general de todo el procedimiento. Pero también aquí hay a su vez nuevas restricciones. El hablante individual no puede *ampliar* pictóricamente el léxico a su antojo; la cuestión será siempre si encuentra en el léxico lo que necesita, o si el conjunto de la lengua permite o no este o aquel neologismo que le sería cómodo. Anotamos así sin más discusión como *segunda* condición límite de la onomatopeya que el tesoro verbal de una lengua puede agotarse con destreza, pero no ampliarse esencialmente con neologismos. Cómo puede operarse con el aprovechamiento del tesoro verbal y cómo son sus alteraciones comprobables históricamente respecto al procedimiento pictórico, son por hoy cuestiones pendientes. Los nombres de ruidos son manifiestamente pequeñas imágenes fonéticas más o menos fieles a la apariencia; en qué proporción puede encontrarse lo comparable desde el principio en otras palabras o haberse deslizado en el curso de la historia de la palabra, habrá de comprobarse especialmente y en detalle.

Más aún: una *tercera* limitación resulta visible si se tiene en cuenta el hecho de la *fonología*. Repito: La *materia* fonética de una lengua es enormemente rica en potencias pictóricas. Pero si es verdad lo que dicen los fonólogos, que cada lengua sólo utiliza un sistema escogido de signos fonéticos (fonemas), ¿qué se sigue de esto? Es extraordinariamente esclarecedor, si se toma uno el trabajo de encontrar una respuesta detallada y sistemática a esa pregunta. Tal respuesta tiene que contener muchas cosas: la indicación de grados de libertad y de nuevas obturaciones al mismo tiempo. Pues así ocurre, para empezar programáticamente con lo último, con el momento pictóricamente prohibitivo en el hecho de la fonología, que la necesidad pictórica es relegada por lo pronto del conjunto verbal a márgenes de despliegue aún menores. Se dispersa por lo regular en los

sonidos particulares y puede agotarse en sus zonas de variación fonológicamente irrelevantes. Unicamente no puede pasarlas por alto sin más.

4. *Un ejemplo tomado de los experimentos de Werner*

Para lograr pronto una aclaración ejemplar de aquello en que pienso, es conveniente penetrar directamente en los hallazgos de Werner y de otros que en nuestros días estiman la importancia de lo pictórico en el lenguaje más de lo que hasta ahora era usual. Los sujetos de experimentación de Werner sacan, por ejemplo, del sonido verbal *Seife* (jabón), rasgo por rasgo, lo que en su interpretación caracteriza pictóricamente el objeto «jabón». Ciertas propiedades de la cosa como lo escurridizo, espumoso, etc., ¿deben encontrarse y por qué medio? Los resultados, tal como constan en el libro, no pueden hacer otra cosa que recorrer la palabra sonido por sonido. para decir en cada caso que habría algo de la descripción pictórica del carácter total en la *S,* algo en el *ei,* algo en la *f*. Que se proceda así no es un azar, sino que es de esperar teniendo en cuenta la situación de la fonología. Pues cada fonema (signo fonético) deja abierto un margen de realización y en ese margen pueden introducirse y ponerse de relieve alusiones pictóricas; los sonidos de más duración en *S* y *F* pueden ser realizados en sonoridad y longitud por un hablante; el *ei* por mí puede modularse pictóricamente de un modo espumoso. Así pues, el procedimiento rasgo por rasgo de aquella descripción.

Todo tronar teórico posterior contra un temido «atomismo», que sin embargo se quiere y se debe evitar, no anula el hecho de que los llamados diacríticos de la palabra aparecen en la sucesión mencionada y ante todo hay que preservarlos de confusión si «esa» palabra alemana ha de ser emitida por el hablante y percibida por el oyente sin confusiones. Sólo se puede matizar pictóricamente mediante una pronunciación acentuada en la medida en que lo permiten los requisitos primarios de la diacrisis. Suponiendo que la *a* suene de un modo más espumoso que la *e,* un hablante de Werner puede modular el diptongo que de todos modos suena en alemán *ai* marcando la *a* más de lo usual. Suponiendo ahora que un *au* suene de un modo todavía más espumoso (aparece en la palabra alemana «Schaum» —espuma—), ¿qué ocurre entonces? Surge el cerrojo fonemático de que hablamos. Pues un *Saufe* en lugar de *Seife* llevaría de golpe a considerables errores acerca de la cosa nombrada. Y lo mismo en cualquier otro «salto fonemático». En cambio, satis-

faciendo los requisitos de la diacrisis, esto hay que reconocerlo, el hablante puede modular la materia fonética como quiere y puede, para echar mano pictóricamente al carácter sensible de la cosa. De un modo o de otro, es decir, según las necesidades pictóricas, variables de una situación verbal a otra, de los hablantes que emplean la palabra alemana *Seife,* sobre lo cual hay que decir más adelante una palabra más.

Pero queda en pie una nueva cuestión, a saber: la pregunta, que no carece de importancia, de hasta qué punto *la langue*, la creación verbal y la historia de la palabra alemana «Seife» ha previsto o *no* previsto ya un procedimiento semejante. Las observaciones registradas por los sujetos de experimentación de Werner son *prima vista* afirmaciones en el dominio de la *parole* y no en el dominio de *la langue*.

El resultado de nuestras reflexiones es el siguiente: tal como es ahora la lengua, el respeto a la pretensión que toda palabra tiene de querer estar acuñada fonemáticamente de un modo bastante preciso y distinguirse así de las que suenan de manera parecida, pone una última traba a toda necesidad imitativa inmoderada, el *cerrojo fonemático*. Las notas fonéticas de la palabra, los fonemas, tienen que realizarse con suficiente precisión y en la sucesión adecuada; pero todo fonema deja un margen abierto a la realización, y en estos márgenes la materia fonética puede ser modelada pictóricamente. Plenamente libre sólo lo es este tratamiento de la materia fonética en aquellas dimensiones que en la lengua hablada son de antemano fonológicamente vacías, irrelevantes. Si una lengua, por ejemplo, *no* utiliza las diferencias de entonación como diacríticas en la estructura de su sistema vocal, el pintor vocal puede intervenir aquí y reproducir *melódicamente* con toda libertad lo que plazca. El pintor vocal alemán puede elevar o bajar el tono de cada vocal durante su transcurso. Esto no encierra peligros de confusión. En algunas lenguas sureslavas y en otras lenguas de entonación, por el contrario, hay que andar con cuidado, no sea que con tales caprichos pictóricos se pase sin darse cuenta (dicho en pocas palabras y por analogía) de *Seife* a *Saufe*. Los grandes rasgos melódicos de la melodía de la frase y de la melodía de la palabra podrían también, si no me equivoco, tener amplia libertad fonológica en las «lenguas tónicas», y llevar grilletes sólo las vocales particulares en su transcurso. Ahora bien, el que tiene necesidades limitativas puede hacer sonar también en aquellas lenguas lo nombrado y representado, en la melodía de la palabra y de la frase. No sé, naturalmente, si esto se da efectivamente en los poetas; sería interesante averiguar si en las lenguas tónicas lo onomatopéyico tiene otra estructura que entre nosotros.

Para fijar objetivamente la riqueza melódica que puede manifestarse en un fonema vocal único de una palabra única, habría que recoger con precaución del lenguaje cotidiano y representar gráficamente, por ejemplo, palabras inglesas como «yes» y «no» en: yes sir, no sir, o «bad» (its to bad). El americano hace resonar a veces toda su alma en una vocal semejante.

5. *Dos grupos de palabras onomatopéyicas*

Tal vez es tiempo de que consideremos la cosa por el otro lado. Si queda decidido que el único campo representativo directo del lenguaje, el campo pictórico, viene a ser insignificante, sólo entonces deben y pueden tratarse adecuadamente los fenómenos que con buen derecho tienen que entenderse desde el punto de vista de la onomatopeya. A la cabeza los casos de onomatopeya más auténtica e inmediata: La esfera de los *nombres de ruidos* es indiscutiblemente en todas las lenguas un dominio del procedimiento onomatopéyico. El que, describiendo lingüísticamente en alemán, está a punto de poner en su texto una palabra como *klappern* (tabletear, etc.), puede, mediante una actualización más precisa del ruido que se ha de describir, tantear y ensayar sistemáticamente una multitud de nombres de ruidos parecidos, para encontrar la reproducción más fiel. Una alteración de la vocal descriptiva a en e-i-o-u-au-ei, etc., o del grupo pp del centro en tt-kk- o bb-dd-gg- o de la consonante inicial en otros sonidos simples o compuestos casi a capricho, llevará, no siempre, pero sí con frecuencia, a otros nombres de ruidos utilizables. Si no, no habría demasiado inconveniente para introducir adecuadamente al texto un neologismo para el nombre del ruido. Pues quien entiende *klappern* entenderá también con buena voluntad un neologismo como *kleppern* o *klaggern* o *ruppern* y lo aceptará sin demasiadas vacilaciones. En esta esfera se es muy tolerante no sólo frente a Wilhelm Busch y sus sencillos juegos exquisitamente construidos, sino también frente a productos mucho más dilettantescos. Se es tolerante como lector porque como hablante siente uno mismo que aquí, para todo el que posee el instrumento, están abiertas las puertas de los neologismos.

Pero igualmente importante y digno de atención es el hecho de que por esta vía aun en el más desaliñado lenguaje familiar no se introducen modificaciones de la materia fonética ajenas al fonema. Muchos ruidos que nos rondan todos los días y a los que se presta atención son reproducidos del modo más fiel, por ejemplo, mediante sonidos chasqueantes; también el aullido del viento y de la sirena de aviso es imitado fácilmente por cualquiera que se esfuerce en ello. Pero la inclusión de tales momentos ajenos a la fonemática alemana

en los nombres de ruidos no ha sido observada en ninguna parte, que yo sepa. Me acuerdo de que cuando íbamos a la escuela practicábamos como deporte los sonidos chasqueantes y los intercalábamos en palabras alemanas como «Schnaps» (aguardiente); hacer empezar allí la «a» con un chasquido, resulta después de algún ejercicio, muy fácil. Pero en ninguna parte nos exige, que yo sepa, por ejemplo Wilhelm Busch nada semejante. La separación entre lo lingüístico y lo no lingüístico, que se opone a ello, está realizada con notable precisión y la producción de nuevos nombres de ruidos se mantiene dentro de los límites del dominio que está caracterizado como lingüístico por el cerrojo fonemático. Lo mismo vale para la inclusión de «gestos fonéticos» entre las palabras, mediante la cual surgen formas como *ächzen, jauchzen, kichern* (gemir, lanzar gritos de júbilo, sotorreírse); también vale para la imitación de gritos y voces de animales, con la que podrían formarse verbos como *blöcken* (mugir) y *wiehern* (relinchar) o nombres de animales como *Kuckuck* (cuco). Consideradas desde el punto de vista de la descripción vocal, impresionan todas estas imitaciones no como muy naturalistas (impresionistas), sino al revés, como reproducciones sumamente simbolísticas. Ocurre con su parecido con lo designado aproximadamente como el de los animales heráldicos y todo lo demás que aparece en heráldica con los modelos correspondientes. Y si se reproduce el grito del cuco en diez lenguas con diez sistemas fonemáticos distintos, resultan diez onomatopeyas y no una y la misma.

A pesar de ello, el sistemático se ve obligado a subrayar el resto de fidelidad a la apariencia que todavía queda y hacer comprensible desde este punto de vista lo citado hasta aquí, es decir, todo el grupo de nombres de ruidos en el sentido más amplio de la palabra. En todos estos nombres de ruidos se manifiesta más o menos de reproducción *fiel a la apariencia*. En oposición a una clase de fenómenos, mucho mayor por su extensión, en los cuales, por la naturaleza de la cosa, no puede tratarse desde luego más que de reproducciones *fieles a la relación*. Palabras como *baumeln* (bambolear), *bummeln* (callejear), *schlendern* (arrastrar los pies), *torkeln* (tambalearse), *schlottern* (temblar) o *flimmern* (centellear), *huschen* (deslizarse), *wimmeln* (hormiguear) o *kribbeln, krabbeln* (cosquillear, hormiguear) se aproximan igualmente de un modo descriptivo a su objeto. Pero mediante ellas no se imita lo acústico con lo acústico, sino lo no acústico con lo acústico. El centellear, por ejemplo, es un fenómeno óptico; en cosquillear se trata de impresiones táctiles. Son formas de movimiento y figuras dinámicas las que aquí se reproducen. No pertenecen a las cualidades sensoriales específicas, sino a las superespecíficas, es decir, datos que se deben a varios órganos sensoriales a

la vez; son los αἰσθητὰ κοινά de Aristóteles, y por eso tampoco llamamos a lo que aquí se da una reproducción fiel a la apariencia, sino «sólo» a la relación (o fiel a la figura). Toda reproducción fiel a la apariencia implica también más o menos de fidelidad a la relación, pero no a la inversa. Lo que decimos no es nuevo, fue comprendido ya por Wundt de un modo perfectamente correcto. Unicamente, en Wundt persisten todavía los términos «imitaciones sonoras» e «imágenes fonéticas». Desde entonces los psicólogos han trabajado mucho sobre las sinestesias; el que quiera seguir con precisión los fenómenos de transición entre la reproducción fiel a la relación y a la apariencia tiene que consultar esos hallazgos.

6. *Opiniones más antiguas sobre la importancia de la onomatopeya*

¿Qué enseña la historia del lenguaje? Hasta hace poco, la estimación de la onomatopeya en importancia y extensión parecía dictada en considerable proporción por la mentalidad personal de los investigadores. Los románticos seguían a Herder; los clásicos, a Lessing. Hoy se debería lograr impulsar objetivamente el tema en algunos puntos decisivos y eludir así un juicio procedente de las honduras del ánimo. Y, por cierto, en dos cuestiones extremadamente distintas a la vez, que se han planteado y hay que plantear: qué ocurre *hoy* y qué ocurría al *principio* con el lenguaje pictórico. El que ve la situación desde el punto en que todavía hoy él mismo como hablante puede aventurarse con mayor libertad como creador de palabras, desde el punto de vista de los nombres de ruidos, apenas puede esperar una objeción si admite siquiera la presunción de que este procedimiento de creación de palabras sea naturalísimo y, por tanto, antiquísimo. Pues *sin motivos* no elige, que sepamos, ningún ser humano; ¿por qué habrían sido en principio inmotivadas las elecciones primarias de los creadores de palabras? Y ¿qué hay más a mano que la imitación de cualquier tipo cuando se tiene ocasión de responder y caracterizar algo nuevo con nuevas reacciones vocales?

La burla de los críticos de las «teorías del guauguau» puede pararla tranquilamente el que así piensa con la pregunta de si el otro puede decirle algo más inteligente. Las reflexiones generales que hemos hecho hasta aquí no contradicen a este impulso como tal, pero sí la opinión demasiado ingenua de algunos pensadores antiguos y modernos, de que con ello se ha indicado más que algo completamente externo sobre el «origen del lenguaje humano» y se puede confiar sin comprobación en que *todos* los nombres se han originado

por esta vía. Al contrario: cuando se confrontan las potencias pictóricas de los medios vocales humanos con la ley estructural del lenguaje, tal como es ahora, y con las trabas que esta estructura pone a un procedimiento pictórico muy amplio, un sabio dicho de Lazarus Geiger, que todavía hoy suscriben muchos historiadores del lenguaje, adquiere una nueva forma de interpretación y fundamentación. Geiger establece dentro del campo del indoeuropeo que las palabras poseerían «sólo en estratos bastante tardíos una cierta tendencia a aproximarse descriptivamente a los objetos».

Con esto se alude al hecho, de gran amplitud, de que «palabras como *Rabe* (cuervo), *Krähe* (corneja), *Kuckuck* (cuco), *donnern* (tronar), *schwirren* (zumbar) se han convertido ciertamente en el curso del tiempo en imitaciones fonéticas, pero que sus raíces están lejos de semejante relación» [19]. ¿Qué se sigue de esto? Es casi cómico oír aducir en discusiones más antiguas muchas veces el mismo argumento por partidarios y adversarios de la «teoría del guauguau». En conexión con el hallazgo de Geiger sería fácil de llenar un diálogo platónico con ideas documentadas bibliográficamente, un vaivén en que cada hecho aparece recogido e interpretado opuestamente. Si Geiger, por ejemplo, encuentra en la historia del lenguaje *reciente* una tendencia de las palabras a aproximarse descriptivamente a los objetos, se le preguntará si esa tendencia vino volando del cielo o es antiquísima; pero para nosotros ya no cognoscible ni con mucho. Ciertamente, prosigue el otro, pero no sabes pensar bien, pues precisamente la distancia me demuestra lo que quiero demostrar. Es un hecho que las «raíces», como las conocemos y tenemos que admitirlas según las reglas de la reconstrucción más escrupulosa, por ejemplo, para el indoeuropeo primitivo, se imponen a sus mejores conocedores como no descriptivas. Estas raíces mismas serán producto de una evolución, naturalmente; pero ¿qué hubiera podido apartarlas en la evolución de su tendencia descriptiva originaria, si las mismas o parecidas trabas que hoy no impedían y restringían ya entonces también el libre despliegue de la onomatopeya? Si todo consistiera en pintar, no hubiera desaparecido de nuevo donde ya existía. No seguimos, porque este vaivén ejercita la agudeza, pero no aproxima a los adversarios. En lugar de proseguir retrospectivamente, quiero dejar la palabra a un lingüista moderno que tiene el valor de demostrarnos previamente cómo fueron las cosas completamente al principio.

---

[19] Cita según W. Wundt: *Die Sprache*, I, pág. 319, de L. Geiger: *Ursprung und Entwicklung der menschlichen Sprache und Vernunft*, L., 1868, pág. 168.

7. *Las investigaciones de W. Oehl. Factores en contra*

El indoeuropeísta de la Universidad de Friburgo de Suiza, Wilhelm Oehl, reúne, según indicación propia, desde hace diecisiete años, «de unas 1.400 lenguas vivas y muertas de las cinco partes del mundo» comprobantes para su tesis: «Por su origen todas las palabras de todas las lenguas son *palabras onomatopéyicas o balbucientes* o bien *palabras gráficas*» [20].

Llegué a este conocimiento por este camino: partí, dejando de lado lo indoeuropeo, de las lenguas de los pueblos primitivos desde el verano de 1915, y encontré —sin buscarlo ni quererlo en absoluto— el sistema de los tipos y los árboles genealógicos semánticos de la creación de palabras onomatopéyicas y gráficas. Además investigué en la bibliografía lingüística actual y encontré en ella muchas veces fragmentos del todo que poseía; mis hijos me ofrecieron prácticamente como sujetos de experimentación inconscientes los tipos mixtos. No he inventado nada, sino sólo hallado. Cuando en junio de 1915 buscaba ciertas onomatopeyas en las lenguas del Mar del Sur, me ocurrió como en otro tiempo, en el Antiguo Testamento, al joven Saúl: salió a buscar un asno de su padre... y encontró un reino (pág. 40).

El reino está dividido no en tres, como podría suponerse por la primera cita, sino en dos situaciones lingüísticamente creadoras. La primera está en el cuarto de los niños y proporciona las *palabras balbucientes,* que durante los cinco mil años que abarcamos históricamente siguen creándose siempre de nuevo; la segunda situación productiva en la vida de los adultos proporciona las palabras onomatopéyicas y las palabras gráficas. Sobre el fenómeno de las palabras balbucientes —Oehl reproduce las citas— llamaron ya la atención los antiguos gramáticos Festo y Varrón y luego siempre diversos lingüistas.

La Condamine (1745), el «Mithridates» de Adelung padre, Buschmann, Wackernagel, Diez, Lubbock, Curr, von Gabelentz, Tappolet, Körting, Kretschmer, Gatschet, Curti, Giesswein, W. Schulze, Wundt, Trombetti, Meyer-Lübke, Jespersen, Schrader-Nehring, Walde-Pokorny y otros muchos, que se han ocupado con más o menos detención y mérito de la palabra balbuciente, conocieron la ramificación semántica de esta creación verbal sólo parcialmente, pero casi nada de la estructura más fina de sus tipos (pág. 3).

La colección Oehl es, si puede uno fiarse de una estimación ligera, efectivamente mucho más rica que, por ejemplo, la de Buschmann y la de Koelle (Vocabularios de lenguas africanas), de la cual se sirve Wundt en su obra lingüística (1^2, págs. 339 y siguientes). Pero Oehl

[20] W. Oehl: *Das Lallwort,* Discurso rectoral de Friburgo (Suiza), 1932; se espera un libro suyo *Fangen-Finger-fünf* (Coger-dedo-cinco).

considera como lo decisivamente nuevo de su propia aportación un «árbol genealógico semántico» y un esquema de los tipos de palabras balbucientes (págs. 33 y 36 y siguientes del Discurso rectoral). El árbol genealógico semántico indica sobre qué (personas y cosas) irradian los nombres balbucientes más allá del pequeño mundo del cuarto de los niños. Como primeros receptores de nombres balbucientes están reunidos en la situación caracterizada por la cuna: padre, madre, niño, pecho materno, boca, muñeca; y se trata de acontecimientos como mamar (amamantar), comer, hablar, mecer, balancear, acariciar, hacer cosquillas. En medio discurren dos grupos de palabras formales (sic!), a saber: interjecciones y demostrativos. Atengámonos a este dominio primario.

El esquema de los tipos de Oehl ofrece una ordenación de las formas fonéticas mismas: A. simples como *pa, ap, ma, am, ta, na, ka, la, sa*; junto a todas ellas, las que se obtienen por el conocido procedimiento de la reduplicación; B. tipos mixtos como *pama, mapa* con todas las demás posibilidades combinatorias

> Estos dos sistemas, el árbol genealógico semántico y especialmente el sistema de los tipos, sobre todo los tipos mixtos, parecen quizá a primera vista sorprendentes e increíbles, incluso fantásticos. ¿Es esto posible? ¿No es mero juego de letras? Y si todo esto fuera realmente así, ¿ha de haberse escapado a la lingüística de siglos? La respuesta a esta duda es: Efectivamente es así (página 38).

La sensación del autor, de que con esto se ha deslizado, no necesita ante expertos más justificación. Pues si varían combinatoriamente también las vocales, como ocurre de hecho en el balbuceo del niño, la lista del esquema de los tipos de Oehl comprende nada menos que casi todo lo que existe en cualquier lengua humana en cuestión de sílabas, sílabas dobles y sílabas triples. Y así se desvanece la posibilidad de distinguir por el material sonoro la clase de las palabras balbucientes como tal. Oehl mismo tampoco se apega a ello, sino que elabora algunas características comparativamente. Me parece que el momento de reduplicación tenía que subrayarse aún más enérgicamente, pues apenas hay nada que llame tanto la atención en el balbuceo del niño como la repetición (dos veces y más) de la misma sílaba en el complejo expiratorio unitario. En mi Instituto hemos estudiado hace poco sistemáticamente fecundas situaciones de balbuceo de la vida infantil y hemos fijado lo que se puede oír en discos; dentro de un tiempo no lejano estaremos en condiciones de exponer el resultado de su análisis exacto. En nuestros sujetos de experimentación (niños alemanes) encontramos, por ejemplo, un *cambio de acento* unívoco; empiezan unitariamente con el acento en la última sílaba y en el curso

de pocos meses adelantan uniformemente el acento; a la primera en las parejas de sílabas y muy frecuentemente también a la primera en los trisílabos, que numéricamente son más raros que los bisílabos usuales. Pero esto sea dicho sólo de pasada; la cuestión de las palabras balbucientes puede y debe ser planteada partiendo del niño sobre una base de observación exacta. Una cosa puede decirse ya hoy en coincidencia con observaciones infantiles anteriores y con Oehl, a saber: que con seguridad las *palabras onomatopéyicas* no son las primeras en el vocabulario en formación del niño.

La colección Oehl es especialmente rica en *palabras onomatopéyicas*. Un primer cuadro sinóptico, que está publicado, distingue nada menos que treinta dominios objetivos donde se encuentran por lo regular todas las lenguas; el material de los nueve primeros dominios se expone y discute en una serie de artículos en «Anthropos» [21]. Oehl empieza con las palabras para «toser», y en la sección novena sólo ha avanzado hasta las palabras para «jadear, exhalar, respirar, resollar, soplar, silbar»; pero en las clases todavía prometidas se eleva la lista hasta las palabras para «alma, espíritu, sentido, entendimiento». Ahora bien: que el «alma» se encuentre en la compañía del respirar y de los ruidos respiratorios extralingüísticos, no es especialmente sorprendente; también era de esperar alguna cosa entre los «*verbadicendi*», a los que pertenecen, según Oehl, las palabras para «gritar, chillar, reprender, llamar, cantar, jactarse, alabar, quejarse, hablar, decir, conversar, charlar» (clase 24). Es incomprensible por qué no aparecen (o todavía no) los ruidos naturales del paso del hombre y de los animales, como «trotar (¡al trote!), galopar, andar a pasos cortos (*trippeln*), con las piernas abiertas (*stapfen*)», juntamente con el grupo sentido como secundariamente onomatopéyico «Schritt und Tritt» (paso a paso) y «patalear». Igualmente se echa de menos después de los ruidos atmosféricos, como «soplar, viento», los ruidos acuáticos, como «chapotear, chapalear, derramarse». Yo creo que una vez conseguido un inventario escuchando alrededor, habría que agotar este esquema de ordenación y tratar de completarlo.

Una buena idea del taller de Oehl da, por ejemplo, el resultado del 5 sobre «carraspeo, flema, saliva, esputo», que dice así:

Además de las tres consonantes *s*, *p* y *t*, junto con sus variantes y en sucesión cambiante, aparece también en cuarto lugar la característica gutural como elemento estructural en las palabras «Spucken, Speichel, Schleim, Räuspern» (saliva, esputo, flema, carraspeo), al añadirse a la característica dental sibilante

[21] W. Oehl: «Elementare Wortschöpfung», *Anthropos*, vols. 12-13, páginas 575 y 1047; vols. 14-15, pág. 405.

y a la labial explosiva (para el escupir en relización) también la característica gutural para el hacer subir carraspeando la flema. Una palabra con estos cuatro elementos onomatopéyicos imitaría así el proceso entero de carraspear y escupir. Sin embargo, indudablemente parecen no existir formas con cuatro tipos de esta clase. Pero sí se encuentran con tres tipos, es decir, gutural + dos de los sonidos *s, p, t* y con más frecuencia aún simplemente con dos tipos, es decir, tipos mixtos de gutural + *s* o *p* o *t*, o viceversa (pág. 421).

Vemos, pues, que en el fondo casi *todas* las consonantes se utilizan para la construcción de palabras del grupo mencionado. Se comprende: el objeto mismo, el ruido que se ha de imitar, es *acústicamente* muy complejo y ocupa en su *producción*, desde la garganta hasta los labios, todas las partes del aparato verbal; ¿por qué no habría de reproducir onomatopéyicamente una lengua este momento y la otra aquel o aquella fase del conjunto? Si de unos discípulos imitadores en relación con el maestro individual se dijo: «cómo carraspea y cómo escupe, lo habéis visto felizmente», apenas se esperará tampoco de las lenguas humanas —por lo demás de tan diversa estructura— otra cosa que el que subrayen onomatopéyicamente *distintas cosas* en las treinta clases de Oehl y más allá. Hasta aquí está la cosa en orden. Unicamente, surge ineludiblemente la cuestión metódica de si en un caso en que *todos* los grupos consonantes tienen potencias imitativas, se puede llegar partiendo de la forma fonética a otra cosa que al diagnóstico uniforme «palabra onomatopéyica». El punto flaco de todos los diagnósticos de Oehl es siempre lo que se manifiesta al compararlo con Steinthal; copio el pasaje:

Es completamente falso lo que en este punto afirmaba Steinthal: «El defecto de la onomatopeya estriba en que ofrece un principio constitutivo sin ser reguladora. Así, en caso favorable, puede ser comprobada por la etimología, pero no puede guiar a ésta». Y una nota al pie dice: «Además tengo que advertir que todos los intentos de comprobar la onomatopeya partiendo de las lenguas remotas, como las de los negros, australianos, etc., resultan problemáticos, porque sólo conocemos esas lenguas en la actualidad. Sólo podemos referirnos a las más antiguas lenguas cultas, porque sólo éstas están estudiadas históricamente a fondo». Esta es la respuesta de Steinthal a la pregunta que había formulado antes en la página 115: «Una cuestión importante para la gramática histórica comparada es: ¿Puede utilizarse el principio de la onomatopeya para explicar la igualdad fonética de palabras de distintos troncos lingüísticos?».

Oehl responde así: «El planteamiento de la cuestión en Steinthal era bueno, pero su respuesta era mala. Nuestro trabajo debe proporcionar la prueba contundente de que la onomatopeya, etc., es tanto principio constitutivo del proceso natural glotogónico como también principio regulador, heurístico de la investigación etimológica.» Para rechazar el escepticismo de Steinthal bastaría provisionalmente la siguiente comprobación: Las «lenguas cultas más antiguas estudiadas históricamente a fondo», a las cuales quiere referirse exclusivamente Steinthal, contienen gran número de palabras onomatopéyicas y balbucientes heterogéneas de todos lo estratos cronológicos. Podemos observar exactamente

estas palabras en su evolución fonética durante siglos, incluso milenios; gran parte de ellas sucumbe bastante pronto al proceso fonético de descomposición y pierde así por cambio de forma, muchas veces también por cambio de significación, su carácter onomatopéyico originario; pero de otro lado, una gran parte, a pesar de todas las leyes fonéticas (más exactamente: poco o nada afectadas por ellas), conserva el carácter onomatopéyico originario, a menudo con asombrosa claridad y durante períodos asombrosamente largos. Esta tesis acerca de la capacidad de persistencia de muchísimas onomatopeyas (¡y de las palabras en general!) sólo se puede comprobar, ciertamente, de un modo documental en campos indoeuropeos, semíticos, egipcios, uralo-altaicos, etc.; pero tiene que ser válida necesariamente también para las descubiertas sólo ayer. Así, pues, si encontramos en cualquier lengua, sea en el antiguo indio védico o en hindostaní, o en un dialecto papúa recién descubierto, una palabra manifiestamente onomatopéyica, tenemos inmediatamente derecho a tratarla como onomatopeya sumamente probable, sin tener en cuenta si esta onomatopeya vive sólo una vida humana o lleva ya muchos siglos en la lengua correspondiente. Es secundario que una onomatopeya tenga treinta años o trescientos o tres mil —¡*siempre que haya permanecido reconocible para nosotros!*—. Basta por ahora. De los detalles y de las posibles fuentes de error (de los «tipos aparentes») tratamos después (págs. 581 y siguientes; el subrayado es mío).

Concedido que mediante el manejo durante decenios de una colección tan circunspecta se afina el oído; únicamente, con la finura de oído exterior crece a la par la del interior, y el crítico más benévolo no se libra ante Oehl de aquella sospecha que en el sentido de Steinthal siente probablemente todo especialista. ¿Qué parecería la proposición de considerar una vez más la colección entera desde *nuevos* puntos de vista, para hacer frente a esa duda? Oehl tiene para una porción considerable de sus 1.000 lenguas tanto material, que podría hacer *comparaciones sistemáticas*. Con lo cual, por ejemplo, no se demuestra ya como hasta ahora que la característica gutural imita mil veces esto y lo otro en cada una de las palabras explicadas. No; en mi opinión habría que proceder ahora de otro modo; por ejemplo, para campos de objetos bien delimitados, digamos para los nombres de los ruidos respiratorios (extralingüísticos) del hombre o para los ruidos de pasos y las maneras de andar humanos y animales, establecer los sistemas *en cada lengua individual por sí*. Pues sería interesante ver cómo tales grupos ordenados sistemáticamente en la lengua A tienen este aspecto y en la lengua B uno un poco distinto. Donde faltan los criterios decisivos de una historia de la lengua abarcable, un teórico tiene que buscar un sustitutivo suficiente. Comparaciones sistemáticas y partiendo de ellas el conocimiento de *técnicas imitativas* características aquí y allí son por lo pronto el único objetivo tangible de investigación que puedo imaginar como sustitutivo a falta de una historia de la lengua. Partiendo de nuestra lengua materna surge inmediatamente, por ejemplo, la cuestión de si en todas partes se imita como entre nos-

otros de un modo mixto vocálico-consonántico. Las vocales de nuestros nombres de ruidos como «brummen, summen, surren» (gruñir, zumbar, zurrir) frente a «klirren, schwirren, bimmeln, schrill» (tintinear, silbar, repicar, estridente), no están determinadas de un modo irrelevante; ¿qué sucede en otras lenguas y familias lingüísticas? ¿Las hay que imitan preferentemente con las consonantes y otras predominantemente vocálicas, o de qué otro modo? Basta en nuestro contexto haber mostrado el cabo de un único hilo de Ariadna; y a pesar de Oehl se extiende todavía ante nosotros como un intrincadísimo laberinto todo el campo de las palabras onomatopéyicas.

Mucho más unívocos son, a mi parecer, los resultados de un pequeño trabajo especial de Oehl y todo lo que en su intento sistemático se funda metódicamente en una base semejante; piense en la instructiva sinopsis de los nombres para el extraño grupo animal de las *mariposas* [22]:

> Las palabras tipo *papilio* son *palabras gráficas,* es decir, intentan designar mediante ciertos recursos lingüísticos, mediante combinaciones fonéticas adecuadas, una determinada apariencia visible, y por cierto sólo visible, del mundo animal. Se ha reconocido hace mucho tiempo que estas palabras, sobre todo la abigarrada serie de las formas dialectales germánicas, encierran una reduplicación manifiesta y que esta duplicación silábica representa el subir y bajar de las alas de la mariposa que vuelve (pág. 76).

Aquí ha preparado el terreno Renward Brandstetter en su trabajo «Diet Reduplikation in den indianischen, indonesischen und indogermanischen Sprachen» (1917) y ha comparado nada menos que catorce «formas reduplicativas onomatopoéticas» de troncos lingüísticos completamente distintos. La colección Oehl amplía incomparablemente el horizonte y lleva el resultado unitario citado. Aparte de ello, se aduce de un modo convincente esta tesis:

> Las innumerables palabras reduplicadas tipo *papilio* fueron originariamente sin sentido, sin significación; la duplicación de ciertas sílabas ligeras debía simbolizar el leve aleteo de las dos alas de la mariposa. Pero todas estas formas como *pepe, pepele, lepepe,* etc., carecían de conexión etimológica con el resto de la lengua; eran, por decirlo así, extrañas. Esta posición especial primitiva fue borrada por dos innovaciones —ya lenta, ya rápidamente—: por la acción de las leyes fonéticas y por interpretación de la etimología popular, muchas veces también por ambas cosas juntas. A la acción disolvente, «corrosiva» de las leyes fonéticas tiene que ceder toda palabra si vive largo tiempo en el lenguaje, y es sabido que las alteraciones posibles de la forma verbal son innumerables (página 89).

[22] W. Oehl: «Elementare Wortschöpfung: papilio-fifaltra-farfalla». Bibl. dell'Roman, 3 (75-115).

Sólo es menester empezar aquí, para comprender en toda su importancia las leyes estructurales del lenguaje contrarias al principio imitativo. Pues la expresión que habla de la acción «corrosiva» de las leyes fonéticas es naturalmente sólo una imagen, es la situación vista desde la orilla de la hipótesis imitativa. Lo que hay al otro lado en las tendencias anti-imitativas y causa o dirige las descomposiciones e interpretaciones, no es nada menos que la peculiaridad del lenguaje humano. Hemos encontrado el modelo estructural, que *no* puede hallarse en la pintura, en otros instrumentos representativos del hombre.

14. Los signos conceptuales lingüísticos. Conceptos precientíficos y científicos

El que construye una lógica como fue usual entre los ingleses desde Hobbes y encontramos en su forma más madura en la obra de J. St. Mill, empieza con los nombres, de un modo más general con los signos nominales del lenguaje. Piensa para ello en el lenguaje adulto y se ve impelido a distinguir el valor denominativo de los signos lingüísticos en la *ciencia,* aclarado mediante esfuerzos especiales y finalmente fijado de un modo definitivo, del valor denominativo precientífico (valor de cambio) de las mismas palabras. La teoría del lenguaje debe presentarse como espectadora de esa labor selectiva de la lógica y anotar algunas cosas; su horizonte y su interés comprenderá en lo precientífico, por ejemplo, también el resultado general de la etimología. El *étymon* de muchas palabras de nuestro lenguaje corriente está muerto; a qué apuntaban en otro tiempo etimológicamente palabras como «Pferd» (caballo), «Kuh» (vaca), «Schaf» (oveja), «Gans» (ganso), hoy, entre los noventa millones que dominan el alemán [23], probablemente no lo saben ni siquiera uno de cada diez mil. Y para el que lo sabe, es y sigue siendo un saber frío, del que no *siente* lo más mínimo en ningún caso de uso práctico de las palabras; ni siquiera el poeta más audaz podría ya hacerlo resonar, si quisiera, según el ejemplo de ciertos franceses, entregarse a la *poésie pure* y como lírico hacer una música etimológica [24]. De otro modo se comporta uno con palabras cuya etimología está viva en alguna medida. Pero dejemos esto y veamos qué permite apren-

---

[23] Según los datos del Atlas universal geográfico-estadístico de Hickmann.

[24] Cf. sobre esto el artículo —circunspecto desde el punto de vista de la teoría del lenguaje y desusadamente instructivo— de E. Winckler: «Sprachtheorie und Valéry-Dichtung». *Z. f. franz. Sprache und Lit.,* 56 (1932).

der desde el punto de vista de la teoría del lenguaje el valor de curso de una palabra alemana como «Hebel» (palanca).

Qué es una *palanca* en el sentido del lenguaje corriente, sabe explicarlo con más o menos exactitud hasta cierto punto un chico de la escuela o un leñador, si se le ayuda a expresarse y poner de relieve con ejemplos su saber vivo, pero informulado. El leñador apenas contará entre las palancas pajas y mimbres, sino que se atendrá a que con una palanca verdadera puedan moverse del sitio y *levantarse* pesos ordinarios (por decirlo así sobrehumanos) como troncos del árbol. Que la palanca sea de madera o de hierro, quizá le parece ya irrelevante. En cambio un físico acaba de una vez con las ideas utilitarias demasiado humanas y define: «Una palanca es, a mi modo de ver, todo cuerpo rígido que puede girar en torno a un eje fijo». Con esto puede luego formular cómoda y sencillamente sus leyes de la palanca.

Lo que ocurrió en el pasado, cuando los animales, plantas y objetos importantes para la vida recibieron de seres lingüísticamente creadores sus primeros nombres, según caracteres *sencillos* y llamativos, no es incomparable en todos sus aspectos con la convención de los físicos, sino ya en algún aspecto el modelo de lo que estos o aquellos científicos repiten en un plano superior. Supuesto que las cosas ocurrieran como se imaginan los etimólogos cuando buscan en la etimología de palabras como «Hund, Ross, Kuh» (perro, caballo, vaca), por lo pronto, una propiedad peculiar de cada uno de los antiguos compañeros domésticos del hombre. También tales fijaciones de significación etimológica eran sencillas; sólo que los creadores del lenguaje prefieren notas próximas a los sentidos y las ciencias frecuentemente muy abstractas. No hay que olvidar, naturalmente, que las ciencias insisten ampliamente en establecer de un modo formal y explícito en sus definiciones a qué debe atenerse uno.

También está dentro de su línea que los conceptos definidos converjan en sistemas lógicamente coherentes; muchas veces se puede luego subir y bajar cómodamente en tales sistemas como por escaleras o escalas en grados de abstracción y determinación. Tal edificio de saber es fácil de dominar interiormente y está construido humanamente de un modo bien ordenado. Para todo esto hay ya impulsos, que no se deberían eliminar desdeñosamente, en el llamado conjunto precientífico de los signos nominales verbales. El compuesto de los «radicales», por ejemplo, y sus derivados es ya, valorado de un modo puramente lógico, una potente creación sistemática de los signos lingüísticos de ordenación; y cuando se agrega a la cuenta el fenómeno de las «clases de palabras» como nombres, verbos, preposiciones, etc., se siente uno, en las lenguas naturales que conocemos,

mucho más lejos ya del caso límite de una denominación —para decirlo brevemente— caótica, que del otro caso límite que cualquier ciencia puede proponerse como ideal de su terminología. Pero esto es un juicio valorativo, en el que no se debe insistir especialmente. Empezamos una vez más desde el principio.

1. *La etimología. El pensamiento mágico y la denominación. Un hallazgo de la psicología del pensamiento: las esferas de significación*

No carece de interés perseguir todavía un poco más la comparación de lo úlimo con lo primero, de la conceptuación científica de hoy con la atribución de significación a los nombres, ciertamente sólo conjeturable por ciertos indicios de la historia del lenguaje, y en lo esencial prehistórica. Que en conjunto fueron primero cosas, procesos, etc., intuitivos los que reclamaron sus nombres, es una creencia bien fundada y comprobada de los etimólogos. Más aún: los creadores del lenguaje distinguían lo nombrado en especies, en grupos, y precisamente según las características y distintivos (diacríticos) que llaman la atención a un viviente de nuestra especie atento a la utilidad práctica inmediata, el dominio y la defensa. Esta es una antigua idea rectora de la lexicología, que puede ser limitada y completada por ideas nuevas, pero no sustituida íntegramente. Es cierto que en la historia de la humanidad habrá que introducir hipotéticamente muy pronto la llamada mentalidad y actitud vital *mágica*; y ésta altera la imagen. La denominación de las cosas con su «verdadero» nombre se convierte en esta actitud espiritual en un potente (útil o peligroso) medio de apelación del que habla al mundo objetivo mismo. La actitud espiritual de que hablamos está comprobada en todas las ideas primitivas *sobre* el lenguaje; aparece también en todas partes, como ha mostrado especialmente Piaget, entre nuestros propios niños. Pero en la interpretación de este fenómeno bien atestiguado hay que precaverse del error, de antiguo conocido, de un *próteron hysteron,* de empezar al revés. El hombre en formación, vistas las cosas a grandes rasgos, no reflexiona *antes,* sino *después* de crear, también reflexiona sobre los nombres sólo cuando existen. Y su nacimiento pudiera haber acontecido en lo principal tal como se lo representaba el sano *common sense* de los lexicólogos afortunados.

Por ejemplo, las informaciones de boca de los más íntimos conocedores de los pigmeos actuales coinciden completamente en este punto con lo que enseña una ojeada serena e imparcial a *nuestros* cuartos de niños. En mi círculo de trabajo, debe darse cuenta, desde otro punto de vista, de los resultados de una amplia observación de situaciones lingüísticamente productivas procedentes

de la fase decisiva de desarrollo de tres niños. El acontecer visible en estas situaciones fue registrado por observadores perfectamente ejercitados y el acontecer audible grabado con micrófono en discos. El estudio —hasta cierto punto penoso, pero fecundo— de estas observaciones que se pueden realizar una vez y otra y comparar cuanto se quiere, aporta muchas novedades; empezando por la fonética, hasta lo que aquí nos interesa. La formación de lenguaje, es decir, la primera producción, la fijación del uso de complejos fonéticos como signos mostrativos y nominales, puede verse en algunos puntos sinópticamente. Es sorprendente, por ejemplo, con qué consecuencia la *to-deixis* de Brugmann es realizada en los tres niños efectivamente por medio de sonidos dentales. Los mismos discos (unos cien) escogidos entre el número total por haber quedado bien, documentan también lo afirmado más arriba. El nacimiento de los primeros nombres es absolutamente irreflexivo y completamente premágico, podría decirse.

Las ideas de un Lévy-Bruhl y de sus partidarios modernos, a menudo todavía mucho más radicales, tienen que ser, a mi juicio, revisadas a fondo. El niño que conocemos adquiere un primer repertorio de nombres *antes* de toda inspiración de una actitud mágica reflexiva. Y si esta inspiración llega, en modo alguno penetra y matiza *todas* las situaciones vitales, sino que deja libre junto a ella una segunda línea de desarrollo. Ciertamente, en casos de una gran tensión afectiva y por otros motivos, el mundo se transfigura para el niño aproximadamente como lo imaginan los teóricos de la actitud espiritual mágica; pero allí mismo y en medio de ello hay continua e ininterrumpidamente algo distinto, a saber: la *actitud de experimentación* del niño, totalmente ajena a la magia, en virtud de la cual el recién llegado a la vida se va haciendo, paso a paso y a medida que tiene éxito en el «trato con el material» (como solemos llamarlo hoy), un técnico de la vida. El niño cambia despreocupadamente de una actitud a otra, y, por ejemplo, el trozo de madera que hace un momento «era» un hijo adoptivo que lloraba y al que mimaba, en el instante siguiente lo echa tranquilamente a la estufa. Y nunca es el hijo adoptivo, sino nada más que el vulgar leño es lo que arde entonces alegremente ante sus ojos. Se pueden estudiar con precisión los desplazamientos como tales de una actitud a otra.

No puedo imaginar que resultara algo esencialmente distinto de observaciones *fidedignas* en los bosques primitivos: *primum vivere, deinde philosophari.* Para vivir, hay que aprender a recolectar, cazar, etc., con suficiente éxito, y para ello dejarse llevar, exactamente igual que el niño, de un grado de ejercicio a otro. Si esto ocurre cooperativamente mediante la invención y uso de nombres, la cuestión de los «distintivos» de lo nombrado tiene que arreglarse por lo pronto con suficiente adecuación al aspecto y comportamiento de las cosas, que deciden el éxito. El que como teórico quisiera oponerse a esta sabiduría del *common sense,* tendría que vencer primero la resistencia de los mejores conocedores actuales de los pigmeos y de los mejores psicólogos de la infancia, y además demostrar que es capaz de pensar hasta el final constructivamente la idea de una ordenación vital únicamente mágica; naturalmente, de suerte que puedan salir de hecho hombres aptos para la vida. Pues son aptos para la vida dentro de su espacio vital los llamados primitivos de hoy; y también nuestros antepasados tienen que haberlo sido, pues si no, ni ellos mismos ni sus sucesores hubieran logrado conservarse.

Nuestra fórmula de que al principio la cosa fue sencilla en la primera denominación y al final vuelve a ser con frecuencia sencilla en las ciencias, deja espacio para un estadio intermedio, en el cual la eti-

mología está poco vivaz, «descolorida» o muerta y todavía no existe un neologismo nuevamente simplificador. Este estadio intermedio es lo primero que pescaron los psicólogos del pensamiento, a los que yo mismo pertenecía hace dos decenios, cuando quisieron averiguar a su manera, a propósito de casos de aplicación concretos, qué tiene presente al pensar e imaginar el que usa al hablar y al oír signos lingüísticos como «caballo», etc. Que la *mención* tiene que ser ahí circunscrita y descrita separadamente de la representación (intuitiva), fue uno de sus resultados generales que han quedado; otro está conservado en el concepto de «esfera», tal como lo han usado varios de los psicólogos del pensamiento que entonces trabajaban y ha propuesto finalmente Ch. Bühler interpretado del modo más adecuado. Ha llamado la atención una y otra vez a observadores ejercitados, en las situaciones experimentales más irreprochables y fidedignas desde el punto de vista metódico, que frecuentemente no existen en absoluto representaciones objetivas que puedan indicarse; pero sí una referencia (una intención) del que piensa a un trozo o momento del mundo representado en su saber latente. Yo mismo hablé en este sentido de «intenciones», actos de tendencia mencionante, y Ch. Bühler mostró que la determinación cualitativa (*poiotes*) de aquello a que apunta con su vivencia en el caso concreto el sujeto pensante que habla está delimitada de otra cosa por su esfera. El «caballo», para seguir en el ejemplo, pertenece en el tesoro de mi saber, dicho *grosso modo,* por ejemplo a la esfera «animales» o «animales domésticos, animales útiles». Y tales órdenes en esferas se advierten en la vivencia incluso donde faltan todas las imágenes objetivas realizadas concretamente. Faltan en la vivencia del sujeto pensante que habla, dónde y por qué no las necesita.

Las observaciones de los psicólogos del pensamiento, de que acabamos de hablar, no son ni inexactas ni secundarias, pero no podían responder al conjunto de las cuestiones de psicología del lenguaje acerca de los procesos en el sistema psicofísico de los que manejan adecuadamente signos conceptuales como hablantes y oyentes. El horizonte de aquellos investigadores era todavía demasiado angosto *quoad* método y cautela teórica; antes de reanudar el asunto, tiene que ser ampliado, sobre todo mediante una ojeada a lo que se puede aprender de los lingüistas. Nuestra última palabra era «esfera»; quiero recogerla, para indicar cómo me represento realizado el intercambio entre lingüistas y psicólogos.

En árabe y en otras lenguas semíticas hay un curioso procedimiento de formación y derivación de palabras: las significaciones de las palabras árabes en que aparece el esqueleto consonántico *ktb* pertenecen todas al asunto humano del escribir. La vocalización cambiante de este esqueleto consonántico determina en qué hay que pensar más especialmente: árabe *kátab* = escribe, *kátib* = escribiente, *kitáb* = libro. Un arabista, que tiene presente ese proce-

dimiento usual muy difundido allí, comprende en seguida que los psicólogos del pensamiento alemanes le han ofrecido con su «esfera» un punto de partida fecundo para el análisis. Pues de cualquier manera que quiera él mismo ahora describir las cosas, ya hable primero de aquel esqueleto consonántico o de la vocalización, dirá: en árabe aparecen, en la constitución de una significación verbal plena como *kitáb* = libro, dos momentos, uno de los cuales corresponde a la esfera de objetos que los psicólogos del pensamiento han descubierto en sujetos de experimentación alemanes. Un indoeuropeísta a quien se consulta no tiene por qué quedarse mudo; pues series verbales del alemán moderno, como «sprich, Sprache, Spruch» harán juego con el tema tocado. Y en última instancia existe la necesidad de interrogar a un consejo de conocedores de todas las lenguas humanas acerca de cómo se las han arreglado con las soluciones comparables de la misma cuestión en otras familias lingüísticas. Cuando la psicología parte de esta base de hechos, sus investigaciones adquieren una perspectiva amplia.

Basta con esto sobre las aportaciones de la psicología del pensamiento a la cuestión de las vivencias y de la técnica psicológica del manejo de conceptos. El libro de Alexander Willwoll ofrece más acerca de esto [25].

2. *Sobre conceptos sinquíticos*

Desde el punto de vista lógico, el hecho de los presuntos conceptos inexplicados de nuestro lenguaje corriente se puede esclarecer de diversas maneras. La manifestación de una ordenación en esferas muestra en general que en muchos casos de uso actual de una palabra basta con delimitar de algún modo, en lugar del contenido, la *extensión* de un concepto, es decir, el campo de aplicación del signo de orden. También hay que recordar lo siguiente: J. von Kries se ocupa muchas veces en su curiosa *Lógica* (1916) de un fenómeno para el que propone el término «conceptuación sinquítica». Es sabido que, por ejemplo, los juristas tropiezan con considerables dificultades cuando han de indicar conceptualmente con exactitud y sencillez qué es una «casa», un «vehículo», un «accidente» en el sentido de esta o aquella ley. La causa está, según von Kries, en que los grupos de objetos a que están ordenados estos nombres del lenguaje corriente están formados según una semejanza que no se puede fijar con suficiente precisión; según una semejanza *múltiple,* es decir, no determinada sólo desde un punto de vista único. Los detalles de la concepción de von Kries pueden omitirse; no estoy de acuerdo con él, por ejemplo, cuando cuenta también los conceptos simples de color, como «rojo» y «azul», entre los conceptos sinquíticos, sino que creo que el análisis de Hering es más certero. Pero respecto a «casa» o «robo» acaso tenga razón.

[25] A. Willwoll: *Begriffsbindung.* Monografías psicológicas, 1926.

El dominio total de los conceptos sinquíticos coincidirá en lo principal con el dominio de aquellos nombres del lenguaje usual para los cuales valen las dos indicaciones siguientes. Son signos nominales que *primero* tienen un valor de curso en el lenguaje cotidiano, que no está fijado ni por una etimología todavía viva y sentida ni unívocamente por la ciencia. Y se trata en *segundo lugar* en ellos de objetos que, como corresponde a nuestra cultura diferenciada, han llegado a tener muchas formas, pero siguen llevando un antiguo nombre de clase. ¿Qué es un *libro*? Hay hoy muchas cosas distintas a que se atribuye este nombre, libros impresos y libros de notas y una «teneduría de libros» en la vida de los negocios, que se lleva a cabo con hojas sueltas en ficheros. Me parece que podría haber sido más sencillo indicar el contenido conceptual del nombre «libro» que el que, introduciendo una escritura usual eficaz (escritura literal), toda pieza escrita, por ejemplo también una carta, se llamara libro, o de un modo más sencillo, si sólo hubiera capas de *libros* como superficies escritas. Pues entonces toda pieza escrita, y ninguna otra cosa, sería un libro.

¿Qué es un *perro*? En alemán moderno la etimología está muerta; pero la zoología se cuida cuando es necesario de que el nombre de la clase quede definido (ni siquiera el chistoso nombre *Grubenhund* [literal, «perro de mina=carro de mina»] perturba nada). Antes, cuando la etimología estaba todavía viva, uno de nuestros antepasados podía decir: Este animal doméstico se llama perro (*Hund*) porque nos coge (*fängt*) las piezas cazadas. Me figuro que los que hablan inglés pueden todavía hoy hacer seguir a su «hound» un «porqué» semejante, respecto a la significación restringida «perro de caza» y «blood-hound». Seguramente cuando la reflexión les muestre el parentesco con «hunt» (cazar). Yo mismo no encuentro ayudas semejantes para mi palabra alemana *Hund*. Si hago pruebas próximas y, por ejemplo, tanteo el adjetivo «hündisch» (perruno), o permanece neutral dentro del campo de las muchas propiedades del perro que me son *realmente* conocidas, o adquiere el matiz de un insulto, aproximadamente como los griegos llamaban cínicos a ciertos filósofos, probablemente por su acentuada desvergüenza (práctica y teórica). Pero del cazar no se puede encontrar absolutamente nada en «Hund» y «hündisch». En suma, la etimología está extinguida para mí, porque la palabra aislada en mi lengua no me ofrece ningún recurso comparativo. El aislamiento en el léxico lo señalará el historiador de la lengua como el fenómeno concomitante más frecuente (sea como fundamento o consecuencia) de un desvanecimiento de la etimología.

3. *Incompatibilidad del nominalismo radical con el hecho central de la fonología*

Ahora algo distinto. Los escolásticos filosofaron muchas veces, por los carriles del pensamiento platónico-aristotélico, acerca del lenguaje y plantearon, por ejemplo, a los *nomina* la cuestión de si eran en el mundo algo más que *flatus vocis* y qué podían ofrecer como valor de conocimiento al que los usaba. Como teóricos del lenguaje dejamos de lado todo lo metafísico en las diversas respuestas escolásticas a esta cuestión y tenemos que anotar todavía algo de la polémica de los universales en el curso de nuestra investigación. El teórico del lenguaje moderno fija su atención en un punto en que puede completar y ampliar consecuentemente el modelo escolástico del signo conceptual lingüístico. Empezamos a dibujar y simbolizar por medio de un círculo lo llamado *flatus vocis*; es el fenómeno perceptible sensiblemente en signos lingüísticos como «caballo». Aquello por lo que surgió la reflexión y la disputa, lo representado de tal representante, sea simbolizado por medio de un cuadrado. Los escolásticos comprendían, como todo lógico, que en frases como «el caballo no es rumiante» no está representado por el sonido verbal «caballo» ningún concreto, sino un abstracto y general; lo indicamos, por mostrar las mismas determinaciones que todo concreto «caballo», pero menos, por medio del pequeño cuadrado interior. Está coordinado con el sonido verbal, o solamente, o en sentido primario, o por lo menos *también*, el cuadrado pequeño, la *species* caballo como tal:



Cuestión única: ¿qué ocurriría si esta figura tuviera que realizarse adecuadamente del siguiente modo?:



Así es; esta corrección se ha mostrado necesaria y fecunda en la labor empírica de los lingüistas. Pues no toda la materia sonora concreta (*flatus vocis*), sino sólo un compendio de momentos relevantes en ella es decisivo para la función nominal del signo lingüístico. Es un principio general de la sematología que todas las cosas o procesos del mundo que empleamos como signos se emplean según el principio

de la relevancia abstractiva. Si se introducen, por ejemplo, linternas de señales en la navegación, el servicio ferroviario, el tráfico urbano, valen tal vez las convenciones: rojo → peligro, camino interceptado; verde → sin peligro, vía libre. Evidentemente, toda señal que utilice entonces, toda linterna, será un concreto con muchas determinaciones inagotables como forma y tamaño. Pero para el tráfico y los que intervienen en él sólo es relevante el momento rojo o verde, que está incluido en la convención. Que ocurra exactamente lo mismo con el fenómeno sonoro como nombre no es, pues, sorprendente. Si «la misma» palabra «caballo» es pronunciada por cien hablantes, suena de cien modos un poco distintos; en la diferente voz reconozco a mis conocidos, y con frecuencia también, por el sonido verbal que sale de la boca de un hablante conocido o extraño, cómo se encuentra. Las diferencias en el sonido de la voz son patognómica y fisiognómicamente significativas, pero irrelevantes para la función nominal de la palabra caballo.

Pero de esto se sigue la consecuencia, que tampoco carece de importancia desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, de que todo nominalismo del *flatus vocis* puede ser eliminado elegantemente y sin más con sólo los recursos de una sematología adecuada. Pues esta respuesta del *flatus vocis* a la cuestión escolástica se debe a que ciertos pensadores se asustan de la admisión de abstractos y generales, exigida en el lado derecho de nuestra figura; se refugian, se atienen al presunto auténtico concreto de la izquierda. Hasta que la fonología aparece con la demostración de que aquellos fugitivos de lo abstracto han ido de Herodes a Pilatos. El nominalismo radical apareció completamente al comienzo de la disputa de los universales y luego fue rechazado aquí y allá unánimemente por la escolástica entera; hoy vuelve a suscitarse aquí y allá un apetito de él. Repetimos el axioma del carácter de signo que tiene el lenguaje y afirmamos una vez más que todo intento de construir una sematología (para decirlo pronto) de un modo puramente físico es un intento con medios insuficientes, y ya con los hechos más sencillos del intercambio lingüístico de signos, tal como se efectúa entre personas, tiene que fracasar o al menos atascarse.

Una nota histórica. El que quiera perseguir el vaivén entre pensadores experimentados en la tesis del *flatus vocis* como un espectáculo, abra el segundo tomo de la *Weltanschauungslehre* de H. Gomperz. Allí encuentra en la página 81 a los epicúreos contra los estoicos y al «venerable Upavarsha», un pensador indio, defender esa sorprendente doctrina y hasta llegar a todos los absurdos. Sólo que allí se invocaba todavía ingenuamente las «letras» en lugar de los hallazgos detallados de la fonética y la fonología modernas. En la página 118 vuelve otra vez Gomperz al tema y describe una discusión moderna entre J. St. Mill y Herbert Spencer sobre la misma cuestión. Le estoy agrade-

cido a Gomperz por la referencia a ello; Gomperz mismo rechaza el punto de vista del *flatus vocis*. Sólo es nuevo en nuestra forma de argumentar el recurso al principio sematológico general de la *relevancia abstractiva* y la referencia al hecho de la *comunicación verbal*, que permite, creo yo, una decisión sin admitir cuestiones de psicología de las vivencias u ontológicas.

4. *J. St. Mill sobre nombres específicos y nombres propios*

Para desarrollar al nivel de la lógica moderna el tema de la función de los signos conceptuales lingüísticos, como tiene que hacerse en la teoría del lenguaje, propongo leer al mismo tiempo a J. St. Mill y a Husserl y comparar lo que dicen, por ejemplo, sobre *nombres propios* y «nombres comunes» o bien sobre nombres propios y *nombres específicos*. Por esta vía se alcanza de un modo relativamente sencillo el fin que un teórico del lenguaje natural adulto no puede perder nunca de vista, a saber: presentar a los especialistas en las diversas lenguas humanas algo a que puedan referirse, y a la inversa; sólo admitir en su esquema lo que se deriva de los resultados de la lingüística positiva. Empiezo con J. St. Mill.

En el centro de la doctrina de Mill se encuentra una comparación; pasa con los nombres propios como con el conocido trazo de bermellón del ladrón de las *Mil y una noches*. El ladrón quiere, entre cientos de casas que son parecidas hasta confundirse, volver a encontrar después una única, y con este fin pone una señal, el trazo de bermellón. Los nombres propios, opina Mill, no son más que trazos de bermellón, por tanto diacríticos. Ya sobre esto, uno que se dispusiera a criticar a Mill podría y tendría que inaugurar inmediatamente un glosario; pues los nombres propios no se llevan por lo regular puestos en la frente como el trazo de bermellón, para que se lean y se distinga a Juan de Santiago. Los nombres propios se imponen ciertamente en el bautismo o en otras ocasiones, pero se cuenta con que la diacrisis del objeto está ya asegurada y el signo nominal funciona *post hoc* sin obstáculo en la comunicación verbal. En un lugar anterior de este libro hubo ocasión de tratar de nombres que de hecho se adhieren a lo nombrado; allí se trató en general sematológicamente el tema del entorno «sinfísico» de los signos nominales. Aquí no interpretaremos la comparación de Mill en la actitud de un crítico que busca defectos, sino lealmente y seguiremos al gran lógico hasta donde nos quiere llevar. Comprendemos con él que los nombres propios impuestos un día ya no preguntan: tú, a quien llamo «Montblanc», ¿eres también, efectivamente, un monte blanco? Pues Mill escribe:

Cuando decimos el nombre propio de algo; cuando señalando a un hombre decimos: éste es Moreno o Herrero, o, indicando una ciudad, esto es

York, no comunicamos al oyente ningún dato, ninguna información más que el que ése es su nombre. Al ponerlo en situación de identificar las diversas cosas, podemos ponerlas en relación con la información que poseía ya antes acerca de ellas; al decir: esto es York, podemos decirle que encierra la catedral, pero sólo en virtud de lo que antes ha oído de York, no por lo que está implicado en su nombre. Otra cosa es cuando se habla de objetos mediante nombres *connotativos*. Cuando decimos: la ciudad está construida en mármol, damos al oyente lo que puede ser una información completamente nueva, y esto simplemente por la significación del nombre connotativo, formado de varias palabras, «construida en mármol». Tales nombres no son signos de los meros objetos, inventados porque tenemos ocasión de pensar y hablar sobre esos objetos individualmente, sino signos que acompañan a un *atributo*: una especie de librea en la cual el atributo reviste todos los objetos de los que se reconoce que lo poseen. No son meras señales, sino más, es decir, señales significativas; y la *connotación* es lo que constituye su significación (Book I, ch. II, § 5; los subrayados son míos).

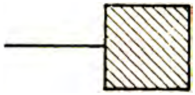
El concepto connotación procede de raciocinios escolásticos y está allí adaptado al conocimiento que hemos admitido en nuestro análisis ya desde Apolonio y los estoicos. Los nombres, se decía entonces, contienen una determinación de la cualidad de lo nombrado; éste es el sentido del escolástico «notare». Pero algunos escolásticos explicaban que mediante adjetivos como *albus* no se nota sólo la propiedad, el momento de color «blanco», sino que de golpe se con-nota también un portador de esa propiedad; ninguna cosa determinada (se entiende), pero sí algo a que ha de atribuirse el momento cromático. Se podría quizá expresar esto en forma moderna diciendo que está connotado un *lugar vacío* (*Leerstelle*). Aquí intervino Mill e intentó hacer fecundo el análisis en la forma que hemos oído de su misma boca. Recurramos al esquema simbólico anterior para hacer sensible de qué se trata. La figura



(una pequeña forma llena y una forma vacía mayor alrededor) puede reproducir ahora el «albus» escolástico. Mill considera si hay nombres que no ofrezcan *ninguna connotación,* y encuentra en seguida dos grupos de tales palabras, a saber: de un lado, abstractos, como la *rojez*, y de otro lado los nombres propios. Gráficamente, puedo omitir completamente la forma vacía y no conservar más que la pequeña forma llena.



o bien puedo llenar completamente la gran forma vacía, de modo que el pequeño cuadrado dentro de ella desaparezca:

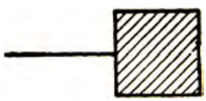


Oigamos sobre ello al propio Mill:

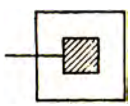
> Un término no connotativo es uno que significa sólo un sujeto, o sólo un atributo. Un término connotativo es uno que denota un sujeto e implica un atributo. Por sujeto se entiende aquí todo lo que posee atributos. Así Juan, Londres o Inglaterra son nombres que significan sólo un sujeto. Blancura, longitud, virtud significan sólo un atributo. Pero *blanco, largo, virtuoso* son connotativos. La palabra blanco denota todas las cosas blancas, como nieve, papel, la espuma del mar, etc., e implica o, en el lenguaje de los escolásticos, *connota* el atributo *blancura* (Book I, ch. II, § 5).

Puede prescindirse de todo lo demás. Mill describe los conceptos desde la extensión, no como nosotros aquí desde la comprensión. Por esto, los valores simbólicos del cuadrado pequeño y el grande tendrían que cambiarse para reproducir exactamente su doctrina; naturalmente, esto es completamente indiferente para nuestro propósito.

Si yo uso, pues, en un discurso el nombre propio «Sócrates», según Mill, noto, por medio de ese signo lingüístico, al individuo conocido sin connotación



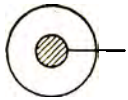
en cambio, si digo «el caballo no es un rumiante», entonces hay una connotación



¿Qué dicen sobre esto la lingüística histórica y la teoría del lenguaje? [26]. Permítase descartar ante todo todas las objeciones sematoló-

[26] Una breve sinopsis útil de los esfuerzos en torno a la definición del concepto «nombre propio» (ὄνομα κύριον) desde Aristóteles a Viggo Brondal: *Les parties du discours,* Copenhague, 1928, págs. 9-13. B. cita de la época más reciente a lingüistas como Jespersen y Funke, pero no menciona en este lugar la teoría del acto de Husserl. Por último, toma la definición de Mill como la más útil.

gicas. El que, como nosotros, objeta al nominalismo del *flatus vacis* que el lado izquierdo del esquema estructural nunca puede presentarse de otro modo, tiene que ser consecuente y considerar del modo más escrupuloso si no vale en principio lo mismo para el lado derecho.



Rickert, por ejemplo, como lógico, zarandea indignado en la segunda edición de sus *Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung* a ciertos comentaristas. Le imputaban la concepción de que el *concepto histórico* «Sócrates» aprehende íntegramente al individuo. Ni es ni puede ser así según Rickert, simplemente porque el individuo con todas sus determinaciones nunca entra en un concepto ni por tanto en el resultado final de la ciencia. Sobre esto no hace falta zarandear, y, sin embargo, se podría defender la doctrina de Mill acerca de los nombres propios; y por cierto, utilizando una distinción hecha por Husserl, en la que nos detendremos más adelante (§ 19).

Pero de momento basta con la simple referencia a la evidencia de que lo que es válido para *todos* los conceptos no tiene que serlo para *todos* los nombres, si ciertos nombres no son signos conceptuales (con pleno valor). Confiemos por lo pronto esta cuestión al *common sense* de los lingüistas. El mundo en que vivimos presenta cosas que, *primero,* nos interesan suficientemente por cualesquiera motivos *como* individuos, y con las cuales, *en segundo lugar,* confiamos en distinguirlas siempre de otras y reconocerlas. A tales cosas les damos nombres propios; no sólo a cada persona, sino también a montañas y ríos, a muchos animales que nos rodean y con frecuencia a árboles y piedras; no hay que olvidar las estrellas que aparecen noche tras noche en el cielo, y sucesos históricos, que sólo pasaron una vez. Un diamante determinado se llama Kohinor (los expertos afirman que pueden identificarlo), y una batalla se llama la «batalla naval de Salamina» (los historiadores enseñan que sólo ha ocurrido una vez). Qué es un individuo y qué se puede tener por tal, es cosa que no le quita el sueño al lingüista ni una noche. Cada ciencia lo indicará en su dominio con más precisión.

5. *La teoría del acto de Husserl*

Después de Mill consultamos a Husserl. Husserl dedica la segunda de sus *Investigaciones lógicas* al tema «la unidad ideal de la

especie y las teorías modernas de la abstracción». El frente de los modernos contra quienes se vuelve Husserl va desde Locke, pasando por Hume y J. St. Mill, hasta G. E. Müller y Cornelius; tampoco la concepción de Meinong en los famosos *Humestudien* parece al crítico distinguida de un modo suficientemente preciso y radical del nominalismo psicológico. La doctrina propia de Husserl es una *teoría del acto,* que en más de un aspecto renueva ideas escolásticas. Se pregunta, por ejemplo, cómo se «constituyen» en la percepción, de la que también, según Husserl, se puede y se tiene que partir, objetos individuales y genéricos, unas veces un algo a que atribuyo el nombre Sócrates, y otras veces un algo a que atribuyo el nombre «el hombre» en el sentido del *homo sapiens* de los biólogos: «el hombre tiene la misma dentadura que otros homínidos». Husserl distingue:

> Nosotros, desde nuestro punto de vista, nos colocaríamos, por de pronto, en una esfera de la abstracción *sensible* —preferida hasta ahora por su mayor sencillez—, y en ella llevaríamos a cabo una distinción entre los actos en los cuales está «dado» intuitivamente un momento atributivo y los actos construidos sobre éstos. Estos segundos actos no son actos de mera atención a dicho momento, sino actos nuevos que, generalizando, mientan la especie correspondiente (§ 22).
>
> Lo *objetivo de la mención* es unas veces la *situación efectiva* universal: *todos los A son B;* otras veces es la genérica: *el A (in specie) es B;* otras veces es la indeterminadamente singular: *algún A es B,* etc. La atención no recae ni sobre la intuición individual, que para fundamentar la evidencia acompaña acaso a las representaciones del pensamiento, ni sobre los caracteres de acto, que dan forma a la intuición o se cumplen intuitivamente en la intuición formada. La atención recae sobre los *objetos y situaciones objetivas* aprehendidos mentalmente de esta o aquella manera. Y, naturalmente, la *abstracción* —en la cual no miramos solamente a lo intuitivo individual (no solamente lo percibimos con atención), sino que aprehendemos algo conforme a la significación— no significa otra cosa sino que estamos viviendo esa ejecución intelectiva de los actos mentales, formados ora así, ora de otra manera (§ 23).

Hay, pues, según Husserl, diversos *actos de mención,* en los cuales, muchas veces en uno y el mismo material de datos sensibles, se constituye «lo objetivo de la mención», de modo que es un individuo A o una especie A o bien alguna otra cosa lo que el que piensa aprehende al pensar y de lo que habla un hablante. Los problemas de ontología acerca de los objetos así aprehendidos y tratados quedan excluidos en Husserl lo mismo que en la teoría de los nombres de J. St. Mill; el teórico del lenguaje es ciertamente el que menos interés tiene en incluir tales problemas. La diferencia entre el análisis de Husserl y el de Mill resulta clara en su origen si se releen una vez más las palabras de introducción a la teoría de los nombres de Mill. Así se dice:

«Un nombre —dice Hobbes— es una palabra tomada a capricho para servir de signo que puede despertar en nuestra mente un pensamiento semejante a algún pensamiento que tuvimos antes, y que, pronunciado ante otros, puede ser para ellos un signo de qué pensamiento tuvo antes en su mente el que habla.» [El propio Mill continúa]: Esta sencilla definición de su nombre, como una palabra (o grupo de palabras) que sirve para el doble propósito de una señal para recordarnos a nosotros mismos la semejanza de un pensamiento anterior y un signo para darlo a conocer a otros, parece irreprochable. Los nombres, en efecto, hacen mucho más que eso; pero sea lo que quiera lo que hagan además, sale de eso y es resultado de ello, como se verá en su lugar adecuado.

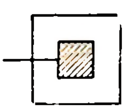
¿Es más exacto decir que los nombres son los *nombres de las cosas* o *de nuestras ideas de las cosas*? Lo primero es la expresión que suele usarse; lo último es la de algunos metafísicos, que imaginaron que al adoptarla introducían una distinción sumamente importante. El eminente pensador que acabamos de citar parece sostener la última opinión. «Pero viendo —continúa— que los nombres ordenados en el discurso (como se ha definido) son signos de nuestras concepciones, es evidente que no son signos de las cosas mismas; pues que el sonido de la palabra *piedra* debiera ser el signo de una piedra, sólo puede entenderse en el sentido de que el que la oye infiere que el que la pronuncia piensa en una piedra.» [Mill]: Si se quiere decir simplemente que sólo el concepto, y no la cosa misma, es recordado por el nombre o comunicado al oyente, esto, por supuesto, no puede negarse. No obstante, parece haber buenas razones para adherirse al uso común y llamar a la palabra sol el nombre del sol, y no el nombre de nuestra idea del sol. Pues los nombres no se proponen sólo hacer pensar al oyente lo que pensamos, sino también *informarlo* de lo que creemos. Ahora bien: cuando uso un nombre con el propósito de expresar una creencia. es una creencia acerca de la cosa misma, no acerca de mi idea de ella» (Book I, ch. II, § 1).

Remitimos una vez más al hecho, históricamente importante, de que Aristóteles se esforzó por unir ambas cosas en su concepto de símbolo (ver más arriba, 12, 3). Con la superación de la antigua teoría de las *species sensibiles et intelligibiles* hubo que renunciar a este intento, en realidad demasiado simple. Vemos a Hobbes y a Mill seguir cada uno de los dos caminos separados así en la lógica.

Hay planteadas dos cuestiones distintas, y así se necesitan dos modelos mentales diferentes para resolverlas. Mill y Husserl están ambos en conexión con raciocinios escolásticos y los utilizan fértilmente. Pero Husserl se propone reconstruir una vez más de raíz y a su manera la *teoría* del acto de los escolásticos (el *intellectus* en el sentido de éstos, es decir, no la disposición, sino los actos intelectuales). Y Mill se propone formular universalmente *las condiciones* de la *comunicación verbal intersubjetiva,* de la comunicación lingüística. ¿Qué *coordinaciones* entre sonidos y cosas tienen que realizarse para que A pueda comunicar a B algo sobre las cosas? Así había formulado ya la cuestión Platón, y Mill rechaza la nueva formulación subjetiva del problema en el esquema de Hobbes. ¿Existe acá y allá, ante todo, algo que *rechazar,* cuando se tienen delante los dos programas realizados con impresionante consecuencia? Muchos lo creen

y rechazan, por ejemplo, en nombre de Husserl, la manera de proceder de Mill, porque según dicen, la fenomenología moderna es más pura, esto es, más escasa en supuestos inseguros, dubitables; otros, a su vez, desconfían de la evidencia de la intuición del modelo de Husserl. Mill renueva así el antiguo análisis *objetivo* del lenguaje y rechaza el *subjetivismo* moderno de Hobbes; Husserl, en cambio, saca de la escolástica el punto de partida para una teoría del acto que pone *entre paréntesis* y lo desarrolla. ¿Qué dice sobre ello *por su cuenta* la afortunada ciencia de los lingüistas?

6. *El interés de la lingüística en el análisis objetivista; la construcción monádica de Husserl. La connotación y la etimología*

La lingüística tiene un gran interés en que le sea permitido, en el sentido del análisis de Mill, poner a la cabeza axiomáticamente el hecho del intercambio de signos intersubjetivos. Si la última palabra de la doctrina de Husserl insiste en que un hablante que usa la palabra «hombre» mienta ya la especie hombre como tal (simbólicamente: ) ya un individuo como perteneciente a esa especie (simbólicamente: ), y que es asunto de sus actos el que miente una cosa o la otra, un subjetivista decidido puede extremar estas palabras y declarar: «Puedo mentar en definitiva todo con todo» [27]. Frente a lo cual no hay que decir más que una sola cosa: que una máxima semejante elevada a principio sería el medio más seguro para hacer imposible toda comunicación verbal, un efecto final que *no interesa* ni siquiera al más libre de los libres.

De facto, incluso los márgenes menores de libertad individual, como en «hombre como especie» u «hombre como individuo», en la comunicación verbal son eliminados completamente o al menos reducidos a una medida inocua mediante recursos lingüísticos peculiares o por el entorno de la palabra actual. Es verdad que la teoría del acto de Husserl volvió a acometer enérgicamente, por primera vez desde la disputa de los universales, el problema no resuelto de los

[27] Esta expresión está con el mismo sentido en mi primer trabajo sobre el pensamiento (1907) y en las investigaciones de teorías del lenguaje de E. Winkler (1932); ambos hemos sacado de Husserl la consecuencia inmediata.

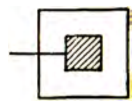
hechos de la abstracción y desenmascaró la teoría de la abstracción de Hume como una solución aparente. Pero sería inexacta la opinión de que la teoría del lenguaje podría contentarse con el antiguo modelo mental de Husserl en las *Investigaciones lógicas* y dejar de lado los progresos personales del gran lógico, que muestran las obras posteriores del maestro, como si no le interesaran nada.

Pues si Diógenes en el tonel llega a la evidencia de que sus monólogos no proporcionan el único punto de partida, ni siquiera el ideal y suficiente, del análisis, sino que son un producto artificial reducido del habla humana, esto es una evidencia del tipo del «¡ajá!» que a nadie puede interesar más vitalmente que a la teoría del lenguaje. Y con la reincorporación del hablante aislado a la comunidad lingüística desaparece toda objeción contra el punto de partida de Platón y de Mill, es decir, contra la manera de proceder *objetivista*. Hoy incluso se lo puede pensar realizado en dos variantes, y conviene de antemano tomar nota de ambas para una cooperación apropiada, a saber: un análisis del tipo del de Mill y además una aplicación del modo de pensar behaviorista, en cierta medida inmprescindible y que ha resultado tan fecundo en psicología animal, al análisis del lenguaje humano. Pues todo el que incluye los verdaderos principios de la evolución lingüística, a lo cual se ve uno obligado, por ejemplo, en la teoría de los signos mostrativos, llega, sépalo o no, a los caminos de Wegener y Brugmann, y esto quiere decir a un punto de arranque behaviorista. Hemos hecho una aportación a esto en el capítulo segundo, y no necesitamos escribir *post festum* una apología.

Cuánto se ha aproximado Husserl a un análisis objetivista del lenguaje se ve del modo más claro en su *Formale und transzendentale Logik* (1929). Allí se dice, por ejemplo, página 30: «Todo este objetivo no sólo tiene la existencia fugaz de lo que aparece y desaparece como formación actual en el campo temático. Tiene también el modo de ser de la validez persistente, incluso el de validez objetiva en sentido peculiar, que trasciende de la subjetividad que actualmente conoce y de sus actos. Permanece idéntico en la repetición, es reconocido en el modo de un ente permanente; tiene en forma documentada existencia objetiva, lo mismo que las demás objetividades del mundo cultural: lo puede encontrar así todo el mundo en una duración objetiva, y en este sentido es comprensible, *intersubjetivamente identificable,* existente aun cuando nadie lo piense».

Esto se dice, ante todo, para los «productos» de la ciencia, para sus enunciados, que se reúnen en una «teoría universal». Pero no es menos válido para el objeto total de las ciencias lingüísticas. No es necesario (ciertamente también en el sentido de Husserl) esperar a la ciencia acabada para construir el objeto «*lingua latina*», y ni siquiera es menester haberse abierto paso a través de toda la fenomenología para reconocer justificada esa constitución, sino que hay otros caminos más para llegar a ese fin. Uno de los más cortos es el análisis metódico, libre de la limitación monádica, del modelo de *órganon* que es el lenguaje. Para mí, desde que lo defendí en 1918 frente a Husserl, ha resultado cada vez

más claro que el pensar hasta el final correctamente este modelo tiene que forzar ciertas limitaciones de la fenomenología y ofrecer a la teoría del conocimiento un nuevo punto de partida desde la lingüística como ciencia. Un estudio crítico-inmanente del progreso de la fenomenología de Husserl respecto a problemas de teoría del lenguaje ofrece una pulcra y sutil disertación que tengo terminada ante los ojos; espero poder publicarla en breve junto con otros trabajos sobre teoría del lenguaje.

Me parece deseable en este lugar el ejemplo de una confrontación entre el modelo mental de Mill y el de Husserl sobre el fondo de la lexicología empírica. Escribo juntas las tres palabras clave «*connotación* de los nombres específicos, la *especie ideal* y la *etimología*»; la cuestión es discutir si los tres capítulos de que se han tomado tienen que permanecer eternamente separados o no. ¿Qué relación tiene la connotación con la etimología? Nuestra cita de Mill niega a los nombres propios la connotación o, lo que es lo mismo, una determinación «atributiva» de lo nombrado. ¿Puede esto entenderse en la lingüística en el sentido de que a los nombres propios bien conocidos de ciudades, montes, ríos, personas, que el propio Mill emplea para su explicación, les falte originariamente el simbolismo  ? Ciertamente no, pues el historiador de la lengua sabe que estos nombres tienen una etimología exactamente igual que los nombres específicos. Unas veces se ha descolorido históricamente o ha resultado completamente imperceptible, como en «London, Rhein, Semmering, Wien»; otras veces está viva y floreciente, como en los claros compuestos «Montblanc, Kraxentrager, Heilbronn, Salzburg, Buenos Aires». Lo mismo vale para los nombres usuales de personas. Pues entre «Karl, Otto, María», comparados con «Friedrich, Gertraud» de un lado, existe la misma diferencia que entre «caballo, buey, asno», comparados con «reyezuelo, andarrío», del otro.

Quizá los compuestos usados como nombres propios son más resistentes al desvanecimiento de la etimología; y ¿cómo se explica si no la especial aptitud de los compuestos como nombres propios? En todo caso es evidente que entre la connotación en el sentido de Mill y una etimología más o menos viva, sí existe alguna relación, seguramente no una simple correlación. Es casi superfluo añadir que no sólo los signos nominales, sino también las palabras déicticas, tienen una etimología mejor o peor perceptible. Pues, en otro caso, las investigaciones de Brugmann y otros, que intentamos interpretar psicológicamente en el capítulo sobre el campo mostrativo del lenguaje,

carecerían de objeto; la diferencia de sentido (diferencia funcional) entre el indoeuropeo **to-* y **ko-* pertenece indiscutiblemente al campo de investigación de los etimólogos. Y los muchos demostrativos de una lengua tienen que distinguirse entre sí por su función de modo semejante a los nombres; de un *ahí* a un *allí,* de un *este* o un *aquel* en la misma frase puede advertirse también un salto de dominio claramente perceptible y una alteración de los recursos mostrativos, que los lingüistas pueden intentar al menos reducir a una regla. Brugmann ha intentado esto en general para las lenguas indoeuropeas mediante su teoría de las cuatro especies de demostrativos (de posición). Planteamos, pues, de nuevo la cuestión de si existe alguna relación indirecta entre connotación y etimología, y cuál es.

7. *La etimología viva y la dominante. Conclusión sobre los nombres propios*

No hay duda de que una etimología viva para el sentimiento de la lengua *puede* regular la esfera de aplicación de un nombre; si *tiene* que hacerlo, es otra cuestión. Si esta regulación está confiada en la palabra inglesa «hound», análogamente a como en el alemán «Hund» a un esquema de esferas, podría existir además sin utilizar una etimología nada desteñida, exactamente lo mismo que en el léxico de un físico moderno la etimología de «Hebel» (palanca) no está perjudicada por la definición de su significación, fijada científicamente. Si un físico moderno piensa en la palabra «Hebel», siente tan seguramente como el leñador la relación con «heben» (levantar), si bien prescinde de ello en sus leyes de la palanca. El ejemplo siguiente (citado con frecuencia) de los diversos nombres para el elefante, que se llamó ya *Einarmiger* (de un solo brazo, manco), ya *Zweimaltrinkender* (el que bebe dos veces), tiene que ser interpretado según tales observaciones de la esfera de hechos que nos es familiar a nosotros mismos, con la cautela pertinente.

Y, sin duda, partiendo de la evidencia de que el ámbito de aplicación y la etimología no tienen que coincidir en absoluto; la etimología puede estar viva, y a pesar de ello *no* ser decisiva (es decir, no «*dominante*») para el ámbito de aplicación. Si no, apenas sería tampoco concebible el hecho de la historia del lenguaje de que en la fase intermedia entre la etimología dominante y una nueva fijación sencilla de la significación impera una situación tolerable para la comunicación intersubjetiva. Hay que comprender y reconocer, pues (lo que ya llamó la atención a otros), que una etimología que se vivifica inmediatamente o mediante la reflexión no puede considerarse tampoco

sin más como dominante. Sobre esto habría mucho que decir con calma. Pero nos atenemos estrictamente al tema especial de una consideración lógica de las cosas y nos contentamos con la averiguación, en modo alguno sorprendente, de que un concepto puede ser «comprensivo», es decir, abarcante según el contenido o según la extensión. La «esfera» comprobada por la psicología del pensamiento describe en primer término un ámbito de extensión, junto al cual puede existir o palidecer y finalmente desaparecer del todo la etimología, que en primer lugar comprende el contenido.

Tal vez es más que la mera restricción de la extensión a un individuo lo que hace de un nombre un *nombre propio;* pero en todo caso es también esto. Si dentro del círculo familiar nombres específicos como «el padre», entre campesinos y urbanos el nombre «la ciudad» señalan regular e inequívocamente individuos definidos por la situación, hay también ejemplos contrarios del empleo de nombres propios como denominaciones de clases. «El Sol» es habitualmente un individuo; pero los astrónomos conocen muchos «soles»; no fue precisamente Sócrates (el ejemplo de individuo de los lógicos), pero sí también un único el que dirigió el *bellum Gallicum,* venció a Pompeyo y luego tuvo que dar prestado su nombre a todos los emperadores desde hace dos mil años (mientras el vencido adversario Pompeyo conservó el suyo como propiedad privada). El vaivén se produce, pues, en el lenguaje adulto muy descuidada y despreocupadamente; hacia los individuos definidos por la situación y, cuando se descubren individuos hermanos, hacia el nombre de clase.

A pesar de todo tendrá razón Mill al buscar como lógica una distinción del estatuto de coordinación entre nombres propios y nombres comunes; pues si hago poner al niño en el bautismo un nombre propio auténtico y permanente, o le llamo después un *colegial* (*Backfisch,* literalmente: pescado frito), esto muestra de hecho una distinción tal del estatuto de coordinación: el segundo nombre sólo se atribuye al niño como miembro de una clase; el primero, en cambio, individualmente. Por esto el «colegial» individual pierde a su vez ese nombre en pocos años, mientras que un indio al que se llama por su espíritu combativo (comprobado o deseado) el «lobo feroz», conserva este nombre propio hasta cuando el portador se ha vuelto por la edad manso y desdentado.

Si hago que le impongan solemnemente a un niño en el bautismo un nombre como *Carlos* o *María,* esto es para los más próximos una *convención* que se cumple. Este nombre solo basta en el pequeño círculo como signo individual. Cuando el niño va a la escuela, encuentra muchos tocayos o tocayas que se llaman también Carlos y María. La adición del apellido basta entonces, en la mayoría de los casos, para satisfacer de nuevo las necesidades de individualización; si no, se acumulan más como en «Enrique XXII Reuss, línea menor» [28].

---

[28] En español se consigue en caso necesario la individuación mediante el uso de dos o más apellidos. (*N. del T.*)

Estos y otros nombres propios, considerados desde el punto de vista del estatuto de coordinación, ¿están en la misma línea que los «nombres de clases»? Digo con J. St. Mill decididamente que no. Pues la coordinación en el bautismo no es nunca lógicamente equivalente a una definición, sino, vista desde lejos, equivalente al poner un trazo de bermellón en la casa. Que no se grabe en la frente al recién bautizado el signo individual del nombre propio, es indiferente en nuestra cuestión. Los más próximos se enteran ya de él y son capaces de reconocer a su portador como individuo entre los demás (cada vez con más seguridad en el transcurso de los años). Este individuo es el dado previamente y llevado a bautizar; no necesita una «definición». Y el bautismo tampoco es una definición, sino... (un sacramento, se preferiría continuar) es una atribución análoga a una adherencia; es una denominación déictica. Los nombres propios se atribuyen déicticamente; no es exactamente el entorno sinfísico, pero sí algo análogo lo que resulta relevante en ellos.

¿Quién en todo el mundo dice, pues, que hay que preguntar siempre, y de hecho se pregunta, a los signos nominales por la extensión, siempre que los empleamos en la comunicación verbal? La vida, incluso la vida de los signos nominales lingüísticos, es más rica que el esquema mental único al que la logística quiere forzar todo. Hay denominaciones notoriamente déicticas. Pero a esta situación objetiva se oponen de un modo desconcertante ciertos sistemas psicofísicos que encontramos en la vida y que tenemos que reconocer plenamente como contemporáneos nuestros. Hay pensadores para quienes la denominación conceptual y las definiciones han llegado a serlo todo. Sin embargo, estos sistemas psicofísicos ya no reaccionan de un modo tan variado como otros a los simples hechos de la lingüística. Pero a la teoría del lenguaje le interesa incluir también en el objetivo de sus investigaciones los modos de reacción más varios.

15. El sistema de declinación indoeuropeo como ejemplo de un instrumento de campo. Localístico o lógico. Casos de determinación externa y casos de determinación interna

Para indicar en seguida dónde se quedó y cómo la concepción del campo simbólico del lenguaje puede resultar fecunda en la teoría de los casos, repetimos la pregunta disyuntiva formulada con frecuencia: ¿Hay que interpretar los casos de un modo *localista* o *lógico-gramatical*? En esta cuestión decisiva podría rastrearse una verdad, si bien es también fácil demostrar que la disyunción, tal como está escrita, es oblicua. Pues la «lógica» no tolera en absoluto ser puesta en un plano con el «espacio»; y «gramatical» tiene que ser todo caso. ¿Qué hay que poner entonces en lugar del segundo miembro de la disyunción?

Que en la antigua fórmula «localista o lógico-gramatical» hay algo que no está en orden, lo adivinaron muchos lingüistas. Delbrück, por ejemplo, eludió el concepto de los casos «lógicos» y se atuvo a la dicotomía: localista y no-localista. Wundt censura con razón la imprecisión del segundo término de la disyunción y cree lograr salvarse

con «fuera y dentro»; habría casos de determinación externa y casos de determinación interna, enseña Wundt. Con lo cual un preguntón pesado a la manera de los niños y los filósofos siente curiosidad y quiere saber algo más preciso sobre el dentro y el fuera. Un hombre como Wundt da más precisiones de las que piensa; lo tendremos en cuenta y bosquejaremos ante todo la teoría de los casos de Wundt, bien meditada y muy circunspecta. A mi juicio ha hecho avanzar tanto los problemas que hoy nadie que quiera seguir más adelante debiera pasar por alto la obra de Wundt. El hecho de que Wundt en la lingüística histórica, donde en cuestión de casos se fía ampliamente de las *Lecciones sobre la ciencia del lenguaje* de Max Müller, parezca superado, y que al final haga penetrar las funciones de los casos en la lógica más rápidamente de lo que conviene, no altera en nada este juicio. En todo caso, un análisis minucioso y una valoración crítica del dentro y fuera de Wundt pertenecen como una etapa a las indagaciones que aquí se proponen a las ciencias del lenguaje. Si hubiera de entrar en nuestro bosquejo del trasfondo de la división de Wundt algo anticuado y quedar sin corrección, todo especialista cooperará y decidirá si los ejemplos escogidos pueden sustituirse por otros mejores que demuestren lo mismo o tienen que eliminarse por principio.

1. *Sistemas mixtos en el indoeuropeo. El comportamiento de los neutros, según Wundt. El concepto demasiado amplio del caso*

La concisa fórmula a que Wundt redujo el resultado general de la lingüística comparada indoeuropea no tropezó con ninguna contradicción de los lingüistas contemporáneos; ni siquiera Delbrück encontró en ella nada que censurar digno de mención. Viene a decir aproximadamente: A la clase localista pertenecen las relaciones objetivas *intuitivas* y a la otra clase las puramente *conceptuales,* que pueden reproducirse por medio de casos. Por lo que se refiere a la cuestión de la prioridad histórica de los casos intuitivos, un análisis imparcial de las circunstancias en las lenguas indoeuropeas impide el triunfo total de la teoría del origen localista. Por el número de casos, el sistema griego está más próximo a la actualidad que el latino; pero los sistemas más ricos, por ejemplo, del latín clásico y el más rico todavía del sánscrito, encierran ya en sí el actual, según Wundt. Este describe:

Esto llevaría a una concepción mediadora entre las oposiciones de las teorías más antiguas. De los ocho casos del sánscrito, tres, *nominativo, acusativo* y *genitivo* (el primero como el caso del sujeto, el segundo como la determina-

ción adverbial del sujeto y el tercero como la atributiva o adnominal), admitirían una interpretación exclusivamente gramático-lógica. Cuatro, el *dativo, local, ablativo* e *instrumental* (o social), como determinaciones del *adónde, dónde, de dónde* y *con qué,* podrían entenderse de un modo localista. Al octavo, el *vocativo,* como el imperativo en forma nominal, había que señalar de antemano un puesto aparte (pág. 62).

Los detalles son irrelevantes para nuestro propósito propio. Si se han reconocido ya dos clases, para una mirada a vista de pájaro no importa mucho, por ejemplo, que el dativo como caso del objeto más remoto se cuente en la primera clase o quede en la segunda. Sobre todo, el historiador encuentra en el campo del indoeuropeo, según una interpretación general y bien fundamentada, una fusión de casos originariamente separados, un *concretismo,* y no puede negar totalmente el fenómeno inverso de un *desdoblamiento* diferenciador de uno en varios. Pues el que piensa en desdoblamientos a propósito de la prolífica multiplicidad de los casos en las lenguas caucásicas [29], tiene que considerar por lo menos si también en indoeuropeo a la involución empobrecedora no habrá precedido en época histórica una evolución enriquecedora.

Todavía no está definida con rigor ninguna de las dos «clases» ni se ha indicado conceptualmente qué las distingue; «intuitivo» y «conceptual» son palabras que no se pueden tomar de un modo simple. De todos modos, el lector alemán lego sabe mejor de qué se trata, por el medio artificial de las preguntas que se ordenan a los casos de la clase intuitiva, y se explica en cualquier ejemplo latino como *Roman proficisci* que se traduzca siempre *nach Rom aufbrechen.* Como trasladamos *Roman defendere* por *Rom verteidigen,* es decir, paralelamente a la construcción latina, mediante los dos ejemplos juntos se encuentra la distinción: el acusativo latino tiene que interpretarse en el primer caso según el esquema de la teoría localista, y en el segundo caso (quizá) de otra manera, a saber, como nuestro acusativo alemán.

Si se es afortunado, pero se releen una vez más por precaución las indicaciones en letra pequeña sobre el sánscrito, llama la atención que allí el dativo responde a «¿adónde?» y el acusativo no está representado en la clase localista. Lo primero no es ningún error, sino que hay efectivamente un «dativo de fin» (dativo de dirección). Lo segundo tiene que corregirse ciertamente según el saber actual, en el sentido de que tampoco falta completamente en el sánscrito un acusativo de dirección.

---

[29] Véase, por ejemplo, Trubetzkoy: *Langues caucasiques septentrionales,* en *Les langues du monde* (1924), pág. 336, donde se compara el sistema pobre en casos del adagio con la riqueza de otras lenguas de la misma familia.

Después de esta digresión explicativa volvemos a Wundt y anotamos en un razonamiento incidental algo que promete resultar instructivo. Wundt dedica alguna agudeza y su vasto saber a un fenómeno bien conocido, del que dice: «Considerado *lógicamente,* parece este hecho absolutamente irregular; pero psicológicamente resulta perfectamente comprensible» (pág. 65). Se aguzan los oídos para no perder nada que pudiera esclarecer la característica del grupo de casos «lógico». Pero lo que tiene en cuenta y encomienda a la comprensión psicológica es sólo el hecho de que el nominativo y el acusativo del neutro tienen el mismo sonido en indoeuropeo. De todos modos, si las consideraciones de Wundt son acertadas, hay que advertir para después que en indoeuropeo se da tal vez una preferencia del acontecer que no sólo parte de «sujetos activos, vivientes», sino que también recae sobre ellos como términos de la acción. Si contrapongo dos frases como «Pablo cuida *al* padre» y «Pablo bebe (*el*) agua», se encuentra, incluso para nuestro sentido lingüístico actual, todavía cierta diferencia [30]. Queremos formularla tal como lo requiere el curso de nuestras propias ideas: Lo que sucede entre Pablo y el padre es (según nuestros hábitos mentales) un hacer entre dos actores humanos; podemos imaginar cambiados los papeles, de modo que otra vez el padre cuide a Pablo. Lo que sucede entre Pablo y el agua es también (según nuestros hábitos mentales) un hacer; pero no nos cabe en la cabeza que otra vez el agua pudiera también beberse a Pablo; a no ser que se aceptara un modo de hablar traslaticio, que nos desvía de nuestro camino.

Wundt sabe perfectamente que, por lo demás, en el campo del indoeuropeo se nos exige efectivamente una ficción semejante, pero no saca de ello ninguna consecuencia para la teoría de los casos. De hecho hacemos que «actúen» también materiales como el agua y las piedras; el agua «hace rodar» la piedra, la piedra «estorba» la corriente de agua. Podría haber sido todavía un poco distinto, como cree Wundt, «en las manifestaciones lingüísticas más antiguas, que servían para las necesidades vitales primitivas»; también debe de haberse hecho en el campo del indoeuropeo la «disminución valorativa», realizada de un modo consecuente en otras familias lingüísticas, entre cosas inanimadas y animadas. Y si nuestro neutro, consecuentemente, en su origen sólo caracterizaba los materiales inanimados como tales, entonces comprendemos, dice Wundt, que en el dominio de estos neutros la necesidad de distinguir un caso subjetivo del caso objetivo (el nominativo del acusativo) no era tan apremiante como en los

[30] En español, la cosa resulta aún más clara, por el uso del acusativo de persona con la preposición *a.* (*N. del T.*)

vivientes caracterizados como masculinos o femeninos. *Por esto* el fenómeno conocido; en el neutro persistió la forma única para ambas cosas (nom. neutro=acus. neutro). Hasta aquí la digresión.

Sería un extravío y una intrusión que quisiéramos nosotros meternos aquí en la cuestión especial de los neutros, esto tienen que arreglarlo entre sí los expertos. Pero me interesaba mucho aclarar el punto en que Wundt se aproximó más al curso de nuestros propios pensamientos. Por lo demás, no persiguió más el *cliché de la acción,* ese fundamental y desbordante esquema de las lenguas indoeuropeas; incluso los ejemplos aclaratorios sólo han sido introducidos por mí en el contexto, para hacerlo generalmente comprensible. Wundt toma a continuación comparativamente las cosas desde más lejos y examina cómo el mismo fenómeno de una multiplicidad menor de desinencias de casos resulta también visible en el dual y el plural de las lenguas más diversas. Acerca de la distinción de clases localista frente a «lógica», sigue sin poder aprenderse de ello nada útil.

Entretanto, el *concepto de caso* se disuelve como por sí mismo en nada dentro del repertorio conceptual de Wundt; a saber: en una consideración comparativa, digamos del sánscrito o el latín de un lado, con el inglés del otro. En el momento en que el amplio desarrollo y uso de preposiciones (o de las más raras posposiciones), que aparecieron en lugar de los casos, se incluye sin condiciones en el tema «sistema de los casos», se ha acabado un concepto de caso comprensible; el fenómeno de que se hablaba hace un instante es absorbido como una nube por el cielo azul. La situación resulta ya crítica allí donde la *posición de la palabra* en la frase coopera ampliamente, si bien todavía no completamente, como en nuestras lenguas indoeuropeas modernas y sobre todo en inglés. Pero me parece desesperadamente inoportuno mantener y aplicar el antiguo concepto cuando se trata de describir relaciones sintácticas del tipo del chino (*reservatio mentalis*: hasta donde las he entendido). A propósito del inglés, del libro de Georg von Gabelentz y de las lecturas tomadas del chino interpretadas por Finck se convirtió para mí personalmente por primera vez la cuestión de los casos en problema de la teoría del lenguaje.

2. *Ojeada comparativa a los sistemas de casos en las lenguas. ¿Qué son determinación externa e interna?*

Continuamos con la interpretación de la doctrina de Wundt. ¿Cómo atrapa de nuevo el fenómeno que se ha escapado? Wundt no nos concedería que se había escapado. Por esto se traza tranquila-

mente un esquema evolutivo que lo abarca todo, en el cual las lenguas semíticas y camitas, junto con las indoeuropeas, están en el *tercer grado*. Las más ricas en casos que se conocen (lenguas americanas, caucásicas, urálicas, altaicas, también las turcas) están juntas en el *segundo* grado y muchas africanas (entre ellas las lenguas de los negros Mande, definidas por vez primera con más precisión por Steinthal, también el hotentote-bosquimano y ciertas lenguas australianas) encuentran su puesto en el *primer* grado.

Aquí en el primer grado hay (la mayoría de las veces de un modo poco sistemático) un grupito o una cantidad mayor de *palabras copulativas* que reproducen sin especificación relaciones conceptuales nominales y verbales, y por consiguiente tienden también sintácticamente múltiples puentes sin especificación. La característica del grupo del primer estadio evolutivo es en todo caso ésta: «Partículas... por lo regular palabras relativamente independientes, que pueden unirse tanto con el verbo como con el nombre, y que en muchos casos coinciden en sonido y significación con sustantivos independientes» (página 74). El segundo estadio muestra en lo esencial una falta de medios expresivos gramaticales y *abundancia* de medio de expresión para «relaciones *externas,* locales, temporales y demás intuitivas sensiblemente». En el tercer estadio, las circunstancias en el indoeuropeo son un poco distintas de las de las lenguas semítico-camitas. Las lenguas semíticas «remiten a una situación originaria de parca formación de casos, que se reduce a su vez esencialmente a los casos llamados gramaticales (nominativo, acusativo, genitivo)», mientras las indoeuropeas se nos presentan en la fase evolutiva de una reducción progresiva de un sistema mixto originariamente rico. Su sistema muestra precisamente las dos clases mezcladas como en sánscrito y, si se piensa sólo en la acuñación fonemática, hace desaparecer los llamados locales antes que los llamados gramaticales. Ante todo, los locales son sustituidos progresivamente por preposiciones. Le parece plausible a Wundt que pueda haber un paso revolutivo directo de I a III y que también existan además amplias posibilidades de variación. Incluso el concepto de evolución, predilecto de él en otros casos, lo emplea sólo con toda clase de reservas; dice «tipos» con más frecuencia y con la conciencia más tranquila que «estadios evolutivos».

En todo caso, nos vemos de nuevo obsequiados con las dos clases, y seguimos sin saber exactamente cómo hay que definirlas. Pero esto se hace por último, y por cierto, mediante un elegante giro, desconcertante en Wundt, de un pensamiento constructivo (productivo) en el mejor sentido de la palabra. Si puedo explicarlo con palabras propias, Wundt nos remite al trozo de historia lingüística

mejor conocido, o, dicho todavía de un modo más exacto, a dos situaciones, como el latín y el francés o el inglés modernos, para descubrir comparativamente lo diacrítico. Nosotros mismos yuxtaponemos abstractiva y simbólicamente los dos clichés *-us, -avit, -am* para el latín y el característico *n-v-n* (*nomen-verbum-nomen* como en *gentlemen prefer blonds*) como una posibilidad en inglés. Wundt afirma ahora que con ayuda del primer cliché se pueden diferenciar cualesquiera casos; en cambio, con ayuda del segundo (es decir, mediante la posición de la palabra en la frase únicamente), nada más que casos del llamado grupo lógico-gramatical; este hecho, que se nos supone demostrado previamente por la historia de la lengua, lo eleva a diacrítico y trata de fundamentarlo objetivamente. Su argumentación, tomada desde las clases de casos, dice así:

> Este *criterio* consiste en que en una de las clases de casos la radical nominal como tal, sin adición de ningún tipo de elementos en forma de sufijos, preposiciones o posposiciones que indiquen más en detalle el contenido de la relación, puede expresar de un modo perfectamente suficiente la forma del caso, mientras que en la otra clase nunca pueden faltar tales elementos más precisamente determinantes, que contienen cierta noción esencial para la relación conceptual, si no se quiere que la expresión resulte desde luego insuficiente. Podemos expresar esta situación, independientemente de todas las consideraciones sobre el origen y valor de las diversas formas de casos, si denominamos los casos de la primera clase como tal de determinación *interna,* los de las segunda como tal de determinación *externa* de los conceptos. El nominativo acusativo, genitivo y dativo (como casos del «objeto más alejado») aparecen entonces como casos de determinación interna (págs. 83 y siguientes).

Así, pues, dicho en pocas palabras: todo lo que puede manifestarse por mero contacto y factor de posición pertenece a la clase lógica (noble); lo que no, a la otra. Esto es, a mi parecer, la idea más ampliamente desarrollada, esto es un modelo mental en la teoría de los casos, que merece una meditación mayor. ¿Por qué es precisamente el *factor de posición* el que caracteriza selectivamente el primer grupo? Y ¿qué hay en la *significación* de lo elegido que haga comprensible su preferencia? Son dos preguntas a las que hay que responder.

3. *Crítica de la doctrina de Wundt. Connotaciones del verbo*

La crítica tiene que ser constructiva. Wundt dice *posición* y descuida indicar de qué única clase de ley de posición se trata y se puede tratar cuando se la invoca como instancia de separación entre las dos clases de casos. Pues hay por lo menos dos especies de reglas de posición, que hay que distinguir con rigor. No sé si se han pro-

puesto ya nombres adecuados o no; ordenación «absoluta» y «relativa» es tal vez la pareja de conceptos más inmediata que se le ocurre a uno que reflexiona sobre ello. Sin embargo, no es suficientemente unívoca. Es mejor preguntar: ¿dónde está el punto cero, el origen de coordenadas? El *n-v-n* inglés puede estar en cualquier parte de la frase; siempre hay un lugar antes del verbo diferenciado y visto en oposición a uno o más lugares después del verbo. No tendría que ser así en toda regla de posición, sino que hay todavía otras varias posibilidades; por ejemplo, que el primer lugar en la frase se distinga de todos los demás, o el último. También puede estar en medio de la serie desocupado el punto cero (por decirlo así) y los rivales por el lugar disputarse la preferencia directa de uno respecto de los demás. Así ocurre en el caso del compuesto, que discutiremos después en detalle.

El criterio de posición de Wundt es en todo caso acertado cuando el punto cero está ocupado por un *verbo* como en nuestro cliché tomado del inglés. Y partiendo de aquí surge la cuestión de si no estará la sabiduría más profunda en la sospecha de que el lugar anterior y el posterior no sean otra cosa que el medio más cómodo, más parco de dar a conocer las *connotaciones* fundamentales del verbo. Dicho toscamente, hay que formular y comprobar la siguiente conjetura: No hay ningún auténtico caso objetivo donde falta el verbo; tampoco hay ningún nominativo equivalente al indoeuropeo donde falta el verbo. Más aún: la clase *entera* de los casos nobles, como cree Wundt, imprescindibles son satélites verbales; el dativo también, en la medida en que es realmente junto al acusativo o sin él un caso objetivo, y el genitivo, en cuanto es *genitivus objetivus* y no tiene la función esencialmente distinta de representar una relación atributiva. Esta es la idea nuclear de nuestra propia teoría de los casos. La tarea que nos proponemos es poner esta idea, que no podría ser absolutamente nueva y sorprendente, en íntima conexión con el *campo simbólico* del lenguaje, caracterizado por la aparición de un verbo.

Hay que suprimir una porción de la lógica de Wundt para desaprobar su idea de caso, que es cosa distinta. Abrimos, pues, la Lógica de Wundt para comprender totalmente los fundamentos de su teoría de la determinación interna y externa. En el capítulo de las relaciones entre conceptos tratan los demás lógicos sólo la identidad, superioridad, subordinación, coordinación; esto es todo. Pero Wundt, después de haber hecho también esto en su Lógica, vuelve a empezar una segunda vez y escribe un capítulo sobre las «formas de relación de los conceptos» o, como también podría decirse, sobre las *complexiones de conceptos*. Cito el pasaje decisivo:

A las relaciones que pueden presentar recíprocamente los conceptos independientes se oponen aquellas relaciones en que entran los conceptos cuando, agregándose una forma de relación, adquieren una conexión con un *concepto más complejo*. Una conexión semejante se produce siempre según la ley de la articulación binaria: uno de sus miembros es el concepto principal; el otro, un concepto secundario que, junto con la forma de relación, delimita más a aquél. Podemos denominar por tanto ambos conceptos el determinado y el determinante, la relación existente, la determinación. Para nuestro pensamiento, los productos de determinación así formados poseen el mismo valor que los conceptos de carácter originariamente unitario; en particular pueden ser puestos en las mismas relaciones que éstos con otros conceptos (*Logik*[3], I, págs. 136 y siguientes).

El que lee esto piensa inmediatamente en el compuesto y en el grupo verbal (libre); pues son también estos fenómenos lingüísticos los que Wundt tiene presentes en medio de su teoría general del concepto e intenta agotar como lógico. Encuentra que los miembros de las complexiones de conceptos pertenecen por lo regular a distintas categorías (léase: clases de palabras):

Así vemos en combinaciones de conceptos, como «buen hombre», «obrar mal», «matar al rey», etc., conceptos de diversas categorías unidos inmediatamente. En cambio, en ejemplos tales como «la voluntad del padre», «el árbol del bosque», «la casa de piedra», etc., los conceptos puestos en relación pertenecen ambos a los conceptos de objetos. Pero o mediante la forma del caso se altera la función categorial del segundo concepto de tal manera que la significación resultante equivale a la de un concepto de propiedad, o nuestro pensamiento completa el concepto de objeto determinante con un *concepto verbal*, que entonces está ante todo ligado lógicamente al concepto principal, mientras que a él mismo se enlaza a su vez el concepto determinante junto con la relación expresada por medio de la preposición (*ibíd.*).

Repito: *lingua docet logicam*; en toda esta sección de la Lógica de Wundt no hay otra cosa sino que Wundt escribe lo que le enseña la lengua, y precisamente su lengua materna. Tiene a la vista los llamados compuestos y grupos verbales libres y escribe en su teoría del concepto lo que imagina leer en ellos. Aproximadamente así escribió también Aristóteles la tabla de sus categorías al dictado de la lengua griega. Cuando después en tales casos se descubren errores en el dictado, los críticos del lenguaje le echan la culpa a la maestra y la llaman ilógica. Pero yo pertenezco a los aficionados a la lengua y le echo la culpa a los discípulos; no han comprendido exactamente lo que hay que leer en las formas lingüísticas.

En Wundt la explicación continúa por la siguiente vía: si tengo las dos construcciones «Kirchturm» y «Turm auf Kirche (neben Kirche, etc.)», en el último caso se encuentran complexiones conceptuales que en muchas lenguas ricas en casos se forman tan sin proposicio-

nes como nuestro «Kirchturm». Los lingüistas apenas dan abasto con la nomenclatura; hay un «adesivo», «inesivo» y no sé cuántas cosas más. Todo esto son casos de determinación externa, que en lugar de nuestros agregados preposicionales pueden también formarse, naturalmente, mediante sufijos, prefijos, etc., adecuados. El auténtico genitivo «Turm der Kirche» (torre de la iglesia), en cambio, es de una clase más ilustre, lo que se manifiesta en la construcción sin desinencias «Kirchturm». ¿Por qué? Aquí empieza la explicación del lógico Wundt en asuntos de determinación interna.

Es así porque por determinación interna se realizan complexiones sin que sea menester añadir un *nuevo dato* a los miembros ya dados (por tanto, por decirlo así, desde fuera). Esto último vale para el otro grupo; vale en todos los casos de complexiones conceptuales determinadas externamente: «Todas las formas de relación externas se fundan o en una intuición espacial o en una intuición temporal o en la representación de una condición» (pág. 141). Ejemplos: «El pájaro *en* (el) árbol, los emperadores *después* de César, una carta *con* dinero, hablar *con entusiasmo,* querellarse *por* injuria».

Merece reconocerse que ningún teórico de los casos antes de Wundt ha afinado tan agudamente la cuestión de la diferencia de clases ni la ha dispuesto para una respuesta taxativa. Que en la segunda clase se añade una intuición espacial, temporal, etc., es indiscutible. Insistamos en la afirmación complementaria de que la primera clase de complexiones conceptuales *no necesita un vínculo equivalente,* un dato agregado. Esta es (para decirlo una vez más) la posición clave de la teoría de los casos de Wundt. Como crítico hay que pasar siempre primero por una fase en que se siente uno como abogado defensor. «¿Qué ocurriría con 'Kirchturm' teniendo en cuenta que en realidad una torre forma ya parte de las notas del concepto 'iglesia'?». El compuesto no hace más que sacar lo que estaba ya dado; procede, pues, según la fórmula que Kant acuñó para los juicios analíticos a diferencia de los sintéticos; los analíticos sólo explicitan; los sintéticos, en cambio, añaden algo nuevo, ajeno al concepto inicial. Un modelo mental semejante fue de hecho el padrino cuando se bautizó la distinción de Wundt; únicamente, no es completamente lo mismo que fue en Kant. Pues sería demasiado sencillo reducirlo *ad absurdum;* lo dicho sobre la torre de la iglesia no se puede aplicar ciertamente a «Hausvater» o «Vaterhaus», pues en el concepto padre no hay ciertamente ninguna casa, y en el concepto casa no está contenido ya de antemano ningún padre.

No; Wundt admite que todo lo que se necesita no está contenido en el concepto de un miembro suelto, pero sí en ambos pensados juntamente; el concepto «llave», por ejemplo, contiene entre sus no-

tas un lugar vacío para la esfera de aplicación de la cosa; ahí puedo introducir sucesivamente «casa», «cofre», etc., para obtener los compuestos correspondientes. El lugar vacío mencionado es imprescindible, pues a alguna de las esferas de aplicación indicadas tiene que pertenecer toda llave. ¿Qué ocurre con «Vaterhaus»? Una casa tiene algún propietario y los «padres» pueden poseer algo; por tanto, en su concepto están ya apuntados los lugares vacíos necesarios.

Tenemos que tomar por nuestra cuenta no sólo el último ejemplo, sino todo el intento de defensa. Wundt no menciona la *connotación* escolástica, que hemos recordado en § 14, 4, y aplicamos aquí. Allí se decía que el adjetivo «albus» connota un algo, una cosa, a la que es inherente como propiedad; éste es el caso especial de un lugar vacío, al que podemos aproximar las ideas de Wundt para comprenderlas por de pronto. Los lógicos escolásticos y J. St. Mill hubiesen incluido sin más la doctrina de Wundt en el concepto general de *connotatio*. Los hemos imitado como defensores. Y, de todos modos, la situación para el comienzo no es completamente desesperada, mientras están en cuestión las construcciones *atributivas*.

4. *Caso objetivo y subjetivo; el ejemplo de la muerte del león*

¿Qué sucede con las construcciones *predicativas* y el acusativo, dativo, *genitivus objetivus* (*oblivisci alicuius*) y con el nominativo, que puede coordinarse quizá con todos juntos como miembro opuesto? Hacemos nuevamente la distinción entre complexiones atributivas y predicativas fuera del plan de Wundt, incluso contra su propia teoría. Pero esto se hace teniendo en cuenta razones que se habrían de aducir después y para sacar todo lo posible lo útil de la idea wundtiana de la determinación interna.

Hay ante todo una primera pista que tiene que abandonarse a su vez, porque acaba antes de haberse terminado con los casos más importantes. Se piensa antes que en todas las demás aplicaciones del acusativo en el caso especial de un objeto manifiestamente «interno». Decimos «jugar un juego, traer un traje, correr una carrera», y recorriendo con este esquema todo el inventario de los verbos alemanes sólo experimentaríamos una repulsa decidida de los más activos entre los llamados verbos activos o transitivos, porque en ellos el lugar del acusativo está ocupado por lo regular por otros «objetos». «Tragar un trago» puede pasar todavía, «ver una vista» suena forzado y con «oír» apenas sabría ya arreglármelas de un modo análogo (lingüísticamente). Los intransitivos permiten nuestro experimento con muchas menos resistencias que los transitivos. «Golpear un golpe (fuerte)» se

oye decir a esgrimidores y jugadores de tenis, y apenas hay que reflexionar si el verbo se usa aquí transitiva o intransitivamente, «Sitzen» (estar sentado) es ciertamente un intransitivo sumamente satisfecho de sí mismo; y, sin embargo, en caso de necesidad todavía podríamos permitir a un maestro de equitación la expresión «einen guten Sitz sitzen» (lit. «estar sentado un buen asiento»)[31].

Lo que se encuentra en los casos de un objeto interno merece el nombre de relación analítica, porque, efectivamente, el nombre puesto en acusativo puede sacarse del concepto verbal inmediatamente, de un modo análogo a como, según Kant, la nota «extenso» del concepto «cuerpo». Twardowski, hace ya decenios, dentro del marco de su distinción, hecha desde el punto de vista de la psicología de las vivencias, entre acto y objetivo (inmanente), se ha interesado por una parte de nuestros casos y ha invocado el testimonio del lenguaje. Pero apenas necesita demostración que este acusativo analítico no puede elevarse en modo alguno a caso principal. «Correr una carrera» es una complexión analítica, pero «matar un león» no es analítica en el mismo sentido, y desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, mucho más importante.

Tomemos el ejemplo *Caius necat leonem* para ponernos en claro en él sobre los supuestos más generales con que aparece la pareja de casos nominativo-acusativo. Siempre que se representa de un modo suficientemente unívoco un suceso como el de la muerte del león con ayuda de un sistema de dos clases de signos lingüísticos representativos, el lingüista encuentra una comprensión de significaciones y la ocasión de responder a la pregunta de Wundt. Si admitimos que como en nuestro texto latino los dos vivientes Cayo y el león son nombrados aisladamente, al nombrarlos a ambos en un solo aliento se determina ya que ambos están interesados en lo que se quiere representar. Pero tiene que resultar evidente por lo menos una tercera y cuarta cosa todavía de la complexión lingüística unívoca, a saber: la muerte y a cuál de los dos (adversarios) alcanza. Ahora bien: hay lenguas que hacen que esta tercera y cuarta cosa sigan exactamente tal como nuestro minucioso análisis lógico prevé; a los dos nombres Cayo y león sigue en el texto de tales lenguas una *palabra de acontecimiento,* y a la palabra de acontecimiento, una indicación de dirección, una indicación sobre de cuál de los dos adversarios parte la

[31] Los nombres formados así de verbos han ocupado mucho a la lingüística desde Max Müller y el famoso estudio de Usener sobre los nombres de los dioses. P. Kretschmer aclaró el hecho de que muchos de ellos (*die Tracht, die Lage, die Sicht,* etc.) aparecen como femeninos. Cf. también el hermoso ensayo de W. Porzig: «Die Leistung der Abstrakta in der Sprache». *Blätter f. deutsche Philos.*, 4 (1930), y antes en el Homenaje a Streitberg (1924), págs. 146 y ss.

muerte y a cuál se dirige. Wundt mismo explica así en alemán el esquema de tales complexiones: *Caius Löwe töten-er-ihn (Cayo león matar-él-a él)*, y afirma, siguiendo a Max Müller, que es válido para las lenguas malayas, las caucásicas[32] y algunas americanas (pág. 94).

Pero habría que saber cosas mucho más precisas acerca de esto para aclarar definitivamente la cuestión. En la traducción alemana estará bien acertado el momento en que se añaden dos demostrativos (*er-ihn*) y en ellos se verifica la indicación de dirección. Ahora bien: si son y tienen que ser pronombres *declinados*, como nuestro «er-ihn», es la primera de las preguntas de la teoría del lenguaje. Si es así, entonces la lengua en cuestión pertenece ya a las lenguas del nominativo-acusativo y se produce *in punto* en lo esencial la desviación del latín, en el sentido de que sólo aplica sus signos de casos fonemáticos a demostrativos (pronombres) anafóricos añadidos. Pero también sería pensable la respuesta negativa. Si la mostración agregada se hiciera mediante partículas indeclinadas, como «aquí-allí», ¿qué sucedería entonces? Para imitar en torpe lenguaje infantil algo semejante, un cuento fingido: *Ratón aquí allí*; esto podría tener el sentido de que el ratón ha corrido de aquí para allí. La sucesión verbal «aquí allí» copia en este caso el acontecimiento. Lo mismo podría pensarse también, ciertamente, en nuestro uso anafórico de los dos demostrativos añadidos, y así se tendría delante algo distinto de un nominativo-acusativo. El propio Wundt tendría que relegar una construcción semejante de la primera a la segunda clase, de la determinación interna a la externa. Y aquí se tendría siempre todavía, según las circunstancias, la opción entre si la construcción apela en primer término a la intuición espacial o a la intuición temporal. Incluso quizá fuese aún más adecuado a la mentalidad total y a las ideas particulares de la muerte en muchos pueblos que nuestro Cayo fuese considerado como el instrumento por medio del cual la muerte alcanzó al león: *Caio nex leoni.* Entonces estaría en primer plano el momento condicional del esquema de Wundt, determinaciones «externas». Pues recuérdese una vez más a este propósito que Wundt divide la esfera total de las determinaciones externas en espacial, temporal, condicionante.

Lo que queremos lograr mediante el análisis detallado del ejemplo de la muerte del león es una solución del tema de la representación con medios lingüísticos, eludiendo la relación sujeto-objeto. No puede ser misión del teórico del lenguaje demostrar que algo semejante se

---

[32] Sólo se podrá pensar desde luego en la clase distinguida expresamente por Trubetzkoy del grupo localista como *causa patiens* y *causa agens,* en las lenguas caucásicas, si es que la fórmula de Wundt es aplicable allí, lo que no puedo decidir. V. Trubetzkoy, *loc. cit.* y 328.

da efectivamente acá o allá (por ejemplo, en vascuence) o constituye la regla. Basta con que en un punto único esté quebrantada la doctrina de la presunta imprescindibilidad lógica de los casos de «determinación interna». Una fuente de interpretaciones apresuradas estriba en que Wundt (probablemente siguiendo el ejemplo de Max Müller) ha introducido en su traducción alemana el verbo *töten* (matar). Si estuviera decidido que esto es exacto para todos los casos que quiere hacer comprensibles, también estaría decidido con ello que Cayo tiene que ser sujeto y el león objeto. En otro caso no; podría haber en una lengua una clase especial de palabras para acontecimientos (palabras de acontecimiento, que no son los verbos) y, sin embargo, no haber ningún caso subjetivo y objetivo. Aquí tiene que insertarse una revisión de la teoría de los casos de Wundt.

5. *La categoría de acción como forma lingüística interna*

Donde más se aproxima Wundt a nuestra propia solución del problema de los casos es allí donde deja que el sentimiento de la lengua le enseñe que algunas de las construcciones verbales analizadas implican un *concepto verbal* (cfr. más arriba hacia el final de la última cita). Es una averiguación que no ha esperado a nosotros o a Wundt para ser descubierta. La usamos aquí para atacar la posición clave del lógico Wundt. Siempre que un verbo rige la complexión, allí y sólo allí hay lugares vacíos en los cuales puedan insertarse primariamente Cayo y el león como casos de la llamada determinación interna. Dejamos de lado todas las construcciones atribuidas, que podrían haber salido históricamente de las predicativas, y volvemos a pensar en la solución indoeuropea del problema de la representación en el ejemplo de la muerte del león: *Caius necat leonem.* ¿Por qué provoca el verbo las preguntas quién y a quién? Porque es la expresión de *una determinada idea del mundo en el sentido más originario de la palabra;* de una concepción que concibe y representa las situaciones bajo el aspecto del comportamiento humano (y animal).

Nuestra comprobación de los verbos alemanes, en cuanto a la posibilidad de añadirles un objeto analítico, no fracasó en modo alguno en los llamados intransitivos; prueba de que también ellos permiten internamente (conceptualmente) la adición de un objeto. Tal vez merece en este punto una atención especial, entre todos los demás, un pequeño grupo de palabras de acontecimiento; son aquellas que en general se presentan únicamente, o al menos de preferencia, como «impersonales». De esto diremos después una palabra más. En los demás casos, un *verbum regens* indoeuropeo lleva en sí, por lo

regular, o el signo de emisor de la primera persona o el signo de receptor de la segunda o el curioso signo de la llamada tercera persona y señala así (mostrando) de dónde viene la «acción» o bien hacia dónde apunta: *amo te, amas me, amor a te, amaris a me,* etc.

Pero esta *categoría de acción* no es en modo alguno la única que hace posibles representaciones lingüísticas, ni siquiera en indoeuropeo. Donde se aplica, tienen sentido las preguntas ¿quién? y ¿a quién?; si no, no. No es, pues, como cree Wundt, que a los términos del complejo en *Roman proficisci* añada el pensamiento un dato externo, a saber, la ordenación espacial; en *Roman defendere,* en cambio, no. Sino que en el segundo caso está equiparada lógicamente al espacio la *categoría de acción.* En *Roman fugere* y *Roman videre* no sucede en principio cosa distinta. No se trata de caracterizar las relaciones en cuanto a la psicología de las vivencias y hablar de *intenciones.* Si se hace esto, entonces se pregunta: ¿quién? por el miembro intendente del complejo y ¿a quién? por el intendido: «yo veo, siento, pienso, quiero esto y aquello». En lugar de «yo» puede estar, también, naturalmente, «tú» o «él». No; esta interpretación, según la psicología de las vivencias, no es una *conditio sine qua non*; también el modelo mental behaviorista es capaz de hacer comprensibles las relaciones.

En el animal y en el lactante humano se han distinguido fundamentalmente tres modos de versión respecto a las cosas sensibles dadas; primero, la conversión positiva; segundo, la aversión negativa o huida, y tercero, la conversión negativa (ataque, resistencia). En acusativo puede ponerse siempre en alemán y en otras lenguas indoeuropeas el objeto *de referencia*: desear, amar, devorar algo; rehuir, evitar algo; atacar, resistir, vencer algo [33]. Si esto se mienta

---

[33] Me parece una pregunta del teórico del lenguaje llena de sentido si estos tres motivos de versión fundamentales están diferenciados de alguna manera en un sistema de casos más rico. Podría imaginar, junto a un «caso de acusación» específico, a un acusativo de adversión negativa, un caso específico de adversión positiva (ternura, amor, solicitud) y un caso específico de aversión negativa (huida, aborrecimiento, evitación). El dar, del que recibió su nombre el dativo, es una forma de conducta más complicada psicológicamente. Sin embargo, también puede elevarse, naturalmente, a modelo fundamental. Así están originariamente en el nominativo y el dativo las dos personas que se encuentran también en nuestro modelo de *órganon,* a saber, el emisor y el receptor. Pero esta vez no el emisor y el receptor del mensaje lingüístico, sino de un bien o de un acontecer (real). Cuando escribimos en una carta «Al Sr. D. N. N.». usamos este dativo pensable de un modo absolutamente originario, que no necesitaría ningún acusativo junto a sí, mientras que nuestra lengua, por lo demás, sólo emplea el dativo adicionalmente, y, como suele decirse, simplemente como caso del objeto más lejano. Podría representarme el dativo de dirección como el único caso normal junto al nominativo.

espacialmente y, por tanto, según Wundt, externamente, o como un algo determinante de la acción, no habrá que decidirlo en general. Lo más importante para el teórico del lenguaje es reconocer que la *acción* (la animal y humana) es el modelo mental al que hay que reducir una situación objetiva que ha de representarse, para compren- [illegible] reja de casos de que hablamos. Si tengo un nombre que im- [illegible] esquema mental, por ejemplo un verbo, connota dos lugares vacíos. En ellos se colocan el nominativo y el acusativo (o dativo). Las características del nominativo y el acusativo no son, pues, otra cosa que las indicaciones de lugar en un campo simbólico determinado, que con ello hemos descrito. Si con esto se ha definido ya también de un modo lógicamente suficiente la clase de palabra que es el verbo, puede quedar en suspenso por ahora. En todo caso, encontramos palabras con tales lugares vacíos entre los verbos. Rozaremos al menos el problema general de las clases de palabras en el § 19. Aquí basta con reconocer que los llamados casos de determinación interna en nuestras lenguas corresponden al modelo mental de la acción. El análisis de los impersonales demostrará que también podemos construir frases con otro modelo mental aun allí donde se describe un acontecer; y en las oraciones nominales auténticas las circunstancias son por tercera vez distintas.

16. Resumen crítico. La idea del campo simbólico. El descubrimiento de los esquemas sintácticos. Comprobación objetiva de las observaciones de la psicología de las vivencias. Nota final.

El concepto central «campo simbólico del lenguaje» está animado y sostenido por una idea rectora, cuya primera vislumbre está, personalmente en mí, conexa con estudios sobre la *Crítica de la razón pura* de Kant. Allí se introduce *expressis verbis* un intermediario en diversos lugares del sistema, y ese intermediario se caracteriza y designa, por lo regular, como *esquema*. La formulación completa y, por decirlo así, oficial de la idea de Kant en el «esquematismo de los conceptos del entendimiento» es difícil y oscura; además, está tan lejos de nuestro tema, que aquí la dejo de lado. De un modo mucho más vivo y accesible a la comprobación empírica aparece la misma idea de esquemas ordenadores en aquellos impresionantes fragmentos que en la primera edición de la *Crítica de la razón* están en la sección de la deducción trascendental de las categorías y después fueron suprimidos. El contenido efectivo de aquellas reflexiones

sobre la constitución de la percepción unitaria con el material mil veces cambiante de los datos sensoriales resucitará, estoy convencido de ello, transformado y depurado de lo perecedero, en nuestra nueva teoría de la percepción, que está haciéndose. El conocimiento de los *momentos de constancia* en la variación de las circunstancas perceptivas externas e internas es, con atavío moderno, una realización de lo que ya era entonces en principio evidente para el analítico Kant y para lo cual necesitó la idea de esquemas mediadores, ordenadores [34].

La fijación y formulación lingüística de los contenidos percibidos está preparada y radicada en los procesos que llamamos percepciones y solemos separar con inoportuno rigor de una formulación lingüística «posterior». En *Die Krise der Psychologie* he empezado a demostrar que las mismas funciones semánticas que resultan claras para el analítico del lenguaje, que la función de señal, indicación y símbolo en pleno desarrollo corresponde a los datos sensoriales del hombre, incluso en casos y en todas circunstancias en que no está en cuestión una intervención del aparato verbal. El instrumento de orientación, producido en la comunicación verbal, que es el lenguaje humano, potencia los efectos de las señales y síntomas naturales que al percibir recibimos y obtenemos aún de un modo informulado, de las cosas y de los que están en comunicación con nosotros. Hasta dónde llegaría o hubiese llegado sin el lenguaje un fingido *homo alalus* en la interpretación y utilización de las señales y síntomas extralingüísticos, es una cuestión demasiado imprecisa para poder responder a ella en un dos por tres.

En el curso de un análisis del pensamiento verbal descubrí el año 1907 la vivencia de los *esquemas sintácticos*. Lo esencial de ello se cuenta pronto: me había sorprendido a mí mismo en observaciones ocasionales sobre ello y había cultivado también un poco lo así aprehendido en una ocupación de meses, quizá en mi propio pensamiento verbal. Experimentos mentales con otros, con dos psicólogos ejercitados y algunos estudiantes, estaban entonces planeados de tal modo, que también a ellos tuvo que ocurrírseles. Tenían que comprender rápidamente sentencias pulidas epigramáticamente, que yo leía a cada uno de ellos aisladamente, y, en la medida en que se podía, tomar una actitud crítica respecto al contenido. El repertorio de aforismos de Nietzche y cosas afines eran el lugar de procedencia de las frases, que yo había escogido desde el punto de vista de su novedad para los sujetos de experimentación y, naturalmente, según

---

[34] Los libros modernos más avanzados sobre el tema a que me refiero son: E. Bruswik: *Wahrnehmung und Gegenstandwelt.* Viena (Deuticke), 1934, y L. Kardos: *Ding und Schatten.* Leipzig (J. A. Barth), 1934.

ciertas expectativas sobre los procesos mentales que pudieran ocasionar. No es necesario describir todos los detalles de los resultados; en todo caso, mis pensadores llegaron con frecuencia a una situación que todo el mundo conoce por la vida, en la cual a menudo ocurre que ante un texto propuesto, que gramaticalmente se comprende perfectamente, se busca la idea difícil o, a la inversa, para una idea propia se buscan palabras adecuadas y la forma expresiva de la frase. A veces ocurría en los esfuerzos por la solución que el contenido y el esquema de representación lingüística seguían distintos caminos, de suerte que, aun en la retrospección de los psicólogos que describían esta vivencia, permanecían extrañamente separados para la aprehensión. Y una y otra vez se descubrió entonces que este o aquel *esquema sintáctico vacío* total o parcialmente precedía a la formulación propia de una respuesta y dirigía el hablar fáctico de algún modo perceptible. Estas comunicaciones resultaron todavía más frecuentes en experimentos de reminiscencia, en que, por ejemplo, un proverbio dado recordaba uno de sentido parecido en la serie anterior: recordaba un proverbio parecido, pero revestido metafórica y lingüísticamente de manera distinta, de suerte que el sujeto de experimentación tenía que preguntarse: ¿Cómo era? Entonces empezaba una busca de la otra formulación verbal de la idea. En suma, saqué esta conclusión:

> Cuando queremos expresar una idea difícil, elegimos primero la forma de frase para ella, nos damos cuenta primero interiormente del plan de operaciones, y este plan es luego el que domina las palabras. Si examinamos un conjunto de frase más complicado, esto es, un saber acerca de su estructura gramatical, sabemos de las relaciones que existen entre las diversas partes de la forma total. Esto ocurre también mientras nosotros mismos hablamos, por ejemplo, cuando comenzamos una frase incidental con «como» y al final de la proposición subordinada nos interrumpimos bruscamente, caemos en la cuenta de que hemos esparado algo; no es sólo un complemento real, sino también gramatical. esperamos una oración principal. En todos estos casos adquirimos conciencia aparte de lo que de pasada y sin atención especial *media* siempre o casi siempre entre ideas y palabras, un saber acerca de la forma de la frase y la relación de las partes de la frase entre sí, algo que tiene que valer como expresión directa de las reglas gramaticales que viven en nosotros [35].

Sobre esto ha reunido Pick copiosas observaciones de enfermos del lenguaje y las ha interpretado teóricamente en su libro *Die agrammatischen Sprachstörungen* (I parte, 1913); lo observado ha sido también confirmado y completado psicopatológicamente. También Ch. Bühler aportó más datos de observación en su trabajo sobre los

[35] K. Bühler: «Tatsachen und Probleme zu einer Psychologie der Denkvorgänge». *Arch. Psychol.*, 12 (1908), págs. 84 y ss.

procesos de la formación de frases. O. Selz informa con brevedad y precisión sobre ello en *Zur Psychologie des produktiven Denkens und des Irrtums,* II (1922), páginas 362 y siguientes. El mismo ha desarrollado las cosas de un modo muy consecuente y las ha incorporado a su amplia teoría compleja del pensamiento. Pero entonces no estaba yo satisfecho y tampoco lo estoy hoy del estado de la cuestión y ante todo de nuestro método. Las observaciones son ciertamente correctas; pero sólo captan jirones de una realidad que tendría que investigarse más a fondo. Eramos hijos de nuestro tiempo y dábamos valor a un *aislamiento* y determinación aislada de los factores constitutivos del pensamiento verbal para refutar el sensualismo incurablemente miope de aquellos días. Por esto se subrayó tan enérgicamente la vivencia de los esquemas de frase «vacíos». Habitualmente no está precisamente vacío y, sin embargo, existe el esquema sintáctico; si es aislable o no en la vivencia, es, visto objetivamente, una cuestión subalterna. Si la técnica de observación de entonces no basta, hay que hallar nuevas vías para proseguir. No se puede ligar para siempre el hallazgo a la condición de una finura muy cultivada para la descripción de las propias vivencias de pensamiento, sino que hay que procurar hacerlo accesible también a ojos menos sutiles, y más aún: hay que comprobarlo *objetivamente.*

Ahora bien: en este capítulo está consignado lo que un estudio de la estructura del lenguaje era capaz de ofrecer para comprobar lo que tengo por una intelección modelo, que me preocupa desde 1907. Hoy la formularía así: Que el pensamiento verbal y con él toda otra operación con símbolos de objetos, realizada al servicio del conocimiento, necesita un campo simbólico exactamente lo mismo que el pintor su superficie pictórica, el cartógrafo su red lineal de grados de longitud y latitud y el que escriba música su superficie de papel dispuesta de otro modo distinto, o, dicho en general, lo mismo que todo sistema de dos clases de signos representativos. No se me ocultaba que el problema analítico que con esto se plantea a la teoría del lenguaje con lo ofrecido aquí todavía no está resuelto con suficiente generalidad y suficiente rigor lógico.

El lenguaje humano como instrumento de representación, tal como hoy lo conocemos, tiene tras sí algunas etapas evolutivas, todas las cuales pueden entenderse en el sentido de que se liberó cada vez más del mostrar y cada vez se alejó más de la imitación. El desprendimiento de la manifestación lingüística individual de los auxilios de la situación, del campo mostrativo del lenguaje, es un tema que podemos llevar a su término satisfactoriamente, creo yo, en la sección sobre la frase. En cambio falta todavía por de pronto un modelo extralingüístico completamente claro, con el cual pudiera compro-

barse la forma de representación obtenida en el lenguaje. Es fácil comprender que un instrumento simbólico, cuando se ha alejado y desligado de la reproducción imitativa en la medida que el lenguaje, puede alcanzar un alto grado de universalidad en su función; pero por qué además no se pierde por principio la capacidad para reproducciones fieles a la relación, dicho francamente, no lo entiendo tal como una teoría del lenguaje acabada tendría que mostrar a la comprensión de todos. Acaso *sobrestimamos* la liberación del campo mostrativo, acaso *subestimamos* el hecho de la potencia esencial y la necesidad de complemento de toda representación lingüística de un contenido desde el saber acerca de ese contenido. O lo que es lo mismo: acaso hay un complemento de todo saber formulado lingüísticamente, desde una fuente que no se vierte en los canales del sistema simbólico lingüístico, y a pesar de ello produce un saber auténtico.

Capítulo 4

ESTRUCTURA DEL HABLA HUMANA: ELEMENTOS Y COMPOSICIONES

Leibniz y Aristóteles sobre síntesis y sistemas. Uniones con «y» junto a configuraciones. La serie estructural: fonema, palabra, frase y período

El opúsculo que Leibniz compuso *ad usum principis Eugenii,* la *Monadología* del gran metafísico, comienza tras una definición con esta frase: «Et il faut qu'il y ait des substances simples, puisqu'il y a des composés; car le composé n'est autre chose qu'un amas ou *aggregatum* des simples». En contradicción real o sólo aparente con esta idea rectora formal de Leibniz, ocupa un puesto relevante en la concepción de Aristóteles el concepto de una *síntesis*; está allí en la doctrina del juicio. Reaparece en Kant, Hegel y Cassirer; también Wundt se esfuerza en la comprensión de lo que considera como «síntesis creadora».

En el espíritu de nuestros contemporáneos se ha instalado e inveterado, bajo algunos nombres nuevos, la vieja cuestión decisiva; el que se adscribe como psicólogo a la «idea de forma» o a cualquier «concepción de totalidad» suele trazar una raya, levanta en su nombre diques contra el «amas ou *aggregatum*», porque apenas hay nadie a quien le gustaría ser contado todavía entre los «atomistas» o elementaristas. Los fenómenos lingüísticos no han sido todavía interrogados y espiados por los psicólogos de la forma, aunque se los encuentre citados de paso muchas veces como conjurado. Pues de un lado todos tienen en la boca la expresión «uniones con y» (*Und-Ver-*

bindungen) para indicar un agregado *kat' exokhén,* y de otro lado tienen preparada como última reserva la referencia a la frase lingüística, en la que hasta los ciegos tienen que ver que el análisis de Leibniz no es aplicable de un modo universal; la frase es manifiestamente algo más y distinto de un agregado de palabras. La contraposición expresa «configuración frente a uniones con y» ha llegado a ser usual en la escuela de Meinong; se encuentra, por ejemplo, tal como hoy se la usa, en un estudio de R. Ameseder del año 1904 [1]. Aparte de esto, la dignidad de la frase sobre un montón de palabras no necesitaba ser descubierta nuevamente, porque desde que la síntesis del juicio estaba ejemplificada con la frase del tipo S es P (la frase compuesta de *ónoma* y *rhema* en el esquema aristotélico) nunca se la había puesto seriamente en duda.

No nos preocupa allí donde se trata de «sustancias» salvar el dogma de la *Monadología* o dar la razón a los aficionados a la idea de síntesis; no nos dejamos derivar hacia las sustancias, sino que permanecemos en el terreno de la sematología y consideramos si en productos con carácter de signos se pueden entender y sostener en un solo aliento *ambas afirmaciones,* la del *aggregatum* en un aspecto y la del sistema en otro. Así es; pues la relación de las palabras con la unidad de la frase reclama —precisamente en el punto en que la consideración del «amas» ha prestado su servicio y sería inoportuna para lo otro que hay que decir todavía— un cambio de punto de vista, una inversión de la consideración, que puede indicarse sin misterio y sin ningún matiz de mística o paradoja. Si hay en la frase dos cosas distintas, a saber: símbolos y un campo, un doble cómputo puede llegar sin contradicción allí al resultado *n* y aquí al resultado *l*. Y el *n* puede y debe definirse por Leibniz, el matemático creador, adecuadamente como una suma, del mismo modo que la unidad del campo de otro modo que como una suma de símbolos.

Si se ha de conservar algo de sorpresa, hay en el producto lingüístico de la frase acabada y desligada de su situación bastantes puntos a los que puede dirigirse. Pero ciertamente no es ante el criterio de

---

[1] R. Ameseder: *Beiträge zur Grundlegung der Gegenstandstheorie.* En: *Abhandlungen z. Gegenstandstheorie und Psychologie,* ed. por A. Meinong, 1904. Allí, en la sección «Objetos de unión y sus relatos» (pág. 116) se explica a propósito del complejo con y (*a y b*) que *y* es la indicación del relato y que un complejo con *y* no es un complejo de figuración. —Yo mismo tenía en la memoria la cosa, como un asunto de la escuela de Meinong; mi colega Mally fue tan amable para indicarme a petición mía el lugar exacto, por lo cual le doy la gracias. Si el ejemplo del lenguaje fue después utilizado por Wertheimer exactamente igual o de algún otro modo que por Ameseder, no se discute todavía por de pronto; un teórico del lenguaje ha de tener en cuenta ante todo el fenómeno lingüístico como tal.

Ehrenfels de una llamada *supersumatividad* ante lo que debe uno detenerse y enmudecer de veneración. Pues cuando se ha dicho la palabra supersumatividad, no se suele saber nada más; ni por qué se escribe primero en el papel la *suma,* si se ha de tachar de nuevo mediante un *super* antepuesto, ni por qué se ha elegido para esponja de borrar la partícula cuantitativa o comparativa «super», normalmente inequívoca. El criterio de la supersumatividad fue ideado con sentido en la escuela de Meinong, pero degeneró en un signo de resistencia como nuestro «no» en el momento en que se abandonó el esquema dual de teoría productiva de Granz. No entra en el plan de este libro restaurar lo abandonado exactamente como estaba; pero sí está en nuestro propósito exponer los fenómenos lingüísticos en el sentido del principio de que no hay materia sin forma ni forma sin materia. Si se puede haber llegado transitoriamente a la inseguridad acerca de cómo hay que entender uno y otro momento en el reino de las figuras con puntos y rayas sobre papel blanco, preferidas de los psicólogos de la forma, no se puede imputar a los expertos en el campo de producto lingüístico sentirse perturbados sin comprobación. Pues saben indicar a grandes rasgos con bastante seguridad qué se ha de considerar en un fenómeno lingüístico como momento material y qué como formal.

Sólo una cosa más en la advertencia preliminar. Si en la relación de las palabras con la frase se ha llegado a que hay que registrar un cambio de significación cuando se pasa de los signos, que *nombran* o *muestran* objetos, al campo, que *traza* una situación, entonces la consecuencia reclama que se pregunte si se encuentra una vez más o con mayor frecuencia un cambio semejante en el conjunto de un producto lingüístico complicado. Exactamente el mismo cambio no se encuentra ya; la relación entre palabra y frase no se repite ni puede repetirse. Pero tiene sentido preguntar, y es conveniente preparar con atención una respuesta a la pregunta, si se producen, y cómo, cambios de significación de otro tipo, cuando en el campo que excede de la frase se pasa de frase simple al período y luego, descendiendo, por decirlo así, por el otro lado, de la palabra a sus fonemas. Así se abre, en el marco rígido de una sematología que hay que perfeccionar y que es útil para la teoría del lenguaje, la serie estructural: fonema, palabra, frase y período.

El término superior de la serie estructural, el período, repite de manera curiosa la mostración de las palabras, con la que hemos iniciado el análisis del lenguaje en el capítulo sobre el campo mostrativo. Hay una mostración en el modo de la anáfora; y el que busca el campo mostrativo en que se realiza encuentra utilizado como cam-

po mostrativo la continuidad misma del habla al producirse. El contexto es el campo mostrativo anafórico; el habla misma, al producirse, resulta esporádica y transitoriamente previsora y retrospectiva, resulta *reflexiva.* Es ésta una forma de conexión extraordinariamente curiosa y que sólo puede imitarse imperfectamente en los instrumentos de representación extralingüísticos.

Apenas menos peculiar es, en el término inferior de la serie de medios lingüísticos de composición, la relación de la palabra con sus fonemas. Los fonemas son características sonoras en el sentido verbal y pueden contarse en cada palabra. Pero la forma verbal tiene además configuración, tiene un *rostro sonoro,* que se altera como un rostro humano en el cambio de la expresión y de la función apelativa. En el repertorio usual de conceptos de los lingüistas está previsto para alteraciones llamativas de este tipo el nombre «énfasis»; y Heinz Werner ha perseguido en su fisiognómica del lenguaje el caso particular en que el énfasis está encaminado a subrayar de un modo característico fonéticamente propiedades del objeto nombrado. Lo que tiene que interesar en general al teórico del lenguaje es la curiosa *constancia de la filiación fonemática de las formas verbales en medio de la variación de su rostro sonoro.*

Pasamos revista a las formas de abajo arriba y empezamos con un «elemento» del lenguaje todavía no nombrado, a saber: la sílaba. La articulación silábica en el flujo fonético del habla se utiliza sin duda mucho gramaticalmente, pero no procede en modo alguno de la gramática, sino que pertenece a los momentos de configuración condicionados materialmente. Tiene sentido empezar con éstos; pues para el que no los tomó en cuenta de un modo suficiente, permanecieron enigmáticos fenómenos conocidos de la estructura del habla. También hay conexiones psicológicamente interesantes que salen al paso del teórico del lenguaje, con especial claridad, en el fenómeno de las sílabas. Me parece que gracias al descubrimiento de Stetson ha avanzado tanto el antiguo problema silábico de los fonéticos, que lo más importante e interesante, con mucho, que todavía falta, puede acometerse ahora; a saber: una investigación de cómo *cooperan* la recepción y la producción. Y apenas habría nada más instructivo para el dominio entero de la psicología del lenguaje (incluidas las perturbaciones lingüísticas centrales) que un examen real en un solo punto del *intercambio central,* comprobado en todas partes, pero nunca explicado, entre emisión y recepción. Intentamos sobre base moderna un acceso a ello, invitando a la mesa de discusión acerca de la cuestión de la sílaba a auditivos y motores, y obligándolos a entenderse y completarse mutamente.

17. La configuración condicionada materialmente del flujo sonoro del habla. La ley de articulación

La articulación, en el sentido lato de la palabra, no es una propiedad particular del habla humana. Pues sonidos animales como el canto del gallo o el del cuco, o el llamado canto de los pájaros, son series sonoras bien articuladas; también son articuladas manifestaciones humanas extralingüísticas, como los sollozos o la risa. Es verdad que nada de todo esto alcanza al habla humana en multiplicidad de matices fonéticos producidos y en sutil agilidad del flujo sonoro; pero hay que advertir también que en aves cantoras imitadoras (estorninos y papagayos) aparecen cosas absolutamente análogas al lenguaje desde el punto de vista puramente técnico. El que quiere avanzar de un modo descriptivo, no puede en este punto moverse entre ello como un profano con «reflexión, sentido, razón», sino que tiene que trazar ante todo pacientemente la imagen total de la articulación del flujo sonoro del habla humana sin mirar de reojo hacia el sentido. Entramos como aprendices en la fonética para plantear exactamente las cuestiones de teoría del lenguaje según la participación de la técnica de producción y de las propiedades acústicas de la materia fonética en la estructura del habla. En el centro del cuadro está el *fenómeno de la sílaba.*

1. *Configuración condicionada materialmente y gramatical*

Un fonético moderno no se queda en la descripción de vocales y consonantes, sino que ve y define la *articulación silábica* del flujo sonoro, *cadencias verbales* y formaciones aún superiores, por cuenta propia; es decir, en el primer impulso todavía libre del punto de vista del análisis gramatical. Es curioso, si se quiere, y sin embargo absolutamente cierto, el hecho de estas tendencias de configuración peculiares. Pues el silabismo, las cadencias verbales, etc., aparecen y se imponen, si no hay otro remedio, aun contra las pretensiones de la articulación gramatical del habla. Pero las tendencias de configuración condicionadas materialmente son bastante plásticas para adaptarse dentro de ciertos límites. Si impongo al flujo sonoro la pauta de un verso fijo determinado, tampoco está dicho con esto que una persona que hable bien dirá todos los versos con una cadencia uniforme, sino que, como es sabido, hay que esperar algo distinto. Resultan tensiones estéticamente atractivas y se produce un margen de posibilidades de solución individuales del encuentro de ambas pretensiones de configuración, que se manifiestan no sólo en verso, sino

también ya en el habla llamada libre. Es un juego recíproco que se encuentra no sólo en el flujo sonoro del habla, sino también de modo parecido en todas las «construcciones» comparables. Arquitectos, pintores y músicos podrían empezar a hablar de ello exactamente igual que nosotros y pronunciar cada uno su discurso sobre el tema; podrían mostrar cómo en su esfera aparecen tensiones sobre tendencias de configuración condicionadas materialmente, y otras, y cómo son resueltas por los capaces.

Me parece que la cuestión de las «unidades» fonéticas y todo lo que está en conexión con ello no ha sido tratado hasta hoy por ningún especialista de un modo más perspicaz y esclarecedor que por Sievers, que recibió y acrecentó la herencia de Sweet. Sievers tenía como observador un oído fino para estas cosas, y como teórico el instrumento para dominarlas conceptualmente de un modo más satisfactorio que sus predecesores. Sus resultados sólo necesitan un complemento, ninguna alteración, para servir de base a la teoría del lenguaje. Sievers prefiere en la determinación de los sonidos (de los sonantes como de los consonantes) el análisis de su producción y pone al lado de él una teoría de la sílaba puramente acústica; esto es un defecto estético, acaso algo más. Pero aplacemos la crítica. Un mérito capital de Sievers consiste, según veo las cosas, en que, de un modo aún más consecuente que sus predecesores, ha ampliado el horizonte de la fonética y ha incluido en su programa las llamadas tendencias configuradoras condicionadas materialmente.

Empezamos a enumerar con Sievers que hay silabeo, cadencia verbal, etc., en el flujo sonoro del habla. Son configuraciones, articulaciones que denuncian una tendencia peculiar y sólo coinciden a grandes rasgos, pero de ningún modo en detalle, con la articulación gramatical del mismo flujo sonoro. Así sucede, por ejemplo, de un modo completamente regular, que se convierte en una sílaba lo que pertenece a dos palabras o que el límite de dos cadencias verbales corta por medio un sonido verbal. El teórico del lenguaje anota así que, de un modo continuo de lo pequeño a lo grande, y si no más allá, por lo menos desde la sílaba hasta la frase complicada de un discurso, hay dos necesidades de configuración *juntas*. Porque las hay y porque van de lo grande hasta lo pequeño o al revés, no se puede representar de un modo primitivo la división del trabajo entre la fonética y la gramática; sería inadecuado, por ejemplo, relegar completamente la determinación científica de ciertos materiales elementales del habla a la incumbencia del fonético y remitir también íntegramente la teoría de las grandes formas al negociado del gramático. Simbolizado de un modo todavía más gráfico: el producto lingüístico en formación no recorre, como una casa de ladrillo en construcción, *sucesiva-*

mente dos procesos, a saber: primero la cocción de los elementos y luego la edificación de las paredes con ellos. Concebida de un modo más primitivo o más sutil, la fonética desde Sweet hubo de hacer imposible por principio toda teoría del estilo de los ladrillos. Hasta qué punto fue sostenida antes de un modo abierto o latente, decídalo el historiador [2].

2. *La teoría acústica de la sílaba*

El psicólogo y teórico del lenguaje tiene bastantes motivos para interesarse por el estudio del fenómeno silábico. Pues en todos los campos hay criterios y argumentos psicológicos siempre nuevos, que se exponen y se pesan, y el fenómeno de la sílaba tiene que tener su puesto en una teoría de la composición adecuadamente construida. Si se ponen ordenadas en una lista las notas del concepto de sílaba, tomadas de manuales de fonética, se ofrece el lema *teoría ondulatoria* para la doctrina de Sievers y otros acústicos. Si se planteara el problema de articular en partes, según la impresión inmediata, una figura óptica del tipo de la curva sinusoide, habría varias soluciones, que están indicadas en este esquema:

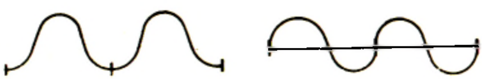


FIG. 5.

Se pueden contar «las cimas» y poner los límites de las unidades en las depresiones ondulatorias o, según el ejemplo de la geometría analítica, tomar como límites de las unidades los puntos de inflexión de la curvatura. Ambas concepciones dan a conocer medias ondas y llevan en principio al mismo resultado numérico. Y hay análogos a ambas en la colección de criterios de los teóricos de la sílaba. El que caracteriza la sílaba según el procedimiento de Sweet como una onda de sonoridad, cuenta cimas y busca los límites en las depresiones;

[2] Que pudo surgir en general, está demostrado en el hecho, importante para la historia de la lingüística, de que los gramáticos griegos han filosofado de un modo literal y teórico; no han llegado a resolver del todo el problema de distinguir adecuadamente y con suficiente rigor el decir hablado del escrito, el flujo sonoro y la línea de letras aquí. Pues para las líneas, para la estructura de los signos ópticos, la teoría de los ladrillos está muy justificada; de un modo todavía más patente para una línea de imprenta compuesta por el cajista que para nuestra escritura manuscrita moderna (cursiva).

ésta es la idea fundamental de todos los acústicos y pudiera ser imprescindible, si bien no del todo, en la teoría silábica. Se entiende que las ondas de sonoridad mencionadas no se elevan en todas partes desde la línea cero de una interrupción absoluta del sonido, sino, como las montañas y colinas, desde una altura variable del suelo del valle. Si, según las instrucciones de Sievers y Jespersen, se adapta la «plenitud sonora» media «relativa» de los sonidos a una escala de ocho grados (en Jespersen), se obtendrían para las dos palabras alemanas «Tante» y «Attentat» las siguientes curvas esquemáticas de plenitud sonora, con las dos o tres cimas esperadas:

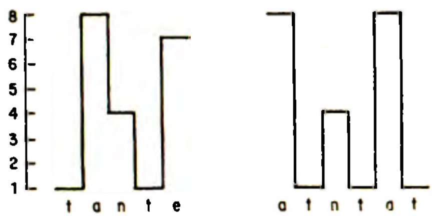


FIG. 6.

A este análisis se ajusta la sencilla definición de D. Jones: «Cuando dos sonidos de un grupo están separados por uno o varios sonidos de sonoridad menor que cada uno de los dos, entonces se dice que aquellos sonidos pertenecen a distintas sílabas» (*Outline,* § 99)[3]. El que alguna vez se ha entregado al encanto de esta clara concepción, difícilmente volverá a librarse totalmente de ella, y probablemente tampoco es necesario. Pues la articulación de una fluencia sonora en ondas o pulsaciones es una ley estructural de nuestra audición; y ¿por qué no habría de haber en el campo acústico lingüístico la dimensión de la plenitud sonora, en la que una onda fundamental es, por decirlo así, excluida o también muchas veces incluida en la audición? Una serie de golpes equidistantes y de intensidad completamente igual es articulada casi inevitablemente por un aparato receptor humano de un modo rítmico (cadencioso); y una fluencia sonora del tipo de la lingüística es oída en primer término, en opinión de los investigadores desde Sweet hasta Sievers, en forma de *ondas de sonoridad.* Ambas cosas, probablemente, gracias a la vez a la disposición y el ejercicio que desde la primera infancia han madurado y se han

[3] Los ejemplos analizados están tomados de una reseña colectiva muy minuciosa de H. Krause: *Der Stand der Silbenfrage* (1930).

desarrollado en nosotros. El hecho de las llamadas sílabas secundarias no suscita ciertamente dificultades considerables; que una palabra como «Obst» muestre una pequeña cumbre particular de sonoridad en el sonido *s* y a pesar de ello se imponga como monosilábica, no es más sorprendente que el que una montaña tenga muchas veces una cumbre accesoria y a pesar de ello se presente como *una* montaña.

Remito a la curva de sonido de la figura 7. Procede de un trabajo del doctor Karl Brenner, que se propone determinar con los medios de un análisis objetivo las variantes expresivas en el rostro sonoro de dichos humanos. El texto está reproducido *in extenso* en el trabajo de H. Herzog: «Stimme und Persönlichkeit» en *Zeitschr. f. Psych.*, 130 (1933), página 306. Nuestra hablante no pertenece a aquellos hablantes; las fotografías de Brenner son independientes del experimento radiofónico del trabajo de Herzog. —Desde nuestro punto de vista sólo debe atenderse a la figura sonora clara de una sílaba.

A pesar de ello, en la articulación silábica del flujo sonoro, tan usual para nosotros, tienen que estar contenidas primaria o secundariamente todavía otras sentencias materiales de configuración. Pues sólo con la llamada sonoridad, con ella como única variable no podría producirse la multiplicidad comprobada de los caracteres silábicos; tampoco con la escala de ocho grados de Jespersen. Las otras variables que pueden descubrirse pertenecen ante todo al dominio de la *duración de la sílaba* y al dominio de la *intensidad del sonido.* Las sílabas pueden alargarse o la inversa abreviarse hasta una duración mínima, porque toda sílaba contiene fonemas dilatables, es decir, duraderos (sonidos o ruidos); hay también junto a ellos momentos fonéticos inextensibles que no soportan una auténtica dilatación, sea porque pertenece a su carácter acústico un orden de sucesión estrecho, una forma de transcurso estrecha, sea porque no pueden ser producidos distensos por el aparato verbal; si se intenta, por ejemplo, en medio de una palabra alargar los sonidos oclusivos (completos) como *t* o *p,* sólo beneficia en lo esencial un sostenido más largo a la pausa fonética que hay en su seno. La *intensidad del sonido* puede dosificarse de muchas maneras y subrayarse como relieve de intensidad característico en la cinta silábica. Las posibilidades que hay en ello han sido estudiadas minuciosamente por la fonética desde Sweet.

Sievers considera el *relieve fonético* de la fluencia sonora, junto al relieve de sonoridad y en cooperación con él, como un momento decisivo de la articulación silábica (oída). Hay, si tiene razón, también «sílabas intensas», dicho toscamente, esto es, tales que se presentan en primer lugar como ondas de intensidad unitarias. Que la teoría de la sílaba resulta con ello considerablemente más complicada, no puede lanzarse ciertamente en la discusión como argumento contra Sievers;

pues la exigencia suprema de una teoría no es que deba ser sencilla, sino que debe ser adecuada. Si la onda de intensidad es realmente un factor de formación de sílabas, como afirma Sievers, hay que admitirla. Acaso se aclarará el asunto de la teoría de la doble característica, de Sievers, tal como él mismo lo ha preparado ya; a saber: que existen acoplamientos comprensibles entre onda de sonoridad y onda de intensidad, y que de hecho se obtiene de las dos un *producto de impresión* y a la vez se utiliza como criterio efectivo de separación silábica; así al menos por los individuos de la comunidad lingüística alemana. Pues en diferentes lenguas podría ser distinto. Hay en la esfera de la música cosas análogas a esto, si se trae y admite a comparación la interacción de melodía, ritmo de duración y ritmo de intensidad.

También hay que contestar quizá de modo distinto para las diversas lenguas a la pregunta de en qué medida no perturban los diptongos la unidad de la sílaba en la impresión. Todo esto son sutilezas de posibles articulaciones que sólo recibirán su verdadero aspecto e importancia desde el análisis fonológico minucioso.

3. *La teoría motriz de la sílaba; impulsos balísticos*

Harina de otro costal son todos los esfuerzos para conseguir una caracterización «motriz» o «genético-productiva» de la sílaba. A pesar de la declaración de renuncia de Sievers, se ha intentado una vez y otra mostrar la articulación silábica de la fluencia sonora como el resultado y la representación acústica de una *simple* forma ondulatoria o de choque del proceso motor que produce los fonemas [4].

Paso por alto los intentos de De Saussure y de Rousselot, que no carecen de interés, y pongo en primer plano ejemplarmente el ensayo del psicólogo americano Stetson [5]. Para entender su ensayo hay que

[4] La tesis de Sievers, citada frecuentemente, dice: «Una definición *genética* unitaria del concepto «sílaba» no puede darse» (pág. 55). Cuando luego él mismo propone el nombre «sílabas de presión», puede uno sorprenderse, pero no apuntarle sin más una contradicción. No es que Sievers mismo hubiese resuelto así sin darse cuenta el presunto problema insoluble o que se le hubiese deslizado una desviación de su teoría acústica de la sílaba hacia el punto de vista motor. Pues Sievers sólo ha dudado de un equivalente motor *simple* del fenómeno de la articulación silábica, interpretado por él acústicamente y ha entendido el «fenómeno de presión» de un modo acústico o *también* acústico. Si esto es físicamente imaginable o no con las sílabas de presión en su sentido, es otra cuestión.

[5] R. A. Stetson: «Motor-Phonetics». *Archives de Phonétique Exp.*. 3 (1928). —Hudgins and Stetson: «Functions of the breathing movements in the mechanism of Speech». *Ibid.*, 5 (1930). —Además me ha sido enviado un «Manual

conocer ante todo la importante distinción de los movimientos corporales *balísticos* frente a los *llevados*. Un movimiento corporal llevado, como el de mi brazo cuando lo extiendo lentamente para coger algo, se produce por inervación de los músculos flexores y extensores a la vez. Un movimiento brusco del dedo o del brazo, en cambio, carece del freno por la tensión contraria de antagonistas inervados al mismo tiempo, y por esto tampoco puede ser dirigido durante su recorrido. no puede ser orientado con más precisión hacia su fin. Aquello es la nota definitoria y esto una propiedad consecutiva de los movimientos balísticos en el sentido de Stetson y sus colaboradores. La presión respiratoria de la sílaba breve es producida, según Stetson, por impulsos balísticos que recibe el fuelle motor, son *chest pulses,* mientras que las circunstancias para las sílabas largas, por lo que se refiere a la presión de la espiración, son algo más complicadas.

La mejor descripción resumida de las dos clases de movimiento se encuentran en el ensayo de Hartson; estas cosas son de mucha importancia práctica para toda clase de *records* deportivos, en el tocar el piano, la mecanografía, la escritura, etc., y en estos campos han sido estudiadas antes que en la psicología de los movimientos verbales. Los profesores de piano modernos, cuando se trata del entrenamiento para rendimientos máximos, dan mucho valor a que los dedos se muevan «lanzados», balísticamente (como una cosa arrojada o lanzada); también los entrenadores deportivos dan valor a esto en el golpe del gol, etc. ¿Por qué? Porque los movimientos de tipo balístico son a la larga *los menos fatigosos,* pueden realizarse sucesivamente *muy de prisa* y resultan *más precisos* (con suficiente ejercicio) que el otro tipo con igual *tempo.* Así, como es sabido, los incansables movimientos del ojo que mira se componen de desplazamientos balísticos; también la acción del incansable corazón es balística; los movimientos respiratorios de las sílabas breves entran, pues, si Stetson tiene razón, en una sociedad distinguida; estas pulsaciones de presión (más exactamente, productos de las pulsaciones de presión) se legitiman allí junto a los latidos del corazón y los movimientos de los ojos al mirar como productos balísticos.

¿Tendrá razón Stetson? Vale la pena estudiar con precisión sus experimentos, que aplican en la cuestión de la sílaba experiencias de un trabajo de laboratorio de treinta años con otros movimientos corporales más fáciles de examinar. Yo mismo era escéptico hace dos años, cuando conocí estas cosas por primera vez; escéptico sobre todo acerca de los aparatos, que me parecían técnicamente demasiado primitivos, de la equivocidad de las desviaciones de las curvas, y porque me parecía inverosímil que el tosco aparato del fuelle hubiera de seguir a tales impulsos de ondas cortas. Pero Hartson, que

---

of motor phonetics for the deaf» (1933), no impreso (en multicopista), con las imágenes de corrientes de acción mencionadas en nuestro texto. L. D. Hartson: «Analysis of skilled movements». *Personal Journal,* 11 (1932).

trabajó un semestre en mi Instituto, me ha informado de palabra con más precisión sobre algunas cosas, de tal manera que las objeciones en el punto capital se han desvanecido; ante todo, las inervaciones musculares se han hecho hoy directamente visibles en el galvanómetro de cuerdas, lo que naturalmente pone su existencia por encima de toda duda.

Hartson escribe, desde luego, en su artículo con toda generalidad: «Un cuerpo vivo bien integrado nunca está libre de posiciones fijadas muscularmente [que pertenecen a la otra clase de inervaciones], el fundamento en que aparecen apoyados los impulsos balísticos» (página 32), y dice sobre los movimientos verbales: «Las pulsaciones balísticas de espiración que constituyen al hablar las sílabas son expulsadas por la presión constante de la espiración» [sc. del fuelle distendido activamente y luego replegado pasivamente en sí mismo]. Sólo puede tratarse, pues, según Hartson, de impulsos balísticos adicionales (*superimposed*). Si admitimos que tales «breath pulses» se muestran irreprochablemente para las sílabas breves, se ha respondido efectivamente desde el punto de vista de la producción a una parte de las cuestiones silábicas. Ciertamente no a todas, pues ahora vienen las sílabas largas, que psicológicamente experimentan de otro modo su alargamiento y su formación fonológica; se entiende en inglés, que hablan los sujetos de experimentación de Stetson y que en este aspecto podría estar próximo al alemán. Creo que Sievers y otros hubieran podido insertar fácilmente este hallazgo en su concepción fundamental de la sílaba.

Hartson indica sumariamente: «Each syllable is a ballistic pulse in a stream of air from the lungs, the volume of which is controlled by fixations in the rib cage and abdomen». Con suma probabilidad hay que completar esto en un doble aspecto, pues *primero* se podría exceptuar una buena parte de las sílabas largas, especialmente de las alargadas enfáticamente, y *segundo*, su propio análisis de los *featuring movements* en la boquilla le plantea a Hartson la cuestión de si por medio de ellos no pueden producirse también efectivas ondas silábicas. Pues escribe: «Giving utterance to the many tones and syllables in the human repertory of song and speech involves ballistic contractions of lips, tongue, lower jaw, and throat in a variety of ways» (pág. 39).

La cuestión capital psicológica, según todo esto, es si y cómo y en qué medida puede captar un oyente el carácter balístico de la sílaba breve y el no balístico de la alargada, o, con otro giro, cómo se expresa la modalidad de producción *en lo acústico*. Sigue habiendo siempre, en mi opinión, momentos de la articulación silábica, que sólo se producen por movimientos de la boquilla en cooperación con el fuelle y que, vistos acústicamente, no tienen nada que ver con los latidos de presión, entendidos de cualquier modo; con otras palabras,

la concepción fundamental de un acústico como Sievers queda en gran parte incólume. Stetson (dicho sumariamente) ha aportado el haber mostrado cómo surgen los golpes de presión, sobre todo de las sílabas breves, y cómo en las depresiones ondulatorias de las ondas sonoras los límites silábicos se jalonan muchas veces por medio de momentos peculiares; pues sus análisis de la presión se refieren, naturalmente, en primer término, al fenómeno de las consonantes límites y muestran cómo es puesto a propósito por el aparato técnico del hablar. No es, pues, para conservar la imagen de la montaña y el valle, que puntos bajos sin marcar en los valles sean los límites silábicos, sino que allí están frecuentemente los fenómenos señalados de las consonantes como límites puestos activamente.

Me parece muy instructiva en la obra de Stetson y sus colaboradores la amplia visión de conjunto de las condiciones de inervación psicofísicamente afines en otras esferas de movimiento. Hartson no sólo conoce en su cuadro de las formas investigadas de movimiento del hombre «featuring vocal movements», es decir, precisamente los efectos de colocación de la boquilla, sino «featuring movements» dondequiera que al efecto del aparato de movimiento más tosco se superponen los tonos concomitantes modificadores (dicho en pocas palabras, esto quiere decir movimientos en las pequeñas articulaciones); así, por ejemplo, se superponen (*superimposed*) como *featuring movements* movimientos de los dedos a los desplazamientos más toscos del brazo al escribir o tocar el piano. Y estos movimientos superpuestos, cuando se trata de precisión y rapidez al mismo tiempo, tienen que ser balísticos, no pueden, pues, ser parcialmente retenidos y así guiados durante su transcurso por medio de impulsos contrarios en los músculos antagónicos. Deben tener el carácter de movimientos que vibran libremente, y sólo al final son detenidos (cortados) activamente. La cooperación de varios aparatos en nuestro órgano verbal (fuelle, aparato vocal y boquilla graduable) no es, considerada desde esta perspectiva, una excepción, sino que se incorpora a la estructura general de todas las producciones de movimiento más sutiles del hombre.

4. *Unificación de aspectos. Crítica de Stetson. Contracrítica. El factor de resonancia*

¿Qué ocurre, pues, en detalle con los dos aspectos de la teoría silábica, el acústico y el motor? La moderna radiotécnica ha prestado atención a muchas cosas que están realizadas en los aparatos de emisión y recepción de la comunicación verbal natural, y las ha imitado o sustituido con medios propios. Pero no se ha alcanzado, y hoy por hoy es técnicamente inimitable, la *cooperación,* extraordinariamente importante, de los aparatos de emisión y recepción dentro de uno y el mismo sistema psicofísico. Somos, cuando percibimos auditivamente, otra cosa y más que receptores puramente acústicos; y cuando nosotros mismos hablamos, somos otra cosa y más que emisores, *sordos.*

Sino que recibimos lo oído, cooperando interiormente en la construcción (con frecuencia repitiendo expresamente) y producimos las emisiones propias bajo el eficaz control de nuestro oído que participa en la audición. No quiero hablar aquí de casos límites en que esto ya no es válido y donde a consecuencia de ello surgen dificultades de comunicación considerables y bien conocidas; basta con que conste y se reconozca que la recepción y comprensión de un decir con sentido en el hombre *oyente* en sus cabales pone a la vez en acción en varia medida el propio aparato emisor, y viceversa. Sería poco perspicaz suponer sólo una cooperación del emisor en el oyente allí donde son comprobables movimientos de articulación fácticos; poco perspicaz, querer subrayar demasiado enérgicamente la realización motriz dentro del marco del fenómeno más general de la *resonancia,* en el que estoy pensando. No; hay también todavía una cooperación constructiva *central* allí donde en el propio aparato verbal, al menos con métodos toscos, no se puede demostrar ninguna fonación muscular concomitante.

Si se aplica este principio de la cooperación entrecruzada a la cuestión de la articulación silábica de una fluencia sonora oída, un partidario decidido de la teoría motriz de la sílaba podría empezar diciendo que intenta expresar todo lo que hay que decir en «terms of motorphonetics». Stetson procede de hecho así, y de ahí procede su viva polémica contra todos los acústicos. Adquiere ésta el matiz de una lucha metodológica dogmática; un behaviorista convencido como Stetson rechaza ya toda concesión en este asunto, porque de nada se guarda más que de la temida recaída en la fase, que se supone superada, de un análisis fenomenológico del estado de la cuestión. Y en esto la polémica se excede, la crítica de Stetson da algunas volteretas que otro psicólogo no puede dejar pasar al estimado colega.

Stetson quiere refutar la teoría acústica de la sílaba y mostrar la motriz como única adecuada. Lo que piensa resulta concebible y con sentido exactamente en la medida en que el *factor de resonancia* en el oyente determina efectivamente los fenómenos de recepción. Pues exactamente en esa medida puede defenderse la tesis de que la onda silábica es presentada al receptor en el aparato emisor propio. Allí se produce como un eco la misma onda de *chest-pulses*; tras de lo cual el receptor ya no está frente al proceso recibido de otro modo que ante una onda silábica producida por él mismo; la comprueba y puede distinguir la sílaba *a* de la sílaba *b* sin tener que recurrir a diacríticos acústicos. Se llamaba antes al ámbito en que acontecen tales distinciones la cinestesia. Innovadores decididos, como J. B. Watson y Stetson, simplifican su esquema y argumentan sin más de esta manera: Lo que yo, el investigador, tengo escrito en mi papel ahumado, lo tiene también el organismo receptor; y por esto puede, como la experiencia enseña, «comportarse» de distinto modo después de la recepción de *a* y *b*. Esta es la sustancia de la teoría silábica puramente motriz-fonética de Stetson.

Datos objetivos que se pueden mostrar inscritos son, efectivamente, argumentos contundentes en la ciencia. La cuestión es sólo si lo registrado por Stetson basta para hacer comprensible todo el contenido de la recepción. No limitaremos nuestra contracrítica a la presentación de la curva, tan cuidadosamente obtenida, de la sílaba *Maul,* sino que estamos dispuestos a comprobar al motoricista Stetson que algunas de las cosas que contiene la curva acústica no las podrá leer nunca *por principio* en sus corrientes de acción. Si algo que aquí no aparece por principio, pero es visible en las curvas acústicas, es exactamente tan relevante para la comunicación verbal como los *chest-pulses,* todo admirador del análisis «objetivo» se avendrá a admitir de vez en cuando, junto a su propio análisis motor, el procedimiento de los acústicos, porque penetra más, en puntos importantes, en el campo de los momentos relevantes para la comunicación verbal normal. No pedimos más. Pero todo esto no debe ser un vacío ejercicio de agudeza, sino descubrir ciertas unilateralidades en ambos campos y abrir una perspectiva sobre los problemas psicológicos centrales de la cuestión de la sílaba.

El mérito principal de Stetson es la introducción del importante conocimiento de los movimientos balísticos en la teoría de la sílaba; le pedimos que piense hasta el final con suficiente atención este hallazgo suyo propio. Suponiendo que yo no «lance» partes del fuelle o bien de la boquilla al pronunciar sílabas rápidamente, sino que lance un cuerpo extraño libre no adherido contra una cuerda sonora, como ocurre de hecho con los macillos del piano, el efecto de mi impulso muscular resulta codependiente de la disposición de la cuerda (material, longitud, tensión); por tanto, nunca puede conocerse unívoca y completamente por las corrientes de acción que compruebo en el músculo activo. Pregunta: ¿Qué sucede en este punto con las vibraciones del aire que son producidas por el aparato vocal de un hablante? Respuesta: No dependen sólo de los *chest-pulses,* sino de las varias tensiones, de la formación de cavidades, etc., en el dominio del instrumento sonoro; por tanto, no pueden verse nunca unívoca y completamente en el galvanómetro de cuerdas, que sólo indica corrientes musculares. En cambio, las curvas acústicas como la de *Maul* nos informan acerca de muchas cosas que son importantes en la comunicación verbal. Stetson tendría que presentar en *sus* curvas un solo análisis vocal antes de poder considerar como superado el procedimiento del partido contrario, desde Helmholtz hasta Stumpf; y si quisiera intentar mostrar curvas vocales en sus corrientes de acción, sólo hace falta un poco de física elemental para predecirle un chasco estupendo. Pues ni la cinta vocal oscilante ni ninguna otra parte oscilante del aparato vocal le dará el gusto de suministrar corrientes de acción del carácter de las curvas vocales. Simplemente porque sus oscilaciones se producen de un modo tan sin corriente y autónomo como las de una membrana inerte insuflada.

Pero se nos asegura que las vocales son un fenómeno suntuario en la comunicación verbal humana; pues personas sordas bien ejercitadas en leer lo hablado en la boca del que habla lo conseguirían sin ellas. Un curioso procedimiento de demostración, al que podría oponerse, a propósito de la comunicación telefónica de las personas que oyen, una elegante demostración paralela del «fenómeno suntuario» de las consonantes (ver más adelante, § 18, 4), con lo cual se llegaría al resultado final de que no importan ni las vocales ni las consonantes. No; todo esto, juzgado de un modo puramente lógico, es un disparate. Pues por la existencia de rodeos se puede demostrar la inexistencia o carencia de importancia de un camino directo, por la eficacia de sustitutivos la sustituibilidad, pero no la superfluidad de lo sustituido. Pero se puede demostrar la audición fáctica de las personas que oyen (si es menester, tam-

bién con métodos behaviorísticos); y no disuadirá a nadie que hable alemán de que *Tische-Tasche-Tusche* (mesas, bolsillo, tinta china), gracias a la diferencia vocálica oída, que Stetson nunca puede hacer visible en sus curvas, son tres palabras alemanas distintas.

Es un espectáculo para expertos ver ejecutarse una vez y otra este baile en la cuerda floja del análisis exclusivamente behaviorista del movimiento en todos los puntos de la psicología. En nuestro caso fracasa el intento de considerar las corrientes de acción de la musculatura activa como el único sustrato del proceso de emisión y recepción lingüístico en el dominio de los sistemas psicofísicos, por lo pronto en el simple hecho fisiológico de que el aparato auditivo reacciona de diferentes modos a las formas y matices en la esfera de la sondas sonoras, que no pueden ser reproducidos en las corrientes de acción, mucho más inertes, de los músculos activos. El ámbito de lo audible excede de lo que podemos imitar con medios vocales propios, en muchas dimensiones (altura, gravedad, intensidad). Ya esto basta para mostrar la hipótesis general de la resonancia de los motoricistas radicales como exagerada e insuficiente. Pero su insuficiencia se manifiesta de un modo totalmente extremado en los hechos de las perturbaciones centrales del lenguaje, en que la observación de la distinción entre perturbaciones esencialmente sensoriales y esencialmente motrices es de las más primitivas que pueden hacerse [6].

A pesar de todo esto, la construcción conjunta central y la cooperación periférica, la *resonancia,* es y sigue siendo un hecho importante. Hubo acústicos en el dominio de la teoría silábica que no querían saber nada, por ejemplo, de las «sílabas de presión» de Sievers, o del concepto, en su opinión poco claro, de una «importancia» que una sílaba puede tener y ostentar en la comunicación verbal, ya se realice de hecho esta importancia, en el caso verbal concreto, en la dimensión de la sonoridad o de la altura o de ambas juntas o de la brevedad activa o de una longitud activamente sostenida. Estas y otras dificultades se desvanecen en el momento en que los analíticos acústicos unilaterales se dejan informar. Pues ocurre de hecho que en cada lengua existen ciertos grados de libertad para realizar el relieve de importancia en el flujo sonoro del habla tan pronto más en un momento como en otro. Que esto es posible y se admite sin perturbación, sólo puede explicarlo el motoricista de la manera más sencilla. Y el motoricista consecuente trabaja siempre, sépalo o no, con la hipótesis de la resonancia.

5. *El resultado*

Repito: la articulación silábica del flujo sonoro del habla pertenece en conjunto a las configuraciones condicionadas materialmente y se manifiesta de diversas maneras. Cómo se aplica y utiliza por el

---

[6] Cf. sobre esta crítica del análisis unilateral de la producción: P. Menzerath y A. de Lacerda: *Koartikulation, Steuerung und Lauterzeugung,* 1933, especialmente página 59.

que habla *con sentido* y produce actualmente las formas fonéticas de su lengua que le son familiares, se ha apuntado al menos. Las palabras y frases que produce se atienen en amplia medida, en su estructura sonora, a la configuración natural, por decirlo así, dada de antemano, y no la transforman tan radicalmente que pudiera desaparecer la onda sonora natural de la serie silábica. La onda sonora natural del silabismo tiene que traslucirse, porque el rostro acústico en la forma sonora de las palabras está caracterizado en buena medida por tener una, dos, tres o más sílabas.

18. El perfil sonoro y la filiación fonemática de las palabras. Los fonemas como señales sonoras

Hay frases construidas con más complicación y frases sencillas; hay compuestos y simples entre las palabras; el concepto «simple» tiene que definirse separadamente para cada campo, lo que no crea dificultades mientras se respete el principio clave de la naturaleza de signo propia del lenguaje y el otro axioma de que es un sistema de dos clases de signos (un sistema G-S). El principio de la naturaleza de signo propia del lenguaje está llamado a preservar a la investigación de los elementos de desviaciones materiales. Es verdad, por ejemplo, que el análisis acústico descubre tonos simples como tono fundamental y concomitantes en todo sonido vocal, y también ruidos instantáneos y duraderos en las consonantes; pero es falso que, por consiguiente, estos tonos y ruidos pertenezcan a los fenómenos elementales *lingüísticos*. Pues los tonos y ruidos simples, sean producidos por diapasones o por cuerdas vocales, no tienen curso en la comunicación verbal humana, son materiales como el papel de los billetes de banco, pero *no signos lingüísticos*.

Si vale o no vale lo mismo de los llamados «sonidos», como *a* y *p*, que en la imagen escrita reciben una simbolización óptica, no puede decirse por ningún otro procedimiento sino por medio del principio clave de la naturaleza de signo del lenguaje. Si les corresponde una función de signo bien definida, de modo que su verdadero nombre pueda y deba ser «signos fonéticos», entonces *sí*; en otro caso *no*. El argumento lógicamente satisfactorio para la decisión afirmativa lo ha proporcionado por primera vez la fonología, milenios después de haberse manejado estos fenómenos como «elementos», prácticamente con la invención de la escritura alfabética y teóricamente por los lingüistas. Entramos *in medias res* y aprehendemos el problema de los elementos en la teoría del lenguaje a propósito del ejemplo de los fonemas.

1. *Comparación de los elementos fonemáticos con los químicos*

Todo fonólogo experimentado de una lengua dada establece una lista de los sonidos lingüísticamente relevantes y puede enumerarlos; en alemán hay estos y aquellos fonemas, digamos 40 en números redondos. En esto se encierra tan poco misterio como cuando el químico de estilo antiguo y todavía hoy hace una lista de los elementos químicos, en la que encontramos antiguos conocidos, como hidrógeno, oxígeno, azufre, selenio, y entre los noventa o más quizá también algunos novicios. Algún que otro novicio puede ser también descubierto todavía en sutil análisis por el fonólogo del alemán. Distinguimos, por ejemplo, dos grupos de palabras o sílabas radicales alemanas por la diferencia entre la *e* breve abierta (y la mayoría de las veces fuerte) y la *e* larga cerrada (la mayoría de las veces más débil); o (como también puede decirse valiéndose de la expresión de la acústica instrumental) entre la *e* «gedackt» y la «ungedackt» [7]; pues hay también, como es sabido, tubos de órgano abiertos y «tapados», que dan sonidos fáciles de distinguir, y Stumpf ha comprobado que la distinción usual de los fonéticos es idéntica en cuanto al sonido a aquella otra de la acústica instrumental. Así se distinguen entre sí: *Herr* y *hehr*, *Fell* y *fehl*. Pero ¿qué sucede con el fonema vocal de las sílabas iniciales y finales átonas como en *ge-*(*liebt*) y (*liebt*)*-te*? Es muy posible que el mismo símbolo óptico simbolice aún un tercer fonema. Son sutilezas que interesan al teórico del lenguaje, pero que evidentemente no pueden ser decididas por él en un abrir y cerrar de ojos [8].

Lejos de todas las cuestiones de detalle, el príncipe Trubetzkoy ha propuesto para los fonemas vocales una idea sistemática que (en caso de confirmarse empíricamente) podría compararse en alcance y convincente sencillez con la idea sistemática de su compatriota el químico Mendeleiev. Exactamente mientras se sepa y no se olvide *qué* se ordena allí y aquí: allí la esfera total de los fonemas vocales en todas las lenguas humanas, aquí los elementos químicos. En la química se trata de sustancias con pesos moleculares y propiedades reactivas

---

[7] Bühler usa la expresión que designa una clase de tubos de órgano, «tapados», «de tapadillo» o «bordón». Aplicada a la *e*, es intraducible. (*N. del T.*)

[8] Lo acústico en Stumpf: *Sprachlaute*, págs. 258 y ss. Complementos críticos desde el punto de vista fonológico, en mi ensayo *Phonetik und Phonologie*, páginas 33 y ss. Si hay una vez más nuevas diferencias fonemáticas, y cuántas, en series de palabras como *mehre, Meere, Märe,* lo dejamos a la decisión de los especialistas. Los responsables de nuestra ortografía estandardizada hacen como si lo supieran o proponen deliberadamente, por ciertos motivos de conveniencia para la reproducción óptica, diferenciaciones que no corresponden adecuadamente a lo acústico.

químicas; en la lingüística, en general, de productos con carácter de signos, y en la fonología, de *señales fonéticas en las palabras.* ¿En qué estriba en último término la distinción entre «elementos» fonemáticos y químicos?

Subráyese en todo caso, acéptense o rechácense por los demás los paralelos, una cosa, qué signos y sustancias pertenecen a dos esferas de objetos distintas de la ciencia. Los signos suponen sistemas psicofísicos del tipo humano. Hay que pensar tales sistemas intercalados como *detectores;* si no, no se manifiestan signos en el acontecer universal. Es para nosotros completamente desconocido si en el *commercium* de los átomos en la retorta del químico sucede en algún lugar algo análogo a lo que ocurre en el *commercium* de sistemas psicofísicos. En química no tiene lugar para la determinación científica de los procesos el *factor* signo; en lingüística, en cambio, es imprescindible, y con él *el principio de la relevancia abstractiva.*

El método de demostración de los fonólogos es lo más trivial posible. Se comprueba la tesis de que en la comunicación verbal alemana las vocales *a-i-u* funcionan como fonemas, demostrando que los interlocutores de esa comunicación reaccionan de modo diferente a palabras como *Tasche-Tische-Tusche.* Para esto no hay que realizar ningún experimento con personas que hablen alemán. El hecho de una conducta diferente de índole semejante en la comunicación con signos de las abejas tiene que ser demostrado *ad oculos,* es decir, ser hecho visible en los movimiento corporales de los sujetos, mientras que para los lingüistas la prueba es un poco más cómoda; pues todo el que habla alemán les asegura al punto que *Tasche* y *Tusche* «son» dos palabras distintas. Pero el lógico puede y debe poner aquella prueba y esta prueba en el mismo plano.

La demostración del químico transcurre de otro modo: separa y aísla con sus medios, por ejemplo, el oro puro, el hidrógeno puro, y determina las propiedades de lo que (con sus medios) no se puede descomponer más. Basta con que se vea y admita que en ambos casos se requiere y realiza un «análisis» o «reducción». La reducción del químico (en la esfera que nos interesa aquí) está terminada cuando no se consigue ninguna descomposición más con los medios bien definidos de su análisis, y lo aislado se manifiesta como lo mismo en los experimentos y reacciones decisivos. La reducción del fonólogo está acabada allí donde acaba la aproximación fonética de palabras que se distinguen de hecho en una comunidad lingüística. No puedo llevar la asimilación más allá que hasta una diferencia fonética única como en *Tasche* o *Tusche,* en otro caso no tengo delante dos palabras fonéticamente discernibles, sino sólo una palabra de la lengua alemana. Que esta realidad fonéticamente una aparezca en distintos lugares del

contexto, en ciertas circunstancias, como más que una (como «liebe» en «ich liebe» [yo amo] y «die Liebe» [el amor]), es un hecho que no pertenece al campo visual del fonólogo, sino que requiere otros análisis lingüísticos.

Esto es en rigor todo lo que necesitamos de momento en nuestra exposición de los hechos. El químico idea sus hallazgos y encuentra un fundamento sistemático para ellos en la idea de la *estructura atómica* de la materia. Con moléculas y átomos se calcula hace ya mucho tiempo, y Mendeleiev fue capaz de ordenar la totalidad de los elementos químicos conocidos, de un modo sencillo, mediante su genial construcción mental, la constitución de la hipótesis avanzó en la misma dirección varios pasos más cuando los entonces últimos componentes, es decir, más pequeños o más sencillos, se reconocieron como productos de otros todavía más simples. ¿Qué ocurre con los fonemas? Hemos dejado atrás en la psicología una era de pensamiento atomístico, y podríamos, con ocasión de un análisis adecuado de los sonidos lingüísticos, demostrar una vez más, de un modo especialmente evidente y sencillo, que el modelo mental atomístico anterior en la psicología es inadecuado y ha echado a perder en muchos puntos el esquema a los contemporáneos de E. Mach y Wundt. Pero esto sería hoy una crítica liberadora *post festum*. Más importante es reconocer el camino recién iniciado del análisis fonológico como un procedimiento que para un amplio círculo de temas del análisis del acontecer intersubjetivo promete resultar *ejemplar* y conduce a un *nuevo concepto de elemento*. Si se ha comprendido plenamente esta novedad, se reconoce después que no es completamente nueva en todos aspectos, sino que tiene afinidad con muchas cosas que ya en la antigüedad, y desde entonces una y otra vez, se han llamado, junto con las materias primas «elementum» [9].

2. *Perfil sonoro y filiación de las formas verbales*

El léxico de una lengua como el alemán contiene muchos millares de formas fonéticas, que en interés de una comunicación verbal unívoca tienen que distinguirse unas de otras con suficiente precisión. Si el psicólogo considera cómo sucede esto, encuentra en el fondo los mismos medios que le son familiares de otros dominios. Suponiendo que yo tengo que distinguir y reconocer tantas *personas* como formas fonéticas hay en mi lengua, esto puede lograrse dentro de ciertos límites sin aprestos especiales ni recursos muy perfeccionados; reco-

[9] Sobre el concepto de elemento en la antigüedad, cf. H. Diels: *Elementum*, 1899.

nozco a centenares de conocidos más próximos por la cara o el tipo, por movimientos peculiares o por la voz. Y esto quiere decir, formulado conceptualmente: por *caracteres complejos,* acerca de los cuales no tengo que esforzarme especialmente, porque se me manifiestan y se retienen en el trato como espontáneamente; en todo caso surgen muchas veces sin una articulación comprobable en momentos particulares.

Sólo más allá del círculo de los conocidos más próximos, que se distinguen fácilmente, hace falta la intervención de *características* especiales, que de vez en cuando se reúnen en una «filiación» y se utilizan en circunstancias de identificación dificultosas, como hizo ya la criada de Ulises, cuando al lavarle los pies a su señor después de veinte años lo identificó por la señal de una cicatriz [10]. Suponiendo ahora que en lugar de personas tuviese yo que distinguir algunos miles de *huevos de gallina,* podría proceder, por ejemplo, poniéndoles artificialmente signos de identificación. Por amor a la economía y a una comparación que se me ocurre para más adelante, elijo puntos de color y decido que se pongan tres puntos en cada huevo. Si pongo cada vez estos puntos en una serie utilizo también la sucesión (por ejemplo, desde la coronilla) para la caracterización, puedo calcular cuántos puntos distintos, *notae,* son necesarios para ello. Con 16 elementos se puede formar 4.096 combinaciones ternarias. El número de las notas fonéticas (fonemas) de una lengua como el alemán es aproximadamente quizá tres veces mayor que el número aquí utilizado de los 16 puntos de color.

Las formas verbales de una lengua tienen ambas cosas, un rostro (acústico) comparable con el rostro (óptico), el tipo o los andares de las personas y una filiación como mis huevos de gallina marcados. Sólo que esta filiación no se les imprime posteriormente y desde fuera, sino que se impone ya al originarse en el aparato verbal humano. Así ocurre o puede ocurrir en la elaboración de productos —cosas o acontecimientos—, que no tienen ninguna otra función ni ninguna otra justificación de su existencia en el mundo que la única de funcionar como signos. Así sucede con los productos del aparato verbal humano que se disponen y elaboran enteramente para su función de signos. Como *flatus vocis* los productos verbales concretos son cuantos mínimos de energía que sólo hacen resonar aparatos receptores adecuadamente sintonizados, y por lo demás no sirven para

[10] El procedimiento policíaco de las huellas dactilares demuestra, si no otra cosa, por lo menos una, que con paciencia y perspicacia se puede obtener hasta en cada trozo adecuadamente escogido del tejido de la superficie cutánea una característica individual prácticamente suficiente, lo que aquí ya no nos interesa.

ninguna otra cosa. Ni siquiera se hará temblar normalmente con ellos, de un modo visible a simple vista, la llama de una vela o se la apagará; toleran también admirablemente una transformación reversible en la forma ondulatoria eléctrica, y acreditan así una vez más su carácter de signos.

«Rostro» y «filiación» son nombres metafóricos de dos métodos, *no de uno,* y el mismo para garantizar su diacrisis, pues el «rostro» en nuestro sentido pertenece a las figuras y la filiación, por la naturaleza de la cosa, total o considerablemente a las «uniones con y». ¿Para qué las dos técnicas de distinción? Lo que describimos hace la impresión de uno de aquellos dispositivos de seguridad múltiples que se encuentran por todas partes en el reino de los productos *orgánicos* y también, imitados de ellos, en la esfera de los instrumentos técnicos expuestos o que ocasionan peligro. Si esta primera impresión persiste o tiene que corregirse después, es una cuestión abierta por de pronto, que no podemos contestar. Pero en todo caso no pertenece a lo más obvio de todo que un aparato vocal humano pueda producir como emisor algunas decenas de millares de breves formas fonéticas tan bien acuñadas que cada una de las miles sea aprehendida sin dificultad por un aparato auditivo humano como receptor como ésta o aquélla y distinguida de todas las demás.

El rostro de que hablamos casi se pierde y se hace borroso en la simbolización óptica de las formas verbales en nuestra escritura impresa; la filiación, en cambio, permanece mejor o peor conservada. Cuando los psicólogos, hace cuarenta años, hicieron el primer intento de un análisis moderno de los procesos de la lectura de impresos, el primer punto sobre el que no pudieron ponerse de acuerdo en seguida fue si la forma verbal impresa se reconoce por el rostro o por la filiación. B. Erdmann y Dodge eran representantes de una teoría de la forma; llamaban lo decisivo a la «forma de conjunto» óptica, mientras que Wundt defendía la tesis contraria, que la forma verbal se aprehende por la filiación de las «letras determinantes». La discusión resultó entonces estéril, y no merece renovarse hoy en forma tan insuficiente como se llevó a cabo. Pero merece reconocerse retrospectivamente en absoluto el fino tacto de Wundt.

Pues, efectivamente, el principio fundamental de toda escritura alfabética es que se intenta reproducir ópticamente la característica de filiación de la forma verbal acústica posponiendo el rostro. Intentamos en la escritura simbolizar ópticamente los fonemas. Que los signos ópticos enumerables de los fonemas de una palabra impresa (agrupados estrechamente y separados como un grupo o grupito de los grupos vecinos) produzcan una forma de conjunto determinada, es evidente e inevitable, pero no el fin primario del procedimiento.

El lector ejercitado procede ciertamente de un modo muy sumario y utiliza las formas de conjunto repetidas con frecuencia, que capta globalmente; esto no lo ha puesto en duda casi ningún especialista. La cuestión decisiva es si el procedimiento de la escritura alfabética lleva su nombre con razón o sin ella, si se propone primariamente una reproducción *sistemática* de la filiación de la forma verbal acústica o alguna otra cosa. Y en esto Wundt está en el partido victorioso; la fonología lo ayuda.

Cuando se trata el tema «escritura alfabética y fonología», se tropieza con la alusión al hecho de que la simbolización óptica y la pronunciación pueden ser tan dispares como, por ejemplo, en inglés moderno, donde a veces se escribe Oxford y se pronuncia Cambridge (piénsese en palabras como *lawyer* o *laugh*). Hay que replicar a esto que tal discrepancia, *en primer lugar,* se exagera con frecuencia mucho al estimarla, y *en segundo lugar,* no proporciona ningún argumento contra el fundamento del punto de vista fonológico. Pues la idea rectora fundamental es (y sigue siendo justa) que un simbolismo de filiación hubiera sido absolutamente *irrealizable* sin un apoyo natural del procedimiento en la forma verbal acústica misma. Hasta qué punto tiene que ser completo y adecuado tal simbolismo de filiación para no hacer excesivamente difícil la lectura y la escritura, es una cuestión completamente secundaria. Por lo demás, semejantes objeciones sólo pensadas a medias se desvanecen ante los resultados reales de la fonología.

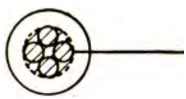
3. *Características fonéticas y notas reales. Trubetzkoy y Mendeleiev. Mirada de soslayo a la heráldica*

Fue una idea excelente estudiar las formas lingüísticas desde el punto de vista de la diacrisis. Si se confirma en la forma fonética de las palabras, luego se investigarán con el mismo éxito los criterios de distinción de las frases. Aquí resulta al primer golpe de vista que las *modulaciones de la figura,* como la melodía o el acento de la frase, funcionan diacríticamente y pueden convertir un enunciado en pregunta o en orden. Por consiguiente, la reflexión tienen que retrotraerse a los momentos de configuración iguales en la forma sonora de la palabra. Sería una unilateralidad funesta que en la forma verbal los árboles sonoros no dejaran ver el bosque; en cuestiones de diacrisis son fonemas los árboles y la figura sonora de la palabra es el bosque. En la teoría elemental dirigimos nuestra atención primero a los árboles e incorporamos la función de signos propia de los fonemas a una gran clase de signos bien conocida. Los fonemas pertenecen a la

clase de las marcas, señales, criterios, notas; son *señales fonéticas* en la forma sonora de la palabra y hacen *pendant* con las señales reales que se han conocido siempre en la lógica y se han caracterizado como notas, en latín *notae.* Reproducimos el esquema de los nombres, de los signos conceptuales (lingüísticos), y subrayamos una vez más su estructura de imagen reflejada:



El pequeño círculo sombreado simboliza la *totalidad* de los momentos diacríticamente relevantes en la forma verbal, así como el pequeño cuadrado sombreado simboliza la totalidad de los momentos aprehendidos conceptualmente en lo nombrado de los nombres. La tesis constitutiva de la fonología es que a los momentos relevantes en la forma verbal pertenecen signos fonéticos elementales, es decir, fonemas; descomponemos, pues, en ese sentido, simbólicamente, el pequeño círculo sombreado antes unitariamente, así:



y traducimos la imagen en la tesis de que en todo sonido verbal hay un pequeño número precisable de notas fonéticas diacríticamente relevantes; son, no exacta, pero sí aproximadamente, el mismo número y aproximadamente las mismas que en la escritura alfabética han recibido símbolos ópticos.

Esta es una concepción de la estructura de las formas verbales sobre la que vale la pena discutir. Ya lo he hecho una vez en el ensayo *Phonetik und Phonologie,* y quiero ordenar ahora las ideas de tal modo que se diga primero lo que allí estaba al final. Como preludio, recordemos la hipótesis antes criticada por nosotros: En el principio las palabras eran formas sonoras onomatopéyicas. Independientemente de que esto sea en general verdadero o no, en todo caso hay hoy todavía palabras imitativas, en las que se puede estudiar cómo se comportan en ella los fonemas. Wilhelm Oehl tropieza en sus análisis, de un modo plenamente justificado, con el hecho de las «características fonéticas»; encuentra, por ejemplo, la característica dental o sonidos sibilantes aislados o combinados en determinados sonidos verbales, que llama por eso palabras onomatopéyicas. Aquí ocurre que una *nota* o varias *notae* de la forma sonora repro-

ducen imitativamente una *nota* determinada o varias de lo nombrado. En la medida en que es exacta la hipótesis de origen concebida desde ese punto de vista, las notas sonoras de la palabra fueron en otro tiempo reproducciones de notas reales. Aquí ya no nos interesa si es exacta y hasta qué punto, sino que proporciona una ficción inicial cómoda: una *ficción* en cuyo trasfondo las circunstancias de hecho adquieren claro relieve y resultan transparentes.

Hoy ocurre que ninguna de las lenguas humanas conocidas admite un número indefinido de características fonéticas en sus formas sonoras verbales, sino que cada lengua utiliza sólo un número limitado, que se puede precisar, un *sistema* mejor o peor ordenado de características fonéticas; los manuales corrientes encabezan la lista simplemente con «los sonidos». Que nadie da más de los que tiene, no necesita demostración; pero las lenguas *utilizan menos* de lo que tienen, y esto necesita una explicación. Léase en uno de los mejores conocedores de las lenguas caucásicas, en Trubetzkoy, cómo allí se encuentra *fonéticamente* la misma cantidad aproximada de matices vocales que en alemán. Sólo que *no* se puede encontrar en el léxico igual número de fonemas vocales que en alemán; las lenguas caucásicas no son más pobres *fonéticamente* en matices vocales que el alemán, pero sí *fonológicamente,* es decir, desde el punto de vista de la utilización diacrítica de su riqueza. Son enormemente sutiles en la inserción diacrítica de las consonantes y extraordinariamente ahorrativas de características vocales, cuando se trata de la diacrisis de las formas verbales. Parejas como *Felge-Volge, Vater-Väter, Hummel-Himmel* serían en su sistema palabras indistintas. Basta; reproducimos así abreviadamente la idea sistemática liberadora de Trubetzkoy:

Ordénense los sonidos vocales en un triángulo, «tal como ya indicó en 1781 el joven médico Hellwag» (Stumpf); Stumpf ha comprobado recientemente, con sutileza fenomenológica, el acierto de esta ordenación.

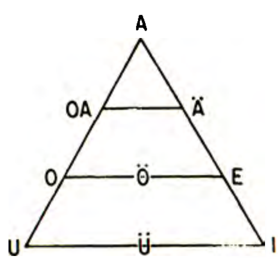


FIG. 7.

La dimensión de izquierda a derecha (por ejemplo, u-ü-i, o-ö-e) se llama claridad, la dimensión de abajo arriba se llama saturación; no está representado el largo-breve o fuerte-débil y un último atributo, la «entonación», esto es, la subida o descenso de la altura del sonido vocal durante su transcurso. Pues bien, según Trubetzkoy, hay lenguas que sólo utilizan diacríticamente diferencias de saturación y nada más. Tienen el sistema más sencillo, *unidimensional* de fonemas vocales. Donde se utiliza diacríticamente, aparte de la saturación, sólo la claridad, se da un sistema *bidimensional*. Nosotros en alemán y en otras muchas lenguas indoeuropeas tenemos un sistema *tridimensional,* porque utilizamos como tercera dimensión el largo-breve (correlativamente a la vez cerrado-abierto). Otros sistemas tridimensionales diferencian según fuerte-débil. Según una regla descubierta por Jakobson, la mayoría de las lenguas sólo utilizan fonológicamente una de las dos cosas; una regla de la que sólo se conocen pocas excepciones, en que (como el alemán e inglés) ambos momentos (duración e intensidad) pueden ser relevantes *con independencia recíproca* [11]. Y por último, en los últimos grados de complicación, hay todavía lenguas que además de todo lo anterior utilizan también variantes melódicas para la construcción de su sistema especialmente rico, *cuadrimensional* de fonemas vocales. Este es, en pocas frases, el esqueleto de la teoría de Trubetzkoy [12].

La idea sistemática de Trubetzkoy, sencilla y transparente, es de la máxima importancia para la teoría del lenguaje. Prescindimos, por afán de simplicidad, de la cuestión más dificultosa de una ordenación análoga de las consonantes y nos atenemos sólo a las vocales. Recordemos una vez más la comparación con la idea de Mendeleiev. Allí se trataba de ordenar el peso atómico de los elementos químicos, y resultaba que forman una serie discreta, que sigue una curiosa ley numérica. Aquí intervino la reflexión de la química teórica y llevó a los resultados conocidos acerca de la estructura de los elementos químicos, y, por último, de la materia en general. En las formas verbales de las lenguas humanas se tiene en cuenta la vocalización; resulta también en ella un orden transparente cuando se hace valer

[11] Así puede leerse ya la reseña de la teoría vocal de Trubetzkoy en «Phonetik und Phonologie». Hoy la descripción de los sistemas tridimensionales tendría que resultar un poco más diferenciada; pues Trubetzkoy mismo distingue hoy, como sé por una conferencia, por lo menos tres maneras de utilización del *momento de intensidad,* entre las cuales a su vez la alemana-inglesa, a causa del acento libre, aparece como la más difícilmente comprensible.

[12] Más precisiones en «Phonetik und Phonologie». *Travaux du Cercle Linguistique de Prague,* 4 (1931), págs. 22-52. El trabajo programático de Trubetzkoy, *ibíd.*, 1 (1929), bajo el título «Zur allgemeinen Theorie der phonologischen Vokalsysteme».

el punto de vista de la diacrisis; en otro caso, no. Resulta que de un modo creciente, paso a paso, las cuatro dimensiones mencionadas del reino de las vocales se hacen *diacríticamente relevantes*.

En palabras onomatopéyicas como *surren-knarren-klirren* (zumbar, chascar, tintinear), las características *u-i-a* contribuyen a la imitación de lo nombrado. Dejemos a los teóricos de la onomatopeya, que con sus anhelos de investigación permanecen inmovilizados en las cuestiones inexplicables del origen, de momento sin inconveniente en la hipótesis de que al principio ha sido en todas partes como es aquí. Tal vez en tiempos primitivos se daba una imitación libre o más libre. Pero hoy ocurre en todas partes con las vocales como en heráldica con los colores. Una heráldica bien organizada sólo admite *determinados* colores y una lengua bien organizada sólo *determinados* fonemas vocales. Los hombres que hablan en lenguas caucásicas tienen que contentarse con tres grados de la dimensión de saturación, donde los alemanes, utilizando también la claridad (u-ü-i, o-ö-e) tenemos a nuestra disposición, calculando esquemáticamente, ocho, y utilizando además la distinción breve-largo, dieciséis (sin contar los diptongos).

La mirada de soslayo a la heráldica no nos ha ocurrido por descuido, pues allí hay también más pobres y más ricos; allí hay otras muchas cosas más, como en el lenguaje. Mientras no se trata de otra cosa que de captar con colores en una superficie pictórica precisamente el mundo abigarrado de las cosas, toda limitación de los matices no sería sino trabas y automutilación. Mientras se trataba o se trata de reproducir mediante vocales características de las cosas, toda limitación sería exactamente lo mismo. ¿Para qué un pequeño sistema de unidades discretas, enumerables, privilegiadas, allí y aquí? Esto todavía no ha sabido decirlo nadie del pequeño grupo de los «nada más que teóricos de la onomatopeya». La Edad Media, que gozaba con los símbolos, sabía en cambio con precisión por qué sus heráldicos limitaban los colores de los blasones y procuraban reducirlos a un sistema. Porque debían construirse con colores (y otros símbolos elementales) en combinación cierto número de blasones bien caracterizados y fáciles de reconocer. Las vocales están igualmente destinadas (en cooperación con las consonantes) a dar en determinada combinación una *filiación* a las formas verbales. Para este fin tiene que ser, como todas las cosas que son signos identificables cada una como esto o aquello, es decir, separada y distinguida diacríticamente con suficiente precisión. *Para esto* el sistema y *para esto* la limitación a un pequeño número abarcable.

Unicamente, si por la vía del procedimiento de filiación ha de ampliarse el horizonte de un reconocimiento fácil a millares de uni-

dades, tiene que cumplirse una segunda condición, que no puede perderse de vista; como psicólogo de la floreciente fonología de nuestros días no se la puede escribir con suficiente frecuencia en el libro de notas. Es el simple hecho de que ninguna persona es capaz de distinguir millares de formas, que como los huevos en nuestro ejemplo estuviesen caracterizadas únicamente por medio de combinaciones de notas, prácticamente de un modo tan fácil, rápido y seguro como el miembro normalmente ejercitado de una comunidad lingüística se las compone con las formas sonoras de las palabras. Es ésta una afirmación que ciertamente no he demostrado experimentalmente, pero que infiero del análisis del reconocimiento al leer y de otros muchos datos; un hecho que como otros reclama ser reconocido y respetado, y remite a la amplia colaboración del *rostro* acústico de las formas sonoras en su diacrisis. La fonología actual sólo resuelve el problema de una teoría de la diacrisis construida sistemáticamente en un primer paso, y para el segundo tendrá que aprender psicología de la forma. Sobre esto, lo siguiente.

4. *El número de sílabas con sentido en alemán. Relevancia del perfil sonoro*

Vistas desde el lenguaje reciente, las características fonéticas de las formas verbales no onomatopéyicas no son signos directos de objetos, sino notas fonéticas que sólo realizan la función de la diferenciación interna de nuestras formas verbales. Si se descompone fonéticamente una forma verbal, los *disjecta membra* como tales no denuncian nada de las propiedades de lo nombrado. Sólo si está dada la totalidad sonora de una palabra y caracterizada de un modo suficientemente unívoco puede darse aquel «reventar» su significación, que los teóricos del lenguaje indios mencionan ya y comparan poéticamente con el abrirse de una flor; lo llaman el «Sphota», el abrirse [13]. Hay a veces efectivamente vivencias extrañas, relampagueantes, de las que podría contar mucho anecdóticamente todo el que tiene que orientarse aprendiendo paulatinamente en una lengua extraña, o también un psicólogo que ha observado los procesos lingüísticos en sí mismo y en pacientes con perturbaciones lingüísticas centrales. Pero la comprensión sin esfuerzo de un decir se produce sin necesidad de

---

[13] En H. Gomperz: *Semasiologie,* pág. 81, una cita con indicación de fuentes sobre ello. La demostración experimental de que los complejos como tales sin mediación de sus elementos son capaces de asociaciones la suministró el trabajo de G. Frings, «Überd de Einfluss der Komplexbildung auf die affecktuelle und generative Hemmung». *Arch. Psych.,* 30 (1913).

abrirse interiormente en serie; esto tendría que ser en el caso de un hablar rápido, literalmente un fuego de ametralladora interior. Y precisamente esto sería el peor símbolo imaginable para lo que ocurre realmente. ¿Qué sucede entonces?

Según mi experiencia, en el análisis de hechos psicofísicos complicados es conveniente dar vueltas pensativamente alrededor de la plaza antes de intentar un ataque bien meditado metódicamente. ¿Cuántas son las formas verbales que un hablante y oyente medio distingue sin esfuerzo y a primera vista en la conversación cotidiana? Si son bisílabos, trisílabos, etc., le ayuda naturalmente el importante momento de la articulación silábica, de que ya nos hemos ocupado. ¿Qué pasa con los monosílabos, los independientes y aquellos que probablemente, por ser sílabas con sentido, aunque insertas en sonidos verbales más amplios, hay que percibir, sin embargo, con suficiente exactitud?

Primera cuestión: ¿cuántas sílabas significativas autosemánticas o sinsemánticas *fonéticamente diferentes* hay en general en alemán? Respuesta: En el lenguaje elevado de un escritor narrativo, en las *Afinidades electivas* de Goethe podrían ser ciertamente más de dos mil, quizá de tres mil a cuatro mil [14]. La pregunta siguiente es: ¿En qué medida varían en la comunicación verbal las *condiciones de entorno* de esas formas sonoras monosilábicas? En muchos casos es importante el entorno simpráctico, en otros a su vez el sinsemántico, o ambos juntos. Que no es indiferente para la comprensión el que un sonido verbal se presente aislado o en *contexto,* puede inferirse, antes de toda investigación más precisa, de las experiencias diarias. Oímos cosas dichas a gran distancia o por teléfono y comprobamos que formas fonéticas aisladas de su texto ofrecen grandes dificultades de aprehensión exacta, mientras que las incluidas sistemáticamente en un texto se aprehenden todavía fácil y exactamente. Las ayudas del contexto restringen, pues, el margen de lo posible hasta el punto de que el resto de los caracteres (que permanecen todavía a pesar de su atenuación o desfiguración) basta para la diacrisis.

Pero este hecho resulta teóricamente fértil porque podemos indicar con cierta exactitud qué momentos y elementos constitutivos de la forma fonética están sujetos primero y más, en las circunstancias mencionadas, a la atenuación, descolorimiento y desfiguración. Son,

---

[14] El número está calculado según investigaciones de estadística silábica, sobre las que se informará más en otro lugar. Contadas de hecho se encuentran en las veinte primeras páginas de las *Afinidades electivas* unas mil sílabas con sentido diferentes. Por el trazado de la curva de aumento de novedades, también después de la página 30, se puede prever no exactamente, pero sí hasta cierto punto, cuántas faltan todavía.

dicho acústicamente, los ruidos; dicho fonéticamente, los sonidos explosivos, los que se alteran antes que todo lo demás. Al aumentar la distancia del hablante se rebasa el límite de su alcance, el teléfono los atenúa y desfigura. Más resistentes son en ambos casos los sonidos vocales y con ellos, ligados a ellos, ciertos caracteres complejos bien caracterizados (cualidades figurales), por ejemplo, la melodía, esto es, el altorrelieve vocal del flujo sonoro, también el aspecto rítmico (fuerte-débil, breve-largo), y por último las ondas de claridad y saturación del vocalismo. El hecho es que estos caracteres complejos juntos bastan ya con frecuencia para cumplir las exigencias diacríticas reducidas. Las formas verbales se reconocen entonces preferentemente por su perfil sonoro y en modo alguno por su sola filiación [15].

Análogamente se disminuyen las exigencias de la diacrisis cuando la forma sonora de una palabra está intercalada *emprácticamente*. Piénsese en la fórmula usual de saludo (*buenos días*) cuando dos se encuentran; y tras ella en todas aquellas manifestaciones que se encuentran tratadas muchas veces bajo el nombre colectivo elipsis como residuos incómodos del habla humana. Todas estas palabras y jirones de frases intercaladas emprácticamente degeneran por lo que se refiere a la articulación, a veces tan fuertemente, que de hecho sólo queda un ruido o murmullo desvaído, y a pesar de ello *no* se malentienden. Igualmente ocurre con el reconocimiento de personas, animales, objetos de uso familiares en las situaciones vitales usuales, que cualquier carácter complejo o rasgo individual basta para identificarlos. ¡No se subestime el alcance teórico de estas cosas! Hay algunas observaciones con niños y animales que demuestran que *originariamente* la comprensión de las señales fonéticas humanas sólo depende de esta o aquella nota compleja. Para el perro adiestrado, las voces de mando bien articuladas de su amo son series de ruidos que acaso se distinguen, y en primer término, por lo que solemos llamar acentuación y melodía de la frase. Tal vez acá y allá es también decisivo un sonido concreto, como en las observaciones de Preyer y Lindner con niños, citadas a menudo [16]. Vistas desde ese ángulo,

---

[15] De investigaciones más antiguas que demuestran esto se da cuenta en la reseña colectiva de K. Bühler: «Über das Sprachverständnis vom Standpunkt der Normalpsychologie aus, I. Die akustische Sprachwahrnehmung», Ber. III. Congreso de Psic., 1908, págs. 94 y ss. —Intentos más modernos de Hans Ruederer: *Die Wahrnehmung des gesprochenen Wortes*, disertación de Munich, 1916. —El progreso de la técnica de aparatos acústicos permite hoy experimentos más sencillos; habría que ponerse a ello y plantear el tema del conocimiento y reconocimiento fáctico de formas sonoras lingüísticas sobre la base de observaciones sistemáticas.

[16] K. Bühler: *Die geistige Entwicklung des Kindes*, 6.ª ed., 1930, pág. 226, refiere: Así pudo Preyer, por ejemplo, reducir la frasecilla *wie gross ist das*

las formas sonoras desvanecidas emprácticamente se presentan como fenómenos, en los que se pueden conocer muchas cosas. El que tiene fe en la *lex parsimoniae* puede suponer que la precisión del carácter fonético sólo aparece garantizada en la medida en que es indispensable en la comunicación verbal normal. Y una vez más resulta claro en las manifestaciones emprácticas unívocas que un mínimo de exigencias diacríticas es satisfecho con máxima comodidad por el perfil sonoro de las formas fonéticas.

5. *La idea central de la fonología. Los fonemas como momentos fecundos; orden de oposición. El problema de la abstracción en nueva forma*

A pesar de todo, el análisis fonológico del lenguaje es siempre una acción liberadora. El fenómeno de la palabra sonora es un continuo y es capaz de continuas matizaciones en innumerables dimensiones. Empezamos por lo más tosco, mencionando la *diferencia sexual* de las voces humanas: las voces de hombres, mujeres y niños son distintas, y toda palabra suena de manera diferente en boca de un hombre o de un niño. Esto llega al extremo de que la voz de algunas docenas de personas que me rodean pertenece a aquello por lo que identifico a los individuos. Hay, pues, rasgos *fisiognómicos* en la forma sonora de una palabra, en los que reparamos y que utilizamos en la comunicación verbal. La voz hablada es además un órgano expresivo de oscilaciones finas como un sismógrafo; con frecuencia notamos en ella, notamos muchas veces en la forma sonora de la palabra suelta cuánto ha latido en el emisor. La forma sonora es, pues, *patognómicamente* capaz de modulaciones reveladoras [17].

Pero todo esto no puede perturbar aquel conjunto de momentos constantes en que los interlocutores de una lengua dada recono-

---

Kind? (¿cómo de alto es el niño?) a la sola palabra *gross,* incluso a una única vocal, una *oo* alargada, se producía siempre la reacción aprendida. El niño de Lindner estaba adiestrado con la frase «hol die Butter!» (¡saca la mantequilla!). Un día dijo el padre: «Das ist eine Napoleonsbutterbirne» (esto es una pera de agua [lit.: de manteca] Napoleón), y en seguida corrió el pequeño a buscar la mantequera (a la edad de 1;4). El niño de Tappolet volvía la cabeza a la pregunta: «wo ist das Fenster?» (¿dónde está la ventana?), pero reaccionaba también igual con los mismos movimientos de busca cuando se le decía en el mismo tono: «où est la fenêtre?» (0;6-0;8).—Tenemos en curso una investigación experimental con perros, cuyos resultados provisionales revelan quizá más enérgicamente como eficaces ciertos sonidos individuales (por ejemplo, vocales claras frente a oscuras) que los caracteres complejos.

[17] Sobre los conceptos fisiognómico y patognómico orienta la *Teoría de la expresión,* págs. 27-49.

cen las unidades aprehensibles lingüísticamente (tal como están registradas en el diccionario); no los puede desfigurar o, en todo caso, no tanto que resultara imposible su diacrisis. La función social de las formas sonoras en el canje intersubjetivo exige categóricamente cierto grado de uniformidad. ¿Cómo lleva a cabo la lengua alemana el alarde de destreza de fabricar para los millares de monosílabos que se encuentran en un léxico como unidades autosemánticas o sinsemánticas otros tantos uniformes fonéticos diferentes, cada uno de los cuales por sí deja a su vez abiertos innumerables márgenes para todas las unidades fisiognómicas y patognómicas, sin duda lingüísticamente irrelevantes, pero, sin embargo, muy importantes y utilizadas de hecho para ciertas conveniencias de la comunicación verbal concreta? La fonología explica que éste es un problema que la lengua resuelve de un modo muy sencillo con ayuda de su sistema de signos simples de las notas fonéticas o fonemas.

Y con ello tendrá razón. Hace poco he estudiado aquel otro lenguaje de los hombres y de los animales que se suele llamar pantomima y mímica; no se piense todavía en los sistemas simbólicos artificiales de los sordomudos, los monjes cistercienses y los napolitanos que gesticulan animadamente, sino en el fondo de los fenómenos mímicos, universalmente difundidos. Lo que quiero decir y explicar acerca de ellos es esto: Según estudios más antiguos y más recientes (pienso en Piderit, Lersch y en descubrimientos de Viena), ocurre en la comunicación mímica que del flujo del acontecer continuo en el rostro y en los movimientos corporales más toscos del hombre surgen, se destacan ciertos *momentos fértiles.* Este procedimiento es muy familiar para escultores y pintores, que fijan en piedra y colores la expresión humana; que es también familiar para los participantes en la trivial relación mímica cotidiana de los hombres, se ha demostrado en mi libro sobre la expresión. Visto psicológicamente, ocurre exactamente lo mismo con la forma sonora de la palabra. El oyente receptor toma de este continuo fonético ciertos momentos fértiles para la diacrisis indispensable. Esto y no otra cosa es lo que se llama fonemas. A tal reconocimiento de momentos fecundos corresponde aquí y en cualquier otra parte un sistema de referencias usual. El sistema de las consonantes que se dan en una lengua es una parte de ese sistema de referencias. En nuestro sistema consonántico ordenamos adecuadamente, por ejemplo, el momento *b* frente a *p,* o *g* frente a *k*, o *f* frente a *ch.* Este hecho psicológico aparece en primer plano en el descubrimiento de Trubetzkoy y sus colaboradores, en la importante definición de *oposiciones* en el mundo de los fonemas. En condiciones de comprensión más difíciles, como se describen en mi reseña colectiva sobre la comprensión lingüística y en el trabajo

de Ruederer, resulta claro el mismo hecho en las confusiones características. Muchas veces, cuando el entorno es favorable, los momentos fértiles se oyen incluidos en la corriente sonora más aún que se oyen aislados de ella; así ocurre, por ejemplo, en el teléfono.

Concedido que con esto se plantean una vez más problemas a propósito de una clase especial de percepciones humanas, problemas antiquísimos, que desde Platón y Aristóteles ya no han reposado, y en la disputa de los universales entre los escolásticos se elevaron a una altura de abstracciones filosóficas que desde entonces no ha vuelto a alcanzarse. Si con provecho o daño de la ciencia empírica, no podría decirse en dos palabras de un modo suficientemente matizado. Si los lingüistas y teóricos del lenguaje actuales se sienten de nuevo con ánimo para intervenir desde su campo en el combate secular de los más grandes pensadores en torno al *problema de la abstracción,* pueden aducir buenas razones para ello. Pues el que sabe desviar el antiguo interés, desviar la mirada de los teóricos de la abstracción, de las cosas que son nombradas a lo que nombra en los nombres, a las formas sonoras mismas, adquiere nuevas oportunidades. Simplemente porque estas formas no sólo son encontradas, sino también *producidas* por el hombre cognoscente. Y sin duda son producidas precisamente por cada hablante de una lengua a fin de que su interlocutor pueda reconocer cada una exactamente como esta o aquella forma fonética y distinguirlas de otras. En esto se encierra la gran oportunidad para aquellos que quieren acometer de nuevo el problema de la abstracción como lingüistas, a propósito del sonido verbal, del estado de la fonología.

Después de la crítica de Meinong y Husserl, tendría que estar históricamente superado para todos el intento de solución sensualista de Locke, a través de Berkeley y Hume, hasta J. St. Mill. «Representaciones universales» no son los fonemas, simplemente porque (representaciones equivalente a intuitivo) para el aparato psicofísico es tan imposible como para el pintor producir imágenes «universales». Empezar de nuevo la discusión con tales tesis sería un anacronismo, si no algo peor. En general, no se debería insistir unilateralmente en nuevas especulaciones, sino mucho más en la utilización de métodos modernos de investigación. La psicología ha comprendido hoy plenamente la importancia de los *momentos constantes* en todo el campo de las percepciones humanas y animales y está en las mejores condiciones para proporcionar al lingüista y al teórico del lenguaje (y a todos los filósofos) una nueva base de hechos. Incluso el intento de Kant, en muchos puntos el más perspicaz, al que Helmholtz debe una serie de sus más hermosos resultados en el análisis

de la percepción, sólo en parte ha sido confirmado nuevamente y en parte superado.

6. *Una nueva ley de constancia. Comparación con las constancias perceptivas*

Si se imagina una palabra dicha por un buen hablante en las situaciones afectivas más diversas y cargada de expresión, se altera el perfil sonoro de la palabra, mientras que se conserva la filiación diacrítica. Hay, pues, en la comunicación verbal *una constancia de la filiación diacrítica en medio del cambio del perfil sonoro de las palabras.* Este es un principio que no extraña a ningún experto en el campo de la teoría moderna de la percepción. Pues análogas leyes de constancia hay en todas partes; hay, por ejemplo, una constancia del tamaño de los objetos visuales en el cambio de distancia, una constancia cromática de los objetos visuales en el cambio de iluminación y algo que nosotros mismos hemos descubierto y comprobado experimentalmente en la comunicación verbal, a saber: la constancia de sonoridad de las cosas audibles en el cambio de distancia (ver más arriba § 6, 6). Preguntamos si el nuevo principio de constancia fija de un modo exhaustivo toda la situación en que pensamos al distinguir un perfil sonoro de la filiación de las formas verbales, y si la constancia de filiación ha de equipararse en todos aspectos, por ejemplo, a la constancia del color de los objetos visuales en el cambio de iluminación.

Hay que responder *no* a las dos preguntas. *Pues, en primer lugar,* hay también (al menos en alemán) momentos de configuración que tienen que permanecer constantes, si no ha de dificultarse decisivamente la diacrisis de las formas verbales en la comunicación verbal normal; pienso, por ejemplo, en la forma de acentuación de las formas verbales, en cuanto sigue la ley de acentuación germánica. Si comparamos una vez más el conocimiento de las palabras con el conocimiento de personas, correspondería tal vez la acentuación sumamente constante de las palabras polisílabas en alemán a aquellos rasgos fisiognómicos constantes del rostro humano que no se alteran en cada acceso de cólera o afecto de angustia y dificultan considerablemente el reconocimiento de una cara cuando varían alguna vez de hecho. Desplácense en un texto alemán los acentos de las sílabas radicales de las palabras a las sílabas finales, y la corriente fonética suena extraña, casi inanalizable aun para el oyente ejercitado. Es una cuestión importante, pero no resuelta, en qué medida las diversas lenguas mantienen constantes momentos de configuración

en la forma sonora de las palabras, de un modo análogo a como nosotros nuestro acento verbal.

En segundo lugar, los fonemas, que constituyen la filiación diacrítica constante de una palabra en el cambio de su perfil sonoro, no pueden ponerse psicológicamente en un mismo plano con las cualidades cromáticas, que permanecen constantes en el cambio de iluminación. Pues los fonemas, para un análisis psicológico más exacto, ya en la percepción en que los aprehendemos, están más próximos a los momentos *conceptuales* que a las cualidades sensibles. Pero sólo puedo investigar esto por ahora indirectamente, y por ello renuncio a una justificación más detallada de mi tesis. Dentro del marco de los experimentos de psicología animal e infantil nos aproximaremos más a las cosas; los papagayos parlantes probablemente no producen ni oyen ninguna filiación en las formas verbales.

Nota bibliográfica: Trubetzkoy está escribiendo un manual de fonología, que probablemente traerá todo lo antiguo y muchas cosas nuevas. Antes hay que consultar los mencionados «Travaux» y las actas del Congreso de fonólogos en Amsterdam (1933). Además, E. Sapir: «La réalite psychologique des phonèmes», en el volumen colectivo «Psychologie du langage» *Journal de Psychologie* (1933), páginas 247-265. De Groot: «De wetten der Phonologie en lum betekenis voor de studie van het Nederlands», *De nieuwe Taalgids, 25.* Muy instructivos son los exactos estudios de Gemelli y Pastori, *Psych. Forsch.*, 18 (1933).

19. La palabra simple y compleja. Las notas del concepto de palabra. La idea del léxico puro

El vocabulario de una lengua es un sistema abierto; siempre pueden aparecer y admitirse palabras nuevas. Sobre la palabra alemana «Gas» advierte el diccionario de Kluge: «Una creación verbal arbitraria del alquimista van Helmont de Bruselas († 1644), que penetró en todas las lenguas modernas de Europa». Sería sin duda psicológicamente interesante conocer la historia de la invención de esta palabra en el espíritu de Helmont (hipótesis del caos), desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, en cambio, es de escasa importancia. Las innovaciones usuales que se proponen día tras día son o derivaciones castizas o formaciones de otra índole; así surgieron, por ejemplo, palabras nuevas de la necesidad de la vida práctica y se emplean como marcas de mercancías. Palabras como *Mem* o *Erdal* son marcas de productos, que en otro lugar queremos someter a una consideración sematológica adecuada; palabra como (la) *Hapag* son reuniones de abreviaturas que representan en cifra complejos más

largos[18]; en mi Duden no están todavía. Lo que por lo demás está en el Duden es una mezcla abigarrada de palabras simples y complejas, raíces y derivaciones sin distinción.

El inventario de palabras simples de una lengua sería el *léxico puro,* un libro que prácticamente sólo tendría escasa utilidad, y por esto no se ha realizado. Nada de lo que muestra un ensamblaje con sentido construible habría de encontrarse en él *per definitionem*; en qué medida podrían admitirse todavía, sin embargo, algunas palabras derivables sólo parcialmente unas de otras, quedaría reservado a una convención más detallada. Tal vez se sintiera la inclinación, cuando se encuentran grupos enteros de derivaciones regulares como en *singe-Sang*; *klinge-Klang,* a rechazar la palabra derivada como nueva unidad, mientras que surge la primera duda cuando aparece un ejemplo aislado más o menos completamente, de acuerdo con las leyes de formación (para el sentimiento lingüístico); así quizá ya ante *erteilen-Urteil.* Con todos los compuestos con sentido, faltarían desde luego, tal como vemos las cosas, la mayoría de las derivaciones declinadas y conjugadas; no obstante, si, como es correcto, *no* se implica en «simple» la condición adicional «independiente», tendrían que estar completamente representadas, junto a las raíces de los nombres y demostrativos, en todo caso y de todas maneras, también ciertas sílabas y otras modulaciones fonemáticas. A saber: aquellas que convierten las palabras simples en auténticos *compuestos.* Cuando Marty distingue ciertamente signos lingüísticos autosemánticos y sinsemánticos, pero los subordina a un concepto genérico único, llega a la misma decisión.

Que las explicaciones funcionales que habrían de agregarse a cada unidad del léxico puro tendrían que contener una buena porción de gramática, parece inevitable, al menos para las circunstancias de las lenguas indoeuropeas, y sería distinto cuantitativamente para el chino, pero no en principio; el análisis de la lengua obliga en todas partes a abstracciones y apenas conduce en ningún caso a inventarios con unidades puramente aisladas externamente. Cuando no se logra tal aislamiento externo, la demostración remite a una *distinctio rationis,* lo cual no anula en modo alguno la idea del léxico puro, pero hace que su realización no parezca prácticamente seductora; a menos que sólo se llegue hasta donde los diccionarios de raíces corrientes de las lenguas indoeuropeas.

---

[18] *Hapag* es la abreviatura de Hamburg-Amerikanische Paketfahrt-Aktiengesellschaft (Compañía Hamburguesa-Americana de Vapores). En España son frecuentes abreviaturas, como *Campsa, Chade,* etc. (*N. del T.*)

El léxico puro contiene *todas* las palabras simples y sólo éstas. Queremos discutir los conceptos palabra «simple» y «compleja» y añadir algunos principios triviales, pero generales, sobre ellos, principios que tienen que estar comprendidos en una teoría de la composición bien organizada. También el mismo concepto de palabra requiere un análisis y definición. Luego viene sistemáticamente el fenómeno de las clases de palabras.

1. *La definición de Husserl de la significación simple. La composición a distancia de Brugmann*

Como «simple» y «compuesto» son determinaciones correlativas, sólo pueden explicarse conceptualmente en contraste recíproco. Parto, para llegar pronto al fin, de dos aplicaciones que se encuentran en Brugmann y Husserl. Brugmann critica con buenos argumentos el concepto corriente «compuesto» y pone en primer plano el conocido fenómeno de la tmesis (separación), y por cierto de modo que se presta atención en él a puntos de vista decisivos. Tmesis se llama aquella separación usual en alemán, que un ejemplo único puede representar aquí en todas sus variadades: el compuesto «antreten» se separa en la frase «er tritt eine Reise an» (él emprende un viaje). Brugmann propone el nombre original *compuesto a distancia* para este fenómeno y otros semejantes. Entre los ejemplos va también sin reparo el francés «ne-pas»; ¿pertenece a ellos de un modo plenamente justificado?

Husserl dedica en las *Investigaciones lógicas* agudas consideraciones a la cuestión de las «significaciones simples». Y lo siguiente es, en resumen, el resultado que aquí nos interesa: «que, en efecto, hay significaciones simples enséñanoslo el ejemplo indudable de la palabra *algo*. La vivencia de representación que se verifica en la compresión de la palabra es seguramente compuesta; pero la significación no tiene ni sombra de composición» (IV, § 1); retengamos esto: «En el sentido (de este modo de hablar) existe composición con partes que *poseen a su vez ellas mismas el carácter de significaciones*». Husserl considera esta consideración y este concepto de lo simple como el «*sentido normal*» de simple y distingue de ello la composición, que se manifiesta cuando, por ejemplo, tengo delante el nombre propio Sócrates y enumero las determinaciones que distinguen al individuo Sócrates del individuo Platón. El nombre propio *implica* tal multitud de determinaciones y muestra por ello en su significación otra clase de composición: «para toda significación implicante hay otra que articula o explicita su contenido»; habrá que

agregar efectivamente a «Sócrates» muchas determinaciones explicitantes antes de que el individuo nombrado esté distinguido con suficiente precisión de otros individuos. Para la significación *algo,* dice Husserl, esto no es necesario, y tampoco posible, porque no tiene «respiro de contenido implícito». «Adoptaremos en adelante el *sentido normal* de esta expresión, según el cual, pues, las significaciones compuestas están compuestas de significaciones».

Este es un *happy end* con el que estamos íntegramente de acuerdo; sobre lo eliminado, en cambio, la aplicación del artículo determinado en las lenguas que poseen artículo nos dará explicaciones distintas y más claras que las que Husserl puede ofrecer aquí. Acerca de las significaciones simples se le escapa la expresión figurada de que alcanzan lo nombrado, *por decirlo así, en una pulsación,* siendo indiferente que estén contenidas o no implicaciones en esa pulsación única. El verdadero compuesto mostrará, pues, varias «pulsaciones significativas». Anotamos también de acuerdo esta imagen y renunciamos a traducirla del modo de pensar de la psicología de las vivencias, que puede evocar, al modelo mental de los signos de comunicación intersubjetivos, postulado por la teoría del lenguaje.

Ahora está todo reunido para dirigir al compuesto a distancia «ne-pas» de Brugmann la pregunta de Husserl: si encierra realmente dos «pulsaciones» o, en definitiva, sólo una; las expresiones de una sola pulsación no son composiciones. Es importante ponerse de acuerdo en que la referencia histórico-lingüística al hecho de que las dos partes de «ne-pas» hayan sido en otros tiempos palabras significativas aisladamente no basta para responder a la pregunta que hoy se plantea acerca del carácter de la composición. Pues también el alemán «nichts» (nada) y otras muchas palabras fueron en otro tiempo compuestas y han perdido el carácter de composición. Un interrogatorio al sentimiento lingüístico de los franceses vivientes sería ciertamente importante y quizá la instancia últimamente decisiva. Sin embargo, Brugmann hubiera podido derivar su concepción de un modo mucho más sencillo, y por cierto como conocedor de las lenguas indoeuropeas, de una ley general de formación. Es inadmisible, por lo menos en esta familia lingüística, introducir una *tmesis sin separación de pulsaciones.* El poeta Morgenstern nos propone en ocasiones en sus juegos caprichosos ensayos contrarios, que deben tener un efecto divertido por el absurdo: «der Architekt jedoch entfloh Nach Afri od Ameriko» (el arquitecto, sin embargo, huyó hacia Afri o Américo).

También se creería capaz de intentos análogos a la extraña necesidad moderna de palabras breves de la vida mercantil, de la que surgen formas como «Hapag». Que el francés «ne-pas» no pertenece

a ellas, sino que permanece, según los indicios, dentro del marco de la antigua ley, podría haberlo acertado Brugmann con seguridad de tacto, sin dar cuenta de ello.

Si hubiera que defender después su decisión, lo mejor sería partir del hecho de que paralelamente a «ne-pas» son usuales las formas «ne-point, ne-guère, ne-que», de lo cual resulta que el decir en curso hace surgir entre el «ne» ya asentado y la segunda parte complementaria una necesidad de complemento, análoga a la que *en otros casos* se da en las composiciones a distancia. Si no hubiera ninguna otra cosa, ya esta necesidad de complemento tendría que estar en condiciones de asegurar al «ne» una primera pulsación, que mediante la segunda, sucesiva, sólo es completada en *una* de varias direcciones. Los elementos verbales sin significación no pueden ser completados por composición en el verdadero sentido de la palabra. También el hecho de una posible falta del segundo miembro (después de *ne*) apunta en la misma dirección.

Mientras tanto está en vigor la regla indoeuropea. Lo otro sería una composición de sonidos y no una composición de significaciones. Esto querría decir sostener la pulsación significativa simple (los indios dicen *Sphota*) a través de lo intercalado, hasta que sólo al final está constituida la forma sonora completa de una palabra simple.

Terminemos aquí las aclaraciones conceptales desde lo simple; el resto sigue adecuadamente desde la otra orilla, es decir, desde la palabra compleja.

2. *La palabra flexionada y el compuesto*

Partiendo de «Haus» (casa) formo primero (el genitivo) «Hauses» y después «Haustor» («Tor» = puerta), el primero de los cuales se suele caracterizar como palabra *flexionada* y el segundo como *compuesto*. Compuestos en el sentido llano de la palabra son ambos; si está justificado el distinto tratamiento que reciben en los libros de los lingüistas, requiere una aclaración teórica. El que comparte la concepción del concepto de campo expuesto en nuestro capítulo tercero no se apura por el ejemplo «Hauses»: la palabra flexionada lleva en sí un momento de campo. Es un azar histórico que en la palabra alemana «Haus» falte una característica fonemática del caso; el latín «domus» la tiene; los «casos» que ya no se distinguen fonemáticamente se diferencian en el contexto de las lenguas modernas de otra manera, por ejemplo, por la posición de la palabra en la frase o con palabras determinantes peculiares. Por trivial que pueda parecer todo esto, la confusión es grande e irremediable cuando se ha olvidado. Es decir, siempre que no se han distinguido ya frase y palabra, complejos de frases y complejos de palabras.

Esto dependió en buena parte del estado de las lenguas mismas tal como se encontraban y de las aclaraciones sobre su historia. Basta considerar el verbo flexionado y poner al lado de un «amat» el «amabat, amabit» para exponer a la duda la distancia, que a primera vista parecía tan segura, entre la palabra flexionada y el compuesto. La historia de la lengua comprueba indiscutiblemente transiciones en todos sentidos entre grupos verbal, compuesto y palabra flexionada; las variaciones lingüísticas en el curso de la historia investigada indujeron a los mejores en el siglo XIX a la anulación de los límites conceptuales entre complexión de frases y complexión de palabras. La cuestión es si prescindieron demasiado pronto de la resistencia interna en contra de ello.

¿Sirve de más el criterio husserliano de la pulsación significativa? Es sorprendente cómo se les ha ocurrido la misma metáfora de la pulsación a los *investigadores de la sílaba* y al gran *analítico de las significaciones* Husserl. ¿Permitiría reconocer el habla humana, considerada desde fuera y desde dentro, uniformemente, una especie de articulación en pulsaciones? El fuelle del aparato verbal deja escapar sílabas; ¿qué ocurre con las pulsaciones significativas? Piénsese lo que se quiera sobre las circunstancias en el desconocido origen de la evolución de las lenguas humanas articuladas, sería en todo caso inadmisible aceptar hoy una correlación algo rigurosa entre la articulación silábica del flujo sonoro y la articulación del sentido en pulsaciones significativas, pues una forma sonora monosilábica puede presentar más de una pulsación significativa, y una forma sonora polisilábica puede presentar una pulsación significativa única. Ejemplo: el *algo* de Husserl, si tiene razón en la admisión de su simplicidad, lo que, después de las discusiones acerca de *ne-pas* podría lingüísticamente ponerse en duda, porque hay en alemán paralelos a *etwas,* como *irgendwas, sonstwas* y *etliche,* etc. Si no, elíjanse otros ejemplos, como nuestro *gibt* junto a *Wolle* [19]. La pulsación silábica no es, pues (o ya no es), ínegramente sincrónica con la pulsación significativa.

Los ejemplos iniciales «Haustor» y «Hauses» ofrecen la garantía en cuestión, y a pesar de ello tienen que escribirse sematológicamente en distintas hojas, porque la primera palabra contiene dos valores simbólicos y la segunda un valor simbólico único y un

---

[19] No nos importa si el ejemplo de Husserl puede o no ser descalificado realmente por el discutido hallazgo lingüístico; un poco de reflexión nos retrotraería a la distinción del análisis husserliano del acto frente a la consideración lingüística de las formas, que hemos explicado en los § 4 y 14. Pero esto debería quedar provisionalmente fuera de la cuestión, mientras se eche de menos una definición de la «pulsación significativa».

signo de campo. ¿Qué sucede en este aspecto con «amabat»? El que meramente tiene en cuenta lo nombrado (determinado conceptualmente) en «amabat», sabe alegar buenas razones a favor de que hay que agregar a los *valores simbólicos* y no a los valores de campo el momento del estrato temporal, en otro caso el momento de la clase de acción o de ambos juntos, si están contenidos en ello. Pues en la frase «Caius amabat patrem» rige única y exclusivamente el campo la clase de palabra (*amare*) y no el momento del estrato temporal o la forma de la acción; el caso subjetivo y el objetivo ocupan (dicho lógicamente) dos lugares vacíos del *verbo amare* y permanecen intactos por el momento del estrato temporal y la forma de acción. A pesar de ello, subsiste aún una distinción entre «Haustor» y «amabat»; y esa distinción radica en que los dos momentos son igualmente dos unidades léxicas, palabras materiales (están en el mismo grado ínfimo de formalización), mientras que el segundo momento en «amabat», el momento de estrato temporal o forma de acción, considerado de un modo puramente lógico, es un momento formal (pertenece a un grado superior de formalización).

Las formas de acción y estratos temporales de la lengua latina, construida en estas cosas de una manera consecuente, constituyen un sistema, y el momento *ba* de nuestra palabra realiza una determinación de lugar en ese sistema; es, pues, respecto a este sistema existente, un *formans*. El paciente analítico del lenguaje, que ya necesitó una vez la distinción entre materia y forma con ocasión de los valores simbólicos y campo, no puede fallar en una segunda ocasión en que la misma pareja de conceptos le es insinuada de nuevo por parte de la cosa. Los valores de campo en el sentido de la función oracional, por tanto valores de campo dentro del campo simbólico de la frase, no tienen ciertamente, en modo alguno, tales *formantia* porque ellos sean *formantia*. Sino que son y siguen siendo *valores simbólicos, formalizados*. Admitiremos esta expresión en nuestra terminología, la justificaremos y defenderemos en la teoría del auténtico compuesto (verbal); la defenderemos sobre todo contra las tendencias unitarias del siglo XIX, que, apoyadas en importantes e indiscutibles descubrimientos históricos, ya no han visto la distinción entre palabra y frase o no fueron ya capaces de realizarla adecuadamente.

Es curioso que los *formantia* citados como ejemplo (*ba* en el imperfecto latino y *bi* en el futuro) no se han tomado del tesoro de las partículas demostrativas, sino de la palabra ser (gr.: ψυ-, al. *bin*); según una regla que domina ampliamente el indoeuropeo. Pues lo más inmediato sería señalar demostrativamente el pasado y el futuro desde el origen *ahora,* transformado la mayoría de las veces. Análogamente al local *ahí* y *allí,* que señala la posición espacial desde *aquí,* podrían esperarse los signos indicativos de posición temporales antes

y después. Oigo decir a un entendido que los aumentos indoeuropeos se interpretan como signos indicativos originarios. Por lo demás, también tales uniones de demostrativo y nombre son compuestos, mientras que sería menester ampliar de un modo excesivo el concepto de compuesto (verbal) para considerar las indicaciones puramente sintácticas como nuestras desinencias de declinación también como palabras, y correlativamente la palabra flexionada *Hauses* como un compuesto.

Contradice a esto la evidencia del carácter del lenguaje como un sistema de dos clases; para buscar un segundo paralelo, tampoco se le ocurrirá a ningún matemático equiparar plenamente los signos operatorios $+$, $-$, $\times$, $\sqrt{\ }$, etc., a los signos numéricos. Pero hay que reconocer sin más que con esto vuelve a tocarse el fenómeno, analíticamente no resuelto, de los campos simbólicos en las lenguas.

3. *Las notas del concepto de palabra. Propuesta de definición*

¿Qué es, pues, *una palabra*? Recojo una interesante definición del concepto de palabra en Meillet; dice así: «Una palabra está definida por la asociación de un sentido dado con un conjunto de sonidos dado susceptible de un empleo gramatical dado» [20]. A reserva de formular con más precisión lo que se entiende por «asociación» y «conjunto de sonido», los dos criterios de Meillet me parecen elegidos de un modo excelente; si mediante una enumeración separada de los dos eslabones de la asociación (conjunto de sonidos y significación) se los amplía a un grupo ternario o no, es relativamente indiferente. Más importante es la preocupación por delimitar definitoriamente la palabra frente a la frase.

De todos modos, hay que subrayar expresamente que no todos los «conjuntos de sonidos» pertenecen a las palabras, sino sólo los que presentan un *carácter fonemático*; están excluidos, por tanto, los gritos y las formas onomatopéyicas fieles a la apariencia que se sustraen a la constricción del repertorio fonemático limitado de una lengua. A la inversa, «las sílabas sin sentido» y los paquetes de sílabas de los psicólogos de la memoria están sin duda acuñados fonemáticamente, pero carecen del factor de asociación en el sentido de Meillet. Tendremos que sustituir convenientemente el concepto indefinido de asociación por *una* de las funciones de signo caracterizadas en el modelo de *órganon* propio del lenguaje. Digo en el sentido de la extensión máxima que debiera darse al concepto de palabra, *una* de ellas. Pues también formas fonéticas que parecen pertenecientes a un sistema de una sola clase, por ejemplo, las interjecciones, que circulan generalmente en la conversación, tienen la pretensión de

---

[20] A. Meillet: *Linguistique historique et linguistique générale* (1921), página 30.

alojarse en el léxico de una lengua. La única cuestión es si cumplen las condiciones del segundo criterio de Meillet.

Propongo una segunda formulación del segundo criterio de Meillet. Si además del campo simbólico del lenguaje hay una segunda ordenación en la cual los signos con sentido reciben sus valores de campo, me parece consecuente tener en cuenta también este segundo campo en la definición del concepto de palabra. Pues no sólo las interjecciones, sino en el fondo todos los signos indicativos «indeclinables» reciben sus valores de campo no en el campo simbólico del lenguaje, sino en el campo mostrativo; y ciertamente no se pueden desterrar estas formas del léxico. Así pasa el segundo criterio de Meillet a la definición, más amplia, de que toda palabra es *capaz de campo.*

Acaso basta ya con reunir el carácter fonemático y la capacidad de campo y se los eleva juntamente a *differentia specifica* del concepto de palabra. Pues el estar en uno de los dos campos implica el género correspondiente, es decir, el requisito de que la forma sonora tiene que ser un *signo* fonético, y como tal, «consentido» [21]. Resultado: palabras son los *signos fonéticos acuñados fonemáticamente y capaces de campo* de una lengua. El *genus proximum* «signo fonético» ha de tomarse del axioma de la naturaleza de signo propia del lenguaje, que excluye de la esfera de *la langue* todo lo que no tiene carácter de signo.

No se debe sobrestimar el valor de las definiciones formularias; de todos modos, son oportunas aquí y allí en la investigación particular e imprescindibles en la teoría completa de una esfera del saber. Me gustaría, para recomendar la definición en cuestión, arreglarla una vez más y señalar sus ventajas. Enlaza la palabra con los fonemas y con los campos; reúne, pues, en el concepto de palabra los tres momentos del modelo estructural del lenguaje y subraya además el hecho que resuena en el concepto genérico «la langue», que una verdadera palabra tiene que ser utilizable en la comunicación intersubjetiva. Si una forma fonética dada es o no una palabra, evidentemente sólo puede pensarse y contestarse respecto a cualquier lengua determinada como *lingua latina.* Ahora bien: entonces las notas fonéticas de su forma sonora tienen que pertenecer al repertorio fonemático latino. Si contuviera, por ejemplo, sonidos chasqueantes o

[21] En la implicación utilizada aquí se supone el conocimiento de que ni el *aliquid* sin un *pro aliquo* (según la fórmula escolástica), ni al revés, es un signo en el sentido estricto de la palabra. El que, en cambio, está habituado a entender por signo sólo el primer miembro manifiesto de la complexión, tiene que hacer tres de los dos criterios de Meillet. Sobre esto se añadirá todavía una palabra.

imitara fielmente el rugido del león, estaría decidido que ciertamente no ha sido usada por miembros de la comunidad lingüística latina del mismo modo que otras palabras latinas, en cuanto signo de comunicación lingüístico. Los legionarios romanos usaron quizá alguna vez, de centinela frente al enemigo, convencionalmente el rugido del león o cantos de pájaros como señales a sus camaradas; tales señales tiene un perfil sonoro muy pronunciado, pero no tienen filiación fonemática. Y por esto, con todo lo semejante, no pertenecen al repertorio de la lengua latina, por rara o frecuentemente que fueran usadas y aunque hubiera sido usual en todo el ejército romano. Pues lo que pertenecía realmente a ese repertorio eran sin excepción signos fonéticos con filiación fonemática del tesoro de sonidos de la lengua latina.

Que después de la característica fonemática hay que empezar por segunda vez y definir el concepto de palabra también «desde dentro», es decir, por el lado de la función o significación, está prescrito por el axioma B. Formas fonéticas fonemáticamente correctas, pero sin sentido, hubo antes del repertorio silábico de los investigadores de las asociaciones, de Ebbinghaus, por ejemplo, en boca de los magos de todas las épocas: *abracadabra*.

Los creyentes, naturalmente, protestaron y protestan de nuestra afirmación de que son sílabas sin sentido. Para ser conciliador, propongo un acuerdo sobre la base de que el lenguaje sobrenatural y que actúa mágicamente tiene evidentemente un léxico en parte propio, cuyas leyes no queremos investigar; sólo nos interesa el lenguaje profano, y en el mágico sólo aquello que también se encuentra en el profano. La supuesta eficacia sobrenatural de los signos lingüísticos empleados tanto profana como mágicamente no presenta dificultades al teórico del lenguaje mientras los poderes invocados se convierten simplemente en interlocutores de la comunicación verbal normal, es decir, en receptores (y emisores) como los demás. Así ocurre en los juegos de ficción de la vida infantil y también en los casos auténticos usuales en que un hablante se vuelve esporádicamente a oyentes no vistos o mudos como son las potencias naturales. Que el hablar propiamente dicho puede también enmudecer en contacto con aquellas potencias, o a la inversa, que el invocado mágicamente nos «hable» sin palabras en «signos naturales» y en la conciencia, según la interpretación en cuestión, no es un problema de teoría del lenguaje, mientras se equipare lenguaje a lenguaje fonético.

Excluir del léxico el grupo abracadabra no es gran quehacer; mucho más importante es separar la palabra de la frase. Si propongo la nota *capaz de campo* y si se entiende por ello lo que yo pienso, está cumplido ese requisito de la definición del concepto de palabra. Pues capaz de campo sólo puede ser algo que se opone ideológicamente al campo y se distingue de él; el campo de las frases y las palabras son de dos especies distintas. Las palabras están *en* el campo

simbólico, ocupan allí lugares, admiten también a su lado y en sí mismas signos de campo. Sobre esto se volverá en la teoría del compuesto. Pero además las palabras tienen algo más en sí, a saber: el momento léxico que, dicho metafóricamente, aportan. Sería perfectamente posible y acaso incluso el camino más inmediato para llegar a una definición del concepto de palabra partir de este momento léxico. El que intente esto, llega en los nombres a un análisis como el que hemos ofrecido en el § 14; pero tiene que empezar después nuevamente una vez más con los demostrativos y ofrecer para ellos un análisis semejante a aquellos que presentó Brugmann. Todo esto está reunido en la nota sumaria de la capacidad de campo. Pues sólo las formas fonéticas con valor simbólico (o valor de señal en el sentido en que lo tienen los demostrativos) son capaces de campo. Sólo queda todavía en pie la cuestión de si se puede indicar positivamente qué presta a una palabra la capacidad de campo; ¿es acaso la pertenencia de la palabra a una clase de palabras (especie verbal) determinada?

4. *El problema de las clases de palabras*

¿Cómo tendría que imponerse en el léxico puro el hecho de las *clases de palabras,* cómo tendría que presentarse en general? Aprovecho una vez más la ocasión para subrayar una de las tesis de teoría del lenguaje decisivas en este libro; la primera división en clases separa demostrativos y nombres, y por cierto en lo esencial tal como lo vieron los grandes gramáticos griegos en la hora natal de la lingüística occidental. Lo que podíamos añadir de nuevo era la demostración de que la función de los demostrativos se realiza en el campo mostrativo y la función de los nombres en el campo simbólico del lenguaje. Dos cosas pertenecen a ello y han de tenerse en cuenta, a saber: la consideración de los nombres en el entorno simpráctico y sinfísico, y el uso peculiar de los demostrativos en el modo de la anáfora. Esto último es, visto sematológicamente, la más curiosa cooperación o entrelazamiento de funciones de ambas clases de palabras. Una mezcla de funciones se encuentra en el importante fenómeno de los *pronombres* y su *pendant* de los *prodemostrativos,* concebido por nosotros teóricamente como pensable (y quizá comprobado también como realizado en el ejemplo tomado del japonés). Que un mismo signo puede a la vez demostrar y nombrar, no puede sorprender a ningún sematólogo medianamente experto en su oficio; más bien le sorprende lo inverso, que no todos los signos lingüísticos debieran tener tanto una como otra función.

Después de la divisoria entre demostrativos y nombres, es conveniente dirigir la mirada ordenadora a ciertas formas del léxico que por cualquier motivo denuncian una posición especial fuera de ambos círculos. Las interjecciones y formas apelativas acuñadas fonéticamente como ¡eh!, ¡hola!, las hemos ya tocado antes; ni son como los nombres capaces de campo en el campo simbólico del lenguaje, ni pueden contarse sin reservas entre los demostrativos; propiamente sólo hay un campo en que brotan naturalmente y se entienden sin muletas aclaratorias. Este es el entorno *simpráctico* de los signos lingüísticos. Quizá tampoco sería falso incorporarlas al sistema de una sola clase de las voces animales y humanas, y separarlas así todavía más radicalmente de las palabras propiamente dichas.

Más aún: en todo sistema de una clase bien ordenado hay ya también signos de asentimiento y disentimiento o negación; son afines a ellos las formas fonéticas como *sí* y *no*, que muchas veces sustituyen frases. Entre nuestros niños surgen ya visiblemente en la frase de una sola clase de su habla el «nein» y «ja», y también el «nicht», sólo después incluido correctamente en las frases; estas expresiones se anticipan aisladamente o se posponen de un modo impresionante todavía mucho tiempo, cuando el niño ya enlaza. Un lógico moderno les asociará otros símbolos más, que tienen «funciones de frase» manifiestas en el sentido lógico de la palabra, por ejemplo, «ciertamente», «quizá», etc., símbolos que el historiador de la lengua tiende a incorporar a los adverbios o a otra clase de nombres, y por su origen puede hacerlo. Para nuestro fin no interesa mucho ordenar íntegramente esta zona marginal de las clases de palabras.

Los demostrativos de las lenguas indoeuropeas han sido sometidos por Brugmann a una idea ordenadora, a la idea de que hay un sistema abarcable de *formas de mostración*. Hemos aceptado la idea y la hemos orientado en el sentido de que los demostrativos que indican posición y papel pueden distinguirse con relativa precisión. En familias lingüísticas que no dan al verbo y a la interpretación verbal del mundo la misma importancia que la indoeuropea, podrían existir muy bien otras formas mostrativas más. No sería difícil fingir en un santiamén algunas posibilidades, pero esto, sin suficiente base de hechos, no sería más que un juego ocioso de la fantasía en la teoría del lenguaje. Esta posibilidad no se imaginará desde luego como sustitutivo, sino como complemento de las formas de mostración mencionadas. Pues la mostración en el espacio y la mostración en el campo de acción del acto de comunicación intersubjetivo son ciertamente las formas mostrativas más inmediatas e importantes.

Si el léxico puro debe ser más que un registro de formas sonoras, si debe indicar, como todo léxico bien ordenado, la función de cada

unidad, el conjunto de estos conocimientos tendría que penetrar en las indicaciones funcionales del léxico puro y animarlas. Exactamente igual y en el mismo sentido pertenecen también las clases de los nombres al léxico puro; sería menester encontrar allí si una palabra es nombre o verbo, preposición o alguna otra cosa.

El fenómeno de las raíces indoeuropeas se origina porque muchas veces lo materialmente afín se designa también con sonidos afines y las clases de palabras se distinguen entre sí según determinadas reglas de formación. El que muchas veces se encuentre la misma raíz en un grupo entero de palabras de diferentes clases, es un hecho comprensible, pero en modo alguno sematológicamente exigido; tampoco es verdad. como es sabido, en indoeuropeo para toda raíz que se puedan comprobar nombres y verbos a la vez en los cuales se la encuentre. Menos aún ocurre cuando se incluyen también las preposiciones y los numerales o incluso las partículas demostrativas. Sería pensable, por otra parte, una ordenación de las circunstancias que no permitiera en absoluto la aparición del fenómeno de una raíz que vuelve a encontrarse en muchas palabras; está comprobado que hay lenguas en las que por lo menos no ocurre esto en la misma medida que entre nosotros.

Sería conveniente ahora acometer el tema de las clases de nombres, que nos ocupó en el capítulo tercero *sub specie* del campo representativo del lenguaje, es decir, sintácticamente, desde el punto de vista sematológico. ¿Hay *formas de nominación* en sentido análogo a como Brugmann quiere que se entienda su idea de las formas de mostración? La ordenación de los nombres es para el semantólogo la rosa con más espinas del jardín de los lingüistas. El teórico encuentra hoy en la *Sintaxis* de Wackernagel las mejores aclaraciones, en mi opinión, sobre el primer desarrollo de la teoría de las clases de palabras. La *Historia de la gramática alemana,* de Jellinek, completa los datos de Wackernagel. Bröndal está ciertamente más versado en los filosófos que Wackernagel y pone en primer plano la tabla de las categorías de Aristóteles; pero no sabe, a mi parecer, presentar los motivos de los filólogos antiguos tan perspicazmente como Wackernagel [22].

Quizá es acertada la alusión de Bröndal a la importancia de la *grammatica speculativa* de Duns Escoto, lo que no puedo comprobar. Que los lógicos de Port Royal fueron los primeros que definieron útilmente la clase de las *preposiciones*, se les tendrá en cuenta como es justo: «C'est l'exposant d'un rapport considéré d'une manière abstraite et générale, et indépendamment de tout terme antécédent et conséquent». Esto podría efectivamente, caracterizar bien las preposiciones y distinguirlas de otras clases de palabras. Es asombroso que sólo en el siglo XVIII se hayan distinguido conceptualmente los numerales, según

[22] Bröndal: *Les parties du discours. Partes orationis.* (Subtítulo: *Études sur les catégories du langage.*) Es la selección francesa de la obra danesa *Ordklasserne.*

Bröndal. Adelung los define, según dicen, como «inconcretados», con lo cual debe querer haber dicho que sólo nombran, por decirlo así, cáscaras vacías de lo real, y no, como los nombres, cosas reales o concretas. Si esta interpretación no está más proyectada sobre la teoría del lenguaje de Adelung, según Jellinek bastante confusa, que sacada de ella, podría encerrarse en ello una sospecha del grado superior de formalización de los números (frente a las cosas sensibles).

Entretanto, una observación sobre la definición de Bröndal del concepto de palabra. Critica a Meillet y afirma que la segunda nota de la palabra es «la pertenencia determinada a una clase de palabras». Con lo cual se supone y se justifica también con algunas razones que tiene que haber algunas clases de palabras diferentes en todas las lenguas humanas. Sin embargo, a esta tesis se opone la referencia de Porzig al chino, que en todo caso no conoce clases de palabras caracterizadas fonemáticamente. Me parece que la nota *capaz de campo* es más amplia y correcta que la nota propuesta por Bröndal: nuestra nota implica con ciertos supuestos la de Bröndal. Pero volvamos a la cuestión de las clases de palabras.

Podría ser realmente útil la idea de Bröndal de que las clases de palabras de una lengua dada cualquiera se han de considerar como un sistema, «une totalité dont chaque membre prend son existence et sa valeur du fait de ses rapports avec les autres membres». Es ésta una indicación que en la época de las consideraciones de totalidad se puede tomar en cuenta y con la que, a mi parecer, se puede hacer mucho más y mejor que lo que presenta ya el propio Bröndal. Pues su propio ensayo no abandona el círculo mágico de la teoría filosófica de las categorías; y en rigor una mirada imparcial a la historia dos veces milenaria de la lógica y la teoría del conocimiento hubiera tenido que mostrar a un hombre como él que allí no se puede encontrar la solución. Tampoco en Aristóteles, que en su tabla de las categorías se atuvo del modo más estricto al lenguaje.

En el hecho de que la cuestión de las clases de palabras sólo resulte candente allí donde se tropieza, en las lenguas exóticas, con campos simbólicos sorprendentemente extraños, me parece ver un vicio de cómo tendría que responderse a ella. A saber: desde los valores de campo que las palabras reciben en la frase; lo mismo si estos valores de campo están insertos de antemano en las palabras o sólo se adhieren a ellas, por decirlo así. Cuando ante un verbo como *amare* surgen las preguntas complementarias más estrictas *¿quién?* y *¿a quién?*, esto quiere decir en el sentido del análisis escolástico que *amare* contiene dos connotaciones, y quiere decir, expresado en términos logísticos, que a la función de esa palabra en el campo simbólico le pertenecen dos lugares vacíos. Dos lugares

vacíos que no pueden llenarse con miembros de cualquier clase de palabras, sino sólo de otras determinadas. La palabra *albus* sólo presenta un lugar vacío, y éste tiene que llenarse con símbolos de una clase determinada. Todo esto nos es tan conocido y familiar porque conocemos la estructura de la frase y de las agrupaciones verbales de nuestra lengua; y la cuestión de las clases de palabras no podrá resolverse en general por ningún otro camino que a través del conocimiento de los campos simbólicos. Esta es también, si la entiendo rectamente, la concepción con que termina el trabajo de Hermann sobre las clases de palabras [23]. También en el programa que esboza Porzig (Problemas de la sintaxis indoeuropea) aparecen las «categorías significativas» sólo después del análisis de las «estructuras de la frase».

20. Las funciones del artículo. Características de caso y género, módulo del valor simbólico y del campo de las palabras

El papel del artículo en las lenguas que lo poseen es multiforme e interesante desde el punto de vista de la teoría del lenguaje. El hecho de que, como dice su nombre alemán [24], aparezca como una señal del género de los sustantivos, no es todo ni con mucho. Señala también (de un modo más unívoco en griego y alemán que en las lenguas románicas) el número y caso y se mezcla incluso en la función central de las palabras que acompaña; *modifica* su *valor simbólico* y sus *valores de campo.* Visto sematológicamente, esto último es muy curioso y la función más importante del artículo. Se habló (para anticipar su influjo sobre los valores de campo) de una «fuerza sustantivante» del artículo (Wackernagel). Dejemos de lado el concepto de fuerza y atengámonos a la sencilla descripción de Porzig:

> El artículo «se ha convertido propiamente en el *formans* sustantivador, mediante cuya anteposición (o bien posposición en escandinavo), un adjetivo se convierte sin más en sustantivo. Casi se podría afirmar que los sustantivos sin artículo, correlativamente, no son ya auténticos sustantivos. Compárense, por ejemplo, frases como *era rey* y *era el rey,* y se advertirá claramente en el primer caso el carácter adjetivo de la palabra rey. Pero ¿qué ocurre con *hierro es un metal* y *el hierro es un metal?* Acaso tendrá que establecer aquí la sintaxis descriptiva una nueva categoría, que no es ni sustantivo ni adjetivo» [25].

---

[23] Eduard Hermann: «Die Wortarten». Nachrichten v. d. Ges. d. Wiss. Göttingen. *Phil.-hist. Kl.,* 1928, págs. 1-44.

[24] «Geschlechtswort». (*N. del T.*)

[25] W. Porzig: «Aufgaben der indogermanischen Syntax». Homenaje a Streitberg (1924), pág. 148.

Porzig plantea un tema de investigación y dice «acaso». Si su conjetura es acertada, habría una manifestación consecutiva del uso del artículo no vista todavía hasta ahora. Hay que exceptuar, desde luego, ciertamente, de la presunta *desustantivación* de los sustantivos usados sin artículo los nombres propios; pues nombres de ciudades sin artículo, por ejemplo, o los nombres de personas, igualmente sin artículo en la lengua literaria alemana, difícilmente podrían convertirse en adjetivos efectivos o casi-adjetivos, por más de una razón; pero ante todo porque carecen de connotación en el sentido de J. St. Mill. Quedémonos, pues, con Porzig en los nombres comunes y comprobemos con él que los nombres de materias y mercancías como «agua» y «cigarrillos» presentan, efectivamente, ciertas peculiaridades, por las cuales tendrían que ser considerados aparte por una lógica circunspecta. Frente a esto es conocido de antiguo el hecho (por decirlo así opuesto) de que el artículo *añadido* a adjetivos y otras palabras, sustantiva. *El* bien del aldeano es una cosa, y *el* malo, una persona; de forma sólo un poco distinta, pero comparable por su resultado, son los nombres derivados del verbo. *El* haber y *el* debe son cosas; una vez leí en una estación bávara el letrero «Holzlege» (puesta de leña) en el depósito de leña; «*die* Lege» (la puesta) en un espacio[26]. Las palabras provistas de artículo, de un modo que se puede seguir en la historia de la lengua, reciben el valor de campo de sustantivos en el contexto[27].

Distinguimos de esto, y a pesar de ello agregamos inmediatamente la influencia del artículo sobre el *valor simbólico* de las palabras. He estudiado las exposiciones de conjunto sobre el artículo en las lenguas indoeuropeas que lo poseen en Wackernagel, Delbrück y Behaghel. El orientado menos filosóficamente de los tres es, en mi impresión, Behaghel. Y, sin embargo, desde la primera frase acierta, tanto en lo que dice como en lo que no dice, con la única pista en el matorral del poner y volver a quitar, aparentemente caprichoso, del artículo determinado en alemán. Su regla dice así: «En magnitudes individualmente indeterminadas tiene que faltar en general el artículo» (pág. 39); de lo cual hay que inferir que, según Behaghel, todo lo que lleva un artículo está marcado como «magnitud individual»; ni más ni menos. Que esta marca puede faltar también en «magnitudes individuales» no contradice al principio de Behaghel.

[26] Sobre los concretos y abstractos derivados da explicaciones, que en parte corrigen de manera convincente la famosa idea de Usener sobre el origen de los nombres de dioses, P. Kretschmer, en *Glotta,* XIII, págs. 101-116.

[27] He modificado ligeramente los ejemplos alemanes para adaptarlos al español. (*N. del T.*)

«El artículo *determinado*... sirve para distinguir una magnitud de otras homogéneas. El artículo *indeterminado* extrae *una* magnitud de una *pluralidad* de homogéneas» (pág. 38).

Un filósofo que lea esto acaso se escandalice al pronto de la significación que tiene que atribuirse a la palabra *individual* en este texto, para que no esté en flagrante contradicción con los hechos y la descripción, penosamente concienzuda, de los hechos, que Behaghel mismo ofrece. ¿Cómo puede considerarse el artículo determinado como un signo especial que sólo se adscribe a las «magnitudes individualmente determinadas», si «el caballo» puede referirse tanto al ejemplar que pace ante los ojos del hablante, que tiene un nombre propio, como a la especie de los zoólogos? La respuesta a esta pregunta es terminante: Behaghel piensa de un modo tan ingenuamente afilosófico como el lenguaje mismo: por esto interpreta despreocupadamente lo determinado, inconfundible en el sistema de coordenadas del *hic et nunc,* del campo mostrativo y lo determinado de un modo inconfundible *conceptualmente* y lo nombra con uno y el mismo nombre (no elegido de modo precisamente feliz), «magnitud individualmente determinada» (magnitud = algo).

Lo que a nosotros mismos nos interesa y tiene que interesarnos más en esto como teóricos del lenguaje es ante todo los dos modos distintos de determinación que el artículo «determinado» no distingue, a los cuales apunta, ignorando soberanamente su diversidad. Es, primero, la determinación que un algo experimenta, puede experimentar mediante ordenación espacio-temporal, y segundo, la determinación de algo en el orden *conceptual* de las cosas. El caballo (señalado con el dedo) que está ante mis ojos está determinado inconfundiblemente con otra cosa gracias a la deixis, y la especie zoológica «el caballo», conceptualmente, es decir, en último término en virtud de una definición. El mismo artículo se emplea en un caso y en otro. Esta es, interpretada filosóficamente, la quintaesencia de la doctrina de Behaghel. Yo creo que da en el clavo, es decir, formula para el material de citas tomadas de la historia de la lengua, minuciosa y copiosamente recopilado por Behaghel, una regla de aplicación, que no necesita ser después acribillada con «excepciones». El filósofo no debe dar otra interpretación a esto, sino sencillamente tomar nota de que lenguas como el griego y el alemán piensan de un modo *realista,* en el sentido escolástico de la palabra. También el latín, naturalmente; sólo que en latín no hay ningún artículo en que esto pudiera manifestarse. Quizá es oportuno recordar en este contexto que la palabra griega «deixis» y la palabra latina «demonstratio» ponen en la misma línea dos cosas: el mostrar con el dedo en el campo perceptivo y el hacer concebible una relación en la de-

mostración lógica; la demostración lógica se llama *deixis* y *demonstratio*. Tal uso verbal sólo es comprensible dentro del marco de un pensamiento realista.

Ciertamente, la riqueza de los casos distinguidos por Behaghel subsiste y hay mucho sorprendente entre ellos. Pero lo sorprendente no está en lo que el artículo da de ordinario siempre que aparece, sino, por una parte, en las circunstancias variables en las cuales el hablante considera cumplidas las condiciones de la determinación déictica sensible o conceptual o de una mixta en el contexto, y, por otra parte, en las condiciones bajo las cuales renuncia al uso del artículo determinado, a pesar de que se nombra algo determinado. El uso del artículo no se ha impuesto en ninguna de las lenguas que lo poseen de un modo tan total, que esto ya no ocurriera en absoluto. Para no prescindir de nada que pueda aclarar las cosas, queremos aprender de los historiadores y reanudar de nuevo en una perspectiva más amplia la discusión de la teoría del lenguaje sobre la función sintáctica y semántica del artículo.

1. *Para la historia del artículo y de la teoría del artículo. Sus tres funciones, según Wackernagel*

No sólo hombres y libros, sino también los conceptos científicos, tienen con frecuencia un «destino» curioso. Wackernagel resume en su instructivo parágrafo sobre el artículo, del que tomo los datos históricos: «Así nuestra expresión *artículo* tiene su significación casi por casualidad, no nos enseña nada sobre la función de la parte de la oración así designada. Pero esto es mucho mejor que si se echa mano de una expresión ciertamente clara, pero absurda como *Geschlechtswort* (lit.: palabra de género), que no enseña absolutamente nada sobre la efectiva misión del artículo y sólo es importante en la medida en que poniendo el artículo se puede indicar del modo más cómodo el género de un sustantivo» (II, 126). La expresión *articulus* (en griego, ἄρθρον) como «Gelenkwort» (lit.: palabra de articulación) resulta históricamente comprensible si se la toma tan ampliamente como Teofrasto y los estoicos, esto es, como expresión para *todos los demostrativos anafóricos*.

Apenas hay una imagen más certera para la función de las palabras anafóricas que la de las «articulaciones» del habla. Piénsese, por ejemplo, en cómo y para qué insertamos relativos, en las lenguas indoeuropeas, en la sucesión verbal de un discurso. El conjunto se compone de «frases», y los relativos funcionan como goznes de una armazón, están en los puntos móviles de la armazón de frases como

provista de articulaciones. Más adelante veremos cómo esta imagen técnica en parte se puede interpretar de un modo más fino, en parte sustituir por otra más acertada. Pero entretanto hay que reconocer que los griegos no tuvieron mala mano cuando designaron metafóricamente la estructura del discurso como «articulación» y los demostrativos anafóricos como medios de articulación.

Ha perdurado y ha sido profundizado por el estudio histórico del lenguaje el conocimiento de que el artículo, dondequiera que se ha desarrollado, ha salido del repertorio de los demostrativos. Esto lo vieron los griegos en su propia lengua; Wackernagel advierte que también podría ser así en las lenguas semíticas, donde, por ejemplo, el *al* en árabe es una palabra que significa también *aquí* y *ahora*. Análogamente, los escritores latinos tardíos, cuando al traducir textos griegos echan de menos el artículo de que carece su lengua propia, recurren a un *hic, ille* o *ipse,* e indican ya así al historiador el material con que las lenguas románicas formarán su artículo.

La restricción conceptual de la expresión «artículo» se produjo cuando los gramáticos griegos descubrieron aquella otra función sintáctica de los demostrativos y personales, que desde entonces se conservó en el nombre de clase «pronombres» y se puso invariablemente a la cabeza del análisis gramatical. Ser lugartenientes de los nombres es la función sintáctica indiscutible de los pronombres. Pero el artículo desarrollado en el sentido que para nosotros tiene esa palabra, cualquiera que sea su función, no es precisamente un lugarteniente, sino algo completamente distinto, a saber: un satélite de ciertos nombres. Por esto tuvo que quedar desterrado en la nueva terminología, y los lingüistas modernos tuvieron la tarea de definir de nuevo su función o funciones. Hasta donde yo puedo ver, han resuelto perfectamente este problema de un modo histórico-descriptivo. Se sabe que el artículo es un fenómeno relativamente reciente, cuya evolución en griego puede seguirse paso a paso desde Homero, en germánico desde la traducción gótica de la Biblia. Los romanistas agotan el *Cantar de Roldán,* y los anglicistas el *Beowulf,* donde interpretan con exactitud filológica los estadios iniciales del artículo [28]. Así como el latín, al lado de esto, carece de artículo, parece ocurrir también en otras familias lingüísticas, por ejemplo en las semíticas. «Aquí el asirio en el Norte, el etíope en el Sur, carecen de artículo; en las demás lenguas lo tenemos, pero con tipos muy diversos» (pág. 227). Un

[28] Cf., por ejemplo, E. Winkler: *Grundlegung der Stilistik,* pág. 42, y más sobre ello en *Neuphilol. Monatschr.,* 3, pág. 158, y antes en *Z. f. franz. Spr. u. Lit.,* 54, págs. 451 y ss.—Regula: Zur Artikellehre im Französischen», *Z. f. neuere Spr..* 2 (1931).—E. Glässer: «Über den Stilwert des Artikels im Romanischen», *Z. f. franz. Spr. u. Lit.,* 57, págs. 31 y ss.

hecho sorprendente. Los latinos han forjado sin artículo una lengua universal, los eslavos no lo echan de menos. ¿Por qué necesitaron los griegos, germanos y románicos llevar consigo un artículo «determinado» y uno o varios «indeterminados»?

Los sutiles análisis estilísticos de Winkler y otros romanistas se proponen acechar el artículo como recurso artístico en su fase germinal y después. Para completar sus hallazgos y ejemplificar su progresiva penetración en la lengua usual serían útiles sencillos cuadros estadísticos de frecuencia; yo mismo, por ejemplo, no he podido averiguar cuántas veces más emplea Lutero el artículo que Ulfilas, y me parecería instructivo confrontar alguna vez de un modo puramente estadístico a Homero con Herodoto y Jenofonte o la *Iliada* griega con la alemana de Voss, para perseguir también cuantitativamente la evolución histórica. ¿Está todavía el artículo en alemán en la cima de la frecuencia de su uso, o se advierten ya aquí y allá tendencias regresivas, como en inglés?

Sistemáticamente se acerca Wackernagel a tres casos de empleo del artículo en griego, alemán (y en las lenguas románicas, que al menos de pasada tiene también en cuenta). Los dos primeros son manifiestamente déicticos y sólo se distinguen entre sí porque en el primer caso la referencia (una referencia «débil») es algo que se acaba de nombrar en el discurso; en el segundo, por el contrario, a algo sin duda no nombrado ya, pero «dado para el hablante y el oyente». Hay que remontarse a Homero o a otra fase histórica germinal del artículo para encontrar ejemplos que puedan adscribirse con pureza convincente a uno y otro caso. Entre nosotros no se ha extinguido ciertamente la deixis anafórica y anamnéstica del artículo; pero sólo se conserva como función; apenas se la puede encontrar en ninguna parte aislada del tercer modo de empleo.

Si digo en el círculo de mis alumnos «la Universidad está cerrada mañana que es día de fiesta», se mienta ciertamente el edificio conocido de todos nosotros, nuestra Universidad y el artículo determinado ante el nombre puede también realizar de paso una deixis «débil» en el sentido de Wackernagel. Prácticamente, todo nombre de clase, como «padre, ciudad, Estado, rey, iglesia, etcétera», puede tratarse ocasionalmente en una comunidad lingüística más angosta o más amplia como un nombre propio, y parece, por lo regular, como si la individualización dependiera nuevamente de un momento demostrativo que contiene el artículo. «Voy a la ciudad»; el oyente sabe ya a cuál, y podría indicar la dirección en que está; «el cielo está de un azul radiante»; sólo hay uno que esté en cuestión, el que puede señalarse aquí ahora encima de nosotros. Es distinto, según las regiones, decir «el padre» o «padre» cuando en el círculo familiar se nombra al cabeza de familia. En cambio, en toda el área lingüística alemana se va a «la ciudad».

En el futuro, para resolver estas sutiles cuestiones de interpretación sin demasiado subjetivismo, será menester elaborar una criteriología. Ante todo hay que distinguir, en la medida de lo posible, la auténtica y clara anáfora de la deixis en fantasma; ambas son anamnésticas; pero con esto no se ha dicho bastante. Para comprobar claramente el momento anafórico, se podía pensar

en pasajes en que lo mismo se nombra dos veces de distinto modo (aposiciones). Si digo «Isabel, la juzgadora de María Estuardo», acaso puede advertirse en ese artículo un momento de referencia retrospectiva; se lo podrá definir como referencia real o como referencia local sintáctica o como ambas cosas a la vez. El momento demostrativo (si es que existe) pertenece aquí, dicho con otras palabras, a aquellos fenómenos accesorios multívocos que volveremos a encontrar más adelante en los ejemplos de Brugmann (§ 26). Y sólo necesito invertir el orden de las palabras «la juzgadora de María Estuardo, Isabel», para que se produzca la referencia retrospectiva (marcada musicalmente), aun sin el artículo (el lenguaje elevado lo evita en lo posible [29] ante los nombres propios). No sabría decir cómo podrían obtenerse en nuestro alemán moderno paralelos más puros a los ejemplos homéricos de Wackernagel. Cuando se trata en cambio del modo más originario de mostrar, de la *demonstratio ad oculos,* es mucho más sencillo recoger en el lenguaje corriente transiciones continuas entre el demostrativo *der* (este), fuertemente acentuado, y el artículo *der* (él), débilmente acentuado.

O. Behaghel combate la opinión de «que el artículo determinado en época anterior tenía una fuerza déictica mucho más intensa; por tanto estaba más próximo al pronombre déictico», como «completamente errónea». «El artículo determinado procede del nombre anafórico, no del déictico, como se ha admitido muchas veces» (*Deutsche Syntax,* vol. I, pág. 33). Y ¿de dónde procede el pronombre anafórico? Behaghel puede tener sus buenas razones para poner el artículo alemán en su fase histórica germinal en conexión más próxima con el relativo que con el demostrativo *ad oculos.* Pero que ambos proceden de la misma raíz, y hoy hay transiciones continuas entre ellos en el lenguaje usual, naturalmente no lo discute Behaghel. Sólo hay pocos pronombres autóctonamente anafóricos en alemán, y mostrar es mostrar en los tres modos que hemos distinguido. Por lo demás, dejemos los detalles históricos a los historiadores.

Ahora volvemos toda la atención al tercer caso de la lista de Wackernagel. Este, así se advierte, no ha de entenderse sin más como déictico. A saber: el caso en que el artículo «va con abstractos» y se mientan especies. El griego posterior a Homero dice exactamente como nosotros «la filosofía» o «el caballo», cuando de cualquier modo se mienta directamente o está en juego mentalmente de otra forma el abstracto «filosofía» y la especie zoológica «caballo». En este punto podemos reanudar nuestras propias reflexiones sobre teoría del lenguaje y poner en relación directa con la tercera función de su lista el fenómeno que Wackernagel, a última hora, tiene todavía en cuenta y documenta históricamente de un modo minucioso; pero considera, sin embargo, con ojos asombrados la «fuerza sustantivadora» del artículo. La mostración gráfica, real; la mostración en el campo mostrativo intuitivo del lenguaje, está extinguida en el artículo moderno. ¿Cómo se comportan las presuntas nuevas funcio-

[29] En español casi en absoluto —salvo nombres italianos, algunos femeninos (sobre todo apellidos notorios), etc.— y aun en lenguaje familiar. (*N. del T.*)

nes (que *de facto* no podrían ser históricamente nuevas) entre sí y con la mostración? Este es nuestro problema.

2. *El formador de sustantivos. Explicación desde la teoría del lenguaje*

Hacemos hincapié una vez más en el conocimiento de que todo signo lingüístico provisto de un artículo, o es ya él mismo un sustantivo o se eleva a la categoría de sustantivo. Lo mismo que nosotros conocemos *el* yo, *el* aquí, *el* ahora o entonces, también Homero forma ya ocasionalmente según Wackernagel τὸ πρίν (el entonces, antaño) y los griegos posthoméricos forman τὰ τοῦ πολέμόυ (los asuntos de la guerra) y οἱ νῦν (los hombres de hoy). Hay que tener en cuenta, ciertamente, que en los dos últimos ejemplos el artículo provisto de características de plural y género afecta a «asuntos» u «hombres», que se presenta, por tanto, como *regen*s de τοῦ πολέμόυ; se interpretan correctamente estos ejemplos como construcciones elípticas. Sin embargo, esto no debe despistarnos, como tampoco el hecho de que la sustantivación es posible en latín como en las lenguas modernas también sin ayuda de un artículo: «Envidiar es mezquino». Pero con la amplitud que lo utilizan, por ejemplo, en ocasiones los filósofos para sus fines, este procedimiento auténticamente filosófico apenas sería pensable sin artículo. Platón y Aristóteles sin el artículo griego, los hegelianos sin el alemán, se hubieran encontrado muy a menudo sin medios de expresión, y traducir el *Sein und Zeit* de Martin Heidegger al latín áureo sería probablemente una empresa dificultosa; ¿cómo se deberían verter en latín ciceroniano «das in der Welt Sein» (el estar en el mundo), «das Sein zum Tode» (el ser para la muerte) e innumerables expresiones todavía mucho más complicadas? En el latín de los escolásticos sería ya más difícil, es decir, habría que utilizar en proporción inaudita los demostrativos, según el débil modelo de los traductores latinos tardíos de los filósofos griegos, o formar, en proporción igualmente inaudita, según el modelo no muy débil de los escolásticos, nuevos sustantivos (cfr. *essentia, quidditas, ubiquitas*) con los muchos grupos verbales sin descomponer en griego, como τὸ τί ἦν εἶναι = la esencia (conceptual) de una cosa [30]. ¿De qué se trata aquí?

[30] Wackernagel cita (*Syntax*, II, 142) ejemplos de Platón donde en definiciones marchan en fila auténticos sustantivos con adverbios provistos de artículo, por ejemplo, τὴν δὲ ὀρθότητα καὶ τὴν ὠφελίαν καὶ τὸ εὖ καὶ τὸ καλῶς τὴυ ἀλήθειαν εἶναι τὴν ἀποτελοῦσαν (*Leyes*, II, 667 C). Aquí está excluida toda otra interpretación lingüística.

Demos un rodeo. Buscaba yo una vez en la psicología un término para una vivencia específica bien conocida de todos y cada uno de nosotros, y la he llamado malhumoradamente *Aha-Erlebnis* (*vivencia de ajá*); el nombre se ha aclimatado hoy en la psicología. El que considera, desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, lo violento, pero no imposible de semejante expresión, encuentra que procede de análoga necesidad lingüística a aquélla de que en innumerables casos significa una salida la inserción del artículo. En el ejemplo citado, el expediente no fue un artículo, sino el procedimiento de una composición verbal. Pero la necesidad lingüística y el remedio son comparables allí y aquí. *Ajá* en el curso del decir no es, según la interpretación expuesta, un nombre, sino una partícula de manifestación, una interjección; pero compuesta con el nombre «Erlebnis», su función adquiere un carácter algo distinto. Se convierte, dicho gramaticalmente, en sustitutivo de un atributo y, dicho psicológicamente, el compuesto «Ahaerlebnis» propone al oyente: «Debes pensar en aquel estado de conciencia en que sueles proferir la interjección *ajá*». De un modo comparable, el artículo ante un miembro de frase o una frase entera insinúa al oyente en algunos casos (y sin duda los más interesantes): «Debes atender a la pura función nominal de la siguiente expresión lingüística». El artículo pone a toda la expresión como entre paréntesis y reclama para ella (formulado ahora en términos generales) en cada caso alguna de aquellas actitudes en que pensaban los escolásticos cuando hablaban de las diversas *suposiciones* de las palabras. Con esto se ha indicado la palabra clave y la clase de fenómenos de que hay que partir para resolver lógicamente toda la cuestión.

La teoría de las distintas «suposiciones» de las palabras, elaborada por los escolásticos, transmitida rígidamente en la lógica formal y hoy expuesta de vez en cuando como un accesorio fósil completamente petrificado, es en el fondo algo sumamente trivial. En el caso de que en un texto lingüístico aparezcan las tres frases: «padre es bisílabo», «padre es un sustantivo», «padre es un nombre de parentesco», todo lector discreto «supone»: «bisílabo, se entiende, como sonido verbal», «sustantivo, se entiende, entre las partes de la oración», «nombre de parentesco, se entiende, entre los demás símbolos lingüísticos». En otros casos la palabra padre no está, por decirlo así, por sí misma como en estos casos, sino que está en lugar del objeto mentado: «Llegar a ser padre no es difícil; ser padre, en cambio, mucho». Esto se llamaba la *suppositio simplex,* y también los demás casos tenían sus nombres peculiares. Los escolásticos creían poder encerrar pulcramente todavía en una lista las suposiciones, y podían, ciertamente, en el estado de su lingüística. Hoy, en cambio, todo lo

que interesa a un lingüista en una palabra se ha multiplicado tanto, que ya no tiene ningún sentido establecer una lista de las suposiciones posibles. Sólo ha quedado la *suppositio simplex* como la usual y junto a ella el grupo indiviso de los modos inhabituales de inserción de una palabra en contextos [31].

El artículo sustantivamente, en aquellas formaciones inhabituales, aísla en boca del filósofo una palabra o elementos enteros de una frase del contexto y reclama que se los tome sintácticamente como sustantivos y semánticamente según su esencia conceptual. ¿Qué tal estaría una reflexión acerca de si tal vez una insinuación peculiar de este tipo, sólo que inadvertida por la teoría, se encierra en todo artículo y *antes* del artículo, por ejemplo en latín, se encuentra también ya, aunque con otros medios, y *antes* del latín clásico es posible en toda lengua humana? Pero en la elaboración no permanece esto ciertamente, sino que al fragmento así tratado se le prestan nuevos signos de campo, y el artículo mismo los lleva consigo, por afán de simplicidad, en griego y alemán.

3. *La deixis del «así» como paralelo*

Toda palabra simple y toda compleja tiene un valor simbólico y tiene que ser capaz de campo para funcionar como palabra completa (§ 19). Si el hecho histórico de que los artículos de todas las lenguas conocidas que lo poseen han salido del repertorio de los demostrativos, y en su fase germinal estuvieron sumamente próximos al uso anafórico de los demostrativos, debe ser recogido adecuadamente en una teoría del artículo, hay que considerar en qué medida la unión artículo + nombre contiene todavía hoy un momento mostrativo. El nombre escrito en un indicador material en el campo está caracterizado como un nombre de lugar por su situación, su complexión con los signos de dirección; el nombre o un trozo entero de frase provisto de un artículo, como sustantivo. ¿En qué estriba en último término la afinidad de ambas complexiones? Esto me parece ser un planteamiento del problema correcto e inevitable.

Los sustantivos, en todas las lenguas en que se distinguen fonemáticamente las clases de palabras, tienen algún *formans* o *formantia*; se habría dicho demasiado poco del artículo en las lenguas que lo

[31] Para ordenar de nuevo los fenómenos habría que partir hoy de los *entornos* que distinguimos. El signo lingüístico aparece habitualmente en el entorno sinsemántico; éste es el caso fundamental. Hemos mostrado que también puede funcionar en una inserción simpráctica y sinfísica, y las diversas suposiciones hacen uso de ello.

poseen si se quisiera caracterizarlo *sólo* como formador de sustantivos. Para esto sólo no lo hubiera necesitado ni el griego homérico ni el alemán de la Biblia gótica. Pero si se le adscribe el momento de una mostración contextual, como si estuviera allí y dijera: trata la palabra o el trozo de contexto al que precedo o estoy adherido como satélite de esta o aquella manera, entonces resultan comprensibles muchas cosas en su aparición y quizá todo en las lenguas en que aquél domina el campo. Pero al menos se acomoda a ciertas reglas más generales, que encontraremos en el análisis del compuesto y en la teoría de la anáfora.

La sustantivación no es en nuestras lenguas la única transformación de clases de palabras que se puede pretender por medio de una mostración contextual. En alemán hay paralelamente a esto un demostrativo que al menos alusivamente postula una *adjetivación* (o adverbialización); es el demostrativo *so* (así). Tómese una vez más el ejemplo de Porzig y antepóngase un «*so*» a «König» (rey): «er ist *so* König, wie nur das Märchen den König kennt» (es rey así como sólo el cuento conoce al rey); esto significaría ciertamente subrayar la adjetivación supuesta por Porzig. Brugmann, que no comprende la esencia de la anáfora, desconoce también, a mi parecer, el matiz específico en la función déictica de la partícula alemana *so* [32]. No afecta a lo que se indica en el epígrafe del parágrafo que el moderno *so* esté «despojado de su significación déictica»; a menos que se restrinja inconvenientemente el concepto de mostración a los demostrativos de posición. Cuando demostrando *ad oculos* digo *so,* el oyente es remitido a algún *Wie* (como) que se puede derivar de la percepción; le enseño, por ejemplo, una manipulación o le muestro cómo tiene que resultar el producto de mi actividad. El griego distingue además con frecuencia si se trata de cantidad o cualidad. Y este momento demostrativo «como» no se pierde de ninguna manera en el modo de la anáfora; se ha dicho demasiado poco cuando se ha caracterizado la función «*so*» como subrayado (énfasis). Ciertamente hay énfasis y no mucho más que énfasis en la frase *ich habe mich über sein Glück so gefreut* (me he alegrado tanto de su felicidad). Pero se confunde la sucesión cuando se escribe como Brugmann: «La combinación del *so* con adjetivos y adverbios se ha difundido ahora más entre nosotros, partiendo de ese tipo de frase en que *so* ha adquirido el sentido enfático» (página 135). ¿Tal vez porque sólo adjetivos y adverbios son capaces de comparación? No; esto no es una buena hipótesis. Sino porque adjetivos y adverbios están llamados precisamente a *nombrar* lo que

---

[32] Pronombres demostrativos, págs. 134 y ss.: «5. *So* independizado y despojado de la significación demostrativa».

debe ser mostrado por *so*. El instructivo ejemplo de Stöcklein, tomado del franconiano, que cita Brugmann, no me parece correctamente interpretado por él; dice así: «Se usa *as* (= *als*) *wie* para abreviar una comparación que es cómodo realizar, por ejemplo, *der hat mich geschlagen as wie, er hat Sprüche gemacht as wie; as wie* pasa así a la significación de una comparación» (pág. 134). Naturalmente es así, y lo del «paso» hay que tomarlo al pie de la letra, es decir, está al final lo que Brugmann lleva al comienzo de la evolución. Lo mismo está al final el uso enfático y por último el uso efectivamente absoluto, por decirlo así, de *so* en giros como *ich ging im Walde so für mich hin; ich habe das so (= umsonst) bekommen; das ist nicht so gefährlich.* El último ejemplo sí es esencialmente «enfático», es un «so» comparativo (tan). Por lo demás, no hay que olvidar en absoluto la demostración de Brugmann de que la raíz «so» se encuentra con frecuencia, dentro del cuadro total de la historia de las lenguas indoeuropeas, allí donde por otra parte aparecen palabras formadas de la raíz «to». Pues se encierra también naturalmente un momento to-déictico en el *so* demostrativo *ad oculos*. Unicamente requiere, cuando la mirada del receptor de la señal ha hallado la posición, una atención específica; requiere, dicho en una palabra, una atención-cómo a lo que hay que ver, mientras en los demás casos las palabras to-déicticas como *ahí, allí* requieren la atención-qué más indeterminada, o bien en *este, esto* una atención sustantiva específica. El que ambos grupos de demostrativos sean de raíces afines o idénticas recuerda el hecho de una frecuente afinidad de raíces entre las palabras que significa «yo» y «aquí» (págs. 133 y ss.).

Si con esto estamos en el camino certero, de la deixis del «así» habría podido desarrollarse una forma lingüística análoga a nuestro artículo, y este artículo no habría resultado (para hablar con Porzig) un formador de sustantivos, sino un formador de adjetivos (adverbios), o incluso lo es aquí y allá. Lo que decimos con esto pertenece al complexo de la cuestión suscitada por Porzig y realmente interesante acerca de la formación de «nuevas categorías» en nuestra lengua viva.

21. Las uniones con «y». Sobre la teoría de la forma

Fue, como queda dicho, en el círculo de Meinong donde se distinguió conceptualmente de lo configurado lo informe y se tomó ejemplarmente la partícula *y* como un formador de complejos amorfos. Así se originó la doctrina, hoy muy difundida, de las uniones con *y*.

La idea era que en la práctica de la composición lingüística se puede enlazar evidentemente por medio de «y« cualquier cosa con cualquier cosa y que semejante haz no es otra cosa que un *amas* o *aggregatum* en el sentido de Leibniz. A diferencia de esto, todo lo configurado se presenta como un «más que aditivo». Debería, pues, encontrarse en una composición lingüística el *non-A* agregado a *A*, es decir, mostrarse algo a lo cual *no* corresponda el llamado primer criterio de las configuraciones de Ehrenfels, el carácter de una «supersumatividad». La teoría del lenguaje tiene un comprensible interés en ver si el ejemplo está bien elegido y representa de hecho aquello para lo que fue destinado. Este es nuestro punto de partida. Los problemas de la teoría de la forma retrocederán aparentemente al trasfondo ante el compuesto (auténtico), extraordinariamente instructivo para la teoría del lenguaje, y la metáfora. Sólo al final aparecerán cuántos problemas generales y aclaraciones podemos sacar de una teoría perspicaz de la composición lingüística, a propósito de los fenómenos de la forma, y viceversa.

1. *El «y» en numerales como ejemplo. El «y» conjuntivo. Resultado: ligadura de cosas y composición de frases*

En conjunto, la idea del concepto general de las uniones con *y* no era mala. Como crítico benévolo, sólo hay que decidirse a pensar ante todo en el *y* de la lengua que une *realmente,* que se manifiesta del modo más claro en los numerales complejos; la composición *einundzwanzig* (veintiuno) corresponde al razonamiento de Ameseder. En alemán, después de las palabras simples para números pequeños hasta doce (*zwölf*), formamos los compuestos sin *y* de trece (*dreizehn*) hasta diecinueve (*neunzehn*) y luego, empezando de un modo muy consecuente con veintiuno (*einundzwanzig*), los compuestos con *y* de unidades y decenas; el hecho de que vuelvan a encontrarse compuestos aditivos sin *y* (facultativamente junto a los con *y*), después de ciento (*hunderteins* = 101, *tausendvierzig* = 1.040), sucede por comodidad; pero el teórico del lenguaje, en este vaivén que en otras lenguas próximamente emparentadas lleva a diferencias, tiene ocasión de convencerse de la indeterminación general del modo de unión, antiquísimo y lo más sencillo imaginable, del compuesto. Nuestro *dreizehn* (13) junto a *dreihundert* (300) enseña la misma doctrina, y composiciones abreviadas de los matemáticos, históricamente recientes, como *vier hoch drei* (4^3) siguen a su modo audazmente una vez más la receta probablemente más antigua: compón sin preocuparte y deja la especificación a la materia o a convenciones particulares. Pues la realización unívoca de «dreizehn» junto a «drei-

hundert» y «hundertdrei» es algo que el que aprende la lengua alemana tiene que tomar exactamente igual que cualquier convención léxica.

La palabra «receta» se nos deslizó hace un momento; procedía de antiguas consideraciones que se me impusieron a propósito de más de un fenómeno curioso de la sintaxis. El «cuatro elevado a tres» del cálculo hablado es comparable a los jeroglíficos de los médicos en aquellas papeletas que se suelen llamar recetas. Las recetas del médico son instrucciones al boticario, que empiezan con una R: *Recipe,* es decir, ¡toma de tus provisiones! Luego siguen línea tras línea los nombres y cantidades de las sustancias, y a ello, por ejemplo, los signos *M.f.p. Ni* 100 (*mis ce fiant pillulae numeri centum*). Algunas cosas en la sintaxis recuerdan las recetas; sólo que lo que aquí se da no son precisamente prescripciones de manipulación, sino indicaciones de construcción al oyente. El «cuatro elevado a tres» de los que calculan en voz alta es una indicación de escritura; el «y» colector es una receta de construcción. Sencillo y comprensible para cualquier niño que espontáneamente empieza a penetrar a la edad de dos o tres años en el mundo del arte de contar es el «y» meramente colector, que es usado muchas veces por el niño al señalar y luego al construir grupos de cosas: «uno y uno (más) y uno (más)».

En las adquisiciones lingüísticas de nuestros niños, en la medida en que puedo juzgar las cosas por observación personal y algunas noticias que se encuentran en la bibliografía, muchas veces preceden las partículas, prácticamente importantes, «noch» (todavía, otro, más) y «auch» (también, además). En mis hijos eran primero órdenes a los adultos y aparecían *emprácticamente* en situaciones en que el niño quería «todavía más» de lo bueno, o «también de alguna otra cosa» o «también él» como otros receptores. En un momento posterior se insertan luego aquellos conocidos monólogos de los niños que juegan y en ellos la función mostrativa y colectora del «todavía, también, y». Valdría la pena reunir acerca de esto nuevas observaciones sobre una base más amplia y con un planteamiento del problema más sutil desde el punto de vista de la teoría del lenguaje.

Las palabras que indican «y» en las lenguas indoeuropeas, a las cuales se puede agregar para mayor sencillez en alemán el grupo «auch, noch, oder, aber» y sus equivalentes en las demás lenguas indoeuropeas, podrían haber tenido, si se consideran las cosas sólo desde la función, una evolución análoga. El parentesco morfológico de algunas de ellas con preposiciones no contradice a esa suposición general, y lo que decimos en lo que sigue es adecuado para apoyarla en un punto: lo mismo que en todas partes hay una mostración real y otra sintáctica, hay que contraponer al *y* del reunir real, de que acaba de hablarse, uno específicamente sintáctico; «afirma estar enfermo *y* es verdad». El lógico encuentra en la teoría del juicio de

B. Erdmann el fundamento más preciso y algunas alusiones psicológicas acertadas, a mi parecer, para una ordenación y diferenciación clara del «y» sintáctico. Es decir, el propio Erdmann elimina los medios lingüísticos de su bien definida y bien delimitada primera clase de «juicios compuestos» con la observación de que estos medios de enlace son «múltiples en toda lengua desarrollada», lo que apenas es discutible. Sin embargo, formulamos la cuestión así: ¿cuál es la palabra adecuada siempre que ha de simbolizarse especialmente mediante conjunciones una composición lo más puramente posible aditiva de proposiciones (Erdmann llama a tales composiciones «combinaciones de juicios»)? La mirada inquisitiva encuentra entonces el «y» sintáctico con sus afines.

Por lo demás, el desarrollo lógico de las tres formas de combinaciones de juicios, *copulativas, conjuntivas* y *divisivas,* en Erdmann es tan elemental, que después de indicar la clave lo puede realizar cualquiera. Si tengo primero «el padre y la madre de N. ha muerto» y luego «el padre de N. emigró joven y murió», el lógico resuelve ambas frases en dos juicios cada una. Allí: padre-murió, madre-murió; aquí: padre-emigró, padre-murió. La primera vez toma el mismo P para dos sujetos distintos, y la segunda vez dos predicados distintos paar el mismo S (repetido). Erdmann llama a aquello una adición copulativa y a esto conjuntiva. La tercera forma, «el verbo dirigir puede regir dativo y acusativo» (a saber, ya uno, ya el otro), se llama composición divisiva. En toda esta construcción lo más interesante para la teoría del lenguaje es el hecho culminante de que los ejemplos citados permiten y postulan una solución en el sentido de Erdmann. Añádase un ejemplo de la otra forma funcional, para aclarar la distinción: «senatus populusque romanus decrevit». Aquí el singular indica correctamente que el colectivo se ha convertido en un sujeto único. Ese «que» es por tanto un «y» colector, por consiguiente *enlazador de cosas,* no *de frases.* Si un hablante que quiere cincelar estilísticamente elige el plural «decreverunt», vuelve a descomponer la legislación como totalidad en actos parciales y reproduce una composición de juicios en el sentido de Erdmann. Estos son, naturalmente, sutilezas, que pueden también variarse de una manera o de otra por la moda del hablar.

En el *Abriss der Logistik* de R. Carnap (1929) se enumeran (pág. 91) cinco funciones de «y», de las cuales las tres primeras repiten lo visto por Erdmann, mientras que falta el «y» divisivo. El cuarto «y» en Carnap es el colector, y su quinto ejemplo remite a un hecho digno de atención dentro del colegir. Si acumulo por medio de «y» *notas* de una determinación conceptual: «los objetos perdidos y no vueltos a encontrar», se produce efectivamente, como indica Carnap, según la ley conocida, con el enriquecimiento del contenido una disminución de la extensión: la clase de las cosas perdidas y vueltas a encontrar es menor que la clase de las perdidas. Pero hay que añadir como explicación lo otro: si explicito las *propiedades* de un objeto conceptual ya definido o de un individuo dado —«C. Julio César, el general y estadista»—, no se trata de un angostamiento de la clase, sino de un despliegue enumerativo de propiedades. Visto puramente desde la teoría del lenguaje, la partícula «y» es inocente en un caso y en el otro; pues acumula y liga aquí y allí. El espectáculo que empezó con el encadenamiento de frases y continuó con una acumulación de cosas se repite finalmente en las definiciones de conceptos y

cosas. El «y» liga también dentro de grupos verbales los atributos: «la mirada viva *y* agresiva del señor N.» Más sobre esto en lo que sigue.

Hacemos la suma. Lo más importante para la teoría del lenguaje en las uniones con *y* es la separación entre un «y» *realmente* colector y el que une *sintácticamente*; algo así como el «y» que *liga cosas* y el que *encadena frases*. El último pertenece por su función a las conjunciones; si se quiere alojar el primero en las clases de palabras históricamente venerables, quizá tiene la mayor afinidad (por su función) con las preposiciones. Piénsese, por ejemplo, en «la Virgen *y* el Niño» junto a «la Virgen *con* el Niño». Pero mucho más importante que esta clasificación es para nuestra marcha la averiguación sematológica de que el «y» conjuntivo se basa en una sombra de *anáfora*. Es cualquier cosa menos evidente que en un sistema de signos representativos se encuentren también algunos tales que permitan retrospectiva y prospectivamente a partes ya concluidas o todavía inminentes de la representación actual. De esto se encargan en el lenguaje los demostrativos en el modo de la anáfora, y sólo a ellos debe la representación lingüística su incomparable flexibilidad y en parte también su economía. En lugar de las repeticiones en el esquema del lógico que explicita, de las cuales tomamos muestras en Erdmann, encontramos el texto vivo del lenguaje natural lleno abundantemente, por ejemplo, de la partícula «y» y sus afines.

Si se ha entendido claramente la doble función en la palabra «y» misma, es fácil comprobarla a su vez en todas sus afines. Ambas funciones están todavía hoy en pleno uso en «noch» (todavía) y «oder» (o), mientras que para «aber» (pero) puede recurrirse a hechos históricos para ejemplificar con la amplitud que merece el simple «aber» en referencia real, que se ha hecho raro. Pues fue sustituido por formaciones como «abermals» (otra vez, todavía más) y sólo suena en nuestros oídos todavía de un modo algo familiar en el arcaico «aber und aber» (sin cesar). En cambio la doble función del «o» se manifiesta correctamente en la distinción, vista por la lógica, entre las llamadas complexiones de juicios *divisivas* y *disyuntivas*. Si sustituyo la construcción «hay cisnes blancos y negros» por la frase «los cisnes son blancos o negros», se encuentra un «o» divisivo. Por otra parte, «miente o su adversario es un miserable»; ésta es una construcción disyuntiva.

2. *El compuesto par*

En el puente que va de las uniones con *y* a las formas y matices de simbolización más sutiles del compuesto (verbal) indoeuropeo, está el numeral simplemente colector *dreizehn* (13) y sus *afines*, que no

tienen que ser en modo alguno numerales. Había buscado una vez en alemán tales formas y llegué a mi curso con unos cuantos pobres ejemplos, como la *Schwarzweisskunst* (artes gráficas, lit.: «arte de negro y blanco»), la *Hamburgameriklinie* (el «diván»), *westöstlicher* (occidental-oriental). El preguntar a mis oyentes si podrían proporcionarme una colección más abundante de ejemplos del alemán y otras lenguas me informó con una rapidez casi vergonzosa de que lo inferido por mí más que descubierto se les había ocurrido a los especialistas hace muchísimo tiempo, y era corriente en gran abundancia en las lenguas indoeuropeas. Hasta remontarse a los lingüistas indios, que inventaron para ello el acertado nombre compuesto *-dvandva* (par)[33].

Ejemplos: el latín «usus fructus» significa: uso y goce del producto. En griego se encuentra formaciones como ἀρτόκρεας (pan y carne), νυχθήμερον (día y noche). Según datos que debo al doctor Locker, el procedimiento es especialmente usual en griego moderno: μαχαιροπέρονα (cuchillo y tenedor), γυναικόπαιδα (mujeres y niños), ἀνδρόγυνο (hombre y mujer, matrimonio), σαββατοχυριακό (sábado y domingo, *week-end*). En alemán se podría agregar todavía «bittersüss» (amargodulce, agridulce) como ejemplo característico; el dominio culinario es también rico en paralelos en las lenguas románicas. El dominio culinario y el del vestido humano, donde se producen híbridos como «camisa-pantalón» (real y lingüísticamente) y son «creados» por el más inventivo Ulises de nuestros días, la moda.

El compuesto par es próximo, para decirlo una vez más, a las uniones con *y* (colectoras) en el sentido de Ameseder y abandona a los dos objetos nombrados el engarzarse realmente de un modo correcto. Apenas hace falta más que una alusión al hecho de que hombre y mujer como matrimonio están acoplados mentalmente de otro modo que cuchillo y tenedor como cubierto o las propiedades gustativas de una fruta en agridulce o sábado y domingo en un *week-end*. Pero la expresión lingüística no refleja nada de tal diferenciación; en ella sola no se la puede descubrir. Tenemos de nuevo ante nosotros el hecho fundamental de que el lenguaje natural, en todas partes, sólo indica qué debe hacerse y cómo, y deja abiertos márgenes para indicios contextuales y auxiliares materiales. Tampoco se puede perder esto de vista nunca al tratar del compuesto (auténtico).

22. Estudios de teoría del lenguaje sobre el compuesto. La palabra con valor simbólico compuesto. Brugmann contra Paul.

Si nombro *una vez*, señalo y simbolizo con ello algo que hemos definido en la sección sobre los signos conceptuales lingüísticos. ¿Qué

---

[33] Brugmann-Delbrück, II, I, págs. 58 y ss.

ocurre si nombro *dos veces* y cuido de que el conjunto, la sucesión de las dos nominaciones y otros momentos de campo adquieran relevancia, es decir, se utilicen juntamente como medios de simbolización? Este es en su formulación general el tema de lo que sigue. Expresada en forma comparativa, la pregunta dice así: lo que aparece en primer plano en el compuesto y tiene que investigarse, ¿es un análogo al «y» *colector*, o un análogo al «y» *conjuntivo*, o una tercera cosa? La respuesta es que tiene el parentesco más próximo con el «y» acumulador de atributos. Pues todo compuesto, en el sentido del análisis lingüístico objetivista, es *una palabra con valor simbólico compuesto* y requiere de hecho para su cumplimiento significativo en el sentido de la teoría husserliana del acto (con ciertos supuestos y con determinadas restricciones) varias *pulsaciones significativas nominantes*.

Si se formula esto como tesis, el teórico del lenguaje se encuentra súbitamente complicado en una cuestión disputada entre los lingüistas, en ninguna parte decidida definitivamente, que yo sepa. La doctrina tradicional, de la que el compuesto recibe su nombre, ha sido rechazada por ciertos innovadores que niegan una distinción conceptual rigurosa entre palabra y frase. Se buscó y halló en el «llamado» compuesto no una palabra compleja, sino un trozo de frase o incluso muchas veces una verdadera microfrase, intercalada en el contexto más amplio de la frase; y se apoyó esta nueva doctrina ya más en argumentos de historia de la lengua, ya psicológicos. Es interesante seguir como oyente el pro y el contra de los debates sobre ello. Al que, como el autor de este libro, es psicólogo, lo fascina, por ejemplo, la forma en que Brugmann realiza en sus breves y animados ensayos el ataque contra la doctrina tradicional [34]:

> Si un tipo ha surgido en época prehistórica o histórica, es indiferente. No nos interesan las fortunas que han experimentado los compuestos ya formados, sino el proceso de composición del mismo, la composición como *acto de creación primaria* (pág. 361; la palabra decisiva, subrayada por mí).

Muchas ideas están artísticamente dispuestas y sinfónicamente concertadas en la teoría de Brugmann acerca del «llamado» compuesto. Hay que aislarlas cuidadosamente y comparar la totalidad con la defensa contra el ataque, realizada por H. Paul, que igualmente argumenta en lo esencial de un modo psicológico. En los *Principios* de Paul, un breve párrafo resume lo que este incorrup-

---

[34] K. Brugmann: «Über das Wesen der sogenannten Wortzusammensetzung. Eine sprachpsychologische Studie». *Säch. Ak. Ber. Phil.-hist. Cl.*, 1900, páginas 359 y ss.

tible empírico sabe decir en defensa de la antigua doctrina, en nombre de la psicología y en nombre del análisis gramatical:

> Pues la esencia de la frase consiste en que ésta designa el *acto de composición* de varios miembros, mientras que en la esencia del compuesto parece hallarse el designar la composición *como un resultado concluso*. Sin embargo, hay compuestos que son frases en las lenguas más diversas, así principalmente en las *formas verbales* indoeuropeas y semíticas (pág. 328).

Dejemos de lado por el momento el primer argumento, psicológico, de Paul, aunque un partidario de la defensa encontraría algo que decir también desde este lado. Mucho más elegante y concluyente resulta la demostración si se toma el segundo argumento de Paul, el gramatical, y después de una discusión previa adecuada y una generalización se lo hace valer con todo su peso. Las formas verbales indoeuropeas no son el mejor y más puro ejemplo de una composición efectiva en el campo de la frase; pues en formas como *amabat, amabit* está complicada una composición de valores simbólicos (v. más arriba 19, 2), por lo cual el partido de los unitarios puede todavía aquí sacar en parte la consecuencia de su nueva interpretación y poner ambas cosas (compuesto y palabra flexionada) en la misma línea. Es más sencillo atenerse al *nomen* indoeuropeo flexionado y formular así la pregunta: ¿estás dispuesto a poner también en la misma línea dos composiciones, como *Hauses* y *Haustor*? En ambas puede comprobarse más de un momento significativo; pero el segundo momento en *Hauses* es algo esencialmente distinto del de *Haustor*. En nuestra terminología, el formador del genitivo es un momento de campo, y por ello «Hauses» no es un compuesto, sino una palabra con signos de campo. Al compuesto, en cambio, le pertenecen varios valores simbólicos, que aparecen unidos en un único valor simbólico complejo. Con amplia ayuda de los mismos momentos de campo que en otro tiempo se emplearon en el campo de la frase o también ahora se utilizan todavía. Esto es verdadero y curioso y ha provocado el intento de innovación. A pesar de ello es y sigue siendo irrealizable desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, y los defensores de la antigua doctrina como Paul, el agudo sintáctico Willmanns y otros muchos de categoría (también Tobler y Delbrück pertenecen a ellos) tendrán razón, a mi parecer: no sólo hay «llamados» compuestos, sino auténticos.

La argumentación psicológica en la cuestión de la frase, tal como se desarrolló entre Wundt y Paul, me parece inconsistente y anticuada. Una teoría del lenguaje que se estima en algo y está dispuesta a dar también en este punto una prueba de la legitimidad de su existencia, no se quedará atenida ni sólo a lo psicológico ni sólo a la historia

de la lengua, sino que recogerá e interpretará a su manera las palabras de Brugmann de que el *acto de creación primaria* de la composición está a la orden del día. Si nuestra definición del concepto de palabra es sólida, se confirmará en las cuestiones del compuesto. Hay que repasar una vez más nota por nota del concepto de palabra, teniendo en cuenta la palabra simbólicamente compleja, para ver si son exactas. Con esto reciben por primera vez su lugar sistemático todos los argumentos de la teoría antigua y de la moderna; en el nombre de la cosa se introduce un orden verbal riguroso, que acaso es más valioso que la decisión misma. Que el trabajo de pensadores tan perspicaces como los había en el partido de los innovadores (Tobler, Bréal, Dittrich, Brugmann) [35] no podría haber sido ni inoportuno ni estéril, se comprende casi de antemano. Se miró a los fenómenos inspirado por las palabras de Goethe «es el espíritu el que se construye el cuerpo»: «El comienzo real del proceso que llamamos formación de composición es siempre más bien una *modificación de la significación* de la unión verbal sintáctica» (Brugmann). Paul concede en su respuesta que es habitualmente, pero «*no siempre,* como Dietrich ha admitido» (pág. 330); en la cuestión del origen, Paul acentúa principalmente el «aislamiento» de la significación total de palabras unidas. Ahora bien: tenemos que dejar de lado esta cuestión acerca de si el primer paso para la formación de un compuesto se da siempre interiormente o también muchas veces exteriormente, y podríamos aducir otras palabras de Goethe, que dicen aproximadamente así: pero ¿qué es dentro y qué es fuera? Esta segunda frase se dijo a propósito de la fisiognómica de Lavater y sería exactamente transferible a nuestra cuestión [36].

Dejemos las citas; la pregunta por el estímulo para la formación de un compuesto no puede responderse la mayoría de las veces con los documentos históricos, por vivamente que puedan parecer captados e interpretados por Brugmann algunos casos ficticios e históricamente documentados. Mucho más importante es que la serie de criterios de nuestra teoría de la palabra permite decidir si el pro-

---

[35] La lista procede del ensayo de Brugmann; allí, en la nota a la pág. 362, hay indicaciones bibliográficas más precisas. Una minuciosa recensión crítica colectiva de L. Perutz, que tengo delante, trata, desde la época de Grimm hasta Petersen («Der Ursprung der Exozentrika». *Indog. Forsch.,* 34, 1914, y E. Fabian: «Das exozentrische Kompositum im Deutschen», 1931), 22 trabajos sobre los compuestos. En esta sinopsis resulta muy claro que los innovadores no coinciden en modo alguno en todos los puntos. Tobler, por ejemplo, citado entre otros por Brugmann, distingue de un modo muy riguroso, completamente en nuestro sentido, frase y compuesto; si en la cuestión del origen está totalmente del lado de Brugmann, quede sin discutir.

[36] Véase Karl Bühler: *Teoría de la expresión,* pág. 36.

ducto acabado de una evolución histórica ha entrado realmente en el grupo de las palabras y ha encontrado allí alojamiento o no. Si ha entrado, y *en qué medida*; pues puede hacerse en etapas, que se pueden determinar con ayuda de los criterios. Este será el juicio definitivo. Pero antes permítaseme una mirada sobre los hallazgos de los historiadores del lenguaje para que pueda reconocerse de qué hablamos y con qué abundancia tenemos delante el compuesto en las lenguas indoeuropeas.

1. *El resultado de la consideración desde el punto de vista de la historia de la lengua*

Los historiadores ven en formaciones como «acrópolis» los testigos y residuos de un procedimiento de composición que probablemente es más antiguo que las flexiones indoeuropeas; y precisamente porque el nombre determinante (acro-) se emplea en su nuda forma radical. En palabras como «Neapolis», el adjetivo (Nea-) muestra ya la forma femenina; en acrópolis, en cambio, todavía ni siquiera ésa. El teórico del lenguaje toma nota de ese hallazgo y suscita la cuestión de si en una visión más amplia de todas las lenguas humanas conocidas se encuentra de nuevo como medio de composición más sencillo una originalidad análoga de la simple yuxtaposición externa; según los hechos que utiliza W. Schmidt, así es de hecho. Unicamente, no debería pasarse por alto, a mi parecer, el carácter originario, igualmente notorio, de las modulaciones musicales como medio de composición. Pues el niño modula ya musicalmente y utiliza estas modulaciones en una época en que, por lo demás, sus manifestaciones fonéticas se presentan todavía completamente como un sistema de una clase y no hay en absoluto sistemas; en nuestros discos tenemos registrada la suficiente demostración objetiva de ello con primeras palabras de niños. Estos recursos musicales no podrían ser, por tanto, en la historia del lenguaje representativo, más recientes, sino más bien más antiguos que las yuxtaposiciones más sencillas imaginables. Sobre esto tenemos que hablar todavía.

Junto al compuesto unido sin flexión está en el indoeuropeo el flexivo (la forma históricamente más reciente), como «Jahreszeit» (estación del año), y junto a la clase total de compuestos nominales, la clase, igualmente rica, de los verbales. H. Paul formula así un rasgo capital de la historia de esta distinción de clases:

> Originariamente existe una distición precisa entre composición verbal y nominal. En la verbal sólo se emplean preposiciones como primeros miembros de la composición; en la nominal, raíces nominales y adverbios, al principio sólo

idénticos con las preposiciones, luego también otros. En la verbal el acento recae sobre el segundo elemento; en la nominal, sobre el primero. En la composición con partículas es, por tanto, el acento la nota distintiva. [Se reconoce, pues, aquí la intervención de un momento musical y se plantea la cuestión de *por qué* la acentuación es distinta.] Pero es muy frecuente el caso de que un *verbum* y un *nomen actionis* correspondiente se compongan con la misma partícula. En cierto número de tales casos se advierte hasta ahora la antigua relación, a pesar del paralelismo significativo entre los dos compuestos; cfr. *durchbréchen-Dúrchbruch, widersprécben-Widerspruch,* etc. (irrumpir-irrupción, contradecir-contradicción). En otros casos la diferente acentuación ha producido una distinta forma fonética de la partícula, mediante la cual el compuesto verbal y el nominal se distinguen aún con más precisión. En nuevo alto alemán sólo se ha conservado aquí la antigua relación en unos pocos casos, en que la evolución semántica no ha sido paralela, como *erlaúben-Úrlaub, erteílen-Úrteil* (permitir-permiso, atribuir-juicio) (págs. 247 y s.).

De lo que aquí se trata es del *perfil sonoro* de la palabra compuesta de símbolos. Los compuestos están sometidos, según se nos muestra, a modulaciones de acento peculiares en las que se distinguen prácticamente sus especies y por las cuales resulta históricamente comprensible una serie de alteraciones fonéticas consecutivas. Unicamente aquí surge también ya la primera objeción: ¿qué resulta de este perfil sonoro del compuesto en casos de separación (tmesis)? Lo que ha de ensamblarse está separado con frecuencia por las palabras intercaladas. Ejemplo: «er *brach* unter diesen Umständen kurz entschlossen die Reise *ab*». Brugmann escribe una apología del concepto de *composición a distancia,* reúne argumentos para «encontrar el lugar justo» para el fenómeno descrito por los gramáticos como tmesis (separación):

En realidad se trata aquí igualmente de lo referente a la composición. y para tener una denominación breve, que se enlace con el nombre ya dado compuesto, queremos hablar, en casos como «wenn er mir abkauf», de compuesto con posición de contacto de los términos, o brevemente de *composición por contacto,* y en cambio en casos como «er kauft mir ab», de compuestos con posición a distancia de los términos o brevemente de *composición a distancia* (pág. 382).

Con cinco grupos de ejemplos se apoya la tesis de «que la composición a distancia es un fenómeno general indoeuropeo tanto como la composición de contacto». Tras lo cual un extraño puede preguntar asombrado si se ha pensado en escribir en hoja aparte la composición a distancia por afán de separación. Esto, naturalmente, no ha ocurrido nunca de un modo tan primitivo; pero, efectivamente, se estaba inclinando a subrayar enérgicamente (así, por ejemplo, Sweet) en el concepto del compuesto la nota del contacto estrecho, existente en todas partes sin la tmesis secundaria, con un perfil sonoro propio que nace de ello. Esto es también exacto e importante para todos los

casos en que la tmesis es imposible, porque la yuxtaposición y la sucesión unívoca aparecen utilizadas como medios de composición: *acrópolis, Haustor, Tageszeit* (hora del día). Una construcción como «Zeit des Tages» (tiempo del día) no es ya en nuestra cuestión completamente lo mismo que «Tageszeit». De todos modos, queremos anteponer, incluso en lo que sigue, los compuestos de contacto inseparables, del modo habitual; el otro grupo tendría que ser estudiado aparte por la teoría del lenguaje, porque lleva a problemas considerablemente distintos.

La *yuxtaposición* y el *orden unívoco* en la sucesión unen las palabras de un decir en todas las lenguas humanas conocidas. Nos hemos encontrado con ambos momentos en el curso del proceso analítico y los hemos reconocido, junto con otras cosas, como constitutivos del campo de la frase; en el curso de la consideración estructural tienen que ser estudiados de nuevo adecuadamente. Que esto resulta necesario no sólo en la frase, sino ya en la palabra compuesta de símbolos, en el compuesto, es el argumento más fuerte de los innovadores. ¿Hay acaso una prueba más drástica de su tesis que el hecho indiscutible de que frase y compuesto encierran los mismos medios de composición? No se marra mucho con la tesis de que sinópticamente pueden encontrarse ya en el seno del compuesto indoeuropeo todos los momentos sintácticos que reaparecen en primer plano en la frase. Por eso H. Paul necesita en su inventario de los compuestos indoeuropeos nada menos que 19 casillas para distinguirlo todo pulcramente. Afirma que los 15 primeros tipos se forman de palabras independientes por «síntesis», es decir, mediante una ligadura más estrecha, y sólo reconoce una génesis específica a partir de la frase a los cuatro últimos, que están representados por los siguientes ejemplos:

De frases *dependientes* surgen compuestos como *quilibet, quamvis*; frases *intercaladas* se convierten en compuestos, como *weissgott, scilicet, je ne sais quoi*; con ayuda de *metáforas* pueden transformarse frases en compuestos, como *Fürchtegott, Geratewohl, Vergissmeinnicht, Gottseibeiums, vademecum;* muy rara vez también «una frase efectiva, que conserva su independencia». Para justificar esta rareza se añade luego la distinción de conjunto entre la frase y el compuesto, que hemos citado al comienzo de este parágrafo.

Los unitarios borran por lo pronto esta división en dos de los «tipos» y proclaman triunfantes que no hay ninguna cosecha verbal fuera de la frase. En último término, todo *tiene* que haber sucedido en su seno. ¿Y por qué en todo el mundo una línea divisoria, si en el compuesto y en la frase se encuentran, sin embargo, los mismos medios manifiestos y el mismo contenido semántico de las compo-

siciones? Un «Schuhmacher» (zapatero) «macht Schuhe» (hace zapatos); la primera forma contiene, exactamente igual que la segunda, el nombre de «Schuh» en acusativo. Sería cosa fácil obtener en los 15 primeros tipos de Paul todos los demás medios de composición de frases. Este es el punto de partida firme de los innovadores.

¿Por qué y para qué entonces dos formas de presentación para una y la misma cosa? Esta pregunta se contesta elegantemente remitiendo a la edad especialmente avanzada del compuesto. El proceso, analítico en grado superior, de nuestra frase es más reciente; quizá (así continúa la reflexión) ocurrió en otro tiempo que los compuestos dominaban casi exclusivamente el campo. Después de la aparición del procedimiento analítico, penetró la composición en las nuevas circunstancias y recibió un puesto de reserva en la nueva casa, porque ese medio más cómodo es perfectamente suficiente en muchos casos, en que los recursos materiales y la facilidad del decir cooperan. Es fácilmente comprensible que se conservara un medio de formación tan breve y cómodo en la nueva ordenación de las circunstancias. Pero, vistas las cosas con más precisión, el antiguo no ha permanecido igualmente vivo en todas las formas y en todas las lenguas indoeuropeas, sino que ya en época muy antigua y todavía con más rigor en las lenguas modernas aparecieron ciertas reducciones. Así, por ejemplo, la composición puramente nominal, como en «Hausschlüsel» (llave de casa), no es en todas partes un medio de formación tan vivaz como en alemán, sino mucho más raro en inglés y en las lenguas románicas. La sinopsis de Delbrück (cfr. *Gramm.*, 1900), que también cita W. Schmidt en su estudio comparativo, arroja el resultado de que la composición nominal «en el antiguo indio no es frecuente, en griego y también en latín, y también luego en eslavo, es menos numerosa». En cambio, se encuentra con frecuencia, además de en el alemán moderno, en gótico y en lituano.

2. *La anteposición y la posposición; la teoría de Schmidt. Crítica*

Es recomendable agregar a nuestro bosquejo derivado de la lingüística comparada indoeuropea los resultados de vastos estudios del comparatista universal del lenguaje W. Schmidt. Están orientados de modo que en el fenómeno lingüístico manifiesto se hacen, desde luego tema principal de la sintaxis comparada y se ponen en su centro la yuxtaposición y la sucesión unívoca y el *genitivo* desde el punto de vista funcional. Schmidt presenta para ello un material de hechos imponente y ordena los dos casos de anteposición y posposición del

miembro determinante a la luz de la teoría de los círculos culturales [37].

Si invierto en alemán *Kuhhorn* en *Hornkuh* (*Kuh*=*vaca*, *Horn*==cuerno), me resulta ya claro en este único ejemplo cómo la sucesión de los términos de la composición se utiliza en la construcción del compuesto puramente nominal. Otros ejemplos arbitrarios, como «Rassenpferd» (*Rasse*=raza, *Pferd*=caballo) y «Herzenskind» (*Herz*=corazón, *Kind*=niño, hijo) permiten inversiones análogas y corroboran la ley estricta: el primer miembro de un compuesto nominal es en alemán el «determinante», y el segundo miembro es el «determinado». Esta ley alemana no es válida para todas las lenguas; pero sí podría ser universalmente válido que el orden en general resulta relevante y que en principio la misma diferenciación semántica de los miembros se da en todas partes, sólo que en un segundo grupo de lenguas está ligado al orden *inverso*.

Una ojeada marginal a los compuestos *verbales* de las lenguas indoeuropeas explica sumariamente que la tmesis permite una inversión del orden sin cambio de significación; el compuesto a distancia «wahrnehmen» (percibir) significa en sucesión inversa «ich nehme wahr» lo mismo. Muchas veces tal vuelta, junto con otras variaciones de orden, resulta sintácticamente relevante como *inversión*, pero nunca (hasta donde yo puedo saber) para la composición de los valores simbólicos. Los compuestos por contacto estrictos del grupo verbal excluyen, desde luego, toda inversión; los compuestos verbales son también, por otros motivos, harina de otro costal. Nos atenemos por de pronto al grupo nominal.

Schmidt trata los hechos como investigador de los círculos culturales. ¿Qué puede tener que ver la anteposición o posposición del miembro determinante de la composición con la cultura y los círculos culturales? Schmidt descubre correlaciones del mero orden con otros momentos de campo, ante todo con el uso de prefijos o sufijos y con la aparición de preposiciones y posposiciones de modo que puede aprovechar finalmente el momento único del orden como una especie de «testigo geológico» de todo el procedimiento de comparación de estructuras. En virtud de estas correlaciones se forma una construcción teórica muy ramificada, fascinadora desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, y en definitiva se busca una base en la psicología de las vivencias. Schmidt cree que ha de poder encontrarse en la psicología de los pueblos una *motivación* o motivaciones para la decisión de las lenguas por el delante o el detrás. Y esta motivación, en torno a la cual giran múltiples consideraciones, es, si no me equivoco, la piedra clave de la vasta bóveda de la teoría

---

[37] W. Schmidt: *Die Sprachfamilien und Sprachkreise der Erde*, 1927 (especialmente en la segunda parte).

de Schmidt; es el eslabón entre estructuras lingüísticas y círculos culturales. Para diseñar todo esto brevemente, lo mejor que puede hacer el teórico del lenguaje es partir de las ideas de Schmidt sobre esta motivación y poner así lo último en primer lugar. Schmidt considera bien fundada comparativamente la hipótesis de que la anteposición del miembro determinante, como en «Hausvater» o «acrópolis», es en todas partes lo originario. Cito literalmente este principio de su teoría con toda su justificación:

> La posición originaria del genitivo es en todas las lenguas la anteposición. Esta procede con necesidad psicológica de que el genitivo representa en la conceptuación la *differentia specifica*, que hace surgir como algo hasta ahora desconocido, y por tanto ahora nuevo, de un viejo concepto ya conocido, de un *genus*, una nueva *species*, precisamente como nuevo obliga a atender primero a ello y por eso también se pronuncia primero, antes que el sustantivo nominativo «regente», que representa el *genus* y como tal algo ya conocido (página 488).

Se infiere de la cita que Schmidt plantea la discusión bajo el epígrafe «genitivo»; sólo se refiere, naturalmente, al genitivo de posición. Pues tan pronto como aparece en una lengua el genitivo caracterizado fonemáticamente, se independiza también inmediatamente, en mayor o menor grado, de la posición; en alemán, como en la mayoría de las lenguas indoeuropeas, se construye tan frecuentemente «des Vaters Haus» como «das Haus des Vaters». Sólo en las lenguas románicas (y en un punto en inglés) se dan circunstancias especiales, que son tratadas por Schmidt en una hipótesis adicional.

Schmidt define sin rodeos la función de ese caso de posición que llama genitivo; está destinado a reflejar la relación conceptual de *differentia specifica* con el concepto genérico. Y con igual rapidez se halla una «ley» psicológica: ¡Delante la *differentia specifica!*, porque *ofrece lo nuevo*. ¿Qué ocurriría si un *advocatus diaboli* empezara por discutir al perspicaz comparador de lenguas Schmidt cada uno de estos pasos de su construcción hipotética?

No sería difícil; pues, para empezar por el primero, la moderna psicología del pensamiento sabe que la relación del *todo* con una de sus *partes* es tan importante y se encuentra con tanta frecuencia en los raciocinios humanos como la anteposición o subordinación conceptual; y paralelamente a ello, conoce la lingüística un *genitivus partitivus* peculiar. Surge, pues, la cuestión de si la interpretación de Schmidt es también acertada allí donde el compuesto realiza una articulación según el esquema «todo-parte». Interprétese un ejemplo, como «Baumstumpf» (tronco de árbol), y tómeselo primero como compuesto conceptual y después como compuesto que divide intuitivamente. El tronco es conceptualmente el género e intuitivamente no

el todo, sino la parte. ¿Pueden equipararse del todo sin reparo, psicológicamente, el procedimiento conceptual de coordinación y la composición intuitiva? Veamos más en detalle.

¿Qué podría ser lo llamativo, lo nuevo en una situación verbal en que se usa «Baumstumpf», el fenómeno tronco o el fenómeno árbol? Al crítico le basta la respuesta que se encoge de hombros: «non liquet». Si no, intervendría con más amplitud e invocaría como testigo principal un resultado completamente trivial, que se encuentra en todos los estudios sobre «apercepción» o «atención». Lo que primero nos salta a la vista, es según las circunstancias, ya lo antiguo, familiar, o lo desconocido, nuevo: en una ciudad extranjera, el único compatriota; en una aldea familiar, el único forastero.

Pregunta final: ¿Es verdad que lo que llama la atención de cualquier modo tendría en la expresión lingüística un abono para el primer puesto? No, por cierto, sino que «el rabo» no sólo desempeña un papel en la vida y en el refrán, sino que lo representa también en el orden lingüístico; puede ser distinguido el *primer* lugar de una serie verbal, pero también el último, lo que puede ejemplificarse a su vez con paralelos de todos los dominios comparables. En métrica (para sólo aducir uno) hay, por ejemplo, junto al troqueo el yambo, y (quizá con alguna menor frecuencia) junto al dáctilo su reflejo. Y en general: ¿quién no conoce *la importancia de la última palabra*?

No; ciertamente no se puede resolver de un modo tan sumario la cuestión de la motivación dentro del marco del problema de Schmidt. Propongo no querer comprender y explicar las cosas en seguida por esta o aquella regularidad psicológica, relativamente *sencilla,* de las vivencias. Esto no puede resultar, porque las circunstancias externas e internas de las situaciones verbales son demasiado múltiples y demasiado variables para ser reducidas a una regla única. Pero es casi más importante aún la averiguación de que la pronunciación de una composición de dos palabras no puede tomarse, desde luego, como reflejo directo de una previa *estructura de impresión.* Pues el sistema psicofísico del lenguaje expresivo y representante no se comporta de este modo, como un reflejo o un eco de la impresión. Si se confirma la interesante tesis inicial de Schmidt acerca de la prioridad de la anteposición en la lingüística comparada, que no soy capaz de enjuiciar, la teoría y la psicología del lenguaje tendrán que reflexionar ciertamente sobre ella. Pero no podrá evitar algunos rodeos. Admitamos que la cosa esté decidida afirmativamente, al menos para las lenguas indoeuropeas. Entonces la averiguación de la lingüística comparada indoeuropea puede ser equivocada para la gran antigüedad de formaciones, como «acrópolis», e introducirse en la discusión con todo su

peso. ¿Fueron al principio frases estas construcciones antes que otra cualquiera?

Esta cuestión es muy importante; pues en nuestro propio sentido lingüístico encontramos que la ley de composición alemana estricta sólo es válida para las composiciones auténticamente *atributivas* y no para las *predicativas*. Schmidt subraya con razón que dentro del ámbito de nuestra lengua materna con su composición nominal viva en ninguna circunstancia nos trasponemos y podemos proyectar tal vez sobre una palabra, como «Vaterhaus», también la significación inversa «Hausvater». Atengámonos a la apelación a nuestro sentido lingüístico y examinemos de dos maneras qué puede decirse directamente además con la misma seguridad. *En primer lugar,* hubo desde siempre frases nominales puras en la familia lingüística indoeuropea y todavía las formamos de vez en cuando; pongo juntos dos ejemplos bien conocidos: «Ehestand Wehestand» (estado de matrimonio, estado de penas) y «Lumpenhunde die Reiter» (pícaros los de caballería). En ambos *un* miembro de la construcción funciona como S, y el otro como P, en el sentido de la lógica; la cuestión es si esta diferencia de función aparece ligada al orden como tal o no. Respuesta: no, pues «Lumpenhunde» es P y está en primer lugar; «Wehestand» es P y ocupa el segundo puesto. El que guste puede invertir en la forma «Wehestand der Ehestand» y observar la *intensidad del acento* del P, y que en alemán moderno existe una necesidad de incluir un artículo en el texto invertido. En todo caso, conseguimos aquí con facilidad algo que en el compuesto «Vaterhaus» es imposible. Si hubiera que indicar dónde está *con más frecuencia* el P en tales construcciones, la preferencia recaería probablemente en el segundo puesto. Sobre ello una *segunda* observación en la esfera de validez del sentido lingüístico moderno. Siempre que un compuesto nominal de la forma históricamente más reciente contiene el signo fonemático del genitivo, está roto el encanto de la regla de posición estricta; pues las dos nuevas construcciones «Vaters Haus» y «das Haus Vaters» son ambas posibles y, dicho *grosso modo,* de idéntica significación.

De ambas cosas juntas se sigue que una respuesta cautelosa de la cuestión del orden de Schmidt no debería descuidar en ninguna lengua si junto al puro genitivo de posición se encuentran ya características *fonemáticas* de genitivo o no, y qué sucede con la utilización del factor de posición para la diferenciación de S y P. El gran intento de ordenación de Schmidt opone correcta y claramente el momento del orden a las características fonemáticas y subraya, por ejemplo, frente a Wundt la prioridad histórica del momento del orden. Le llamó la atención a Schmidt que la anteposición o pospo-

sición del genitivo sin afijo van por lo regular paralelamente a otras decisiones en la estructura de la lengua:

Aquí era posible limitarse aparentemente incluso a un único objeto, a saber: la posición del genitivo sin afijo respecto al nominativo, que determina más de cerca. Aparentemente, pues en realidad se enlazan a este objeto con necesidad psicológica toda una serie de elementos fundamentales de la formación de frases y son determinados e influidos por él en amplia medida (pág. 381).

Y sin duda hay una correlación extraordinariamente sencilla e importante, que aparece clara como resultado de la consideración comparativa universal; Schmidt la formula ya en 1913 del siguiente modo:

«Si el genitivo sin afijo está *delante* del sustantivo, que determina más de cerca, la lengua es una *lengua de sufijos* eventualmente con posposiciones; si el genitivo está *detrás,* es una *lengua de prefijos* eventualmente con preposiciones» (pág. 382). Añadimos por nuestra parte: Mnemotécnicamente es esta regla extraordinariamente sencilla de retener, de manera que, en cada caso, al final de la palabra inocupado (no ocupado por el genitivo), se añaden aquellas otras adiciones.

Las excepciones las interpreta Schmidt como fenómenos de transición e insiste en que no se reconozca ciertamente, como Wundt, esta correlación en lo esencial, pero se pase por alto o discuta la prioridad de la posición del genitivo. Sino que se quede en que hay que considerar la posición del genitivo como «lo históricamente decisivo». Esto es, expresado en términos generales de teoría del lenguaje, que se considera el momento del orden como el medio de composición *primario* de las lenguas, contra lo cual ni teórica ni empíricamente hay nada que objetar por el conocedor de la evolución lingüística infantil. Pues también en la adquisición lingüística del niño ocurre que el orden es recibido y utilizado sintácticamente *antes* que otras cosas; el orden *después* de los medios musicales de diferenciación (sin duda todavía más antiguos). En este punto tendrá razón Schmidt. No es en absoluto un trastorno, sino sólo una ampliación de su teoría, un razonamiento correcto hasta sus últimas consecuencias, lo que puede realizarse desde la teoría del lenguaje. Y para ello corresponde a este lugar o la pregunta ingenua de para qué se utilizan en definitiva las características fonemáticas, según Schmidt más recientes, o bien la pregunta, que parece tomar las cosas desde más lejos, de si en el origen de la mayor riqueza de medios externos hay que buscar también un enriquecimiento importante de la función. Lo suponemos hipotéticamente y afirmamos que consiste en una diferenciación de las

construcciones en sistemas *predicativos* y *atributivos,* y escribimos primero una apología de esta vieja distinción gramatical.

3. *Apología de la distinción entre construcciones atributivas y predicativas*

Durante unos dos mil años se distinguió con toda corrección en las ciencias lingüísticas la *función predicativa* de la frase de la construcción *atributiva* en el seno del compuesto y de los grupos verbales. Lo que yo propugno es la tesis de que en realidad nunca puede haber otra cosa que una complexión atributiva en el compuesto; tampoco en el «grupo verbal», si se sabe definir adecuadamente el concepto. La derivación genética del compuesto partiendo de la construción de la frase no contradice mi idea. Tampoco la contradice el hecho evidente de que como artista del lenguaje se puede confiar y encomendar lo que ha de predicarse a un compuesto o a un adjetivo, adverbio, etc. Pues también se pueden clavar clavos con las tenazas y arrancarlos con el martillo; y, sin embargo, sigue siendo un principio bueno e importante que el martillo está construido para clavar y las tenazas para arrancar. El compuesto y el grupo verbal están destinados a la construcción atributiva en *la langue,* aunque *la parole* pueda pertrecharlos con la carga de construcciones predicativas. Y en todas partes el compuesto ha nacido de la frase sólo allí donde es admitido y destinado a la función peculiar como palabra compleja. Si lo entiendo bien, la auténtica resistencia de H. Paul frente a los «analíticos» Wundt y Brugmann es ésta, que quiere dar a la palabra en el compuesto lo que es de la palabra y reserva la predicación a la frase. Y exactamente igual que Paul piensa en este punto también Tobler.

Los análisis de Schmidt están muchas veces referidos a estados lingüísticos en que ya ha nacido históricamente el compuesto. Surge la presunción interrogativa de si acaso todas las lenguas humanas que hoy se conocen han formado ya el compuesto (verbal). El momento genitivo, tomado en sentido general, como lo hace Schmidt, se puede encontrar en todas partes; pero todavía no es (tomado en sentido general) un verdadero genitivo, sino algo que apenas puede describirse con nuestras categorías gramaticales, todavía muy indiferenciado. Pues también aquí es válida como en otros casos la regla de que un medio de formación lingüístico sólo adquiere un carácter bien marcado en oposición a alguna otra cosa de la que se distingue; la construción predicativa resulta bien definida por contraste con

la atributiva. Cuando en esta o aquella lengua todavía no se encuentra tal precisión; cuando tiene que quedar indeciso si esto o aquello, en lenguas exóticas, es un compuesto o una frase, el analítico necesita un nuevo concepto que puede forjarse expresamente. Pero todo fenómeno que deba llamarse realmente genitivo tendrá que acreditarse y responder a la pregunta de si pertenece a lo que el mismo Schmidt caracteriza en ocasiones al modo tradicional como *genitivus objetivus* y distingue del auténtico tratado por él, o bien al genitivo nominal. El latín *oblivisci alicuius* y el gran número de construcciones semejantes en griego, sánscrito, etc., no pueden ponerse en absoluto en la misma línea que los usos atributivos del genitivo y por tanto en pie de igualdad con el compuesto *nominal*. Sólo se puede equiparar el genitivo nominal, es decir, regido por un nombre, con el compuesto de posición «sin afijo» de las lenguas desarrolladas, estudiado principalmente por Schmidt. En estas lenguas sólo dentro de los medios de composición atributivos ocurre que casi inadvertidamente pueden sustituirse y cambiarse recíprocamente.

Pertenece a los errores bien conocidos de la fase exclusivamente histórica de nuestras ciencias del espíritu el que aquí y allí, por mera continuidad, se pasaban por alto los puntos en que hay una variación de estructura. Si en una lengua que ha alcanzado el estado de desarrollo se pasa de la ordenación simplemente formadora de frases a la atributiva, se atraviesa un lugar en que hay un cambio de función: lo que era un momento oracional se convierte en un momento verbal. El sentido de esta tesis radica en el axioma D, en el principio del sistema de dos clases «lenguaje». Es interesante que Schmidt, por el que nos dejamos guiar (llenos de admiración por la audacia de su construcción teórica), en otro lugar decisivo da exactamente el paso mental postulado por nosotros. A saber, allí donde define el concepto de los sufijos y prefijos:

> Como prefijos y sufijos en el auténtico sentido formal de la palabra sólo pueden designarse aquellas formas que ya no tienen por sí mismas en modo alguno *significación material*, sino que sólo sirven para expresar relaciones formales, gramaticales, de las palabras (pág. 387).

Esto es, a mi parecer, agudo y correcto. Reclamamos la misma claridad conceptual en las cuestiones de la palabra y por esto hemos distinguido desde luego la palabra flexionada, a pesar de su notoria complejidad, del compuesto. Hay un compuesto siempre que se da una reunión de dos *valores simbólicos* en un valor simbólico complejo; nuestro criterio es exactamente lo mismo que Schmidt quiere designar con «significación material».

4. *Diferencias entre el compuesto nominal y el verbal*

¿Por qué la ante-posición del miembro determinante en el compuesto nominal es la norma y, por decirlo así, el caso natural? Es enojoso para un psicólogo no poder contestar esta pregunta de Schmidt, aparentemente tan sencilla. Queremos al menos no dejar de apuntar que en la sintaxis del llamado lenguaje mímico, que Wundt ha observado y estudiado en sordomudos, entre los monjes cistercienses y en otros casos, la *posposición* es igualmente frecuente; y lo comprendemos. Pues los símbolos del lenguaje mímico quedan íntimamente ligados a la intuición y sus composiciones fundamentales se realizan con recursos intuitivos. Es completamente natural que en la composición «hombre ciego» se realice primero el símbolo de cosa «hombre» y sólo después el símbolo de atributo «ciego». El lenguaje fonético tendría que estar constituido de otro modo que como lo conocemos para caer bajo la misma ley; tendría que tener un campo pictórico y utilizarlo para la composición. Los motivos de ciertas preferencias pospositivas faltan, pues, en la medida en que el lenguaje fonético se emancipa del procedimiento imitativo. Pero con esto no está dicho que ahora la ante-posición sea lo absolutamente natural; después de lo antes expuesto sobre ello, no sé encontrar argumentos *directos* en favor de ella. Acaso será menester para aproximarse al tema penetrar mucho más profundamente en los procesos mentales psicológicos de la composición lingüística o hacerse una vez más aprendiz de historiador.

En la situación del alemán sorprende que originariamente el *acento* ha distinguido las composiciones verbales de las nominales: «En la verbal el acento va en el segundo elemento; en la nominal, en el primero» (Paul). Si esto es cierto, después la composición verbal se ha hecho en todo caso más libre y confía hoy al acento matices como los que existen entre *dúrchschauen* (mirar a través de) y *durchschaúen* (revisar), *únterstehen* (estar debajo) y *unterstéhen* (depender), *überlegen* (poner encima) y *überlégen* (reflexionar), de los que no hay nada análogo en el compuesto nominal. No hemos tratado de la peculiaridad de los compuestos verbales y aquí queremos también limitarnos con Schmidt al nominal. Pero una leve ojeada al simple hecho de que el acento sólo es capaz de manifestar la diferencia siempre semántica (y a menudo también sintáctica) que existe entre formas como «dúrchbrechen» (abrir un camino, etc.) y «durchbréchen» (atravesar), obliga a preguntar si la acentuación no es tan importante en el compuesto nominal alemán como el factor de posición, el «ante».

Schmidt apela con razón a nuestro inquebrantable sentido lingüístico en las cuestiones del compuesto. Juéguese ahora internamente con desplazamientos de acento en composiciones nominales reversibles como «Vaterhaus-Hausvater» o «Kuhhorn-Hornkuh», en que se omite el artículo delante del conjunto. El efecto

nos enseña por lo menos que el nervio de la composición se afecta y el «sentido lingüístico» reacciona al cambio de acento. Sí, en ciertas circunstancias el acento de intensidad es incluso más importante que la anteposición; usamos juntamente, por ejemplo, construcciones como «das Billroth-Haus» y «das Haus Billroth» con una sutil diferencia de significación, pero sin aquella fundamental como la que existe entre «Hausvater» y «Vaterhaus». Por tanto, al menos para el alemán, no se habrá caracterizado suficientemente el estado de la cuestión mediante la nota «anteposición» únicamente, sino que habrá que ponerla de algún modo en conexión con la ley de acentuación germánica. Y el que realiza esto se encuentra en seguida ante hechos muy interesantes.

Confrontemos una vez más la palabra flexionada *Hauses* con el compuesto *Haustor* y atendamos a la acentuación. Allí el miembro simbólico (la sílaba radical) está provisto del acento y el miembro de campo permanece átono. En «Haustor» hay dos miembros simbólicos; ¿cuál recibe el acento? El segundo miembro aparece en muchos puntos como la *pierna de apoyo,* por decirlo así, del compuesto, mientras el primero funciona como pierna en juego. Pues un *Haustor* (puerta de casa) no es una casa, sino sólo una puerta, un *Kuhhorn* (cuerno de vaca) no es una vaca, sino sólo un cuerno, y un *Tagedieb* (vagabundo, lit.: ladrón o pícaro de día) no es un día, sino un pícaro y según esto se trata sintácticamente el compuesto; el genitivo, por ejemplo. es *des Kuhhornes.* Pero el acento no lo recibe la pierna de apoyo del compuesto, sino la pierna en juego. Hasta aquí está descrita la situación de manera completamente clara y unívoca para el compuesto nominal.

Afirmamos una vez más: Gramaticalmente rige la pierna de apoyo átona del compuesto; pues cuando se forman derivados de diversas clases de palabras, presta al conjunto un carácter de una clase de palabras y determina el género gramatical del compuesto y con él los signos de campo, diferentes según el género. ¿Qué hace junto a esto la pierna en juego, que lleva el acento? Está ocupada totalmente, dicho de un modo metafórico, de la matización del valor simbólico y se agota (más o menos completamente) en ello. En este punto puede intervenir el lógico, si el concepto de relación atributiva ha de definirse de nuevo y distinguirse de la predicativa. Piénsese una vez más. por comparación, en las diversas funciones del *y*. El *y* como conjunción une frases; el *y* en numerales complejos liga, como el compuesto-*dvandva,* dos objetos y hace con ellos (conservando más o menos su independencia como objetos) un colectivo; el *y* que acumula notas, en cambio, no rebasa el único objeto simbolizado, sino que une sus determinaciones definitorias o explicitantes: «los manuscritos perdidos y no recuperados»; «el elegante y frívolo Alcibíades». Del mismo modo, tampoco el miembro determinante de un compuesto nominal rebasa la función nominativa de la pierna de apoyo y penetra en el campo de la frase, sino que está totalmente ocupado en el asunto por decirlo así interno (más doméstico) de una determinación definitoria o explicitante del contenido conceptual o intuitivo de su significación. *Taceat mulier in ecclesia; en cuestiones de la estructura de la frase calla todo recurso lingüístico auténticamente atributivo.*

Si se toma esta averiguación como piedra angular, la pregunta que hay que hacer al compuesto verbal no es si la idea adquirida se confirma, sino otra distinta. Es ahora la pregunta de si los compuestos verbales deben escribirse en la misma hoja que los nominales. La respuesta es: no, pues ni la composición verbal por contacto ni la composición a distancia callan en cuestiones de estructura de la frase. Los compuestos por contacto estrictos con la típica acentuación primitiva del miembro verbal (según Paul), palabras como *überstéhén, überlégen, übersétzen, unterstéhen,* que muy a menudo admiten una significación

metafórica, se emancipan así con frecuencia del carácter de acción de sus simples; decimos, por ejemplo, *eine Krankheit überstehen* (pasar una enfermedad). Y los compuestos a distancia se comportan con no menos libertad. Pues es indiferente que compare una forma como *dúrchbrechen* con el simple *brechen* (romper) o con el compuesto por contacto estricto *durchbréchen;* el resultado es que el elemento acentuado *durch* no se contenta en modo alguno con matizar el contenido conceptual del verbo. La frase en torno a «dúrchbrechen» avanza con frecuencia de un modo localista; no se rompe a través «algo», sino que se irrumpe «a través de algo» (*man bricht durch nicht «etwas», sondern «durch etwas»*). Sin embargo, junto a esto hay ciertamente «er bricht eine Wand durch, einen Zweig ab, ein Hufeisen entzwei» (atraviesa un muro, desgaja una rama, rompe una herradura), formas que llevan sin límites precisos a «in Scherben brechen, in die Flucht schlagen» (hacer pedazos, poner en fuga), de las cuales apenas puede afirmarse ya que sean compuestos. Algunas de las composiciones más estrictas de este tipo siguen la fórmula de las relaciones atributivas. Sí, los infinitivos «zielfahren, wéttfahren» (correr hacia una meta, correr en carreras) han entrado ya en el grupo nominal hasta el punto de que ya no son susceptibles de tmesis y sólo se encuentran como infinitivos o participios, por tanto, asimilados por la función gramatical al nombre.

Si esto es un primer resultado, todavía tosco en muchos aspectos, pero con todo sostenible, del examen del compuesto verbal, extraordinariamente polifacético, en indoeuropeo, entonces queda sentado lo siguiente: la composición verbal tiene que distinguirse en todo caso con rigor del compuesto nominal, mucho más sencillo, en cuanto que no se limita a la matización del contenido significativo que aporta la pierna de apoyo del compuesto, sino que penetra en el campo de la frase de un modo codeterminante. No fue casualidad que Brugmann escribiera primero una apología del concepto «compuesto a distancia» y se sintiera forzado a escribirla. Pues la teoría de los innovadores es más adecuada al compuesto a distancia. Podían también incluir el compuesto por contacto verbal, pero en ningún caso el nominal. Aquí ya dijo Tobler en 1868 («Über die Wortzusammensetzung») la palabra decisiva en este sentido, a saber: que compuestos (acuñados) sólo los hay en lenguas flexivas, pues sólo pueden aparecer siempre a base de la flexión, es decir, después de que ésta ha penetrado y configurado en cierto modo todo el material lingüístico (pág. 5). Sustitúyase «flexión» por la nota más general «modulación fonemática» y piénsese sólo en el compuesto nominal puramente atributivo —y Tobler no ha sido refutado, al menos hasta hoy—. La tesis de W. Schmidt sobre la prioridad del factor de posición es fácil de unir con esto; pues qué ha aportado el factor de posición *antes* de las modulaciones fonemáticas queda de hecho, como hemos visto, indeterminado en Schmidt y puede quedar indeterminado en su visión de las cosas a vista de pájaro. Tampoco contradice la tesis de Tobler a la opinión de que compuestos como acrópolis son más antiguos que las flexiones. Pues este compuesto más antiguo no tiene que haber sido todavía un compuesto acuñado, es decir, *puramente atributivo.*

Hasta aquí sobre la distinción entre la composición nominal y la verbal. Una teoría sistemática de los compuestos tendría que experimentar una última ampliación mediante la inclusión de las palabras compuestas de signos demostrativos y nominales. Algo de lo perteneciente a esto rozamos en el § 9, 1-2; pero el campo principal de tales composiciones habría que buscarlo en el dominio del verbo flexivo, cuyas desinencias personales son signos demostrativos de «papeles».

5. *La interferencia del factor de posición tanto con las modulaciones musicales como con las fonemáticas. Preferencia por la posposición en las lenguas románicas*

Para la solución del problema de Schmidt, lo dicho aporta el conocimiento, que no carece de importancia, de que el factor de posición interfiere o al menos puede interferir lo mismo con el factor musical de composición que es el acento que con el factor de las modulaciones fonemáticas. Retengamos esta división tripartita de los medios de composición, que hemos hallado (§ 11, 2) de un modo puramente fenomenológico. La interferencia del factor de posición con las modulaciones fonemáticas está señalada en la instructiva regla de correlación de Schmidt (ver más arriba, 3). La relación del factor de posición con las modulaciones musicales tendría que ser comprobada primero alguna vez en el vasto campo de la comparación universal. La importancia de esto se reconoce, por ejemplo, en las consideraciones de Schmidt sobre la conocida preferencia por la posposición en las lenguas románicas:

> Son las *lenguas románicas* con su abandono de la antigua anteposición del genitivo, desarrollada orgánicamente, y su posposición «analítica» del genitivo, que cada vez se impone más fuertemente (pág. 491).

Schmidt toma tan en serio este fenómeno, que le parecería quebrantarse una columna de su interpretación del fenómeno del antes o el después según los círculos culturales, si se comprobase que la posposición románica ha surgido de causas intralingüísticas. Pues aparte de esto sólo conoce Schmidt en el cuadro entero de su comparación universal cambios causados exteriormente, es decir, por mezcla de lenguas. El valor de la posición está tan firmemente arraigado en el sentido lingüístico,

> que sería psicológicamente imposible dejar penetrar aquí alteraciones súbitas. Una combinación como, por ejemplo, «Haus-Vater» no podemos en ninguna circunstancia transformarla en su contrario, en «Vater-Haus», sin alterar también al punto radicalmente la significación. La conexión del genitivo con el sentido lingüístico es tan estrecha, que no se ve al pronto ninguna vía por la que pudiera disolverse y cambiarse. Por una vía puramente interna tampoco se realiza de hecho, como hemos visto, nunca (pág. 495)

¿Cómo llega entonces el italiano a formas como *capo stazione* (jefe de estación); el francés a *timbre poste* (sello de correo) y las lenguas románicas en general a la posposición normal preferida del adjetivo en el grupo verbal (atributivo)? Como Schmidt remite, no sin razón, a la firme radicación en el sentido lingüístico y también

en otros casos invoca la psicología, permítaseme decir una palabra sobre ello. Este sentido lingüístico se altera en lo fundamental siempre que intervienen medios fonemáticos; ¿dónde habría de citarse en Cicerón u Horacio una resistencia al cambio de posición en cuestión del «genitivo»? El latín pertenece (totalmente en el sentido de la regla general de Schmidt) en cuestiones de los casos en general a las lenguas de sufijo y muestra de un modo tan puro y completo como apenas ninguna otra lengua el estado de una liberación del momento del orden respecto de la función *sintáctica*. Pues aun la posición dentro del grupo verbal es sumamente libre, porque la congruencia de los sufijos marca con suficiente univocidad la adscripción del adjetivo al nombre. La anteposición *atributiva* del miembro determinante sólo puede manifestarse en latín en el compuesto nominal, relativamente raro, y en esto el sentido lingüístico del latino es exactamente tan firme como el nuestro. Cuando en la evolución de las lenguas románicas, probablemente en la medida en que desaparecen los sufijos diacríticos, se impone, al mismo tiempo que la necesidad de una nueva utilización *sintáctica* de la posición, también la necesidad de una nueva utilización atributiva de la posición para el grupo verbal, entonces ni la de Schmidt ni ninguna otra teoría del lenguaje puede predecir constructivamente lo que aparecerá. Si se desarrolla —por motivos que sólo puede descubrir una sutil investigación histórica del proceso— un nuevo «sentido lingüístico» para la posposición en el grupo verbal, parece psicológicamente plausible que pueda atraerse también a la vez el compuesto nominal cuantitativamente subordinado [38]. Esto es, a mi parecer, todo lo que puede decirse psicológicamente sobre la posposición como tal.

Pero acerca de esto no puede olvidarse la *cuestión de la acentuación*; y nos enseña en seguida que el acento de intensidad se conserva para el miembro determinante de la composición en formas como *timbre poste*. Si se tiene *Montblánc* junto a *Wéisshorn*, se disminuye (en el sentido del propósito final de la demostración de Schmidt) la diferencia entre el sentido lingüístico alemán y el francés en las cuestiones del compuesto nominal. Sólo faltaría preguntar qué ocurre en este punto con los demás casos de las clases de Schmidt de lenguas antepositivas y pospositivas. ¿Hay lenguas que pongan el acento en la pierna de apoyo del compuesto? Si es así, ésta sería la oposición más radical; si no, la acentuación de la pierna en juego sería una ley

---

[38] Más detalles sobre la evolución histórica de la posición del atributo en francés, en la *Anal. Syntax*, II, de Ettmayer; véase sobre todo la regla inicial en la pág. 634 y, por ejemplo, el dato estadístico sobre Chrestien de Troyes en páginas 462 y ss. Los atributos de color, a los que pertenece nuestro ejemplo, se posponían de preferencia desde el principio (Ettmayer, pág. 644).

general de los compuestos nominales en todas las lenguas y sólo la posición sería cambiante.

6. *Las notas del concepto de palabra realizadas en el compuesto*

Si la teoría del lenguaje, después de largas horas de aprendizaje entre los conocedores íntimos de las lenguas humanas, vuelve a su propia función, puede pertrechar de algunos argumentos la tesis trivial de que el compuesto es efectivamente un compuesto, es decir, una palabra compuesta de símbolos (y sin duda del modo más puro el nominal), aun contra un hombre como Brugmann. Brugmann está descontento con el antiguo nombre y lo vería con el mayor gusto sustituido por «unificación verbal o palabra unificada».

> De todos modos, tenemos ya desde tiempos antiguos tantas cosas insuficientes y que inducen a error en nuestra terminología gramatical..., y probablemente tendremos que seguirlas arrastrando durante siglos, que tampoco se sacudirán pronto las «composiciones» (pág. 400).

Me parece que *palabra compuesta de símbolos* explicita la realidad, si es menester; por lo demás, el nombre antiguo era completamente adecuado. En todo caso, el compuesto nominal es, ante todo, también como «palabra unificada», una palabra; podemos comprobar en él todas las notas del concepto de palabra. Tiene, *primero,* un *perfil sonoro* propio, cuyas reglas de acentuación hasta hoy sólo parcialmente están determinadas, y muchas veces aparecen también modificaciones fonemáticas en la palabra simbólicamente compuesta, como en *erláuben-Úrlaub* y *ertéilen-Úrteil,* de la lista de Paul. El compuesto se presenta, *en segundo lugar,* como *capaz de campo,* y pertenece a una determinada clase de palabras. La palabra simbólicamente compuesta se comporta en el campo de la frase, en conjunto, exactamente igual que una simple; todos los residuos sintácticos que hay en su seno están como absorbidos y permanecen intactos cuando esta forma prueba su «aplicabilidad gramatical» en el caso concreto e incluso se provee de signos de campo. La lengua misma sigue la consigna de Brugmann y coloca en el compuesto nuevos signos de campo, siendo indiferente «si un tipo ha aparecido en época prehistórica o en época histórica» y cuántos o qué pocos de los signos de campo de entonces pueda contener todavía. Sea *akrópolis* o *Mannsbild,* el genitivo del compuesto se forma como si fuera un simple: ἀκροπόλεως, *des Mannsbildes.* Aquí se confirma el segundo criterio de Meillet del concepto de palabra.

Que las características *fonéticas* y *fonemáticas* de la *unitas multiplex* de que hablamos resultan en el compuesto por contacto un poco

distintas que en el compuesto a distancia, es cierto y comprensible. La corrección que hizo Brugmann como defensor de la tesis interna a las determinaciones de los partidarios de la tesis externa, Paul y Willmanns, viene a decir en su fórmula más concisa: Tenéis razón con vuestra referencia al hecho de que el compuesto por contacto está sometido a una *configuración de acento* de que no es susceptible el compuesto a distancia; tenéis razón con vuestra alusión a las consecuencias que se derivan de ello: en latín, en composición simple sintáctica, «sub vos placo» no se dice «sub vos plico», sino «suplico vos» (pág. 394); también en la historia de la lengua el compuesto por contacto sucumbe mucho más frecuentemente al destino del aislamiento, lo que más rara vez sucede al compuesto a distancia; pero, sin embargo, también se da en él. Cfr. el alemán *wahrnehmen* (percibir) o *durchbleuen* (apalear) (simple medio alto alemán *bliuwen* «golpear», que como simple está muerto). Pero nuestra caracterización es incompleta. No son ciertamente los mismos, pero tienen que ser algunos, por ejemplo, vínculos de configuración musicales, los que *unen* en cada caso de aplicación los miembros del compuesto a distancia de un modo exteriormente perceptible.

Lo que caracteriza sematológicamente la unión verbal, que por tanto siempre se manifiesta también en lo sonoro, es el hecho de que los momentos sintácticos que hay en su seno no están absorbidos y completamente desvanecidos. Si uno un verbo activo con un nombre para formar el compuesto, puede ocurrir que el nombre vaya en el caso objetivo, como en el ejemplo *Schuhmacher* (zapatero), o en el caso subjetivo, como en *Meistersinger* (maestro cantor). «Gesundbeter» (curadero) y «Hellseher» (clarividente) ejemplifican otros complementos verbales; «Weihgabe» (ofrenda) y «Leihgabe» (préstamo) aclaran cómo incluso a través de la forma nominal del segundo elemento todavía puede seguir rigiendo la raíz verbal de distintos modos. Son éstas relaciones extraordinariamente interesantes e instructivas, que sólo podemos rozar y como teóricos del lenguaje en modo alguno tratar sistemáticamente por cuenta propia. Pero, en última instancia, a todo tratamiento sistemático habría que añadir un principio de contenido: que en las composiciones muchas cosas sólo se apuntan y necesitan una precisión significativa por parte de la materia, como en nuestra serie, que siempre vuelve a ser útil, «Backofen, Backstein, Backobst», etc. El que alguna vez llegó a la situación de reproducir en inglés ideas científicas concebidas en alemán, sabe por experiencia los apuros que se pasan a menudo cuando hay que interpretar en inglés relaciones sólo apuntadas en alemán; según mi experiencia, son por lo regular los cómodos compuestos alemanes,

que allí no se aceptan como cheques en blanco, sino que tienen que hacerse efectivos.

Que casi todos los medios de composición de frases reaparecen en el seno de los compuestos alemanes, ha de reconocerse, pues, una vez más como un hecho. Pero próximo a él está el otro hecho de que siempre, y con arreglo a una ley estricta, puede mostrarse una *ruptura de campo* entre la unión verbalmente inmanente de un compuesto y el campo de la frase en que entra ese compuesto. Si alguien «apalea al zapatero (*Schuhmacher*) o al curandero (*Gesundbeter*) o al vagabundo (*Tagdieb*)», el acusativo en *Schuh,* etc., no tiene que ver lo más mínimo con el caso en el campo de la frase; pues allí podría haber igual una componente en genitivo. Fue en última instancia esta evidencia de la ruptura de campo la que fundamentó la agrupación de los compuestos con las oraciones incidentales en el agudo libro de Hermann Jacobi *Compositum und Nebensatz* (1897). Compuesto y oración incidental tienen mucho que ver entre sí. Pero los distingue que la oración incidental desarrollada *no* es capaz de campo, como el compuesto claro, y, por ejemplo, *no* puede ser provista en conjunto de desinencias de caso, como «akrópolis» y «Mannsbild». No quiero discutir que hay fenómenos de transición en el dominnio de los compuestos; los ejemplos de los cuatro últimos grupos de la lista de H. Paul, aquellos «compuestos de frase», no son capaces de campo, sino que, donde quiera que se los intercale, quedan en el campo de la frase como bloques erráticos o como vocativos e interjecciones. Igualmente, en la mayoría de las lenguas hay curiosas fusiones de campo entre oraciones principales y subordinadas. Pero significaría obturarse muchas evidencias de la teoría del lenguaje querer negar aquí y allá la *normal* ruptura de campo, porque muchas veces se dan curiosos fenómenos intermedios. Pues son *articulaciones* extraordinariamente eficaces del habla humana las que se desarrollan en la ruptura de campo entre las mismas oraciones subordinadas; y es algo esencialmente distinto lo que resulta de la ruptura de campo entre compuesto y frase. Hablaremos más de esto en el último parágrafo de este libro.

23. La metáfora lingüística. El núcleo sematológico de una teoría de la metáfora

En la Selva Negra hay un árbol que se llama *Hölzlekönig* (Rey del bosque); no lejos de él, otro, la *Hölzlekönigin* (Reina del bosque). El Rey y la Reina son, hasta donde alcanza la vista, los troncos más hermosos y verdaderos *gigantes vegetales*. Queremos estudiar el modo

de hablar que forma tales compuestos y considerar además, en general, la metáfora lingüística. Al que empieza a prestar atención al fenómeno lingüístico que se suele llamar metáfora, le parece el habla humana tan compuesta de metáforas como la Selva Negra de árboles. Compuestos como *Fingerhut* (lit. sombrero del dedo = dedal), *Handschuh* (lit. zapato de mano = guante), *Tischbein* (pata de mesa) son metáforas; si digo de un matrimonio «él es un elefante y ella una corza», se presenta de nuevo el mismo concepto de metáfora; y así hasta descender a las metáforas sensibles «notas claras, agudas (u oscuras, blandas), color matizado, matiz (nota) cromático, alegría dulce, pena amarga, crimen frío, planes sombríos» y hasta elevarse a las imágenes más audaces y rebuscadas en oradores, poetas y filósofos. Las alambicadas colecciones de ejemplos de la antigua retórica, que se dispusieron preferentemente para fines didácticos, son estériles para la teoría del lenguaje, hasta donde llegan mis conocimientos; los investigadores modernos se han quedado muchas veces en cuestiones de psicología de las vivencias, que ciertamente pertenecen también al tema [39]. Se me ocurre como núcleo *sematológico* de una teoría de la metáfora bien construida algo que tiene que exponerse en inmediata conexión con las «uniones con y» y con el compuesto. Pues metafórica en algún grado es toda composición lingüística, y lo metafórico no es un fenómeno particular.

1. *Algo de psicología. Hallazgo de los historiadores de la lengua. Paralelos fuera del lenguaje. Dos metáforas infantiles*

Los expertos psicológicos de Stählin [40] sintieron como metafóricas composiciones lingüísticas tan sencillas como «el anciano bosque»; los sujetos de experimentación indicaron que el adjetivo les recuerda ciertas propiedades, por ejemplo, las arrugas de árboles

[39] La definición y explicación aristotélica (*Poética,* cap. 21) es acertada e irreprochable: «Metáfora es la introducción de un nombre ajeno traspuesto del género a la especie o de la especie al género o de la especie a una especie o por analogía». «Llamo analogía cuando lo segundo tiene la misma relación con lo primero que lo cuarto con lo tercero. Entonces se puede poner en lugar de lo segundo lo cuarto o en lugar de lo cuarto lo segundo. Y a veces se añade en lugar de aquello de que se habla, aquello a que se refiere». Metáfora en el sentido estricto de la palabra sólo es, según Aristóteles, la analogía. Falta a este análisis objetivo, como se ve, un impulso hacia la iluminación recíproca desde la vivencia, mientras las investigaciones modernas carecen muchas veces de un punto de apoyo firme en el análisis lingüístico objetivo.

[40] W. Stählin: «Zur Psychologie und Statistik der Metaphern». *Arch. Psychol.,* 31 (1914). Sobre lo que sigue: O. Sterzinger: «Die Gründe des Gefallens und Missfallens am poetischen Bilde». *Ibid.,* pág. 29 (1913).

viejos o líquenes que cuelgan confusamente, y advierten de un modo peculiar la superposición e interpretación de dos esferas significativas (hombre-árbol). Si paralelamente se forma «un anciano gastado», serán propiedades análogas del aspecto de personas viejas las que se *subrayan* en la vivencia. Sólo que esta vez, naturalmente, pensadas (y acaso también vistas interiormente) a propósito de un hombre; y por cierto, como si esta vez se hubiesen tomado de la esfera «edificios, rocas». Los sutiles análisis de vivencias en el trabajo de Stählin demuestran, pues, que el término metáfora, inventado por los griegos y acuñado por lo pronto sobre la comparación poética y retórica, minuciosamente realizada, todavía está vigente y es acertado. En la vivencia hay a menudo (incluso en los sencillos ejemplos que hemos elegido adrede) una dualidad de esferas y puede comprobarse algo así como el paso de la una a la otra, y sólo desaparece cuando las composiciones son giros muy corrientes.

No hacemos aquí estilística ni psicología de las vivencias, sino que reflexionamos como teóricos del lenguaje acerca de cómo se explica la difusión universal de giros y técnicas metafóricas en el lenguaje representativo. ¿No es esta mezcla de esferas un procedimiento de cocktail muy curioso? Y ¿para qué todo esto? El historiador de la lengua, por ejemplo, es llevado por los hechos del cambio de significación a reflexionar sobre el fenómeno de la metáfora, y comprueba que muchas formas originariamente metafóricas, en el curso de la historia de la lengua han dejado poco a poco de sentirse como tales. Juan Pablo, el poeta romántico, formula este hecho en la conocida expresión (metafórica) de las innumerables metáforas amarillentas del lenguaje. Pero Hermann Paul, el prosaico lingüista, se explica de este modo más instructivo el fenómeno histórico-lingüístico de la metáfora:

La metáfora es uno de los medios más importantes para la creación de denominaciones de complejos de representaciones, para los que todavía no existen designaciones adecuadas. Pero su aplicación no se limita a los casos en que se da tal necesidad externa. También donde se dispone de una denominación ya existente, un impulso interior incita a preferir una expresión metafórica. La metáfora es precisamente algo que fluye necesariamente de la naturaleza humana y se impone, no sólo en la lengua poética, sino sobre todo también en el lenguaje coloquial popular, que tiende siempre al grafismo y a la caracterización pintoresca. También esto hace usuales a muchas, aunque no tan fácilmente como en los casos en que coopera la falta de otra designación.

Es evidente que para la creación de la metáfora, en la medida en que es natural y popular, se recurre por lo general a aquellos círculos de representaciones que están con más vigor en el alma. Lo que está más alejado de la comprensión y el interés se hace más intuitivo y familiar por medio de algo más próximo. En la elección de la expresión metafórica se manifiesta, por tanto, la diversidad individual del interés, y en el conjunto de las metáforas que han

llegado a ser usuales en una lengua se reconoce qué intereses han sido especialmente poderosos en el pueblo.

Una visión de conjunto exhaustiva de todas las clases posibles de metáforas es una empresa casi irrealizable. Me contento con examinar brevemente algunas particularmente usuales (págs. 94 y s.).

En resumen: La metáfora es, según Paul, un recurso por *falta de expresión,* cuando el vocabulario falla, y un medio de *caracterización pintoresca.* Y como es válida la norma de que sólo puede definirse lo desconocido por lo conocido, lo más alejado del interés por lo más próximo, proporciona al historiador los indicios mencionados. Son tres principios notables, para los cuales todo historiador puede aportar multitud de justificantes adecuados de su campo especial; Paul mismo los aporta, tomados del alemán (págs. 95 y siguientes). Desvaída e imprecisa me parece, en cambio, la adición de que la metáfora «fluye necesariamente de la naturaleza humana». Sería sin duda más satisfactorio si se pudiera poner en correlación tal fluencia, de un modo más riguroso y evidente, con la falta de expresiones y el pintoresquismo de ellas a la vez y en el fondo encontrarse la conexión con los hechos fundamentales de la simbolización lingüística fonética en general. La pregunta ulterior es: ¿Cuál es, en comparación con la «unión con y» y el compuesto usual, la función específica de la *composición con mezcla de esferas*?

Fuera del lenguaje, en las más diversas técnicas de representación, hay paralelos más remotos o más próximos al procedimiento de mezcla que es la metáfora. Así, por ejemplo, Galton ha retratado sucesivamente a varias personas en el mismo lugar de una placa fotográfica para conseguir con este resultado para la técnica de la fotografía algo que por lo demás sólo se conocía como producto de «elaboración» psicofísica y por el arte de la representación, a saber: la *figura típica.* Todavía se aproxima más a lo que se trata de explicar la conocida función de los dos ojos, que la misma cosa se copia en dos retinas y sin embargo en circunstancias normales sólo se ve sencilla; sencilla y más plásticamente que con cada uno de los ojos solo, si se aprovechan las insignificantes diferencias de las imágenes (su discrepancia de inclinación) para el efecto de la visión profunda más exacta y precisa [41]. Pero más importante para la comparación buscada

[41] N. Ach admite recientemente que según el modelo de esta única utilización, conocida hace mucho tiempo, de un efecto secundario técnico, el paralaje, podrían darse también en el sistema psicofísico otras utilizaciones importantes, y ha documentado su idea con ejemplos: «Das Kompensations oder Produktionsgesetz der Identifikation. Ein psychologisches Grundgesetz». *Kongr. Ber. Psych.,* 12 (1931). Esta idea podría estar bien concebida y acaso ser también fecunda para el dominio de la metáfora. Pero antes hay que tener en cuenta la *deficien-*

es que en la unificación binocular todo lo realmente dispar, que no podría unificarse, *no entra en cuenta.* La imagen de Galton muestra contornos *borrosos,* la imagen binocular no, y tampoco la caracterizada metafóricamente.

Subrayo lo dicho últimamente y quiero citar como testigos de la diversidad dos metáforas enunciadas por niños: «La sopa está constipada» y «la mariposa hace calceta». Allí había aparecido una burbuja en la superficie de la sopa en el plato, y aquí, una mariposa parada entrecruzaba de un modo cambiante sus largas antenas a derecha e izquierda, exactamente como hace la abuela con largas agujas de hacer media. En tales casos nos resulta claro que la composición que mezcla esferas distintas es la *técnica de abstracción* psicofísicamente más sencilla, que en el caso original requiere lo menos posible desde el punto de vista psicofísico. A saber: siempre que un fenómeno sugestivo percibido provoca una necesidad expresiva por falta de palabras o reclama una caracterización pintoresca. El creador lingüístico no hace en este caso nada más (pero ciertamente tampoco nada menos) que ver lo característico y servirse de la ley fundamental de la llamada asociación por semejanza. Así nacen en la vida infantil las innumerables denominaciones curiosas que nadie registra; a no ser que por casualidad surja alguna vez algo especial para los oídos de padres admirados.

2. *La visión fisiognómica; placer funcional*

No estamos ya lejos del fin. En mi *teoría de la expresión* se tratan detenidamente los hechos de la metáfora *sensible,* que no encierra ningún misterio si se atiene uno a lo descubierto e interpretado por Piderit y Wundt en el campo de la mímica humana. La «amarga» pena y la «dulce» dicha y la «agria» renuncia no son invenciones libres de los poetas, sino fenómenos expresivos visibles en rostros humanos. El intresado en esto tiene que prestar atención a los documentos presentados en el libro de la expresión. La reunión de la formulación lingüística aquí *no es productiva,* sino que sólo refleja lo que se ve ya junto en toda visión y comprensión de la expresión humana adulta.

En nuestro ejemplo infantil no eran vistos de hecho juntos o percibidos comparativamente uno tras otro el juego de agujas de la abuela y el juego de antenas de la mariposa. Serían probablemente

---

cia como tal. Cf. sobre esto el hecho de que entre los hombres hay «ojidiestros» y «ojisiniestros», lo que se mencionó más arriba, en la nota a § 8, 4.

trabajos de amor perdidos presentar espacialmente juntas a la abuela haciendo calceta y la mariposa parada en el experimento con niños, para provocar una metáfora semejante. Las ocurrencias alambicadas sólo difícilmente pueden provocarse, y aquella metáfora infantil era una ocurrencia «espontánea». Convergen en ella dos imágenes de situaciones gracias a un proceso de reminiscencias en que el momento de juego tiene que subrayarse enérgicamente. Constituyó el estímulo una consideración contemplativa de lo percibido y en ella la captura de un momento fecundo. Por lo demás, los niños aprenden a caracterizar *fisiognómicamente* en tales momentos fecundos los acontecimientos de su pequeño mundo; que también el gato «agarra» y la silla «está de pie» y puede «caerse» al suelo como un niño, y así *in infinitum* [42]. Nuestra propia lengua corriente, aun en el uso prosaico, está llena hasta el borde de tales características fisiognómicas; esto es una buena parte de sus metáforas «amarillentas», es decir, poco visibles.

Varíese ahora el caso de la metáfora de las agujas de hacer media, de modo que una abuela que cuenta cuentos quisiera incluir en la descripción verbal de una mariposa lo hallado por un niño concreto y utilizarlo de nuevo para otros niños. No tendría precisamente ninguna fortuna si, como en los demás cuentos, se atuviera a palabras sólo, si la narradora no echase mano tal vez de las agujas de hacer punto para una demostración. ¿Qué ocurre con las metáforas alambicadas en los relatos homéricos? Homero, según una antigua convención, es ciego, y sería un mal demostrador si alguna vez fuese necesario algo semejante en sus innumerables y a menudo complicadísimas metáforas. Sus oyentes tampoco son niños, pero sí hombres adultos, los cuales tienen que haber poseído, con todo su haber práctico acerca del mundo, todavía una fuente de *placer funcional primario* en realizar en fantasma, en situaciones heterogéneas, minuciosa y agradablemente caracterizadas, la mezcla de esferas que es la metáfora. Los cuentos infantiles son extremadamente parcos en comparaciones lingüísticas; Homero se deleita en ellas, ofrece lo que los niños no pueden realizar *en principio,* aunque se permaneciera con la visión comparativa de la narración en el cuarto de los niños [43]. Me represento

---

[42] La visión «fisiognómica» del mundo es primaria (autóctona) en la vida del niño; como teórico no es menester colocar ningún factor peculiar bajo el nombre *antropomorfismo.* Sobre resultados especiales del conocimiento fisiognómico, cf. *Teoría de la expresión,* págs. 229-230.

[43] Las razones de esta afirmación están resumidas y expuestas en mi libro *Die geistige Entwicklung des Kindes* (6.ª ed., 1930, págs. 358 y ss.). Es una inferencia por indicios; se debería acometer alguna vez la cuestión, que no carece de importancia, directamente y con métodos suficientes.

la mentalidad de los oyentes homéricos, que por lo demás me es desconocida, de tal modo que se dé en ellos placer funcional en interferencias de esferas con resultados abstractivos; probablemente de un modo esencialmente distinto del nuestro podría haber sido precisamente para ellos ese procedimiento abstractivo una fuente fresca más de placer funcional. Es cierto que también nosotros nos recreamos con las imágenes homéricas; pero, si no me engaño, pertenece a ello una reducción artificial de nuestras pretensiones, aproximadamente como nos reducimos incluso a la mentalidad mucho más lejana del cuento infantil, y por este medio podemos proporcionarnos la entrada en el paraíso perdido ya de la fantasía de la primera infancia [44].

3. *El efecto diferencial, el modelo técnico del doble filtro. Ley de incongruencia. Plasticidad de las significaciones*

Una comprobación exacta de la idea de modelo sobre la metáfora, bosquejada aquí y concebida originariamente a propósito de observaciones con niños, requiere más de lo que hasta hoy podía yo llevar a cabo. La analogía *técnica* más sencilla al modelo indicado sería tal vez la siguiente: Si en un aparato de proyección doy en lugar de una diapositiva un disco de cartón con agujeros perforados, resultan visibles en la pantalla manchas luminosas de la forma de mis agujeros. Si intercalo un segundo disco con otra perforación, aparece en la pantalla un *fenómeno diferencial,* es decir, manchas luminosas sólo en la medida en que un agujero o una parte de agujero de uno de los discos coincide con un agujero del otro. Si mis aberturas son largas hendiduras y dispuestas de cualquier modo, por ejemplo, paralelas en cada disco, pero en distinta dirección en ambos, como en el esquema siguiente, obtengo como imagen diferencial un modelo a su vez fácilmente comprensible:



FIG. 8.

[44] Nosotros los que describimos hoy, saturados de lenguaje y que rehuimos las imágenes, decimos, por ejemplo, que una granada ha *arrasado* una fortificación, y confiamos en que el oyente comprende en un instante la desaparición. El

Este modelo técnico en el *skióptikon* no se nos ha venido a la pluma por pura casualidad, sino que debe contribuir a explicar que la estructura constructiva de los complejos significativos contiene un carácter proyectivo, una componente proyectiva. Espero poder ofrecer en otro contexto más que estas indicaciones sobre una base exacta; lo proyectivo (centrífugo) en procesos aparentemente sólo receptivos tiene que ser visto y estudiado primero en la mera percepción y en ciertos curiosos fenómenos psicopatológicos de deficiencia, antes de que se pueda esperar comprenderlo sistemáticamente en la región superior del pensamiento verbal. La cuestión es si una *doble retícula* o *doble filtro* hace posibles en el campo técnico resultados que puedan considerarse análogos a los efectos de abstracción extraordinariamente finos de la interferencia metafórica de las esferas. Si encuentro en boca de los habitantes de la Selva Negra el nombre «Rey del bosque» para un árbol, que todavía no he visto; si entiendo inmediatamente la expresión y la siento con H. Paul como una caracterización «pintoresca», se me plantea como psicólogo la tarea de hacer comprensible psicológicamente (psicofísicamente) de un modo sencillo el origen de la imagen de mi fantasía en conexión con aquella expresión.

La esfera de objetos *bosque* y la esfera de objetos *rey* se unen; el mismo objeto total debe responder a ambas a la vez. Atribuyo, pues, algo real a un árbol. Que procedo precisamente así y no al revés, no me los enseña todavía el compuesto metafórico solo: un «Rey del bosque» podría ser también un hombre a quien atribuyo un reino forestal, y con el bosque un papel regio entre otros poseedores. Entonces se daría un caso completamente distinto. Pero si leo u oigo la palabra en el contexto de la primera frase con que empieza este parágrafo, queda descartada toda vacilación. La yuxtaposición «un árbol regio» prestaría aproximadamente los mismos servicios; únicamente actúa de un modo menos «expresivo» en aquel pasaje y sería por añadidura todavía más ambiguo. Si procediese analíticamente y añadiese adjetivos no metafóricos al nombre «árbol» (el más grande, el más hermoso, descollante, dominador), tendría que acumularlos para conseguir en cierto modo el mismo efecto de significación y representación que mediante la mezcla de esferas.

El efecto selectivo de la interferencia de esferas apenas necesita ser subrayado especialmente; obsérvese cualquier otro ejemplo recién pulimentado o la manoseada metáfora «Salonlöwe (león de los sa-

---

narrador Homero hubiera emprendido plácidamente un cuadro en multitud de versos para decir algo semejante, y sus oyentes tienen que haber tenido no sólo paciencia, sino también placer funcional en la mezcla de esferas.

lones)»: «el amigo N. está hecho un león de los salones». En el morador del desierto «león» hay muchas propiedades proverbialmente fijadas, entre las cuales también el ser sanguinario y combativo. Pero la esfera «salón» *es incongruente con ellas,* lo mismo que la esfera del árbol es incongruente con todas las propiedades regias inadecuadas; al pasear por la Selva Negra no esperaré del Rey del bosque corona y manto de púrpura, ni en la cita con el amigo león de los salones sed de sangre y coraje varonil. Cómo acontece esta incongruencia en el sistema psicofísico es una de las preguntas centrales que hay que hacer a la psicología del lenguaje.

Pues la metáfora expresiva, a pesar de su frecuencia, es un fenómeno particular; pero la *ley de incongruencia* es general. Podríamos ejemplificar en el compuesto el hecho de la supersumatividad auténtica (en el sentido de Ehrenfels) de complejos significativos atributivos, señalando el plus que en compuestos como «Backofen y Backstein» introduce el saber objetivo. Pero lo dicho con esto no sería más que media verdad si no se explicara además el hecho de la *supersumatividad.* Incongruencia, deficiencia, selección, efecto diferencial son expresiones de uno y el mismo sencillo fenómeno, que hay que poner al lado del criterio de supersumatividad, único subrayado en la teoría de la forma desde Ehrenfels, para describir íntegramente las complexiones atribuitivas en el lenguaje.

La lógica pura llega y exige de los signos conceptuales una sola cosa, la constancia significativa: la misma palabra, la misma significación dondequiera que se use. Que la comunicación intersubjetiva con signos del lenguaje adulto sólo cumple esta exigencia de un modo extremadamente imperfecto, lo han demostrado los críticos del lenguaje desde la antigüedad clásica frecuentemente y con suficiente detalle. El autor de este libro pertenece a los amantes del lenguaje adulto y prefiere observarlo primero y anotar lo que se encuentra, antes de tocar la corneta de los críticos. Y encuentra que las botas rígidas pueden tener sus ventajas, por ejemplo, para el jinete: orgullosos jinetes sobre significaciones verbales rígidas, bien definidas, son los que hablan claramente en la ciencia. Pero ofrece *otras ventajas* a la comunicación intersubjetiva, una cierta plasticidad de las esferas de significación de nuestros nombres. La técnica moderna sabe que se puede y se tiene que trabajar con grados de libertad en la construcción de máquinas; los organismos lo saben ya hace mucho tiempo. Y los grados de libertad de las esferas significativas de nuestros nombres, como las máquinas modernas, a menudo sumamente complicadas, y como los órganos de los organismos, se pueden corregir mediante ciertos dispositivos de seguridad. La supersumatividad y la infrasumatividad de las complexiones atributivas elevan en asombrosa proporción la

productividad del lenguaje y hacen posible la denominación lacónica. A lo cual corresponde ciertamente que en el sistema mismo esté preparada también una corrección de las imprecisiones y ambigüedades de esas complexiones.

Algo más corresponde a esto y tiene que enunciarse especialmente como premisa mayor de la teoría de la incongruencia de momentos perturbadores en el procedimiento de mezcla de esferas. Es el hecho de que tomamos la palabra de boca de nuestros prójimos, en general, como oyentes compresivos. En la conversación normal suponemos fundadamente que el hablante forma composiciones lingüísticas con sentido, y en el caso de fragmentos del discurso difícilmente conciliables hacemos diversos ensayos para ver cómo al fin permiten, sin embargo, una conexión. Muchas veces ocurre como con las adivinanzas. El verdadero acertijo requiere esfuerzos desusados de diversos intentos; muchas metáforas son acertijos más fáciles y no inventados adrede para probar la sagacidad. Tendríamos que haber captado con más profundidad que hoy la ley de las esferas en nuestro pensar verbal para poder aportar acerca de ello más que observaciones aforísticas. Pero pasemos ahora a un intento completamente distinto de interpretación y explicación de la metáfora lingüística.

4. *La hipótesis del tabú de Werner. Crítica: metáfora y fenómenos marginales*

En 1919 produjo sensación entre los especialistas el libro de Heinz Werner sobre la metáfora lingüística [45]. Con razón, a mi parecer, pues contiene una gran colección de nombres y giros lingüísticos metafóricos tomados del repertorio de las lenguas humanas menos conocidas, y el enérgico intento de dominar teóricamente los multiformes fenómenos. Las ideas fundamentales de Werner pueden leerse en el capítulo VIII, «Resumen de la psicología evolutiva de la metáfora», ya en los epígrafes: 1. La evolución capital de la metáfora *desde el espíritu del tabú.* 2. La evolución de la auténtica metáfora por cambio de motivos. 3. La evolución de la metáfora por inversión del proceso de metaforización. 4. La evolución degenerativa de la metáfora auténtica por la pseudometáfora. ¿Qué es metáfora auténtica y qué es una pseudometáfora?

---

[45] H. Werner: *Die Ursprünge der Metapher.* Estudios de psicología evolutiva. (Ed. por F. Krueger, cuaderno III, 1919.)

Resulta por lo general un proceso explicativo cuando un innovador que tiene instrumentos para ello contradice una doctrina tradicional como la antítesis a la tesis. Según Werner, la metáfora surgió *una vez* del espíritu del *tabú,* y no sirve para poner de relieve, sino para una *necesidad de ocultación*:

> A (las) formas pseudometafóricas pertenece la metáfora por necesidad expresiva y por necesidad abstractiva, como la de la intuición antropomórfica. Si queremos admitir únicamente, más allá de la apariencia objetiva, la situación subjetiva, tendremos que recusar esas actitudes como *raíces originarias de la comparación*, aunque concedemos que como ejercicio preliminar y preparación del pensamiento alegórico tienen su valor, que realmente sólo resulta utilizable mediante el importante cambio de motivos en la época del tabú (pág. 190).

El antiguo modelo mental de los especialistas no es, pues, rechazado *a limine,* pero, sin embargo, arrinconado; los «ejercicios preliminares» del pensamiento alegórico ingenuo, con los cuales creíamos entender al niño y las imágenes homéricas, no bastan. Sino que la humanidad tuvo que estar sometida en fases tempranas a la coacción de la necesidad de ocultación por tabú, para que de ella surgiera la metáfora auténtica y se difundiera en las lenguas de los pueblos posteriores al tabú. Demostración: La pobreza metafórica de las lenguas anteriores al tabú, que se explica del siguiente modo:

> El nómada puede vivir sus afectos sin trabas; sin perturbación se realiza para él el equilibrio entre el estímulo y su reacción. Por esto encontramos incluso pueblos nómadas de nivel muy alto (como una gran parte de los indios de Norteamérica, los massai en Africa), que muestran una extraordinaria pobreza en formas originadas en el tabú. El nómada es ciertamente tan temeroso como el sedentario; pero su temor encuentra su evasión inmediata, al menos mediante la huida; el sedentario tiene que aguantar impotente la iniquidad. El nómada es el hijo del momento. El intercambio de fuerzas objetivas y subjetivas se realiza para él, exclusivamente, en el presente. El sedentario, en cambio, es hombre de futuro y de pasado (pág. 191).
>
> Esto despierta en el sedentario la preocupación y la opresión de los recuerdos; «todo árbol o piedra puede ser signo de un pasado *feliz,* que provoca *melancolía,* o *infeliz,* que provoca amargura» (*ibíd.*; ¿por qué tan pesimista?). Un escape es la técnica de ocultación del tabú verbal.

Inscríbase lo citado en el cuadro de una idea mágica del mundo vivida íntegramente, y repárese en que todo, desde la primera frase, no se trata como un asunto de representación, sino de expresión, es decir, de descarga libre o reprimida de afectos. Entonces se tienen reunidas las ideas decisivas de la teoría de Werner. Werner expone a base de sus documentos las formas de aparición de la metáfora y encuentra que lo primero es en todas partes la «metáfora de cosas».

Mientras entre los australianos la metáfora puramente *lingüística* es todavía extremadamente primitiva, acaso un metaforismo meramente generalizador constituye toda la forma sustitutiva, la metáfora que se realiza mediante la penetración simbólica en la visión de las *cosas* está ya relativamente desarrollada. Encontramos aquí un metaforismo real muy formado, con una capacidad de representación y comparación verbal poco desarrollada. La raíz psicológica del metaforismo real no es como en la altura de la cultura poética: adaptación del mundo de la representación a una voluntad artística, sino visión de formas naturales existentes. Por la vía de la elevación de un proceso corriente a alegoría se desarrolla el *segundo* estadio, en el cual ya no se encuentra en el contorno una expresión figurada para una que es tabú, sino que ha de buscarse en el mundo de las representaciones (pág. 194).

El *tercer* estadio, hacia el que, sin duda, llevan múltiples transiciones desde el anterior, representa el estado de cultura sedentaria, cuyos sujetos no pueden eliminar el miedo de un modo puramente motor abandonando el lugar de la muerte. Así se despliega toda clase de normas de protección; el tabú de la muerte, cuya forma simple se basa en la evitación del muerto, se retuerce, en un complicado sistema de protección.

Conocemos, pues, el despliegue del tabú como una consecuencia de la evolución del nomadismo hacia la cultura sedentaria. El originario e inconstante impulso migratorio es utilizado en un estadio algo superior para reaccionar al temor de una manera meramente motriz-atávica. Pero cada vez se reduce más esta forma de expresión a un mínimo de manifestación motriz; y precisamente aquel miedo, que originariamente era el motivo de un extraordinario despliegue de fuerza motriz en el impulso migratorio, se convierte ahora sin más en algo negativo: en impedimento de todo movimiento eficaz (págs. 195 y ss.).

La metáfora es en su forma primitiva una autoprotección intelectual del individuo. Esta autoprotección se manifiesta ante todo en que la metáfora es producto de dos tendencias: la tendencia a reprimir una representación o una idea cuya expresión es tabú en el sentido del pecado o peligro, y por otra parte no obstante hacer posible la comunicación mediante la selección lingüística.

Esta contraposición de tabú y revelación se desarrolla de modo que el tabú como tendencia cohibitiva, originariamente máximo, *se reduce cada vez más* (páginas 196 y ss.).

La reducción mencionada últimamente significa un movimiento retrógrado, una decadencia, por decirlo así, de la *auténtica* metáfora, originariamente tan importante y enérgica en la vida. De un modo atenuado, queda siempre algo del tabú, claramente, en el uso de la metáfora para la *burla,* para la *amonestación,* para la *amenaza.* Este algo sólo se anula en el tipo más tardío y elevado, en la metáfora *irónica* y *lisonjera.* Hasta aquí nuestra reseña.

Para empezar la valoración crítica por el final, no me parecen mal elegidos los llamados «tipos» de lo metafórico; chiste y tabú han sido unidos también por Freud, en conjunto muy acertadamente. Pero ¿qué ocurre, por ejemplo, con la inclusión de las imágenes homéricas en la ramas de decadencia de la curva evolutiva de Werner? El momento de tabú en ellas es seguramente igual a cero o no muy distinto de cero; y por otra parte tampoco tienen nada que ver con burla o chiste, con ironía o ninguna lisonja. No; toda la mentalidad

de la teoría de Werner no está frente a la imagen homérica de un modo muy distinto que el animal familiar frente a la nueva puerta del granero. ¿Para qué, además, someter el fenómeno tan vivo y fresco en el niño y en Homero a un esquema mental en que sólo encuentra lugar en la rama decadente? Pudiera ser, dice un analítico experimentado de teorías dadas, que hubiera algún error en la primera concepción de lo metafórico. Y así ocurre. Werner se ve desde el principio autorizado y obligado a la decisión en el sentido de un «o esto o lo otro». O la metáfora (en singular) es un medio de abstracción o un medio de ocultación; cree haber comprobado como exacta la segunda alternativa para la metáfora (en singular). ¿Qué sucedería si no hubiera que poner en duda lo más mínimo toda la prueba fundada en el material empírico acumulado con impresionante amplitud, para dar con buenas razones al niño y a Homero lo que les corresponde? Les corresponde a ellos y a la historia entera de las lenguas indoeuropeas hasta donde alcanza la vista la metáfora exenta de tabú, siendo indiferente que haya transcurrido junto a ella la metáfora ocultadora y qué importancia pueda haber tenido en otro tiempo.

Pues la idea de ocultación de Werner, en los casos más claros que conocemos, no se alcanza con los medios de la *auténtica* metáfora en *nuestro* sentido, sino mucho más sencillamente. Alusiones de toda índole hay a troche y moche en la conversación humana. Son eficaces entre A y B cuando B, en el punto en que A detiene su lengua y se desvía, convive la situación interna y penetra el juego. Pero la desviación se realiza de hecho de un modo mucho más variado que lo que quiere reconocer el análisis de Werner. Si no puedo pronunciar la palabra «demonio» y la sustituyo por «Pedro Botero», si para evitar «retrete» digo «el excusado», no se da ni por asomo una frase figurada, sino algo que técnicamente lo más sencillo es asimilarlo a las *parafasias* de ciertos enfermos con perturbaciones del lenguaje. No metáforas específicas en el sentido de la conocida división de Aristóteles, sino metonimias serían el sustitutivo puro y completamente suficiente de una comunicación verbal dificultada en alto grado, por no decir inficionada, por el tabú.

Hay toda clase de fenómenos marginales en el pensamiento verbal; hay también, junto al error sumamente característico que lleva el nombre de parafasia, una *parafantasia*. Binet ha sido el primero que la ha estudiado y descrito documentalmente; es un fenómeno cotidiano completamente trivial. El que en la reflexión sobre esto o lo otro, el que para resolver problemas mentales sencillos se representa interiormente en imágenes cosas sensibles conocidas, piensa, por

ejemplo, en «leche» y forma adecuadamente un juicio, una frase, en que está contenido el concepto «leche». Si después se le ocurre indicar correctamente y describir más en detalle de qué índole era el «fantasma» en que se apoyó su rápido y fugaz pensamiento, no es raro que falte precisamente aquello a que se refiere todo. No hay duda: *pensaba* efectivamente en la leche y operaba en su pensamiento verbal con el conocido líquido blanco; pero su fantasma contenía, dicho de un modo figurado, sólo un marco objetivo, no la cosa blanca misma; veía interiormente, por ejemplo, sólo la vasija, el jarro de leche. Uno de los niños de Binet opera en su pensamiento verbal con el elefante, pero interiormente no ve al paquidermo mismo, sino sólo la armazón de madera en forma de escalera, en el parque zoológico, con la cual los niños pueden montarse en el manso animal. También esto son fenómenos marginales bien conocidos y en modo alguno misteriosos; y todos los fenómenos marginales son muy remotos y distintos de la metáfora. También son importantes e instructivos, pero les falta la nota de la dualidad de esferas y la propiedad decisiva de todo lo metafórico, resolver de modo sencillo un problema de abstracción gracias al fenómeno diferencial.

Tengo que dejar a los lingüistas competentes la comprobación de los justificantes de Werner; me parece en realidad que muchos elementos parafásicos o metonímicos contenidos en ello son también quizá subrayados exageradamente por Werner. Pero sea lo que se quiera, resulta precisamente el problema por qué la auténtica metáfora desempeña siempre un papel tan grande en todas las parafasias de los hombres del tabú. Mi explicación de esto es: Ni siquiera la ola del tabú fue capaz de matar a la metáfora. La metáfora puede ser, tal como lo describe Werner, entre los más primitivos que conocemos todavía extrañamente infrecuente, y un paso más arriba aparecer en las lenguas con extraña frecuencia, incluso proliferar copiosamente. El tabú no puede distar demasiado temporalmente de este florecimiento de lo metafórico y estar en estrecha conexión con él. Unicamente, esta conexión pudiera ser más complicada y distinta de lo que Werner piensa. Se imagina también, a mi parecer, de un modo demasiado simple las raíces del tabú en las circunstancias vitales de los llamados primitivos; pues según Frobenius hay, por ejemplo, plantadores sedentarios que no están poseídos en modo alguno por el terror a los muertos como tabú, sino que reúnen cuidadosamente en torno suyo las calaveras de los muertos como otros recuerdos queridos, sin más complicaciones. Pero en ningún caso pueden considerarse los fenómenos marginales del lenguaje como el terreno donde se nutre directamente la metáfora.

5. *Resultados generales*

Desde la contemplación a vista de pájaro de los inventarios lingüísticos puede decirse como conclusión lo siguiente: El vocabulario de una lengua, tal como se presenta en papeletas en el diccionario, parece a primera vista como un conglomerado abigarrado, como una morrena. Con fragmentos de morrena se pueden construir murallas ciclópeas, con las unidades semánticas léxicas de la lengua sólo se podrían construir textos ciclópeos. Pero los textos reales tienen otro aspecto. Y los dos principios de *alteración material* que se nos han manifestado en el compuesto y en la metáfora se pueden exponer de un modo muy sencillo teniendo presente el axioma de *Leibniz.* El primero habla de la *supersumatividad* y el segundo de la *infrasumatividad* de los complejos significativos; se suma y se resta en uno y el mismo complejo. «Hausvater» y «Hausschlüssel» son dos compuestos; la especificación de la relación pensada en cada caso es pensada por añadidura, por tanto supersumativa. «Wachszündholz» (lit. madera para encender de cera = cerilla) es también un compuesto; nos enseña lo mismo que el «león de los salones», la comparación homérica y la extraña afirmación «verde es el áureo árbol de la vida». La regla dice que todo lo incompatible como la determinación adicional «de madera» en «Wachszündholz» y el color dorado en el árbol verde se elimina en tales composiciones. El extracto de todo es nuestra idea ejemplar del doble filtro.

No es un azar que no pudiésemos explicar el fenómeno de la eliminación en las imágenes dobles de los dos ojos del hombre, es decir, en un ejemplo de la esfera de la percepción (sensible); pues ya la percepción está sometida a la ley de la adición y eliminación, porque ya la percepción es una composición de sentidos y nos anticipa lo que la composición lingüística repite en un plano más elevado. El caso cero, por decirlo así, en ambas direcciones lo realizan casi puramente el compuesto-*dvandva* y la «unión con y» del lenguaje. Piénsese ante todo en los numerales complejos y en las palabras copulativas que enlazan objetos. Que al apartarse de este caso cero los compuestos auténticos y las demás composiciones del lenguaje se comporten tanto supersumativamente en un aspecto como infrasumativamente en otro, no tiene nada de extraño desde el punto de vista de la psicología vivencial; lo metafórico con su acentuada selectividad surge sin problemas dondequiera que se dan las condiciones ya enumeradas certeramente por H. Paul.

24. El problema de la frase. La idea filológica de la frase y la gramática

Es difícil no escribir una elegía ante el espectáculo de toda la agudeza que se ha aplicado ya al tema de una definición del concepto de frase; John Ries añade a su minuciosa exposición de la historia de la teoría de la frase una lista de definiciones que contiene 139 números [46]. Aunque, a pesar de la selección, todavía se encuentran en ella, evidentemente, muchas nueces vanas y muchas repeticiones, sigue siendo, sin embargo, bastante sorprendente que se pudiera sacar una docena y obtener siempre un rasgo más o una faz completamente nueva para la frase del lenguaje humano. Según experiencias en otros campos, esto sólo es posible con conceptos centrales muy ricos en relaciones y dispuestos de modo sumamente *sinquítico* de una esfera de objetos, como se forjan en el lenguaje corriente y permanecen indefinidos hasta en medio de las ciencias.

El concepto de frase, como modelo de tales conceptos, merece el máximo interés de un lógico de las ciencias del espíritu. Hay en él una *sínquisis* múltiple que no puede eliminarse mientras sea y siga siendo un concepto *filológico*. Sólo cuando se inicia la formalización peculiar de la gramática se separan las notas, de aspectos diversos, del concepto filológico de frase, y tienen que ser perseguidas y tratadas ahora pura e íntegramente cada una en su terreno. Las circunstancias notables son completamente comprensibles cuando se las explica y comprueba con nuestro campos. Tal como el intérprete competente de textos encuentra la «frase» y la describe a su modo, pertenece ese algo al cuadrante P; es el producto lingüístico elemental, aquello en que piensa el filólogo cuando habla de las frases de un texto. Cada una de estas frases es un algo abundante en determinaciones, acerca del cual pueden comprobarse y aplicarse conocimientos gramaticales y psicológicos.

Para explicar esto, lo mejor es partir de Ries, que en su teoría de la frase eleva a concepto el conjunto de determinaciones del filólogo. Esto es completamente correcto y lógicamente irreprochable; se encierra en ello una labor estimable. Sólo resulta problemática la empresa de Ries en el momento en que este concepto sinquítico se presenta a la gramática y se propone al gramático trabajar con él. En el siglo XIX se hicieron ofertas semejantes de los psicólogos a los gramáticos y causaron aquí y allá un poco de confusión; pero en conjunto se rechazaron con plena razón. Tampoco con el concepto

[46] John Ries: *Was ist ein Satz?* Contribuciones a la fundamentación de la sintaxis, fascículo III (1931).

sinquítico de frase, de Ries, se puede construir una teoría gramatical de la frase. ¿Por qué?

Porque la gramática es un ciencia que tiene que ver con *formas* y nada más, en el campo de la frase con formas de frases y no con frases concretas en toda la plenitud de sus propiedades y relaciones materiales y psicológicas. El gramático usará siempre tales frases concretas como ejemplos, pero siempre también las tratará precisamente como «ejemplos», es decir, como casos de realización en que pueden verse abstractivamente las formas. La formalización gramatical quita todo lo que en la frase concreta es visto y tratado al mismo tiempo por el filólogo, como propiedades importantes, pero no gramaticales; es decir, tenido en cuenta en su interpretación. ¿Es necesario ejemplificar especialmente esta sencilla relación en circunstancias extralingüísticas? La geometría y la estereometría son ciencias formales. Si suponemos que el cristalógrafo fuese a ver al estereómetra y le ofreciera sus aparatos y métodos exactos para la determinación de formas cristalinas de los cuerpos, ¿cuál sería la respuesta? En principio sería la misma respuesta que tenemos que dar a Ries. En nuestro caso dice así: tienes en tu concepto sinquítico de la frase una primera nota que interesa vivamente al gramático; pero tiene otras que no rozan la gramática. A menos que el gramático sea atraído por ellas hacia momentos formales que todavía no ha atendido e investigado suficientemente. Veamos.

1. *La definición de J. Ries; la aldea de metecos*

El libro de Ries sobre la frase culmina en una propuesta de definición propia, muy valiosa lógicamente, que con gran habilidad une tres notas, y dice así:

«*Una frase es una unidad mínima de habla, formada gramaticalmente, que expresa su contenido en vista de su relación con la realidad*» (pág. 99).

«Formada gramaticalmente» y «unidad mínima de habla» y la determinación que la frase relativa fija, son tres notas *de distinto aspecto.* Pues es claro sin más que en la primera aporta su óbolo la teoría de las formas y en la tercera una consideración del acto; quizá sólo queda en cuestión, pendiente de una discusión más detallada, quién enuncia y ha de defender la determinación intermedia. Como para nuestro propósito importa poco, no hay que dar de momento un valor especial a la prueba de que el concepto «habla» (= habla con sentido) y, con más precisión, «unidad de habla», en que piensa Ries, tiene su patria lógica dentro del cuadro de una

teoría de la acción verbal; basta con que el distinto aspecto de las notas primera y tercera, como advierte todo lector que piense por sí mismo, resulte también inequívocamente de las explicaciones agregadas por el autor (pág. 100). Pero a la pregunta de si puede formularse por ello una objeción crítica, respondería por lo pronto, lisa y llanamente, no. No, ocurre así, y se funda en la naturaleza de las cosas que un concepto de frase utilizable filológicamente *tiene* que estar dotado de notas procedentes de diversos aspectos. El que rechaza esta especie de *sínquisis* está obligado a tachar de la lista de conceptos definibles el concepto de frase de los filólogos; sólo el que la acepta puede prestar un servicio a la aclaración lógica de la *idea de frase* viva en el tacto inmediato de los lingüistas.

Al filólogo competente, al menos en el campo de las lenguas indoeuropeas, se le plantea casi en todas partes serias dificultades de reconocimiento e interpretación en cuestiones de «frases» con que se encuentra. Es cierto que en la antigüedad se padeció un poco a causa de la cuestión de la elipsis o se disputó acá y allá a propósito de la ordenación de las *clases de frases*. Pero todo esto es nada en comparación con la confusión que hubiera tenido que producirse si no se hubiera poseído desde siempre un tacto seguro para ese algo indefinido, y con su ayuda no se hubiese acertado con suficiente seguridad en los casos particulares la interpretación recta. De hecho se tenía ese tacto y se podía justificar también siempre en el caso de aplicación por qué se consideraba esto o aquello como una porción de discurso independiente y con unidad de sentido (es decir, no necesitado directamente de complementos), y otra cosa no. Este, aproximadamente, era y es el más amplio concepto de frase de los prácticos. En 1919 propuse esta breve fórmula: frases son las unidades de sentido (mínimas independientes) del habla [47].

Los que no tienen preocupaciones teóricas aceptan la consecuencia de llamar también una frase a un *hum* significativo y bien colocado del lenguaje diario y aseguran sin admitir contradicción que tal *hum* es a menudo más rico en contenido expresivo, más preciso y menos menesteroso de continuación que muchos discursos verbosos. En

[47] K. Bühler: «Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes». *Indog. Jahrb.*, 6. Con el modelo de *órganon* propio del lenguaje se explica y comprueba en este ensayo qué son «sentido» y unidades de sentido. P. Kretschmer había hecho ya en 1910 una crítica parecida a la mía a propósito de las definiciones puramente psicológicas de la frase de Wundt y H. Paul; aseguro aquí al estimado colega que no conocía esta crítica. La propuesta de definición de Kretschmer subraya el carácter activo de la frase: «La frase es una manifestación lingüística mediante la cual se libera [= desata] un afecto o proceso volitivo». Cf. P. Kretschmer en el art. «Sprache», Gercke-Norden: *Einl. in die Altertumswiss.*, vol. I. 3.ª ed. (1927), pág. 60 de la *separata.*

el ala derecha, ciertamente, aguzan otros sus objeciones contra este concepto de frase estirado elásticamente, sobre la exigencia rígida, derivada de la lógica, de que una verdadera proposición tiene que ser *bimembre* y contener palmariamente los dos momentos aristotélicos del juicio, a saber, S y P. ¿Quién tiene razón, es decir, dónde está el concepto de frase adecuado de los filólogos, ni demasiado amplio ni demasiado angosto? El agudo analítico John Ries rechaza sin duda la exigencia estricta de los dos miembros, pero insiste en que una expresión tiene que estar «formada gramaticalmente» para llamarse frase. Ries repasa cuidadosamente todas las soluciones de compromiso entre las opiniones de los técnicos en la cuestión de la frase, con frecuencia polarmente opuesta desde este y otros puntos de vista, y construye en su propia teoría, en torno al palacio de la frase verdaderamente auténtica y sumamente perfecta, toda una aldea de casuchas de metecos, en las cuales aloja las manifestaciones de la frase que se suponen semiauténticas e imperfectas. Enumeraremos sus formas principales.

Así se dice, por ejemplo: *interjecciones* y *vocativos* son «formas que de ningún modo pueden contarse entre las frases»; *sí* y *no* (más en general: las partículas de afirmación y negación) no son frases, pero sí *representantes de frases*. Más aún: *restos de frases* son formaciones a las que falta algo fácilmente completable por el contexto, pero no demasiado; *frases abreviadas,* en cambio, son complejos que no se pueden completar, son un tipo accesorio de las «frases completas». De los restos de frases y frases abreviadas juntamente dice Reis:

> Las frases abreviadas distan sin duda algo más que las frases parciales y los fragmentos de frase de las frases completas, pero unas y otras se le aproximan tanto —no sólo en su contenido significativo, sino en su disposición formal, pues se fundan en un esquema de frase de estructura usual—, que tienen que valer en lo esencial como *verdaderas frases,* sólo que de *forma incompleta o imperfecta* (pág. 185).

La frase abreviada sola es descrita así:

> Lo que llega a revestirse lingüísticamente es la representación que está en primer plano, sola o con alguna representación concomitante: su expresión reducida a la forma más concisa, la mayoría de las veces sólo una palabra o un pequeño grupo, es la *frase abreviada* (pág. 184). Ejemplos: *Muy atentamente*; *Con su permiso;* o direcciones de cartas como *Sr. D. N. N.*

Según Ries, no son frases sino *palabras-frases* los nominativos solos que se encuentran por ejemplo como letreros, señas o títulos. Las frases nominales de lenguas indoeuropeas son sólo un *tipo accesorio* de frases. Los *imperativos,* en cambio, tienen en todos aspectos pleno valor de frases, pues «la duda (en sí misma justificada) acerca de que

los imperativos tengan dos miembros no afecta a su carácter de frases, puesto que aquello no pertenece por lo demás a los requisitos imprescindibles de la frase».

El lector reconocerá por este extracto que nuestra parábola (contada abreviadamente) de la aldea de metecos de Ries no es pura fantasía. Pero después de todas las sutilísimas glosas sobre el carácter (de consigna) de las frases hechas y no hechas que se citan como ejemplos, la *teoría del lenguaje* se pregunta si de esta manera se llega al fin o se corre el peligro de hacer de la teoría de la frase algo que no debiera ser, o al menos única y exclusivamente, a saber: un capítulo de la *lingüistique de la parole.* Que los textos sagrados requieren comentarios y la caracterización íntima de los lenguajes populares y comarcales idiotismos, nadie que sea razonable lo pondrá en duda; incluso es un problema sumamente interesante cómo están las palabras en la vida de los hombres, cómo los poetas y biógrafos dicen de un héroe palabras estilísticamente significativas o se las hacen decir a él mismo como si fuera un fragmento suyo. A esto o a algo tras esto corresponde una interesante rama de la lingüística, una teoría bien construida de *la parole.* La teoría de la frase de Ries, que hemos expuesto, ofrece amplias explicaciones sobre ello y presenta un florilegio de tipos de dichos con interpretaciones que regocijarían el corazón de un filólogo. Pero en el capítulo introductorio del libro no estaba previsto *este* fin, sino que se decía allí:

> Nuestro ensayo «cuidará especialmente de evitar los errores y defectos de definiciones anteriores, discutidos en la sección I; se propondrá ante todo realmente una definición conceptual de la frase como la *expresión artística gramatical* de una *producción lingüística* determinada y tener cuidado de que no la suplante ninguna otra cosa. Si evita así al menos los escollos en que han zozobrado muchos de sus predecesores, podría quizá no haber sido emprendido en vano; más bien podría ser todavía útil como labor previa para otros, si él mismo no logra alcanzar plenamente el fin» (pág. 2).

Esto último ha resultado verdad; el libro de Ries es apropiado como casi ningún otro para provocar nuevas investigaciones de teoría del lenguaje. En el fondo hay que encontrar ante todo la palabra adecuada y exacta para el algo ya captado en esa definición, y luego anular íntegramente la apariencia de que las presuntas medias frases y cuartos de frase sean sin excepción, o al menos exclusivamente, lo que indican sus nombres en Ries. ¿Para qué, por ejemplo, caracterizar de nuevo las manifestaciones emprácticamente completas como «palabras-frases»? El término palabra-frase es, juzgado con rigor lógico, un hierro de madera. Pero no quiero anticiparme. Lo tercero será que la oferta de Ries a la gramática se acoge sin duda cortésmente, porque cada uno debe aprender y dejarse ins-

pirar por todos los demás. Pero por lo demás pasa con el regalo de todo concepto de la frase de aspecto sinquítico, hecho a la gramática, aproximadamente como con la mayoría de los regalos de boda: son bonitos y no se pueden usar. Es una palabra dura, pero hay que decirla alguna vez, antes de que se la pueda restringir y atenuar.

2. *La diversidad de aspecto de las tres notas de Ries*

¿Qué es, pues, el pago de la fórmula de la frase en Ries? Siempre que un producto de la *mano* del hombre se considera desde puntos de vista que corresponden a la primera y la tercera nota de la definición de la frase en Ries, se da una *consideración instrumental*. Se mira la *forma* del producto y se reconoce por su empleo por qué su creador le ha prestado esa forma y no ninguna otra. Una piedra destinada a raspar recibe otra forma que una piedra para golpear o partir. Los prehistoriadores expertos afirman que reconocen los raspadores de piedra de los hombres de la Edad de Piedra, y en general pueden distinguirlos bien de las hachas de piedra; hay una teoría de los utensilios bien construida en su ciencia. También la definición de la frase de Ries surge de una consideración de la obra. Pues la primera nota de la definición de Ries, la «forma gramatical», se presta a una frase desde el punto de vista de la tercera nota; la orden de un imperativo, por ejemplo, manifiesta otra relación del hablante con la realidad que la «afirmación» del llamado enunciado. En una buena definición del concepto de frase de los filólogos puede aparecer también el creador del producto; y no como Pilatos en el Credo, sino como el representante de una comunidad lingüística, el cual toma posición y pone algo en la frase.

La frase concreta en un texto es una *obra actual*. Este es un concepto que han forjado en su campo los psicólogos de la vida en torno a Ch. Bühler [48]. Es un concepto muy útil, pues ocurre muchas veces en el dominio de la *póiesis* humana que se produce algo que en el momento de la creación entra en el mundo físico, para haber desaparecido de él un momento después. El actor en el escenario ha trabajado tanto y tan duramente en su papel como otro artista en sus obras de piedra; pero entonces está en las tablas y produce una obra actual. Y el que dice una frase produce lo mismo. El que haya medios y procedimientos para conservar en piedra y papel el producto lingüístico formado una vez, altera su carácter como obra ac-

[48] Cf. Ch. Bühler: *Der menschliche Lebenslauf* (1933), § 26.

tual; de todos modos, lo fijado, para resurgir en cualquier momento, tiene que ser reproducido por un recreador.

La fórmula conceptual de Ries está adaptada a la frase como obra actual, a la frase concreta de los filólogos; el algo definido por Ries es un tipo que se puede titular: *la obra lingüística elemental*. Esta afirmación puede demostrarse punto por punto. Probamos primero para ello las notas decisivas uno y tres. El que omitiese la «formación gramatical», la primera nota, ¿a qué renunciaría con ello? Respuesta: le pasaría algo así como a un prehistoriador que incluyera también en su colección de hachas de piedra prehistórica hallazgos sin elaborar o sólo elaborados de un modo poco característico. Es cierto que también se puede usar alguna vez como un hacha de piedra una piedra sin elaborar, y siempre se encuentran en la comunicación humana palabras o gestos fonéticos sin forma gramatical, en lugares en que en otros casos hay frases con forma. Unicamente, desligados de su desarrollo, ya no se los puede reconocer como frases. La primera nota de Ries caracteriza, pues, la frase como un algo que pertenece a la segunda columna de nuestro esquema de cuatro campos, porque, desligado del sujeto, puede seguirse reconociendo siempre como frase. El desligamiento mencionado es el tema de nuestro próximo parágrafo.

La tercera nota (en la frase relativa de la fórmula de Ries) requiere, para ser comprendida exactamente, la interpretación auténtica del autor. Este escribe:

> La determinación de que el contenido de la frase se expresa *en vista de su relación con la realidad* caracteriza la configuración expresiva especial propia de la frase, en la cual se realiza un proceso psíquico orientado hacia la cuestión de la efectividad del contenido representativo, porque en él se basa toda formación de frases. No hay motivo para admitir ese proceso mismo como una nota más en la definición, pues está contenido en aquella determinación como su supuesto necesario (pág. 101).
>
> *Contenido* de la frase es la sustancia significativa (léxica, material) de las palabras y grupos de palabras contenidos en ella, junto con sus significaciones de relaciones lógico-sintácticas; por tanto, los contenidos de conciencia de toda índole representados lingüísticamente en la frase, representaciones individuales, como sus combinaciones, situaciones, relaciones, como pensado y como querido (página 100).

Franz Brentano diría que mediante esta nota se apunta al *carácter de posición* de las frases judicativas. Ries tiene buenas razones para elegir en lugar de una tesis la condición más general «relación con la realidad». Pues, como se sabe desde antiguo, hay también preguntas y frases de petición y emociones formuladas lingüísticamente (para hablar con Marty), que revelan otras actitudes del hablante. No está en mi propósito repetir o continuar aquí lo que he expuesto sobre

ello en el artículo sobre la frase en 1919. El doctor Sonneck tomará sobre ello la palabra como lingüista y proseguirá la discusión. Un admirador de Husserl encuentra en el mismo punto ocasión de desarrollar con mayor precisión y generalidad los caracteres de acto de que aquí se habla.

Falta por hacer constar que la fórmula de la frase de Ries profesa en conjunto la sabiduría de los buenos lingüistas: *quod non est in actis, non est in mundo*. Donde hay que entender por «actos» lo que como observador lingüístico se puede aprender de la frase aislada del contexto. Este observador no debe ser detective más allá del cuadro de la «unidad de habla» investigada; tampoco puede en la *frase plena* de la fórmula de Ries utilizar indicios de situación cuando existen, ni echarlos de menos cuando faltan. Que tal reserva, al menos en principio, es posible y científicamente fecunda, pertenece a los supuestos tácticos no sólo de la teoría de Ries, sino de toda teoría de la frase que atienda a lo que en la frase se formula y manifiesta de hecho lingüísticamente. Estamos, pues, de nuevo en el cuadrante P del esquema de cuatro campos.

La segunda nota de la fórmula de la frase en Ries es la más curiosa. En las explicaciones sobre ella se dice:

> Habla es el lenguaje en su manifestación viva, en su uso efectivo de toda índole, como medio de inteligencia en el trato social o como mera notificación de procesos en nuestro interior, en voz baja o alta, en monólogo o diálogo, verbalmente o por escrito, tanto pretérito como actual (págs. 99 y s.).

Lo viviente sólo puede encontrarse, es cierto, en el ser vivo, que se tiene delante o se proyecta mentalmente sobre los productos de su vida, por ejemplo, sobre una carta que procede de él. Y cuando la manifestación vital de ese ente se vierte lingüísticamente, ¿qué es entonces la «unidad de habla» que Ries introduce en su fórmula? Por el libro que ha escrito no puedo predecir inequívocamente si reconocerá nuestra interpretación de ello. Pero en estas cosas hay una consecuencia objetiva que es más poderosa e importante que el asentimiento expreso.

La unidad buscada lo ha sido también ya por De Saussure, pero no hallada; De Saussure sólo dispone de la palabra «parole» (o muchas veces también «le langage») para la esfera dentro de la cual tendría que determinarse a su parecer. La «unidad de habla» de Ries no puede definirse, en mi opinión, más que en el dominio de la *praxis* aristotélica. El que interpreta el hablar como *acción* humana encuentra que, como en toda actividad humana que tiene el carácter de un hacer bien ordenado, también en el hablar hay unidades adecuadas. ¿Podemos decir, pues: lo que en el martillar es un golpe, es

en el hablar una frase? Con tal que no se derive el *criterio* de unidad demasiado unilateralmente de lo externo, quizá *sí;* el fonético solo no puede proporcionar, ciertamente, ese criterio. Wundt, en cambio, describía la frase como una acción *interna* determinada y bien caracterizada, que se puede reconocer también perfectamente de un modo externo; y Ries, si lo entiendo bien, en su segunda nota de la frase va un buen trecho por el mismo camino con otros muchos teóricos modernos del lenguaje. Es verdad que el momento, siempre acentuado, de la unidad de una frase se puede intentar comprender también de otros modos, y se estudia sistemáticamente en el trabajo de Sonneck. Pero atengámonos a Ries. El que procede como él y deriva el carácter unitario del «habla viva», incluye en su definición del concepto de frase un rasgo, que, si es que puede observarse en absoluto, directamente sólo en la *acción verbal.* De un modo parecido a como *un* gesto del actor se presenta a la mirada experta del observador como una unidad, plena y acabada de sentido, del acontecer expresivo, podría representarse Ries la aprehensión del momento «unidad de habla». El hablante confiere por lo general a una frase una figura musical que se puede reconocer por la melodía y el acento; en ello se manifiesta un «plus» de actitud: así aproximadamente tiene que enlazarse la segunda nota de Ries con la tercera [49].

3. *Revisión de las definiciones más antiguas. El concepto gramatical de frase*

Hasta aquí hemos interpretado el libro de un investigador que merece y podía exigir que los sucesores midan sus resultados con la escala máxima y apliquen ante todo la máxima energía de un pensamiento ulterior a la utilización exhaustiva de lo conseguido. Si nuestra interpretación es exacta, Ries ha reproducido en paciente estudio la antigua y siempre viva idea de la frase en los filólogos y la ha elevado a un concepto bien definido.

No dejemos de mencionar un camino por el cual se puede estimular la fundamentación o refutación del esquema propuesto. Yo mismo tengo delante, en papeletas separadas, las más de cien definiciones de la frase que se encuentran en Ries, y puedo distribuirlas a mi antojo en grupos, según su carácter principal, en los cuadrantes del esquema de cuatro campos. El cálculo resulta, como era de esperar, a saber: que pocas corresponden unilateralmente a un solo cuadrante, la mayoría, por el contrario, a varios, y algunas de las más perspicaces, análogas

[49] Las observaciones nuevas más exactas sobre esto, en el denso trabajo de Gemelli y Pastori. *Ps. Forsch.*, 18.

a la definición de Ries, a tres o cuatro. No hay ninguna de contenido efectivo que no se alojara.

Las ideas aristotélicas sobre la frase (la frase judicativa y otras frases que no formulan juicios), igual que probablemente la mayor parte de lo que dicen los lógicos no incluidos por Ries (tampoco Aristóteles está en la lista), corresponden al cuadrante de la forma; pero esto no lo sé por comprobación personal. La teoría de la frase de Brentano y las observaciones de Husserl sobre la frase son interpretaciones del acto; Brentano, a diferencia de Husserl, es aquí psicólogo y quiere seguir siendo psicólogo; la idea fundamental de Brentano, que la proposición judicativa verdaderamente elemental tiene un solo miembro, nos ocupará, no directa, pero sí indirectamente, en el parágrafo que sigue. Sin embargo, hasta ahora nos importan menos los lógicos que los *filólogos*.

Un lógico de las ciencias del lenguaje no debe rechazar este resultado, sino hacerlo comprensible. En la evolución de las ciencias del espíritu y en los sistemas conceptuales peculiares que han producido puede reconocerse la acción de una razón real, y los conceptos de las ciencias del espíritu, con frecuencia sumamente sinquíticos, son inevitables. En todo caso, esto es aplicable a la idea filológica de la frase. La comprensión con ayuda de sonidos es, con toda probabilidad, en la historia humana mucho más antigua que la frase *formada;* lo mismo que el uso de piedras como instrumento pudo ser más antiguo que las hachas de piedra labradas de un modo preciso. Si se considera solamente la función en la comunicación verbal, se presentan como equivalentes formas fonéticas formalmente del todo heterogéneas; la primera tarea de una teoría general de las unidades comunicativas que encontramos de hecho sólo puede ser la de indicar sistemáticamente los *entornos* en que aparecen. El que conoce bien los hechos del uso simpráctico y sinfísico de signos fonéticos, está como teórico en condiciones de despoblar de raíz la aldea de metecos en torno al palacio de la frase. Los evacuados viven por derecho propio y no necesitan ser medidos con la «frase plena», es decir, con los decires insertos sinsemánticamente y sinsemáticamente «completos». A no ser que ellos mismos pertenezcan por su propio entorno a los mestizos, lo que suele ocurrir.

El mundo de formas de la gramática ha surgido principalmente de la inserción sinsemática de signos lingüísticos y tiene que desarrollarse a partir de ahí. Es cierto que hay también sistemas de una clase y que se pueden imaginar sin sinsemática simbolizaciones desligadas de una situación. Hogueras en las montañas y otras señales ópticas, muchas veces también gritos característicos, han anunciado rápidamente y lejos acontecimientos importantes, antes del telégrafo; eran señales sin sintaxis. Por qué las lenguas humanas conocidas han llegado a ser algo distinto de ricos sistemas de una clase compuestos de tales símbolos, se explicó en la axiomática. En todo caso son algo

distinto, a saber: sistemas con campo simbólico, y con esto tiene que contar también la teoría de la frase. La indicación de la definición de que una frase plena está «formada gramaticalmente», es demasiado imprecisa y vaga. La sustituimos por la indicación precisa de que la frase plena muestra *un campo simbólico cerrado y bien ocupado*. Este es el fundamento sobre el que tiene que construirse la teoría puramente gramatical de la frase. Si todos los instrumentos de campo estuvieran estudiados tan profundamente como, por ejemplo, el sistema de declinación indoeuropeo, se podría pensar como teórico del lenguaje en acometer una teoría gramatical general de la frase. El ensayo del parágrafo siguiente se atiene a una nota única de la frase.

25. La frase sin campo mostrativo. La liberación de las manifestaciones lingüísticas de las circunstancias de la situación lingüística. La nota de la independencia del sentido de la frase

En la esfera de aplicación de los signos lingüísticos humanos hay un paso liberador que quizá un día perteneció a los más decisivos en la evolución del lenguaje humano. Sin duda no podemos reconstruirlo históricamente; para ello falta casi todo apoyo en la lingüística actual, pero podemos definirlo sistemáticamente como la liberación, en la medida en que acontece y ha resultado posible, *de los recursos de situación;* es el paso del hablar esencialmente empráctico a productos lingüísticos muy independientes (que se bastan a sí mismos), desde el punto de vista sinsemántico. Veamos qué puede encontrarse sobre ello en las lenguas recientes que hablamos.

Un viajero del tranvía dice emprácticamente: *directo;* su vecino en el coche cuenta: *El Papa ha muerto.* Esta segunda manifestación lleva consigo todo lo que necesita para ser entendida también fuera del tranvía unívocamente y exactamente igual que en el coche. Lo primero es un decir emprácticamente completo, y lo segundo sinsemánticamente concluso. Nuestro segundo ejemplo está elegido intencionadamente de la esfera de lo que se lee en el periódico y de lo que se habla en el tranvía. El hablante anuncia un suceso del día, y su decir implica una referencia informulada al «ahora» del periódico, al hoy o ayer. De todos modos se puede afirmar que la misma frase dicha el mismo día en todo el mundo y en todas las situaciones localmente distintas se entendió igual. El sentido de la frase está, pues, desligado de las circunstancias *locales* de la situación verbal, pero no de las *temporales;* está libre del aquí, pero no del ahora. Hay frases cuyo sentido está sustraido también temporalmente a las circunstan-

cias de la situación verbal, por ejemplo, la frase «*dos por dos son cuatro*» y otras proposiciones científicas.

Hagamos cuestión de en qué consiste esta liberación gradual y hasta dónde lleva. Un conocedor de otras liberaciones humanas puede predecir que a la par de la liberación de las circunstancias de la situación verbal se da una nueva radicación, y estará en lo cierto; la nueva fijación se produce en el campo simbólico del lenguaje. Pero esto es una sabiduría abstracta. Lo que ocurre lingüísticamente en el momento del cambio de ligadura resulta más tangible en una comparación trascendente, tomada del campo de la representación no lingüística; hay un paso de liberación de análogo alcance en la obra del pintor, que ha sido explicado por un gran experto. Nos referimos a este paso liberador en la obra del pintor Leonardo de Vinci y establecemos el paralelo con el lenguaje, no por una preocupación de semejanza, sino por la necesidad de tener provisionalmente fuera del lenguaje algo con que pueda medirse el momento, siempre advertido, pero nunca definido, de la *independencia* o autosuficiencia del sentido de la frase.

La frase completa de que se hablará es la pura proposición representativa del tipo S → P (S es P). Aparece en indoeuropeo de modo preferente con un *verbum finitum* como P y un *nomen* o un miembro de frase equivalente al *nomen* como S; aparece también sin verbo como frase nominal y puede encontrarse en otras familias lingüísticas con campos simbólicos hasta ahora desconocidos en otras variedades más. Yo al menos no conozco ningún procedimiento por el cual pudiera excluirse esto. La fórmula S → P de la lógica aristotélica sólo debe indicar que la formación tiene dos miembros y cierto grado de asimetría en su estructura. Echemos primero una ojeada a las frases nominales que nos son familiares de las lenguas indoeuropeas, para poder incluirlas también en el análisis. Esto no sería necesario; pero amplía en la medida deseada la esfera en la cual se eligen los ejemplos explicativos.

1. *Las frases correlativas (frases nominales)*

A la vigilancia de nuestro propio sentido lingüístico están sometidas aquellas frases sin verbo, la mayoría proverbiales, que son consideradas por muchos expertos como restos de una frase nominal usada probablemente antes con mucha mayor frecuencia que hoy en el campo de las lenguas indoeuropeas. Son frases como «alegría callada, candela apagada; comida hecha, compañía deshecha». O frases un poco más ricas como «el mejor alcalde, el rey; año nuevo,

vida nueva; ideas cortas y cabellos largos»[50]. La cuestión es si también en estas frases puede reconocerse algo de la diferenciación en S y P o no. Externamente faltan todas las demás notas aparte del orden de los miembros (además de una configuración característica de la acentuación del conjunto). A propósito del orden habrá que decidir si no tiene importancia con cuál de los dos miembros empecemos.

El análisis lógico debería designar estas frases en primera aproximación como simples enunciados correlativos; pues fijan algo semejante a la fórmula matemática, que determina una magnitud x como función de una magnitud y: $x = f(y)$. Con la forma de la frase no se determina más que una correlación sin más; pues lo específico en cada caso en la relación no se formula lingüísticamente, sino que tiene que ser hallado desde la cosa. Evidentemente, los oyentes piensan en cada caso una conexión específica distinta en todos nuestros ejemplos; pero esa especificación no está expresada lingüísticamente, sino que es introducida partiendo de la materia. Si se necesitara un nombre para lo efectivamente representado, propondría yo el nombre *frases correlativas*.

Ensáyese ahora en las frases correlativas la inversión: «vida nueva, año nuevo». Ya no es la misma frase, sino una alterada, de lo cual se desprende que el orden es de algún modo relevante. En estas frases es tan imposible realizar una simple conversión lógica como en las frases verbales de la forma S → P. Lo mismo que de «los molineros son ladrones» no se sigue que todos los ladrones sean también molineros, tampoco afirma el proverbio que todas las «ideas cortas» corresponden a «cabellos largos», sino que afirma una cierta consecución regular inversa: cabellos largos, ideas cortas. Y si alguna vez se encuentra una frase en apariencia convertible simplemente, como con «poco dinero, poco trabajo», se propendería a no poner ya el segundo principio en boca del trabajador, sino del patrono. En una palabra: también aquí puede encontrarse una diferenciación

---

[50] Una colección de ejemplos mayor en H. Paul. Dice de los más ricos del segundo ejemplo: «Sin duda se suelen concebir tales frases como períodos hipotéticos abreviados y, por tanto, poner una coma entre los dos elementos; pero que se puedan parafrasear mediante un período hipotético (se oye mucho ruido, pero se cascan pocas nueces, etc.) no nos importa aquí nada; su forma gramatical no es otra que la de frases como «alegría callada, candela apagada; comida hecha, compañía deshecha; a rey muerto, rey puesto», etc. (pág. 125). Tampoco desde nuestro punto de vista perturba aquella otra interpretación que ha definido de nuevo recientemente Amann (*Die menschliche Rede*) porque lo que tenemos que inferir podríamos fundarlo igual únicamente en las formas indiscutibles, como «alegría callada, candela apagada». Los ejemplos alemanes han sido sustituidos por otros españoles equivalentes. *(N. del T.)*

de los miembros de la frase, y no sabría indicar ningún caso en que faltara.

Por lo que se refiere a la relevancia del orden, puede verse, según esto, en esas frases sin verbo un resultado parecido al que encontramos en el hallazgo de W. Schmidt. Allí resultó claro que en todas las lenguas humanas el orden de los miembros de la complexión puede ser relevante en construcciones *atributivas*; es relevante sin excepción cuando faltan otros signos de composición. De un modo semejante al compuesto alemán «Briefmarke» y al francés «timbre poste» se oponen, según Schmidt, en todo el campo de las lenguas humanas conocidas los dos casos de la anteposición y la posposición. En la frase S P se da una construcción *predicativa*. Es válida la regla bien fundada de que los mismos medios de composición se emplean en la lengua tanto predicativa como atributivamente; y así se puede afirmar en general que allí donde faltan todos los demás caracteres externos, siempre puede reconocerse todavía en la relevancia del orden (y paralelamente la mayoría de las veces también en la acentuación) que existe, una diferenciación de los dos miembros de toda construcción lingüística predicativa o atributiva. No otra cosa y nada más que este hecho es lo que queremos indicar y reflejar en el esquema simbólico S → P. Pues el carácter específico de esa diferencia es distinto y tiene que ser distinto en frases nominales, frases verbales y como quiera que se llamen los demás tipos. Este carácter específico es asunto del campo simbólico.

Es una peculiaridad correspondiente a la concepción del mundo que los indoeuropeos consideren con extraordinaria frecuencia lo que se ha de representar como un acto humano, elijan un *verbum actionis* y repartan los papeles: «el sol calienta la piedra; el viento muge; el agua que mana (montaña abajo) hace rodar la piedra». Otras lenguas no siguen este esquema, como hemos visto en el ejemplo de la muerte del león. El análisis más general de los sistemas de representación del tipo lenguaje, es decir, la lógica en forma moderna, elimina en sus modelos de enunciación más abstractos no sólo el cliché del acto con todo antropomorfismo, sino muchas veces también la simple articulación del enunciado en S y P. Así, por ejemplo, el esquema logístico a R b (por ejemplo, $a = b$, $a \sim b$) simboliza dos fundamentos de relación que carecen del carácter de S y P; para lo cual hay ciertamente en la fórmula un tercer signo (R). Eludimos la cuestión de si el nuevo análisis lleva en la lógica a modelos de enunciado más generales y múltiples, y cómo, y nos atenemos a la articulación visible en las lenguas naturales.

2. *Suficiencia del sentido de la frase; una analogía con el cuadro*

En el sistema S → P debe ponerse en claro que la impleción de sentido resulta muy independiente y liberada, tanto de las circunstancias de la situación verbal como de un contexto precedente y siguiente. Esta independencia del sentido de la frase tiene, como todo en el mundo, sus grados y límites, que hay que determinar investigando ordenadamente el paso del uso empráctico de los signos lingüísticos al sinsemántico. Pero antes examinemos el ejemplo comparativo extralingüístico.

Leonardo de Vinci explica en su tratado de la pintura que el cuadro *lleva consigo todo* lo que necesita, que posee un alto grado de independencia (suficiencia). La suficiencia de la imagen pictórica es, según Leonardo, en *un aspecto* que nos interesa particularmente, mayor que la de la obra de arte plástica. Tomad para comparación una estatua; mirad cómo está en el espacio y qué reclama del espacio en que está colocada y de su iluminación. Haced el favor de variar el lugar en el espacio, colocando la estatua arriba o abajo, sacándola de un rincón o nicho y poniéndole en la plaza o en medio de la sala; haced el favor de variar la iluminación del sitio, haciendo que le llegue la luz, y en lugar de oblicuamente desde arriba, como previó el artista, desde abajo (como cuando la refleja un suelo de mármol iluminado), de manera que las cuencas de los ojos, los orificios de la nariz y todo lo demás que antes estaba todavía en sombra, de repente quede plenamente iluminado, y lo antes iluminado, ahora en sombra. Y tenéis delante una obra modificada. Basta de experimentos: ocurre, como dice Leonardo, que a la plástica le pertenece un entorno del espacio de su emplazamiento y una cierta iluminación. La plástica vive de ello, tiene que estar empotrada o adosada o creada de antemano para un emplazamiento libre en medio de una plaza. Y sólo la luz que incide de un modo determinado realza adecuadamente sus líneas y superficies, pone el resplandor, los reflejos y las sombras reales en los sitios oportunos de la obra.

Todo esto es esencialmente distinto en el cuadro. Pues el maestro del pincel pone soberanamente en su cuadro luz, sombras y todos los demás efectos exactamente allí donde los necesita. Si luego la luz del emplazamiento incide desde la derecha o desde la izquierda, no lo perturba; su obra necesita mucho menos del espacio de emplazamiento que la plástica. Y esto por la *única* razón de que él mismo *lleva consigo todo* lo que necesita. El pintor está limitado físicamente en sus medios de representación; sólo dispone del lienzo bidimensional y no puede poner en él ni profundidades reales ni efectos reales de luz como resplandor e iluminación, reflejos situados o sombras efectivas.

Pero precisamente de esta limitación surge la verdadera libertad del pintor en el espacio imaginario y su medición, en la disposición imaginaria de luz y en los efectos de ella. El hecho, pues, de que el pintor tiene que pensar en medios para hacer aparecer en su obra un espacio ficticio y en él una iluminación propia, lo liberta a la vez de los recursos del *entorno sinfísico,* de los que el plástico no puede prescindir.

Sólo necesitamos esto; sin embargo, es menester preguntar una vez más por qué y encontrar una respuesta general en la teoría de la representación, que pueda trasladarse a nuestro campo. ¿Por qué, pues, el cuadro, según Leonardo, que entendía algo de estas cosas, es un paso o unos cuantos pasos más libre del entorno sinfísico que la estatua? ¿Por qué lleva consigo todo lo que necesita, en grado superior a la estatua?

Sería fatigoso añadir una vez y otra especialmente contra absolutistas de la derecha y absolutistas de la izquierda la gradación mencionada. Que no se puede colgar cualquier cuadro en cualquier rincón sin perjudicar su efecto, lo sabía probablemente Leonardo lo mismo que hoy un ama de casa ordenada o el más joven ayudante de museo. Que no todos los valores de sentido de una frase de la forma S es P son independientes de la situación, y que los de hecho independientes de la situación no lo son todos en la misma medida; que con frecuencia el contexto que precede y sigue a la frase S es P tiene que diferenciar y matizar no sólo lo que una frase expresa (manifiesta) de vivencias actuales del hablante, sino también lo que *representa,* esto y otras cosas más son indiscutibles. Pero, a la inversa, debiera ser igualmente indiscutido lo que hemos afirmado, efectivamente, sobre la frase de la muerte del Papa y acerca de la proposición de que dos por dos son cuatro.

Una respuesta formulada de un modo más general a la cuestión planteada dice así: en la misma medida en que brillo y sombra y todos los demás valores gráficos del cuadro se hacen independientes de la orientación de la iluminación en el espacio en que está colocado, resultan *dependientes* y determinados como valores de campo en una *nueva* ordenación. Se determinan por la iluminación (así dice la expresión técnica) en el cuadro mismo. El creador del cuadro ha escogido una iluminación, se ha sometido a sí mismo y ha sometido su obra a la ley de que en el espacio pictórico la luz debe llegar, por ejemplo, desde la derecha y arriba; entonces todas las sombras que proyectan las cosas pintadas van hacia la izquierda, y sólo se presentan como sombras proyectadas las manchas en la superficie pictórica que están situadas de acuerdo con el sistema: *todos los valores gráficos están apoyados sistemáticamente.* En principio, el mismo cambio de campo se da en el dominio de las manifestaciones lingüísticas. Pues en la misma medida en que las manifestaciones lingüísticas se liberan en cuanto a su cometido representativo de los momentos de

la situación verbal concreta, los signos lingüísticos están sometidos a una nueva ordenación, reciben sus valores de campo en el campo simbólico, caen bajo el influjo codeterminante del entorno *sinsemántico*.

Si empiezo a hablar con la palabra «Dos», no siempre tiene que seguir una frase aritmética, que está completamente exenta de mostración. Sino que podría continuar, por ejemplo, también así: «Dos ojos, ¡ay!, dos ojos que no se me van del pensamiento». Entonces el matemático que espera una proposición de su ciencia quedaría defraudado y en general no logra ninguna liberación considerable del sentido de la frase respecto a la situación concreta. Los logísticos suelen relegar tales frases (con razón) de la ciencia a la «lírica»; sin embargo, no puede negarse sin más a las manifestaciones de este tipo *todo* valor de representación objetivo, porque se encuentre en ellas el signo mostrativo *yo* (en *me*). Hay grados también en este punto; pues nuestro hablante inserta de hecho la marca de emisor «yo» en la serie verbal; pero con ello mienta más que el sí momentáneo; mienta un personaje que está por encima del momento en que se habla, doliente de amor también en el pasado y el futuro. Esto es una ampliación de la esfera del yo tan usual como cuando un hablante en Berlín dice *aquí* e incluye todo Berlín. Ya esto sustrae el sentido de una manifestación lingüística al campo de la *demonstratio ad oculos,* si bien sigue siendo siempre imprescindible una ayuda mostrativa para la impleción de su sentido.

Cuando se estudia sistemáticamente la progresiva liberación del sentido de la frase de las circunstancias de la situación verbal y el predominio progresivamente creciente del campo simbólico, se manifiesta que tales frases del tipo S ⟶ P, que son enunciados sobre la *realidad* hasta dentro de todas las ciencias están en una escala de independencia; pero por su contenido representativo no pueden nunca prescindir íntegramente de los datos de ordenación del campo mostrativo, si por otra parte han de seguir siendo, en el sentido estricto de la palabra, enunciados sobre la realidad, enunciados de existencia, y no pasar de improviso al apartado de las frases puramente conceptuales. Unicamente hay que tener en cuenta tanto las referencias implícitas como las explícitas. La frase modelo de la muerte del Papa no contiene explícitamente ningún *ahora;* pero implícitamente, una referencia al ahora (periodístico) del hablante. Que en el fondo ocurre lo mismo con todos los enunciados de existencia de la historia y de la física, probablemente se podría demostrar con rigor. Esto es gnoseológicamente interesante y comprueba desde el lenguaje la tesis de Kant: que los conceptos sin intuición son vacíos y no proporcionan más que un conocimiento «vacío». Que tal conocimiento «vacío»,

que las intelecciones esquemáticas carecieran de valor o fuesen innecesarias en la construcción de las ciencias empíricas, ni lo ha afirmado Kant ni está en nuestra intención.

Pero dejemos de lado íntegramente todas las reflexiones gnoseológicas y atengámonos al tema que se presenta a la teoría del lenguaje: indicar los medios lingüísticos de una solución partiendo de manifestaciones que está estrictamente ancladas en el sistema aquí-ahora-yo de la orientación subjetiva. La más sencilla de ellas es la *ampliación* de la esfera situada en torno al origen puntiforme de ese sistema de coordenadas, esfera que puede alcanzarse mostrativamente. El héroe, en las autobiografías y en las novelas escritas en primera persona, dice *yo* a lo largo de volúmenes enteros, y lo entendemos tan bien como si hubiera puesto cada vez en lugar de *yo* un nombre de persona y hubiera escrito toda la narración en tercera persona de singular. Lo entendemos porque todos los sucesos referidos acontecen en la esfera del yo ampliada de ese modo. Lo mismo vale para la esfera ampliada del aquí y ahora que pueden sustituirse igualmente por nombres propios, como «Viena» y «postguerra». Hay un ahora del periódico, un ahora histórico, un ahora geológico, etc., y del mismo modo las esferas ampliadas del aquí.

Las pretensiones del lenguaje narrativo y del trato diario y del historiador, las pretensiones a una liberación del sentido de la frase respecto a la vinculación más estrecha al campo mostrativo están así ya ampliamente satisfechas. ¿Por qué satisfechas? Porque lo narrado —siempre que sea así— no rebasa el marco trazado de ese modo. En otro caso, en todas las narraciones épicas e históricas desempeñan un importante papel las *trasposiciones* bien ordenadas. El cuento empieza ritualmente con la indicación de la trasposición: *había una vez;* el historiador nombra la época de un modo un poco más preciso y añade indicaciones de lugar. Las trasposiciones son un segundo medio de desligamiento de las manifestaciones lingüísticas.

Si un ámbito es mencionado primero mediante nombres propios, como «París, Revolución, Napoleón I», o está dado como supuesto tácito, se producen en el decir las trasposiciones a ese ámbito y de él a otros ámbitos de un modo casi tan inadvertido como las trasposiciones en los saltos de la cámara en el cine, sobre los que habrá que hablar más adelante. *Exposición*: el general Napoleón vuelve de Italia a París. Estamos con él y entendemos lo que sigue contando desde su «aquí, ahora, yo». O un caso de la vida: una mujer del pueblo habla de «él» y lo que le echa en cara; y la palabra «yo» en el curso de su vivaz descripción de la escena matrimonial más reciente salta de un lado a otro, tiene que interpretarse ahora como si sonara en boca de ella e inmediatamente después en boca de él. Se

suele designar esto en la épica como una alternancia de estilo narrativo y directo: «Yo malgasto el dinero» (se entiende, afirma él de mí) y «yo tengo que trabajar como un negro» (se entiende, afirma él de sí mismo). Sin la sutil técnica comunicativa del cambio de punto de vista, el discurso de esta mujer sería inextricable para cualquier oyente; pero gracias a esa técnica fluye perfectamente comprendido hacia el receptor simpatizante. Veamos si de los hechos de la trasposición resultan consecuencias liberadoras, y cómo.

3. *Exposición y sujeto*

La mención de una *exposición* no se nos ha deslizado inadvertidamente. En los ejemplos analizados estaba dada *antes* de la frase; ¿qué ocurriría si se *incluyera* en la frase? Un nombre propio como «Heidelberg» o «Lago de Constanza» nombra cosas inmóviles, a las que tiene que ir de hecho un Mahoma corriente para vivir una impleción significativa de los nombres. Si ha ocurrido esto y el nombre propio surge ahora para el oyente que estuvo allí, en cualquier lugar del mundo como sujeto de una frase, entonces se verifica una deixis en fantasma y se prepara ya en mayor o menor medida la liberación del sentido de la frase de los recursos que proporciona para la comprensión la situación verbal concreta; el que se traslada en la fantasía a la cosa, *puede olvidar desde dónde se trasladó*. Digo esto, *primero,* para hacer justicia a una serie de teóricos del lenguaje que han definido el S directamente como miembro expositivo de la frase; Ph. Wegner era el más consecuente de ellos. Pero también lo digo, en *segundo lugar,* para introducir en nuestra exposición, en su lugar sistemático, un *paso hacia la desubjetivación* de las manifestaciones lingüísticas humanas, de otro tipo, muy importante.

Si oigo sin preámbulos «llueve», tomo esta palabra como un diagnóstico del tiempo en la situación verbal; llueve en este momento allí donde se encuentra el hablante, la realidad en cuestión puede mostrarse *to-déicticamente* en el ámbito del *aquí-ahora* del hablante. Mediante la exposición agregada «en el lago de Constanza» se produce un paso de desvinculación: «llueve en el lago de Constanza»; esta expresión ampliada puede decirse en cualquier parte, su sentido está en considerable medida desligado de la más estricta *to-deixis* dentro del marco de la situación verbal.

Tal vez esta construcción de la frase sea más frecuente en lenguas con un sistema rico y predominante de casos localistas que en el indoeuropeo. La fórmula expositiva es adecuada siempre que en la frase se logra una liberación traspositiva del tipo descrito; pero es insuficiente e *inadecuada* cuando se establecen en la frase otros cam-

pos simbólicos y éstos hacen posibles otros pasos de liberación. En el indoeuropeo se prefiere el esquema mental de la acción, y el paso más importante de desvinculación es siempre dentro del cuadro de ese esquema mental la curiosa transferencia de papeles a la llamada tercera persona: Cayo no sólo actúa cuando mata el león, actúa también cuando ve y oye. Incluso quizá sigue actuando en un sentido muy lato de la palabra hasta cuando está sentado o vive. Pero dejemos pendiente esta última cuestión. Podría ser que el campo simbólico se modifique un poco cuando Cayo está sentado o «vive»: *vivía en Roma.* Cayo es *actuado* cuando el sol lo calienta, cuando lo quiere un amigo, cuando los electores lo hacen cónsul.

Pero no importa: si Cayo aparece como S en una frase latina, el sentido de esa frase está tan desligado del *hic et nunc d*el hablante de cuya boca sale, como nuestro diagnóstico de la lluvia mediante la exposición «en el lago Constanza». Pero la solución se logra de otro modo; no necesito en cuanto oyente buscar a Cayo en su lugar geográfico como mi Heidelberg (para hacerme señalar dónde llueve), sino que Cayo puede venir a mí en la fantasía como la montaña a Mahoma o quedarse donde está; en el noventa por ciento de los casos no importa. Pero Cayo funciona en nuestro ejemplo como *cualquiera,* que no tiene ningún puesto determinado en la tierra y no está adscrito a ningún siglo. Sino que se trata de que ha sido elegido para desempeñar un papel en una acción que parte de él o se verifica en él; Cayo se convierte en la *persona tertia* de las lenguas indoeuropeas. No importa si la frase continúa según el tipo «necat» o «necatur» o «est», el lenguaje ha designado a Cayo *persona tertia,* esto quiere decir en nuestra lengua para desempeñar un papel en un acontecer desligado de la situación verbal. Cuando el discurso empieza con la denominación «Cayo», se inaugura un campo simbólico de aquel tipo que hemos descrito en el capítulo sobre el sistema de declinación indoeuropeo.

4. *Los impersonales*

Palabras como *llueve, truena* pertenecen, consideradas lingüísticamente, a los impersonales. Formalmente aparece la tercera persona también en los impersonales, lo que está en contradicción con el nombre que han recibido de los gramáticos. Sin embargo, creo que la denominación «impersonales» en un sentido más profundo está justificada, a pesar de que la contraría, por ejemplo, la fantasía mitológica de los latinos y la figura del *Juppiter tonans.* Los vocablos meteorológicos de las lenguas indoeuropeas son sólo verbos enmas-

carados, no verbos indoeuropeos con valor pleno, son *palabras de acontecimiento,* que reclaman en torno suyo e inauguran otro campo simbólico que nuestros verbos. Pues en «llueve», no la pregunta ¿quién?, sino las preguntas ¿dónde? y ¿cuándo? tienden a la integración que lo desliga del uso empráctico y lo eleva a una frase independiente que lleva consigo todo lo que pertenece a su plenitud de sentido. Cuando en una lengua se encuentran de un modo predominante en lugar de nuestros verbos estas palabras de acontecimiento, la fórmula expositiva de la frase da en el clavo; pues el verdadero S de esas frases nombra en realidad la situación en que sucede el acontecimiento; el verdadero S de una frase sobre la lluvia desligada de la situación consiste en la determinación *en el lago de Constanza.* Si falta esta determinación, entonces el decir *llueve* es y sigue siendo un decir adscrito a la situación.

Los lógicos indoeuropeos desde Herbart estaban en una buena pista cuando buscaban el S de los impersonales, lingüísticamente ausente, pero en una pista falsa cuando ponían lo que buscaban en un mismo plano con el S de las frases verbales. La realidad de un diagnóstico del tiempo del tipo en cuestión es nombrada globalmente (sin articular) por la palabra de acontecimiento «llueve», y no construida primero; mediante una adición como «en el lago de Constanza» se indica la posición desde la cual se puede alcanzar *to-déicticamente* lo así nombrado. En alemán pueden usarse de un modo análogo verbos cualesquiera: «es spukt» (hay duendes), «es wird getanzt» (se baila) (impersonales de medio o ambientes); la pregunta completiva inmediata requiere también aquí la indicación de una situación. Cuando nombro dónde y cuándo hay duendes o se baila se induce a una trasposición y se determina el punto en que el fenómeno se puede mostrar en la fantasía [51].

Paralelamente a las frases meteorológicas, los impersonales del *estado subjetivo* nombran globalmente una vivencia y agregan la *per sona* a quien afecta, en uno de las *casus obliqui*: «taedet me, pudet me, piget me (alicuius rei); me da asco, me da miedo». Considérese ante todo por qué el latino en lugar de *necor, necaris* no forma, paralelamente a los impersonales, *necatur mihi, necatur tibi,* una cons-

[51] Cf. sobre esto la observación de K. Ettmayer: *Analytische Syntax der französischen Sprache*, 1934, vol. II, pág. 806: «Lo común a todas las oraciones sin sujeto no es *la falta de un agente,* sino *la falta de una intuición formada y configurada conceptualmente,* de un soporte dispositivo que pueda manifestarse». Si entiendo bien el término «intuición», coincide de algún modo con el factor descrito por nosotros como momento de situación. Ettmayer trae variantes interesantes del francés antiguo.

trucción que sería perfectamente posible, incluso inevitable si, como en el caso de los impersonales, el acontecimiento que es la acción de matar, nombrado primero globalmente, tuviera que atribuirse a un ser vivo que puede hablar mostrándose como yo o ser señalado mostrándolo como tú. Pero no ocurre así en el campo simbólico de la frase verbal auténtica, sino que la situación se resuelve descriptivamente y para ello se reparten los papeles.

Con esto hemos vuelto a tropezar naturalmente con la cuestión de los diversos campos simbólicos en distintas lenguas; está pendiente al final del capítulo tercero, y tampoco aquí puede resolverse al dedillo y deductivamente. Pero significa, creo yo, un progreso si podemos realizar una primera dicotomía en nuestra propia lengua materna. El esquema general $S \rightarrow P$ puede subsistir, porque en nuestras consideraciones sólo indica que en el sistema están contenidos dos miembros de distinta función. Esta diferencia de función es distinta en la frase verbal analítica, que nos es perfectamente conocida, y en la frase impersonal desligada de la situación en que se habla. No fue un azar que los lógicos indoeuropeos miraran con extrañeza los impersonales y se ocupasen intensivamente de ellos durante decenios en el siglo XIX. La visión de conjunto más acabada del vaivén de sus propuestas de solución la ofrece la exposición que hay en la *Lógica* de B. Erdmann. La cuestión capital era entonces si los impersonales son frases con predicado carentes de sujeto o frases con sujeto carentes de predicado; había defensores de la primera interpretación y defensores de la segunda. El *es* lingüístico en alemán e *il* en francés, que en latín no aparece, valía con razón para ambos partidos no como una *persona tertia* que funciona lingüísticamente, sino como un signo «impersonal» en el lugar vacío del campo de la frase. Erdmann mismo se adscribe a la concepción de la teoría predicativa y suple, en el sentido del mito latino del *Juppiter tonans,* un algo copensado pero no nombrado como *causa* del fenómeno de trueno o lluvia nombrado: «algo» (en lugar de Júpiter) produce el fenómeno percibido y nombrado lingüísticamente por nosotros.

La crítica encuentra limpiamente separadas dos cosas que objetar a la discusión de los lógicos desde Herbart hasta Erdmann: *primero,* que se quedan demasiado fuertemente atenidos al *caso principal* indoeuropeo de un esquema de frase, único que les es familiar, y *segundo,* que a consecuencia de eso han comparado *cosas dispares.* Las fases efectivamente comparables no son «llueve» y «Cayo duerme», sino «llueve en el lago de Constanza» y «Cayo duerme»; pues sólo estas dos manifestaciones están desligadas aproximadamente en la misma medida de las circunstancias de la situación verbal (simpráç-

ticamente libres). Respecto al paso de liberación que se da cuando paso de un «llueve» a la frase «llueve en el lago de Constanza», se puede decir que es la *indicación expositiva* la que trae la liberación. Si se confronta el «llueve» aislado con un predicado aislado artificialmente como «necat», resulta clara la distinta necesidad de complemento de ambos; aquél reclama en primer término una respuesta a la pregunta ¿dónde? (y ¿cuándo?). Si se da lingüísticamente, el acontecimiento meteorológico queda incluido en una situación en la cual se lo puede alcanzar déicticamente. Una palabra flexionada aislada como «necat», en cambio, reclama en primer término una respuesta a las preguntas ¿quién? y ¿a quién?, y por tanto una *integración* de relaciones lingüística.

Vista una vez más desde aquí retrospectivamente, la palabra «llueve» nos aparece como una indicación de relaciones (global) sin resolver; no se trata de que el acontecimiento del llover estuviese *diseñado* incompletamente en el mismo sentido que la acción del matar mediante la palabra aislada «necat». Se comprende también perfectamente por qué Brentano intentó corroborar su teoría de que el juicio elemental sólo tiene un miembro, precisamente en los impersonales. Pero hay que hacer constar desde el punto de vista del análisis de la representación que la palabra «llueve» necesita complemento en todos los casos de empleo, porque o pretende ser extendida intercalada emprácticamente o requiere una indicación expositiva para independizarse (según su significación), desligada de la situación verbal. Señalemos una vez más, remitiendo al análisis del empleo de la muerte del león en § 15, 4, que mediante los complementos adecuados a «pluit» y a «necat» se indican dos procedimientos de formación de frases muy difundidos en las lenguas humanas; uno de ellos, desarrollado correcta y unilateralmente, lleva a los casos de la llamada determinación externa o a expresiones prepositionales «en el lago de Constanza», etc.; el otro lleva a los casos de la llamada determinación interna.

Si se quiere conservar el símbolo único S → P para las dos formas de enunciación, es una cuestión de conveniencia puramente terminológica. Se podría imaginar, por ejemplo, un caso S que merezca plenamente el nombre y sin embargo fuese en absoluto un caso expositivo, y por tanto no nuestro nominativo. Y se podría imaginar una clase o clases de palabras manifiestamente predicativas, que se comportaran sintácticamente de un modo esencialmente distinto de nuestros verbos, y sin embargo, análogamente a los verbos, simbolizaran acontecimientos y tuvieran que distinguirse de las palabras que significan cosas.

5. *La persona tertia*

Pero en todo caso comprendemos en general que la necesidad de liberar del campo mostrativo actual el contenido representativo de un decir surge en el discurso *narrativo*. En la gran evolución del lenguaje humano se puede imaginar como lo primero sistemas de una sola clase compuestos de voces déicticas. Pero luego surgió un día la necesidad de incluir lo ausente, y esto quería decir liberar los enunciados de su vinculación a una situación. Los medios para ello están señalados y descritos psicológicamente para dos casos principales en la lengua que nosotros mismos hablamos. La desvinculación de una manifestación lingüística del campo mostrativo de la *demonstratio ad oculos* comienza en nuestra propia lengua espacio-temporalmente, introduciéndose una transposición denominadora en lugar de la *deixis-aquí-ahora,* primariamente sin formas, por ser implícita; o bien comienza con la *yo-deixis* (frase verbal), primariamente también sin formas, por estar dada a la vez. Ningún indicador dice expresamente *aquí,* aunque indique desde *aquí;* las manifestaciones lingüísticas del hombre adscritas a una situación (como el *directo* del viajero del tranvía) suprimen con igual derecho con el superfluo *aquí* también el superfluo *ahora* y *yo,* aunque tienen que ser entendidas desde ellos. Si pongo, como suele hacerse en las frases verbales indoeuropeas, un signo para el *yo,* el *tú* o el *él* en el enunciado (*amo, amas, amat*), ¿para qué se hace así, qué se consigue con ello?

El curiosísimo *él* (*ella, ello*) de las lenguas indoeuropeas no está psicológicamente de ningún modo en el mismo plano que *yo* y *tú,* los signos de emisor y receptor; sin embargo, se reconoce con la máxima claridad en la *persona tertia* a qué han sido destinados también *yo* y *tú* en la frase verbal representante. Los tres son, para decirlo una vez más, completamente superfluos en expresiones como «llueve»; ¿para qué se introducen entonces en las frases verbales representantes? Formo tres frases modelos: *amo te; amas me; amat Caius Camillam;* y afirmo que en la primera y la segunda frase la relación *articulada* del amar se coordina de un modo muy sencillo con la acción verbal actual *articulada.* Se proyecta, por decirlo así, la relación del amar sobre la acción verbal actual. Hay dos partícipes del amar, hay dos partícipes del decir actual; estos últimos, el emisor y el receptor del mensaje, pueden alcanzarse mostrativamente. Se los muestra de hecho y se da a conocer así *qué son,* y *cómo* son, *idénticos* con los partícipes del amar. Apenas hacen falta más palabras sobre ello; sólo serían útiles mayores explicaciones si describieran y definieran modelos de frase de otras familias lingüísticas con procedimientos de proyección esencialmente distintos. Lenguas que represen-

tasen de un modo puramente localista podrían verificar la proyección del acontecimiento sobre las *posiciones* de la situación verbal: el amor irradia del lugar de emisión *aquí* al lugar de recepción *ahí* (donde tú estás), en latín algo así como: *amatur* (es amado, se ama) *hinc istuc,* en el primer caso, o *istinc huc,* en el segundo. O bien la construcción podría hacerse a su vez con dativo instrumental como en el ejemplo inventado constructivamente «Caio nex leoni»: *amatur me* (instrumentalis) *tibi* (dativus commodi). Todo esto es posible sin más en el cuadro de la proyección de relaciones sobre la acción verbal actual.

Pero el tercer modelo indoeuropeo *amat Caius Camillam* es harina de otro costal. Pues aquí, además de los dos personajes naturales de la acción verbal actual se agrega constructivamente y se señala *to-déicticamente* (en cualquier parte) un tercer personaje: *amat.* ¿Para qué? Para equiparar en adelante este personaje añadido con los personajes de la acción verbal, señalados yo-déictica y tú-déicticamente: Pues ahora puede proyectarse a la vez sobre él el acontecimiento amoroso, exactamente igual que sobre el emisor y el receptor del mensaje-*él me ama, él te ama; yo lo amo, tú lo amas.* Que este tercer personaje en las frases indoeuropeas no sólo es nombrado (como Cayo), sino que también está indicado mostrativamente en la *t* del *amat,* tiene que entenderse por las mismas necesidades lingüísticas de que surgió la colocación de desinencias del yo y el tú en el verbo finito (o separadamente la inserción de las palabras aisladas yo y tú). Y si no me engaño, el origen de una posición general de los signos indicadores de papeles está allí donde el lenguaje trasciende lo presente y refleja narrativamente lo no presente. Pues tanto da que esa realidad ausente se alcance y presente de un modo dramático o épico, en ambos casos se necesitan señales de índole localista o personal para representarla lingüísticamente. Es decir, mientras se insiste en el procedimiento de una proyección de lo ausente sobre las coordenadas de la situación verbal. Nuestras lenguas se atienen a él y utilizan casi constantemente un sistema de signos personales, que han *ampliado,* conforme a su campo simbólico preferido, el cliché de la acción, mediante la tercera persona.

En rigor, ninguna frase indoeuropea con verbo finito está, pues, completamente exenta de mostración, sino que tiene siempre un signo mostrativo en forma de sufijo personal del verbo. Sin embargo, ya en *amo te* se puede comprobar el primer paso liberador de la conexión más estricta del sentido de la frase con lo demostrable *ad oculos.* Pues las esferas del yo y el tú suelen estar ampliadas cuando se pronuncia: el amante y el amado sobreviven por lo regular junto con su amor de la situación verbal dada y esto puede estar señalado en frases

como «amo te» o «amas me». El presente narrativo comprende una esfera del ahora imprecisa, en la cual duran juntamente el que ahora habla y aquél a quien ahora se habla.

Pero la liberación va mucho más lejos en el tercer modelo de frase. El *él* indeterminado en *ama*t sólo está referido aún a la situación verbal actual en la medida en que pertenece al no-yo y al no-tú del hablante; no es ni emisor ni receptor de la comunicación, sino precisamente un *tertius,* que se piensa accesible *to-déicticamente.* Así al menos por lo regular; y si Cayo mismo dice o escribe alguna vez a Camila aquella declaración amorosa, ha realizado ya lingüísticamente una objetivación y hace desaparecer en la fórmula el signo de emisor y receptor, exactamente lo mismo que cualquiera fuera del asunto. Esto resulta posible mediante la inserción de los nombres Cayo y Camila, a los que se aplican los signos de campo. No se quedan las cosas, pues, en signo mostrativo indeterminado *él* (*t* en *amat*), sino que eso mostrado es además nombrado. El algo puesto en el caso objetivo (*Camillam*) no es señalado en general en nuestras lenguas mostrativamente (como en otras lenguas con empleo profuso de los personales), sino sólo nominalmente. De toda la proyección (más primitiva) de la relación que ha de bosquejarse sobre el sistema de coordenadas de la acción verbal actual sólo ha quedado el signo *to-déictico* de la *persona tertia.* Pero se conservó además la categoría *acción* para lo mismo que se ha de representar.

Así podría haberse alcanzado en el campo de las frases de hechos la máxima liberación posible del sentido respecto de las circunstancias de la situación verbal. Ciertamente, el lógico pensará todavía en diversas otras cosas, por ejemplo, en que los nombres propios de nuestro caso ejemplar deberían ser sustituidos por nombres de clases definidos científicamente, o en que en lugar de la relación temporal de un amor humano se formulen lingüísticamente relaciones de leyes naturales, de validez universal (supratemporal), en proposiciones de la forma S ⟶ P. Asentiremos sin contradecirlo; también las frases de la sabiduría precientífica como «la gotera cava la piedra» pretenden una esfera de validez más general que la frase modelo sobre el amor del hombre mortal Cayo. Pero no se trata de esto desde nuestro punto de vista, sino de la cuestión de si nuestra lengua puede hablar *todavía más objetivamente,* es capaz de presentar la relación representada desligada aún más radicalmente de las circunstancias de la situación verbal. Y la respuesta a esto es *no.* El signo mostrativo de la tercera persona es una cola que apenas perturba nunca, que podría perderse aún y de hecho se pierde, por ejemplo, en las frases correlativas sin verbo. Pero en otros casos se alcanza de hecho el límite de la liberación dentro del cuadro del lenguaje natural mediante la deno-

minación en lugar de toda mostración. Una «desubjetivación» ulterior de las frases sólo puede esperarse desde este punto mediante definiciones explícitas de los nombres empleados, mediante resolución de las implicaciones usuales y mediante una sintaxis más unívoca que la que puede ofrecer el lenguaje natural [52]. Se entiende: mientras se trate de enunciados de realidad y no de algo distinto.

6. *Las proposiciones de la lógica, absolutamente exentas de mostración*

La última palabra sobre la frase sin campo mostrativo lleva a la lógica. El enunciado «dos por dos son cuatro», ecuaciones de los matemáticos como $a + b = b + a$, las proposiciones ejemplares de la axiomática lógica como «A es A», consideradas de un modo puramente lingüístico no parecen muy distintos de las frases sobre realidades y a pesar de ello tienen que ser tratados por el teórico del lenguaje en capítulo aparte. El que hace esto tiene que no haber olvidado que todo hablante, en sus días de infancia, ha adquirido y retenido por el ejercicio la significación de *todos* los nombres, de cosas y relaciones directa o indirectamente mostradas. Si se entiende el concepto deixis con tanta amplitud como los griegos, esta afirmación puede demostrarse exactamente. Al que ahora como neófito en una ciencia y en última instancia en la logística encuentra propuestos *nuevos símbolos,* le pasa de nuevo en su aprendizaje que tiene que ayudarle la *to-deixis*: «¡Mira! Este signo que tienes ante los ojos en el encerado, en la página del libro, es usado por nosotros como símbolo de esto o aquello». Así o análogamente ocurre en la atribución de significación de todos los símbolos y sin estos recursos no se puede introducir ningún sistema simbólico en la comunicación intersubjetiva. Pero el cordón umbilical que en el aprendizaje nutre y permite desarrollarse al simbolismo del lenguaje científico, parece cortarse luego de algún modo, si se quiere.

Decía *parece;* en verdad hay que ensayar primero y luego decidir si desde el punto de vista de la teoría del lenguaje se puede comprobar una *irrelevancia* de los recursos *to-déicticos* del aprendizaje en el complejo significativo de la proposición representativa lógica su-

---

[52] La eliminación del pensamiento antropomórfico que está implicado en el empleo predominante del cliché de la acción se procuró en la antigua lógica aristotélica mediante una transformación de todas las frases con verbo finito en frases con *es*. La lógica moderna plantea y cumple en este punto exigencias más rigurosas. Pero esto no nos interesa aquí más en detalle.

mamente formalizada del tipo S ⟶ P. Si se consideran con más precisión las proposiciones de la lógica, no puede manifestarse nada distinto de lo que menos «rigurosamente» decía ya también de paso entre otras cosas la lógica desde Aristóteles en sus momentos más claros, y lo que la lógica actual en su más elevado grado de abstracción sabe decir únicamente: la representación con sistemas de signos del tipo del lenguaje resulta *reflexiva* en la lógica. La lógica reflexiona sobre la estructura del instrumento de representación del tipo lenguaje y presenta proposiciones en las cuales resultan evidentes las condiciones de construcción de todas las formas simples y complejas del sistema y de todas las operaciones por medio de las cuales proceden unas de otras. Por ejemplo, la proposición de que A puesto una y otra vez es y tiene que ser idéntico en todo proceso demostrativo.

Esto es todo; y no se puede pedir más ni de la lógica en general ni de cualquier proposición absolutamente exenta de mostración, por decirlo así, del tipo S ⟶ P, perteneciente a ello. Pues muchas o incluso todas las proposiciones de la lógica, y (como muchos creen) también las proposiciones de la matemática podrían pertenecer a ello; en todo caso, esto ha sido afirmado por lógicos a los que hay que tomar en serio. Es, pues, la reflexión sobre las condiciones del sistema, es una *autolimitación* de primer orden la que garantiza la más amplia irrelevancia de los recursos *to-déicticos* del aprendizaje. Repito: en la esfera de la lógica pura y aparecen, cuando se las resuelve y se las persigue hasta remontarse a su última fundamentación, como proposiciones analíticamente evidentes o simplemente como tautologías.

En el fondo, se sabe y enseña esto desde hace siglos acá y allá en la lógica formal. Recientemente, Alois Riehl, Benno Erdmann y J. von Kries han vuelto en el mismo año 1892 a una evidencia que se encuentra preparada en Locke, Hume y J. St. Mill, y han distinguido «juicios reales e ideales» o «juicios reales y de reflexión» o «juicios objetivos y juicios conceptuales», para caracterizar el puesto particular de las proposiciones lógicas [53]. La lógica sólo juzga, según esto, juicios ideales = de reflexión = conceptuales. El acceso más sencillo a la comprensión de esta tesis lo inicia, a mi parecer, la antigua doctrina de la suposición de los escolásticos: si encuentras «padre» en un contexto, fíjate en que muchas veces la palabra no está allí para ser un símbolo del conocido progenitor de hijos, sino para que pue-

[53] O. Külpe: *Vorlesungen über Logik* (1923), captó la distinción mencionada y la persiguió, todavía con alguna dificultad, a través de los tres dominios del concepto, el juicio y el raciocinio. Indicaciones bibliográficas, allí, pág. 243.

das realizar una *suppositio formalis,* etc., con el signo objetivo percibido. En la lingüística, por ejemplo, lo tomas como sustantivo. Análogamente, si en los lógicos encuentras la proposición «A es A», fíjate en que esto no debe ser un juego infantil, sino que tienes que elevarte a la suma formalización del sentido de la proposición y aprehender en ella uno de los fundamentos del sistema de representación del tipo lenguaje (a saber, el principio de identidad).

Desde nuestro punto de vista sólo importa una cosa: ver con evidencia que la *deixis de aprendizaje* que sigue actuando siempre en la comprensión de todas las proposiciones tiene que distinguirse de la *deixis objetiva,* que permanece contenida implícitamente en todos los enunciados sobre realidad y no es eliminable. Sin deixis objetiva no hay ningún enunciado existencial; permanece contenida implícitamente en todos los enunciados sobre realidad y no es eliminable. Sin deixis objetiva no hay ningún enunciado existencial; permanece contenido implícitamente en todas las proposiciones sobre la realidad, aun allí donde no se manifiesta lingüísticamente. En las proposiciones puramente conceptuales, en cambio, la deixis objetiva coincide con la deixis de aprendizaje, porque las proposiciones lógicas juzgan sobre el contenido conceptual como tal y no trascienden de él. Esto es, en mi opinión, todo lo que se necesita en la teoría del lenguaje para apreciar justamente la peculiaridad de las proposiciones lógicas.

26. La anáfora. Las articulaciones del discurso

Las composiciones de varias frases en el lenguaje se llaman entre nosotros los modernos *combinaciones* de frases o *complejos* de frases. Esto son nombres traslaticios, metáforas. Pero hay en el mundo otras cosas más que ligaduras y construcciones con piedra y madera, con que los expertos han comparado esas unidades, para subrayar en ellas este o aquel momento. El que dice *enlace,* en caso de que sea sensible a los valores etimológicos, piensa en lazos y nudos; los hechos se lo permiten. Ya los griegos llamaban a las palabras de cierta clase σύνδεσμοι (σύνδεσμα), y los latinos uncían mediante sus *conjunctiones* dos frases a un «yugo»; eran las mismas palabras en la unidad de varias frases, que sugerían a los griegos la imagen de los lazos y a los latinos la del yugo. Los creadores de la palabra *texto* pensaban en tejido; pero no sé exactamente qué querían trasladar específicamente del tejido a lo lingüístico.

Por último, todavía una última imagen, que recomiendo antes que las demás para una reanimación, a saber: la metáfora de las *arti-*

culaciones del discurso, que está implicada en el nombre griego ἄρθρα = artículos. Artículos se llamaban originariamente todos los signos mostrativos lingüísticos en el modo de la anáfora. Interpretamos la metáfora para nuestro fin y en nuestra terminología de la manera siguiente: de un modo análogo a como el cuerpo animal y humano, por medio de sus articulaciones, así experimenta aquí y allá la cinta del discurso una cierta interrupción, se produce eventualmente una ruptura del campo simbólico, y a pesar de ello lo interrumpido queda unido funcionalmente, porque los demostrativos anafóricos simbolizan una reintegración de las partes interrumpidas e indican más o menos exactamente *cómo* debe realizarse. Esta es, a mi parecer, una manera de ver las cosas que es tan adecuada y exhaustiva como pueda serlo cualquier imagen, sin duda no para todo, pero sí para mucho en el vasto y abigarrado plano de los fenómenos que en definitiva nos interesan en este libro.

El mundo entero mismo de las formas de las unidades de varias frases, si no tratado exhaustivamente, al menos será hecho cuestión; antes *recomendemos* una vez más el método de una comparación trasparente, para comprender la esencia y la eficacia de la mostración anafórica. Que la anáfora ha sido entendida claramente por algunos grandes lingüistas y por otros radicalmente desconocida, resulta claro en el ejemplo de H. Paul y Brugmann. Voy a citar unas palabras de los *Principios* de Paul y explicar algo más detalladamente los motivos de una típica mala inteligencia en la concepción de Brugmann. Paul escribe:

> Fue *un paso sumamente importante* para el desarrollo de la sintaxis el que se diera al demostrativo, al que sólo correspondía primitivamente la referencia a algo presente en la intuición, la referencia a algo que se acaba de decir. Así resultó también posible dar una expresión gramatical a la circunstancia psicológica de que una frase se formule independientemente y al mismo tiempo sirva como determinación para una siguiente. El demostrativo puede referirse *a una frase entera o a un miembro de frase* (pág. 148; los subrayados son míos).

Es ésta una observación muy acertada, que merece ser recogida y meditada en la teoría del lenguaje. Pero hay que considerar primero las razones de los que han negado la *peculiaridad* de la anáfora. Confrontemos, pues, la antigua concepción de la anáfora, que representa Paul, y una moderna, para lograr claridad sobre el fenómeno como tal; éste es el tema en la primera parte. Nuestra conclusión es que el *contexto mismo se eleva a campo mostrativo* en la anáfora. Con esto se enlazan luego como notas sueltas alguna consideraciones que iluminan en general la eficacia de la anáfora.

1. *La antigua concepción y una nueva de la esencia de la anáfora. Crítica a Brugmann*

El desconocimiento moderno de la anáfora a que aludo, se puede encontrar del modo más consecuente en K. Brugmann; en su Memoria académica clásica sobre los pronombres demostrativos de las lenguas indoeuropeas se dice lo siguiente:

La distinción entre deixis y anáfora, como suele hacerse desde Apolonio Díscolo respecto al uso de los pronombres demostrativos (cfr. Windisch Curtius: *Stud.*, 2, págs. 251 y ss.), se considera con más frecuencia que la diferencia más importante en el empleo de esta clase de palabras, y por consiguiente se usa en su definición; así, por ejemplo, dice Wundt que la función del demostrativo es la de la referencia a objetos y personas que, o por encontrarse en la vecindad inmediata, o porque fueron mencionados poco antes, no necesitan la designación nominal especial que vale para ellos en los demás casos. Pero esta división *no toca la esencia* de nuestra clase de pronombres.

Originariamente, los demostrativos parecen haberse referido sólo a elementos de la percepción sensible inmediata. Pero el hablante trató luego todo el mundo de sus representaciones análogamente a la intuición actual, y la esencia de esta clase de pronombres, como se usan en todas partes en épocas históricas, se define del mejor modo así: son la referencia lingüística a algo hacia lo que el hablante ha dirigido su atención, e invitan a aquél a quien se habla a considerar igualmente el objeto. Si se quiere realizar luego la división de todos los casos correspondientes en la dirección en que se encuentra la distinción en deixis y anáfora, habría que hacer la única división coincidente con la esencia de la cosa según que aquello a que se remite sea algo *conocido* sin más, no que se haga conocido sólo por la situación momentánea, o algo a que no pertenezca esta propiedad (págs. 13 y ss.). Por tanto, conocido y desconocido.

Brugmann dedica a la cuestión un parágrafo entero; he citado el primero y el último párrafo, la afirmación polémica y la proposición positiva del gran lingüista. Entre ambos está la fundamentación psicológica de los dos. Se muestra con ejemplos que la referencia a lo perceptivamente presente pasa «sin límites fijos» a la referencia a lo acabado de percibir, que está todavía fresco en la memoria; y en esto último se cuenta rotundamente la anáfora.

Así ocurre cuando, sin un gesto de indicación que acompañe al pronombre, digo a alguien *éste era el señor N.*, después de haber pasado junto a nosotros un señor, o cuando digo después del trueno, *¡éste era fuerte!*, o después de oír una canción, *esta canción es nueva para mí*». «Cuando con las palabras *éste era el señor N.* vuelvo siquiera la cabeza hacia el sitio por donde la persona ha pasado, este gesto da al pronombre el carácter de una deixis sensible». Y ¿qué ocurre ahora con la anáfora? La función del demostrativo cuando, por ejemplo, después de oír una afirmación, digo *esto es nuevo para mí,* es exactamente la misma que en aquella frase *esta canción es nueva para mí.* Y tampoco introduce ninguna diferencia que el pronombre, en lugar de referirse a las palabras oídas de boca de otro, se refiera a una palabra dicha por el mismo que habla.

También reaparecen en ambos casos los diversos grados de precisión en la deixis «hasta descender al artículo usual». «Y en este respecto tampoco constituye una diferencia que el pronombre déictico se refiera a palabras precedentes o siguientes; cfr., por ejemplo: *atiende a la (esta) doctrina; tienes que,* etc., y *atiende a esta doctrina; tienes que,* etc.; *supongo el caso de que,* etc.».

Todo esto parece a primera vista victoriosamente convincente; los ejemplos de Brugmann están tomados preferentemente de la vida y demuestran que la diferencia entre una referencia con o sin movimiento de la cabeza es en realidad insignificante. Pues ¿qué puede importar si vuelvo o no la cabeza hacia el señor que acaba de pasar? ¿Si *esta* canción, de la que quiero seguir hablando, ha sido cantada de hecho o sólo acaba de estar todavía presente como objeto de conversación a mí y a mi interlocutor? Estamos de acuerdo con Brugmann; percibido o sólo pensado, es completamente irrelevante. Pero hay que agregar una restricción ciertamente decisiva: mientras no se trate de otra cosa que de la mostración primariamente *real.* Mientras tanto, no hay, en efecto, ningún motivo para trazar una divisoria. Pues la deixis en fantasma se funda exactamente en los mismos supuestos psicológicos que la *demonstratio ad oculos* y opera con los mismos recursos sensibles. Pero las cosas resultan distintas en el momento en que, en lugar de la mostración real, aparece una mostración *sintáctica.* Pues el fundamento psicológico de la mostración sintáctica es distinto del de la real, y los horizontes de lo mostrable (señalable) allí y aquí se cortan ciertamente, pero en modo alguno son idénticos. Los ejemplos de Brugmann proceden del campo de la mostración real; aun en la observación *esto es nuevo para mí* el carácter de novedad mentado puede afectar en el sentido de Brugmann, de un modo totalmente paralelo a la impresión de novedad que provocó la canción oída, a cosas que se me han hecho presentes en la representación por medio del habla del otro. La referencia mediante la palabra «esto» es en este caso una referencia real, y Brugmann sigue teniendo razón.

Pero ¿qué ocurre si altero un poco el texto y digo: *esto es verdad* (*falso, plausible, mentira,* etc.)? Una *cosa* verdadera o falsa no la hay en la tierra ni en el cielo ni en el infierno; pues verdadero o falso sólo puede serlo un juicio, una proposición o, más en general, una representación como tal [54]. Aquello a que me refiero en la frase «esto es verdad» no es una cosa, sino que es una afirmación que acaba de pronunciarse, un trozo del habla misma en que estoy precisamente *intercalado.* No importa (como subraya con razón Brugmann) si esa afirmación ha salido de mi boca o de la tuya o (como agregamos

[54] La referencia a una «barba falsa» a diferencia de la «auténtica» o a «moneda falsa», el «falso Demetrio», etc., es fácil de resolver.

para completar) de la de un tercero a quien escuchamos. La teoría de las cosas sólo requiere que se reconozca, con un poco de asombro filosófico para el hecho, que el decir actual que la mayoría de las veces se refiere a lo que no es él mismo, con frecuencia da la vuelta y se hace *reflexivo*. La anáfora es mostración reflexiva y como tal tiene que distinguirse de la mostración real usual, exactamente lo mismo y con tanta precisión como se distinguen, por ejemplo, el suicidio del homicidio corriente. Brugmann ha demostrado que hay casos que se pueden interpretar de un modo o de otro, y nada más.

Otro ejemplo, mediante el cual se advierten sistemáticamente diferencias dentro de la anáfora. Comprobamos la fórmula de Brugmann en el venerable y trivial modelo del silogismo correcto de los lógicos: Todos los hombres son mortales. Cayo es un hombre. *Luego* Cayo es mortal. También tal «luego» o «por tanto» o «por consiguiente» funciona, dicho trivialmente, de un modo anafóricamente mostrativo. Para decirlo todo, invita al oyente a pensar juntas (συνορᾶν, según Aristóteles) las dos premisas y sacar la consecuencia. Y ello implica (¿qué otra cosa si no?) en todo caso una referencia retrospectiva o prospectiva en la serie de las frases sucesivas. Pero la interpretación exacta no puede proceder en este caso con apresuramientos. Es indiscutible que la referencia retrospectiva apunta a algo de lo cual hay que sacar la consecuencia y que tengo que volverme hacia las frases precedentes para encontrar ese algo. Un lógico sabe también que la extracción de aquella consecuencia que le interesa no se perjudica lo más mínimo por una modificación adecuada de los términos de las premisas. Si son hombres y Cayo, o si en su lugar se trata de X e Y; si se trata del morir o de otro predicado cualquiera α, es completamente irrelevante respecto a la extracción de la consecuencia lógica. En el uso de la lógica, la mostración anafórica invita, pues, al mismo tiempo a una formalización de las relaciones representadas.

Para indicar al menos más diferencias, que en una teoría desarrollada sistemáticamente de la mostración anafórica no pueden pasarse por alto, contrapongo «esto es inexacto» y «esto es una mentira», que hay que distinguir una vez más. Pues lo segundo puede sentirse como una injuria y castigarse judicialmente, mientras que lo primero tiene que dirimirse ante la instancia de una jurisdicción lógica. Pero aquí no debe entrarse en una discusión de estas cosas; basta con que se conceda que en todo esto hay siempre una mostración interna, de algún modo retrospectiva o prospectiva. Con la demasiado pobre dicotomía en conocido y desconocido no puede dominarse teóricamente esta patente multiplicidad de los casos de mostración.

No; la anáfora tiene que estudiarse desde un punto de vista completamente distinto, a saber así: Si se ha reconocido en la frase sin campo mostrativo que la representación lingüística, dentro de ciertos límites y gradualmente, se desliga de los apoyos intuitivos y se libera de los signos que funcionan como indicadores, y cómo ocurre esto, el período ofrece un nuevo espectáculo. Los antiguos signos mostrativos no desaparecen, sino que asumen (descargados del servicio exterior) una función mostrativa de servicio interno. En una palabra: siguen estando en el contexto; pero sus brazos o flechas *ya no señalan directamente cosas* que deban buscarse y encontrarse con los ojos en el campo visual, sino que apuntan a lugares y trozos del contexto donde se encuentra lo que no puede presentarse en el lugar del signo mostrativo mismo. Lo que señalan las flechas anafóricas no son las cosas de que se habla, sino que son o las fórmulas lingüísticas de esas cosas, por tanto, frases o partes de frases, como indica ya Paul de un modo perfectamente correcto, o bien son las cosas, pero tal como son aprehendidas; las cosas y relaciones, por tanto, tal como han sido ya caracterizadas por los interlocutores de este o el otro modo. Se tendrá en cuenta en el futuro, con precisión, esta distinción, paralelamente a nuestra fórmula del *y* que compone frases y liga cosas, y se encontrarán criterios con los que pueda distinguirse de un modo puramente gramatical una cosa de otra, al menos en muchos casos. Pero, de todos modos, todas las flechas anafóricas, si pudieran hablar, hablarían aproximadamente así: ¡mira adelante o atrás a lo largo de la cinta del discurso actual! Allí hay algo que pertenece propiamente a donde estoy, para que se pueda ligar con lo siguiente. O a la inversa: pertenece a aquello lo que me sigue; se lo ha trasladado sólo por descargar.

El que durante toda su vida no tiene que ver con nada más que con el lenguaje pierde muchas veces la capacidad de admirarse de lo que el lenguaje puede realizar; se le ha hecho demasiado evidente. Entonces es hora de que busque comparaciones con lo extralingüístico. Aquí debe echarse una mirada a los medios de composición superiores de otros instrumentos de representación. En este primer bosquejo no puede haber más que una ojeada orientadora a vista de pájaro. Se encuentran conatos de signos mostrativos internos, por decirlo así de *técnica constructiva,* en muchos sitios fuera del lenguaje; pero en todas partes son sólo conatos. La composición adecuada se garantiza, la mayoría de las veces, por medio de otros recursos. A pesar de ello vale la pena y es intructivo estudiar las diversas técnicas de composición; pues el que las conoce vuelve a encontrar muchas cosas en el lenguaje y muchas veces bastan también perfectamente para el lenguaje los medios de composición no anafóricos. La

mostración anafórica no puede considerarse, por tanto, en modo alguno como absolutamente imprescindible; pero es muy eficaz y en más de un aspecto extraordinariamente característica del lenguaje. Recordemos claramente una vez más los factores contextuales que se discutieron sistemáticamente en el curso de la investigación analítica (§ 11, 2); ¿dónde y cómo hay que incorporar a aquel sistema el nuevo factor?

2. *La serie de palabras en el discurso y la serie de imágenes en la película*

La anáfora tiene la conexión más estrecha con el factor contextual de la «yuxtaposición» en la lista de H. Paul. El hecho y el modo de la reunión y adaptación mutua, de manera puramente material, de las unidades significativas léxicas unidas en una frase, resultó claro, más allá de las meras indicaciones de Paul, en las reconstrucciones de textos por los sujetos de experimentación de Ch. Bühler, y una vez más en otra forma a propósito de la metáfora con su efecto de incongruencia y abstracción. La anáfora es un recurso propio del lenguaje para sustraer en cierta medida tal convergencia al azar, y enlazar una cosa determinada con otra cosa determinada, más que lo que realiza ya el orden sintáctico en el campo simbólico de la frase suelta. Hace posible realizar interpolaciones de toda clase sin riesgo para la visión de conjunto, y en arcos pequeños o grandes sobre todo lo intermedio echar mano de nuevo a lo ya pasado o proyectar ya de antemano lo que es sólo futuro, para ponerlo en conexión con lo acabado de nombrar. En suma, un medio extraordinariamente multiforme de composición y referencia, que compensa ampliamente las limitaciones de la ley psicofísica de que las palabras sólo pueden proferirse, en el flujo del decir, encadenadamente una tras otra.

Para no omitir nada que pertenezca a esto, comparamos primero como a vista de pájaro el flujo de palabras de discursos humanos con el flujo de imágenes en el cine (mudo). Lessing, en su comparación del lenguaje con la imagen del pintor, pensó aquí y allá en Homero; la teoría del lenguaje debiera terminar alguna vez sobre una base amplia lo que él inició, y para ello no olvidar las posibilidades de la imagen *móvil*. ¿Se ha pensado alguna vez en reproducir la *Odisea* realmente en el cine? Si se hiciera, la teoría del lenguaje sabría indicar una serie de puntos de vista desde los cuales serían convenientes comparaciones en un sentido y en otro del análisis de la estructura de ambos instrumentos de representación. Permítaseme, para preparar la descripción *del recurso de la anáfora, negado al cine*

mudo, subrayar primero una *analogía* entre la narración épica y la técnica del film.

El cine es más afín a la épica que al estilo dramático respecto a la deixis en fantasma. Pues en el drama, cuando ha de introducirse y tratarse mostrativamente lo ausente, la montaña viene a Mahoma, mientras que la fuerza de la narración épica estriba en la móvil capacidad de traslación de Mahoma a la montaña. El cine es épico en este punto por razones fáciles de descubrir. Para empezar por lo más palmario: En la película óptica narrativa aparecen en muchos lugares *cortes de escenas*, que el espectador técnicamente ingenuo apenas advierte. En el rodaje de la película se realizó bruscamente un cambio de punto de vista; se ha saltado de una toma lejana a la próxima o se ha girado un trecho en torno del objeto con la cámara (cerrada durante el trayecto). Son los *desplazamientos* más sencillos, que en la proyección perturban tan poco como una vuelta en etapas, que nosotros mismos realizamos como contempladores alrededor de una estatua, una casa, una ciudad, una vuelta con pausa para la contemplación.

En rigor se dan inevitables pausas de contemplación con saltos del punto de vista siempre que en una visión aparentemente continua recorremos con nuestra mirada una imagen en reposo o perseguimos con la mirada una en movimiento. Es una gran ilusión creer que se ha recorrido nunca, por ejemplo, una figura circular o los contornos de una figura humana de un modo análogo a como puede hacerse esto con la mano que palpa moviéndose, percibiendo *continuamente*; esto es irrealizable por razones fisiológicas. También el que lee salta con su mirada a lo largo de la cinta óptica de la línea y durante el movimiento no ve figuras impresas. El *cameraman* sólo aprovecha, pues, muchas veces, de una manera técnicamente refinada, lo que es inevitable en todas partes.

Las primeras explicaciones exactas sobre la técnica de la mirada del ojo humano en movimiento las proporcionó el libro de B. Erdmann y R. Dodge sobre la lectura: *Phychologische Untersuchungen über das Lesen auf experimenteller Grundlage,* 1898. El tema de los movimientos oculares fue perseguido desde entonces con tenaz perseverancia por Dodge y se fue desarrollando cada vez más con los progresos de la técnica experimental. Los ojos, según podemos decir hoy brevemente, en su camino de un punto de fijación al inmediato, nunca son fisiológicamente «llevados», sino «lanzados». Se mueven *balísticamente,* y por eso en último término es imposible un recorrido continuo de contornos de cosas con la mirada; la mano que palpa, en cambio, se mueve «llevada», es decir, de modo que el movimiento es frenado en un juego muscular antagónico y en cada instante permanece susceptible de orientaciones adicionales.

Hemos contado en algunas películas precisamente corrientes los saltos de cámara y hemos encontrado el número inesperadamente grande de unos 500. Aproximadamente del 80 al 90 por 100 corresponden a los ya mencionados *cambios de perspectiva.* Es completamente corriente, por ejemplo, que se acompañe al personaje principal

por un camino y se vean por etapas algunos lugares de paso: Lady N. decide en el salón ir a buscar a los niños para la fiesta del Año Nuevo; se la ve salir | subir la escalera | abrir el cuarto de los niños | despertar a los niños, etc. En los intervalos hay en cada caso un salto de la cámara. Y exactamente igual en principio sigue Homero la marcha de Penélope a la cámara del tesoro, para ir a buscar el arco de Ulises para el certamen de los pretendientes (*Odisea,* XXI):

Subió Penélope la alta escalera de la casa; tomó en su hermosa y robusta mano una magnífica llave bien curvada, de bronce, con el cabo de marfil, y se fue con las siervas al aposento más interior, donde guardaba los objetos preciosos del rey —bronce, oro y labrado hierro— y también el flexile arco y la aljaba para las flechas, que contenía muchas y dolorosas saetas.

* * *

Al instante que la divina entre las mujeres llegó al aposento y puso el pie en el umbral de encina que en otra época puliera el artífice con gran habilidad y enderezara por medio de un nivel, alzando los dos postes en que había de encajar la espléndida puerta, desató la correa del anillo, introdujo la llave e hizo correr los cerrojos de la puerta, empujándola hacia adentro. Rechinaron las hojas como muge un toro que pace en la pradera —¡tanto ruido produjo la hermosa puerta al empuje de la llave!— y abriéronse inmediatamente. Penélope subió al excelso tablado donde estaban las arcas de los perfumados vestidos, y, tendiendo el brazo, descolgó de un clavo el arco con la funda espléndida que lo envolvía. Sentóse allí mismo, teniéndolo en sus rodillas, lloró ruidosamente y sacó de la funda el arco del rey. Y cuando ya estuvo harta de llorar y de gemir, fuese hacia la habitación donde se hallaban los ilustres pretendientes; y llevó en su mano el flexible arco y la aljaba para las flechas, la cual contenía abundantes y dolorosas saetas. Juntamente con Penélope, llevaban las siervas una caja con mucho hierro y bronce que servía para los juegos del rey. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado donde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo y una honrada doncella a cada lado. Y a la hora dirigió la palabra a los pretendientes, hablándoles de esta guisa. (Traducción Segalá.)

Se está allí, se traslada uno a la alta escalera de la casa | a la entrada de la cámara del tesoro, etc., | y se captan con el poeta en unas cuantas etapas, discontinuamente, ciertas escenas parciales minuciosamente pintadas, momentos fecundos de todo el proceso. En estos desplazamientos de Mahoma a la montaña se encierra por lo pronto una homogeneidad por la cual tenemos que decir del cine que es afín a la epopeya. Pero agregamos inmediatamente que hay sobre todo dos momentos que hacen toda representación lingüística incomparablemente más rica que puede serlo nunca una película muda. Uno de ellos, las breves unidades cerradas de las diversas frases y el contenido que pueden ofrecer; el otro es el medio de

enlace que es la anáfora. Pero insistamos todavía un instante en la técnica de la imagen móvil y continuemos la comparación desde el punto de vista de sus recursos.

En el cine se eligen cuidadosamente los *saltos de tamaño.* Los técnicos de la cámara dicen, de acuerdo con Bela Balazas, que hay en principio tres grados de tamaño en la toma de personas, a saber: el primer plano, el plano normal y el plano lejano. El primer plano sólo presenta con frecuencia la cabeza, y en ella una expresión; el plano normal, la persona entera que actúa en un campo de acción tomado con suficiente amplitud; el plano lejano, un paisaje o una masa humana, en la cual el héroe se pierde hasta el límite de la desaparición o se afana en un acontecer lejano. Transiciones continuas y cambios bruscos en el campo de los tamaños, delimitados así, naturalmente, sólo de un modo tosco, son técnicas de representación muy corrientes en el cine.

Cómo se procede en la representación lingüística para buscar primero los grandes rasgos de una cosa y luego detalles, no puede indicarse, por muchas razones, en general, ni tampoco en dos palabras; pero se podría, para estudiar técnicas típicas, volver a aprender primero de los poetas épicos y narradores de cuentos. Si, como se hace ya no pocas veces en la técnica narrativa transparente del cuento infantil, se acota primero un ámbito, luego no hace falta para las siguientes entradas particulares ningún otro medio de enlace lingüístico complicado. Homero, según tomo de un trabajo de F. Trojan, traslada de preferencia descripción o exposición del ámbito al consejo de los dioses en el Olimpo, y puede luego, porque se sabe ya cómo hay que salir en general, perderse muchas veces morosamente en descripciones particulares. César, después de una descripción general de una situación difícil de su ejército en país enemigo, continúa con «veni, vidi, vinci»; Goethe, en *El Cantor,* bosqueja en cuatro versos la situación y hace que sigan cuatro frases lingüísticamente desligadas: «El Rey lo dijo, el paje corrió; vino el muchacho, el Rey exclamó». En todos estos casos basta la sucesión de las escenas, no hace falta ningún otro medio de enlace.

Saltos más refinados de la cámara mantienen fijos, por ejemplo, al héroe o los héroes, y cambian súbitamente el *medio* que los rodea; una cita en la calle, la pareja en el salón de baile, en casa; o un señor de frac se tira al mar en Boston y después de algunas oleadas sale a la orilla en Sorrento, en traje de baño. Anotamos para nuestro fin la vuelta del que actúa y pensamos de paso con qué variedad y libertad usa la representación lingüística el medio de enlace material de la *repetición* de nombres significativos (o también alguna vez de partículas demostrativas): Abraham engendró a Isaac. Isaac en-

gendró a Jacob. Jacob... Una estructura encadenada sin conjunciones. Las pausas temporales de la generación, obvias en realidad (exactamente igual que los partícipes femeninos), quedan sin mención, lo cual sólo interesa a la teoría del lenguaje en la medida que hemos precisado en un lugar anterior (§ 11, 1). De las repeticiones que pueden sustituirse mediante anáfora hablaremos algo más.

3. *La escenificación en sueños de la imaginación en el cine y la escenificación despierta en el habla*

Ahora algo distinto. Son artificiosos, pero se practican con frecuencia en la pantalla los *procesos de recuerdo y fantasía* intercalados que ocupan al actor en sus pensamientos; también en ellos se verifica un cambio de escenas anticipado y señalado de alguna manera. Pero también se puede proceder técnicamente de suerte que las imágenes de lo ausente se introduzcan en las situaciones actuales. Vi, por ejemplo, en la película parisiense sobre «Don Quijote» los fantasmas del héroe como figuras esquemáticas pasar por el gabinete lleno de libros y por encima de los infolios. Así el cine se apodera dentro de ciertos límites de la invocación de la montaña a Mahoma, impuesta por naturaleza al drama. El cine hace para este fin una escena básica en el escenario e invoca a ella lo ausente, que hace transparentarse espectralmente para distinguirlo del lugar en que aparece (del escenario); son quimeras como la santa campaña y otros fantasmas, y muchas veces se admiten e introducen en una escala discordante con el escenario. Son, en una palabra, *la imagen en la imagen,* en cuanto el cine es capaz de dominarlo. Y porque el cine en este punto no tiene gran alcance, afirmamos que le falta algo muy importante y característico para todo estilo dramático, a saber: la invocación de lo ausente dentro de lo presente. Le falta aquella *técnica de presentación* que Engel ha descrito muy eficazmente en el proceso dramático [55].

---

[55] K. Bühler: *Teoría de la expresión,* págs. 59 y ss. Cf. también E. Winkler: *Das dichterische Kunstwerk (Kultur und Sprache,* III*),* 1924. El conocimiento de que el estilo dramático «presenta», como diría yo, y de qué manera, ha sido formulado quizá por primera vez con toda precisión por Lessing y luego otra vez con gran fuerza expresiva por Goethe. Tomo esto de una notable disertación de Viena, que fue inspirada por Arnold (M. Winkel. *Die Exposition des Dramas,* 1934). Engel aprovechó este conocimiento para su teoría de la elocuencia corporal del actor. Sólo de pasada tocamos aquí el importante rasgo de la presentación dramática. Quizá pudiera encontrarse histórica y temáticamente algo más sobre ello en E. Hirtz: *Das Formgesetz der epischen, lyrischen und dramatischen Dichtung* (1923), libro que todavía no conozco. El hecho como tal ha resultado muy

Más aún: En la representación lingüística (por ejemplo, en la épica) son completamente corrientes los *incisos*; el lenguaje posee los medios adecuados para *delimitarlos exactamente*. En la técnica cinematográfica, en cambio, son siempre una empresa excepcional. Por lo demás, la técnica cinematográfica recuerda en más de un aspecto los saltos y discontinuidades de los sueños. En los ensueños del sueño no del todo superficial, a cada impulso hacia una retrospección de lo recordado o prospección de lo esperado o temido, se produce por lo regular la evasión *completa* de la actualidad, por tanto, un cambio total de escena. Dicho de un modo más general: un salto de la situación base, a la cual la mayoría de las veces no vuelve el que sueña [56]. Aquí se encuentra de nuevo una distinción importante entre la técnica de enlace de la épica lingüística y la del cine.

El cine, con sus desplazamientos igualmente *completos*, está en este punto aproximadamente en pie de igualdad con la escenificación onírica de la fantasía, que aparece como reducida frente a la *escenificación despierta*. Y la escenificación despierta del pensamiento y la representación complejos se manifiesta conforme a las reglas del arte en las complicadas construcciones de las oraciones principales o incidentales, en el cambio del estilo narrativo, directo e indirecto, etc. Pero aquí nos atenemos a las interpolaciones más toscas. Homero, por ejemplo, en la citada descripción de la marcha de Penélope puede interpolar una historia, delimitada con precisión, del arco de Ulises. La representación lingüística, mediante sus medios de enlace específicos, le permite movilizar los efectos, superiores en este punto, de la escenificación despierta de nuestra fantasía. Como signo de trasposición basta al comienzo del episodio la expresión *una vez,* que el cine no puede decir ni el ensueño del sueño profundo conservar adecuadamente como índice general de la interposición. Al narrador Homero (acaso también a Penélope) se le ocurre ya al pensar en el arco la historia del arma:

> En Mesenia se habían reunido *una vez* en casa del sabio Orsíloco. *Allí* reclamaba Ulises la deuda que aquel pueblo tenía con él.

Esta historia pretérita se cuenta entonces plácidamente. Y al final hace volver a la situación base la sucesión verbal ya citada: «Al instante que la divina entre las mujeres llegó *al* aposento», etc.

---

importante para nosotros mismos en el curso de investigaciones teóricas sobre la expresión (estudios fílmicos).

[56] Que en el sueño puede darse también lo inverso, a saber: un no desprenderse de una situación o volver una vez y otra a ella, no nos interesa ya aquí.

El tema «cine y épica» es extraordinariamente instructivo para la teoría del lenguaje. Subrayamos una vez más para nuestro fin: ambos desplazan copiosamente al espectador u oyente; y luego agregamos: pero el lenguaje supera con mucho al cine *gracias a sus signos mostrativos* en general, gracias a la deixis en fantasma y al uso anafórico de esos signos mostrativos en particular.

4. *Riqueza y pobreza de la mostración anafórica*

Para obtener una idea clara de la existencia, la distribución y la importancia de la anáfora como medio de enlace en textos normales en prosa, he hecho observacions estadísticas y he trazado diagramas de las palabras anafóricas esparcidas por los textos, que han de publicarse en otro lugar. Hay textos de grandes maestros del alemán sorprendentemente pobres en anáforas (en Goethe y Nietzsche, por ejemplo), y muchos muy ricos en poemas y obras en prosa de Schiller. Pero también oscila a menudo extraorinariamente esta riqueza en el mismo autor y en la misma obra. Están *sobrecargados* de referencias anafóricas muchos textos del lenguaje burocrático usual. Se puede explicar en ellos adónde tendría que llevar si no fuera válido para el lenguaje, *mutatis mutandis,* el mismo principio que más de un pintor reflexivo ha formulado expresamente para su técnica personal de representación: Pintar quiere decir *prescindir.* También hablar bien quiere decir ser parco y dejar mucho al oyente; pero ante todo una amplia libertad en el pensamiento constructivo propio. Los signos mostrativos anafóricos, vista las cosas con rigor, llevan con andadores ese pensamiento constructivo concomitante del oyente, y, si en alguna parte lo es, es válida para su empleo la sabiduría griega de la mesura.

27. El mundo de formas de los períodos (bosquejo). El problema; raíces múltiples de la riqueza de formas

Ocurre como con el compuesto: el cultivador de la lingüística comparada conoce también en las frases un mundo fijo de formas de composiciones, sobre cuya historia se sabe mucho. Sería de desear allí y aquí que se encontrara y comprendiera adecuadamente el origen de la multiplicidad. Esto es lo que opinaba Brugmann cuando a propósito del compuesto escribió estas palabras: «No nos interesan las vicisitudes que han experimentado los compuestos existentes, sino el proceso de composición mismo, la composición como *acto de*

creación». Se podría escribir el mismo lema al frente de una serie de trabajos que desde Adelung hasta Nehring se afanaron acerca de la esencia del período; era sobre todo la *hipotaxis,* a cuyo «acto de creación originaria» se refería la reflexión. P. Kretschmer formula así una primera hipótesis sobre ello: «Un conocimiento fundamental para la historia de los períodos, que por lo demás se remonta a Adelung, es que originariamente sólo hubo frases simples y la relación hipotáctica entre frases surgió de la paratáctica» [57]. Lo que apoya esta interpretación sin tantas consideraciones históricas como psicológicas. Las psicológicas se pueden defender contra objeciones aparentes y reales que han sido hechas por hombres como Meillet y Brugmann, pero todavía más aguda y profundamente por H. Paul. De esto se hablará detenidamente.

Visto históricamente tiene importancia para nuestra familia lingüística el hecho de que en indoeuropeo primitivo no se han comprobado relativos ni conjunciones, del cual sacaba Eduard Hermann (especialmente partiendo del griego) la consecuencia de que en indoeuropeo primitivo no hubo hipotaxis. Sin embargo, aparecieron investigadores que negaron la validez de esa inferencia y señalaron que en el campo de las lenguas vivas siempre que hay una carencia semejante de formas hipotácticas las sustituyen medios *musicales* de diferenciación de las frases. Así se empeñó ante todo Jacobi en presentar hallazgos comparativos de otras familias lingüísticas y además reconstruir las presuntas composiciones más antiguas, del tipo de la frase incidental, de los indoeuropeos, con reliquias conservadas en el compuesto solidificado. Meillet subrayó el factor de los recursos musicales y consideró pensable que hubiera conjunciones indoeuropeas antiquísimas, que desaparecieron en época temprana. No falta, como se ve, diversidad de opiniones sobre la historia primitiva del período.

A mi parecer, tocamos del modo más rápido como fenomenólogos el nervio de las cosas y los problemas de teoría de la lengua mediante la clara oposición entre un estado lingüístico en que la parataxis domina el cuadro y otro estado lingüístico en que la hipotaxis está en la cumbre de su desarrollo. Cuando trabajaba en esto encontré una disertación de Viena que trata de un modo absolutamente paradigmático la oposición buscada. Es la investigación de W. Diemke [58], dirigida por el profesor Czermak, muy instructiva para la teoría del lenguaje; tomo de ella un texto del egipcio antiguo, que se compara

---

[57] P. Kretschmer: *Sprache* (1927), pág. 62.

[58] W. Diemke: *Die Entstehung hypotaktischer Sätze. Dargestellt an der Entwicklung des Relativsatzes in der Sprache der alten Aegypter.* Dis. de Viena, 1934.

instructivamente con un período de Tucídides. Para nuestro fin basta comparar la versión [alemana] de ambos discursos, como la da el mismo autor. El egipcio es el paradigma de una lengua *lapidaria*; el griego, un ejemplo de aquellos períodos *muy articulados* (poliártricos) que nos son conocidos por el taller de los clásicos griegos y latinos y en comparación con textos modernos parecen como las antiguas fragatas de alta arboladura de los viejos navegantes. Tucídides (para usar otra imagen) construye a veces en la muestra siguiente hasta el quinto o el sexto piso. Diemke describe en el egipcio la aparición del segundo piso, a saber: de las oraciones de relativo, que allí no faltan del todo, pero siempre se emplean con parquedad, y nos prepara así a la investigación de las circunstancias esencialmente distintas en las lenguas indoeuropeas.

Entre los trabajos de los indoeuropeístas, lo que más estimula a ideas más amplias de teoría del lenguaje es la concisa exposición de los hechos en Kretschmer y la teoría de H. Paul. Los confronto mutuamente con la intención de captar las *múltiples raíces* de la riqueza de formas de nuestros períodos. Esto será, según espero, una contribución al sistema mucho más amplio, que sólo podría obtenerse con una comparación universal y queda como tarea para los venideros.

1. *El estilo lapidario y el poliártrico en ejemplos. El origen del relativo en egipcio*

El texto egipcio comparado por Diemke, de la «Historia de Sinuhe» (Sinuhe B 5), dice así:

> Hice el camino hacia el Sur | no me atreví a volver al palacio | yo pensaba: surgen luchas | no creía yo: viva yo después de ellas | atravesé las aguas del Maatige no lejos del Sicomoro | llegué a la isla Snefru | descansé allí en un campo | seguí la marcha pronto | amaneció | encontré a un hombre —de pie en la cercanía | me saludó respetuosamente | se asustó | llegó la hora de cenar | me aproximé a la «Ciudad del Toro» | crucé en una barca —no había timón en ella— a favor del viento del Oeste | pasé por delante... | encaminé mis pies hacia el Norte | ...

El período de Tucídides (*Hist. belli Pelopon.*, VII|69, 2) aparece articulado gramaticalmente del siguiente modo:

NICIAS

completamente confuso por la situación de las cosas
y viendo
qué grande y próximo era ya el peligro

—pues se estaba ya casi a punto de emprender la acción—
y creyendo
—como suele ocurrir la mayoría de las veces en luchas de tan decisiva [*importancia—*
que falta todavía algo en todas partes
y tampoco se ha hablado todavía bastante

LLAMÓ DE NUEVO A CADA UNO DE LOS TRIERARCAS

interpelándolos con el nombre de su padre y el suyo propio y según [su tribu
y pidiendo a cada uno
que nadie debía arriesgar
la gloria que había adquirido
que nadie debía dejar oscurecer las antiguas virtudes
por las que habían brillado sus antepasados
y recordándoles la patria
que gozaba de la más espléndida libertad
la libertad ilimitada de todos sus ciudadanos para decidir su modo [de vida
y diciendo otras cosas
lo que suelen decir hombres
que se encuentran en una situación semejante
que no se preocupan
de que pueda parecer a alguien anticuado
y lo que los hombres invocan análogamente en todos los casos [semejantes
que se refiere a mujeres, hijos y dioses patrios
pero se considera útil en la situación presente.

Se comprende sin comentario por nuestra parte por qué el autor ve reflejada en el estilo egipcio el «alma de la cultura egipcia» y en el griego la esencia articuladísima y complicada de la helenidad. Los conocimientos particulares que aporta su investigación se encierran en la comprobación de que, en las inscripciones, del signo del *demostrativo coordinante* procede el del *relativo subordinante*. Esto significa, dicho de un modo más preciso: este último puede encontrarse ya en todas partes aun en los textos más antiguos; pero es raro y luego aparece con muchísima más frecuencia en pasajes en que originariamente sólo se encuentra el primero. Cuando, según Diemke, en toda lengua indoeuropea esperamos, por ejemplo, la siguiente sucesión de frases: «*cuando* amaneció encontré a un hombre *que* me saludó respetuosamente *porque* se asustó», están las frases en el modelo de texto egipcio yuxtapuestas y desligadas. Este predominio de la parataxis disminuye sensiblemente, pero no esencialmente, al pasar de los textos más solemnes a los triviales en prosa y en época posterior bajo el influjo de los griegos y romanos, en que puede comprobarse una mayor ligereza y articulación. Si hubiera que definir el término «lenguaje lapidario», que se usa especialmente para los textos más antiguos en piedras, también entre los griegos y romanos, a mi parecer no podría encontrarse ningún ejemplo más extremado de lo

lapidario que estos textos en la lengua sumamente evolucionada de los egipcios.

En el material analizado por Diemke hay hechos extraordinariamente interesantes para la teoría del lenguaje. Expliquémonos las cosas mediante una reconstrucción y con ayuda de los conceptos que hemos elaborado. Si empiezo a contar en alemán llegó *uno hombre*... y continúo con un demostrativo *to-déictico,* éste no tendría que ser todavía durante mucho tiempo un auténtico pronombre relativo. Sino que hubiera sido probablemente en el indoeuropeo primitivo una partícula demostrativa (indeclinable). Pregunta: ¿qué sucede con la función semántica y sintáctica de esa partícula demostrativa? En el texto narrativo no se trata de ninguna *demonstratio ad oculos,* pero hay que considerar si tal vez antes de que se desarrollara el uso anafórico claro tenía al menos un puesto relevante, una deixis en fantasma. Si yo cuento: *N. N. vivía hace cien años en Roma. Allí había entonces*..., está en curso una deixis en fantasma. Ahora otra vez: *llegó un hombre* [etcétera] *to.* Puede ocurrir que el narrador señale como con el dedo en la escena de la fantasía lo que tiene delante. La pregunta de la teoría del lenguaje acerca del nacimiento del relativo dice, pues, lisa y llanamente: ¿cómo se distingue el relativo que conocemos en nuestra lengua de una deixis en fantasma semejante?

Brugmann no veía en absoluto ninguna distinción; hubiera sido menester presentarle el hallazgo en el egipcio expuesto detenidamente por Diemke. Ahí resulta claro por lo menos que el *to* del antiguo egipcio no era propiamente retrospectivo, sino tan notoriamente prospectivo (catafórico), que para la necesidad, surgida después, de una referencia retrospectiva se inventó un signo adicional especial. Desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, éste es el hallazgo más interesante del trabajo en que nos apoyamos. Pues la deixis en fantasma no hubiese necesitado un signo adicional; si lo mentado está interiormente a la vista para mí, el hablante, y para mi oyente, basta con un simple *to* para señalarlo. Otra cosa es, en cambio, cuando me vuelvo hacia atrás en el discurso y quiero señalar una vez más mostrativamente una *palabra* recién pronunciada y llegar mediante el nombre de esa palabra al mismo objeto. Una vuelta tal es el primer paso en la constitución de un relativo; este paso lleva a la *partícula relativa.*

El segundo paso agrega signos de campo a esa partícula y la convierte así en *pronombre* (declinado). Es éste un progreso para el que acaso se pudieran dar justificantes (investigados constructivamente) del indoeuropeo. Por amor a la corrección agreguemos en especial que la enumeración de un primero y un segundo paso no se entiende en nuestro análisis temporalmente, sino que significa una articulación puramente lógica. Ambos pasos son independientes entre sí y pudieron darse también simultáneamente o cada uno sin el otro. —Es obvio que la exactitud objetiva de las interpertaciones de Diemke escapa completamente a mi juicio. Sólo puedo decir una cosa: si entiendo bien a Diemke y si ha encontrado con seguridad el primer paso y lo ha determinado más en detalle, un teórico del lenguaje no se asombra de ello, sino que piensa que es algo que, después de un análisis puramente fenomenológico, se podía esperar comprobado especialmente en alguna parte. Quizá una vez que se ha afinado la mirada para estas cosas, puede comprobarse todavía más claramente también en otros casos—. Dentro del marco del egipcio sería deseable saber hasta qué punto el relativo desarrollado ha recibido posteriormente un matiz temporal, condicional, etc., o se ha unido a signos especiales para esos momentos. Pues esto sería de esperar, paralelamente a la historia de las lenguas indoeuropeas.

2. *El tipo de Paul*

El relativo es el signo mostrativo anafórico *kat' exokhén*. Una vez que ha surgido, hay horizontes libres para la conocida riqueza de formas de conjunciones y construciones incidentales. ¿Es, pues, en absoluto el nacimiento del relativo en una lengua el origen buscado de su mundo de formas de construcción incidental? Respuesta: *no*; sino que hay otros modos de génesis. El riesgo de una teoría demasiado apresurada, y monista en cuanto a los principios, de estas cosas se evita si se comprueban en casos claros composiciones que tienen otra estructura. De un modo puramente formal, y vistas las cosas desde la frase simple, podrían suceder *amplificativa* o *sintéticamente*; en el primer caso resulta (dicho toscamente) *de una frase dos,* y en el otro caso, *de dos una.* Entre los lingüistas hubo un teórico de la amplificación muy consecuente, era H. Paul; y hay un sintético igualmente consecuente, es P. Kretschmer.

Que esta contraposición no carece en modo alguno de fundamento, puede reconocerse ya externamente en la manera como Paul, después de una exposición de la frase única *amplificada,* sorprende al lector de su libro con esta manifestación: «En lo que precede hemos rebasado ya los límites de la llamada frase simple y hemos penetrado en la esfera de la compuesta. Una consideración realmente histórica y psicológica muestra precisamente que esta separación no puede sostenerse en pie» (§ 100). Si aquí se esboza ya una polémica, ésta adquiere una forma precisa en la cuestión de cómo pueden haber sido las cosas en un principio. Paul no sólo discute la tesis en que confiaban los expertos según el informe de Kretschmer «hasta remontarse a Adelung», sino que extrema su contradicción hasta la sorprendente afirmación contraria de que no ha habido nunca una verdadera parataxis: «Si hemos visto que en la hipotaxis puede subsistir cierta independencia de uno de los miembros, resulta por otra parte que no se da una parataxis con plena independencia de las frases unidas entre sí, *que no es posible* unir entre sí frases *sin cierta forma de hipotaxis* (págs. 147 y siguientes; el subrayado es mío). Esto es, pues: En el principio era la hipotaxis y nunca ha sido superada.

¿Qué hubiera dicho Paul ante el texto egipcio? Probablemente esto: Aquí veis todavía con más claridad que en ninguna otra parte que tengo razón. Pues no querréis convencerme de que el narrador de aquel encuentro por la mañana temprano ordenó por pura casualidad las frases precisamente tal como las necesitáis para hacer de ellas, mediante la adición de tres signos de enlace, un período regular indoeuropeo con oraciones principales y subordinadas. No, sino que el egipcio ha ordenado las frases exactamente como vosotros,

para que una determine más las otras y resulte de ellas un discurso con estructura lógica. Y *esto es lo que Paul* llama una subordinación. Lo cual no se puede contradecir, sino sólo preguntar si su conceptuación es adecuada y conveniente o no. Toda frase que es «determinada» de algún modo por una frase vecina, ¿es una frase subordinada? Un hombre como Paul tiene naturalmente razones «históricas y psicológicas» cuando se aparta de la opinión dominante y sigue caminos personales.

Pero, dicho fenomenológicamente, el punto flaco de su teoría es que implica al partido contrario una concepción de la «independencia» (de cada frase en series paratácticas) que de hecho no se ha sostenido nunca. Si como defensores de los atacados se introduce la autosuficiencia, estudiada por nosotros, de la frase sin campo mostrativo, está dicho todo lo que hay que replicar a Paul. Una frase puede ser tan autosuficiente como las proposiciones de los lógicos, y sin embargo estar asignada objetivamente a un lugar preciso de la demostración exacta; o está determinada objetivamente con más rigor y se determina a sí misma en las relaciones de vecindad de un contexto estructurado lógicamente. Todo esto, en la medida en que pasa, tiene que descartarse por lo pronto al comienzo de la teoría de los períodos y sus formas fijas. Digamos de antemano que la consideración que dejamos de lado de este modo reaparece, sin embargo, en un lugar posterior del sistema, y más adelante se examinará hasta qué punto es ineludible. Pero de momento se trata de exponer en sus líneas fundamentales la concienzuda doctrina de Paul.

Paul parte, lo cual es decisivo para su teoría, de la frase representativa sin campo mostrativo (S → P) y persigue los fenómenos que surgen cuando se agrega un segundo S al P común o un segundo P al S común. Nosotros mismos hemos recurrido a este esquema de amplificación, en conexión con la lógica de Erdmann, para explicar las funciones de la palabra *y* (§ 21, 1). Sólo hay que añadir la observación de que también Paul advierte como gramático la diferencia entre un *y* que liga cosas y el que enlaza frases y responde a ella con la observación casi sorprendida de que de la relación S → P «surgen las demás relaciones sintácticas con una única excepción, a saber, la unión *copulativa* de varios elementos para formar un miembro de frase» (pág. 138). Este resto de reconocimiento de la peculiaridad de las «uniones con *y*» atributivas es al fin y al cabo la legitimación de la resistencia de Paul contra los innovadores en la teoría del compuesto (verbal). La teoría de Paul sobre la frase amplificada podría construirse de un modo todavía mucho más claro por quien pusiera en relación, como nosotros, el curioso hecho de que después de varios sujetos en la frase el P puede ser provisto del signo del sin-

gular o bien del plural, con la distinción mencionada: «senatus populusque Romanus decrevit (decreverunt)». Pero esta cuestión es para nosotros cosa conclusa; sólo tenemos que hablar todavía del *y* que enlaza frases.

Cuando el *y* que enlaza frases aparece después de un sujeto único entre dos predicados, dice el lógico con razón que existen dos juicios, y Paul dice que hay propiamente un período: *se desplomó y murió.* Nadie negará que en ello está señalada juntamente y representada una relación objetiva de los sucesos. Y si muchas veces esta relación objetiva es una mera sucesión, en otros casos será a voluntad más rica y matizada: *amaba y perdonó*; *finge y consigue su propósito.* Sí; ¿para qué seguir hablando con todo detalle sobre otras posibilidades y mantener el supuesto de que sólo puede darse un sujeto en tales construcciones? La peculiaridad de la doctrina de Paul está circunscrita con suficiente precisión cuando tras el primer punto «amplificación» se ha tratado el segundo sobre la «conjunción *y*». Formulamos, pues, la doctrina de Paul en la concisa fórmula: En el principio era *el y que amplifica y descompone las frases.*

Apenas se necesitan adiciones en una visión de conjunto como la que ha de ofrecerse aquí. La idea de Paul es sin duda unilateral, pero en modo alguno puede rebatirse. Y de aquello en que es acertada deriva un conocedor de la historia y maestro de la interpretación como él, ideas generales en que su capítulo sobre las «relaciones sintácticas fundamentales» es rico como casi ninguna otra exposición breve de los períodos. Naturalmente, Paul sabía tan bien como nosotros que el *y* no tiene que aparecer siempre como palabra, sino que puede quedar tácito o puede ser sustituido por otra palabra del grupo de las copulativas. La parataxis relativamente más pura en su sentido la encuentra realizada en «frases paralelas» como *él ríe, ella llora,* y reconoce la anáfora como un «paso sumamente importante» en la evolución de la sintaxis. La anáfora significa para él un medio de ahorro: «Podemos imaginar una forma de expresión más prolija, en la cual la frase se empleará siempre dos veces, una como independiente, otra como dependiente. En lugar de tal repetición, que sólo por excepción se encuentra al menos en la realidad, se sirve el lenguaje de la *sustitución* por un *pronomen* o *adverbium demonstrativum*» (pág. 148).

Ciertamente, esto está dicho correctamente y no puede rebatirse, sino sólo profundizarse. A saber, reconociendo la demostración *reflexiva* como un fenómeno sumamente sorprendente y en modo alguno obvio, y subrayado el nacimiento del auténtico relativo como un punto de inflexión en la historia de los períodos. Paul apunta el tema sin desarrollarlo. Igualmente anota en el último apartado de su

capítulo aquel origen de composiciones hipotácticas que Kretschmer pone al principio; pero sólo se dice que ocurre que *requerimientos* y *preguntas* «entran en dependencia lógica» (para formar una frase expositiva) y se transforman en «designaciones de la condición o de la concesión»: *Quidvis opta et veniet* (pág. 150). Adviértase una vez más el *et* en el lugar problemático y espérese un cambio del intento de explicación allí donde (como en Kretschmer) este «y» no está ya provisto de un acento.

3. *El tipo de Kretschmer. Un estadio previo. Formulación general*

La fórmula, desde Adelung hasta Kretschmer, es: En el principio era la cadena *paratáctica,* hasta que surgieron *interpenetraciones.* Es de importancia decisiva que esta segunda reconstrucción no parte como la de Paul de la frase sin campo mostrativo, sino de un estado lingüístico *más primitivo* (considerado fenomenológicamente). Allí es el decir representante S ⟶ P el que se piensa amplificado, y aquí son manifestaciones lingüísticas *notificantes* o *apelantes* las que se funden más estrechamente. Leamos la enumeración, extremadamente precisa, de los casos principales en Kretschmer:

Considerados externamente, hay que distinguir tres casos. 1. La segunda de dos frases sucesivas se subordinó a la primera. Por ejemplo: *Timeo. Ne moriatur*, «Tengo miedo. ¡Que no se muera!» se convierte en *Timeo ne moriatur,* donde el latín *ne* frente a «temo que se muera» se explica justamente por este origen. 2. La primera frase se subordina a la segunda: Eἰ (=εἴθε) μοί τι πίθοιο! Τό κεν πολὺ κέρδιον εἴη «¡Oh, ojalá me obedecieras! Sería mucho mejor», se funde en una frase, entendiéndose la primera frase como condición para la segunda: «Si me hicieras caso sería mucho mejor» (*Il.*, H. 27). Cfr. la construcción de: *Sint Maecenates, non deerunt, Flacce, Marones* (Marcial, VIII, 56, 5), y en Schiller: *Sei im Besitze und du wohnst im Recht = Wenn du im Besitz bist, so wohnst du im Recht* (Ten la posesión y tienes el derecho = Si tienes la posesión, tienes el derecho). 3. Una frase interpolada se subordina a la frase que la rodea. *Il.,* B, 308 y siguientes δράκων... σμερδαλέος, τόν ῥ' αὐτὸς 'Ολύμπιος ἧκε φόωσδε..., ὀρουσέν está pegado originariamente del siguiente modo: «un espantoso dragón... que envió el Olímpico mismo al amanecer... se precipitó...». Al subordinarse la frase intercalada a la que la incluye, el demostrativo τόν se convierte en lo que llamamos relativo.

De otro modo explica H. Lattmann, *KZ.,* 49 (1919), 100, el tipo de frase *Timeo ne moriatur,* entendiendo *ne* como partícula intensiva (cfr. gr. νή, ναί) e indefinida (lat. *-ne* en interrogaciones) y buscando en el subjuntivo un potencial. Por tanto, sentido originario: Temería que acaso moriría (pág. 62 y ss.).

La diversidad de opiniones de los expertos sobre el *ne* latino no afecta a la valoración teorética de la teoría sintética. Pues también la frase con potencial contiene una notificación que se traduce en el

período. Tendríamos que tomar las cosas desde muy lejos para encontrar el punto de vista desde el cual resulta visible toda la multitud de las relaciones descubiertas por Kretschmer; tendríamos, ante todo, que tratar sistemáticamente las «clases de frases», lo que rebasaría con mucho el análisis de lenguaje representativo ofrecido aquí. Pero, sin tomar las cosas desde tan lejos, hay que decir algo que pertenece al tema del campo mostrativo, en conexión con el primero y el segundo caso principal de Kretschmer. Dejemos aparte su tercer caso, porque el origen del relativo es harina de otro costal y ya se ha discutido.

Planteo la cuestión, ciertamente sencilla y natural: en la supuesta fase inicial, al lado de «Timeo. Ne moriatur», ¿había también consecuencias como «Times. Ne moriatur» o «Medicus timet. Ne (pater meus) moriatur»? Acaso, también acaso no; se trataría de saber si el deseo formulado lingüísticamente (que el enfermo no muera) en estos casos añadidos surge del alma del hablante igual que en «Timeo. Ne moriatur». O bien del alma del tú a quien se habla, o del médico. En el estado lingüístico maduro del latín clásico, en que de las dos frases se ha hecho una construcción hipotáctica, la interpretación no ofrece duda; se atribuye un «temor» al sujeto de la primera frase, siendo indiferente si ese sujeto está puesto mostrativamente con el «yo», con el «tú» o nominalmente. Pero ¿cómo eran las cosas en el estilo puramente paratáctico? Se podría imaginar una fase intermedia en la cual la función desiderativa (mejor: aversiva) del *ne* estaba todavía muy viva y se daba un salto del estilo narrativo de la primera frase a un estilo directo que ofrecía la segunda frase: «Medicus timet: *ne moriatur*». Que tales consideraciones sean superfluas a propósito del ejemplo personal de Kretschmer no puede hacernos desistir de hacerlas, después de haber aprendido en el egipcio qué poco evidentes son de hecho las transiciones hacia el auténtico período. Allí, ciertamente, eran necesarios para el nacimiento del relativo otros progresos que aquí; pero también aquí habrán sido inevitables transiciones. Y una de ellas podría ser la mezcla a que aludo, una mezcla que está apuntada con el conocido caso particular de una interpolación de estilo directo en la narración, pero todavía no definida suficientemente y agotada, de ninguna manera.

No es un azar que los ejemplos de Kretschmer, que hablan de un modo tan claro y convincente desde el punto de vista de la historia de la lengua, contengan el (antiquísimo) imperativo y el optativo (o prohibitivo). Pues Kretschmer carga el acento en toda su teoría de la frase sobre la función expresiva y apelativa. Las formas verbales mencionadas, si no existieran, junto con las frases a las que prestan su carácter, se podrían construir según el modelo de *órganon* propio

del lenguaje: Lo mismo que las infrecuentes adiciones fraseológicas a interjecciones; pienso en lat. *heu me miserum* o *vae victis*. Desde nuestro punto de vista es importante lo siguiente: Siempre que el momento de expresión y apelación, reproducido todavía sólo mediante modulaciones musicales en la frase sin campo mostrativo —mucho más reciente—, tiene una forma fonemática propia (que, como en el imperativo *¡ven! ¡vení!*, puede consistir también en la carencia de un sufijo), existe también la posibilidad de los períodos vistos y descritos por Kretschmer.

¿Por qué? La respuesta es psicológica y dice así: Porque nuestros afectos y voliciones suelen estar dirigidos a cosas y relaciones y orientados en ellos, motivados desde ellos. La plena comprensión de manifestaciones lingüistas afectivas y volitivas hace con frecuencia imprescindible que no sólo se trasluzca algo de esa intención hacia lo objetivo, sino que se diga *expresamente*. Si algo de esto objetivo está *representado lingüísticamente* en una frase que sigue o precede a la manifestación expresivo-apelativa, se funden ambas manifestaciones, como espontáneamente, en una construcción hipotáctica, *porque se nutren de una y la misma vivencia*. Pues es evidentemente la misma vivencia aquella de que parte el hablante dos veces para el «Timeo. Ne moriatur» o para el otro modelo de frase, tan instructivo, por el cual podemos comprender por qué los griegos no han obtenido su palabra para decir *wenn* (si, cuando), como nosotros, como un derivado del relativo. Kretschmer ha visto un caso verbal típico y lo ha reconocido como origen propio de construcciones hipotácticas.

Una vez llegados aquí, pertenece a las funciones del psicólogo hacer observar a los expertos historiadores de la lengua que no sólo las vivencias fuertemente afectivas, sino también ideas débiles o neutrales, desde el punto de vista afectivo, pueden inducir u obligar en absoluto a un doble impulso al hablante que las quiere reproducir. Si sustituyo el latín *timeo* por un *verbum sientiendi* o *declarandi*, se le ocurre a todo antiguo alumno de latín que tiene que esperar después la curiosa construcción de un *accusativus cum infinitivo*: *ceterum censeo Carthaginem esse delendam*. Descritas las cosas psicológicamente, el *contenido* mental que refleja el *accusativus cum infinitivo* guarda con la declaración del *acto* mental que expresa la palabra *censeo* una relación absolutamente análoga a la del contenido de temor del *ne moriatur* con la declaración de la vivencia de temor en *timeo*. Por eso en nuestras lenguas modernas tampoco hacemos una distinción general entre ambos casos, sino que ponemos allí y aquí un derivado del relativo como la conjunción *que*; o seguimos allí con un estilo directo: «yo temo: *se muere*»; «yo declaro: *Car-*

tago tiene que ser aniquilada». Es indiscutible que el *accusativus cum infinitivo,* desde el punto de vista lingüístico, no puede equipararse simplemente a las oraciones subordinadas (usuales). La cuestión de cómo se distingue en general de ellas, desde el punto de vista de la teoría del lenguaje, tendrá que discutirse especialmente.

4. *Una comparación de ambos tipos*

Se favorece la visión de conjunto y la distinción clara entre el tipo de Kretschmer y el de Paul si se introducen denominaciones adecuadas. En el tipo de Kretschmer lo que constituye la composición es la *unidad intencional* de la vivencia que se expresa como palabra dos veces; en el tipo de Paul, en cambio, es una *relación circunstancial*. La narración *se desplomó y murió* describe dos sucesos que afectaron uno tras otro a la misma persona, y deja al cuidado del oyente imaginar específicamente la relación circunstancial. ¿Debe llamarse ya a esto una hipotaxis? Es cierto que se necesita poco para formular lingüísticamente de un modo más matizado y configurar de una manera más compleja la relación sólo apuntada mediante *y*: «se desplomó, *pero* volvió a levantarse; los montes Tauern son hermosos, *pero* difíciles de escalar». Un *pero* semejante supone en el oyente una continuación del pensar y lo corrige o frena; habla al oyente aproximadamente así: «¿acaso has esperado que el caído se quedó tendido? No, sino que...; acaso te incita la belleza de los Tauern, pero piensa también en lo que sigue». En lo esencial son tales subconstrucciones las que sostienen la interpretación de Paul; y hay que hacerlas y aceptarlas en nuestros ejemplos, porque en otro caso la construcción resultaría incomprensible. Pues objetivamente no hay entre las propiedades «hermoso» y «difícil de escalar» ninguna relación de contraste, de oposición o de cualquier otra cosa que se pudiera mentar con «pero». Con esto hemos vuelto a tropezar sin proponérselo con el factor de la construcción concomitante, y sólo él puede fundamentar dentro de ciertos límites la teoría de Paul.

El tipo de construcción de Kretschmer, en cambio, es más primitivo, es probablemente más antiguo en la historia de la lengua; en principio, tendría que poder conseguirse ya con las señales de un sistema de una clase. Y si no me engaño, pertenecen de hecho a él los escasos acoplamientos de nuestras interjecciones fijas con simples denominaciones y frases representantes: *¡Oh dolor! ¡El enemigo! ¡Al diablo! ¡Qué vergüenza! ¡Anda, está tronando!* El botín sería más rico sin duda en el cuarto de los niños; y precisamente en aquella interesante fase en que las llamadas frases de una sola palabra son

sustituidas por expresiones de varias palabras. Por lo regular, al principio no son todavía frases del tipo S ⟶ P, sino mezcladas afectivas y nominales o apelativas y nominales en un único e idéntico impulso verbal. Si existe ya un signo formal de negación, este *nein* (no) voluntarioso en boca de niños alemanes no suena, la mayoría de las veces, de un modo muy distinto que el latín *ne* (a saber, *näh*) y se antepone o agrega a la expresión denominante. Se entiende que las construciones, gramaticalmente bien formadas, de Homero y las demás frases explicativas de Kretschmer no son ningún lenguaje infantil. Pero quería aclarar mediante paralelos la edad, probablemente muy avanzada, del tipo de construcción descrito por él.

La frase representativa desarrollada S ⟶ P, con la cual comienza Paul, es más reciente. Si el niño la domina suficientemente, aparecen contraposiciones como *papá bueno, tata mala,* formas que Paul hubiera podido admitir, junto con su ejemplo *él ríe, ella llora,* en la lista de las construcciones paratácticas relativamente más puras. Si aparecen como fenómeno típico también amplificaciones de frases que sigan la fórmula de Paul simultáneamente o sólo después, no puedo decirlo después de un examen de las expresiones infantiles observadas concienzudamente. Son conocidas, yo mismo me acuerdo de ellas con toda claridad, porque me extrañaron; pero nunca han sido escuchadas en la perspectiva de Paul. Cuando aparecen en la forma en que me extrañaron resulta especialmente claro que en realidad el P único con varios S (quizá también al revés) es un modelo favorito y utilizado y aprovechado por el niño que aprende a hablar, con frecuencia como juego:

Cuando el niño dice frases de dos palabras, sobre cuyo sentido judicativo no subsiste ya ninguna duda, por ejemplo, *padre bueno,* se puede observar en ocasiones que el pequeño hablante no se contenta con un resultado único de esa índole, sino que, para atenerse al ejemplo escogido, provee ahora a todos los demás presentes, sucesivamente, con el mismo predicado (*mamá buena, tía buena,* etc.). Aquí el estímulo para el segundo juicio y los siguientes no viene, como es notorio, desde fuera, sino que el niño repite su actividad judicativa con otros objetos como sujetos. Se vuelve alrededor, por decirlo así, con un esquema en blanco, para incluir también sucesivamente a las demás personas; o, lo que quiere decir lo mismo, mantiene el procedimiento y lo traslada a otros casos. No sé si ocurre también ya en esta edad temprana que se varíe de un modo análogo al predicado mientras el sujeto permanece constante, o incluso que S y P cambien simultáneamente, de modo que, dicho metafóricamente, tuviésemos que habérnosla con un esquema de juicio completamente vacío. Pero seguramente se encuentra alguna otra cosa que tiene que ver con esto, a saber: muchas de las antítesis que tanto gustan a muchos niños. Ciertamente no todas. Hay casos en que por la situación total y la forma de expresión (de un solo golpe) se adquiere la convicción de que el conjunto tiene que considerarse como un complejo de juicios unitario, que, con otras palabras, la relación de oposición constituía ya de antemano el centro del pensamiento de la frase. Pero también

he observado otros casos que postulaban otra interpretación, precisamente la que aquí nos interesa. Esto es completamente indiscutible, por ejemplo, cuando el juicio con el predicado contrario aparece sólo en un lugar tardío de una serie de frases con predicado hasta entonces constante [59].

Hoy soy de la opinión de que, tras una preparación suficiente de teoría del lenguaje, muchas cuestiones de los lingüistas que se han ocupado de las formas de los períodos podrían contestarse en el cuarto de los niños, y no se debería dejar escapar este campo de observación, fácilmente accesible.

Todavía después aparece en el lenguaje infantil el relativo pleno y con él el grupo de los demás medios de enlace anafóricos. Pero sobre esto se sabe de momento demasiado poco, lo que podría facilitar nuestro bosquejo de la teoría del lenguaje acerca de los períodos.

5. *El concepto de hipotaxis. Ruptura de campo. Propuesta de Marty, trabajos modernos*

Una palabra sobre el *concepto* de hipotaxis, cuya definición es tan difícil como la del concepto de frase. ¿Qué es una oración subordinada? La discusión de los especialistas más antiguos, desde Adelung hasta Heyse (*Lehrbuch der deutschen Sprachen,* 1849), desarrolla de un modo cada vez más consecuente la idea de que la relación de la frase con sus palabras se repite en nivel superior en la relación del período con sus frases: «Las oraciones subordinadas son partes determinantes o complementarias de la oración principal, tienen con la oración principal y sus partes una relación análoga a la de las determinaciones amplificativas de la frase simple con ésta y sus partes; sólo se distinguen de estas determinaciones en que tienen forma de frases» (Heyse). Si un teórico del lenguaje busca hoy qué fenómenos corresponden más adecuadamente a esta concepción, se le ocurren, entre otros, el *accusativus cum infinitivo* mencionado a propósito del tipo de Kretschmer y las construcciones participiales latinas. Pues ambos están de hecho dentro del campo simbólico de la frase básica única y llevan *los signos de campo de ésta*; los participios acumulados en el modelo de período tomado de Tucídides, por ejemplo, aparecen en nominativo, que los inserta, como al sujeto mismo (Nicias) en la frase básica. Lo mismo vale para el acusativo en «ceterum censeo Carthaginem esse delendam». Para volver a la imagen de las «articulaciones» de un discurso, en este punto no se da ninguna *ruptura de campo* ni formación de articulaciones, sino que el campo simbólico único de la frase básica o central da cabida en sí regularmente a estas adiciones. Las relaciones son en este punto parecidas a las del compuesto (y el grupo verbal suelto). Sólo en el interior,

[59] K. Bühler: *Die geistige Entwicklung des Kindes,* 5.ª ed., pág. 402 y s.

en sus relaciones domésticas, por decirlo así, parece la cosa un poco distinta que en el interior del compuesto; hay mucho más espacio en ellas, las posibilidades de desarrollo de la composición interna que parte del verbo son mayores.

Pero dejemos provisionalmente todavía en pie esta cuestión y pensemos de pasada en las llamadas construcciones participiales absolutas, es decir, no incluidas tan inmediatamente; por ejemplo, el *ablativus absolutus* en latín. La comodidad de un sistema que posee junto a los casos de determinación interna un caso tan magnánimo de determinación externa (entendida la palabra en el sentido de Wundt) como es el llamado *ablativus* latino, se utiliza ampliamente como un nido cómodo, una caja fija, dentro de la cual se pueden construir y reproducir lingüísticamente relaciones objetivas con la amplitud que se quiera y con los mismos medios sintácticos que en otros tipos de frases. Independientemente (dentro del cuadro que forma el nido) de las circunstancias en el campo simbólico de la frase que rige. ¿Debe contarse el *ablativus* en general en el repertorio del campo simbólico de las frases latinas? Tengo que abandonar esta cuestión a los especialistas; como profano se tiene la impresión de que en buena parte el sistema de declinación mixto del latín es lo que conduce a las frases «amplificadas» asombrosamente distendidas que conocemos por los clásicos. Pues cuando los lugares vacíos inmediatos en torno del verbo están ocupados por respuestas a las preguntas *quis? quid?*, vienen sucesivamente determinaciones del *ubi? quibus auxiliis? cur? quomodo? quando?* y se insertan a la vez. Una frase latina semejante es entonces como una mochila preparada para la campaña, provista de todo; de muchísimo más, en todo caso, que lo que podrían proporcionar los casos de determinación interna solamente.

Este sería el lugar en que una teoría sistemática de la oración subordinada tendría que valorar la idea muy difundida de que la oración subordinada es un miembro de frase o representa un miembro de frase. Esta idea está justificada en la medida en que no se da ninguna ruptura (completa) del campo simbólico y ninguna formación de articulaciones como se ha creado del modo más elegante por medio del relativo con sus derivados, las conjunciones. Está justificada en la medida en que se dan incisos como las construcciones participiales dependientes o independientes o formas del tipo del *accusativus cum infinitivo*. Cuando, en cambio, interviene la anáfora con toda su eficacia, ya no se necesita el vendaje de urgencia de la inserción *fija,* sino que se puede empezar completamente de nuevo y, a pesar de ello, subordinar dónde y en el sentido que se quiera. Esta es la función especial de los signos mostrativos que se han hecho anafóricos y ca-

paces de unión ellos mismos. No; tenemos que rectificarnos: la teoría de la parte de frase encuentra ya sus límites también en el tipo de Kretschmer y Paul. Pues todo «*y*» conjuntivo *puede* establecer una ruptura de campo y empezar con nuevo sujeto, y los estilos directos o frases apelativas o expresivas agregadas tienen siempre su propio campo simbólico [60].

H. Paul aprecia justamente en su Gramática alemana el hecho a que atiende en primer término la teoría del miembro de frase, mediante el reconocimiento de un primer grupo principal de oraciones subordinadas, que llama «frases con caso». Pero luego siguen otros dos grupos principales, que introducen bruscamente nuevos puntos de vista distintos. Y en esto estriba lo insatisfactorio lógicamente de casi todos los intentos de clasificación. Pero ¿quién sabe? Acaso no sean responsables los ordenadores, sino lo que se ha de ordenar, de la pluralidad de puntos de vista.

Entre los modernos, muchos subrayan la casi siempre indiscutida *necesidad de apoyo* de las oraciones subordinadas y siguen a Marty en la propuesta de incluirlas entre los elementos *sinsemánticos*: «No sólo nombres, también frases enteras pueden degradarse hasta convertirse en signos meramente cosignificativos, se convierten en oraciones subordinadas, no son ya independientes, sino sólo significativas de un modo dependiente, y también ocurre que la significación originaria es todavía eficaz como forma lingüística interna». El que ha pensado a fondo esta idea del modo más consecuente, que yo sepa, es W. Brandenstein en un trabajo claro e instructivo: «Por oración subordinada se entienden dos cosas: *Primero,* frases de cierto aspecto exterior; *segundo,* frases con ciertas notas significativas todavía no fijadas. Estos dos conceptos, que se ocultan tras el término único 'oración subordinada', coinciden muchas veces, pero no siempre del todo» [61]. La propuesta de definición personal de Brandenstein dice finalmente así: «Parece, pues, que sólo queda la salida de definir las oraciones subordinadas, por su significación, como aquellas frases que son *sinsemánticas,* que por sí solas no tendrían significación o tendrían sólo otra» (pág. 135). Si esto corresponde perfectamente a la definición de «sinsemántico» de Marty, quede sin decidir. En todo caso, la necesidad de apoyo debe ponerse así en primer plano.

[60] Adviértase que secundariamente (incluso en frases de relativo) puede producirse aquella curiosa función que se ha llamado el fenómeno del ἀπὸ κοινοῦ: Paul ha documentado minuciosamente esta fusión en sus frases amplificadas del medio alto alemán (138, 140), donde era frecuente: *ich hab ein sünt ist wider euch* (H. Sachs). Pero ya la impresión de desusado demuestra con qué precisión están separados los campos simbólicos en los demás casos.

[61] W. Brandenstein: «Kritische Musterung der neueren Theorien des Nebensatzes», *Indog. Forsch.,* 44 (pág. 125).

Pero hay una dificultad y no es en ningún caso definición suficiente. Nehring[62] ha comprendido y subrayado esto con precisión. Podemos enlazar lo que aporta de nuevo con nuestro análisis del tipo de Paul. Allí resultó claro que es una relación circunstancial lo que constituye la construción *amaba y perdonó*. Nehring llega al conocimiento de que en la hipotaxis se trata esencialmente de la representación de tales relaciones circunstanciales. La oración subordinada revela sin duda un carácter sinsemántico, por tanto, una necesidad de apoyo; pero «se añade además una magnitud lógica». Si se despoja lo que piensa Nehring de una manera de hablar extraña, queda la averiguación de que la construcción hipotáctica como conjunto sirve para la reproducción de una relación circunstancial.

Esto no vale ciertamente para el tipo de Kretschmer; pero fuera de él es decisivo. En este punto tendría que tomar las cosas un lógico capacitado que nos mostrara cómo y hasta qué punto la diversa configuración de los juicios *condicionados* es reflejada por el mundo de formas de los períodos. Entre juicios categóricos (incondicionado) y los condicionados y restringidos de los modos más diversos existe lógicamente una gran diferencia. Las construcicones hipotácticas están destinadas, entre otras muchas cosas, a reproducir juicios condicionados: *si hay relámpagos, hay truenos*. Aquí la relación de dependencia de los acontecimientos está en el centro; podría poner junto a ello en alemán la frase correlativa «cabellos largos, ideas cortas». Muchos interpretan las presuntas frases nominales como construcicones condicionales. Si alguien ha avanzado hasta aquí en sus meditaciones, la caracterización de la oración subordinada como una forma lingüística sinsemántica (o como antes se decía, sincategoremática) no puede en todo caso satisfacerlo ya completamente y para todos los tipos.

Hay muchas clases de oraciones subordinadas. La fórmula universal de Brandenstein, demasiado simple, no aprecia justamente, pues, el tipo de Paul con las relaciones circunstanciales. Pero también deja de lado el tipo de Kretschmer con una determinada demostración tomada de un modo demasiado fácil. Brandenstein reconoce sin duda la fecundidad del modelo de *órganon* del lenguaje, pero cree poder desatenderlo en su problema. *Nosotros* encontramos que precisamente es esencial en construcciones del tipo de Kretschmer que del mismo impulso verbal fluyan dos manifestaciones que se completan, porque una de ellas se ocupa del acto y su realización y la otra del contenido intencional: «Censeo Carthaginem esse delendam; timeo ne moriatur». Pero Brandenstein se cierra a sí mismo el camino hacia esta con-

---

[62] Nehring: «Studien zur Theorie des Nebensatzes». I. *Zeitschr., f. vergl. Sprachforschung,* 58.

cepción, porque cree tener en la mano la demostración de que «se puede determinar suficientemente cada clase de signos lingüísticos sólo mediante notas puramente psicológicas, es decir, que basta la indicación de qué puede *expresar* ese género de signos lingüísticos» [63] (página 119). Para él son, pues, todas las frases *unísono* manifestaciones expresivas; tan *unísono,* que no hay lugar para las construcciones tan características, tal como las ha descrito Kretschmer. Por tanto, en resumen: el resultado final de una teoría del lenguaje tan simplificada es una perplejidad, tanto frente al tipo de períodos de Paul como al de Kretschmer.

La hipotaxis es, pues, por lo menos, de tres clases. El que, después de todo lo que hemos explicado y discutido de la discusión más que tricentenaria de los expertos, lee una vez más la historia egipcia de Sinuhe, encontrará ya también allí giros que llevan al tipo de Kretschmer. Por ejemplo: *yo pensaba: surgen luchas; no creía yo: viva yo después de ellas.* Esto es, si las versiones son adecuadas, aquella mezcla de estilo narrativo y directo que podría ser muy primitiva, que quizá fue el primer conato de construcciones según el tipo de Kretschmer. Una palabra copulativa y con ella amplificaciones de frase, según el modelo de Paul, no pueden encontrarse en la versión alemana del texto egipcio. Y *last not least,* el relativo apenas desempeña un papel en el lenguaje lapidario de los egipcios. El punto de inflexión decisivo en la evolución hacia los períodos muy articulados de las lenguas indoeuropeas tiene que haber aparecido cuando se aprendió a convertir en campo mostrativo el mismo contexto en formación, para aplicar al hilo del discurso articulaciones multiformes. El punto de inflexión decisivo fue el desarrollo de la mostración en el modo de la anáfora.

6. *Nueva propuesta: tipología*

Sobre esta base debían plantear una vez más los conocedores íntimos de los hallazgos de la historia del lenguaje el tema de los

---

[63] La demostración misma sólo está esbozada a la ligera, de modo que no vale la pena entrar en más detalles. El perspicaz Marty ha visto ya exactamente que la hipótesis de una correspondencia no es acertada para la notificación y la apelación. «Pues en manifestaciones de desagrado y de dolor evidentemente sólo es posible provocar compasión y voluntad de ayuda»; por tanto, fenómenos psíquicos completamente distintos de los manifestados. Ciertamente es así, y no se puede pasar por encima de ello con un gesto. Como tampoco sobre el hecho de la correspondiente discrepancia entre expresión y representación. Respecto a estos y otros ensayos, remito a lo que se dijo más arriba, § 2, sobre el modelo de *órganon* propio del lenguaje.

períodos. Si —como vimos que era menester y justificamos a propósito del compuesto— ponemos aparte la cuestión de las construcciones puramente artibutivas, tiene validez en el campo del indoeuropeo una regla que recuerda el principio de los ajedrecistas: *regina regit colorem*. *Regina* es el verbo y lo que determina es la cuestión del campo simbólico y de los límites del campo simbólico. El verbo puede también abrir y regir entonces otro campo simbólico en torno suyo, cuando aparece como infinitivo o participio, como nombre verbal o como miembro verbal de un compuesto. Remontemos una vez más la serie: el nombre verbal y todas las palabras derivadas en las cuales todavía está vivo un elemento verbal como tal, forman, por ejemplo, compuestos en los que se advierte claramente un caso objetivo. Las dos palabras *wasserhaltig* (lit. que contiene agua = acuoso) y *wasserreich* (lit. abundante en agua = caudaloso) las diferencia mi propio sentido lingüístico en el mismo sentido que *Schuhmacher* (zapatero) y *Schuhsohle* (suela de zapato), mientras que el sentido lingüístico me hace dudar si puede advertirse aún la misma diferencia también entre *Haarband* (cinta para el cabello) y *Haafarbe* (color del cabello). Sobre el participio y el infinitivo como palabras que rigen el campo de la frase tendrían que dar su opinión los latinos; la cuestión no es si pueden regir, sino hasta qué punto el campo simbólico abierto por ellos puede sustraerse al dominio de la frase subordinante.

Para volver una vez más a la imagen de las articulaciones del discurso, en el *accusativus cum infinitivo* no hay ninguna articulación, sino una adherencia (*sínfisis*), porque existe un miembro común, que es remitido por el verbo finitivo del período al caso objetivo, mientras que en el campo simbólico del infinitivo ocupa el lugar del sujeto. El paso de un campo simbólico al otro acontece, pues, en construcciones como *ceterum censeo Carthaginem esse delendam*, por decirlo así, en el interior de ese miembro común. De un modo análogo, pues, a todos los demás casos del multiforme fenómeno que se ha llamado el ἀπὸ κοινοῦ, pero no de un modo tan completamente interno como en las hipotaxis consideradas por Kretschmer. Si, por el contrario, construyo con ayuda de signos anafóricos: amo más a aquel que..., existe una clara articulación del discurso, pues ya no hay ningún miembro que pertenezca a la vez a los dos campos simbólicos y cada uno de los dos signos mostrativos declinados es completamente libre; cada uno puede ocupar un lugar cualquiera de su propio campo: *yo doy a aquel de quien...*, etc. Esto es el paso a aquella libertad en cuyo ámbito no sólo un miembro de frase de aquí se refiere a un miembro de frase de allí, sino que también puede tomarse de nuevo el contenido de una frase entera y tratarse en el otro como miembro de frase, y viceversa: *Se defiende con pies y*

manos, lo que tácticamente es completamente absurdo; la que buscáis tomó el velo. El último es un ejemplo de Brandenstein, en el cual, según su propia opinión, no sería aplicable o no querría decir nada la nota del carácter sinsemántico de las oraciones subordinadas. O finalmente: se diseñan sin duda dos relaciones, pero no se afirman absolutamente, sino que la predicación vale para la relación circunstancial: «Si U_1, entonces U_2». Esto es, al nivel formal del habla verdaderamente articulada con su asombrosa riqueza de matices, un caso principal; en el lenguaje de la lógica tradicional se llama el juicio hipotético, porque no es dos, sino sólo uno.

Con esto están enumerados una vez más los tipos que concebimos nosotros. Se me ocurre que el tipo de Kretschmer y el de Paul tendrían que perseguirse a través de todas las variaciones del lenguaje. El de Kretschmer especialmente cuando se añade también la construcción de estilo narrativo y directo, que explicamos a propósito de uno de los ejemplos de Kretschmer. Si cuento en alemán: *er sagte mir, ich sei farbenblind,* es igualmente usual y sin cambio esencial de sentido: *er sagte mir, du bist farbenblind,* o incluso: *er sagte mir, ich bin farbenblind.* Con recursos de situación favorables y la acentuación adecuada se evita el doble riesgo distinto de equívoco en *du bist* e *ich bin* [64]. Que estos giros equivalentes puedan usarse juntos se funda en el procedimiento de proyección que nos es familiar y hemos descrito; lo no presente se proyecta por lo regular en indoeuropeo sobre los momentos de la situación verbal actual. Pero, por lo demás, el caso de Kretschmer (el expresarse dos veces la misma vivencia) es un caso psicológicamente tan natural, que (mientras no se demuestre lo contrario) puede esperarse el tipo de Kretschmer en cualquier grado de evolución en todas las lenguas.

Igualmente inevitable es que las personas que narran tengan la necesidad de reproducir *correlaciones* entre dos relaciones formuladas lingüísticamente. Cuando esta necesidad resulta imperiosa por primera vez entre nuestros niños, se produce en momentos favorables, por ejemplo, la recepción de las expresiones lingüísticas comparativas (*pequeño-más pequeño-el más pequeño de todos*), y en conexión inmediata con esto también la primera recepción de las formas de declinación y conjugación, que antes, a pesar de la acumulación de palabras en narraciones, con frecuencia muy complicadas, durante meses, no se reciben en absoluto.

---

[64] La primera frase, con subjuntivo, se traduciría: «me dijo *que yo soy ciego* para los colores»; las otras dos, con indicativo, podrían traducirse, respectivamente: «me dijo *que tú eres ciego* para los colores», o bien «me dijo: *tú eres* ciego para los colores», y «me dijo *que yo soy* ciego para los colores», o bien «me dijo: *yo soy* ciego para los colores». *(N. del T.)*

Más antiguas son en el lenguaje del niño las antítesis acentuadas musicalmente, que ya mencionamos una vez, como medio de expresión de relaciones circunstanciales. Tal vez el orden de los medios de expresión en la evolución de las lenguas humanas no difiera demasiado de esta sucesión de desarrollo. Pero en todo caso la idea del tipo de períodos de Paul se puede generalizar de modo que las frases nominales acentuadas, que se han conservado en nuestros proverbios y que caracterizamos de un modo puramente fenomenológico como frases correlativas, pertenezcan también a él.

En un estudio lingüístico en que la anáfora es un medio de articulación usual, el proverbio señala así relaciones circunstanciales en innumerables variantes: *quien miente, roba; dinero llama dinero*. Pero antes del nacimiento del relativo también se sabía ya salir del paso, si por su parte tienen razón los que atribuyen a las frases nominales proverbiales una edad especialmente avanzada: *cabellos largos, ideas cortas*. Todavía de un modo más directo se llega al fin mediante una denominación propia de la relación. Esto puede hacerse mediante preposiciones que por fusión con demostrativos anafóricos funcionan como conjunciones (*nachdem* = después de, *trotzdem* = = a pesar de, etc.). En un estadio lingüístico mucho más primitivo, pero también en la frase simple, se puede conseguir mediante reproducción nominal de la relación circunstancial. En alguna parte leí una vez, traducido de una lengua exótica, el dicho: *el trueno es el hermano mellizo* (*¿más joven?*) *del rayo* [65]. Esto sería, si fuese típico y un recurso por necesidad lingüística, un método todavía más sencillo para reproducir muchas cosas de aquéllas a que están destinados entre nosotros, en general, los relativos, y más especialmente las frases condicionales.

[65] Es una greguería de Ramón Gómez de la Serna. *(N. del T.)*

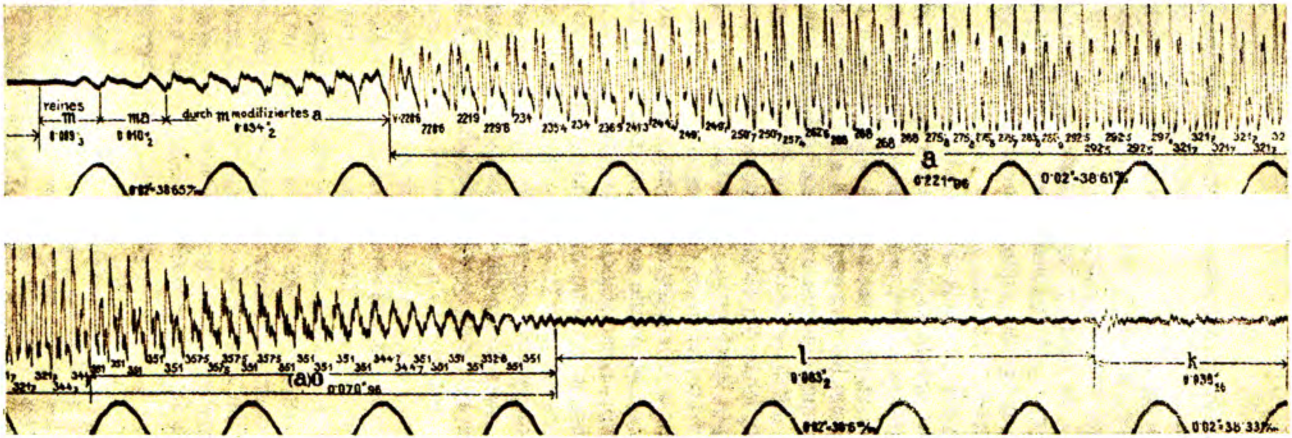


FIG. 7.

Sílaba «Maul» en «Maulkorb», tomada de un texto corriente. Pronunciada por una voz femenina muy clara en tono normal de lectura sin acentuación especial: claridad máxima alcanzada v = 357,5 Hertz (entre fa y fa sostenido de la escala templada de doce notas). La velocidad de desplazamiento del papel fotográfico es de 1.930 mm. por segundo, por término medio; la distancia de las señales temporales al pie de la curva 0,02 segundos. El original es 1,8 veces mayor. La impresión se hizo con un oscilógrafo de Siemens & Halske y un micrófono electrodinámico de la Western Electric Co. en el estudio de la Ravag en Viena.

Obsérvense junto a los tiempos indicados los procesos de oscilación de los sonidos.

INDICE DE AUTORES

Los números se refieren a parágrafo y apartado; así, por ejemplo: § 17, 3. Cuando falta el segundo número, la referencia remite a la *introducción* (sin numerar) del parágrafo. Las referencias con números romanos (I-IV) remiten a las *introducciones* de las cuatro grandes secciones del libro, que no entran en la numeración correlativa de los parágrafos. Los lugares de la Introducción se señalan con la indicación Intr.

INDICE DE TEMAS

...eguidos por la lingüística ... IA DEL LENGUAJE — ... eció en 1934 y cuya ve... ...rías, fue publicada por Re... de Occidente en 1950— busca una determinación de las prop... des mediadoras del instrumento «lenguaje», a las que reacci... los seres vivos. Reconociendo la igualdad esencial de estruc... de todas las lenguas humanas conocidas y estudiadas, K... BÜHLER —catedrático en Viena y figura prominente d... ciencia psicológica en la Europa de la preguerra— formula cu... tesis rectoras válidas para todas las lenguas y desde las cual... lenguaje humano se distingue del intercambio de signos entr... animales, estudiado por la psicología comparada. Profundiza... en el concepto de campo, creado en la teoría de los color... propósito del fenómeno del contraste, Bühler distingue sisten... camente los entornos de los signos lingüísticos, poniendo... relieve, desde las más amplias esferas de las circunstancias... codeterminan el sentido de la lengua, el campo mostrativo... campo simbólico del lenguaje. La teoría de los dos campos afi... que el mostrar y el presentar intuitivo pertenecen a la esencia... lenguaje natural exactamente igual que la abstracción y... aprehensión conceptual del mundo. Alianza Editorial ha publ... do también la «Teoría de la expresión» (AU 255) de Karl Büh... inseparable —como indicaba José Ortega y Gasset en el pr... go— de su obra sobre el lenguaje y audaz tentativa para busc... fondo común de las funciones expresiva y lingüística.

Alianza Editorial

Cubierta Daniel Gil